

LAS CRÓNICAS DE
SHANNARA

LIBRO 6

LA REINA ELFA DE SHANNARA

TERRY BROOKS



Lectulandia

Todos creían que los elfos habían desaparecido... pero tal vez no sea así.

Wren Ohmsford se enfrenta a una de las aventuras más difíciles de toda su vida. El espectro del druida Allanon le ha encomendado la misión de encontrar a los elfos y llevarlos de vuelta a las Cuatro Tierras. Pero hay un problema: los elfos desaparecieron hace más de cien años y, desde entonces, nadie ha visto ninguno...

Wren se embarcará en una peligrosa misión para salvar a la raza y descubrirá que solo ella, la verdadera reina de los elfos, tiene el poder para conseguirlo.

Lectulandia

Terry Brooks

La reina elfa de Shannara

Las crónicas de Shannara. El legado de Shannara - 3

ePub r1.0

Titivillus 27.03.2019

Título original: *The Elf Queen of Shannara*
Terry Brooks, 1992
Traducción: María Alberdi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

*Para Diane,
a quien echo de menos*



Fuego.

Crepitaba en las lámparas de aceite que colgaban, lejanas y solitarias, en las ventanas y las puertas de entrada de las casas. Chispeaba y siseaba al lamer las antorchas empapadas de brea que iluminaban los umbrales y los cruces del camino. Resplandecía entre las ramas frondosas de los robles y nogales, allá donde había faroles al borde de los senderos. Las llamas eran débiles puntos y fragmentos de luz titilante, como criaturas diminutas e indefensas, presa fácil para una noche que amenazaba con abalanzarse sobre ellas y destrozarlas.

«Como nosotros», pensó ella.

Como los elfos.

Levantó la mirada más allá de los edificios y murallas de la ciudad y se centró en el lugar donde humeaba el Killeshan.

Fuego.

Un resplandor rojo se filtraba por las fauces dentadas del volcán; el fulgor de su corazón derretido se reflejaba en las nubes de ceniza volcánica que formaban tenebrosos bancos en el cielo despejado. El Killeshan se erguía sobre sus cabezas, inmenso y huraño, un fenómeno de la naturaleza al que ninguna magia élfica podía doblegar. Hacía semanas que se producían grandes explosiones en sus entrañas, muestra evidente de su descontento, de su determinación, de una presión acumulada que ansiaba liberarse.

Ahora, la lava se filtraba, se abría paso entre las grietas y fisuras de la corteza y fluía hasta las aguas del océano, formando sinuosas cintas que arrasaban a su paso la selva y las criaturas que en ella vivían. Sin embargo, pensó, pronto ni siquiera eso podría aliviar la presión, y el Killeshan eructaría un fuego mortífero que los consumiría a todos.

Si es que aún quedaba alguien.

Estaba en los Jardines de la Vida, donde crecía Ellcrys. El viejo árbol se alzaba hacia el cielo como si intentara atravesar la bruma grisácea para respirar el aire de las capas más altas de la atmósfera, más puro. Sus ramas plateadas brillaban débilmente a la luz de los faroles y las antorchas y sus hojas escarlatas reflejaban el siniestro resplandor del volcán. El fuego danzaba en pinceladas y formaba figuras extrañas en los surcos de la corteza del árbol, como si pretendiera mostrar algo. Contempló abstraída las imágenes que aparecían y se desvanecían, un espejo de sus propios pensamientos, y sintió una profunda tristeza que amenazaba con dominarla.

«¿Qué puedo hacer? —pensó, desesperada—. ¿Qué otra alternativa me queda?».

Ninguna, lo sabía. Ninguna, excepto esperar.

Ella era Ellenroh Elessedil, reina de los elfos, y solo podía esperar.

Agarró con fuerza el báculo Ruhk, miró al cielo e hizo una mueca de disgusto. Aquella noche no había estrellas ni luna. Pocas luces se habían visto en el cielo en las últimas semanas, solo una bruma de ceniza, densa e insondable: un sudario listo para descender, para cubrir sus cuerpos, abrazarlos y envolverlos para siempre.

Permanecía rígida mientras la brisa caliente soplaba sobre ella y agitaba el delicado lino de su ropa. Era alta, de cuerpo anguloso y miembros largos. Los prominentes huesos de su cara conformaban unas facciones singulares, reconocibles al instante. Tenía pómulos altos, frente amplia y mandíbulas afiladas y suaves bajo una boca ancha de labios finos. La piel del rostro estaba tersa y tirante sobre el hueso, lo que le daba un aspecto hierático. Una rubia cabellera caía sobre sus hombros en tupidos e indomables rizos. Sus ojos, de un extraño e intenso azul, daban la impresión de estar viendo cosas que a los demás les pasaban desapercibidas. Aunque ya había sobrepasado los cincuenta años, parecía mucho más joven. Cuando sonreía, lo cual hacía con mucha frecuencia, provocaba sonrisas espontáneas en quienes la rodeaban.

Ahora, sin embargo, su expresión era sombría. Ya era muy tarde, la medianoche había quedado muy atrás, y su fatiga actuaba como una cadena que le impedía marcharse. Como no podía conciliar el sueño, había decidido salir a pasear por los jardines para escuchar los sonidos de la noche, para estar a solas con sus pensamientos e intentar conseguir un poco de paz. Pero la paz era huidiza; sus pensamientos, pequeños demonios que la atormentaban y se mofaban de ella; y la noche, una nube negra, inmensa y hambrienta, que esperaba pacientemente el momento en que la frágil chispa de sus vidas acabara por extinguirse.

Fuego, una vez más. Fuego para dar vida y fuego para quitarla. La imagen susurraba insidiosamente en su mente.

Se giró con brusquedad y empezó a pasear por los jardines. Cort la siguió; una figura invisible y silenciosa. Si se hubiese preocupado por buscarlo no lo habría encontrado. Era un joven bajo y robusto, dotado de una agilidad y fuerza increíbles, miembro de la Guardia Real. Los componentes de este grupo tenían la misión de proteger a los gobernantes élficos, de defenderlos con sus armas, de sacrificar sus vidas para preservar las de ellos. Cort era su sombra y, si este no estaba, Dal se ocupaba de protegerla. Uno u otro estaban siempre muy cerca, velando por su seguridad. Mientras recorría el sendero, sus pensamientos se sucedían con rapidez. Sentía la aspereza del terreno a través de las delgadas suelas de sus chinelas. Arborlon, la ciudad de los elfos, su hogar, arrancada de la Tierra del Oeste hacía más de cien años para asentarla allí... en aquel...

No pudo acabar el pensamiento. Le faltaron las palabras para completarlo.

La magia élfica, invocada una vez más tras la época del mundo fantástico, protegía la ciudad, pero estaba empezando a debilitarse. Las fragancias de las flores del jardín estaban dominadas por el hedor ácido de los gases del Killeshan, donde estos habían traspasado la barrera exterior de la Quilla. Los pájaros nocturnos cantaban en los árboles, pero, incluso allí, sus cantos quedaban tapados por los sonidos guturales de los seres oscuros que se ocultaban más allá de las murallas de la ciudad, en las selvas y los pantanos, y que merodeaban junto a la Quilla, en actitud expectante.

Los monstruos.

El sendero que seguía Ellenroh terminaba en el extremo norte de los jardines, sobre un promontorio que dominaba la ciudad. Las ventanas del palacio estaban oscuras; todos sus habitantes dormían, excepto ella. Detrás yacía la ciudad, grupos de viviendas y comercios replegados tras la barrera protectora de la Quilla, como animales asustadizos acurrucados en sus guaridas. Nada se movía, como si el miedo lo paralizara todo, como si cualquier movimiento pudiera ponerlos en peligro. La reina de los elfos hizo un gesto de tristeza. Arborlon era una isla rodeada de enemigos. Al este se encontraba el Killeshan, que lanzaba sobre la ciudad su sombra de montaña gigantesca y dentada, formado por la roca volcánica y por siglos de erupciones. El volcán, dormido hasta hacía solo veinte años, ahora estaba despierto y ansioso. Al norte y al sur crecía la jungla, espesa e impenetrable, su maraña verde extendida hasta donde limitaba con el océano. Al oeste, bajo las laderas donde se asentaba Arborlon, estaba el río Rowen, y más allá, la

barrera montañosa de la Cornisa Negra. Nada de eso pertenecía a los elfos. En otra época, antes de la llegada del hombre, eran los dueños de todo el mundo. En otra época, ningún lugar les estaba vedado. Incluso en tiempos del druida Allanon, solo trescientos años antes, toda la Tierra del Oeste era suya. Ahora, sin embargo, se hallaban recluidos en aquel pequeño espacio, acosados desde los cuatro puntos cardinales y apresados tras la muralla de su magia en decadencia. Todos aquellos que habían conseguido sobrevivir estaban atrapados.

Miró hacia la oscuridad que se extendía más allá de la Quilla y se imaginó lo que allí esperaba. Durante un breve instante pensó en lo irónico de la situación... Los elfos habían sido víctimas de su propia magia, de su propia inteligencia, de sus planes erróneos y de unos temores a los que nunca debían haber prestado atención. ¿Cómo habían podido ser tan estúpidos?

Lejos, más abajo de donde se encontraba, cerca del final de la Quilla, en el lugar donde se asentaba la lava endurecida de alguna antigua erupción, refulgió una repentina ráfaga de luz, un corto chorro de fuego seguido de una rápida y brillante explosión y de un alarido. Se oyeron algunos gritos y luego volvió a reinar el silencio. Se había producido otro intento de escalar las murallas y otra muerte. Eso ocurría todas las noches, ahora que las criaturas se habían vuelto más osadas y la magia seguía con su declive.

Se volvió para contemplar las ramas de la copa de Ellcrys, que se elevaban sobre los otros árboles del jardín como un dosel de vida. El árbol había protegido a los elfos de las más terribles amenazas durante muchas generaciones. Había renovado y reconstruido. Había dado paz. Pero no podía protegerlos contra la amenaza que ahora se cernía sobre ellos.

No podía protegerlos de sí mismos.

Apretó el báculo Ruhk en actitud retadora y sintió que la magia surgía en su interior, cálida en la palma de la mano y los dedos. El báculo era grueso, nudoso y pulido. Su madera se había obtenido de un nogal negro y se había impregnado de la magia de su pueblo. Sujeta a la punta estaba la Loden, un brillo blanco en la oscuridad de la noche. Podía verse reflejada en sus facetas y también conectar con su interior. El báculo Ruhk había fortalecido a los gobernantes de Arborlon durante más de un siglo.

Pero tampoco el báculo podía proteger a los elfos.

—¿Cort? —llamó en voz baja.

El guardia real se acercó a ella.

—Quédate conmigo un rato.

Contemplaron en silencio la ciudad. La reina se sentía sola. Sobre su pueblo pesaba una seria amenaza de extinción. Tenía que hacer algo para impedirlo. Cualquier cosa. ¿Qué ocurriría si los sueños resultaban ser engañosos? ¿Qué sucedería si las visiones de Eowen Cerise eran falsas? Eso no había sucedido nunca, desde luego, pero había tanto en juego... Su boca se crispó en un gesto rabioso. Debía creer. Era necesario que creyera. Las visiones se convertirían en realidad. La muchacha aparecería ante ellos como estaba anunciado, sangre de su sangre. La muchacha aparecería.

Pero ¿sería suficiente?

Apartó la pregunta de su mente. No podía permitirse la duda. No podía abrir la puerta a la desesperación.

Dio media vuelta y regresó deprisa al sendero que conducía a la parte baja de los jardines. Cort siguió a su lado un momento más y luego se fundió con las sombras. Ella no lo vio alejarse. Estaba pensando en el futuro, en las predicciones de Eowen y en el destino de los elfos. Estaba decidida a que su pueblo consiguiera sobrevivir. Esperaría a la muchacha tanto tiempo como fuera posible, tanto tiempo como la magia pudiera contener a sus enemigos. Rezaría por que las visiones de Eowen fuesen ciertas.

Ella era Ellenroh Elesedil, reina de los elfos, y haría lo que debía.

Fuego.

También ardía en su interior.

Enfundada en la armadura de sus convicciones, salió de los Jardines de la Vida en las lentas horas de la madrugada para retirarse a descansar a sus habitaciones.

Wren Ohmsford, acuciada por el cansancio y la fatiga, dejó escapar un prolongado bostezo. Estaba sentada en un risco desde donde se veía todo el Confín Azul, con la espalda apoyada en el tronco liso de un viejo sauce. A sus pies se extendía el océano, un brillante caleidoscopio multicolor en el horizonte, donde la puesta de sol moteaba las aguas con trazos rojos, dorados y purpúreos, y las nubes bajas formaban extrañas figuras en el cielo ya oscurecido. El crepúsculo empezaba a ocupar su lugar de forma apacible y se manifestaba en el gris creciente de la luz, en el susurro de la brisa vespertina sobre el agua y en la calma que empezaba a cubrirlo todo. Los grillos iniciaban sus cantos y los destellos de las luciérnagas se hacían visibles.

Wren dobló las rodillas contra el pecho, esforzándose por permanecer erguida cuando lo que en realidad deseaba era tumbarse. Llevaba casi dos días sin dormir y empezaba a sentir los efectos de la fatiga. Bajo las ramas del sauce, el lugar estaba sombreado y fresco, y le hubiera sido fácil rendirse, dejarse caer hacia el suelo, taparse con la capa y permitir que el sueño la invadiera. Sus ojos se cerraron en contra de su voluntad solo con pensar en ello, pero los abrió al instante. Hasta que no regresara Garth, debía permanecer alerta.

Se levantó y fue hasta el borde del risco, sintiendo en su rostro el suave frescor de la brisa y dejando que los olores del mar embargaran sus sentidos. Las grullas y las gaviotas planeaban y se lanzaban en picado sobre las aguas, y su vuelo estaba lleno de gracia y languidez. Lejos, demasiado lejos para poder verlo con claridad, algún pez grande saltó fuera del agua, produciendo altas salpicaduras, y volvió a sumergirse. Dejó que su mirada vagara a lo largo de la costa. Desde el lugar donde se encontraba hasta donde alcanzaba la vista, el litoral se extendía en una ininterrumpida sucesión de salientes

abruptos y boscosos, respaldados por las áridas montañas de las Espuelas de Piedra al norte y por las Irrybis al sur, yermas y coronadas de blanco. Una serie de playas rocosas separaban los salientes del agua, llenas de madera a la deriva, conchas y algas.

Más allá de las playas solo se lograba vislumbrar la vacía inmensidad del Confín Azul. Había llegado al final del mundo conocido, pensó con disgusto, y aún no había encontrado a los elfos.

Un búho ululó en los densos bosques a su espalda y se dio la vuelta. Escrutó la penumbra, intentado detectar algún indicio de movimiento o alteración, pero no percibió nada. No había señales de Garth, que debía de seguir rastreando.

Regresó sin prisa a las frías cenizas de la fogata en la que habían cocinado al mediodía y las esparció con la bota. Garth no era partidario de encender verdaderas hogueras a menos que estuviera seguro de que no corrían ningún peligro. Había estado nervioso y suspicaz durante todo el día, inquieto por algo que ninguno de ellos podía ver, con la sensación de que algo no iba bien. Wren se inclinaba a pensar que esa inquietud se debía a la falta de descanso, pero debía reconocer que los presentimientos de Garth rara vez eran infundados. Cuando estaba intranquilo era mejor no preguntarle.

Wren estaba deseando que volviera.

Había una laguna entre los árboles que crecían tras el risco. Se dirigió hacia ella, se arrodilló y se mojó la cara. Al contacto de sus manos con el agua, la superficie de la laguna se onduló y aclaró, y pudo ver su imagen reflejada en ella, primero distorsionada, pero pocos segundos después era tan clara como si estuviera ante un espejo. La observó con atención. Correspondía a una muchacha apenas adulta, de facciones inequívocamente élficas, con las orejas en punta y las cejas oblicuas, el rostro alargado, pómulos prominentes y la tez del color de las nueces. Vio unos ojos castaños e inquietos, una media sonrisa que parecía provocada por alguna broma secreta y una corta cabellera rizada de un rubio ceniciento. Había tensión en su expresión, pensó, una tirantez de la que no lograba librarse, a pesar de lo mucho que se esforzaba en disimularlo.

Se balanceó hacia atrás sobre los talones y esbozó una irónica sonrisa, concluyendo que su imagen le gustaba lo suficiente para seguir viviendo con ella un poco más.

Cruzó las manos sobre el regazo y bajó la cabeza. ¿Cuánto tiempo hacía que buscaba a los elfos? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que el anciano que decía ser Cogline había ido en su busca para hablarle de los sueños?

Muchas semanas. Pero ¿cuántas? Había perdido la cuenta. El anciano sabía que había tenido esos sueños y la retó a que descubriera la verdad que encerraban. Ella había aceptado el desafío: había ido al Cuerno del Hades, en el valle de Esquisto, para encontrarse con el espíritu de Allanon. ¿Por qué no iba a hacerlo? Quizá consiguiera información de su lugar de origen, de los padres que nunca conoció o de la historia de sus antepasados.

Era extraño. Hasta el momento en que se presentó el anciano, no había sentido la más mínima curiosidad por su ascendencia. Se había convencido a sí misma de que eso no le importaba. Pero algo en la voz del anciano, en las palabras que utilizó, había hecho que cambiara de opinión.

Levantó la mano para tocar la bolsa de cuero que colgaba de su cuello en un gesto casi inconsciente y palpó el duro contorno de las piedras pintadas, de las falsas piedras élficas: su único vínculo con el pasado. ¿De dónde procedían? ¿Por qué se las habían dado?

Rasgos élficos, relación con los Ohmsford y corazón y habilidades de nómada... Eso era todo lo que tenía. Pero ¿de dónde le venían?

En realidad, ¿quién era ella?

No consiguió averiguar nada en el Cuerno del Hades. Allanon cumplió su promesa y acudió a la cita, intimidante y misterioso incluso después de muerto. No le habló de sus orígenes, pero le encomendó una misión... A cada descendiente de la casa de Shannara, como él los llamaba, le encomendó una. A Par, Walker y ella. Pero la misión que le había asignado... Bueno. Hizo un gesto de resignación al recordarlo. Tenía que buscar a los elfos y, cuando los encontrara, convencerlos de que debían regresar al mundo de los hombres. Los elfos, a quienes nadie había visto desde hacía más de cien años, que se decía que ya no existían y que formaban parte de la leyenda o eran considerados personajes de los cuentos infantiles... Y ella tenía que encontrarlos.

Al principio se negó a aceptar la misión, asustada por sus posibles implicaciones, reacia a tomar parte o arriesgarse en algo que no comprendía ni le incumbía. Se separó de los otros y regresó con Garth, de nuevo su único compañero, a la Tierra del Oeste, pensando en reanudar su vida de nómada. No le preocupaban los umbríos. Los problemas que pudieran tener las razas no eran de su incumbencia. Pero la misión que le había encomendado el druida seguía viva en su mente y emprendió la búsqueda casi sin darse cuenta. Empezó haciendo unas cuantas preguntas aquí y allá. ¿Había oído alguien hablar de los elfos? ¿Los había visto? ¿Sabía dónde podía encontrarlos? Al principio formulaba esas preguntas con desgana, casi con indiferencia, pero

con el paso del tiempo su curiosidad aumentó y su tono se volvió más apremiante.

¿Y si Allanon tenía razón? ¿Y si los elfos seguían viviendo en algún lugar? ¿Y si solo ellos podían hacer lo necesario para superar la plaga de los umbríos?

Pero todas las respuestas que había recibido habían sido negativas. Nadie sabía nada de los elfos. A nadie le preocupaba lo más mínimo su existencia.

Entonces alguien había empezado a perseguirlos, alguien o algo: su «sombra», como acabaron llamándolo, un ser lo bastante inteligente para seguir su rastro a pesar de las precauciones que tomaban y lo bastante sigiloso para no dejarse atrapar. Dos veces intentaron tenderle una emboscada, pero fallaron. En varias ocasiones dieron un rodeo para quedar a sus espaldas, pero fracasaron. Nunca habían conseguido verlo, ni siquiera sabían qué aspecto tenía. No tenían ni idea de quién o qué era.

Seguía tras sus pasos cuando entraron en el valle de los Indómitos y bajaron a Grimpen Ward. Allí, dos noches antes, habían encontrado a la Víbora. Un nómada les había hablado de la anciana, una vidente que tenía fama de conocer muchos secretos y que podía tener información sobre los elfos. La encontraron en el sótano de una taberna, apresada y encadenada por un grupo de indeseables que querían explotar sus poderes para hacerse ricos. Wren se las ingenió para que los secuestradores le permitieran hablar con ella. La anciana era un ser mucho más peligroso y astuto de lo que sospechaban sus captores.

Aquel encuentro seguía vivo en la mente de Wren, y cuando lo recordaba, todo su cuerpo se estremecía.

La anciana era una cáscara seca, y su cara, un laberinto de surcos y arrugas. Unas greñas blancas caían sobre sus frágiles hombros, y tenía las manos nudosas cruzadas sobre el regazo. Vestía ropa desharrapada y botas viejas. Wren se acercó y se arrodilló a su lado. La anciana levantó la cabeza, mirándola con unos ojos ciegos, lechosos y fijos.

—¿Eres la vidente a la que llaman la Víbora, vieja madre? —preguntó Wren con voz suave.

—¿Quién quiere saberlo? —respondió la anciana en un susurro, parpadeando—. Dime tu nombre.

—Soy Wren Ohmsford.

La anciana alargó las manos para tocarle la cara, y comenzó a explorar su contorno, rozando la piel de la muchacha con unos dedos ásperos como las hojas secas. Por fin, las manos se retiraron.

—Eres una elfa.

—Tengo sangre élfica.

—¡Una elfa! —La voz de la mujer era baja y obstinada, un siseo que cortaba el silencio de la bodega. El arrugado rostro se inclinó hacia un lado, como si meditara—. Soy la Víbora. ¿Qué quieres de mí?

—Busco a los elfos de la Tierra del Oeste —respondió Wren, meciéndose suavemente sobre los talones—. Hace una semana me dijeron que tú podrías indicarme dónde puedo encontrarlos... si es que todavía existen.

—¡Oh, existen, por supuesto que sí! Existen —dijo la Víbora, esbozando una amplia sonrisa—. Pero no se muestran ante cualquiera... no se muestran ante nadie desde hace muchos años. Elfa, ¿tan importante es para ti verlos? ¿Los buscas porque necesitas a los de tu raza? —Los ojos lechosos de la anciana miraron el rostro de Wren sin verlo—. No, no es eso. Entonces, ¿cuál es la razón?

—Me han encomendado una misión... una misión que he decidido cumplir —respondió Wren, procurando escoger bien las palabras.

—¿Una misión? —inquirió la anciana, acentuando las arrugas y pliegues de su cara—. Acércate a mí.

Wren dudó durante un breve instante, pero enseguida se inclinó hacia delante con cautela. Las manos de la Víbora se levantaron de nuevo, y sus dedos la exploraron. Recorrieron una vez más la cara de Wren, su cuello y su cuerpo. Cuando tocaron la parte delantera de la blusa de la muchacha, las apartó de súbito, como si su contacto la hubiera quemado.

—¡Magia! —exclamó la anciana, jadeando.

—¿Qué magia? ¿Qué estás diciendo? —preguntó Wren, estremeciéndose y agarrando casi sin darse cuenta las muñecas de la anciana.

La Víbora sacudió la cabeza, apretó los labios y bajó la cabeza hasta que la barbilla le tocó los pechos caídos. Wren la mantuvo agarrada un instante más, y después la soltó.

—Elfa —dijo en voz baja la anciana—, ¿quién te ordena que busques a los elfos de la Tierra del Oeste?

—El espíritu de Allanon —respondió Wren, respirando profundamente para controlar su miedo.

—¡Allanon! —exclamó la anciana, levantando bruscamente la cabeza. Pronunció el nombre del druida como si fuera una maldición—. ¿Una misión

de los druidas? Muy bien, escúchame. Debes ir al sur a través del valle de los Indómitos, cruzar las montañas Irrybis y seguir la costa del Confín Azul. Cuando hayas llegado a las cuevas de los rocs, enciende una hoguera y mantenla encendida tres días y tres noches. Entonces aparecerá alguien que podrá ayudarte. ¿Me has comprendido?

—Sí —respondió Wren, preguntándose al mismo tiempo si en realidad había comprendido algo.

—¡Cuidado, elfa! —le advirtió la anciana, levantando un brazo tan delgado como un palillo—. Veo que el peligro se cierne sobre tu cabeza, tiempos difíciles y traiciones inimaginables. Tengo las visiones en la cabeza, pero son verdades que me espantan con su locura. Escúchame. Sigue tu instinto, muchacha. ¡No confíes en nadie!

«¡No confíes en nadie!».

Entonces, la anciana insistió en que debía marcharse, y Wren así lo hizo, aunque la joven se había ofrecido a quedarse y ayudarla a escapar. Después volvió a reunirse con Garth, y los malhechores intentaron asesinarles, como habían planeado hacer desde un principio. Fracasaron en el intento y pagaron muy cara su estupidez... quizá con su vida, si la Víbora ya se había cansado de ellos.

Tras huir de Grimpen Ward, Wren y Garth se dirigieron al sur, siguiendo las instrucciones de la vieja vidente y empeñados en seguir buscando a los desaparecidos elfos. Viajaron durante dos días sin detenerse para dormir, deseando alejarse todo lo que pudieran de Grimpen Ward, y también para librarse de su «sombra». Aquel día, Wren llegó a pensar que lo habían conseguido, aunque Garth no estaba tan seguro. Seguía mostrándose tan inquieto como siempre, y cuando se detuvieron al anochecer, acosados por el cansancio y la falta de sueño, volvió sobre sus pasos una vez más. Quizá descubriera algo que zanjara el asunto, le había dicho a Wren. Quizá no. Pero quería intentarlo.

Así era Garth. Nunca dejaba nada al azar.

A sus espaldas, en los bosques, uno de los caballos piafó con nerviosismo y se calmó de nuevo. Garth había escondido a los animales entre los árboles antes de marcharse. Wren esperó un momento para cerciorarse de que no ocurría nada anormal; después volvió bajo el sauce y la sombra que proyectaba su copa, y se sentó de nuevo con la espalda apoyada contra el

ancho tronco. Lejos, al oeste, la luz se había reducido a un resplandor plateado donde el agua y el cielo se fundían.

«Magia», había dicho la Víbora. ¿Cómo era posible?

Si todavía vivían los elfos, y si ella era capaz de encontrarlos, ¿podrían explicarle lo que la anciana se había callado?

Se recostó y cerró los ojos un momento, sintiendo que flotaba y dejándose llevar por la sensación.

Cuando se despertó, sobresaltada, el crepúsculo había dado paso a la noche: la oscuridad reinaba a su alrededor, salvo donde la luna y las estrellas bañaban los espacios abiertos con su resplandor plateado. La hoguera se había apagado y tiritó con el frío de la brisa costera. Se levantó, se acercó a su morral, sacó la capa, se tapó con ella y volvió a acomodarse bajo el árbol.

«Te has dormido —se reprochó a sí misma—. ¿Qué diría Garth si se enterara?».

Permaneció en vela hasta que regresó. Era cerca de medianoche y reinaba un profundo silencio, solo interrumpido por el sosegado murmullo de las olas que bañaban la playa. Aunque Garth se acercó sin hacer ruido, sintió su llegada antes de poder verlo, y se alegró. Salió de entre los árboles y se dirigió hacia donde ella se ocultaba, inmersa en la oscuridad nocturna, tan quieta que parecía formar parte del viejo sauce. Se sentó ante la muchacha, enorme e imponente, con el rostro oculto en las sombras. Levantó sus grandes manos y empezó a hablarle por señas. Movía los dedos con agilidad.

Su «sombra» continuaba tras ellos, siguiéndolos.

Wren sintió frío en el estómago y cruzó los brazos.

—¿La has visto? —preguntó, haciendo señas mientras hablaba.

«No».

—¿Has conseguido averiguar qué es?

«No».

—¿Nada? ¿Nada en absoluto?

Garth negó con la cabeza. Wren estaba irritada por haber dejado que se le notara la frustración en la voz. Quería estar tan serena como su compañero, tan dueña de sí misma como él le había enseñado. Deseaba ser una buena discípula.

—¿Viene a buscarnos o sigue a la espera? —le preguntó, apoyando una mano en su hombro y presionando.

«Espera», respondió él por señas, encogiéndose de hombros.

Su rostro curtido y barbudo carecía de expresión, como correspondía al papel de cazador que estaba desempeñando. Wren conocía esa actitud. La

adoptaba cuando se sentía amenazado. Era una máscara para ocultar sus sentimientos.

«Espera», repitió ella mentalmente. ¿Por qué? ¿Y a qué?

Garth se levantó, se dirigió a grandes pasos hasta donde había dejado su morral, sacó un trozo de queso y una bota de cerveza, y se sentó. Wren se acercó y se sentó a su lado. El gigante comió y bebió sin mirarla, con la vista perdida en la negra inmensidad del Confín Azul, aparentemente ajeno al mundo que lo rodeaba. Wren lo observaba, pensativa. Era un hombre de elevada estatura, fuerte como el hierro, rápido como un gato, diestro en la caza y un magnífico rastreador; el más hábil que jamás había conocido. Había sido su protector y maestro desde la niñez, cuando la llevaron a la Tierra del Oeste y la dejaron al cuidado de los nómadas tras una breve estancia con la familia Ohmsford. ¿Cómo había sucedido todo aquello? Por lo que ella sabía, su padre era un Ohmsford y su madre nómada, pero ella no lograba recordar a ninguno de los dos. ¿Por qué les habían encomendado su cuidado a los nómadas en lugar de a los Ohmsford? ¿Quién había tomado aquella decisión? Nadie le había hablado con claridad de aquella época trágica. Garth le decía una y otra vez que no sabía nada. Le daba su palabra de que solo sabía lo que otros le habían dicho, que era muy poco, y que las únicas instrucciones que había recibido, el único cometido que le habían encargado, era que cuidara de ella. Así lo había hecho, transmitiéndole todos sus conocimientos y habilidades, hasta conseguir que su discípula lo igualase. Se había esforzado mucho para que aprendiera sus lecciones, y había conseguido que formaran parte de ella. Sin menoscabo de sus restantes conocimientos, por encima de todo Wren Ohmsford sabía cómo sobrevivir en las circunstancias más adversas. Garth se había encargado de que así fuera.

Pero ese entrenamiento no era el que recibía un niño nómada normal, y menos aún una niña. Wren lo supo desde el principio, y por eso empezó a sospechar que Garth estaba bastante más y mejor informado de lo que decía. Con el paso del tiempo, la sospecha se fue afianzando, hasta transformarse en una fuerte convicción.

Sin embargo, cuando Wren lo presionaba, Garth seguía negando que supiera nada más sobre los primeros años de su vida. Se limitaba a negar con la cabeza y a decir que ella necesitaba desarrollar unas habilidades especiales porque era huérfana y estaba sola, por lo que debía ser más fuerte y sagaz que los demás. El gigante se negaba a darle más explicaciones.

De pronto, Wren se dio cuenta de que Garth había terminado de comer y estaba observándola. Las sombras no ocultaban ya su curtido y barbudo

rostro. Podía ver con claridad sus facciones y leer lo que reflejaban: vio la preocupación grabada en su frente, captó la bondad que reflejaban sus ojos, percibió la determinación que traslucía todo su ser. Por extraño que pudiera parecer, el gigante siempre había sido capaz de transmitirle con una simple mirada más que otras personas con un torrente de palabras.

—No me gusta que me observen de esta forma —dijo Wren, traduciéndoselo por señas—. No me gusta tener que esperar para descubrir lo que está sucediendo.

Garth, con los ojos brillantes, asintió con la cabeza.

—Es algo relacionado con los elfos —prosiguió Wren, guiada por un impulso—. No sé por qué, pero tengo un presentimiento. Estoy segura.

«Entonces lo sabremos pronto», respondió el gigante.

—Cuando lleguemos a las cuevas de los rocs —dijo Wren—. Sí. Porque entonces sabremos si la Víbora me dijo la verdad, si los elfos existen todavía.

«Y puede que nuestro perseguidor también quiera saberlo».

La muchacha esbozó una sonrisa forzada. Se miraron durante un breve instante en silencio, intentado dilucidar lo que cada uno veía en los ojos del otro, preguntándose lo que les tendría reservado el destino.

Entonces Garth se puso de pie y señaló hacia los bosques. Recogieron el equipo y volvieron junto al viejo sauce. Después de instalarse al pie del árbol, extendieron los camastros y se envolvieron en sus capas. Wren se ofreció a hacer la primera guardia a pesar de su fatiga, y Garth accedió. Se enrolló en su manta, se tumbó junto a ella y se quedó dormido a los pocos segundos.

Escuchó la respiración del gigante ralentizarse, y después centró su atención en los sonidos nocturnos. Todo estaba tranquilo sobre el farallón: los pájaros y los insectos habían reducido su actividad, el viento era un susurro y el océano, un lejano murmullo. Fuera quien fuese el ser que los acechaba, parecía encontrarse muy lejos. «Esa impresión es engañosa», se advirtió a sí misma, y se puso alerta.

Palpó la bolsa que descansaba sobre su pecho, donde guardaba las piedras que eran una simple imitación de las auténticas piedras élficas. Eran su amuleto de la buena suerte, pensó, un amuleto para alejar el mal, protegerla del peligro y permitirle salir sana y salva de cualquier situación. Tres piedras pintadas que simbolizaban una magia que había sido real pero que ya se había perdido, como había ocurrido con los elfos y con su propio pasado. Se preguntó si podría recuperar parte de este.

O, más bien, si debía recuperarlo.

Se apoyó en el tronco del sauce y escudriñó la noche, buscando respuestas en vano.

3

Con las primeras luces del alba, Wren y Garth reemprendieron la marcha hacia el sur en busca de las cuevas de los rocs. Era un viaje impulsado por la fe porque, aunque los dos habían recorrido antes varios sectores del litoral, nunca habían encontrado unas cuevas tan grandes como las que ahora buscaban, ni habían visto un roc. Habían oído varias historias sobre las legendarias aves, grandes criaturas aladas que en otras épocas transportaban a los humanos. Pero las historias eran solo eso, leyendas para ser contadas alrededor de una hoguera y pasar el rato, que describían unos seres que podrían haber existido, pero que probablemente nunca existieron. Algunos aseguraban haberlos visto, por supuesto, como sucede con todos los monstruos de los cuentos fantásticos. Pero su testimonio no era fiable. Igual que los elfos, los rocs parecían invisibles.

Sin embargo, no era necesario que hubiera rocs para que hubiera elfos. Lo que la Víbora había dicho a Wren era comprobable. Solo tenían que descubrir las cuevas, hubiera o no rocs, encender la hoguera que serviría de señal y esperar tres días. Entonces descubrirían la verdad. Sin duda, corrían el riesgo de que la verdad los decepcionase, pero, como los dos reconocían y aceptaban esa posibilidad, no tenían ningún motivo real para abandonar la misión. El único terreno que le cedían a las posibilidades adversas era no hablar de ellas.

El día amaneció claro, estimulante, con un cielo limpio y despejado. La aurora era una brillante salpicadura al este del horizonte que recortaba la silueta siniestra de las montañas. El aire estaba impregnado con la mezcla de los olores del mar y el bosque, y los cantos de los estorninos y cenotles manaban de los árboles. El sol ahuyentó rápidamente el frío de la noche y templó la tierra. El calor aumentó en el interior, denso y sofocante donde lo absorbían las montañas, y agostaba la vegetación pardusca de las llanuras y colinas, como siempre sucedía durante el verano; sin embargo, la costa

permanecía fresca y agradable gracias a la permanente brisa que soplaba del mar. Wren y Garth llevaban los caballos al paso, siguiendo los estrechos y sinuosos caminos costeros que recorrían los farallones y playas limítrofes con las montañas al este. No se daban ninguna prisa, porque disponían de tiempo suficiente para llegar a su destino.

Disponían de tiempo para ser cautelosos en su recorrido por aquella región desconocida, tiempo para adoptar precauciones contra su «sombra» en caso de que todavía los siguiera.

Pero tampoco hablaron de ello.

Sin embargo, Wren no podía dejar de pensar en su perseguidor. Al haber dejado su mente vagar libremente, en tanto ella contemplaba la vasta extensión del Confín Azul y permitía que su caballo escogiera el camino, se sorprendió a sí misma considerando la posibilidad de que lo tuvieran detrás mientras cabalgaban. Sus sospechas más sombrías le advertían que su «sombra» era un ser similar al que había perseguido a Par y Coll en su viaje desde Culhaven hasta la Chimenea Rocosa, cuando fueron en busca de Walker Boh; un ser similar al Devorador. Pero ¿podía un Devorador ocultar su presencia con tanta eficacia como su «sombra»? ¿Podía algo que era animal encontrar su rastro una y otra vez, cuando ellos se esforzaban tanto para que lo perdiera? Parecía más probable que su perseguidor fuese humano, que estuviese dotado de la astucia, inteligencia y habilidad propias de los humanos: un buscador, enviado quizá por Rimmer Dall, un rastreador de extraordinaria destreza, o incluso un asesino, aunque tendría que ser más que eso para haber logrado permanecer cerca de ellos sin que logran sorprenderlo.

También era posible que no fuese un enemigo, sino algo distinto. «Amigo» tal vez no fuese la palabra más adecuada, pero quizás era alguien con un propósito similar al suyo, alguien interesado en los elfos, alguien que...

Se detuvo. ¿Alguien que se empeñaba en mantenerse oculto, aun a sabiendas de que Garth y ella habían descubierto que los seguía? ¿Alguien que continuaba jugando con ellos al gato y al ratón de forma deliberada?

Sus más oscuros temores se impusieron a cualquier otra posibilidad.

Al mediodía llegaron a las estribaciones septentrionales de las montañas Irrybis, en el lugar donde se bifurcaban en dos direcciones. El ramal más alto se dirigía al este, en paralelo con las Espuelas de Piedra del norte y rodeando el valle de los Indómitos; el más bajo se extendía hacia el sur, a lo largo de la línea costera que ellos seguían. Este último estaba densamente poblado de

árboles e impresionaba menos, desparramado por los precipicios a lo largo del Confín Azul: resguardaba valles y lomas y formaba desfiladeros que conectaban la región de las colinas interiores con las playas. Sin embargo, su avance se ralentizó aún más, porque los senderos estaban menos definidos y, con frecuencia, desaparecían por completo durante largos trechos. A veces, las montañas penetraban en el agua, descendiendo en pendientes escarpadas que los obligaban a retroceder en busca de otras rutas. Algunas densas arboledas bloqueaban también el camino y se veían obligados a rodearlas. Al final se alejaron de las playas, ascendiendo por aquellos desfiladeros cuyo terreno era más despejado y transitable. Avanzaban muy despacio, observando cómo el sol se alejaba hacia el oeste para luego sumergirse en el mar.

La noche transcurrió sin incidentes, y al despuntar el alba estaban de nuevo despiertos y en camino. El frío de la mañana volvió a dejar paso al calor del mediodía. Las brisas oceánicas que habían refrescado la jornada anterior no eran tan perceptibles en los desfiladeros, y Wren sudaba copiosamente. Se echó hacia atrás el alborotado cabello y se ató un pañuelo en torno a la cabeza, se roció el rostro con agua y se obligó a pensar en otra cosa. Se centró en los recuerdos de su infancia en Valle Sombrío, intentando evocar una vez más el aspecto de sus padres; de nuevo, le resultó imposible. Sus pocos recuerdos eran muy vagos y fragmentados: retazos de conversaciones, fugaces instantes desligados del tiempo, palabras o frases fuera de contexto. Todo aquello podía aplicarse tanto a los padres de Par como a los suyos propios. ¿Esos recuerdos estaban relacionados con sus padres o con Jaralan y Mirianna Ohmsford? ¿Había conocido en realidad a sus padres? ¿Habían estado con ella en Valle Sombrío? Eso le habían dicho, y también que los dos habían muerto. Sin embargo, ella no lo recordaba. ¿Por qué? ¿Por qué no conservaba ningún recuerdo de ellos?

Miró a Garth, con la inquietud reflejada en los ojos, pero enseguida apartó la mirada, sin pedirle explicaciones.

Se detuvieron para comer al mediodía y luego siguieron cabalgando. Wren formuló algunas preguntas a Garth sobre su «sombra». ¿Continuaba persiguiéndolos? ¿Notaba él algo que pudiera ser sospechoso? Garth se encogió de hombros, y le respondió que ya no estaba seguro, que no podía confiar en sus propias percepciones sobre ese misterioso ser. Wren hizo un gesto de duda, pero el gigante no dijo nada más. Su oscuro y barbudo rostro tenía una expresión indescifrable.

Necesitaron toda la tarde para cruzar una estribación que había asolado un voraz incendio el año anterior, por lo que en la tierra solo quedaban los ennegrecidos tocones de la antigua vegetación, entre los que ya despuntaban los primeros brotes verdes de la nueva. Desde la cumbre, Wren pudo contemplar varios kilómetros de su recorrido, porque nada obstaculizaba la vista. No había lugar donde su perseguidor pudiera ocultarse, ningún espacio que pudiera atravesar sin ser descubierto. Lo buscó, poniendo toda su atención en ello, pero no consiguió encontrarlo.

Pero no lograba librarse de la sensación de que seguía tras sus pasos.

El anochecer los sorprendió cuando se encontraban recorriendo la cresta de un alto y estrecho risco que descendía bruscamente hasta el mar. A sus pies, las olas del Confín Azul golpeaban las rocas y retrocedían, y las aves marinas revoloteaban y chillaban sobre la espuma blanca. Acamparon en un bosquecillo de alisos, en las proximidades de un arroyo que bajaba de las montañas y que les proporcionaba agua potable. Para sorpresa de Wren, Garth encendió una hoguera para preparar comida caliente. Al advertir que lo miraba con extrañeza, el gigante nómada levantó la cabeza y le dijo por señas que, si su «sombra» los seguía, permanecería a la espera. Por tanto, no tenían nada que temer. Ella no estaba tan segura, pero Garth parecía tranquilo, por lo que se olvidó por completo del asunto.

Aquella noche soñó con su madre, la madre que no lograba recordar y a la que dudaba que hubiera conocido. En el sueño, no tenía nombre. Era una mujer menuda y vivaz, con el pelo rubio ceniza de Wren y ojos de color avellana. Su semblante era amable, expresivo y solícito. Le dijo: «*Recuérdame*». Wren no podía recordarla, no tenía nada de ella que le permitiera acordarse de su madre. Sin embargo, ella repetía la frase una y otra vez: «*Recuérdame. Recuérdame*».

Cuando se despertó, conservaba viva la imagen del rostro de su madre y el sonido de su voz. Garth no pareció darse cuenta de que estaba distraída. Se vistieron, desayunaron, recogieron sus cosas y reemprendieron de nuevo la marcha. El recuerdo del sueño persistía, y empezó a preguntarse si sería el despertar de una verdad que, de algún modo, ella había mantenido arrinconada durante años. Quizá la mujer con la que había soñado era realmente su madre, cuyo rostro había conservado en la mente a lo largo de toda su vida. Le costaba creerlo, pero no se atrevía a descartarlo.

Cabalgó en silencio, intentando en vano decidir cuál de esas posibilidades le haría más daño.

El calor se hacía más opresivo a medida que avanzaba la mañana. Cuando el sol se alzó sobre las montañas, la brisa que soplabá del océano se calmó por completo. El aire se serenó. Con los caballos al paso para que recuperaran fuerzas, siguieron el acantilado hasta el final, y se encontraron en una vereda rocosa que ascendía hacia una enorme masa de peñascos. El sudor corría y se les secaba sobre la piel, y tenían el cuerpo pesado y dolorido. Las aves marinas habían desaparecido, posadas seguramente en alguna parte a la espera del frescor del atardecer para aventurarse de nuevo a pescar. La tierra y su vida oculta quedaron en silencio. El único sonido era el perezoso chapoteo de las aguas del Confín Azul al chocar contra la costa rocosa, en una lenta y lánguida cadencia. En el horizonte comenzaban a formarse nubes oscuras y amenazadoras. Wren dirigió una inquisitiva mirada a Garth. Habría tormenta antes del anochecer.

La vereda que seguían continuaba serpenteando hacia la cima de los peñascos. A medida que ascendían, los árboles iban escaseando; los pinos, abetos y cedros primero, luego incluso los pequeños y resistentes grupos de alisos. La roca yacía yerma y desprotegida bajo el ardiente sol, irradiando sofocantes e intensas oleadas de calor. A Wren empezó a nublársele la vista, y se detuvo para mojar el pañuelo que llevaba en la cabeza. Garth se volvió para esperarla, con expresión impasible. Cuando la muchacha hizo un gesto de asentimiento, reanudaron el ascenso, deseando acabar cuanto antes aquella agotadora subida.

Era cerca del mediodía cuando alcanzaron la cima. El sol estaba ahora sobre sus cabezas, bañándolos con su calor abrasador. Las nubes que habían empezado a agruparse antes avanzaban ahora con rapidez tierra adentro, y había un silencio palpable en la atmósfera. Cuando llegaron al final de la vereda, miraron a su alrededor para reconocer el terreno. Estaban al borde de una meseta cubierta de hierba espesa y salpicada de grupos de nudosos árboles inclinados por el viento, que parecían de una variedad de abeto. La meseta se extendía hacia el sur, entre los altos picos, en dirección al océano, hasta más allá de donde alcanzaba la vista: una sucesión amplia y desigual de llanuras sobre las que el tórrido aire flotaba denso e inmóvil.

Wren y Garth intercambiaron una inquisitiva mirada con gesto cansado, y reemprendieron la marcha. En lo alto, los negros nubarrones que presagiaban tormenta se dirigían poco a poco hacia el sol. Cuando hubieron rodeado todo el terreno, se levantó de repente la brisa. El calor fue disminuyendo y las sombras empezaron a cubrir la tierra.

Wren se guardó el pañuelo en un bolsillo y esperó a que se refrescara su cuerpo.

Descubrieron el valle minutos después, una profunda depresión en la planicie que había permanecido oculta a sus ojos hasta que casi estuvieron encima de ella. El valle era amplio, de casi un kilómetro de anchura, resguardado de las inclemencias del tiempo por una serie de intrincadas colinas que se levantaban al este, una formación rocosa al oeste y grandes grupos de árboles que crecían de un extremo a otro. Varios arroyos surcaban el valle; Wren oyó, incluso antes de descender, el gorgoteo que hacía al pasar entre las rocas y al caer en las hondonadas. Bajó al valle seguida de Garth, intrigada por lo que pudiera encontrar allí. Poco después llegaron a un claro lleno de hierbajos y arbustos, pero desprovisto de árboles. Tras realizar una rápida inspección, descubrieron cascotes de cimientos de piedra enterrados bajo la maleza. Los árboles habían sido cortados para edificar casas. En aquel lugar se había establecido un importante asentamiento.

Wren miró a su alrededor, pensativa. ¿Era aquello lo que estaban buscando? Se encogió de hombros. No había cuevas, al menos a la vista, pero...

Sin acabar el pensamiento, hizo unas apresuradas señas a Garth para que la siguiera, montó en su caballo y se dirigió hacia los riscos que se levantaban al oeste.

Salieron del valle y ascendieron por las rocas que los separaban del océano. Estaban desprovistas de árboles, pero en todas las hendiduras y grietas crecía la maleza. Wren maniobró para alcanzar el punto más alto, una especie de cornisa que sobresalía de los acantilados, sobre el océano. Cuando lo logró, se apeó del caballo y se adelantó unos pasos. Allí la roca estaba pelada, una amplia concavidad sobre la que parecía imposible que pudiera crecer ni una brizna de hierba. La examinó detenidamente durante un momento, y le hizo pensar en una fumarola despejada y purificada por las llamas. Evitó mirar a Garth y se aproximó al borde. Ahora el viento soplaba con fuerza y le azotaba el rostro con ráfagas repentinas mientras miraba hacia abajo. Garth se acercó en silencio. Las rocas parecían cortadas a cuchillo y estaban salpicadas por brotes de maleza. Crecían minúsculas flores azules y amarillas, que parecían fuera de lugar. Muy por debajo de donde se encontraban, el océano invadía el estrecho y desértico litoral. Las olas empezaban a encrespase ante la tormenta que se avecinaba, deshaciéndose en blanca espuma al chocar con las piedras.

Wren contempló el precipicio durante largo rato. La creciente oscuridad le dificultaba la visión. La penumbra lo enmascaraba todo, y el movimiento de las nubes provocaba que la luz se desplazara sobre la superficie rocosa.

La joven nómada frunció el ceño. Había algo extraño en lo que veía, algo que no acababa de encajar, pero no podía precisar qué era. Se puso en cuclillas y esperó a que le llegara la respuesta.

Por fin le llegó: no había aves marinas por ninguna parte... ni una sola.

Reflexionó sobre aquella circunstancia durante un momento, intentando averiguar qué podía significar aquello, y después se volvió hacia Garth y le pidió por señas que esperase. Corrió hasta donde estaba su caballo, sacó una cuerda del morral y regresó con ella en la mano. Garth observaba a Wren con curiosidad. La joven nómada le hizo señas rápidas y ansiosas. Quería que él la descolgara por la pendiente para explorar la base.

En silencio, ataron un extremo de la cuerda con un nudo corredizo bajo los brazos de Wren, y el otro a un saliente próximo al borde del acantilado. La muchacha probó la firmeza de los nudos e hizo un gesto de asentimiento. Tras atarse a sí mismo, Garth comenzó a bajar a Wren lentamente por el borde. La muchacha descendió con cuidado, escogiendo los puntos de apoyo para las manos y los pies. Pronto perdió de vista a Garth y empezó a comunicarse con él mediante un código de tirones que habían acordado.

El viento la zarandeaba cada vez con mayor fuerza. Se pegó a la pared rocosa para evitar que la desequilibrara. Las nubes ocultaban el firmamento, acumulándose unas sobre otras, y pronto empezaron a caer las primeras gotas de lluvia.

Apretó los dientes. No le gustaba la perspectiva de que la sorprendiera allí la tormenta. Tenía que acabar pronto su exploración.

Se balanceó hacia atrás y se estrelló contra un matorral. Las espinas le arañaron los brazos y las piernas, y se apartó con furia. Continuó el descenso. Al mirar hacia abajo, vio algo que antes le había pasado inadvertido: una mancha oscura en el muro, una oquedad. Luchó por contener su nerviosismo. Pidió a Garth que le soltara cuerda, y descendió con más rapidez. La oscuridad se hizo más intensa. La oquedad era mayor de lo que había creído, un gran agujero negro. Forzó la vista para intentar ver algo en la penumbra. No consiguió vislumbrar lo que había en el interior, pero advirtió la existencia de dos más... y de otro, casi tapado por la maleza, disimulado por la roca...

«¡Cuevas!».

Pidió al gigante que soltara más cuerda. Cuando esta dio de sí lo suficiente, se deslizó hacia la cueva más próxima, y penetró con precaución

en la oscuridad creciente, forzando los ojos...

Entonces oyó el sonido, una especie de susurro procedente del interior, justo bajo sus pies. Se quedó petrificada durante un breve instante. Después volvió a mirar hacia abajo. Las sombras lo envolvían todo como una mortaja sombría. No lograba ver nada. El viento soplaba con fuerza y producía un ruido estridente que se imponía a todos los demás sonidos.

¿Estaría equivocada?

Bajó un poco más, insegura.

Había algo...

Dio una fuerte y nerviosa sacudida a la cuerda para interrumpir el descenso, y se quedó suspendida a escasos centímetros del oscuro hueco.

El roc apareció de repente bajo sus pies, como si le hubieran disparado con una catapulta. Tuvo la impresión de que ocupaba todo el aire, con las alas desplegadas sobre las aguas grises del Confín Azul, su silueta recortada contra el fondo de penumbra y nubes. Pasó tan cerca de ella que le rozó los pies y la hizo salir despedida dando vueltas como una peonza. Wren se encogió instintivamente, aferrándose a la cuerda como a un cable de salvamento, rebotando contra la áspera superficie de la roca y esforzándose por no gritar, implorando interiormente que el gigantesco pájaro no la viera. El roc levantó el vuelo como si no hubiese advertido su presencia o le fuera indiferente. Su cuerpo era dorado y su cabeza, del color del fuego. Tenía un aspecto feroz, con el plumaje alborotado, y sus alas estaban llenas de marcas y cicatrices. Remontó el vuelo en la tormentosa atmósfera y se perdió de vista en dirección oeste.

«Por eso no hay aves en esta zona», pensó la muchacha nómada, horrorizada y aturdida.

Permaneció sin moverse, pegada a la superficie rocosa durante un rato, para asegurarse de que el temible roc no volvía; después dio un cauteloso tirón a la cuerda, que era la señal convenida para que Garth la izara hasta encontrarse a salvo.

Poco después de que Wren alcanzara la cima del despeñadero, empezó a llover. Garth la envolvió en su capa y la llevó en volandas hasta el valle, donde un bosquecillo de abetos les sirvió de refugio provisional. Encendió una hoguera e hizo sopa para que la joven nómada entrara en calor. La muchacha siguió con el frío metido en los huesos durante un buen rato, estremeciéndose cada vez que recordaba el tiempo que había estado colgada e

indefensa mientras el roc pasaba bajo sus pies, lo bastante cerca para llevársela en volandas o acabar con su vida. Tenía la mente entumecida. Había bajado en busca de las cuevas de los rocs, pero no se le había ocurrido pensar que podía encontrarse con uno de ellos.

Cuando recuperó la capacidad de movimiento, después de que la sopa le calentara el estómago, entabló conversación con Garth.

—Si existen los rocs, también es posible que existan los elfos —dijo Wren, traduciendo las palabras mediante movimientos de los dedos—. ¿Tú qué opinas?

«*Opino que has estado a punto de morir*», respondió Garth, e hizo una mueca.

—Lo sé —admitió la muchacha de mala gana—. ¿Te importaría olvidarlo? Me siento ridícula.

«*Está bien*», respondió el gigante sin inmutarse.

—Si la Víbora dijo la verdad cuando me habló de las cuevas de los rocs, ¿no crees que es posible que también sea cierto lo que me dijo sobre los elfos? —Wren hablaba de forma precipitada—. Al menos, yo así lo creo. Creo que, si encendemos una hoguera en aquel saliente, se presentará alguien. En el agujero. Como has podido observar, allí es donde se encendían en otras épocas. Tal vez este valle haya estado habitado por los elfos, y quizá siga estándolo. Mañana encenderemos la hoguera y esperaremos a ver qué sucede.

Pasó por alto el gesto de indiferencia de su compañero e instructor y se tumbó cómodamente, envuelta en sus mantas; su mirada traslucía una firme resolución. El incidente con el roc empezaba a quedar arrinconado en su memoria.

Durmió hasta pasada la medianoche e hizo su relevo de la guardia más tarde de lo establecido, porque Garth prefirió no despertarla. Permaneció alerta durante el resto de la noche, y mantuvo ocupada la mente imaginando cosas que podrían pasar a continuación. Dejó de llover, y con la salida del sol regresó el calor estival, húmedo y sofocante. Buscaron madera seca y la cortaron en trozos del tamaño adecuado para poder transportarlos con facilidad hasta el lugar donde iban a encender el fuego. Construyeron una narria, fueron depositando en ella los leños y, cuando estuvo llena, la ataron a los caballos para llevarla al borde del farallón. Trabajaron con eficacia a pesar del calor, procurando no agotar sus fuerzas ni la de los animales, haciendo frecuentes descansos y bebiendo agua suficiente para prevenir los efectos del calor. El día continuaba siendo claro y bochornoso, y las lluvias se habían convertido en un recuerdo lejano. Del océano les llegaban brisas de cuando en

cuando, pero apenas servían para refrescarlos. El mar extendía su tersa y cristalina superficie, que desde las alturas del farallón parecía tan lisa y dura como el hierro.

No vieron ningún otro roc. Según Garth, eran pájaros nocturnos, cazadores que buscaban el amparo de la oscuridad en vez de arriesgarse. A Wren le pareció oír su graznido, débil y distante, en varias ocasiones. Le hubiera gustado saber cuántos habitaban en las cuevas, y si tenían polluelos. Pero prefería reprimir su curiosidad después de la experiencia de la tarde anterior con el roce de sus alas.

Prepararon su almenara en la concavidad de la cornisa que dominaba el Confín Azul. Cuando se aproximaba el ocaso, Garth utilizó su pedernal para encender las astillas, y pronto ardieron también los leños grandes. Las llamas se remontaron hacia el cielo, un deslumbrante fulgor rojo y dorado contra la luz crepuscular que crepitaba en el silencio. Wren, con expresión satisfecha, miró a su alrededor. Situada a aquella altura, la fogata era perfectamente visible a varios kilómetros a la redonda. No podía pasar inadvertida a ningún observador.

Cenaron en silencio, sentados cerca de la hoguera, con los ojos fijos en las llamas y su pensamiento en otra parte. Wren pensaba en sus primos, Par y Coll Ohmsford, y en Walker Boh. Se preguntó si, como había hecho ella, se habrían decidido ya a cumplir la misión que les había encargado Allanon. «Encuentra la espada de Shannara», le había dicho el espíritu a Par. «Encuentra a los druidas y el desaparecido Paranor», le había dicho a Walker. Y a ella, que encontrara a los elfos perdidos. Si no lo hacían, si alguno de ellos fallaba, la visión que les había mostrado de un mundo estéril y vacío se convertiría en realidad, y las razas serían juguetes en manos de los umbríos. Su rostro reflejó un rictus provocado por la tensión, y se recogió distraídamente un rizo suelto. Los umbríos... ¿quiénes eran? Recordó que Cogleine los había mencionado de pasada, sin dar demasiados detalles sobre ellos. La historia que les había contado aquella noche en el Cuerno del Hades era sorprendentemente imprecisa. Según sus palabras, los umbríos se habían formado en el vacío que había dejado la magia al extinguirse con la muerte de Allanon. Unos seres nacidos de una magia desaparecida. ¿Qué querría decir aquello exactamente?

Acabó de cenar, se levantó y paseó. La noche era clara y el cielo estaba poblado de estrellas, cuya nívea luz rielaba en la superficie del océano, formando un reluciente tapiz de plata. Wren se sumergió en aquella belleza durante un rato, complacida por el frescor del atardecer y liberada por el

momento de sus pensamientos más sombríos. Cuando volvió en sí, deseó saber algo más de la meta hacia la que se encaminaba. Su vida, que hasta aquel momento había sido segura y ordenada, de pronto había adquirido unos tintes absurdos.

Regresó a la fogata y se reunió con Garth. El gigante estaba preparando los camastros que había subido del valle. Tenían que dormir junto a la hoguera y alimentarla hasta que transcurrieran los tres días previstos, o hasta que se presentase alguien. Habían dejado los caballos atados a unos árboles que crecían en los límites del valle. Mientras no lloviese, estarían bastante cómodos durmiendo al aire libre.

Garth se ofreció para hacer la primera guardia, y Wren aceptó. La joven nómada se envolvió en su manta, un poco retirada del calor de la almenara, y se acostó. Observó la danza de las llamas en la oscuridad, abstraída por su movimiento hipnótico. Volvió a pensar en su madre, en su cara y en su voz como las había visto y oído en el sueño, y se preguntó si correspondían a la realidad.

«Recuérdame».

¿Por qué no?

Todavía continuaba pensando en ello cuando la venció el sueño.

Se despertó al sentir la mano de Garth sobre su hombro. La había despertado centenares de veces en el transcurso de los años, y había aprendido a descubrir por su simple contacto los sentimientos del gigante. Ahora su toque le decía que estaba preocupado.

Se levantó al instante, completamente despierta. Al mirar al cielo nocturno supo que aún era temprano. El fuego seguía ardiendo junto a ellos; su resplandor no había disminuido. Garth estaba de espaldas, mirando el valle. Entonces Wren pudo oír que algo se aproximaba; un arañazo, un chasquido, el sonido de unas garras sobre la roca. Quienquiera que estuviese allí, no se preocupaba de ocultar su presencia.

Garth se volvió hacia ella y le indicó por señas que todo había estado en calma hasta unos momentos antes. Su visitante debía de haberse acercado al principio sigilosamente, y después había decidido cambiar de táctica. Wren no puso en duda lo que le decía. Garth oía con todos sus sentidos: el olfato, el tacto, pero, sobre todo, con el instinto. Aunque era sordo, oía mucho mejor que ella. «¿Un roc?», sugirió rápidamente, acordándose de sus garras. Garth negó con la cabeza. ¿Sería, entonces, el visitante que le había prometido la *Víbora*? Garth permaneció en silencio, porque no era necesario dar una respuesta. Lo que se acercaba era algo diferente, algo peligroso...

Wren cerró los ojos y, de repente, supo la verdad.

Era su «sombra», que por fin había decidido revelarse.

El chirriante sonido se hizo más fuerte, más prolongado, como si lo que se aproximaba se estuviese arrastrando. La muchacha nómada y el gigante se alejaron unos pasos de la hoguera, intentando dejar un espacio iluminado entre ellos y su visitante para que la oscuridad quedara a sus espaldas.

Wren palpó el cuchillo largo que llevaba sujeto a la cintura, aunque no era gran cosa como arma. Garth empuñó su lanza. La muchacha nómada deseó tener la suya a mano, pero la había dejado con los caballos.

Una cara deforme irrumpió en el área iluminada, surgiendo de la oscuridad como empujada por algo, seguida de un cuerpo musculoso. Wren sintió que se le helaba el estómago. El ser que tenía ante sí no podía ser real. Parecía un lobo enorme, recubierto por completo de un erizado pelaje gris, con el hocico oscuro y unos ojos que relampagueaban a la luz de la hoguera. Pero también era grotescamente humano. Tenía brazos humanos provistos de manos y dedos, aunque todo cubierto de pelo, y los dedos acabados en garras, deformados y con abultadas callosidades. Asimismo, la cabeza tenía cierta apariencia humana, lo que daba la impresión de que alguien le había colocado una máscara de lobo que se le había fundido como si fuese de arcilla.

La cabeza de la horrible criatura se inclinó hacia el fuego y volvió a apartarse, mientras sus duros ojos se clavaban en los dos nómadas.

Aquel era su perseguidor. Wren respiró profunda y lentamente. Aquel era el ser que los había seguido sin descanso a través de la Tierra del Oeste, el ser que había estado acechándolos durante tantas semanas.

Si había permanecido oculto durante todo ese tiempo, ¿por qué se mostraba ahora abiertamente?

Observó que replegaba el hocico para revelar unas largas hileras de dientes curvados. Sus chispeantes ojos parecieron revivir. No produjo ningún sonido mientras aparecía ante ellos.

«Se ha dejado ver porque ha decidido matarnos», pensó Wren, y la idea la aterrorizó.

Garth dirigió a la muchacha una rápida mirada, una mirada que lo decía todo. No se hacía ilusiones sobre lo que estaba a punto de suceder, y, sin embargo, dio un paso hacia la bestia.

Al instante, esta arremetió contra él, una embestida que lo golpeó antes de que pudiera hacer nada para defenderse del ataque. Garth echó la cabeza atrás, justo a tiempo de evitar que se la arrancara de los hombros, giró la lanza y logró rechazar a su atacante. La criatura lobuna aterrizó profiriendo un

terrible gruñido, volvió a ponerse de pie entre pataleos y se dio la vuelta, mostrando sus afilados dientes. Atacó a Garth por segunda vez, ignorando por completo a Wren. Pero ahora el nómada estaba preparado, y clavó la punta de la lanza en el cuerpo nervudo. La muchacha oyó un sonido de huesos que se quebraban. La bestia cayó rodando, volvió a ponerse de pie y empezó a moverse en círculo. Seguía sin prestar atención a Wren, aunque procuraba mantenerla dentro de su campo visual para poder controlar sus movimientos. Al parecer, creía que Garth era la principal amenaza y que debía acabar con él en primer lugar.

«¿Qué eres? —quiso preguntarle Wren—. ¿Qué clase de criatura eres?».

La bestia arremetió de nuevo contra Garth, lanzándose de forma temeraria contra la lanza. El dolor no parecía amedrentarla. El gigante la rechazó, pero lo volvió a intentar, rechinando los dientes. Repitió sus ataques, y nada de cuanto hacía Garth lograba frenarla. Wren permanecía acurrucada y a la espera, pues no podía intervenir sin arriesgarse a entorpecer a su amigo. La bestia lobuna no le ofrecía la más mínima oportunidad de golpearla. Era rápida, tan ágil que nunca permanecía en el suelo más que un breve instante, y se movía con una elasticidad que superaba la de los humanos y las bestias. Wren estaba segura de que ningún lobo era capaz de actuar de aquella manera.

La batalla se prolongaba. Ambos combatientes sufrían heridas, pero las de la bestia parecían sanar casi al instante, mientras que de las de Garth manaba abundante sangre. Las fracturas de las costillas deberían haber entorpecido sus movimientos, pero no era así. La sangre desaparecía de sus heridas a los pocos segundos. Al parecer, sus lesiones no le afectaban, como si...

De repente, Wren recordó la historia que Par le había contado sobre el umbrío que Coll Ohmsford, Morgan Leah y él mismo habían encontrado en el trayecto de su viaje a Culhaven, aquella monstruosa criatura que poseía rasgos humanos y que había unido a su cuerpo el brazo que le habían cercenado como si el dolor no significase nada para ella.

¡Aquella especie de lobo era un *umbrío*!

Al comprenderlo, se lanzó hacia delante sin pensarlo. Se dirigió hacia la criatura con el cuchillo desenvainado en la mano, furiosa y decidida. La bestia se dio media vuelta con la sorpresa reflejada en sus duros ojos, desviando por un instante su atención de Garth. La joven nómada alcanzó a la criatura al mismo tiempo que el gigante nómada, y consiguieron atraparla entre los dos. Garth golpeó su cráneo con la lanza, que se astilló por la fuerza del impacto y la dureza del objetivo. Wren hundió la hoja de su cuchillo en el hirsuto torso

sin demasiado esfuerzo. La criatura se levantó y retrocedió, tambaleándose, emitiendo por primera vez un gruñido, un alarido de dolor que parecía de mujer. Luego se volvió de forma brusca para abalanzarse sobre Wren y consiguió derribarla. Poseía una fuerza extraordinaria. Wren cayó de espaldas, pataleando para impedir que los dientes curvos le desgarrasen la cara. Fue el excesivo ímpetu del horrendo ser lo que la salvó, pues le hizo fallar el golpe y caer en la oscuridad. La muchacha nómada se levantó tras realizar un gran esfuerzo. Se había quedado desarmada, porque su cuchillo seguía clavado en el cuerpo de la bestia. La lanza de Garth estaba rota, pero el gigante nómada empuñaba ya una espada corta.

La bestia de rasgos lobunos regresó al área iluminada por la hoguera. Se movía como si las heridas no le produjeran ningún dolor, mostrando los dientes en un gesto aterrador.

La bestia de rasgos lobunos.

El umbrío.

De repente, Wren tuvo la certeza de que nunca conseguirían acabar con su vida, de que sería la bestia quien acabara con ellos.

Retrocedió rápidamente hasta ponerse junto a Garth, frenética, intentando por todos los medios no caer en la histeria. El gigante nómada desenfundó su cuchillo largo y se lo dio. Wren podía oír su respiración acelerada, pero no se atrevió a mirarlo.

El umbrío se lanzó contra ellos. En el último instante dirigió su embestida contra Garth. El gigante nómada logró esquivar su acometida, pero la fuerza del ataque le hizo perder el equilibrio. Inmediatamente, el umbrío cayó sobre él, profiriendo terribles gruñidos. Garth interpuso la espada para evitar que el umbrío le mordiera. El enorme nómada era el ser humano más fuerte que Wren había conocido, pero no tanto como el monstruo. Advirtió que empezaban a fallarle las fuerzas.

«¡Garth!».

Wren atacó a la bestia clavándole el cuchillo, pero esta no dio señales de haber notado el impacto. La joven se aferró a ella, forcejeando para apartarla. Debajo, pudo vislumbrar el oscuro rostro de Garth, tenso y cubierto de sudor. La muchacha profirió un grito de furia.

El umbrío se sacudió con fuerza, haciendo que la joven nómada saliera despedida, y Wren cayó al suelo, desarmada e indefensa. Hizo un gran esfuerzo para conseguir ponerse de rodillas al darse cuenta, de repente, de que el calor de la hoguera la quemaba. Era un ardor intenso (¿cuánto tiempo hacía

que estaba allí?), centrado en su pecho. Se palpó, pensando que el fuego había prendido en ella... No, no había llamas, no había nada excepto...

Sus dedos se doblaron al tropezar con la bolsita de cuero que guardaba las piedras pintadas. ¡El fuego estaba allí!

Se arrancó la bolsa de un tirón y, casi sin darse cuenta de lo que hacía, sacó las piedras y las puso en la palma de su mano.

Al instante produjo una explosión de luz, asombrosa, aterradora. Sintió que no podía desprenderse de ellas. La pintura que las cubría desapareció, y las piedras se transformaron en... No se atrevió a pensar en la palabra y, además, no tenía tiempo para pensar. La luz refulgió y se concentró como si se tratara de un ser vivo. Vio que, más allá del resplandor, la cabeza con rasgos lobunos del umbrío sufría espasmódicas sacudidas. Observó el brillo de sus ojos. Tanto Garth como ella tendrían una oportunidad de sobrevivir si...

Actuando por instinto, proyectó la luz hacia delante con un simple pensamiento. Esta ensartó al umbrío con una asombrosa velocidad. La bestia se alejó de Garth mientras su cuerpo se retorció y profería terribles aullidos. La luz la envolvió, quemándola y consumiéndola. Wren mantuvo la mano extendida para controlar el fuego. La magia la aterraba, pero consiguió sobreponerse a su miedo. A través de su cuerpo fluía una energía siniestra y estimulante a la vez. El umbrío retrocedió, intentando defenderse contra la luz y luchando con todas sus fuerzas para librarse de ella, pero sin éxito. Wren dio un grito triunfal cuando el umbrío sucumbió, cuando vio que su enorme y grotesco cuerpo estallaba y quedaba reducido a polvo.

En aquel preciso instante la luz desapareció también, y Garth y ella se quedaron solos.

Sin perder un instante, Wren curó las heridas de Garth. No había sufrido ninguna fractura, pero sí profundos arañazos en los antebrazos y el pecho, y numerosos cortes y contusiones de la cabeza a los pies. Yacía tumbado de espaldas sobre la tierra mientras ella, arrodillada a su lado, aplicaba en las heridas las hierbas y ungüentos curativos que los nómadas llevaban siempre consigo. Su rostro estaba sereno. El duro Garth. Su grande y musculoso cuerpo se contrajo una o dos veces mientras ella limpiaba y vendaba, suturaba y presionaba, pero eso fue todo. No había ningún gesto en su cara ni ninguna expresión en sus ojos que revelasen el trauma y el dolor que se veía obligado a soportar.

Wren no pudo contener las lágrimas, e inclinó la cabeza para que el gigante nómada no pudiera verlas. Era su mejor amigo y había estado a punto de perderlo.

Si no hubiera sido por las piedras élficas...

Eran piedras élficas. Auténticas piedras élficas.

«¡No pienses ahora en eso!», se ordenó.

Se concentró en lo que estaba haciendo y reprimió los pensamientos de angustia y terror. La hoguera seguía ardiendo, y sus llamas lamían la oscuridad entre incesantes chisporroteos. La muchacha nómada trabajaba en silencio y, por tanto, oía todos los ruidos que se producían a su alrededor: el clamor del fuego, el silbido del viento al pasar entre las rocas, el golpeteo de las olas al chocar contra la costa, el lejano zumbido de los insectos del valle y el siseo de su propia respiración. Parecía como si todos los sonidos nocturnos hubieran centuplicado su intensidad, o como si ella estuviera dentro de un gran cañón vacío donde hasta el susurro más débil produjera un potente eco.

Cuando acabó de curar las heridas de Garth, se sintió desfallecer durante un momento, con una multitud de imágenes danzando ante sus ojos. Vio de

nuevo al ser de rasgos lobunos que era un umbrío, todo dientes, garras y pelo erizado. Vio a Garth luchando sin descanso con el monstruo. Se vio a sí misma abalanzándose sobre la bestia en un vano intento de ayudar al enorme nómada. Vio el resplandor del fuego cubrirlos como si fuera sangre. Vio las piedras élficas cobrar vida y desprender una luz blanca provista de una energía ancestral que llenó la noche con su brillo, para después alancear y golpear al umbrío, quemándolo mientras él se esforzaba por liberarse...

Intentó levantarse, pero cayó hacia atrás. Garth, que había conseguido ponerse de rodillas, la recogió en sus brazos y la dejó con cuidado en el suelo. Antes la mantuvo en sus brazos durante un momento, meciéndola como si fuera una niña, y Wren dejó que lo hiciera mientras apretaba la cara contra su cuerpo. Después se separó de su amigo y respiró lenta y profundamente para serenarse. Se levantó, recogió de prisa sus capas y las llevó al lugar donde esperaba Garth. Se envolvieron en ellas para protegerse del frío de la noche y se sentaron, intercambiando en silencio sus miradas.

—¿Sabías lo de las piedras élficas? —preguntó por fin Wren, levantando las manos para hablar por señas.

«No», respondió Garth con una mirada firme.

—¿No sabías nada de ellas? ¿No sabías que eran auténticas ni conocías su verdadero poder?

«No».

La joven lo miró detenidamente durante un momento, sin moverse. Después hurgó en su túnica y extrajo la bolsa de cuero que llevaba colgada del cuello. Había guardado en ella las piedras élficas cuando fue en ayuda de Garth. Se preguntó si se habrían transformado otra vez, si habrían vuelto a ser las piedras pintadas que habían sido. Incluso se preguntó si su vista la habría engañado de algún modo. Volvió la bolsa del revés y la sacudió sobre su mano.

Tres brillantes piedras azules cayeron en la palma de la mano. Ya no eran piedras pintadas, sino relucientes piedras élficas; las mismas que Allanon había entregado a Shea Ohmsford hacía más de quinientos años y que habían pertenecido a la familia Ohmsford desde entonces. Las miró, fascinada, extasiada por su belleza y, al mismo tiempo, asustada por ser su poseedora. Al recordar el poder que guardaban, un estremecimiento sacudió todo su cuerpo.

—Garth —dijo en voz baja, después de depositar las piedras élficas sobre su regazo para hablar con los dedos—. Tú debes de saber algo. Tienes que saberlo. A mí me pusieron bajo tu tutela, Garth. Las piedras élficas no se han separado de mí desde entonces. Dime, ¿de dónde proceden?

«Tú ya lo sabes. Te las dieron tus padres».

—Háblame de ellos —le suplicó, invadida por una oleada de dolor y frustración—. Dímelo todo. No guardes ningún secreto, Garth. Siempre ha habido secretos entre nosotros, pero ahora necesito saber la verdad. Dímelo.

El rostro de Garth tenía una expresión rígida. Después, tras un breve instante de vacilación, le dijo que su madre había sido una nómada y su padre un Ohmsford, y que la habían confiado a la tutela de los nómadas cuando era pequeña. Le habían asegurado que lo último que hicieron antes de marcharse fue colgarle del cuello la bolsa de cuero con las piedras pintadas.

—¿Nunca viste a mi madre? ¿Ni a mi padre?

Garth respondió negando con la cabeza. Él estaba ausente cuando llegaron, y cuando regresó ya se habían ido. Nunca más volvieron. Llevaron a Wren a Valle Sombrío y la confiaron al cuidado de Jaralan y Mirianna Ohmsford. Cuando cumplió los cinco años, los nómadas se hicieron de nuevo cargo de ella. Ese había sido el pacto que habían sellado con los Ohmsford. Esa había sido la voluntad de sus padres.

—Pero ¿por qué? —lo interrumpió Wren, desconcertada.

Garth no lo sabía. Tampoco le habían dicho quiénes eran los nómadas que habían cerrado el trato. Un anciano de la familia la confió a su tutela, un hombre que falleció poco después. Nadie le había explicado por qué tenía que adiestrarla como lo había hecho. Se limitaron a decirle lo que tenía que hacer. Ella debía convertirse en la más rápida, fuerte, sagaz y capacitada para sobrevivir de toda la comunidad nómada. Garth tenía que conseguirlo a toda costa.

Wren reclinó la espalda con gesto contrariado. Ya sabía todo aquello. No era la primera vez que Garth se lo contaba. Apretó las mandíbulas. Debía de haber algo más, algo que le diera más indicios sobre sus orígenes y sobre la razón de que tuviese las piedras élficas.

—Garth —insistió—. ¿Qué me ocultas? ¿Es algo referente a mi madre? He soñado con ella, ¿sabes? He visto su cara. ¡Dime qué estás ocultando!

El gigante aparentó indiferencia, pero sus ojos reflejaban un profundo dolor. La joven nómada estuvo a punto de consolarlo, pero su necesidad de saber se lo impidió. Garth la miró sin responder durante un rato. Después, sus dedos se movieron.

«No puedo decirte nada que tú no puedas ver».

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wren, echándose hacia atrás.

«Tienes rasgos élficos, Wren. Más que ningún otro Ohmsford. ¿A qué lo atribuyes?».

Wren se encogió de hombros, sin saber qué contestar.

«*Es porque tus padres eran elfos*», dijo Garth.

Wren lo miró con incredulidad. No tenía la menor idea de que sus padres hubieran tenido aspecto élfico; ella siempre se había considerado una nómada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, estupefacta.

«Me lo dijo alguien que los vio. También me dijeron que sería peligroso para ti saberlo».

—¿Por qué has decidido decírmelo ahora?

Garth se encogió de hombros, como si preguntara: «¿Qué importancia puede tener después de lo que ha sucedido? ¿Acaso, por saberlo, puedes exponerte a peligros mayores que los que has corrido?».

Wren asintió con la cabeza. Su madre había sido una nómada y su padre, un Ohmsford; pero los dos eran elfos. ¿Cómo podía explicarse? Ningún nómada pertenecía a la raza elfa.

—¿Estás seguro? —preguntó—. ¿No eran humanos con sangre élfica, sino auténticos elfos?

«*Está muy claro*», respondió Garth por señas, haciendo un gesto de asentimiento.

Para todos menos para ella, pensó Wren. ¿Cómo podían ser elfos sus padres? Los Ohmsford nunca lo habían sido. Tenían una remota ascendencia élfica, que conservaban en una pequeña parte de su sangre, pero nada más. ¿Significaba que sus padres habían vivido con los elfos? ¿Significaba que procedían de la comunidad élfica y que por eso Allanon la había enviado en busca de los elfos, porque ella era una elfa?

Miró a la lejanía, abrumada por las implicaciones que eso encerraba. Evocó el rostro de su madre, tal y como se le había aparecido en el sueño: era el rostro de una joven de raza humana. No se evidenciaban en ella rasgos élficos. ¿O no los había captado? ¿Y su padre? Era extraño, pensó. Él nunca había sido importante, nunca había protagonizado sus reflexiones ni le había parecido tan real como su madre, pero desconocía la causa. Para ella carecía de rostro. Era un ser invisible.

—¿No sabías que las piedras pintadas eran piedras élficas? —preguntó, buscando con sus ojos los del gigante nómada, que esperaba pacientemente su pregunta—. ¿No sabías nada de ellas?

«Nada».

«¿Qué hubiera ocurrido si las hubiera tirado?», pensó. ¿Qué hubiera sucedido con los planes, cualesquiera que fuesen, que sus padres habían hecho para ella? Pero ya conocía la respuesta. Nunca hubiera sido capaz de

separarse de las piedras pintadas, que eran su único vínculo con el pasado, lo único que le quedaba de sus padres. ¿Habrían contado con ello? Y lo que era aún más importante, ¿por qué le habían dado las piedras élficas? ¿Para protegerla? ¿Contra qué? ¿Contra los umbríos? ¿Contra alguna otra cosa? ¿Contra algo que ni siquiera existía cuando ella nació?

—¿Por qué crees que me dieron estas piedras? —le preguntó a Garth, desconcertada.

«*Quizá para protegerte cuando buscaras a los elfos*», respondió por señas Garth, bajando la mirada y volviendo a levantarla inmediatamente, mientras un estremecimiento recorría su gigantesco cuerpo.

Wren lo miró detenidamente, con la cara demudada. A ella nunca se le hubiera ocurrido pensar en esa posibilidad. Pero ¿cómo podían haber previsto sus padres que ella tendría que buscar a los elfos? ¿O solo sabían que algún día trataría de encontrar sus raíces, que querría averiguar su procedencia y conocer a los suyos?

—Garth, no lo entiendo —le confesó—. ¿Qué significa todo esto?

Pero su compañero se limitó a hacer un gesto de impotencia, lleno de pesadumbre.

Se alternaron en la guardia durante toda la noche, dormitando entre los relevos hasta que el alba bañó con su luz el firmamento por el este. Entonces Garth, que estaba exhausto, se dejó vencer por el sueño, y durmió hasta el mediodía. Wren se quedó sentada con la mirada clavada en la inmensidad del Confín Azul, reflexionando sobre las consecuencias que podría tener haber descubierto las piedras élficas. Llegó a la conclusión de que eran las mismas que habían pertenecido a Shea Ohmsford. Había oído describirlas con frecuencia, había escuchado numerosos relatos sobre su historia. Pertenecían a quien se le entregaban, fuera quien fuese. Habían sido entregadas a la familia Ohmsford y se suponía que, algún tiempo después, se habían perdido. O tal vez no. Quizás alguien las guardó. Habían nacido muchos Ohmsford después de Brin y Jair, y se había perdido el rastro de la magia durante trescientos años... incluso de una tan poderosa y personal como la de las piedras élficas. Recordó que hubo una época en que solo podían invocar su magia, sin exponerse a un grave peligro, quienes tuvieran una determinada cantidad de sangre élfica. Wil Ohmsford había sufrido las consecuencias al incumplir esa norma. Cuando utilizó las piedras, absorbió parte de su magia, y cuando nacieron sus hijos, Brin y Jair, la magia se transformó en la Canción. Por tanto, quizás algún Ohmsford decidió devolver las piedras a aquellos que

podían utilizarlas sin correr ningún riesgo: a los elfos. ¿Era así como habían llegado a manos de sus padres?

Las preguntas se sucedían una tras otra, de forma abrumadora e insistente, pero sin respuestas. ¿Qué le había dicho Cogleine cuando la encontró en el Tirfing y la convenció de que debía acompañarlo al Cuerno del Hades, siguiendo las indicaciones de Allanon? «*No es tan importante saber quién eres como quién podrías ser*». Empezaba a pensar que era posible llegar a la verdad por caminos que nunca antes hubiera imaginado.

Garth se levantó al mediodía y se comió el estofado de verduras y el pan que ella había preparado. Estaba tenso y dolorido, y no había conseguido recuperar por completo las fuerzas. Sin embargo, creyó que debía rastrear la zona para asegurarse de que no había más bestias lobunas por los alrededores que pudieran acecharlos. Wren no había considerado esa posibilidad. Ambos habían reconocido en su atacante a un umbrío, a un ser humano convertido parcialmente en bestia, una criatura capaz de seguir rastros y cazar, de camuflarse y acechar, de pensar como ellos y matar sin ningún escrúpulo. No era extraño que los hubiera perseguido tan hábilmente. Wren había dado por supuesto que la bestia estaba sola, pero debía reconocer que era una suposición sin fundamento y debía actuar en consecuencia. Le dijo a Garth que ella se encargaría de realizar la batida. En aquellos momentos era la más capacitada de los dos para afrontar cualquier peligro y, además, contaba con la protección de las piedras élficas.

Sin embargo, prefirió callarse el gran temor que le producía la magia élfica y lo difícil que le resultaría invocarla si se viera obligada a hacerlo.

Mientras retrocedía para rastrear el lugar por el sur y el este en busca de indicios, huellas o cualquier otra cosa que estuviera fuera de lugar, confiando en que su instinto la advertiría de cualquier posible peligro, pensó en lo que significaba poseer una magia de esa naturaleza. Recordó la ocasión en que Par había bromeado a causa de sus sueños, diciéndole que tenía la misma sangre élfica que él, y quizá parte de sus poderes mágicos. Ella se había reído a carcajadas, y le había contestado que solo tenía unas piedras pintadas. Recordó que la Víbora, al palpar la bolsita de cuero donde guardaba las piedras, había exclamado: «¡Magia!». Ni siquiera entonces se le había ocurrido pensar en las piedras pintadas. Desde los primeros años de su vida sabía que los Ohmsford poseían la magia que se les había otorgado como descendientes de la casa élfica de Shannara. Sin embargo, nunca había pensado que también ella podría utilizarla, ni tampoco lo había deseado. Ahora le pertenecía, como también le pertenecían las piedras, pero... ¿qué iba

a hacer con ellas? No quería responsabilizarse de las piedras ni de su magia. No deseaba la herencia de los Ohmsford. Era un lastre que la arrastraría hasta el abismo. Ella era una muchacha nómada, nacida y educada en la libertad, y no aspiraba a nada más, ni deseaba otra cosa. Había aceptado sus rasgos élficos sin preguntarse qué podrían implicar. Formaban parte de su persona, pero una parte secundaria, siempre por detrás de su naturaleza nómada. Se sentía como si el descubrimiento de las piedras élficas la hubiese dejado vacía, como si la magia, al entrar en su vida, estuviera absorbiendo su esencia y la dominara, y le desagradaba profundamente esa sensación. No deseaba que la transformaran en una persona diferente.

Durante todo el día intentó averiguar la causa de su malestar, pero cuando volvió al campamento todavía no la había descubierto. La hoguera era tan brillante como un faro, y se guió por su resplandor para regresar hasta donde la esperaba Garth. El gigante nómada estaba angustiado por su tardanza; pudo leerlo en sus ojos. Pero se limitó a pasarle la cena y recostarse para mirarla mientras comía, sin hacer ningún comentario. Wren le explicó que no había encontrado ningún indicio de sospecha de que otro umbrío les estuviera siguiendo, pero se calló las dudas que estaba teniendo con respecto a la misión. En una ocasión anterior, justo cuando acababa de tomar la decisión de indagar sobre sus orígenes, se había preguntado qué sucedería si no le gustaba lo que descubriría, pero había apartado ese pensamiento. Ahora creía que había cometido un grave error.

La segunda noche transcurrió sin incidentes. Mantuvieron la hoguera encendida, alimentándola a medida que la leña se consumía. Y esperaron. Transcurrió otro día, pero nadie se presentó. Escrutaron el cielo y la tierra de un extremo a otro, pero no consiguieron apreciar ni el más leve indicio de que alguien fuera a acudir. Al anochecer, los dos tenían los nervios a flor de piel. Garth, con las heridas más superficiales completamente curadas y las más profundas en proceso de sanar, iba de un lado a otro como un animal enjaulado, realizando tareas inútiles para mantenerse ocupado. Wren se controlaba para no imitarlo. Dormían en cuanto les entraba sueño, porque necesitaban descansar y tampoco tenían nada mejor que hacer. Wren se encontró pensando en su conversación con la Víbora, y empezó a dudar de sus palabras. ¿Cuánto tiempo debía llevar encadenada en aquel sótano, prisionera de aquellos malhechores? Tal vez hubiera empezando a perder la memoria. Tal vez hubiera perdido lucidez... Sin embargo, a Wren no le había parecido que se mostrara insegura ni confundida. Le había parecido peligrosa. ¿Y qué podía decir del umbrío que les había seguido los pasos a lo largo y

ancho de la Tierra del Oeste? Se había mantenido oculto y a distancia todo el tiempo. Solo se mostró cuando encendieron la hoguera, y con la clara intención de acabar con su vida. ¿No era razonable suponer que se había visto obligado a mostrarse ante ellos por lo que hacían, y que consideraba la fogata como una amenaza que debía impedir a toda costa? ¿Por qué, si no, había elegido aquel momento para atacarlos?

«Es por eso por lo que no debes darte por vencida —se animaba a sí misma Wren, repitiendo mentalmente las palabras como una letanía esperanzada para que su ánimo no decayera por completo—. No debes darte por vencida».

La tercera noche se les hizo interminable a ambos; los minutos parecían horas y las horas, días. Wren y Garth se relevaban en la guardia con frecuencia, porque su sueño era inquieto. En más de una ocasión estuvieron los dos en vela, nerviosos, angustiados, preocupados... Alimentaban el fuego y contemplaban la danza de las llamas en la oscuridad. Escudriñaban el negro vacío que se extendía sobre el Confín Azul. Escuchaban los sonidos nocturnos, y analizaban todos sus pensamientos.

Pero nada sucedió ni nadie se presentó.

Cerca del amanecer, Wren se adormiló en contra de su voluntad durante la última hora de su turno de guardia. Estaba sentada, con las piernas dobladas, los brazos en torno a las rodillas y la cabeza inclinada hacia delante. Se despertó con un estremecimiento y la sensación de que acababa de dormirse. Miró a su alrededor, temerosa. Garth dormía a pocos pasos de distancia, envuelto en su amplia capa. El fuego continuaba ardiendo con intensidad. La tierra estaba envuelta en un opaco manto de sombras y de penumbra; el alba no era más que un tenue resplandor plateado que empezaba a mostrarse por encima de las montañas que se levantaban al este. Aún se veían algunas estrellas al oeste, pero ya hacía tiempo que la luna había desaparecido. Wren se levantó. Las nubes se desplazaban sobre el océano, bajas, oscuras...

Se sobresaltó porque vio algo más, algo negro y rápido que había surgido de repente de la oscuridad y se dirigía hacia ella a gran velocidad. Parpadeó para asegurarse; después retrocedió deprisa y se inclinó sobre Garth. Este se puso en pie de un salto. Juntos miraron hacia el Confín Azul, y observaron que el objeto negro empezaba a tomar forma: era un roc. Enseguida comprendieron que volaba hacia la almenara como una mariposa atraída por las llamas. Sobrepasó el acantilado y dio media vuelta para retroceder de nuevo. Su contorno apenas era distinguible a la débil luz de la aurora. Voló

dos veces más sobre ellos, como si examinara lo que había debajo. Wren y Garth observaban en silencio, incapaces de hacer otra cosa.

Por fin, el roc descendió en picado. Su enorme cuerpo produjo una especie de silbido al cortar el aire, tan cerca que hubiera podido apresarlos con sus enormes garras. Wren y Garth se aplastaron contra las rocas, en busca de protección, mirando al pájaro mientras este se posaba tranquilamente en el borde del farallón. Era gigantesco, de cuerpo negro, con la cabeza tan roja como el fuego y alas aún más grandes que las del pájaro que había rozado los pies de Wren.

Wren y Garth se irguieron y se sacudieron el polvo.

Había un hombre montado a horcajadas sobre el roc, sujeto por un arnés de cuero. Observaron cómo se desabrochaba las correas y se deslizaba hasta el suelo. Permaneció inmóvil junto a su montura, examinándolos. Luego avanzó. Era pequeño y encorvado, y su indumentaria se componía de una túnica, pantalones, botas y guantes de cuero. Caminaba con un extraño balanceo, como si el andar sobre sus pies no fuera un ejercicio agradable. Sus facciones eran élficas, estrechas y afiladas, y su rostro estaba arrugado. No llevaba barba, y su pelo era castaño, vetado de gris, muy corto. Sus feroces ojos negros los miraban insistentemente, parpadeando con una rapidez alarmante.

Se detuvo cuando estuvo a unos pasos de distancia.

—¿Habéis encendido vosotros esa hoguera? —preguntó. Su voz aguda tenía cierta aspereza.

—Sí —respondió Wren.

—¿Por qué?

—Porque alguien me dijo que debía hacerlo.

—¿Quién fue? Si no te importa decírmelo.

—No me importa en absoluto. Fue la Víbora.

—¿Quién? —inquirió el desconocido, parpadeando el doble de rápido.

—Una anciana, una vidente con la que hablé en Grimpen Ward. La llaman la Víbora.

—En Grimpen Ward —repitió el hombrecillo, emitiendo un gruñido—. ¡Uf! Ninguna persona que esté en sus cabales va allí. —Apretó los labios—. Bien, ¿por qué te dijo esa Víbora que encendieras la hoguera?

Wren dio un suspiro, mostrando a todas luces su impaciencia. Durante tres días había esperado que se presentara alguien, y estaba ansiosa por descubrir si aquel pequeño individuo era la persona que esperaba.

—Permíteme preguntarte algo primero —replicó—. ¿Puedes decirme tu nombre?

—Tal vez —respondió el desconocido, con un gesto que acentuó las arrugas de su rostro—. ¿Por qué no me dices antes el tuyo?

—Me llamo Wren Ohmsford —dijo la muchacha con tono desafiante— y este es mi amigo Garth. Somos nómadas.

—¡Vaya, vaya...! Así que sois nómadas, ¿eh? —Rio entre dientes como si se regocijase en chiste secreto—. Parece que tú tienes también un poco de sangre élfica.

—Igual que tú —respondió la muchacha—. ¿Cómo te llamas?

—Tigre Ty —dijo el hombrecillo—. Al menos, así es como me llama todo el mundo. Bueno, Wren. Ahora que ya nos hemos presentado y saludado, ¿puedo saber qué hacéis aquí tu compañero y tú, Víboras aparte? ¿Por qué habéis encendido esa hoguera?

—Quizá para atraeros a tu pájaro y a ti, si es que tú eres la persona que puede conducirnos hasta los elfos —respondió Wren, esbozando una amplia sonrisa.

—Ese «pájaro» es un roc, Wren —dijo Tigre Ty con un gruñido y un escupitajo—. Se llama *Espíritu*. Es el mejor de todos. Y los elfos no existen. Todo el mundo lo sabe.

—No todo el mundo lo sabe —respondió Wren, negando con la cabeza—. Algunos están convencidos de que existen. Me han enviado aquí para comprobarlo. ¿Podéis ayudarme *Espíritu* y tú a encontrarlos?

Siguió un largo silencio, durante el cual el rostro de Tigre Ty cambió de expresión una docena de veces.

—Un tipo fuerte, tu amigo Garth, ¿eh? —dijo Tigre Ty, rompiendo el prolongado silencio—. Veo que le estás traduciendo con las manos lo que hablamos. Apostaría cualquier cosa a que, aunque lo disimule, oye mejor que nosotros. —Hizo una breve pausa—. ¿Quién eres tú, que tanto te preocupas por saber si existen los elfos?

Wren se lo explicó, segura ya de que era la persona que había de presentarse en respuesta a la almenara, de que quería averiguar sus intenciones y por eso se mostraba cauteloso y reticente. Le contó toda su vida, y que estaba buscando alguna conexión con sus orígenes. Le relató su encuentro con el espíritu de Allanon y la misión que el druida le había encomendado: buscar a los elfos y conseguir que regresaran al mundo de los hombres para que ayudaran en la lucha contra los umbríos.

Pero no quiso hablarle de las piedras élficas. Todavía no estaba dispuesta a confiar a nadie su secreto.

Mientras hablaba, Tigre Ty cambiaba constantemente de postura con gestos nerviosos. Había concentrado toda su atención en Wren y parecía que se hubiera olvidado de la presencia de Garth. No llevaba armas, a excepción de un cuchillo largo, pero con *Espíritu* vigilando no parecía que fuera a necesitarlas. El roc era su protector, no le cabía la menor duda.

—Sentémonos —propuso Tigre Ty cuando la joven concluyó su relato, quitándose los guantes de cuero—. ¿Tenéis algo de comer?

Se sentaron junto a la olvidada almenara, y la muchacha le ofreció pan, cerveza y frutos secos. Comieron y bebieron en silencio. Wren y Garth intercambiaban miradas inquisitivas de vez en cuando, pero Tigre Ty, absorto en la comida, las ignoraba.

—Un buen comienzo para un buen día, Wren —dijo Tigre Ty cuando terminaron el desayuno, esbozando una sonrisa por primera vez—. Muchas gracias.

—Tu presencia es muy grata —respondió Wren con un asentimiento—. Ahora dime: ¿eres tú la persona que debía responder a la hoguera?

—Bueno... Eso depende, ¿sabes? —respondió Tigre Ty, con el ceño fruncido—. Quiero hacerte una pregunta, Wren. ¿Has oído hablar de los jinetes alados?

Wren hizo un gesto negativo.

—Pues eso es lo que soy yo, como puedes ver. Un jinete alado. Un navegante de las rutas aéreas, un vigilante de la costa de la Tierra del Oeste. Mi roc es *Espíritu*, y fue adiestrado por mi padre, quien me lo cedió cuando alcancé la edad adecuada. Algún día pasará a ser de mi hijo, si demuestra ser digno de ese honor. Pero la verdad es que tengo serias dudas sobre sus aptitudes. Es un muchacho alocado que no hace más que volar de acá para allá sobre el roc sin pedir permiso. Desoye todos mis consejos. Es impulsivo. En cualquier caso, los jinetes alados sobrevuelan el Confín Azul desde hace cientos de años. En este preciso lugar, donde nos encontramos ahora, y allí detrás en el valle, estuvo nuestro hogar en otra época. Se llamaba Ala Desplegada. Eso ocurrió en la época del druida Allanon. Como veis, sé algunas cosas.

—¿Conoces el apellido Ohmsford? —preguntó Wren, sin pensarlo.

—Hay una leyenda sobre cierto Ohmsford que vivió hace siglos, cuando los elfos luchaban contra los demonios que se escaparon de la Prohibición.

Dicen que los jinetes alados también participaron en aquella guerra. Pero había un Ohmsford, según he oído. ¿Era pariente tuyo?

—Sí, aunque nos separan nueve generaciones de la familia.

—Así que descienes de la casa de Shannara, ¿verdad? —preguntó Tigre Ty en actitud pensativa, asintiendo con la cabeza.

—Supongo que esa es la razón por la que me encomendaron la misión de encontrar a los elfos, Tigre Ty —respondió la muchacha, haciendo un gesto de asentimiento.

—Los jinetes alados también somos elfos, ¿sabes? —dijo Tigre Ty con cautela—. Pero no los que estás buscando. Tú buscas a los elfos terrestres, no a los aéreos. ¿Conoces la diferencia?

Wren negó con la cabeza. Entonces él le explicó que los habitantes de Ala Desplegada eran elfos aéreos y que se consideraban un pueblo independiente. Los demás, la mayoría, eran elfos terrestres, porque no ejercían ningún control sobre los rocs y, por tanto, no podían volar.

—Por eso no nos pidieron que los acompañáramos cuando emigraron —concluyó, con el ceño fruncido—. En cualquier caso, tampoco hubiéramos aceptado.

—Entonces aún hay elfos, ¿verdad? —preguntó Wren, sintiendo que se le aceleraba el pulso—. ¿Dónde están, Tigre Ty?

—No sé si debería responderte. Ni siquiera estoy seguro de que deba seguir hablando contigo —respondió el hombrecillo, parpadeando. Su curtido rostro se torció en una mueca—. Es posible que seas quien dices ser, pero también es posible que no lo seas. Incluso aunque lo seas, tal vez no te corresponda conocer el destino de los elfos. ¿Dices que te envía el druida Allanon? ¿Que te mandó a buscar a los elfos para hacer que regresaran? Me parece que te ha encomendado una tarea difícil.

—No me vendría mal una pequeña ayuda —admitió Wren—. Tal vez tú puedas facilitarme un poco las cosas, Tigre Ty.

—Bien... creo que en eso vas a tener suerte, Wren —respondió el hombrecillo, interrumpiendo sus reflexiones y asintiendo con la cabeza; un gesto que indicaba que había tomado una decisión y estaba seguro de ella—. Además, me gusta lo que veo en ti. A mi hijo no le vendría mal un poco de lo que tú tienes. Por otra parte, quizá sea eso lo que le sobra. Mmm...

»Allá lejos —continuó, irguiendo la cabeza y fijando en la muchacha sus ojos penetrantes, mientras señalaba con la mano hacia el Confín Azul—. Allí es donde están los que han conseguido sobrevivir. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Es una larga historia, así que escucha atentamente, porque no tengo

ninguna intención de repetirla. Tú también, amigo. —Señaló a Garth con un dedo amenazador.

»Hace mucho tiempo, más de cien años —prosiguió el hombrecillo, respirando profundamente y recostándose—, los elfos terrestres se reunieron en consejo y tomaron la decisión de emigrar de la Tierra del Oeste. No me preguntéis por qué, ya que mis conocimientos no llegan a tanto. Supongo que fue a causa de la Federación, que se hizo con el poder, segura de que de que todo lo habido y por haber le pertenecía. Además, siempre culpaba de cualquier problema a la magia y a los elfos. Era algo realmente increíble. El caso es que a los elfos terrestres no les gustaba la situación y decidieron marcharse. Pero ¿dónde podían ir? Era difícil encontrar un lugar que acogiera a un pueblo entero sin que se trastocara la vida de sus habitantes. La Tierra del Este, la Tierra del Sur, la Tierra del Norte... todas estaban ocupadas. Así que nos pidieron consejo. Los elfos aéreos viajábamos más que la mayoría de los terrestres, y sabíamos de lugares que eran completamente desconocidos para los demás. Les dijimos que había islas desiertas en el Confín Azul. Reflexionaron el asunto, lo discutieron entre ellos, hicieron algunas excursiones aéreas con los rocs y sus jinetes alados, y tomaron una decisión. Fijaron un punto de encuentro, construyeron centenares de barcos en secreto y se fueron.

—¿Todos?

—Hasta el último de ellos, según tengo entendido. Se marcharon en los barcos.

—¿Para vivir en las islas? —preguntó Wren, incrédula.

—En una isla. —Tigre Ty levantó un dedo para dar mayor énfasis a sus palabras—. En Morrowindl.

—¿Morrowindl? ¿Así se llamaba?

—La mayor de todas, con unos trescientos kilómetros de ancho, ideal para practicar la agricultura, una especie de Sarandanon ya cultivado. Abundaban las frutas, las verduras, los árboles, con tierras fértiles, y además estaba protegida; lo tenía todo. También era rica en caza. Los elfos terrestres tenían un propósito: abandonar el viejo mundo y empezar una nueva vida, para aislarse y olvidarse de las otras razas. También querían recuperar su magia.

»Como ya te he dicho, eso fue hace mucho tiempo —prosiguió Tigre Ty con un carraspeo—. Después, nosotros emigramos también. No tan lejos, ya sabéis, solo a las islas costeras; nos alejamos lo suficiente para impedir que la Federación pudiera caer sobre nosotros. Ellos no distinguen entre unos elfos y otros. Ya estábamos hartos de esa manera de pensar. No éramos muchos,

desde luego; no tantos como los elfos terrestres. Necesitábamos menos espacio y pudimos establecernos en las islas más pequeñas, que es donde todavía estamos, Wren. A dos o tres kilómetros de la costa. Solo regresamos al continente cuando es completamente necesario. Por ejemplo, cuando alguien enciende una almenara. Eso fue lo que acordamos.

—¿Con quién establecisteis ese acuerdo?

—Con los elfos terrestres. Unos pocos, que se habían quedado con las otras razas, entablaban contacto con nosotros por medio de la hoguera. Y con el paso de los años algunos elfos regresaron al continente. Por tanto, había unos pocos que conocían esta forma de comunicación. Pero la mayoría de esos elfos murieron hace mucho tiempo. Esa tal Víbora... no sé cómo puede haberse enterado.

—Espera un momento, Tigre Ty —dijo Wren, alzando las manos en un gesto pacificador—. Acaba primero tu historia sobre los elfos terrestres. ¿Qué les sucedió? Has dicho que emigraron hace más de cien años. ¿Qué les sucedió después?

—Se asentaron, construyeron sus casas, se multiplicaron y vivieron felices —respondió el hombrecillo, encogiéndose de hombros—. Todo les fue mejor de lo que esperaban... al principio. Luego, hace unos veinte años, empezaron surgir los problemas. No te sabría decir qué problemas eran esos; no tuvieron ocasión de explicárnoslo. Nos veíamos muy de cuando en cuando. Seguíamos sin tratarnos mucho, incluso después de que nosotros emigráramos también. Por el motivo que fuese, todo empezó a cambiar en Morrowind. Sí sé que empezó con el Killeshan, el volcán. Había estado dormido durante cientos de años, y se despertó de repente. Echó humo, escupió lava y entró en erupción un par de veces. Las nubes de ceniza volcánica empezaron a llenar el cielo. El aire, la tierra, el agua de los alrededores... cambiaron. —Se detuvo, con el semblante ensombrecido por una expresión adusta—. Y también cambiaron ellos, los elfos terrestres. Aunque al principio nos negábamos a admitirlo, veíamos que habían sufrido una transformación. Se notaba en la actitud recelosa y reservada que adoptaban cuando nos acercábamos. Siempre iban armados hasta los dientes. Y en la isla empezaron a aparecer unas extrañas criaturas, unos seres monstruosos que nunca habían vivido en ella. Aparecieron como si hubieran surgido de la nada. Y la tierra empezó a degenerar, igual que todo lo demás.

»Los elfos terrestres empezaron a extinguirse, poco a poco al principio, y con mayor rapidez a medida que pasaba el tiempo —prosiguió Tigre Ty con un suspiro—. En otra época vivían dispersos, ocupando toda la isla; después

fueron concentrándose en la capital, apiñados como ratas en un barco que se hunde. Construyeron fortificaciones y las reforzaron con la magia. Una magia ancestral, ¿sabéis?, rescatada de la inmensidad del tiempo y utilizada a la vieja usanza. Los elfos aéreos no queremos ni oír hablar de ella. Nunca hemos compartido el uso de la magia. —Se recostó—. Hace diez años, desaparecieron por completo.

—¿Desaparecieron? —inquirió Wren, con semblante preocupado.

—Se desvanecieron. Seguían en Morrowindl, creo, pero escondidos. Entonces la isla era una masa de ceniza, niebla y vapores sofocantes. Estaba tan cambiada que parecía un lugar completamente diferente. —Frunció el ceño—. No podíamos entrar para averiguar lo sucedido. Enviamos media docena de jinetes alados, pero ninguno regresó. Ni siquiera los rocs. Y ningún elfo salió de la isla. Ninguno, Wren. En todo ese tiempo.

La muchacha nómada permaneció en silencio un rato, reflexionando. El sol se había elevado en el horizonte, y su cálido torrente de luz caía en cascada desde las cumbres de las montañas Irrybis; el cielo matutino estaba despejado, luminoso y acogedor. *Espíritu* seguía posado en el borde del farallón, ajeno a ellos, inmóvil como una estatua. Solo sus agudos y penetrantes ojos indicaban que tenía vida.

—Eso quiere decir que, si algún elfo sigue vivo —dijo Wren rompiendo el silencio—, algún elfo terrestre quiero decir, estará en algún lugar de Morrowindl. ¿Estás seguro de eso, Tigre Ty?

—Seguro hasta cierto punto —respondió el jinete alado, encogiéndose de hombros—. Puede que se hayan ido a otro sitio, pero es muy extraño que no nos lo hayan dicho.

—¿Puedes llevarnos a Morrowindl? —preguntó Wren, respirando profundamente.

Fue una petición impulsiva. Tenía su origen en la determinación que se había hecho hueco en Wren: la férrea determinación de descubrir aquella verdad, oculta no solo para ella, sino también para el resto del mundo. Era consciente de que se estaba comportando de una forma egoísta. No había tenido la delicadeza de consultar con Garth, ni había pensado en las heridas que aún sufría, secuelas de su lucha con el umbrío. Mantuvo los ojos fijos en Tigre Ty, sin atreverse a mirar al gigante nómada.

No cabía la menor duda de lo que Garth pensaba sobre esa idea.

—Podría llevaros a Morrowindl —respondió el pequeño jinete con expresión ceñuda—. Pero no lo haré.

—Necesito saber si ha conseguido sobrevivir algún elfo —insistió la muchacha, intentando controlar el tono de su voz. Entonces se arriesgó a dirigir una mirada a Garth. El rostro del gigantesco nómada estaba completamente inexpresivo—. Necesito descubrir si es posible que vuelvan al mundo de los hombres. Esa fue la misión que me encargó Allanon, y creo que es lo bastante importante como para intentar cumplirla hasta el final.

—¡Otra vez Allanon! —exclamó Tigre Ty, visiblemente irritado—. ¿Estás dispuesta a arriesgar tu vida para cumplir las órdenes de un fantasma? ¿Tienes idea de cómo es Morrowindl? ¡No, por supuesto que no! ¿Por qué me molesto siquiera en preguntártelo? No has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho, ¿verdad? ¿Piensas que puedes entrar, echar una ojeada y salir? ¡Pues eso es imposible! No conseguirías dar ni veinte pasos, Wren... ¡ni tú ni tu amigo! ¡Esa isla es una trampa mortal! Pantanos y selvas cubiertos de ceniza volcánica, con el Killeshan escupiendo fuego sin cesar. ¿Y los monstruos que viven en ella? ¿Qué posibilidad crees que tendréis contra uno de ellos? Si los jinetes alados y sus rocs no consiguieron aterrizar y volver a levantar el vuelo, podéis estar completamente seguros de que tampoco lo conseguiréis vosotros.

—Tal vez —admitió Wren—. Pero tengo que intentarlo.

Miró de nuevo a Garth, quien, en vez de recriminarla, le recomendó que actuase con prudencia.

«¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto?», le preguntó el gigante nómada.

La muchacha respondió a Garth con un rápido y decidido gesto de asentimiento.

—¿No quieres saber qué les ha sucedido? —pregunto Wren al jinete alado—. ¿Y si necesitan ayuda?

—Eso no cambiaría nada —refunfuñó Tigre Ty—. ¿Qué podríamos hacer los elfos aéreos? Solo somos unos pocos. Ellos eran miles. Si no lograron dominar lo que haya en esa isla, ¿qué posibilidades tendríamos nosotros? ¿O tú, señorita rescatadora?

—¿Vas a llevarnos? —insistió Wren.

—¡No, no voy a llevaros! ¡Ya puedes olvidarte de eso! —respondió el jinete alado, levantándose encolerizado.

—Muy bien. Entonces construiremos una lancha y con ella llegaremos a Morrowindl.

—¡Construir una lancha! ¡Qué sabréis vosotros de construir embarcaciones, y menos aún de navegar en ellas! —Tigre Ty estaba muy enfadado—. ¡Eres una insensata, una cabeza de chorlito...!

Se dirigió corriendo hacia *Espíritu*, pero antes de llegar donde esperaba el gigantesco pájaro se detuvo, pisoteó con rabia el suelo, se giró y volvió sobre sus pasos. Tenía la cara enrojecida y sus manos se habían convertido en puños crispados.

—Estás dispuesta a ir, ¿verdad? —preguntó—. Tanto si te ayudo como si no.

—Tengo que ir —respondió la muchacha con voz serena.

—Pero eres solo... No eres más que... —dijo el jinete alado, incapaz de completar la frase.

—Soy más fuerte de lo que crees —respondió la muchacha con voz cortante como un cuchillo. Había entendido lo que Tigre Ty quería decirle, y no le había gustado nada—. No tengo miedo.

Tigre Ty le dirigió una mirada larga y dura, observó de reojo a Garth durante un breve instante y levantó las manos en un gesto de resignación.

—¡De acuerdo, está bien! —concedió el jinete alado, con expresión iracunda—. ¡Yo os llevaré! Solo hasta la costa. Fíjate bien en lo que te digo, porque, al contrario que tú, yo estoy en mi sano juicio y no quiero arriesgar mi cuello ni el de *Espíritu* solo por satisfacer tu curiosidad.

—Esto no tiene nada que ver con mi curiosidad, y tú lo sabes muy bien —respondió la muchacha, dirigiéndole una gélida mirada.

—Es posible —dijo el elfo inclinándose hasta poner su rostro a unos pocos centímetros del de la joven—. Pero escucha. Quiero que me prometas que, cuando veas a lo que has de enfrentarte, vas a reconsiderar esta decisión. Porque, a pesar de que no tienes mucho sentido común, hay en ti algo que me agrada, y no me gustaría que sufrieras una desgracia. Las cosas no van a ser como piensas. Lo verás muy pronto. Así que prométemelo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Wren, asintiendo con la cabeza en un gesto lleno de solemnidad.

—Entonces vámonos —dijo Tigre Ty entre dientes, irguiéndose con las manos en las caderas y una marcada actitud desafiante—, y acabemos con el asunto de una vez por todas.

5

Tigre Ty estaba impaciente por partir, pero Wren y Garth necesitaron casi una hora para volver al valle, recoger los pertrechos y armas que llevarían consigo y atender a sus caballos. Los animales seguían atados, y Garth los soltó para que pudieran pastar y beber cuando lo necesitaran. En el valle disponían de hierba y agua más que suficiente para sobrevivir y, por otra parte, eran unos animales que estaban adiestrados para no alejarse del lugar donde se los dejaba. La joven nómada seleccionó una parte de sus provisiones, cogiendo las más necesarias y fáciles de transportar. La mayor parte de sus pertenencias eran demasiado pesadas, y las escondió en un lugar seguro para recogerlas a su regreso.

Si es que regresaban, pensó sombríamente.

¿En qué se había metido? Su mente no cesaba de dar vueltas y más vueltas a lo enorme de su misión, y se preguntó si un día no llegaría a tener motivos para arrepentirse de su temeridad.

Cuando regresaron a los acantilados, Tigre Ty los esperaba con visible impaciencia. Inmediatamente ordenó a *Espíritu* que se levantara, y después ayudó a Wren y a Garth a subir a lomos del gigantesco pájaro y a atarse con las correas de los arneses. Había abrazaderas para los pies, asideros de nudos para las manos y una traba para la cintura, todo ello para garantizar la seguridad de los jinetes. Tigre Ty les explicó con detalle cómo reaccionaría el roc cuando estuviera en el aire y qué efectos les produciría el vuelo. Dio a cada uno un trozo de raíz de sabor amargo para que lo masticaran, indicándoles que así evitarían los mareos.

—Aunque no debería molestar con algo tan insignificante a un par de nómadas veteranos —comentó, esbozando una sonrisa que era peor que su gesto de enfado.

Después subió y se instaló cómodamente delante de ellos, se puso sus gruesos guantes y, sin previo aviso, dio un grito y unas palmadas a *Espíritu* en el cuello. El gigantesco pájaro respondió con un penetrante graznido, desplegó las alas y se elevó en el aire. Sobrevolaron el borde de los acantilados, descendieron de repente, encontraron una corriente de aire y remontaron hacia el cielo. Wren sintió una presión en el estómago. Cerró los ojos para contrarrestarla y los abrió de nuevo, consciente de que Tigre Ty la miraba por encima del hombro, riendo entre dientes. Le correspondió con una animada sonrisa. *Espíritu* volaba sobre el Confín Azul sin apenas mover las alas, aprovechando el impulso del viento. A sus espaldas, la costa se hacía cada vez más pequeña y perdía nitidez, y pronto fue solo una delgada línea en el horizonte.

El tiempo pasaba. No veían nada bajo sus pies salvo algunos atolones rocosos y el ocasional chapoteo de algún pez de gran tamaño. Las aves acuáticas revoloteaban y se zambullían, produciendo pequeñas estelas blancas, y las nubes flotaban como bandas de gasa. El océano extendía su vasta y llana superficie azul, vetada de las espumosas crestas de las olas que se dirigían a toda velocidad hacia las distantes costas. Un rato después, Wren logró superar su malestar inicial y serenarse. A Garth le costó bastante más adaptarse. Estaba sentado detrás de Wren, y cuando esta se giró para mirarlo percibió la rigidez en su oscuro rostro y la crispación de sus manos al aferrarse a las correas. La muchacha desvió la mirada para concentrarla en el océano.

Pronto empezó a pensar en Morrowindl y en los elfos. Tigre Ty no parecía propenso a fantasear, y no creía que hubiera exagerado el peligro al que se exponía si se empeñaba en entrar en la isla. Era verdad que estaba decidida a descubrir qué había sido de los elfos, pero también era evidente que su descubrimiento serviría de muy poco si no sobrevivía para hacer algo al respecto. Pero ¿qué podría hacer, suponiendo que los elfos siguiesen todavía en Morrowindl? Si nadie había logrado entrar ni salir de la isla desde hacía diez años, ¿cómo iba a cambiar ella la situación? Fueran cuales fuesen las circunstancias en las que ahora se encontrasen los elfos, ¿por qué iban a hacer lo que Allanon quería que les propusiera? ¿Por qué iban a abandonar aquel lugar y regresar a las Cuatro Tierras?

Obviamente, no tenía respuesta para estas preguntas, y era inútil seguir dándole vueltas. Hasta entonces, había tomado las decisiones basándose solo en su intuición. Así lo había hecho al empezar a investigar sobre los elfos, al buscar a la Víbora en Grimpen Ward y seguir sus instrucciones, y al

convencer a Tigre Ty para que los llevara a Morrowindl. No podía menos que preguntarse si en esta ocasión su intuición estaría equivocada. Garth había permanecido junto a ella, casi sin discutir, pero era posible que se comportara así por lealtad o amistad. Podría haber decidido discutir su decisión, pero eso no implicaba que lo hubiese hecho con más sentido común que ella. Recorrió con la mirada la extensión vacía de el Confín Azul y se sintió pequeña y vulnerable. Morrowindl era una isla perdida en el océano, una minúscula porción de tierra en medio de tanta agua. Cuando llegaran a ella, Garth y ella quedarían aislados de todo cuanto les era familiar. No podrían regresar si no contaban con un roc o una lancha, y no podían confiar en que hubiera alguien en la isla dispuesto a ayudarles. Tal vez no quedara ningún elfo. Tal vez solo hubiese monstruos...

Monstruos. Durante un momento se preguntó cómo serían. Tigre Ty no se lo había dicho. ¿Serían tan peligrosos como los umbríos? Eso explicaría la desaparición de los elfos. Supuso que un número suficiente de estos monstruos podría haberlos atrapado, o incluso aniquilado. Pero ¿cómo habían permitido los elfos que ocurriera tal cosa? Y en caso de que los monstruos no los hubieran atrapado, ¿por qué continuaban en Morrowindl? ¿Por qué no habían enviado ni un solo mensajero en busca de ayuda?

¡Había tantas preguntas sin respuesta...! Cerró los ojos y las apartó de su mente.

Era cerca del mediodía cuando sobrevolaron un grupo de pequeñas islas que parecían esmeraldas flotando en el mar, con su vivo color verde destacando contra el fondo azul. *Espíritu* giró a su alrededor durante un momento según le indicaba Tigre Ty, después descendió hacia la mayor y escogió un estrecho risco cubierto de hierbas para aterrizar. Cuando el enorme pájaro se posó, sus jinetes se desabrocharon las correas de seguridad y desmontaron. Wren y Garth tenían los músculos agarrotados y doloridos, y tardaron un instante en conseguir que sus miembros recuperasen la movilidad. La muchacha se frotó las articulaciones y miró a su alrededor. La isla parecía estar formada por una oscura roca porosa, sobre la cual crecía la vegetación como si se tratara de tierra fértil. Había roca por todas partes, y crujía bajo sus pies al caminar. Wren se agachó y cogió un trozo, descubriendo que era sorprendentemente ligero.

—Lava solidificada —dijo Tigre Ty al ver la expresión de asombro dibujada en la cara de la muchacha—. Todas estas islas forman parte de una cadena volcánica que emergió hace cientos o quizá miles de años. —Hizo una breve pausa y señaló con la mano—. Las islas donde viven los elfos aéreos

están situadas al sur. Como podéis comprender, no iremos allí. No quiero que nadie se entere de que voy a llevaros a Morrowindl. No quiero que nadie se entere de la estupidez que estoy haciendo.

Se dirigió hacia un montículo cubierto de hierba y se sentó. Tras quitarse los guantes y las botas, empezó a masajearse los pies.

—En un momento tomaremos algo de comer y de beber —murmuró.

Wren permaneció en silencio. Garth se había echado sobre la hierba con los ojos cerrados. Se sentía satisfecho por poder pisar de nuevo tierra firme. La muchacha dejó en el suelo la piedra que había estado examinando y dio unos pasos para sentarse junto a Tigre Ty.

—Nos has dicho que hay unos monstruos que viven en Morrowindl — empezó la muchacha tras guardar un breve instante de silencio. Una suave brisa le alborotaba el cabello, tapándole la cara—. ¿Qué puedes contarme sobre ellos?

—Los hay de todas clases, Wren —respondió Tigre Ty, clavando sus agudos ojos en la joven nómada—. Grandes y pequeños, de cuatro patas y de dos; unos vuelan, otros reptan y otros caminan erguidos sobre las patas traseras. Unos están recubiertos de pelo, otros de escamas y otros tienen la piel lampiña. Algunos parecen surgidos de nuestras peores pesadillas. Otros, según dicen, no están vivos de verdad. Unos cazan en manadas, mientras que otros excavan guaridas en la tierra y acechan desde allí. —Hizo un gesto de preocupación—. Yo solo he visto uno o dos. De los demás solo he oído descripciones, pero hay muchas clases. —Reflexionó durante un instante—. ¿No te parece raro que haya tantas clases? Además, también es muy extraño que al principio no hubiera ninguno y, de repente, empezasen a aparecer.

—¿Crees que los elfos están relacionados de alguna manera con ellos? — preguntó Wren.

—Supongo que sí —respondió Tigre Ty, frunciendo los labios en un gesto reflexivo—. Imagino que estará relacionado con el hecho de que hayan recuperado la magia y vuelto a las viejas costumbres, pero los pocos con los que he podido hablar se negaban a admitirlo. Eso fue hace unos diez años, tal vez más. Afirmaban que todo se debía a los cambios en la tierra y el clima a causa de la erupción del volcán. Imagínate.

»Así son las cosas, ya sabes —prosiguió Tigre Ty, esbozando una leve sonrisa, como si se disculpara—. Nadie está dispuesto a decir la verdad. Todo el mundo quiere guardar secretos. —Hizo una pausa y se frotó la barbilla—. Por ejemplo, ¿estás tú dispuesta a contarme lo que sucedió en Ala Desplegada? Mientras esperabais a que yo viese vuestra hoguera y me

acercase... —Observó el rostro de Wren—. Cojo las cosas al vuelo, porque se me escapan muy pocos detalles. Como el estado en que se encuentra tu amigo, con tantas vendas. Arañado y magullado por una lucha reciente y dura. Tú misma tienes varias marcas. Además, en las rocas había una mancha oscura, producida, sin duda, por un fuego muy intenso. No estaba donde suele encenderse la almenara, y era reciente. Por otra parte, la roca mostraba profundos arañazos en un par de sitios, producidos por armas de hierro, supongo. O por garras.

—Estás en lo cierto... —respondió Wren, esbozando una sonrisa a su pesar y mirando al jinete alado con evidente admiración—. Eres muy observador, Tigre Ty. Hubo una lucha, en efecto. Alguien nos estuvo siguiendo durante semanas, un ser al que llamábamos nuestra «sombra». —Al instante vio una expresión de reconocimiento en sus ojos—. Nos atacó en cuanto encendimos la hoguera, pero conseguimos acabar con su vida.

—¿Es posible? —preguntó el elfo, respirando profundamente por la nariz—. ¿Vosotros dos solos pudisteis destruir a un umbrío? Conozco un poco a los umbríos. Se necesita algo especial para destruirlos. Fuego, tal vez. La clase de fuego que procede de la magia élfica. Eso explicaría la quemadura de la roca, ¿no es cierto?

—Tal vez —respondió la muchacha nómada, asintiendo con la cabeza.

—Eres igual que los demás Ohmsford, ¿no es así, Wren? —preguntó el elfo, inclinándose hacia delante—. También tienes magia.

Había pronunciado estas palabras con voz suave y en tono especulativo, con una curiosidad nueva reflejada en sus ojos. Volvía a acertar, por supuesto. Ella tenía magia. Desde que lo había descubierto se había esforzado por no pensar en ello, porque de lo contrario hubiera tenido que admitir las responsabilidades que conllevaba su posesión y su uso. Continuaba diciéndose a sí misma que las piedras élficas no le pertenecían, que era una mera depositaria y, además, involuntaria. Sí, habían salvado la vida de Garth y también la suya propia, por lo que se sentía agradecida. Pero su magia era peligrosa. Todo el mundo lo sabía. Ella había sido adiestrada durante toda su vida para valerse por sí misma, para confiar en su instinto y en su destreza, y también para recordar que la supervivencia dependía principalmente de las habilidades y el pensamiento propios. No estaba dispuesta, ni predispuesta, a sacrificar esos principios en aras de la magia élfica.

Tigre Ty seguía mirándola, esperando su respuesta. Wren sostuvo su mirada y permaneció en silencio.

—Bien —dijo el jinete alado, rompiendo el silencio y haciendo un gesto de indiferencia, como si de repente hubiera perdido todo interés en el asunto—. Ya es hora de que comamos algo.

La isla estaba llena de árboles frutales, que les brindaron una comida satisfactoria. Luego bebieron agua fresca de un arroyo que encontraron tierra adentro. Crecían flores por todas partes (buganvillas, adelfas, hibiscos, orquídeas y otras muchas), frondosos arbustos floridos cuyos luminosos colores resaltaban sobre el verde, y el aire estaba impregnado de sus aromas. Había palmeras, acacias, higueras y una planta llamada ginkgo. Extraños pájaros estaban posados en las ramas de las espinosas zarzas, exhibiendo el arco iris de su plumaje. Mientras caminaban, Tigre Ty describía todo lo que encontraban a su paso, señalando, identificando y explicando. Wren miraba a su alrededor con asombro, sin permitir que su vista se fijase en ningún sitio más que unos segundos para no perderse detalle. Nunca había visto tanta belleza, tal profusión de maravillas naturales. Resultaba casi abrumadora.

—¿Se parece Morrowindl a esto? —preguntó la muchacha nómada a Tigre Ty.

—En otra época sí se parecía —respondió escuetamente el elfo aéreo, dirigiendo a Wren una rápida mirada.

Poco después volvieron a subir a lomos de *Espíritu* y reanudaron el vuelo. En esta ocasión no les resultó tan incómodo, e incluso parecía que Garth había encontrado la manera de soportar mejor el viaje. Se dirigieron al noroeste, desviándose de la trayectoria del sol. Había otras islas, pequeñas y en su mayoría rocosas, aunque en todas había algo de vegetación. El aire era cálido y les adormilaba; el sol ardía en un cielo sin nubes e iluminaba con fuerza el Confín Azul, haciéndolo destellar. Vieron unos enormes animales marinos, a los que Tigre Ty denominó ballenas y que según él eran las criaturas más grandes que habitaban en el océano. Se veían aves de todos los tamaños y formas. Había peces que nadaban en grupos numerosos, formando bancos, y saltaban del agua en formación, arqueando sus cuerpos plateados bajo el sol. El vuelo se convirtió en una fascinante experiencia de aprendizaje para la muchacha nómada, que se sumergió en las lecciones.

—¡Nunca había visto nada parecido! —le gritó con entusiasmo a Tigre Ty.

—Pues espera a que lleguemos a Morrowindl.

A media tarde descendieron por segunda vez del roc para hacer un breve descanso; escogieron una isla con anchas playas de arena blanca y ensenadas tan poco profundas que el agua adquiría un color turquesa claro. Wren se dio

cuenta de que *Espíritu* llevaba todo el día sin comer, y preguntó al respecto. Tigre Ty explicó que el roc comía carne que él mismo cazaba. Solamente necesitaba alimentarse una vez cada siete días.

—El roc es un pájaro del todo autosuficiente —manifestó el jinete alado con evidente admiración hacia el animal—. Solo necesita que se le permita actuar por su cuenta. Desde luego, es mucho más de lo que puede decirse de la mayoría de gente.

Continuaron el viaje en silencio. Tanto Wren como Garth empezaban a mostrar signos de cansancio. Sus articulaciones estaban rígidas por haber mantenido la misma postura durante todo el día, estaban doloridos por el continuo balanceo y además sentían fuertes calambres en los dedos de las manos por permanecer agarrados durante tanto tiempo a los asideros. Las aguas de el Confín Azul se desplazaban ordenadamente en una incesante procesión de olas. Hacía tiempo que habían perdido de vista el continente, y el océano parecía extenderse hasta el infinito. La joven nómada se sentía empuñecida, reducida a algo tan insignificante que corría peligro de desaparecer. Su sensación de aislamiento se había ido incrementado con el transcurso de las horas, y de pronto se preguntó por primera vez si algún día volvería a su tierra.

Cerca del ocaso avistaron Morrowindl. El sol había descendido hasta el borde del horizonte, y su luz se había suavizado, cambiando del blanco al naranja pálido. Una franja púrpura y plata se entrelazaba con una larga línea de nubes de formas extrañas, que desfilaban por el cielo como insólitos animales. Perfilándose contra este panorama se dibujaba la isla, oscura, cubierta de bruma y repulsiva. Era mucho mayor que las que habían visto hasta entonces, y se elevaba como un muro a medida que se aproximaban. El Killeshan dirigía su dentada boca hacia el cielo, exhalando vapor desde las profundidades de su garganta. Sus laderas descendían hasta sumergirse en una densa capa de niebla y cenizas, desaparecían bajo esta y emergían en una costa formada por salientes rocosos y escabrosos acantilados. Las olas rompían contra las piedras, tornándose en blanca espuma que salpicaba hacia lo alto.

Espíritu se acercaba a la isla, descendiendo hacia el sudario ceniciento. Un fuerte hedor impregnaba el aire, el olor del sulfuro salido de las entrañas de la tierra, donde el fuego del volcán convertía la roca en ceniza. A través de las nubes y la bruma pudieron ver valles y cordilleras, gargantas y desfiladeros, todos densamente arbolados, con la apariencia de una sofocante jungla. Tigre Ty miró hacia atrás por encima del hombro, haciendo señas.

Iban a rodear la isla. Guiado por el jinete, *Espíritu* viró a la derecha. El extremo norte de la isla estaba bajo una lluvia torrencial, un monzón que lo inundaba todo, formando gigantescas cataratas que se despeñaban por precipicios de centenares de metros de altura. Al oeste, la isla era tan árida como un desierto, toda cubierta de lava solidificada excepto en algunos lugares donde crecían arbustos de vistosas flores y árboles nudosos y atrofiados, retorcidos por el viento. Al sur y al este, la isla era una masa de playas de arenas negras y singulares formaciones rocosas que entraban en contacto con las aguas del Confín Azul antes de ascender hasta desaparecer en medio de la selva y la bruma.

La joven nómada contemplaba con recelo Morrowindl. Era un lugar amenazador e inhóspito, y presentaba un fuerte contraste con las islas que habían visto durante el viaje. Diversos frentes climáticos chocaban y se repelían. Cada lado de la isla ofrecía unas condiciones atmosféricas completamente distintas. El conjunto era sombrío y nuboso, como si el Killeshan fuera un demonio que exhalara fuego y se hubiese envuelto en el manto de su propio y sofocante hálito.

Tigre Ty hizo que *Espíritu* virara por última vez y lo dirigió a tierra. El roc se posó con cautela en el límite de una amplia playa de arena negra, clavando las garras en la roca volcánica triturada y plegando las alas con manifiesto disgusto. El gigantesco pájaro se volvió hacia la jungla, fijando en la niebla sus penetrantes ojos.

Tigre Ty les ordenó que desmontaran y, tras desabrocharse las correas, se deslizaron hasta pisar la playa. Wren miró tierra adentro. La isla se alzaba ante ella, formada por protuberancias rocosas sobre las que crecía una abundante vegetación cubierta por la niebla. Ya no se veía el sol, y las sombras y la penumbra lo cubrían todo.

—Supongo que te mantienes firme en tu decisión, ¿no es así? —preguntó a Wren el jinete alado, volviéndose hacia ella—. ¿Sigues tan empeñada como antes?

La muchacha nómada se limitó a responder a Tigre Ty asintiendo con la cabeza, temerosa de manifestar sus dudas al hablar.

—Entonces, escucha. Y piensa que aún estás a tiempo de cambiar de opinión. Te he mostrado los cuatro lados de Morrowindl por una razón. En el norte llueve sin cesar, todos los días y a todas horas, a veces con fuerza y otras en forma de llovizna. Pero hay agua por todas partes. Hay pantanos y estanques, cataratas y cascadas. Es preciso saber nadar para recorrer la región.

Por otra parte, hay madrigueras con seres acechando permanentemente, dispuestos a abatir a cualquiera que se ponga a su alcance.

»El oeste está desierto —prosiguió Tigre Ty, haciendo un gesto con la mano—. Ya lo has visto. No es más que un descampado caluroso, seco y árido. Supongo que creerás que podrías atravesarlo y alcanzar la cima de la montaña. Pero no conseguirás andar ni un kilómetro sin toparte con las criaturas que viven bajo la roca. No tendrás oportunidad de verlas, porque acabarán contigo en un abrir y cerrar de ojos. Las hay a miles, de todos los tamaños y formas, en su mayoría provistas de un veneno que produce una muerte rápida. No hay modo de pasar por allí.

»Nos queda el sur y el este, que son muy similares —prosiguió el jinete alado, frunciendo el ceño, y las arrugas de su rostro se acentuaron aún más—. Roca, selva, cenizas e innumerables criaturas desagradables. Cuando salgáis de esta playa, no estaréis seguros hasta que regreséis a ella. Ya te he dicho que la isla es una trampa mortal, pero te lo repetiré una vez más por si no me hubieras oído.

»Wren —prosiguió en voz baja Tigre Ty—. No sigas adelante. No tienes ninguna posibilidad.

—Garth y yo cuidaremos uno del otro —respondió la muchacha, acercándose por un impulso al elfo aéreo y estrechando sus nudosas y fuertes manos—. Hace mucho tiempo que nos cuidamos mutuamente.

—No será suficiente —dijo Tigre Ty, con un gesto de preocupación.

—¿Hasta dónde tendremos que llegar para encontrar a los elfos? —le preguntó Wren, aumentando la presión de sus manos—. ¿Puedes darnos alguna pista?

—Su capital, si todavía sigue en el mismo sitio, está en la ladera de la montaña, en un entrante protegido de las corrientes de lava —respondió el elfo aéreo, liberando sus manos de las de Wren y señalando hacia el interior de la isla—. La mayor parte de las montañas descienden hacia el este, y algunas pasan por el interior de la roca hasta el mar. Debe de estar a unos cuarenta kilómetros de distancia. No puedo darte más datos. En diez años cambian muchas cosas.

—Encontraremos el camino —contestó la muchacha.

Respiró profundamente para tranquilizarse, consciente de sus escasas posibilidades de éxito, y dirigió a Garth una mirada inquisitiva. El gigante le respondió con un gesto indescifrable. Después se volvió hacia Tigre Ty.

—Necesito pedirte algo más. ¿Podrías venir a recogernos? ¿Nos darás tiempo suficiente para que podamos concluir la búsqueda y regresar aquí?

—Vendré, Wren —le prometió Tigre Ty, y cruzó los brazos. Su cara reflejaba una profunda tristeza y reproche a la vez—. Os daré tres semanas de plazo. Tendréis tiempo para investigar y regresar. Después vendré una vez a la semana durante el mes siguiente. —Hizo un gesto de disgusto—. Pero mucho me temo que será una pérdida de tiempo. No regresaréis. No volveré a veros nunca más.

—Lo conseguiré, Tigre Ty —respondió Wren, esbozando una sonrisa tranquilizadora.

—Solo hay un modo de hacerlo —dijo el jinete alado, entrecerrando los ojos—: ser más astuto y más fuerte que cualquiera que te salga al paso. Y... —La señaló con un huesudo dedo— estar mejor preparada para usar la magia.

Se dio media vuelta de repente y se dirigió hacia donde esperaba *Espíritu*. Sin detenerse, montó sobre el gigantesco pájaro, se ató las correas y se acomodó. Cuando acabó, volvió a mirarlos.

—No intentéis entrar de noche —les advirtió—. El primer día, al menos, viajad con la luz del día. Cuando escaléis el Killeshan, manteneos a la izquierda del cráter. —Levantó las manos—. ¡Por todos los demonios, estáis haciendo una completa locura!

—¡No te olvides de nosotros, Tigre Ty! —gritó Wren.

El jinete alado la miró durante un breve instante con expresión ceñuda, e inmediatamente dio un ligero golpe con los talones a *Espíritu*. El roc se elevó en el aire con las alas extendidas contra el viento, ganó altura lentamente y viró hacia el sur. En unos segundos, el gigantesco pájaro se había convertido en una diminuta mancha en la luz menguante.

Wren y Garth se quedaron de pie, silenciosos, en la playa desierta, siguiendo la mancha con la vista hasta que desapareció por completo.

6

Siguiendo el consejo de Tigre Ty, pasaron aquella noche en la playa, y esperaron la llegada del amanecer para adentrarse en la isla. Acamparon en una extensión despejada de arena negra, a unos cuatrocientos metros al norte del lugar donde los había dejado el jinete alado. En aquel lugar, el límite de la marea distaba más de treinta metros del comienzo de la selva. Para entonces ya había anochecido. El sol se había ocultado tras el horizonte, y su débil luz rielaba sobre las aguas del océano. A medida que la oscuridad se hacía más intensa, la luz de la luna y las estrellas, pálida y plateada, cubría la playa desierta, reflejándose en la arena como si sobre ella hubiese diamantes esparcidos e iluminando la costa hasta donde alcanzaba la vista. Pronto descartaron la idea de encender una hoguera; no necesitaban luz ni calor. Desde allí podían ver con toda claridad cualquier cosa que intentara aproximarse, y el aire era cálido y fragante. Una hoguera solo hubiera servido para llamar la atención, algo que deseaban evitar a toda costa.

Tomaron una cena fría compuesta de carne desecada, pan y queso, regada con cerveza. Estaban sentados de cara a la selva y de espaldas al océano, aguzando la vista y el oído. Morrowindl perdía nitidez a medida que se asentaba la noche; la jungla, los acantilados y el desierto fueron desapareciendo en la oscuridad hasta que la isla quedó reducida a una silueta recortada contra el cielo, y llegó un momento en que incluso eso se esfumó, y solo quedó una constante cacofonía de sonidos. Estos eran en su mayor parte indistinguibles, débiles y sordos, una heterogénea mezcolanza de llamadas, ululares y zumbidos de pájaros, insectos y animales sumergidos en las tinieblas. Las aguas del Confín Azul rozaban con un ritmo estable las costas de la isla, inundándolas y retirándose en un lento y acompasado chapoteo. Se

levantó una brisa suave y perfumada que eliminó los últimos restos del calor diurno.

Cuando acabaron de cenar, ambos permanecieron un rato en silencio, con la mirada perdida en el cielo, la playa y el mar.

Morrowindl empezaba a inquietar a Wren Ohmsford. Incluso en aquellos momentos, envuelta en la oscuridad, invisible y dormida, la isla era una presencia amenazadora. La joven nómada la dibujó en su mente: el Killeshan irguiéndose contra el cielo con sus dentadas fauces abiertas, una mezcla de colinas cubiertas por una densa selva, salientes rocosos y yermos desiertos; un gigante encadenado envuelto en ceniza y niebla, expectante. Podía sentir su respiración en la cara, ansiosa y hambrienta. Podía oír su sibilante saludo.

Podía sentir que la observaba.

La asustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, y no se sentía capaz de superar su miedo. Era una sombra insidiosa que reptaba por los recovecos de su mente, susurrando palabras con un significado incomprensible pero cuya intención era clara. Se sentía extrañamente privada de sus habilidades y destrezas, como si se las hubieran arrebatado en el momento en que puso los pies en la isla. Incluso su instinto parecía embotado. No encontraba explicación para lo que estaba sintiendo. No tenía sentido. Aún no había sucedido nada y, sin embargo, allí estaba ella, con la seguridad en sí misma hecha añicos y dispersa. Cualquier otra persona se habría sentido reconfortada al tener en su poder las legendarias piedras élficas, pero ella no. La magia le parecía algo ajeno a ella, algo de lo que debía desconfiar. Pertenecía a un pasado que solo conocía de oídas, a una historia olvidada que había perdido vigencia durante varias generaciones. Pertenecía a otro, a alguien a quien no conocía. Las piedras élficas, pensó sombríamente, no guardaban ninguna relación con ella.

Ese pensamiento le oprimió el estómago; estaba claro que no era verdad.

Se cubrió el rostro con las manos, como si quisiera esconderse de sí misma. Las dudas crecían en su interior y, de repente, y ya de forma inútil, se preguntó si su decisión de ir a Morrowindl había sido acertada.

Después se apartó las manos de la cara y se acercó a Garth lo suficiente para ver bien su barbudo rostro a pesar de la oscuridad. El gigante observó sin moverse cómo Wren levantaba las manos y empezaba a hablarle por señas.

—¿Crees que he cometido un error al insistir en venir aquí?

Él la miró durante un breve instante y respondió negando con la cabeza.

«Nunca es un error hacer algo que se cree necesario».

—Creía que era necesario.

«Lo sé».

—Pero no he venido solo para descubrir si aún viven los elfos —dijo Wren, a la vez que movía los dedos—. He venido para averiguar algo sobre mis padres, para enterarme de quiénes eran y qué ha sido de ellos.

El gigante nómada se limitó a volver a asentir con la cabeza.

—Antes no me preocupaba, ya lo sabes —prosiguió, intentando explicarse—. Me era indiferente. Yo me sentía una persona nómada, y con eso tenía suficiente. Seguí sin pensar en ellos incluso después de que Cogleine viniera a nuestro encuentro y partiéramos hacia el este, al Cuerno del Hades, para acudir a la llamada del espíritu de Allanon; incluso cuando empecé a hacer preguntas sobre los elfos para saber qué les había sucedido. No tenía ni idea de adónde conducía todo aquello. Me limité a continuar preguntando hasta que la Víbora me habló de hacer señales con la hoguera. No hice otra cosa que seguir una pista, deseando descubrir adónde conducía.

»Pero no había contado con las piedras élficas, Garth —prosiguió la muchacha, tras hacer una breve pausa—. Cuando descubrí que eran auténticas, que eran las de Shea y Wil Ohmsford, todo cambió. ¡Pensar que tenían tanto poder y que habían pertenecido a mis padres...! ¿Por qué? En primer lugar, ¿cómo las habían conseguido? ¿Con qué intenciones me las entregaron? Me comprendes, ¿verdad? Nunca podré encontrar las respuestas si no averiguo quiénes fueron mis padres».

«Te comprendo. Si no te comprendiera, no estaría aquí contigo», respondió Garth.

—Lo sé —dijo Wren en voz baja, con un nudo en la garganta—. Solo quería que lo dijeras.

Guardaron silencio durante un momento. Cada uno miraba en una dirección. Entonces, se escuchó un fuerte chapoteo en el agua, a una gran distancia. El sonido duró solo un breve instante. Wren presionó la áspera arena con la bota.

—Garth —le dijo por señas, atrayendo su mirada—, ¿hay algo sobre mis padres que no me hayas dicho?

Garth no respondió. Su cara permanecía inexpresiva.

—Porque si es así —prosiguió Wren—, ha llegado el momento de que me lo digas. No puedo continuar la búsqueda sin saberlo.

Garth cambió de postura y bajó la cabeza. Cuando la irguió de nuevo, empezó a mover los dedos.

«Si no fuera necesario, yo nunca te ocultaría nada. No te estoy ocultando nada sobre tus padres. Puedes estar completamente segura de que ya te he

dicho todo lo que sé sobre ellos».

—Te creo —respondió Wren con voz serena.

Sin embargo, esa respuesta la había dejado intranquila. ¿Habría algo que considerara necesario ocultarle? ¿Tenía derecho a exigirle que se lo dijera?

Hizo un gesto de resignación. Garth nunca le haría daño, y eso era lo importante.

«Descubriremos la verdad sobre tus padres —dijo Garth—. Te lo prometo».

—Garth —dijo la joven nómada, cogiéndole las manos y soltándolas enseguida—, eres mi mejor amigo.

Hizo guardia mientras él dormía, sintiéndose reconfortada por sus palabras y aliviada al saber que no estaba sola en aquella misión, que ambos albergaban el mismo propósito. Oculta en la oscuridad, Morrowindl seguía al acecho, siniestra y amenazadora. Pero ya no se sentía tan intimidada como hacía unos momentos; había reforzado su decisión y aclarado su objetivo. Las cosas serían como habían sido desde hacía muchos años: Garth y ella, juntos contra cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Con eso le bastaba.

Cuando Garth se despertó a medianoche para hacer el relevo, ella se durmió enseguida.

La aurora aclaró el firmamento con un pálido resplandor plateado, pero Morrowindl era una muralla negra que le cerraba el paso. La isla se interponía entre el alba y ellos como si pretendiera encerrarlos en la penumbra para siempre. La playa, tranquila y desierta, era una línea negra que se extendía en la distancia como una cinta desenrollada de encaje de luto. Las rocas y los acantilados sobresalían entre la verde maraña de vegetación, empinadas como criaturas apesadas que se luchaban por estirar el cuello para respirar. El Killeshan se proyectaba hacia el cielo en el silencio, y espirales de vapor culebreaban desde las fisuras de su piel de lava solidificada. Al norte, en la lejana zona desértica de la isla, se vislumbraba la áspera y agrietada superficie, cubierta por una sábana de neblina sulfurosa que impedía ver cualquier movimiento.

La joven nómada y su compañero se lavaron y tomaron de forma apresurada un ligero desayuno, deseosos de emprender la marcha. El calor del día empezaba a hacerse notar, imponiéndose a las suaves brisas procedentes del océano. Las aves marinas planeaban y se sumergían en busca de alimento. Los cangrejos deambulaban con cautela por las rocas intentando encontrar refugio en las grietas y hendiduras. Toda la isla empezaba a despertar al nuevo día.

Wren y Garth cargaron los morrales a la espalda, comprobaron sus armas y, tras intercambiar una breve mirada, emprendieron la marcha.

La playa terminaba en una franja de hierba alta, que a su vez abría paso a un bosque de acacias gigantescas. Los troncos de los vetustos árboles se elevaban como sólidas columnas, y se extendían hacia delante, dando la impresión de formar una imponente muralla. El suelo del bosque estaba libre de maleza; las tormentas y las pleamares habían arrasado con todo, excepto los árboles. Entre las acacias reinaba una profunda quietud. El sol aún estaba oculto en el este, y las sombras cubrían toda la isla. Wren y Garth avanzaban con precaución, a paso lento pero firme, alertas a cualquier clase de peligro. Atravesaron el bosque de acacias y entraron en un campo de bambúes. Lo bordearon hasta encontrar un pasaje estrecho, que recorrieron abriéndose paso con la ayuda de sus espadas cortas. A continuación, se adentraron en una pradera cuya hierba les llegaba a la cintura, adornada con flores silvestres de vivos colores que resaltaban contra el fondo verde. Delante, el bosque ascendía por las laderas del Killeshan. Los árboles y la maleza crecían entre extrañas formaciones de lava sólida hasta que todo desaparecía bajo la ceniza volcánica.

El primer día transcurrió sin incidentes. Siempre que les era posible, marchaban por campo abierto, y elegían aquellos senderos que les permitieran ver hacia dónde se dirigían. Aquella noche acamparon en un prado situado en un terreno alto, desde donde podían vigilar una amplia extensión de terreno en todas direcciones.

El segundo día transcurrió de una forma similar al primero. Anduvieron mucho, vadearon ríos y arroyos, sortearon barrancos y subieron colinas sin grandes dificultades. No encontraron la menor señal de los monstruos sobre los que Tigre Ty los había prevenido. Había serpientes de colores brillantes y arañas que debían de ser venenosas, pero los dos nómadas habían tratado con especies semejantes en otras partes del mundo y conocían la manera de evitar cualquier contacto. Oyeron los ásperos maullidos de los gatos del páramo, pero no llegaron a ver ninguno. En un par de ocasiones volaron sobre ellos aves rapaces, pero tras sobrevolarlos varias veces para sopesarlos, los depredadores alados pronto se alejaron en busca de presas más fáciles. De vez en cuando eran sorprendidos por algún fuerte chaparrón que duraba poco tiempo, pero, excepto por la posibilidad de quedar atrapados en el lecho seco de algún río por una inesperada masa de agua o de caer en algún pozo recién formado, la lluvia no constituía para ellos ningún problema.

La neblina que cubría las laderas del Killeshan estaba cada vez más cerca, y eso sí auguraba mayores complicaciones.

El tercer día se inició igual que los dos anteriores: sombrío, silencioso y tétrico. El sol apareció en el horizonte y se dejó ver brevemente entre los árboles de delante, como un cálido y amistoso faro. Pero cuando se acercaron a los primeros estratos de lava solidificada, desapareció de repente. Al principio, la neblina era tenue, no más que un aumento de la densidad del aire, una luz que se volvía levemente más gris y no les causaba ninguna molestia. Pero empezó a espesarse poco a poco, formando manchurroneos que ocultaban todo lo que se encontraba a más de diez metros de distancia. El terreno se hacía más abrupto a medida que las tierras bajas del litoral y las estribaciones cubiertas de hierba iban dando paso a las pendientes resbaladizas y a los precipicios. Era difícil conservar el equilibrio, y la marcha se ralentizó notablemente.

Almorzaron con rapidez, inquietos y taciturnos, y reemprendieron la marcha con suma cautela. Se ataron unas gruesas pieles en torno a las piernas, sobre las botas y bajo las rodillas, para protegerse de las posibles mordeduras de las serpientes. Se pusieron las pesadas capas y se las ciñeron. Había desaparecido el calor de las tierras bajas y, al contrario de lo que habían supuesto, el aire se había enfriado en lugar de aumentar su temperatura a medida que se acercaban al Killeshan. Garth se situó delante con la deliberada intención de proteger a Wren. Podían distinguir sombras que se movían a su alrededor en medio de la niebla, seres sin forma ni contorno, pero cuya presencia era más que tangible. Los sonidos familiares de los pájaros y los insectos se desvanecieron en un expectante silencio. Pronto llegó el crepúsculo, que ahuyentó la luz, y empezó a llover de forma insistente y con fuerza.

Acamparon al pie de un viejo koa, que abría paso a un pequeño claro. Cenaron con las espaldas apoyadas en el árbol y observaron cómo la atmósfera pasaba del gris claro del humo al negro intenso del carbón. La lluvia amainó hasta convertirse en una llovizna intermitente, y empezó a levantarse una niebla que descendía en lentas espirales por las laderas. El bosque empezaba a convertirse en selva: los árboles crecían más juntos y estaban cubiertos de enredaderas, y el terreno era húmedo y blando. Las babosas y los escarabajos se arrastraban entre la maleza y los troncos podridos. El suelo estaba seco bajo la copa del koa, pero la humedad del aire calaba hasta los huesos. No había posibilidad de encender fuego, por lo que

los dos nómadas se arrebujaron en las capas y se acurrucaron uno junto a otro. La noche cayó sobre el bosque, dejándolo cubierto de tinta negra.

Wren se ofreció a hacer la primera guardia, demasiado inquieta para poder conciliar el sueño. Garth accedió sin hacer ningún comentario. Dobló las rodillas, apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y se durmió de inmediato.

La joven permaneció sentada escudriñando las tinieblas. Los árboles y la niebla ocultaban la luz de la luna y las estrellas, e incluso después de que sus ojos se adaptaran a la oscuridad le resultó imposible ver a más de cuatro metros de distancia. Las sombras vagaban en la periferia de su campo de visión, sucintas, rápidas y sugerentes. De la bruma brotaban unos sonidos desafiantes y burlones: la estridente llamada de las aves nocturnas, el zumbido de los insectos, arañazos y susurros, bufidos y gruñidos. Desde algún lugar lejano le llegaba el grave ronroneo de los gatos al cazar. Wren percibía levemente las emanaciones sulfurosas del Killeshan, transportadas por el aire, que se mezclaban con las fragancias de la selva, más intensas y penetrantes. Estaba rodeada de un mundo invisible que empezaba a despertar.

«¡Adelante, pues!», exclamó en su interior, desafiante.

El aire se calmó a la vez que cesaba la llovizna, pero persistía la niebla. El tiempo transcurría lentamente. Los sonidos se suavizaron, y daba la impresión de que todo lo que había en la negrura estaba a la espera, vigilante. Advirtió que habían desaparecido las sombras que se movían en la niebla. Garth roncaba. Ella estiró su cuerpo entumecido, pero no pensó en levantarse. Le gustaba sentir el contacto del árbol en la espalda y la presión del cuerpo de Garth. Aborrecía la influencia que la isla ejercía sobre ella, que hacía que se sintiera expuesta a los peligros, vulnerable e indefensa. Se dijo a sí misma que se debía a la novedad de la situación, a lo desconocido del terreno, a lo lejos que estaba de su propia tierra, al recuerdo de la advertencia de Tigre Ty sobre los monstruos que allí habitaban. Necesitaba tiempo para adaptarse...

Interrumpió sus pensamientos porque vio la silueta de un ser gigantesco en los límites de la niebla. Caminó erguido sobre dos patas durante un momento, y luego sobre las cuatro. Después se detuvo, y ella tuvo la certeza de que la estaba mirando. Se le erizó el pelo de la nuca, y deslizó la mano hacia abajo hasta que sus dedos se cerraron en torno al cuchillo largo que llevaba sujeto a la cintura.

Esperó.

El ser que la observaba tampoco se movía. Al parecer, esperaba también.

Entonces vio otro ser similar al primero, después otro más, y luego un cuarto. Se reunieron en la oscuridad y permanecieron inmóviles, con los ojos

brillantes. Wren respiraba lenta y profundamente. Pensó en despertar a Garth, pero lo fue posponiendo minuto a minuto, el tiempo necesario para ver qué iba a ocurrir.

Pero todo seguía inalterable. Los minutos pasaban y los seres seguían en el mismo lugar. Primero se preguntó cuántos habría y luego si había otros detrás de ella, donde no podía verlos, deslizándose hasta llegar lo bastante cerca para...

Se giró con rapidez. Allí no había nada. Al menos, dentro de su limitado campo de visión.

Volvió a mirar al frente. De repente se dio cuenta de que aquellos seres estaban esperando conocer su reacción, para descubrir hasta qué punto podía ser peligrosa para su seguridad. Si seguía sentada demasiado tiempo, se impacientarían y decidirían ponerla a prueba. Se preguntó de cuánto tiempo dispondría. También se preguntó qué podría hacer para disuadirlos. Si los monstruos estaban allí, a solo tres jornadas de la playa, con mayor motivo estarían más adelante, vigilando y acechando. Y habría otros muchos. Tenía que haberlos.

La sangre de Wren latía con violencia, corriendo con tanta rapidez como sus pensamientos. Garth y ella juntos eran capaces de enfrentarse a cualquier cosa. Pero no podían permitirse el lujo de luchar con cualquier ser que se interpusiera en su camino.

Los seres habían empezado a moverse de nuevo, inquietos. Oyó murmullos, sin poder distinguir las palabras, y sintió movimiento a su alrededor de otros seres que no podía ver. Los habitantes de la selva habían descubierto su presencia y estaban congregándose a su alrededor. Oyó un gruñido grave y amenazador. Junto a ella, Garth se dio media vuelta, dormido.

A Wren le ardía la cara.

«Haz algo —se dijo a sí misma—. Tienes que hacer algo».

Advirtió que los seres estaban ahora detrás de ella.

Sintió algo caliente contra su pecho.

De forma inconsciente, rebuscó en la túnica y sacó la bolsa de cuero con las piedras élficas. Al instante, evitando pensar en lo que hacía, depositó las piedras en la palma de su mano y cerró los dedos sobre ellas. Podía sentir el acecho de los seres.

«Solo una muestra del poder de las piedras —se dijo a sí misma—. Con eso debería bastar».

Alargó la mano y abrió un poco los dedos. La luz azul de las piedras élficas destelló, se condensó en un fuego frío y se proyectó en finos rayos que sondearon las tinieblas.

Los seres desaparecieron con tanta rapidez como si nunca hubiesen estado allí, y los sonidos se disolvieron en el silencio de la noche. El mundo se convirtió en un inmenso vacío en el que solo existían Garth y ella.

Volvió a cerrar los dedos con fuerza y retiró la mano. Los seres, cualesquiera que fuesen, debían de saber algo sobre la magia élfica.

Su instinto se lo decía.

Se sintió invadida por una súbita amargura. Se había repetido innumerables veces que las piedras élficas no formaban parte de su vida, que pertenecían a otra persona. ¡De qué manera se había precipitado al realizar tal afirmación! ¡Y con qué rapidez había recurrido a su ayuda en cuanto se había sentido amenazada!

Volvió a depositar las piedras élficas en la bolsa y la guardó bajo la túnica. La noche era apacible y tranquila, y la niebla estaba libre de movimiento. Los seres que habitaban Morrowindl se habían marchado en busca de presas más fáciles de abatir.

Era más de medianoche cuando despertó a Garth. Al no haber surgido nuevas amenazas, decidió no contarle a su compañero lo sucedido. Se envolvió en su capa y se reclinó contra él, pero tardó mucho tiempo en conciliar el sueño.

Reanudaron la marcha al despuntar el alba. La bruma impregnada de ceniza cubría las laderas del Killeshan, y la luz era tenue y grisácea. La humedad llenaba el aire, empapaba la tierra y les mojaba la ropa, haciéndolos temblar. Un rato después, el sol empezó a resplandecer a través de la niebla y el frío disminuyó un poco. Avanzaban con lentitud y dificultad por el terreno accidentado y cambiante, compuesto por barrancos y riscos ocultos en la jungla. Persistía la calma de la noche anterior, una lúgubre quietud que aislaba a los dos caminantes y tejía una red de malestar en torno a ellos.

Las siluetas persistían en el límite de su campo de visión, furtivas y sigilosas; un grupo de sombras fugaces e informes que estaban allí hasta el momento en que alguien los miraba. Entonces desaparecían. Daba la impresión de que Garth ignoraba su presencia, pero Wren sabía que no era así. Cuando miraba de reojo su moreno semblante, veía la calma que reflejaban sus ojos. Sentía una profunda admiración por el autocontrol de su gigantesco amigo. Ella, por el contrario, escudriñaba la niebla sin descanso, porque aún no estaba segura de hasta qué punto los seres que se escondían en

ella temían a las piedras élficas, ni durante cuánto tiempo conseguiría la magia mantenerlos alejados. Sus dedos buscaban sin cesar entre los pliegues de la túnica, palpando la bolsa de cuero que colgaba bajo su ropa para asegurarse de que las piedras protectoras seguían en el mismo lugar.

El día transcurrió muy despacio. Atravesaron bosques de viejos koas y banianos, cubiertos de musgo y enredaderas; cruzaron pendientes donde las rocas de lava estaban partidas y se desprendían bajo su peso; se adentraron en barrancos cubiertos de maleza espinosa y recorrieron valles sobre los que se cernían densas nubes fundidas en un impenetrable manto gris. Todo ello en una escalada ininterrumpida por las laderas del Killeshan, captando breves vistazos del volcán a través de los resquicios de la niebla, observando cómo la cima se elevaba hacia lo lejos, sin que parecieran acercarse lo más mínimo a pesar de no dejar de avanzar.

Poco a poco empezaron a reconocer los peligros de la isla. Había unas plantas, de vivos colores y complicadas formas, que aferraban cualquier cosa que se pusiera a su alcance. Había agujeros que podían engullir en un instante a quien tuviera la desgracia de pisarlos. Había animales extraños que aparecían y desaparecían en un instante, depredadores cubiertos de escamas y pinchos, provistos de garras y afilados dientes. No habían visto ningún monstruo, pero Wren sospechaba que estaban cerca, vigilando y acechando: espectros que susurraban en la niebla.

La noche cayó sobre ellos y se entregaron al sueño. Esta vez los seres no se acercaron, permanecieron ocultos y precavidos. Un gato del páramo merodeaba por las cercanías, pero Garth sopló en un grueso tallo de hierba y produjo un silbido que puso en alerta al gran felino y le hizo emprender una veloz huida. Wren soñó con la Tierra del Oeste, con la época de su infancia en que todo era nuevo, y se despertó con los recuerdos claros y vívidos.

—Garth, he vuelto a utilizar las piedras élficas —dijo a su compañero durante el desayuno. Estaban acurrucados uno junto al otro para protegerse del frío del amanecer—. Hace dos noches, cuando los seres aparecieron por primera vez.

«Lo sé —respondió el gigante, clavando sus ojos en los de la muchacha—. Estaba despierto».

—¿Qué viste? —le preguntó en voz baja, con un gesto de incredulidad.

«Lo suficiente. La magia te asusta, ¿verdad?».

—Me asusta todo lo que estamos haciendo —respondió Wren, esbozando una sonrisa cargada de tristeza.

Caminaron en el silencio del amanecer, absortos en sus pensamientos. El terreno que tenían delante era llano y la selva se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La neblina, firme e inmóvil, era allí más densa. El aire estaba quieto. Atravesaron un espacio abierto y llegaron a la orilla de un pantano. Evitaron acercarse a sus márgenes poblados de juncos y buscaron un terreno más firme. Cuando lo encontraron, siguieron adelante. El pantano se alargaba. Se vieron obligados a cambiar de dirección en numerosas ocasiones para buscar un camino más seguro. La ciénaga era un llano con el tenue brillo de la humedad que se extendía a través de zonas cubiertas de hierba y maleza, y de él emergían árboles que parecían brazos de gigantes ahogados. Insectos relucientes e irisados volaban de un lado a otro. Garth sacó un ungüento maloliente que les sirvió para protegerse la cara y los brazos contra las picaduras. Las serpientes se deslizaban por el fango. Las arañas pululaban por doquier, algunas mayores que el puño de Garth. De las ramas y la maleza colgaban telarañas, enredaderas y musgos, pegajosos y mortíferos. Los murciélagos revoloteaban en las copas de los árboles, profiriendo agudos y estremecedores chillidos.

En cierto momento, descubrieron una gigantesca telaraña escondida en las alturas y dispuesta a modo de trampa para caer sobre cualquier cosa que pasara debajo. Unos cazadores menos avezados podían no haberla visto y quedar atrapados, pero Garth la descubrió enseguida. Los hilos de la telaraña eran tan gruesos como los dedos de Wren, y tan transparentes que pasaban inadvertidos si no se miraban con atención. Ella tocó uno con la punta de un junco, que se pegó con firmeza. Ambos observaron los alrededores durante un rato, sin moverse. Fuera cual fuese el ser que había tejido aquella telaraña, no deseaban encontrarse con él.

Cuando se convencieron de que el tejedor no se encontraba en las cercanías, reanudaron la marcha.

Cerca del mediodía oyeron un sonido chirriante. Aflojaron el paso hasta detenerse. El sonido era desigual y frenético, demasiado fuerte para la quietud de la ciénaga. Procedía de su izquierda, donde la sombra cubría un compacto grupo de arbustos de llamativas flores rojas. Con Garth abriendo la marcha, rodearon los arbustos por la derecha y siguieron una franja de terreno firme que conducía al claro de un bosque de koas. Caminaban en silencio, sin dejar de escuchar el sonido. Casi de inmediato vieron los hilos de telaraña que colgaban de las copas de los árboles. Algo oculto en la maleza tiraba de los hilos. Era fácil suponer lo que había sucedido. Garth hizo una seña a Wren, y los dos continuaron caminando con precaución.

Se detuvieron de nuevo entre los koas. Había tendidas varias trampas entre los árboles. Una era grande y todas las demás, pequeñas. Una de las pequeñas había dado sus frutos, y el sonido procedía de la criatura que había caído en ella, que se debatía con furia en un intento inútil por liberarse. Esta criatura no se parecía a ninguna de cuantas los dos nómadas habían visto hasta entonces. Tenía el tamaño de un pequeño perro de caza, y parecía ser un cruce entre un puercoespín y un felino. Su cuerpo, en forma de barril, estaba cubierto por franjas de púas negras y marrones, y se mantenía sobre cuatro patas cortas y gruesas. Su cabeza, casi cuadrada, se encajaba directamente en el lomo, sin cuello, y se estrechaba confiriéndole el romo y peludo perfil de un felino. Sus rugosas zarpas terminaban en garras afiladas, que cavaban en la tierra, y su gruesa cola, también recubierta de púas, se agitaba de un lado a otro en un desesperado intento de romper los hilos de la telaraña que lo aprisionaba.

Todos sus esfuerzos eran inútiles. Cuanto más se debatía, más aprisionada quedaba. Por fin, la extraña criatura dejó de agitarse, levantó la cabeza y advirtió su presencia. Wren se quedó asombrada cuando le vio los ojos. Tenían párpados y pestañas, y eran de un vivo color azul. No eran los ojos de un animal, eran unos ojos como los suyos.

El cuerpo de la criatura se relajó, agotado por la lucha. Las púas se inclinaron hacia atrás con suavidad, y los extraños ojos parpadearon.

—¡Pfff...! —profirió de una forma que recordaba el bufido de un gato. Después, con voz áspera, se dirigió a Wren—. Supongo que no vas a ayudarme. Aunque tú también eres... arrggg... responsable de mi situación.

Wren la miró con asombro, y después se volvió hacia Garth, que por una vez parecía tan sorprendido como ella. ¿Cómo era posible que aquella criatura hablase? Volvió a prestarle atención.

—¿Qué quieres decir con que yo también soy responsable?

—Grrr. Quiero decir que eres una elfa. ¿No es verdad?

—Bueno, no, la verdad es que no lo soy. Soy...

Estuvo a punto de decir que era una nómada, pero en realidad era elfa, al menos en parte. ¿No la había identificado la criatura por sus rasgos élficos? Frunció el ceño. Pero ¿cómo podía conocer a los elfos?

—¿Quién eres? —le preguntó Wren.

La criatura la miró sin pestañear con esos ojos azules durante un momento. Cuando habló, su voz era un ronco gruñido.

—Stresa.

—Stresa —repitió la muchacha—. ¿Te llamas así?

La criatura se limitó a responder con un asentimiento.

—Yo me llamo Wren, y este es mi amigo Garth.

—Jsst. Eres una elfa —repitió Stresa, contrayendo su semblante felino—. Pero no eres de Morrowindl.

—No —respondió Wren, perpleja, apoyando las manos en las caderas—. ¿Cómo lo has adivinado?

—No me has reconocido —respondió la criatura, entrecerrando ligeramente sus ojos azules—. No sabes lo que soy. Jrrrrauul. Si vivieras en Morrowindl, lo sabrías.

—¿Qué eres? —preguntó Wren, tras asentir con la cabeza.

—Un gatoespino —respondió la criatura, profiriendo un gruñido desde las profundidades de su garganta—. Así es como nos llaman a los pocos que hemos conseguido sobrevivir. Somos una combinación de diversas especies, aunque no guardemos parecido con ninguna de ellas. Puurrft.

—¿Cómo conoces a los elfos? ¿Todavía quedan elfos aquí?

—Si me liberas —respondió el gatoespino con un ronco y áspero ronroneo, mirándola con frialdad y paciencia desde la trampa—, contestaré a tus preguntas.

Wren titubeó, indecisa.

—¡Fffpft! Será mejor que os deis prisa —les urgió el gatoespino—. Antes de que llegue el wisteron.

¿El wisteron? Wren miró de nuevo a Garth, indicándole por señas lo que Stresa había dicho. Garth dio una respuesta breve.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no nos harás daño? —preguntó Wren, volviéndose hacia el gatoespino.

—Jarruul. Si no sois de Morrowindl y habéis llegado hasta aquí, es que sois más peligrosos que yo —respondió con un gesto que pretendía ser una sonrisa—. Daos prisa. Utilizad esos cuchillos largos que lleváis para cortar la telaraña. Solo el filo de la hoja; mantened apartada la parte plana. —La extraña criatura se detuvo, y Wren vio por primera vez un atisbo de desesperación en sus ojos—. No queda mucho tiempo. Si me ayudáis... jrrauu... tal vez también yo pueda ayudaros.

Wren hizo señas a Garth, y se acercaron hasta donde estaba atrapado el gatoespino, con cuidado de no caer en ninguna de las trampas instaladas. Cortaron deprisa los hilos que mantenían inmovilizada a la criatura y después retrocedieron. Stresa pasó con cautela por encima de las telarañas rotas, y por delante de los dos nómadas hasta llegar a terreno firme. Desplegó sus púas y las sacudió con fuerza. Tanto Wren como Garth retrocedieron ante aquel

repentino movimiento, pero ninguna púa voló hacia ellos. El gatoespino se sacudía los restos de telaraña que tenía adheridos al cuerpo. Después empezó a acicalarse, pero se detuvo al recordar que lo estaban observando.

—Gracias —dijo con su grave y áspera voz—. Si no me hubieseis liberado, habría muerto. Grruul. El wisteron me habría devorado.

—¿El wisteron? —preguntó Wren.

—También vosotros deberíais estar muertos —dijo el gatoespino, echando hacia atrás las púas y haciendo caso omiso de la pregunta. Su cara de gato se contrajo de nuevo—. ¡Pffftt! —resopló—. O tenéis mucha suerte o contáis con la protección de la magia. ¿Puedo saber cuál de las dos cosas es?

—Nos has prometido contestar a nuestras preguntas, Stresa —respondió Wren, tras reflexionar durante un breve instante—. Háblame de los elfos.

El gatoespino recuperó la compostura y se sentó. Era más corpulento de lo que les había parecido cuando estaba en la trampa: su tamaño se asemejaba más al de un perro que al de un gato o un puercoespín.

—Los elfos —dijo, y su voz volvió a enronquecerse— viven en el interior, en la parte alta de las laderas del Killeshan, en la ciudad de Arborlon... grrr... donde los demonios los tienen atrapados.

—¿Los demonios? —preguntó Wren, acordándose entonces de que Ellcrys los había encerrado durante la Prohibición. Habían logrado escapar una vez, en la época de Wil Ohmsford. ¿Habrían vuelto a liberarse?—. ¿Qué aspecto tienen esos demonios?

—¡Chist! Tienen aspectos muy diferentes. ¿Qué importa eso? Lo importante es que los crearon los elfos, y ahora no pueden librarse de ellos. ¡Puf! Pues lo siento por ellos. Ahora les falla la magia de la Quilla. No tardará en pasar lo inevitable.

El gatoespino esperó a que Wren asimilara sus últimas palabras. Aún le faltaban muchas cosas que comprender.

—¿Los elfos «crearon» a los demonios? —preguntó, confusa.

—Hace bastantes años. Cuando no tenían otra cosa mejor que hacer.

—Pero... ¿de qué los hicieron?

—¿A qué habéis venido... grruul? ¿Por qué buscáis a los elfos? —preguntó a su vez Stresa, relamiéndose, y su lengua de color violeta oscuro resaltó contra el marrón de su rostro.

Wren sintió sobre su hombro la mano de Garth. Se volvió y vio que señalaba la selva.

—Jsst, sí, yo también lo oigo —dijo Stresa, levantándose deprisa—. El wisteron. Está empezando su caza, y ahora va a revisar las trampas en busca

de alimento. Tenemos que salir de aquí enseguida. Cuando descubra que he conseguido escapar, me buscará. —El gatoespino se sacudió las púas—. Puesto que no creo que conozcáis el camino, será mejor que me sigáis.

Entonces empezó a andar. Wren salió detrás de él, seguida de Garth.

—¡Espera un momento! ¿Qué clase de criatura es el wisteron? —preguntó la muchacha.

—Sería mejor para ti no descubrirlo nunca —respondió Stresa enigmáticamente, mientras se erizaban todas sus púas—. Este pantano se llama In Ju. El wisteron se ha establecido en esta zona. El In Ju se extiende hasta la Cornisa Negra... y eso está muy lejos de aquí.

Caminaba arrastrando las patas, pero avanzaba con mucha más rapidez de lo que Wren hubiera podido imaginar.

—Todavía no entiendo cómo sabes tanto sobre los elfos —dijo la muchacha, corriendo detrás de la criatura—. Ni cómo se explica que puedas hablar. ¿Hablan todos los habitantes de Morrowindl?

—Grrr... ¿No te lo he dicho? —respondió Stresa, dirigiendo hacia atrás su penetrante y astuta mirada de felino—. La razón de que yo pueda hablar es que también me hicieron los elfos. —El gatoespino se volvió—. Basta ya de preguntas. Es mejor que estemos un rato callados.

Se internó velozmente entre los árboles con gran sigilo, dejando que Wren y Garth lo siguieran, aumentando su desconcierto e incredulidad.

Huían muy deprisa y en completo silencio a través del In Ju. El gatoespino abría la marcha, arrastrando su cuerpo parduzco y espinoso entre los arbustos y las hierbas, bajo las zarzas y también sobre los leños, como si todos los obstáculos fueran idénticos y tuviese que realizar el mismo esfuerzo para superarlos. La muchacha y el gigantesco nómada lo seguían inmediatamente detrás, obligados a rodear las áreas de maleza más espesas, a escoger el camino con mayor precaución y a tantear el terreno antes de poner los pies sobre él. Conseguían mantener el ritmo solo porque Stresa tenía la amabilidad de volver la vista de vez en cuando y esperar a que ellos lo alcanzasen.

Ninguno hablaba mientras corrían, pero todos mantenían el oído aguzado, alerta a cualquier sonido que pudiera anunciar que el wisteron se acercaba.

La selva se volvió más oscura y empezaron a aparecer telarañas por todas partes. Muchas eran restos de trampas usadas o deterioradas hacía mucho tiempo, pero muchas otras estaban enganchadas a las redes que había extendidas sobre las copas de los árboles, a lo largo de los arbustos o incluso sobre pequeños fosos abiertos en la tierra. El tejido era transparente, invisible excepto en aquellas zonas donde se habían adherido a sus hilos hojas o suciedad, que le daban color y delimitaban su forma; pero incluso en estos casos era difícil de detectar. Wren pronto dejó de preocuparse por cualquier otra cosa y se concentró en las peligrosas redes. Solo una araña tejería redes como aquellas, se dijo, y se forjó una imagen mental del wisteron.

Pocos minutos después de haber emprendido la huida oyó los movimientos del wisteron. Percibió su ruido con nitidez. Algo azotaba la maleza y los arbustos, tronchaba las ramas más gruesas de los árboles, arañaba las cortezas, chapoteaba y agitaba las aguas. El wisteron era una criatura descomunal, y no hacía el menor esfuerzo por ocultarse. Sonaba

como si una fuerza inexorable arrollara todo lo que encontraba a su paso, implacable e ineludible. El In Ju era una gigantesca catedral verde de la que había sido expulsado el silencio. Wren se sintió de repente atenazada por el miedo.

Entraron en un extenso claro ocupado por un lago, que los obligó a cambiar de dirección. Tras vacilar durante un breve instante, lo rodearon por la derecha, siguiendo una loma baja en la que crecía un espeso zarzal. Stresa se abrió paso entre las zarzas, habilitando un pequeño túnel. Wren y Garth lo siguieron, haciendo acopio de valor, ignorando los arañazos y cortes que sus aguijones les producían. Los sonidos que anunciaban la proximidad del wisteron aumentaban de intensidad a sus espaldas.

Entonces, los sonidos cesaron de repente.

Stresa se detuvo inmediatamente, como si se hubiera quedado petrificado. Los dos nómadas lo imitaron. Wren escuchó sin moverse y Garth puso las manos sobre la tierra. Todo estaba quieto. Los árboles se alzaban inmóviles a su alrededor, y la penumbra, empañada de niebla, los envolvía como una cortina de gasa. Solo se oía el murmullo del viento... pero no soplaba ni la más leve brisa. Wren sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. En el aire podía apreciarse la quietud de la muerte. Dirigió una rápida mirada a Stresa, que estaba mirando hacia arriba.

El wisteron se desplazaba por las copas de los árboles.

Garth se irguió y desenvainó su cuchillo. Wren escrutó la cubierta de hojas y ramas que se extendía sobre sus cabezas en un esfuerzo inútil por captar alguna señal. El susurro se oía más cerca, más reconocible; ya no parecía el murmullo del viento al rozar con las hojas de los árboles, sino el movimiento de un ser de grandes proporciones.

Stresa empezó a correr, una extraña bola de tierra espinosa que se precipitaba hacia un bosquecillo de koas. Wren y Garth lo siguieron por instinto sin perder un instante. La muchacha sudaba a raudales bajo la ropa, y el cuerpo le dolía a causa del esfuerzo que tenía que hacer para avanzar sin hacer ruido. Corría encogida, sin atreverse a mirar atrás ni hacia arriba, ni en ninguna otra dirección, sino únicamente hacia delante, siguiendo los movimientos del gatoespino. El sonido de las hojas llenaba sus oídos, mezclado con crujidos de ramas. Los pájaros volaban como dardos a través del cavernoso bosque y producían ráfagas fugaces de color y movimiento que se esfumaban en un abrir y cerrar de ojos. La selva, perlada de humedad, se había paralizado a su alrededor, y daba la impresión de ser un mundo petrificado en el que solo ellos se movían. Los koas, venerables gigantes

anclados en el tiempo, mostraban sus imponentes troncos cubiertos de musgosas enredaderas.

De pronto, Wren se sobresaltó. Las piedras élficas habían empezado a quemarle el pecho.

«Otra vez no —pensó con desesperación—. No volveré a utilizar la magia». Pero sabía que eso era exactamente lo que iba a hacer.

Se resguardaron en el bosque de los koas, adentrándose de forma apresurada en un corredor formado por troncos y sombras. Wren levantó la vista para descubrir posibles trampas. No había ninguna. Vio que Stresa se desviaba hacia unos espesos matorrales y se precipitaba en su interior. Garth y ella lo siguieron, inclinados para pasar entre las ramas, y arrastrando los morrales con cuidado para disminuir el ruido que hacían al rozar las ramas.

Agazapados en la oscuridad y con la respiración entrecortada, se arrodillaron en el suelo de la jungla y esperaron. Los minutos pasaban. Las frondosas ramas de su refugio amortiguaban cualquier sonido procedente del exterior, por lo que no podían percibir el siniestro susurro. Su escondrijo era estrecho, y la tierra emanaba olor a madera podrida. Wren se sentía atrapada. Hubiera preferido encontrarse en campo abierto, donde pudiera orientarse y correr. De repente, se apoderó de ella un intenso deseo de salir de aquel estrecho refugio, pero la serena expresión del semblante de Garth calmó su ánimo. Stresa se había colocado a la entrada, aplastado contra la tierra, con la cabeza erguida y las pequeñas orejas de felino tiesas.

Wren se deslizó junto a la criatura y atisbó el exterior.

Las púas del gatoespino se erizaron.

En ese mismo instante, la joven nómada vio al wisteron. Estaba entre los árboles, tan lejos de donde estaban escondidos que no era más que una silueta en la cortina de niebla. Sin embargo, no había posibilidad de error. Reptaba por las ramas como un espectro gigantesco... No, se corrigió. No reptaba. Acechaba. No con las precauciones de un felino, sino con más seguridad y determinación. Robaba la vida del aire al pasar, como si absorbiera todo sonido y movimiento. Tenía cuatro patas y cola, y se valía de las cinco extremidades para agarrarse a las ramas de los árboles e impulsarse hacia delante. Tal vez en otra época hubiese sido un mamífero; todavía conservaba este aspecto. Pero se movía como un insecto. Era contrahecho y deforme, con los miembros articulados como gigantescas anclas que le permitían balancearse con absoluta libertad en cualquier dirección. Era aún más robusto, musculoso y grotesco que el ser lobuno que los había seguido desde Grimpen Ward.

El wisteron se detuvo y se dio la vuelta.

A Wren se le atragantó el aliento, y lo retuvo en la garganta con una tenacidad que amenazaba con pararle el corazón. El wisteron permaneció suspendido contra el fondo gris como una sombra gigantesca y aterradora. Luego, de repente, se alejó entre balanceos. Pasó ante ella como la promesa de su propia muerte, insinuante, provocador, susurrando mudas amenazas. Sin embargo, no la vio; no se entretuvo. Aquella tarde había elegido otras víctimas.

Por fin, desapareció.

Poco después abandonaron su refugio para reanudar la marcha, nerviosos y agazapados, movidos por la imperiosa necesidad de salir cuanto antes del In Ju. Sin embargo, no lo consiguieron antes de que oscureciera y se vieron obligados a pasar aquella noche en el pantano. Stresa descubrió una gran oquedad en el tronco de un baniano muerto, y los dos nómadas se deslizaron a su interior, sin mucho entusiasmo, a instancias del gatoespino. No deseaban estar encerrados, pero era mejor que dormir a cielo descubierto y que las criaturas del pantano los pillaran desprevenidos. En cualquier caso, el tronco estaba seco y el frío nocturno no era tan intenso. Los dos nómadas se envolvieron en sus pesadas capas y se sentaron de cara a la abertura, escudriñando la lóbrega oscuridad, percibiendo el olor a podrido y a humedad y observando el paso furtivo de las omnipresentes siluetas.

—¿Qué se mueve ahí fuera? —preguntó Wren a Stresa, sin poder contener ni un segundo más su curiosidad.

Acababan de comer. El gatoespino parecía dispuesto a engullirlo todo: el queso, el pan y la carne desecada que llevaban a partes iguales, además de las larvas e insectos que devoró por su cuenta. En aquel momento estaba sentado a un lado de la abertura del baniano, mordisqueando una raíz.

Levantó la mirada, alarmado.

—¿Ahí fuera? —repitió. Sus palabras eran tan guturales que Wren apenas logró entenderlas—. Grrrsst. No gran cosa, en realidad. Unas criaturas pequeñas y feas que no se atreverían a dar la cara en otras circunstancias. Ahora se atreven a deambular... jjjrgrg... porque todos los seres peligrosos, a excepción del... uuusst... wisteron, están en Arborlon, esperando el momento en que la Quilla ceda.

—Háblame de la Quilla —le pidió Wren.

Sus dedos se movían para traducir a Garth las palabras del gatoespino.

—La Quilla es la muralla que rodea la ciudad —dijo Stresa, dejando la raíz en el suelo, mientras su áspera voz volvía a convertirse en un ronroneo—.

Fue edificada por la magia, y es la magia la que mantiene a los demonios al otro lado. Pero la muralla se está debilitando, mientras que los demonios se fortalecen. Los elfos no parecen capaces de hacer nada para evitarlo. —El gatoespino hizo una breve pausa—. ¿Cómo habéis averiguado la existencia de los demonios? Jsstt. ¿Me dices otra vez cómo te llamas? ¿Grrlwren? ¿Wren? ¿Quién te habló de Morrowindl?

—Es una larga historia, Stresa —respondió Wren, apoyándose en el tronco del baniano—. Un jinete alado nos ha traído a la isla. Es la única persona que nos ha prevenido contra los demonios, a quien él llama monstruos. ¿Sabes algo de los jinetes alados?

—¡Sstppft! Son elfos que poseen pájaros gigantes. Sí, los conozco. Venían aquí con mucha frecuencia. Pero ya no vienen. Los demonios están al acecho por si aparece alguno. Los derriban y los matan... fffftt... con rapidez. Y eso es lo que os hubiera sucedido a vosotros si no hubieran estado en Arborlon todos ellos... o al menos la mayoría. Al wisteron le traen sin cuidado esas cosas.

Arborlon, recordó Wren, había sido la ciudad de los elfos cuando vivían en la Tierra del Oeste. Había desaparecido al mismo tiempo que ellos. ¿La habrían reconstruido en Morrowindl? ¿Qué habrían hecho con Ellcrys? ¿La habrían traído consigo? ¿O habría vuelto a secarse, como en la época de Wil Ohmsford? ¿Era esa la causa de que hubiera demonios en Morrowindl?

—¿A qué distancia de la ciudad nos encontramos? —preguntó Wren, olvidando de momento esas cuestiones.

—Aún queda un largo camino —respondió Stresa, levantando su cara de gato—. El In Ju se extiende hasta la cadena montañosa de la Cornisa Negra, que a su vez se extiende por todo el extremo sur de la isla. Al otro lado se abre un valle por el que discurre el río Rowen. Rruuun. Y más lejos aún, sobre un risco situado bajo la boca del Killeshan, se levanta la ciudad de Arborlon. ¿Es allí adonde queréis ir?

Wren respondió asintiendo con la cabeza.

—¡Puaj! ¿Para qué?

—Para encontrar a los elfos —respondió la joven nómada—. He sido enviada para transmitirles un mensaje.

—Espero que el mensaje sea importante —dijo Stresa con un gesto de preocupación, mientras sus púas se alargaban un par de centímetros—. No veo cómo podrás entregarlo estando la ciudad sitiada por los demonios... si es que la ciudad todavía existe. Ssstt.

—Ya encontraremos la forma de entrar —respondió Wren de forma tajante para cambiar el tema de la conversación—. Stresa, antes has dicho que te hicieron los elfos, y que también hicieron a los demonios, pero no me has explicado cómo.

—¡Con magia, por supuesto! —dijo el gatoespino con voz áspera, dirigiendo a la muchacha una mirada de preocupación—. ¡Jrrruul! La magia élfica permite hacer cualquier cosa. Yo fui de los primeros, mucho antes de que decidieran crear a los demonios o a cualquiera de los otros seres. Eso sucedió hace casi cincuenta años. Los gatoespinos viven mucho tiempo. Sspptt. Me crearon para que cuidara de las granjas, para que alejara a las alimañas y los depredadores. Yo era muy competente en estos asuntos. Todos lo éramos. Pfftt. Podíamos vivir de la tierra, necesitábamos muy pocos cuidados y éramos capaces de estar durante semanas sin pisar la ciudad. Pero entonces llegaron los demonios, acabaron con la mayoría de nosotros y las granjas se hundieron y todo el mundo acabó por abandonarlas. Eso fue todo. Nos dejaron a nuestra cuenta y riesgo... grrrsst... lo cual era muy razonable, pues ya estábamos muy acostumbrados a hacerlo. Podíamos sobrevivir por nuestra cuenta. En realidad, fue mejor así. Me fastidiaría mucho que me encerraran en esa ciudad estando sitiada... jsstt... por los demonios. —La criatura profirió un ronco gruñido—. Siento náuseas solo de pensarlo.

Wren intentó buscar las razones que hubieran podido tener los elfos para utilizar de nuevo la magia. ¿De dónde procedía esta? No la habían utilizado cuando vivían en la Tierra del Oeste, ni la tenían desde la época de los seres fantásticos, a excepción de sus poderes curativos. La auténtica magia había estado perdida durante muchos años. Ahora, al parecer, y sin que ella pudiera imaginarse cómo, habían logrado recuperarla, al menos la suficiente para crear demonios, o para invocarlos. Una decisión funesta, sin duda, si es que la habían tomado. ¿Cómo podía haberseles ocurrido algo semejante?

De pronto se preguntó qué relación podían tener sus padres con todo aquello. ¿Estarían también ellos implicados en el uso de la magia? Si así era, ¿por qué le habían entregado las piedras élficas, la magia más poderosa de todas?

—Si fueron los elfos quienes crearon esos demonios con su magia, ¿por qué no pueden destruirlos? —preguntó, sintiendo todavía curiosidad por saber de dónde procedían los llamados demonios, y si eran realmente tales—. ¿Por qué no pueden utilizar su magia para liberarse?

—No tengo ni la más remota idea —respondió Stresa, con un gesto que denotaba que lo desconocía y cogiendo de nuevo la raíz—. Nadie me lo ha explicado. Como nunca voy a la ciudad, hace muchos años que no hablo con un elfo. Tú eres la primera... y no eres del todo una elfa, ¿verdad? Pruufft. Tienes la sangre mezclada. Y tu amigo es otra cosa.

—Es humano —respondió Wren.

—Pssst. Si tú lo dices... Nunca he visto a nadie que se le parezca. ¿De dónde procede?

Wren pensó por primera vez en la posibilidad de que Stresa no conociera la existencia de gentes distintas de los elfos y los jinetes alados, o de otros lugares fuera de las islas.

—Los dos venimos de la Tierra del Oeste, que forma parte de un país llamado las Cuatro Tierras, del que salieron todos los elfos hace años. Allí conviven habitantes de razas muy variadas. Garth y yo pertenecemos a una de ellas.

Stresa la miró con expresión pensativa. Su espinoso cuerpo se hinchó mientras juntaba las patas.

—Después de que encontréis a los elfos... grrr... y les deis vuestro mensaje, ¿qué vais a hacer? ¿Volveréis al lugar del que vinisteis?

Wren respondió con un gesto de asentimiento.

—La Tierra del Oeste, dices que se llama. ¿Se parece en algo... gruul... a Morrowindl?

—No, Stresa. Aunque también hay seres peligrosos. Pero no se parece en nada a Morrowindl.

Antes de acabar de hablar, la joven nómada pensó: «Todavía no, pero ¿cuánto tiempo durará esta situación, ahora que los umbríos se hacen cada vez más fuertes?».

—Pfftt. No creo que consigáis llegar a Arborlon por vuestros propios medios —dijo el gatoespino, mordisqueando la raíz e interrumpiendo a Wren en su reflexión. Sus extraños ojos azules estaban clavados en los de Wren.

—¿Por qué no? —preguntó la muchacha.

—Pft, pft. No veo la manera. No tenéis ni idea de cómo se tiene que escalar la Cornisa Negra. Suceda lo que suceda, tenéis que evitar la... jrrrwwl... Grada y a los dráculs. Abajo, en el valle, están los aparecidos. Son los peores de todos los demonios. Hay también docenas seres distintos. Ssspjt. Una vez que os descubran...

El espinoso cuerpo se erizó en un gesto muy expresivo y volvió a relajarse. Wren se sintió tentada de interrogarlo sobre los dráculs y los

aparecidos. En lugar de hacerlo, dirigió a Garth una mirada inquisitiva, pidiéndole su opinión. Garth se limitó a responder con un gesto de indiferencia. Estaba acostumbrado a encontrar un camino.

—Bien, ¿qué sugieres que hagamos? —preguntó la muchacha al gatoespino.

—Os propongo un trato —respondió la criatura, pestañeando mientras se producía un ronroneo en su garganta—. Os conduciré a la ciudad. Si lográis traspasar la barrera de los demonios, entregar vuestro mensaje y volver a salir, os serviré de guía también en el camino de vuelta. Jrrruul. —Stresa hizo una pausa—. Pero a cambio, tenéis que prometerme que me llevaréis con vosotros cuando abandonéis la isla.

—¿A la Tierra del Oeste? ¿Quieres abandonar para siempre Morrowindl? —inquirió la muchacha, con el ceño fruncido.

—Sppppttt. No me gustaría quedarme aquí mucho más tiempo —respondió el gatoespino, asintiendo con la cabeza—. No podéis reprochármelo. He sobrevivido gracias a mi ingenio, a mi experiencia y a mi instinto, pero sobre todo gracias a la suerte, que siempre me ha acompañado. Pero ahora me ha abandonado. Si no hubierais pasado por casualidad cerca de la trampa donde había caído, ahora estaría muerto. Estoy harto de esta vida. Quiero volver a vivir como antes. Quizá pueda hacerlo en vuestra tierra.

«Tal vez sí o tal vez no», pensó Wren, y dirigió una mirada a Garth.

«No sabemos nada de esta criatura —respondió el gigante con rápidos movimientos de los dedos—. Piénsalo muy bien antes de tomar una decisión».

Wren le respondió con un gesto de asentimiento. Típico de Garth. No tenía razón, desde luego... Los dos debían tener en cuenta una cosa: el gatoespino los había salvado del wisteron, igual que ellos lo habían salvado a él. Y su compañía podría serles muy útil, ya que conocía los peligros de Morrowindl mucho mejor que ellos. Llevarlo con ellos cuando abandonasen la isla no era dar mucho a cambio.

A menos que las sospechas de Garth se confirmaran y el gatoespino les estuviera teniendo una trampa...

«No confíes en nadie», le había advertido la Víbora.

La joven titubeó durante un instante mientras analizaba la situación, y por fin decidió hacer caso omiso de la advertencia.

—Trato hecho —respondió Wren—. Creo que es una buena idea.

—Jrrruul. Sabía que aceptarías —dijo el gatoespino, desplegando sus púas pomposamente y con un bostezo de satisfacción. Luego se estiró cuan largo

era y apoyó cómodamente la cabeza sobre las zarpas—. No me rocéis mientras duermo —les advirtió—. Si lo hacéis, acabaréis con la cara llena de púas, y yo me sentiría muy mal si nuestra amistad terminase de esa forma. Pffjtt.

Antes de que Wren tuviera tiempo de traducir a Garth su advertencia, los ojos de Stresa se cerraron, y el gatoespino se quedó profundamente dormido.

Después de hacer la primera guardia, Wren durmió hasta el amanecer. La despertaron los ruidos producidos por la febril actividad de Stresa: el rumor de sus púas y los arañazos de sus garras en la madera. Se levantó con la mente nublada y los ojos secos e irritados. Se sentía débil e intranquila, pero olvidó su malestar cuando Garth le tendió el pan y la cerveza. Sabía que los víveres se estaban agotando deprisa; una gran parte se había echado a perder. Pronto tendrían que reponer las provisiones. Esperaba que Stresa, a pesar de sus singulares hábitos nutritivos, pudiera ayudarles a seleccionar los productos comestibles. Mordió el pan y lo escupió. Sabía a moho.

Stresa salió del tronco hueco con algo de esfuerzo, y los dos nómadas lo siguieron a gatas, poniéndose de pie con dificultad porque tenían los músculos rígidos y doloridos. La aurora era una vaporosa calima gris que se filtraba entre las copas de los árboles, con fuerza suficiente para disipar apenas la oscuridad del espacio que había debajo. La ceniza volcánica se arremolinaba en toda la selva como una sopa burbujeante en una olla, pero las capas bajas del aire estaban quietas y sin vida. Unos seres pululaban en las fétidas aguas de las ciénagas y los hoyos, y sobre la madera muerta que flotaba en ellos, por lo que conformaban figuras y formas cambiantes en la penumbra. De las sombras surgían sonidos que quedaban suspendidos en el aire como un desafío.

Emprendieron la marcha a través de la penumbra, guiados por Stresa, que se arrastraba bamboleando su masa de púas. Avanzaron despacio pero sin interrupción durante toda la mañana, en medio de la ceniza y la neblina, un húmedo e incoloro manto que desprendía olor a muerte. Cuando la luz conseguía traspasar la niebla tornaba los tonos grises en plateados, pero seguía siendo tenue y difusa bajo la cubierta vegetal. Los hilos con los que el wisteron había tejido sus redes estaban enrollados en las ramas y las enredaderas, y las trampas colgaban por todas partes a la espera de atrapar alguna víctima descuidada. El monstruo no se dejó ver en ningún momento, pero podía percibirse su presencia en la quietud reinante.

El malestar de Wren aumentaba a medida que avanzaba la mañana. En aquellos momentos sentía náuseas y estaba empezando a sudar, e incluso en

algunas ocasiones se le nublaba la vista. Sabía que había contraído una fiebre, pero no le dio importancia, pensando que pasaría pronto. Siguió caminando en silencio.

Poco después del mediodía, la espesa selva empezó a clarear, el terreno volvió a adquirir firmeza, el pantano fue cediendo el paso a la tierra seca y las copas de los árboles se separaron. Raudales de luz penetraban por los huecos abiertos entre los árboles y la bruma. El silencio se disolvió en una corriente de zumbidos y chasquidos. Stresa dijo algo entre dientes, pero Wren no logró entenderlo. Hacía un rato que no lograba coordinar sus pensamientos, y tenía la vista tan nublada que hasta el gatoespino y Garth le parecían unas simples sombras. Se detuvo, consciente de que alguien estaba hablándole. Cuando se giró para ver quién era, se desplomó.

Apenas recordaba lo que había sucedido después. La transportaron durante un rato, y casi no era consciente del movimiento, angustiada por un letargo que amenazaba con ahogarla. La fiebre la abrasaba, y por alguna razón comprendió que no sería capaz de librarse de ella. Se quedó dormida. Cuando despertó, descubrió que estaba arropada con mantas, pero volvió a dormirse inmediatamente. Recuperó la consciencia, presa de las convulsiones, y Garth la sujetó, obligándola a ingerir un líquido amargo y espeso. Lo vomitó y tuvo que beber más. Oyó que Stresa decía algo respecto al agua, sintió en la frente un paño refrescante y se durmió una vez más.

Tuvo un sueño. Tigre Ty estaba allí, junto a Stresa, y ambos la miraban fijamente, el rudo y tosco jinete alado y el perspicaz gatoespino. Hablaban con una voz parecida, áspera y gutural, y comentaban lo que veían, refiriéndose a cosas que al principio no comprendió y, después, a ella. Decían que le habían otorgado la facultad de utilizar la magia. Era evidente que la poseía. La magia era lo único en lo que podía confiar.

Se espabiló de mala gana, con el cuerpo fresco otra vez. La fiebre había desaparecido. Se sentía débil y tan sedienta que parecía que le hubieran extraído todos los líquidos del organismo. Después de retirar las mantas, intentó levantarse, pero Garth acudió al instante para impedirselo. Le acercó una taza a los labios. Ella tomó algunos sorbos con esfuerzo y volvió a acostarse. Los ojos se le cerraban.

Cuando volvió a despertar, había oscurecido. Ahora se sentía más fuerte, con la vista clara, y era plenamente consciente de lo que sucedía a su alrededor. Se incorporó muy despacio sobre un codo y vio que Garth tenía los ojos fijos en los suyos. Estaba sentado junto a ella, sobre las piernas cruzadas, con el moreno y barbudo rostro demacrado y ojeroso por la falta de sueño.

Wren miró más allá, hacia donde Stresa yacía hecho una bola; luego volvió a centrar su atención en Garth.

«¿Te encuentras mejor?», preguntó el gigante por señas.

—Sí. Ya no tengo fiebre.

«Has dormido durante casi dos días», dijo Garth, asintiendo con la cabeza.

—¿Tanto tiempo? No me he dado cuenta. ¿Dónde estamos?

«Al pie de la Cornisa Negra —indicó con un gesto la oscuridad circundante—. Salimos del In Ju cuando te desmayaste, y acampamos aquí. El gatoespino consiguió identificar la enfermedad que sufrías y encontró una raíz que podía curarte. Creo que, si no hubiéramos contado con su ayuda, habrías muerto».

—Ya te dije que era una buena idea traerlo con nosotros —respondió Wren, y esbozó una débil sonrisa.

«Vuelve a dormir. Aún faltan varias horas para que amanezca. Si al despertar te encuentras con fuerzas, proseguiremos el viaje».

Wren se acostó sin poner ninguna objeción, y pensó que seguro que Garth no se había movido de su lado durante todo el tiempo que había estado enferma, ya que Stresa, seguro dentro de su armadura, no se habría preocupado de eso. La inundó un sentimiento de gratitud. Siempre podía contar con Garth. Decidió que su gigantesco amigo dormiría todo lo que necesitara cuando volviera a caer la noche.

Durmió bien. Se despertó descansada e impaciente por reanudar el viaje. Se cambió de ropa, aunque ya nada de lo que llevaba estaba limpio. Se lavó y desayunó. A instancias de Garth, dedicó unos momentos a ejercitar los músculos, asegurándose así de que contaba con la fuerza suficiente para afrontar los obstáculos que les esperaban. Stresa miraba, unas veces con curiosidad y otras con indiferencia. Wren no se olvidó de dar las gracias al gatoespino por su valiosa ayuda para combatir la fiebre. La criatura respondió que no sabía de qué le hablaba. La raíz que le había dado solo servía para provocar el sueño. Lo que de verdad la había salvado era su magia élfica, le aseguró. Acto seguido desplegó las púas y se alejó balanceándose en busca de alimento.

Necesitaron todo aquel día y la mayor parte del siguiente para escalar la Cornisa Negra, y hubieran tardado mucho más, suponiendo que hubiesen conseguido escalarla, sin la ayuda de Stresa. La Cornisa Negra era una altísima barrera de roca que se levantaba a lo largo de la ladera suroeste del Killeshan. Estaba a mitad de camino del recorrido. Al parecer, se había formado cuando se desprendió una parte del volcán y cayó sobre la selva,

miles de metros más abajo. La superficie rocosa, en otro tiempo lisa, se había erosionado con el paso de los años, y ahora estaba llena de oquedades y salientes y cubierta de maleza y enredaderas. Solo había unos pocos lugares por lo que era posible escalarla, y Stresa los conocía todos. El gatoespino eligió uno donde la roca se había agrietado y se había creado una fisura que descendía hasta una altura de menos de cuatrocientos metros sobre el nivel de la selva. En el interior de la fisura se abría un paso que conducía a un valle. Stresa les dijo que era allí, a orillas del río Rowen, donde estaban los elfos.

Encabezó la escalada con una actitud resuelta.

La subida era difícil y lenta, y parecía interminable. No había pasajes ni senderos. De hecho, había muy pocos puntos de apoyo, y ninguno de ellos era estable. La lava solidificada les cortaba las manos y los pies como un cuchillo y podía romperse de forma imprevista en cualquier parte. Los dos nómadas llevaban puestos gruesos guantes y capas para protegerse la piel y evitar las mordeduras de las arañas y las picaduras de los escorpiones. La neblina cenicienta descendía por la pared rocosa como un líquido que se hubiera derramado por el borde, espesa e impregnada de azufre y hollín. La mayor parte de la vegetación que crecía en la roca era espinosa y dura, y era necesario cortarla. Cada centímetro de escalada era una lucha titánica que consumía sus fuerzas. Wren, que se sentía descansada cuando comenzaron la escalada, estaba extenuada antes del mediodía. Hasta Garth se agotó pronto a pesar de su gran resistencia.

Stresa no tenía ese problema. El gatoespino era incansable; trepaba a un ritmo lento y seguro. Sus poderosas garras buscaban el punto de apoyo adecuado y se hincaban en la roca para impulsar su voluminoso cuerpo hacia arriba. Las arañas y los escorpiones no parecían afectarle; si se acercaban demasiado, se los comía. Encabezaba la marcha, escogía los lugares más accesibles para sus compañeros y hacía frecuentes paradas para que pudieran llegar a su altura. Se desvió ligeramente para acercarse a una rama cargada de bayas dulces y rojas, que devoraron con avidez y fruición. Al anochecer, como todavía estaban a mitad de la escalada, buscó un saliente para acampar. Lo limpió de todo cuanto pudiera suponer una amenaza para los nómadas y luego, ante su total asombro, se ofreció a hacer la guardia mientras ellos dormían. Garth, que había estado en vela las dos últimas noches a causa de la enfermedad de Wren, estaba demasiado fatigado para poner reparos. La muchacha durmió casi toda la noche. Después relevó al gatoespino antes del amanecer, solo para descubrir que Stresa prefería charlar a dormir. Quería conocer todos los detalles de las Cuatro Tierras y los seres que las habitaban.

A su vez, le contó a Wren cosas de la vida en Morrowindl, haciéndole una desgarradora exposición de la lucha diaria por la supervivencia en un mundo que siempre estaba al acecho, en el que todas sus criaturas en unas ocasiones los cazadores y en otras las presas, y donde no existía ningún refugio seguro y la vida solía ser corta y triste.

—Grrr. No era así al principio —dijo el gatoespino con un ronroneo—. Pero cuando los elfos crearon a los demonios, todo se llenó de maldad. Pfff. ¡Los muy necios! Edificaron su propia cárcel.

Hablaba con tanta amargura que Wren decidió no ahondar en el tema. Aún no estaba completamente segura de que el gatoespino conociera bien los hechos. Los elfos habían sido siempre sanadores y protectores, nunca creadores de monstruos. Le resultaba difícil creer que hubiesen convertido un paraíso en un lugar de pesadilla. Seguía pensando que aquella historia debía de tener algunos factores que Stresa desconocía y que, por tanto, debía abstenerse de llegar a conclusiones mientras no conociese todos los detalles.

Con las primeras luces del alba reanudaron la escalada, impulsándose por las rocas, gateando y aferrándose a la superficie, con las alturas visibles a través del remolino de niebla. La lluvia los sorprendió en varias ocasiones, y quedaron completamente empapados. El calor disminuía a medida que ascendían la Cornisa Negra, pero persistía la humedad. Wren aún estaba débil a causa del ataque de las fiebres del pantano, y necesitó hacer acopio de todas sus fuerzas y de su poder de concentración para seguir poniendo un pie delante del otro y alargar la mano para impulsarse hacia arriba. Garth la ayudaba cuanto podía, pero apenas había espacio para moverse, y se veían obligados a realizar el ascenso en fila india.

De vez en cuando veían cuevas en la pared rocosa; eran aberturas oscuras, silenciosas y vacías. Stresa las evitaba de forma deliberada. Cuando Wren le preguntó qué había dentro de las cuevas, el gatoespino profirió un bufido y le dijo que no tenía ninguna necesidad de saberlo.

Por fin, a media tarde llegaron a la base de la fisura y al principio del angosto desfiladero. De nuevo se encontraron en terreno llano y firme, pero con los cuerpos doloridos y cansados. Volvieron la mirada hacia el extremo sur de la isla, que descendía hasta perderse en la inmensidad azul celeste del océano, formando una ondulante y nebulosa alfombra de selva verde y roca oscura. La Cornisa Negra se elevaba por encima de sus cabezas a ambos lados, escarpada y brumosa: una ininterrumpida muralla que desaparecía en el horizonte. Las aves marinas describían círculos en el firmamento. La luz del sol penetró por un hueco en las nubes y les cegó con su intensidad, y volvió

vivos y brillantes los mortecinos colores de la tierra que había bajo sus pies. Wren y Garth entrecerraron los ojos para protegerlos de su resplandor, al tiempo que disfrutaban de su tibia caricia en el rostro. Pero poco después desapareció tan súbitamente como había aparecido. Los dos nómadas volvieron a sentir el frío y la humedad, y los colores de la isla se tornaron pálidos de nuevo.

Se volvieron hacia la fisura y empezaron a ascender en dirección a la boca del estrecho desfiladero; después entraron en él. La escarpada masa rocosa se elevaba a su alrededor, una mole taciturna y sombría, y el viento soplaba desde la cumbre del Killeshan en violentas y rápidas rachas que parecían la respiración de algún ser monstruoso. Hacía frío en el desfiladero, y los nómadas se ciñeron sus capas. La lluvia caía en ráfagas intermitentes y bruscas, y la niebla bajaba por las rocas como olas opacas.

Ya estaba oscureciendo cuando llegaron al final del desfiladero. Se encontraban al borde de un valle que se extendía hacia la última pendiente del Killeshan, un cuenco esmaltado en verde asentado bajo una lejana franja boscosa que se elevaba hasta la yerma roca volcánica de las altas laderas que había al fondo. El valle era ancho y, como estaba cubierto por la bruma, era difícil ver lo que escondía en su interior. Al este se vislumbraban los destellos de una cinta de agua que serpeaba entre colinas salpicadas de acacias y lomas enlazadas por curvas de roca negra y agujereada. Reinaba una profunda quietud en todo el valle.

Acamparon al abrigo del desfiladero, bajo un saliente rocoso que daba al valle. Pronto cayó la noche, con el cielo sobre sus cabezas tan encapotado que el mundo entero se volvió negro. El silencio del crepúsculo dio paso lentamente a una mezcolanza de sonidos sordos: el retumbo del Killeshan, intermitente y apenas perceptible; el siseo del vapor al salir entre las grietas que había abierto en la tierra el calor del núcleo volcánico; los gruñidos y bufidos de los depredadores; los súbitos alaridos que anunciaban una muerte y los nerviosos rumores de una huida. Stresa se hizo una bola y se colocó de cara a las tinieblas. Aquella noche tenía aún menos prisa en dormirse. Wren y Garth se sentaron junto a él, ansiosos e inquietos, preguntándose qué les esperaba. Ya se encontraban cerca de su destino; la joven nómada podía sentirlo. Pronto encontraría a los elfos. A veces, a través de la impenetrable oscuridad y la niebla, le parecía captar el trémulo resplandor de unas hogueras que parpadeaban en medio de la noche como si fueran ojos. Las hogueras estaban al otro lado del valle, en la parte alta de las laderas, justo debajo de la franja de árboles. Parecían solitarias y aisladas, y se preguntó si no la estarían

engañando los sentidos. ¿Adónde habían llegado los elfos tras abandonar las Cuatro Tierras? ¿Quizá demasiado lejos? ¿Tan lejos que les era imposible regresar?

Se quedó dormida sin haber encontrado ninguna respuesta.

Al rayar el alba, volvieron a emprender la marcha.

Morrowindl se había convertido en un grisáceo y nebuloso mundo de sombras y sonidos. El valle descendía bruscamente a medida que avanzaban, lo que les daba la sensación de estar bajando a un pozo. El sendero era pedregoso, y la humedad lo hacía resbaladizo. El verdor, que a la incierta luz de la noche anterior les había parecido tan uniforme, se reducía ahora a pequeñas manchas de hierba y musgo agazapadas entre grandes extensiones de roca yerma. Volutas de vapor impregnadas de hedor a azufre se elevaban hacia el cielo para mezclarse con la bruma, y oleadas de un intenso calor atravesaban las suelas de las botas y les quemaban la piel de la cara. Stresa caminaba muy despacio, escogiendo el camino con cuidado al pasar sobre las rocas y sus aislados oasis verdes. En varias ocasiones se detuvo, volvió sobre sus pasos y cambió de rumbo. Wren no hubiera podido decir qué era lo que veía el gatoespino; ella era incapaz de distinguir nada. Una vez más se sentía despojada de sus habilidades. Era una extranjera en un mundo hostil y hermético. Intentó relajarse. Delante de ellos, la rechoncha figura de Stresa caminaba con paso bamboleante, y sus púas, semejantes a dagas, subían y bajaban de forma rítmica. Detrás, Garth se movía como un cazador. Su oscuro semblante tenía una expresión intensa, indescifrable, dura. Qué parecidos eran, pensó con sorpresa.

Acababan de descender de una pequeña elevación hasta un bosquecillo de arbustos cuando el ser les atacó. Se abalanzó sobre ellos desde la neblina, profiriendo un terrorífico alarido, con el vello erizado, las garras y dientes al descubierto y golpeando con desesperado frenesí. Tenía patas, tronco y cabeza... no tuvo tiempo de ver nada más. Pasó ante Stresa y cayó directamente sobre la muchacha, que apenas consiguió levantar los brazos cuando se le echó encima. De forma instintiva, se dejó caer hacia atrás; rodó y arrastró al ser, y después intentó quitárselo de encima. La criatura golpeaba y mordía, pero los gruesos guantes y la resistente capa protegieron a Wren de sus ataques. Entonces pudo verle los ojos, que eran amarillos y enloquecidos, y sentir su fétido aliento. Tras liberarse de su embestida, logró ponerse de pie. Con el rabillo del ojo vio que la criatura giraba para iniciar un nuevo ataque.

Entonces Garth pasó a la acción, esgrimiendo su espada corta. Un destello de hierro y el espantoso ser perdió un brazo. Cayó al suelo profiriendo

furiosos alaridos y arañando la tierra. Garth se acercó a él con rapidez y le cortó la cabeza, tras lo cual la criatura se quedó inmóvil.

Wren permaneció de pie, todavía temblando e insegura de la naturaleza de aquel ser. ¿Un demonio? ¿Un animal? Miró hacia la masa ensangrentada e informe. ¡Había ocurrido todo con tanta rapidez...!

—¡Bufff! ¡Escuchad! —bufó Stresa de repente—. ¡Vienen más! ¡Por aquí! ¡Deprisa!

Se alejó velozmente del lugar, y Wren y Garth lo siguieron, adentrándose con él en la penumbra.

Ahora podían oír a sus perseguidores.

8

La persecución, que se había iniciado con lentitud, adquirió mayor ímpetu a medida que los cazadores descendían al valle. Al principio, Wren, Garth y el gatoespino se sentían relativamente seguros, perseguidos pero todavía no descubiertos, y sus enemigos solo eran para ellos ruidos diseminados, aún lejanos e inconexos. Avanzaron con rapidez y cautela, sin sentir miedo ni pánico. El paisaje que los rodeaba parecía extraído de un sueño, árido y desértico allí donde la negra lava había enterrado la vegetación bajo su brillante y pétrea alfombra, y exuberante donde los grupos de acacias y las manchas de hierba luchaban por reivindicar lo que les había sido arrebatado. La ceniza volcánica lo cubría todo como un inmenso y vaporoso sudario, que se arremolinaba y cambiaba de forma, creando la vana ilusión de que todo cuanto tocaba estaba vivo. En las alturas, a través de los pequeños huecos en la niebla, podía verse un cielo sin sol de un oscuro color gris que recordaba al hierro.

Stresa eligió una ruta laberíntica y tortuosa, conduciéndolos tan pronto en una dirección como en la contraria. Su grueso y espinoso cuerpo se bamboleaba y daba tales bandazos que parecía que en cualquier momento podía perder el equilibrio. No sentía especial preferencia ni por la abierta extensión de lava rocosa ni por la bóveda vegetal: cambiaba con absoluta indiferencia de una a la otra. Era difícil precisar si el gatoespino elegía la ruta movido por su intuición o basándose en la experiencia. Wren podía escuchar su pesada respiración, un gruñido gutural que se transformaba en un siseo cuando se topaba con algo que no le agradaba. En un par de ocasiones volvió la mirada hacia ellos como si quisiera asegurarse de que lo seguían. Caminaba sin hablar, y los nómadas también guardaban silencio.

Solo la casualidad los llevó a descubrir lo que pasaba. Habían llegado a un paraje de roca desnuda, donde acechaba la extraña criatura. Emergió casi

frente a ellos, brotando de la tierra donde había estado agazapada entre siseos y chillidos. Era una especie de pájaro de largas patas, con un gran pico ganchudo y garras en las puntas de las alas. Las garras se abrieron para capturar a Stresa, pero el gatoespino hinchó el lomo y acto seguido de él salió disparada contra su atacante una ráfaga de púas afiladas como flechas. La criatura profirió un agudo grito de dolor y cayó de espaldas.

—¡Ssstt! ¡Rápido! —dijo el gatoespino, y salió corriendo.

Huyeron mientras los gritos de su agresor se desvanecían a sus espaldas. Pero había alertado a otros muchos, que empezaban a acercarse. Los ruidos se multiplicaron; bramidos, gruñidos y resoplidos cortaban la niebla desde las sombras. Garth desenvainó su espada corta. Se deslizaron por un barranco poco profundo y algo salió volando de entre la maleza. Wren se agachó para esquivarlo y vio el destello de la hoja de Garth. La cosa cayó y quedó inmóvil. Subieron por el barranco hacia una nueva extensión de roca volcánica, y corrieron hacia una arboleda en busca de protección. Una manada de pequeñas criaturas de cuatro patas, parecidas a jabalíes, abandonó su guarida y corrió tras ellos. Stresa se encogió, se sacudió, y una nueva lluvia de púas cayó sobre sus perseguidores. El aire se llenó de alaridos, e innumerables patas delanteras arañaron la tierra con sus garras. Stresa se apartó de ellos, con las púas erizadas como escarpias. Dos de ellos intentaron levantarse, pero Garth los derribó a patadas.

Se adentraron en los árboles, abriéndose paso entre húmedas hierbas y enredaderas, con el acuoso azote del follaje en la cara y los brazos. «Tan solo necesitamos unos minutos más», estaba pensando Wren cuando un cuerpo enroscado bajó de los árboles, agarró a Garth y lo levantó. Ella se volvió con la espada en la mano y solo pudo vislumbrar la silueta del gigante cuando lo sacaban de su campo visual, medio en vilo, medio a rastras, mientras él se debatía para liberarse.

—¡Garth! —gritó.

Lo siguió inmediatamente, pero no había dado ni una docena de pasos cuando Stresa la empujó desde detrás, enganchándose a sus piernas y tirándola al suelo.

—¡A tierra! Ssstt. ¡Quieta! —gritó el gatoespino.

Entonces oyó un siseo que parecía emitido por docenas de serpientes. Después, una especie de desgarramiento mientras la cubierta vegetal se abría sobre sus cabezas. Stresa avanzó hasta ponerse junto a ella.

—¡Has cometido una estupidez! —exclamó Stresa en tono irritado—. Mira. ¡Pjffttt! ¿Ves lo que ha estado a punto de atacarte?

Wren miró. Había un arbusto de forma extraña, provisto de tantas púas como el gatoespino, erizadas como agujas que apuntaban en todas direcciones. Ante sus incrédulos ojos, las hojas se plegaron, ocultando las agujas, y el arbusto recuperó su inofensiva apariencia.

—¡Jssst! ¡Es un lanzaflechas! —dijo Stresa en voz baja—. ¡Es venenoso! ¡Si alguien lo toca o lo molesta, dispara contra él sus agujas! ¡Un simple pinchazo produce la muerte!

El gatoespino tenía los brillantes ojos clavados en los de la muchacha. Wren ya no conseguía ver ni oír a Garth. Sintió una ira y una frustración tan intensas que se le oprimió el estómago. ¿Dónde estaba? ¿Qué le habían hecho? ¡Tenía que encontrarlo! Tenía que...

Stresa continuó el camino, y la muchacha lo siguió. Pasaron a través de la densa vegetación, escudriñando la neblina y aguzando el oído. De repente, Wren oyó nuevos ruidos de lucha, y vio delante un movimiento brusco. Stresa avanzó con lentitud y las púas erizadas. Wren lo siguió a corta distancia. Se oyó un gruñido de dolor seguido de un forcejeo. Garth apareció durante un breve instante y volvió a desaparecer.

—¡Garth! —gritó Wren, y salió corriendo hacia delante.

Cuando llegó hasta donde estaba el gigantesco nómada, lo encontró tirado en tierra, lleno de arañazos y cardenales, pero sin haber sufrido mayores daños. Quienquiera que fuese quien lo había atacado parecía que se había cansado de luchar. Garth permitió que la muchacha lo abrazara, pero enseguida la apartó con delicadeza y se levantó tambaleándose.

Stresa consiguió que se pusieran en marcha sin perder ni un solo segundo. Retrocedieron a través de los árboles y la maleza hasta llegar a la zona de lava solidificada. Un enjambre de sombras pasó sobre sus cabezas y desapareció, silencioso e informe. Los sonidos de los perseguidores volvieron a cercarlos, llenos de intenciones hostiles. Corrieron a través de un llano hacia una cresta que descendía hasta una zanja de niebla arremolinada. Stresa los hizo bajar por una pendiente resbaladiza hasta el fondo, que estaba casi seco.

Un nuevo horror surgió de la niebla, un ser de rasgos vagamente humanos, pero con numerosas extremidades y una cara que parecía toda fauces y dientes. Stresa se hizo una bola, erizando las púas en todas direcciones, pero el monstruo no aflojó el paso. Wren blandió su espada en actitud defensiva y saltó a un lado, esquivando a duras penas los nerviosos dedos que intentaban agarrarla. Garth se mantuvo en su lugar, esperó a que se acercara y lo atacó con tal rapidez que Wren apenas pudo seguir el movimiento de su espada. La bestia empezó a sangrar, pero no cedió ni un

ápice de terreno. Profiriendo terribles gruñidos, arremetió contra Garth. El gigante nómada retrocedió con un salto lateral y volvió a la carga. Wren atacó por detrás, pero un monstruoso brazo giró y la lanzó por los aires. Sin embargo, la joven nómada no soltó la espada; se levantó y vio que el ser estaba a punto de caer sobre ella. Garth, con un rápido movimiento, la cogió en brazos y la apartó de allí. Corrieron de nuevo por la brillante roca negra, que crujía bajo sus botas. Aflojaron el paso sin llegar a detenerse, y el gigante dejó a Wren de pie en el suelo. Inmediatamente, la muchacha empezó a correr junto a él. Vio que Stresa iba delante. No sabía cómo, pero el gatoespino había conseguido volver a encabezar la marcha. Seguía oyendo a sus espaldas los gruñidos y bufidos de la bestia.

En aquel preciso instante, algo salió de entre de las sombras que había a su izquierda y la golpeó. Sintió una oleada de dolor que se extendió por su brazo, y vio una mancha de sangre en la manga. Se oyó un rechinar de dientes y garras. Gritó y empujó al ser que la agarraba, porque estaba demasiado cerca para utilizar la espada. Garth apareció de improviso como surgido de la nada, agarró al atacante con las manos y lo apartó de un tirón. Wren vio el feo y contorsionado rostro y el nudoso cuerpo cuando se desplomó. Profiriendo un aullido, la joven nómada le asestó una estocada que lo partió en dos.

—¡Grrr! —gruñó Stresa, que estaba a su lado—. Tenemos que escondernos. Sssttt. Son demasiados.

Detrás, pero demasiado cerca para pararse a reflexionar cuál debía ser su siguiente paso, el monstruo que los perseguía profirió un rugido de triunfo. Reemprendieron la huida, volviendo a sumergirse en la nebulosa amalgama de sombras y penumbra, y avanzaron por la roca a trompicones o, en el caso de Stresa, a golpe de garra. De la herida del brazo de Wren manaba abundante sangre. Vio que Garth también tenía manchas de sangre, pero no estaba segura de si era suya o de él. Tenía la boca reseca y el pecho le quemaba cuando aspiraba el aire a bocanadas. Entonces empezaron a fallarle las fuerzas.

Remontaron una loma. De repente, Stresa, que seguía abriendo la marcha, se tambaleó y desapareció de su vista. Corrieron hasta el lugar donde había caído, y lo encontraron tendido en el fondo de una pequeña hondonada.

—¡Aquí! ¡Un refugio! —dijo de repente, resoplando mientras volvía a incorporarse.

Bajaron por el flanco despejado de la pendiente (el otro era un cúmulo de pedruscos) y vieron lo que Stresa estaba mirando. En la roca, debajo de un saliente, se abría una negra hendidura.

—¡Sssstttppp! ¡Adentro, rápido! ¡No perdáis tiempo, este es un lugar bastante seguro! —apremió el gatoespino. Al ver que no reaccionaban, se lanzó sobre ellos en actitud amenazadora—. ¡Escondeos! Yo me encargaré de despistar al monstruo y luego vendré a buscaros. ¡Grrr! ¡Venga! ¡Ya!

Giró como un torbellino y desapareció. Garth dudó durante un breve instante antes de decidirse a esconderse en la grieta, y Wren lo siguió. Envueltos en la oscuridad, levantaron las manos para guiarse a tientas. La fisura atravesaba la capa de lava y se adentraba en la tierra. Cuando estuvieron tan adentro que apenas veían la luz del exterior, se acurrucaron y esperaron con inquietud el desarrollo de los acontecimientos.

Unos segundos más tarde pudieron escuchar a su perseguidor. El monstruo se acercó a gran velocidad y pasó de largo, y poco después los ruidos que hacía se desvanecieron.

Wren se acercó a Garth y le apretó el brazo. Sus ojos empezaban a adaptarse a la oscuridad, y logró vislumbrar su figura de forma difusa. Envainó la espada, se quitó la chaqueta de cuero y se subió la manga de la túnica, dejando al descubierto los oscuros arañosos que tenía en el brazo. Se curó las heridas con un unguento y las vendó con el último pañuelo limpio que le quedaba. El escozor desapareció poco después y se transformó en un dolor sordo. Se recostó, cansada por el esfuerzo, escuchando en el silencio su propia respiración combinada con la de Garth.

El tiempo pasaba y Stresa no regresaba. Wren dejó que se le cerraran los ojos y que sus pensamientos vagaran libremente. Se preguntó a qué distancia estarían del río. El Rowen discurría entre el lugar donde se encontraban y Arborlon. Cuando lo hubieran cruzado, estarían en la región de los elfos. Durante un momento pensó en lo que eso significaba. Apenas si se había concedido tiempo para reflexionar sobre la existencia real de los elfos: no eran un simple rumor o una leyenda, sino algo real y vivo y, a pesar de las pocas probabilidades que tenía de encontrarlos, lo había conseguido. Bueno, casi lo había conseguido. Un día más, dos como mucho...

Volvió a abrir los ojos, y entonces vio a la criatura. Al principio pensó que sus sentidos la engañaban, que las sombras le estaban jugando una mala pasada. Pero había luz suficiente para convencerse de que lo que estaba viendo era real. La criatura permanecía inmóvil, agazapada sobre un saliente de roca a poco más de un metro de distancia de Garth. Era pequeña, de unos treinta centímetros de altura, según calculó Wren, aunque era difícil precisarlo con exactitud dada la postura en que se hallaba. Sus ojos, grandes y redondos, miraban fijamente, y sus orejas puntiagudas sobresalían de forma llamativa de

la minúscula cabeza con cara de zorro. Tenía un cuerpo larguirucho y parecía un arácnido a primera vista, tanto que Wren había tenido que reprimir un momentáneo sentimiento de repulsión al recordar su encuentro con el wisteron. Pero era pequeña y de aspecto inofensivo, y tenía unas manos y unos pies diminutos, iguales que los de los humanos. La miraba fijamente, y Wren mantuvo su mirada. Entonces, comprendió de repente que aquella extraña criatura también había escogido aquel lugar para esconderse. Había permanecido inmóvil para evitar ser descubierta, pero como no lo había conseguido, estaba pensando en lo que debía hacer.

Wren esbozó una amable sonrisa. La criatura seguía observándola con ojos atentos y fijos. La joven nómada atrajo discretamente la atención de Garth, levantó un poco las manos, lo puso al corriente de la situación y le pidió que se acercara más. El gigante hizo lo que le pedía, y estudiaron juntos a la criatura. Al cabo de un rato, Wren hurgó en su morral y sacó unas viandas. Mordió un pedazo de queso y le pasó el resto a Garth, que lo terminó. La criatura se relamió los labios.

—Hola, pequeño —saludó Wren con voz suave—. ¿Tienes hambre?

La criatura volvió a sacar la lengua.

—¿Sabes hablar?

No hubo respuesta. Wren le tendió un trozo de queso, pero la criatura no se movió. La joven se inclinó algo más, pero la criatura permaneció inmóvil. Wren dudó, sin saber qué hacer. Al ver que la criatura seguía inmóvil, estiró el brazo con precaución y tiró el queso hacia el saliente.

Con mayor rapidez de la que la mirada de Wren podía captar, la diminuta mano cogió el queso en el aire. Después lo olfateó y se lo llevó a la boca.

—Tienes mucha hambre, ¿verdad? —le preguntó Wren.

Se oyó un arrastre de pies a la entrada del refugio, y la criatura del saliente desapareció inmediatamente entre las sombras. Tanto Wren como Garth se volvieron, empuñando las espadas.

—Grrr —susurró Stresa mientras aparecía lentamente, jadeando—. El demonio no quería rendirse. Pufff. He necesitado mucho más tiempo del previsto para despistarlo.

Sacudió las púas, haciéndolas repiquetear.

—¿Estás bien? —le preguntó Wren.

—Por supuesto que estoy bien —respondió el gatoespino, erizando las púas—. ¿Acaso ves algo en mí que indique lo contrario? Estoy sin aliento, eso es todo.

Wren miró furtivamente hacia el saliente. La extraña criatura había vuelto a acercarse y permanecía en actitud vigilante.

—¿Puedes decirme qué es eso? —preguntó la muchacha al gatoespino, señalando a la criatura con un movimiento de cabeza.

—¡No es más que un jacarino! —respondió Stresa resoplando, tras escrutar la penumbra—. Es completamente inofensivo.

—Parece asustado.

—Los jacarinos se asustan de todo —dijo el gatoespino, parpadeando—. Por eso han conseguido sobrevivir. Por eso y porque son rápidos. Son los seres más veloces de todo Morrowindl. Y también son listos. Lo suficiente para no dejarse atrapar. Podéis estar seguros de que esta grieta tiene otra salida, porque de lo contrario este no estaría aquí. Rrruul. Fijaos en su mirada. Parece muy interesado en vosotros.

Wren no podía apartar los ojos de la pequeña criatura.

—¿También hicieron los elfos a los jacarinos?

Stresa se instaló cómodamente en su sitio y relajó las patas.

—Los jacarinos han vivido siempre aquí. Pero la magia los ha transformado, como a todas las demás cosas. ¿Veis sus manos y pies? Antes eran zarpas. Pueden comunicarse. Observad.

Emitió un sonido breve y agudo. El jacarino se limitó a erguir la cabeza. Stresa hizo un nuevo intento, y en esta ocasión la criatura respondió con un sonido suave y bajo.

—Tiene hambre —dijo el gatoespino, encogiéndose de hombros y perdiendo todo su interés en el asunto. Después posó su achatada cabeza sobre las zarpas delanteras—. Descansaremos hasta el mediodía, y luego seguiremos nuestro camino. Los demonios se echan la siesta cuando aprieta el calor. Es el mejor momento para volver a ponernos en marcha.

Cerró los ojos y su respiración se volvió más acompasada y profunda. Garth dirigió una significativa mirada a Wren y también se tumbó, intentando encontrar una postura cómoda entre las ásperas aristas de la roca volcánica. Wren no estaba dispuesta a dormir. Esperó un instante y buscó en su morral otra porción de queso. La mordisqueó mientras el jacarino la observaba, y luego avanzó por el suelo de la oquedad hasta acortar la distancia que los separaba. Cuando estuvo a un metro de distancia del jacarino, partió un pequeño trozo de queso y se lo ofreció. La pequeña criatura lo cogió con cautela, se lo llevó a la boca y se lo comió.

Poco después, el jacarino yacía enroscado en su regazo, y allí seguía cuando el sueño venció a la joven nómada.

La despertó la mano de Garth en su hombro, firme y reconfortante. Pestañeó y miró alrededor. El jacarino estaba de nuevo en el saliente y los observaba. Garth le dijo por señas que ya era hora de emprender la marcha. La joven nómada se levantó con precaución de los estrechos confines de la grieta y recogió su morral. Stresa esperaba en la entrada con las púas desplegadas, olfateando el aire. Hacía calor dentro del refugio, tan mal ventilado.

Wren miró a su alrededor, deteniéndose un breve instante en el jacarino, que permanecía acurrucado.

—Adiós, pequeño —dijo con voz suave.

Abandonaron la oscuridad para salir a la brumosa luz del exterior. Habían dormido hasta después del mediodía. Las brumas del valle parecían más densas que antes, con su olor sulfuroso y fétido y su fuerte sabor a ceniza y cieno. El calor del interior del Killeshan se filtraba a través de la roca porosa y quedaba flotando en la atmósfera, obstinado e inmóvil, atrapado en el valle sin viento como si estuviera en una marmita. La niebla reflejaba la difusa luz del sol y obligaba a Wren a parpadear para protegerse de su resplandor. Sombríos grupos de acacias se recortaban contra la neblina, y franjas de roca negra desaparecían en otros mundos.

Stresa abría la marcha, caminando con cautela a través de la lóbrega nube cenicienta, cambiando de dirección a cada paso y olfateando mientras avanzaba. El día transcurrió en un incómodo silencio. Wren mantenía alerta todos sus sentidos porque no acababa de creerse que, como había dicho Stresa, los demonios estuvieran durmiendo plácidamente a aquellas horas. Cada vez se adentraban más en el valle, a medida que atravesaban zonas selváticas invadidas por la hierba y las enredaderas, bajaban por pendientes alfombradas de maleza y recorrían interminables y áridas franjas de lava solidificada que destacaban como bandas negras.

La tarde transcurrió con rapidez, sin que detectaran el menor movimiento en la neblina que los rodeaba. Sin embargo, Wren sabía que allí había seres, y podía percibir su presencia. Aquellos seres eran iguales que el que había estado a punto de atraparlos aquella mañana, y otros mucho peores. Pero Stresa parecía conocer el lugar en el que se encontraban y las medidas que debía adoptar para esquivarlos, y dirigía la marcha por senderos que elegía sin la menor vacilación a través del traicionero laberinto. Todo oscilaba y cambiaba a su alrededor, produciendo la sensación de que nada era estable, de que Morrowindl estaba en constante mutación. La isla parecía romperse y recomponerse en torno a ellos, como un paisaje surrealista que pudiera

transformarse a su antojo, libre de las leyes que gobiernan la naturaleza. Wren, acostumbrada al terreno seguro de las llanuras, las montañas y los bosques, a una tierra que no estuviera rodeada de agua ni asentada sobre un horno que podía abrirse en cualquier momento y acabar con la vida que bullía a su alrededor, sentía un desasosiego creciente. El aliento del Killeshan humeaba por las fisuras de la costra de lava en pequeñas erupciones que olían a roca quemada y a gases, y que dejaban estelas de detritos flotando en el aire. En medio de la roca volcánica y la cizaña crecían grupos aislados de arbustos en flor, que luchaban por sobrevivir entre el calor y la ceniza. En otro tiempo, pensó Wren, aquella isla debió de ser muy bella, pero ahora era muy difícil imaginarla así.

Cuando Wren, Garth y Stresa llegaron a orillas del río Rowen, el día estaba tocando a su fin y la luz se había vuelto grisácea y tenue. Las criaturas de la niebla habían reemprendido su actividad, y sus sordos murmullos y gruñidos hacían que tanto los dos nómadas como el gatoespino aumentaran las precauciones. En aquel momento, la ribera derecha se ocultaba tras una pantalla de neblina, y la izquierda descendía en una pronunciada pendiente hasta llegar a una corriente de aguas oscuras y agitadas, llenas de cieno y suciedad, tan turbias que no permitían ver nada de lo que yacía bajo la superficie.

Stresa se detuvo junto a la orilla, miró a izquierda y derecha con gesto preocupado y olfateó la atmósfera cargada.

—¿Cómo vamos a cruzarlo? —preguntó Wren al gatoespino, arrodillándose junto a él.

—Por los vados —gruñó el otro—. Ssspptt. El problema es que no sé bien dónde están. Hacía mucho tiempo que no venía por aquí.

Wren se giró hacia Garth, que observaba con actitud impasible. La luz disminuía con rapidez, y los ruidos de los demonios que estaban despertando de la siesta iban en aumento. El aire continuaba quieto y denso, mientras el calor del día se transformaba en húmedo bochorno.

—Grrr. Corriente abajo, creo —dijo Stresa sin demasiada convicción.

Entonces Wren se sobresaltó al advertir que, a sus espaldas, algo se movía en la niebla. Garth desenvainó la espada. Una pequeña figura avanzó muy despacio hacia ellos, y Wren se puso de pie de forma instintiva. Era el jacarino. Dio un rodeo para evitar a Garth y acercarse a ella, para después cogerla del brazo con cierta inseguridad.

—¿Qué haces aquí, pequeño? —murmuró la joven nómada, acariciándole la peluda cabeza.

El jacarino se acomodó sobre su hombro y dirigió a Stresa unos suaves chillidos.

—Dice que el... grrr... paso se encuentra río arriba, cerca de aquí. Pfff — tradujo el gatoespino—. Dice que nos indicará el camino.

—¿Sabe lo que estamos buscando? —preguntó Wren, con el ceño fruncido.

—Parece que sí —respondió Stresa, erizando las púas con ansiedad—. No me gusta estar en campo abierto. Probemos suerte y hagamos lo que nos propone. Tal vez sepa algo.

Wren respondió con un gesto de asentimiento. Con Stresa todavía a la cabeza, el pequeño grupo reemprendió la marcha, remontando el curso del río Rowen y siguiendo en todo momento la curva irregular de la ribera. Wren llevaba al jacarino, que se aferraba a ella posesivamente. No cabía la menor duda de que los había seguido desde que dejaron la grieta. Al parecer, no quería quedarse atrás. Quizá la joven nómada lo había conquistado con sus muestras de afecto y amabilidad. Acarició distraídamente el enjuto cuerpecillo y se preguntó si aún quedaría bondad en Morrowindl.

Un instante después, Stresa se detuvo de repente y les hizo retroceder hasta un montón de rocas. Algo gigantesco y deforme pasó delante de ellos en dirección al río, una sombra silenciosa en medio de la niebla. Los carraspeos y gruñidos aumentaban en número e intensidad a medida que la tenue luz crepuscular dejaba paso a las sombras de la noche. Cuando volvieron a emprender la marcha, lo hicieron conteniendo la respiración.

Más adelante, la orilla se desviaba y descendía para sumergirse en las alborotadas aguas del río, lo que transformaba su arremolinada superficie en una serie de rápidos abruptos. La neblina se levantó lo suficiente para dejar a la vista un estrecho paso de piedras. Lo cruzaron con rapidez, agachados contra el agua, ansiosos por alcanzar la otra orilla. Cuando llegaron, el jacarino volvió a dirigirse a Stresa con su peculiar voz.

—Dice que vayamos por la izquierda —tradujo el gatoespino con palabras que sonaban como un gruñido gutural.

Siguieron las instrucciones del jacarino y se sumergieron en la niebla cenicienta. Poco después, el crepúsculo dejó paso a una impenetrable oscuridad. Delante de ellos, un extraño resplandor blanco brillaba débilmente a través de la neblina. Se vieron obligados a ralentizar el paso para no tropezar en las áreas más oscuras, y a detenerse y escuchar siempre que lo juzgaban oportuno. Al parecer, los demonios estaban un poco más adelante,

todos agrupados, según presentía Wren, para interponerse entre ellos y su destino.

Pronto descubrió que sus suposiciones eran acertadas. Cuando el pequeño grupo coronó una cresta de roca volcánica poblada de arbustos secos, la neblina se aclaró de repente, e inmediatamente se agacharon para ocultarse entre la maleza. Acurrucados muy juntos, miraron en silencio lo que tenían ante ellos.

La ciudad de Arborlon, que se levantaba sobre un promontorio a menos de un kilómetro de distancia, era el origen de aquel extraño resplandor blanco. Emanaba de una titánica muralla que rodeaba la ciudad y que latía débilmente en la neblina y las nubes. Había demonios por todas partes: sombras que aparecían y desaparecían en la nebulosa penumbra, fantasmas informes y sin rostro, iluminados por las lenguas de fuego que brotaban de las fisuras que la lava había abierto en la tierra. Chorros de vapor llenaban el aire de cenizas y calor, transformando la tierra quemada en un horrible y fantasmagórico infierno. Los alaridos de los demonios quedaban ahogados por el retumbo que salía de las profundidades de la tierra, donde las fundidas entrañas del volcán se convulsionaban con verdadera violencia. En la distancia, elevándose sobre la ciudad y los fantasmas que la asediaban, las fauces del Killeshan desprendían humo en un gesto amenazador, como un monstruo de fuego a la espera de un festín.

Wren, profundamente impresionada, apartó la mirada de la ciudad sitiada para fijarla en el desolado paisaje. No podía comprender cómo los elfos podían haber quedado atrapados en aquel mundo increíble. El pánico y la repugnancia invadieron a la joven nómada. ¿Cómo había ocurrido? Los elfos eran sanadores, personas adiestradas desde su nacimiento para restaurar la vida, para conservar la tierra y sus criaturas. ¿Qué podía haber impedido que pusieran en práctica sus habilidades en aquella tierra? Arborlon era una isla tras sus murallas: sus habitantes contaban con alguna protección especial y seguían siendo capaces de subsistir por sí mismos, mientras que el mundo exterior se había convertido en una pesadilla.

—¿Desde cuándo están así las cosas? —preguntó la joven a Stresa, inclinándose hacia él.

—¡Bufff! —bufó el gatoespino—. Desde hace años. Hasta donde yo pueda recordar, los elfos siempre han estado encerrados, escondidos tras su magia. ¡Sssttppp! ¿Ves la luz que desprende la muralla que rodea la ciudad? Mmsst. ¡Es la magia que los protege!

El jacarino emitió unos suaves chillidos, haciendo que Wren se volviera.

—Grrr —gruñó Stresa—. El jacarino dice que la luz se está debilitando porque la magia va perdiendo fuerza de forma paulatina pero inexorable, y no tardará mucho tiempo en extinguirse por completo.

Wren volvió a fijar su mirada en aquel panorama desolador. «No durará mucho tiempo», dijo para sus adentros. No le cabía ninguna duda al respecto. Una súbita sensación de impotencia se apoderó de ella. ¿Qué debía hacer ahora? Había ido a Morrowindl para encontrar a los elfos y convencerlos de que debían regresar al mundo de los humanos. Esa era la misión que había recibido de Allanon en el Cuerno del Hades. Pero ¿cómo iban a salir de allí? No le cabía la menor duda de que ya habrían salido si hubieran tenido la oportunidad. Sin embargo, seguían allí, completamente asediados. Respiró profundamente. ¿Por qué la había enviado Allanon? ¿Qué tenía que hacer?

Un profundo sentimiento de tristeza nubló su rostro juvenil. ¿Habrían desaparecido los elfos? Ellos eran todo lo que quedaba del mundo fantástico, todo lo que permanecía de las primeras gentes, de la magia que había alimentado la vida cuando esta nacía. ¡Habían hecho tantos y tan duros esfuerzos para conservar la existencia de las Cuatro Tierras cuando las Grandes Guerras terminaron y las viejas costumbres se perdieron...! Por las venas de todos los descendientes de la casa de Shannara corría sangre élfica. Habían salido victoriosos de todas las batallas que habían librado para preservar las razas. Parecía imposible que ahora todo quedara reducido a un simple capítulo del gran libro de la historia, que los elfos pasaran a formar parte de la leyenda.

«Mitos y leyendas —reflexionó—. Eso es lo que son ahora».

Pensó de nuevo en la promesa que se había hecho a sí misma de descubrir la verdad sobre sus padres, quiénes eran y por qué la habían abandonado. ¿Qué papel tenían las piedras élficas en todo aquel asunto? Se había propuesto descubrir por qué se las habían entregado. Levantó la mano y sus dedos siguieron el contorno de la bolsa de cuero que colgaba de su cuello. No había vuelto a acordarse de las piedras élficas desde que empezaron a escalar la Cornisa Negra. Ni siquiera se le había ocurrido utilizarlas cuando corrían peligro. Hizo un gesto de resignación. ¿Tendría que haberlas usado? Podía ver con sus propios ojos qué habían ganado los elfos con el uso de la magia.

Sintió la mano de Garth sobre el hombro y leyó en sus ojos una inquisitiva mirada: le preguntaba qué pensaba hacer. Ella se estaba preguntando lo mismo.

«Vuelve a tu tierra —le dijo una voz en su interior—. Renuncia a esta locura».

En cierto modo, estaba de acuerdo. Aquello era una locura, y el único motivo de que estuviera allí era su estúpida curiosidad y su tozudez. ¡Qué poco podían ayudarle en aquella misión sus habilidades y su entrenamiento! Debía sentirse satisfecha por haber llegado tan lejos, e incluso por seguir conservando la vida.

Pero estaba allí, y las respuestas a todas sus preguntas se encontraban al otro lado de aquel resplandor blanco.

—Stresa, ¿existe alguna forma de entrar en la ciudad? —preguntó al gatoespino en voz baja.

—Grrr, Wren de los elfos. Estás decidida, ¿verdad? —inquirió a su vez Stresa, pero no obtuvo respuesta—. Dentro de un barranco que está... jrruul... cerca de donde merodean los demonios hay unos túneles ocultos. Ssssttpjt. Los túneles llevan al interior de la ciudad. Los elfos los utilizan para salir a escondidas... o, al menos, los utilizaban hace algún tiempo. Nos dejaban salir por ahí de la ciudad para que vigiláramos. Pfff. Tal vez alguno se conserve todavía en buen estado, ¿no crees?

—¿Podrías encontrarlo? —preguntó Wren.

El gatoespino se limitó a pestañear.

—¿Te importaría enseñármelo?

—Jssstttt. ¿No te olvidarás de tu promesa de llevarme con vosotros cuando acabe todo esto?

—No la olvidaré.

—Muy bien —concedió el gatoespino, haciendo una mueca—. En ese caso te llevaré hasta los túneles. ¿Quiénes vamos a ir?

—Garth, tú y yo.

El jacarino emitió inmediatamente unos chillidos, mostrando su desacuerdo.

—Ya lo suponía —dijo Stresa, ronroneando—. El jacarino quiere acompañarnos. Ruuul. ¿Por qué no? Solo es un jacarino.

Wren vaciló durante un instante, pero enseguida sintió en el brazo la firme presión de los dedos del animalillo, que volvió a emitir su característico chillido.

—Sssttt. —Stresa emitió un sonido que podría interpretarse como una risa—. Me pide que te diga que se llama Fauno. Creo que quiere adoptarte.

—Fauno. —Wren repitió el nombre, esbozando una sonrisa—. ¿Es así como te llamas, pequeño? —Los redondos ojos de la criatura estaban clavados en los de la joven, y sus grandes orejas permanecían enhiestas. Parecía extraño que el jacarino tuviese un nombre—. Así que quieres

adoptarme, ¿eh? ¿Y vendrás adonde yo vaya? —Wren asintió con la cabeza, apesadumbrada—. Bueno, esta es tu tierra, y probablemente yo no podría impedirte que te fueras a otro sitio, aunque lo intentara.

Miró a Garth para asegurarse de que estaba dispuesto a continuar la marcha. El rudo semblante del gigante estaba sereno, y sus oscuros ojos eran insondables. La joven dirigió una última mirada al mundo de pesadilla que tenía ante sí. Entonces, sobreponiéndose al miedo y la duda, intentó convencerse de que ella, como nómada que era, estaba capacitada para sobrevivir a cualquier peligro.

Sus dedos resbalaron rápidamente sobre la dura superficie de las piedras élficas.

«Y si no queda más remedio...».

Se deshizo de ese pensamiento.

—Vámonos ya, Stresa —dijo en voz baja—. Y llévanos por un lugar seguro.

El gatoespino no se molestó en responder.

Wren Ohmsford no recordaba ningún momento de su vida en que realmente hubiese sentido verdadero miedo de algo. Ella era así por naturaleza. Ni siquiera cuando era una niña, cuando el mundo todavía era nuevo y extraño, y casi todas las criaturas, más grandes, fuertes y rápidas que ella; fuera cual fuese el peligro al que se tuviera que enfrentar, confiaba en encontrar la manera de protegerse. Esta confianza era innata, una mezcla de férrea determinación y seguridad en sí misma que durante toda su vida le había dado una gran fortaleza interior. A medida que fue creciendo, y sobre todo después de que fuera a vivir con los nómadas y comenzara su adiestramiento con Garth, adquirió la pericia y experiencia necesarias para comprobar que su seguridad en sí misma nunca era excesiva, que nunca sobrepasaba su capacidad.

Sin embargo, todo eso había sufrido un cambio radical en el momento en que decidió buscar a los elfos. A partir de ese momento, se había sentido aterrorizada en dos ocasiones: la primera, cuando el umbrío que los había seguido a todo lo largo y ancho de la Tierra del Oeste se mostró ante ellos con la intención de acabar con sus vidas, la noche en que encendieron la almenara y ella descubrió que no podía enfrentarse al monstruo. De nada le habían servido su adiestramiento y sus habilidades. Debería de haber estado prevenida, porque Par le había advertido de lo peligrosos que eran cuando le contó sus encuentros con aquellos seres oscuros con todo lujo de detalles. Pero, por alguna extraña razón, ella había creído que podría superarlos con facilidad en un enfrentamiento, o quizá ni siquiera pensó en la posibilidad de tropezarse con alguno de ellos. La verdad era que no había podido contar siquiera con la ayuda de Garth, a quien creía más fuerte y rápido que nadie, frente a un ser que echó por tierra toda su confianza y habilidades.

Si no hubiera contado con la magia de las piedras élficas, habría muerto aquella noche. Pero esa magia había bastado para salvar sus vidas.

Ahora, mientras caminaba en compañía de los otros miembros del pequeño grupo al amparo de las sombras de la noche y de la niebla sulfurosa de Morrowindl, mientras se acercaban lentamente hacia un mundo de pesadillas y monstruos, volvió a sentir auténtico terror. Intentó analizar sus temores y buscar argumentos sólidos para disiparlos, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Conocía perfectamente la situación, sabía que era similar a la de la noche en que tuvo que enfrentarse al umbrío en las ruinas de Ala Desplegada. Su confianza en sí misma, destreza y experiencia, junto con la presencia protectora de Garth, por muy eficaces que fuesen en la mayoría de las ocasiones, en estas circunstancias eran muy poco tranquilizadoras. Morrowindl era un hervidero de magia impredecible y de maldad irracional, y la única arma eficaz que ella poseía eran las piedras élficas. Solo la magia mantenía con vida a los elfos tras las murallas de Arborlon. También la magia, aunque mal utilizada, parecía ser el origen la maldad que los atenazaba, y había transformado para siempre la isla y los seres que la poblaban. No había ninguna razón para que Wren Ohmsford pudiera confiar en sobrevivir en Morrowindl durante mucho tiempo sin recurrir a su propia magia.

Sin embargo, usar las piedras élficas era para ella tan aterrador como los propios monstruos contra los que debían protegerla. Como nómada, había dedicado toda su vida a entrenarse para ser autosuficiente y para creer que realmente podía superar cualquier obstáculo. Eso era, precisamente, lo que le había enseñado Garth, y eso era lo que había aprendido en su convivencia diaria con los nómadas, pero más importante que todo eso era la certeza que siempre había tenido al respecto. El mundo y todos los seres que lo poblaban estaban regidos por unas normas de conducta; si se llegaban a conocer esas normas, se estaba en condiciones de afrontar cualquier situación. Reconocer el rastro de unas huellas, captar unos patrones de conducta, conocer las debilidades y puntos fuertes de los demás, utilizar los cinco sentidos para descubrir lo que hubiese alrededor... eso era lo que permitía sobrevivir. Pero ¿qué ocurría con la magia? ¿Qué era la magia? Era algo invisible, una fuerza que estaba por encima de las leyes naturales, una incógnita que desafiaba toda comprensión, un poder sin límites discernibles. ¿Se podía confiar en algo que tuviera estas características? La historia de su familia, de diez generaciones de Ohmsford, le hacía pensar que no podía confiar en la magia. Un buen ejemplo eran los efectos que la magia había tenido en Wil, Brin y Jair. ¿Qué garantías

tenía si se veía obligada a depender de algo tan imprevisible? ¿Qué efectos podría provocar en ella la magia? Era cierto que le había sido muy fácil invocarla en su enfrentamiento con el umbrío. Había fluido de las piedras con docilidad, sin exigirle casi ningún esfuerzo, atacando a su enemigo con un simple pensamiento. No había experimentado sentimientos de culpabilidad por utilizarla; todo lo contrario, había tenido la sensación de que aquella energía ansiaba que la invocara, como algo que le pertenecía por derecho propio.

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al advertir lo que aquel pensamiento significaba. Comprendió que le habían entregado las piedras élficas porque sabían que las iba a necesitar. Su poder le pertenecía, estaba predestinado.

Su rechazo hacia aquel poder se reafirmó. No quería poseer aquella magia. Deseaba que su vida continuara como había transcurrido hasta entonces, no que cambiara de una forma irrevocable, como sin duda cambiaría por un poder que superaba su capacidad de comprensión y, según creía, sus propias necesidades.

A excepción, por supuesto, de aquella circunstancia concreta: allí, en las laderas del Killeshan, rodeada de demonios engendrados por la magia con alguna oscura intención, en medio de aquel mundo de fuego y de niebla, donde podía desaparecer en fracciones de segundo a menos que...

Interrumpió ese pensamiento, negándose a completarlo, y concentró toda su atención en el espinoso bulto de Stresa a medida que el gatoespino avanzaba en medio de la oscuridad de la noche. Las sombras flotaban por todas partes y la niebla se agitaba y adquiría nuevas formas, tapando y revelando zonas de maleza selvática y de roca volcánica, como si constituyera la sustancia de un mundo calidoscópico incapaz de decidir lo que quería ser. A intervalos se oían gruñidos roncós y amenazadores que no procedían de ningún cuerpo ni llegaban de ninguna dirección concreta. Se encogió en medio de la neblina. Una nerviosa e insistente voz interior le decía a gritos que desapareciera, que se enterrara en la roca, que se tornara invisible, que hiciera cualquier cosa para huir de aquella pesadilla. Desoyendo aquella voz, se volvió para mirar a Garth, y su proximidad la tranquilizó, pero enseguida se dijo que la presencia del gigante nómada no cambiaba las cosas, que no era suficiente, que nada era suficiente.

En aquel momento, Stresa se quedó petrificado. Algo, sin poder precisar qué, se escabulló entre las sombras mientras sus garras repiqueteaban en la piedra. Esperaron, inmóviles, durante un momento. Fauno estaba expectante

sobre el hombro de Wren, escuchando con la cabeza inclinada hacia delante y las orejas tiesas. Sus apacibles ojos castaños se fijaron en los de la muchacha un momento, pero enseguida desvió la mirada.

De repente, Wren se preguntó en qué fase estaría la luna. ¿Cuántos días hacía que el jinete alado Tigre Ty los había dejado en la isla? Entonces se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo.

Stresa volvió a emprender la marcha. Remontaron una loma desprovista de vegetación, excepto por unos raquíuticos arbustos sin hojas, y bajaron por un barranco. La neblina se acumulaba sobre el suelo rocoso, lo que dificultaba en gran medida la marcha. Las húmedas púas de Stresa brillaban, y el aire se enfrió. Había luz, pero era difícil discernir de dónde venía. Wren oyó un crujido, como de una rama que se resquebrajara, seguido de un silbido de vapor y gases. Un breve grito vibró en el aire, y los gruñidos cesaron, para reanudarse enseguida. Contuvo la respiración. Ocurrían tantas cosas a su alrededor sin que pudiera verlas... A sus oídos llegaban sonidos de todas partes, pero eran inidentificables. No había ninguna huella que reconocer, ningún rastro que seguir; solo un interminable paisaje de roca, fuego y bruma.

Fauno emitió un suave pero apremiante chillido.

En aquel preciso momento, Stresa se detuvo de forma brusca. Las púas del gatoespino se abrieron en abanico, y su rechoncha figura se aplastó contra la roca. Wren se agachó y agarró el pomo de la espada, sobresaltada al sentir el roce de Garth. Había algo oscuro en la neblina delante de ellos. Stresa retrocedió unos pasos, girándose a medias en busca de otra posible ruta. Pero el barranco se estrechaba tanto que impedía cualquier maniobra. Renunció a su intento, con las púas erizadas.

La oscura imagen se hizo más compacta y empezó a adquirir forma. Algo se dirigía hacia ellos erguido sobre dos piernas. Garth se echó hacia un lado, tan silencioso como las sombras. Wren desenvainó la espada y contuvo el aliento.

La figura salió de la neblina y aminoró el paso. Era un individuo vestido con ropas ajustadas de color terroso, arrugadas y deterioradas, manchadas de ceniza y mugre, sin hebillas ni broches metálicos. Sus botas de cuero blando, que solo le cubrían hasta el tobillo, estaban arañadas. La figura del propio individuo era un vivo reflejo de su vestimenta. Era de estatura mediana, pero parecía alto debido a su complexión angulosa. Su alargado rostro, en el que destacaba una nariz aguileña, estaba surcado de arrugas, no llevaba barba y la mayor parte de su oscura cabellera estaba cubierta por un extraño gorro en

forma de calcetín. En conjunto, tenía la apariencia de algo que se ha arrugado y descolorado por haber estado guardado durante mucho tiempo.

No parecía que la presencia del grupo constituyera para él una sorpresa. Tampoco parecía que estuviera asustado. Sin pronunciar una sola palabra, se llevó un dedo a los labios, miró durante un breve instante hacia atrás y después señaló el camino por el que habían llegado.

Durante un minuto, todos permanecieron inmóviles, indecisos. Entonces Wren se fijó en algo que le había pasado desapercibido. Debajo del gorro y del enmarañado pelo había unas orejas puntiagudas y unas cejas oblicuas.

Era un elfo.

«Después de tanto tiempo —pensó—. Después de tantos esfuerzos». Sintió un gran alivio, además de una sensación desconocida que no pudo definir. Hasta cierto punto le parecía extraño encontrarse al fin cara a cara con lo que tanto le había costado encontrar. Se quedó inmóvil, mirándolo, presa de sus emociones.

El elfo volvió a señalar el camino por el que habían llegado, ahora con más apremio que antes. Era más viejo de lo que le había parecido al principio, pero estaba tan curtido que le resultó imposible determinar en qué medida su envejecimiento era natural o el resultado de una vida dura.

Cuando por fin logró controlar sus sentimientos y emociones, llamó la atención de Garth y le indicó por señas que obedeciera las indicaciones del elfo. Se irguió y empezó a desandar el camino que los había llevado hasta allí, seguida de sus compañeros. El elfo se adelantó una docena de pasos sin aparente esfuerzo. Cruzó de nuevo el barranco y los llevó, a través de un área de roca volcánica, a un bosquecillo de árboles atrofiados. Allí se sentó en el suelo, y todos lo imitaron, rodeándolo.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja el elfo a Wren, y se inclinó y fijó en ella sus penetrantes ojos grises.

—Wren Ohmsford —respondió la joven también en voz baja—, y estos son mis amigos, Garth, Stresa y Fauno.

—Un grupo muy singular —respondió el elfo, que parecía divertido con la situación—. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí, Wren?

Su voz era amable, tan cascada y fatigada como el resto de su persona, pero acogedora y cómoda como unos zapatos viejos.

—Un jinete alado llamado Tigre Ty nos trajo a Garth y a mí desde el continente. Necesitamos encontrar a los elfos. —Hizo una breve pausa—. Y creo que tú eres uno de ellos.

Las arrugas del rostro de su interlocutor se acentuaron cuando sonrió.

—No existen los elfos. Todo el mundo lo sabe —respondió su interlocutor, riéndose de su propia broma. La sonrisa acentuó las arrugas de su rostro—. Pero si insistes, es posible que admita ser uno de ellos. Mi verdadero nombre es Aurino Estriado, pero me llaman Búho. Puedes imaginar por qué...

—¿Cazas de noche?

—Puedo ver en la oscuridad. Por eso estoy fuera de las murallas de la ciudad, donde nadie más se atreve a estar. Yo soy los ojos de la reina.

—¿La reina? —inquirió Wren, parpadeando.

—¿Has recorrido tanta distancia solo para encontrar a los elfos, Wren Ohmsford? —preguntó a su vez el Búho, haciendo caso omiso de la pregunta de la joven nómada con un gesto de indiferencia—. ¿Con qué objetivo? ¿Por qué te preocupa la suerte que haya podido correr nuestro pueblo? —Los ojos le brillaron por encima de aquella boca risueña—. Has tenido mucha suerte al encontrarte conmigo. También debes sentirte afortunada por seguir aún con vida. O tal vez no. Ya veo que también eres elfa. —De repente, se desvaneció la sonrisa de su rostro—. ¿Es posible que...?

Se detuvo, indeciso. Sus ojos reflejaban algo que Wren no consiguió descifrar. ¿Qué era? ¿Esperanza? ¿Escepticismo? Empezó a decir algo, pero el Búho la obligó a callar con un gesto.

—Wren, te llevaré al interior de la ciudad, pero tus amigos no nos acompañarán; tendrán que esperar aquí. Mejor dicho, deberán esperar junto al río, donde disfrutarán de una relativa seguridad.

—No —contestó Wren—. Mis amigos me acompañarán.

—No pueden —dijo el Búho en tono paciente y amable—. Está terminantemente prohibido llevar a la ciudad a nadie que no sea elfo. Créeme que les permitiría la entrada si fuera posible, pero no puedo infringir la ley.

—Pjfft. Yo puedo esperar junto al... jruul... río —dijo Stresa—. En cualquier caso, ya he cumplido mi promesa.

—Aquí fuera no hay ninguna seguridad —insistió Wren, sin prestar atención a las palabras del gatoespino y mirando fijamente al Búho.

—Ningún sitio es seguro —respondió el elfo, sombrío—. Stresa y Fauno están acostumbrados a cuidar de sí mismos, y tu amigo Garth parece que está bien preparado para defenderse. Un día o dos, Wren... con eso será suficiente. En ese tiempo quizá consigas persuadir al Consejo para que les permita entrar a la ciudad, o tú podrías salir a reunirte con ellos.

Wren no sabía de qué Consejo le hablaba el Búho, pero, más allá de la decisión que se pudiera tomar respecto a Stresa y Fauno, ella estaba decidida

a no separarse de Garth. El gatoespino y el jacarino podían sobrevivir por sus propios medios, pero aquella isla era tan extraña y traicionera para Garth como para ella, y no estaba dispuesta a abandonarlo.

—Tiene que haber otro... —empezó a decir.

De repente, un griterío desgarró el aire y de la niebla surgió una oleada de seres provistos de innumerables extremidades. Wren apenas tuvo tiempo de levantar la mirada antes de que cayeran sobre ella. Tuvo una visión fugaz de Fauno, que desapareció en medio de las tinieblas; de Stresa, que flexionó su cuerpo espinoso; de Garth, que se levantó para defenderla. Y entonces un golpe la hizo saltar por los aires. Levantó la espada justo a tiempo para descargarla contra el atacante más próximo. Brotó la sangre, y la criatura se retiró, tambaleándose. Había cuerpos por todas partes, negros y contrahechos, que saltaban mientras atacaban sin descanso a los miembros del pequeño grupo. Stresa clavó sus púas en uno de ellos, que se alejó profiriendo aullidos de dolor. Garth rechazó a otro y se puso al lado de Wren. La joven nómada, de espaldas a él, combatía con los asaltantes a medida que se acercaban. No los veía bien; solo vislumbraba sus cuerpos deformes y sus ojos ardientes. Buscó al Búho con la mirada, pero no lo encontró.

De pronto lo vio: era una silueta que se levantaba del suelo tras derribar a dos de los atacantes antes de que estos pudieran darse cuenta de lo que sucedía. Inmediatamente desapareció de nuevo para aparecer en otro lugar, empuñando un largo cuchillo en cada mano, aunque Wren no recordaba que llevara ningún arma a la vista. El elfo se deslizaba entre sus agresores como si fuese una sombra. Aparecía aquí y allá, y desaparecía antes de que pudieran tener tiempo para localizarlo.

Garth luchaba cuerpo a cuerpo con los asaltantes, repeliéndolos con sus poderosos brazos. Los demonios mantuvieron sus posiciones durante un momento, y después retrocedieron a saltos para reagruparse. Por todas partes se oían aullidos.

—¡Rápido! Seguidme todos —dijo Aurino Estriado con voz áspera y tajante, apareciendo al lado de Wren—. Ya veremos cómo nos enfrentamos al Consejo.

A través del terreno volcánico, los llevó de nuevo hacia el barranco, con los perseguidores pisándoles los talones. Corrieron agachados a través de la depresión rocosa, sorteando peñascos y zanjas, precedidos por el Búho, un fantasma que daba la impresión de ir a desaparecer de un momento a otro en medio de la noche.

Solo habían recorrido una corta distancia cuando algo pequeño y peludo saltó sobre el hombro de Wren. La joven nómada dio un respingo y se encogió en actitud defensiva; pero enseguida se dio cuenta de que era Fauno, y se enderezó y prosiguió la marcha. El jacarino se aplastó contra su hombro y gorjeó.

Unos segundos después, los demonios, surgiendo en tropel de la neblina, les dieron alcance. Pasaron rozando a Stresa, que se convirtió instintivamente en una bola; sus púas, que apuntaban en todas direcciones, salieron disparadas contra los asaltantes. Garth se enfrentó al grueso del ataque, como un muro que rechazaba uno tras otro a los agresores. Wren luchaba a su lado, veloz y ágil, blandiendo su espada corta a diestro y siniestro. Las piedras élficas, guardadas en la bolsa de cuero, empezaron a quemarle el pecho.

Los atacantes emprendieron una nueva retirada, pero en esta ocasión no tan lejos como la anterior, ni tan deprisa. Fundidos con la oscuridad de la noche y la niebla, se convirtieron en sombras, pero podían oír muy cerca sus gritos mientras esperaban nuevos refuerzos. El elfo y sus compañeros se reunieron e intentaron calmar su respiración. Sus armas despedían frágiles destellos.

—Tenemos que proseguir la marcha —dijo el Búho—. Ya no estamos lejos.

—¡Corred vosotros si queréis, pero yo ya he tenido bastante! ¡Pfff! —exclamó Stresa, que estaba a unos cuatro metros, volviendo su cabeza de gato hacia la joven nómada—. Wren, os estaré esperando... ruuul... cuando regreséis. Estaré en el río. ¡Pero no olvides tu promesa!

Entonces se fue, deslizándose entre las negras sombras de la noche, confundiendo con ellas.

A una seña del Búho, Wren y Garth volvieron a emprender una veloz huida siguiendo la curva del barranco. En la niebla circundante podían advertir movimientos rápidos y furtivos. Brotaban chorros de vapor por las grietas abiertas en la costra de lava, que impregnaban el aire de un fuerte olor a azufre. Unas enormes rocas desprendidas bloquearon su camino, y decidieron trepar por ellas en lugar de rodearlas para ganar tiempo. Enfrente, detrás de su muralla protectora, resplandecía la ciudad de Arborlon, un conjunto de casas y torres que brillaba entre los árboles del bosque. En la mezcla de luz emitida por la magia de la ciudad y el fuego del volcán, la árida y desolada falda del Killeshan aparecía salpicada de isletas de maleza y bosque que, por algún milagro, habían conseguido salvarse de la devastación inicial, pero que ahora estaban condenadas a sufrir la lenta asfixia del calor.

La bruma cenicienta flotaba sobre el paisaje como una harapienta cortina, y los monstruos que en ella se ocultaban la atravesaban como las lombrices a la tierra.

Ante ellos se extendía una depresión del terreno, una prolongación del barranco que habían seguido. El Búho se dirigía a toda prisa hacia ella cuando los demonios reanudaron su ataque. Cayeron sobre ellos desde ambos flancos, materializándose en la oscuridad como si hubieran brotado de repente de la tierra. Derribaron al Búho de un único y certero golpe, y Wren cayó desplomada entre un torbellino de garras y dientes. Solo Garth permanecía de pie, atrapado por los demonios que lo arañaban e intentaban derribarlo por todos los medios. Wren pataleó con violencia y consiguió liberarse. Fauno había desaparecido en la noche, veloz como el pensamiento. La espada de Wren, girando en un ciego molinete, se hundió en un cuerpo, quedó retenida en él durante un breve instante y después se desprendió. La muchacha se incorporó de un salto, pero volvieron a derribarla y se golpeó con fuerza contra la roca. Sintió que había sufrido una herida en la parte posterior de la cabeza y el cuello. El dolor hizo que las lágrimas le inundaran los ojos. Se apartó rodando y se levantó, acosada por los demonios. Como ya había ocurrido en el primer ataque, la noche y la niebla se habían tragado al Búho. Garth había sido derribado, sepultado por la tumultuosa masa de negros miembros de los demonios. Wren profirió un alarido y se debatió, en un intento desesperado por alcanzarlo, pero unas manos deformes la agarraron con rudeza, frenando su avance.

Las piedras élficas le quemaban el pecho como si fueran de fuego.

Abrumada por el peso de sus atacantes, empezó a perder el equilibrio. Era plenamente consciente de que esta vez no tendría la posibilidad de levantarse, que aquel sería el fin de todos ellos.

Se oyó a sí misma proferir un grito sin sonido en algún profundo rincón de su interior.

La razón se desvaneció ante la imperiosa necesidad, y el miedo dejó paso a la furia. Estaba rodeada de cuerpos, de garras y dientes que la laceraban y de fétidos alientos que le empapaban la piel. Sus dedos se hundieron entre los pliegues de la túnica y sacaron de un tirón la bolsa de las piedras élficas.

Las piedras cobraron vida inmediatamente, en una erupción de luz y de fuego. La bolsa de cuero se desintegró. La magia estalló a través de los resquicios de los dedos de la joven nómada, demasiado impaciente y obstinada para esperar a abrir la mano. Barrió el aire como una ráfaga de cuchillos, destrozando a aquellos seres negros, convirtiéndolos en polvo casi

antes de que se extinguiesen sus gritos. Wren quedó libre, y se puso de pie, tambaleándose, con las piedras élficas extendidas ahora hacia delante. El fuego y la luz brotaban a raudales de su propio interior, fundiéndose con la magia hasta que se hizo imposible distinguirlos. Levantó la cabeza mientras el poder, violento, desafiante y estimulante, fluía a través de su cuerpo. Sufrió una transformación total, y el miedo a las consecuencias que podría tener el uso de la magia se disolvieron por completo. No importaba lo que ella hubiera sido ni la clase de vida que hubiese llevado hasta aquel momento. La magia lo era todo. La magia era lo único que importaba.

Proyectó su energía contra la masa de cuerpos que se apelotonaban sobre el gigante nómada, y esta los traspasó y desintegró en unos segundos. Algunos, los mayores y más fuertes, resistieron la furia del ataque durante un instante más que los demás, pero todos fueron exterminados. Garth se levantó, ensangrentado, con la ropa hecha jirones y su rostro moreno y barbudo convertido en una máscara cenicienta. ¿Qué miraba con los ojos tan desorbitados?, se preguntó Wren, sorprendida. Se quedó maravillada por la expresión de su cara a medida que utilizaba el poder de las piedras para limpiar el lugar. El Búho reapareció, reflejando también asombro y temor en su curtido semblante. ¡Estaban los dos tan asustados...!

De pronto, Wren fue consciente de la realidad de la situación. Cerró los dedos, sobresaltada, y la magia desapareció. El estímulo y el fuego la abandonaron, desapareciendo al instante, y fue como si la hubiesen desnudado y expuesto a la vista de todos. Se sintió invadida por un gran cansancio. Se sentía avergonzada. La magia la había atrapado, se había adueñado de ella y la había seducido en contra de su voluntad; su decisión firme de no dejarse embaucar por el atractivo de la magia había desaparecido sin dejar rastro, y su determinación de no engrosar la lista de los miembros de la familia Ohmsford que habían sido esclavizados por ella se habían convertido en un chiste.

Pero ¿acaso le había quedado más remedio que recurrir a su poder? ¿No tenía la obligación de proteger su vida y las de los demás? ¿No había deseado su poder, e incluso no había disfrutado con él? ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

Garth la sujetaba por los hombros para que no se desplomara y la miraba intensamente a los ojos. Ella le indicó con un gesto que era consciente de su presencia y que estaba bien, aunque la verdad era que no lo estaba.

—Wren, tú eres la joven que ella espera, la que ha sido prometida —dijo el Búho, que también estaba a su lado—. Bienvenida seas. Apresurémonos

antes de que los seres oscuros tengan tiempo de reagruparse y volver a atacarnos. ¡Deprisa!

Lo siguió dócilmente, en silencio, sintiendo que su cuerpo era un ser extraño que la impulsaba mientras ella se limitaba a observar desde el exterior. Se sintió invadida por una oleada de calor y agotamiento, pero se sentía completamente ajena a ellos. Vio que el paisaje volvía a convertirse en un mar de niebla en el que flotaba un extraño conjunto de sombras. Los árboles, que crecían en grupos aislados, elevaban hacia el cielo su desnudo y esquelético ramaje, a la espera de que las quebradizas ramas fueran cayéndose a pedazos. Al frente se levantaba la ciudad de los elfos, reluciendo como un ser atrapado tras una ventana azotada por la lluvia, pero también como una joya que brillaba con destellos prometedores y esperanzadores.

«Mentira. —La idea le surgió de repente, de la forma más incongruente, y se quedó sorprendida por la intensidad de la misma—. Todo es mentira».

El Búho los guio entre una maraña de arbustos, y a continuación entró en un angosto desfiladero donde las sombras eran tan densas que casi impedían ver nada. El elfo se agachó, maniobró en una formación rocosa y levantó una trampilla. La traspasaron a gatas, y entraron en un túnel donde hacía un calor sofocante. El elfo alargó la mano, cerró la trampilla y la aseguró con un cerrojo. La oscuridad solo duró un momento; por el túnel llegaban retazos del resplandor blanco producido por la misteriosa luz de la ciudad. El Búho los condujo por el pasadizo sin pronunciar una sola palabra; su figura, bañada por el débil resplandor, parecía más delgada y lúgubre. Wren notó que su sensación de división se desvanecía; regresó a su propio interior, y volvió a ser la misma persona que antes de utilizar la magia. Sabía lo que había sucedido, lo que había hecho, pero no estaba dispuesta a obsesionarse por ello. No tenía otra opción que seguir adelante y completar el viaje que se había propuesto realizar. La esperaban la ciudad, Arborlon, y los elfos, a quienes había ido a buscar. En eso era en lo que debía concentrarse.

De repente se dio cuenta de que Fauno no había regresado. El jacarino seguía en el exterior, perdido en aquel feroz inframundo... Cerró los ojos durante un breve instante. Stresa también estaba fuera, aunque este por propia voluntad. Temía por la suerte que pudieran correr los dos, pero no podía hacer nada.

Siguieron caminando por el estrecho pasadizo durante un tiempo que le pareció interminable, agachados y en absoluto silencio. La luz se hacía más intensa a medida que avanzaban, hasta que fue tan clara como la del día. El mundo exterior desapareció por completo, y con él la niebla, el calor, la

ceniza y el hedor a azufre. De improviso, también el suelo rocoso desapareció, y pasó a ser un terreno negro y fértil que le recordó el de los bosques de la Tierra del Oeste, su hogar. La magia, pensó, había conseguido preservarlo.

El túnel concluía en un tramo de escaleras de piedra que ascendían hasta una pesada puerta de hierro reforzado, enmarcada en una pared de roca.

—Wren, escúchame —dijo en voz baja el Búho volviéndose hacia los nómadas cuando llegaron al umbral de la puerta, y fijando sus ojos grises en los de la muchacha—. Sé que soy un desconocido para ti, y no tienes ninguna razón especial para creer en mis palabras. Pero debes confiar en mí al menos esta vez. Hasta que no hables con la reina, y solo cuando te encuentres a solas con ella, no deberías decirle a nadie que posees las piedras élficas. No se lo digas a nadie hasta entonces. ¿Me has entendido?

—¿Por qué me pides eso, Aurino Estriado? —preguntó Wren, a pesar de estar asintiendo con la cabeza para mostrar su conformidad.

—Porque, aunque me gustaría que las cosas fueran de otro modo, no todo el mundo verá con buenos ojos tu llegada —respondió el Búho, esbozando una triste sonrisa que acentuó las arrugas de su ajado rostro.

A continuación, se volvió y golpeó la puerta con los nudillos; esperó un momento y volvió a golpear. Tres golpes y luego dos, en ambas ocasiones. Wren escuchó y oyó el ruido producido por un movimiento al otro lado. Enseguida oyeron descorrerse unas pesadas cerraduras.

La puerta se abrió y traspasaron el umbral.

10

«He llegado a casa». Este fue el primer pensamiento de Wren... vívido, sorprendente e inesperado.

Estaba en el interior de las murallas de la ciudad, en un portillo que se abría a la sombra de los parapetos. Ante ella se extendía Arborlon, y tuvo la sensación de que había regresado a la Tierra del Oeste, porque había robles, nogales y olmos, hierba y arbustos verdes, tierra que olía a cultivos y a cambios de estación, arroyos y estanques; la vida se manifestaba a cada paso. Un búho ululó apaciblemente, y se produjo un revoloteo cercano cuando un pájaro más pequeño se lanzó al aire desde el oculto lugar donde estaba posado. Se oía el canto de otras aves... ¡chotacabras! Entre un grupo de cicutas brillaban las luciérnagas, y los grillos llenaban el aire con su incesante cricrí. A sus oídos llegaba el sosegado murmullo del discurrir de un río, y en sus mejillas podía sentir la caricia de una suave brisa nocturna. El aire era puro, no se percibía el olor a azufre.

Y allí estaba la ciudad, anidada en el follaje... Innumerables viviendas, comercios, calles y caminos se extendían hacia abajo; hacia arriba había una red de viaductos de madera conectados con la maraña de arroyos, lámparas que iluminaban las ventanas con parpadeos acogedores y un reducido número de ciudadanos que paseaba para descargar las tensiones del día o quizá para admirar el cielo. Porque de nuevo había cielo, limpio y sin nubes, cuajado de estrellas y con la luna en cuarto menguante, tan blanca como la nieve recién caída. Bajo su bóveda todo relucía débilmente con la magia que emanaba de las murallas. Pero el resplandor no era tan intenso como le había parecido desde fuera, y las murallas, a pesar de su altura y grosor, estaban tan suavizadas por la luz que parecían unas simples verjas.

Los ojos de Wren iban de un lugar a otro, de los jardines floridos en patios bien cuidados a las hileras de arbustos que flanqueaban senderos y las farolas

de hierro forjado ricamente ornamentadas. Había caballos, vacas, pollos y animales de todas clases en corrales y establos. Había perros durmiendo enroscados en los portales y gatos en los alféizares de las ventanas. Había vistosos toldos y sombrillas sobre las entradas, y marquesinas en las fachadas de las tiendas y en los carros de los comerciantes. Las casas y las tiendas eran blancas y pulcras, ribeteadas con franjas recién pintadas en una miríada de colores. Por supuesto, no podía ver toda la ciudad, solo las partes más próximas. Pero no cabía la menor duda sobre el lugar donde se encontraba ni sobre los sentimientos que le inspiraba.

Era su hogar.

Sin embargo, la familiaridad y la sensación de pertenencia desaparecieron con la misma rapidez con la que se habían adueñado de ella. ¿Cómo podía sentir como propio un lugar donde nunca había estado, que nunca había visto, de cuya existencia no había tenido noticias hasta aquel momento?

Entonces la visión se nubló y pareció retroceder hacia las sombras de la noche, como si quisiera esconderse. Vio algo que había pasado por alto, quizá cegada por la emoción. Las murallas estaban llenas de elfos en uniforme de campaña, con las armas preparadas, que extendían sus líneas de defensa a través de las almenas. Se estaba produciendo un ataque. La lucha era extrañamente silenciosa, como si el resplandor de la magia consiguiera ahogar el fragor del combate. Caían elfos; unos volvían a levantarse y otros se quedaban en el suelo, muertos. Las siluetas que atacaban también sufrían bajas, algunas quemadas por la luz que chispeaba y oscilaba como un fuego agonizante, y otras derribadas por los defensores. Wren parpadeó. Dentro de las murallas, la ciudad de los elfos parecía menos radiante y más deteriorada. Las casas y tiendas estaban un poco más oscuras, un poco menos cuidadas de lo que había imaginado al principio. Los árboles y arbustos no eran tan exuberantes, ni las flores de colores tenían tonos tan vivos. Después de todo, el aire que respiraba no era tan puro como le había parecido en un principio; tenía partículas de azufre y ceniza. Más allá de la ciudad, el Killeshan se erguía oscuro y amenazador, y su boca resaltaba en la noche con sangriento resplandor.

De pronto fue consciente de que aún llevaba las piedras élficas en la mano. Sin bajar la mirada hacia ellas, las dejó caer en su bolsillo.

—Por aquí, Wren —dijo Aurino Estriado.

Había guardias en la puerta por la que habían accedido a la ciudad, jóvenes de gesto duro, facciones élficas y ojos que parecían fatigados y

viejos. Wren los miró al pasar y se estremeció por la forma en que habían correspondido a su mirada. Garth se interpuso para ocultarla.

Guiados por el Búho, abandonaron la zona situada bajo los parapetos y cruzaron una rampa que pasaba sobre un foso. Este rodeaba la ciudad por el interior de las murallas. Wren se volvió, parpadeando a causa de la fuerza de la luz. No solo no tenía agua; al parecer, tampoco tenía ninguna utilidad. Sin embargo, era evidente que había sido excavado para defender la ciudad, cruzado como estaba por docenas de rampas que llevaban hasta las murallas. Wren dirigió una inquisitiva mirada a Garth, pero el gigante se limitó a encogerse de hombros.

Ante ellos se abría una calzada que serpenteaba entre los árboles hacia el centro de la ciudad. Cuando apenas habían empezado a recorrerla, una nutrida compañía de soldados, encabezada por un individuo cuyo pelo estaba tan descolorado por el sol que casi parecía albino, los adelantó. El Búho empujó a Wren y a Garth hacia las sombras, y el hombre pasó sin reparar en su presencia.

—Faetón —les comentó el Búho, siguiéndolo con la mirada—. El ungido de la reina en el campo de batalla, su protector contra los seres oscuros. —Lo dijo con ironía, pero también con semblante serio—. La peor pesadilla de los guardias reales.

Prosiguieron la marcha en silencio y abandonaron la calzada para seguir una serie de calles laterales abiertas entre tiendas y casitas con las luces apagadas. Wren miraba a su alrededor con curiosidad, estudiando y analizándolo todo. Gran parte era como se había imaginado, pues Arborlon no difería mucho de los pueblos de la Tierra del Sur, como, por ejemplo, Valle Sombrío, salvo por su extensión y, naturalmente, por la perpetua presencia de la muralla protectora, que relucía en la distancia como un testimonio del combate que se estaba librando. Algún tiempo después, cuando el resplandor desapareció tras la pantalla de árboles, le fue posible imaginar el aspecto que debió de tener la ciudad en el pasado, antes de que aparecieran los demonios y comenzaran el asedio. Debía de ser maravilloso vivir allí entonces, pensó Wren, en la ciudad boscosa y aislada sobre el arroyo Cantarín, trasplantada a aquella isla paradisíaca desde la Tierra del Oeste, en la que sus habitantes iniciaron una nueva vida, libre de la opresiva amenaza de la Federación. No había demonios entonces, el Killeshan estaba dormido y Morrowindl estaba en paz... Ella era incapaz de imaginar cómo debía ser la isla entonces.

¿Habría aún alguien que recordara aquel paraíso?, se preguntó Wren.

El Búho los llevó por una arboleda de fresnos y esbeltos abedules, donde el silencio lo envolvía todo en un manto de paz. Llegaron ante una verja de hierro de unos seis metros de altura, terminada en puntas afiladas como lanzas y, tras girar a la izquierda, avanzaron a lo largo de la misma. Al otro lado de la imponente barrera había unos jardines sombreados por árboles, que llegaban hasta un amplio edificio coronado de torreones. Era, sin duda, el palacio de los gobernantes élficos. Los Elessedil en la época de sus antepasados, recordó Wren. Pero ¿quiénes serían ahora? Siguieron la verja hasta donde las sombras eran tan densas que dificultaban la visión. El Búho se detuvo e inclinó. Wren oyó el chirrido de una llave en una cerradura, y se abrió una puerta en la verja. Traspasaron el umbral, esperaron a que el Búho la cerrara de nuevo, y se dirigieron al palacio a través de los jardines. Nadie les impidió el paso. Nadie se interpuso en su camino, pero Wren sabía que había centinelas. Tenía que haberlos. Llegaron al edificio y se detuvieron.

Una figura salió de las sombras con agilidad felina. El Búho se volvió y esperó. La figura se acercó al elfo e intercambiaron unas palabras en voz demasiado baja para que Wren pudiera oírlos. Después la figura se fue, el Búho les hizo una seña y caminaron entre un grupo de píceas hasta llegar a un pórtico. Había una puerta entornada, la atravesaron y pasaron al iluminado interior.

Se encontraron en un vestíbulo de techo abovedado con dinteles y jambas de lustrosa madera labrada. Había bancos tapizados junto a las paredes, y lámparas de aceite iluminaban las puertas dobles de arco que se abrían a un corredor oscuro. Desde alguna parte de las profundas entrañas del palacio llegaron al corredor sonidos de voces y movimientos. El Búho indicó con un gesto a Wren y Garth que se sentaran en un banco. La luz de las lámparas permitió a la joven nómada advertir el lamentable estado de su vestimenta. Tenía la ropa desgarrada, manchada de tierra y de sangre. El aspecto de Garth era aún más lamentable. Le faltaba una manga de la túnica y la otra estaba hecha jirones, y sus robustos brazos estaban llenos de arañazos y cardenales. Tenía hinchado el barbudo rostro. Captó la mirada que le dirigió la muchacha y se encogió de hombros en un gesto de desdén.

Una figura entró lenta y silenciosamente en el área iluminada. Era un elfo de estatura y complexión medianas, de aspecto común, vestido con sencillez y con una firme y penetrante mirada. Su enjuto y bronceado rostro estaba pulcramente afeitado, y la cabellera castaña le llegaba hasta los hombros. No era mucho mayor que Wren, pero sus ojos sugerían que había visto y sufrido

bastante más. Se acercó al Búho y le estrechó la mano sin pronunciar una palabra.

—Triss —lo presentó Aurino Estriado, girándose hacia los dos nómadas—. Estos son Wren Ohmsford y su compañero Garth, que vienen a visitarnos desde la Tierra del Oeste.

El elfo les estrechó las manos, pero no habló. Sus oscuros ojos se fijaron durante un breve instante en los de Wren, que quedó sorprendida por la sinceridad que traslucían.

—Triss es el capitán de la Guardia Real —dijo el Búho.

Wren hizo un gesto de asentimiento. Después se hizo un embarazoso silencio, durante el cual la joven recordó que la Guardia Real era el cuerpo militar que tenía encomendada la seguridad de los soberanos de los elfos. Se preguntó por qué Triss no iba armado, y si de verdad cumplía allí alguna función. Luego se produjo un nuevo movimiento al otro extremo del oscuro corredor, y todos se volvieron para mirar.

Dos mujeres salieron de las sombras. La más llamativa era menuda y esbelta, de flamantes cabellos rojizos, piel pálida y enormes ojos verdes que dominaban un rostro curiosamente triangular. Pero fue la más alta la que llamó la atención de Wren, que se puso en pie sin darse cuenta, con la respiración acelerada. Sus ojos se encontraron, y la mujer aminoró el paso al tiempo que una expresión de extrañeza se dibujaba en su cara. Era delgada y de miembros largos, vestida con una túnica blanca que llegaba al suelo y se ceñía a su estrecha cintura. En sus facciones élficas, delicadamente cinceladas, destacaban unos altos pómulos y una boca grande y de labios finos. Sus ojos eran de un azul intenso, y sus cabellos rubios, desordenados por haber estado acostada, formaban rizos sobre sus hombros. La tersura del cutis le daba a su rostro una apariencia juvenil.

Wren parpadeó con incredulidad. El color de los ojos y el corte del pelo eran diferentes, así como una docena de pequeños detalles... pero no cabía duda del parecido.

Wren se estaba viendo a sí misma tal y como sería treinta años después.

—Eowen, ¡mira cuánto se parece a Alleyne! —exclamó la mujer, esbozando una radiante y efusiva sonrisa, dirigiéndose a su pelirroja acompañante—. ¡Oh, tenías razón! Dime, niña, ¿cómo te llamas? —preguntó, avanzando muy despacio y alargando las manos para coger las de Wren, sin reparar en los presentes.

—Wren Ohmsford —respondió, la joven nómada, desconcertada. Por alguna extraña razón, le parecía que la mujer ya lo sabía.

—Wren —suspiró ella. Su sonrisa se volvió aún más luminosa y Wren se dio cuenta de que también sonreía—. Bienvenida, Wren. Hace mucho tiempo que esperábamos que volvieras a casa.

Wren pestañeó. ¿Qué había dicho? Miró a los que la rodeaban con impaciencia. Garth parecía una estatua, el Búho y Triss permanecían impasibles y la mujer pelirroja dejaba traslucir una gran ansiedad. De repente, se sintió desvalida. La luz de las lámparas de aceite fluctuó, y las sombras se hicieron más densas.

—Soy Ellenroh Elessedil —dijo la mujer apretándole las manos—. Reina de Arborlon y de los elfos de la Tierra del Oeste. Niña, apenas sé qué decirte, ni siquiera en estos momentos, después de tanto tiempo esperando. —Dio un profundo suspiro—. Pero ¿en qué estaré pensando? Hay que lavar y curar tus heridas. Y también las de tu amigo. Y tenéis que comer algo. Tenemos toda la noche para charlar, si es preciso. Aurino Estriado —agregó dirigiéndose al Búho—, vuelvo a estar en deuda contigo. Te doy las gracias de todo corazón. Al traer a Wren sana y salva a la ciudad, me has llenado de nuevas esperanzas. Por favor, acompáñanos esta noche.

—Os acompañaré, mi señora —respondió el Búho con voz suave.

—Triss, encárgate de que tu buen amigo esté bien atendido. Y también el compañero de Wren —añadió, mirando al gigante nómada—. ¿Cómo te llamas?

—Garth —respondió Wren, alarmada de pronto por la rapidez con que se sucedían los acontecimientos—. No puede hablar. —Se irguió en actitud defensiva—. Garth no se separará de mí.

El ruido de unas pisadas de botas en el corredor hizo que todos se volvieran a mirar en aquella dirección. Apareció un elfo desconocido, de pelo oscuro, rostro cuadrado y muy alto, con una sonrisa tan espontánea y natural como la de la reina. Entró en la estancia sin aminorar el paso, decidido y seguro de sí mismo.

—¿Qué significa todo esto? ¿Es que no podemos disfrutar de unas cuantas horas de sueño sin que se produzca una nueva crisis? ¡Ah!, ya veo que Aurino Estriado ha regresado del fuego. Bienvenido, Búho. ¿También se ha levantado Triss?

Se detuvo al reparar en Wren. Durante un breve instante, su rostro reflejó una expresión de incredulidad, y sus ojos se fijaron en los de la reina.

—Ha regresado a pesar de todo, ¿verdad? —Volvió a mirar a Wren—. Y es tan guapa como su madre.

La joven nómada se ruborizó muy a su pesar. El elfo acentuó su sonrisa, y eso la turbó aún más. Después se acercó a ella y la rodeó con un brazo en ademán protector.

—No puedes negarlo. Eres igual que tu madre. —La estrechó con camaradería—. Aunque hay que reconocer que estás un poco sucia y andrajosa.

—El viaje desde la playa ha sido muy duro —logró articular, sintiéndose atraída, animada, reconfortada y gratificada por la abierta sonrisa del recién llegado. Parecía que no hubiera nadie más en la sala.

—Muy duro, desde luego. Pocos hubieran logrado hacerlo. Yo soy Gavilán Elesedil, sobrino de la reina y primo tuyo. —Se interrumpió al ver su desconcertada expresión—. Ah, ¿pero es que no lo sabías?

—Gavilán, vete a dormir —dijo Ellenroh, esbozando una sonrisa—. Ya habrá tiempo para las presentaciones. Ahora Wren y yo tenemos que hablar a solas.

—¿Cómo? ¿Sin mí? —inquirió Gavilán, adoptando una expresión ofendida—. Yo pensaba que querrías incluirme, tía Ell. ¿Quién estaba más unido a la madre de Wren que yo?

—Yo —respondió la soberana, dirigiéndole una mirada firme. Después se volvió de nuevo hacia Wren y, apartando a Gavilán a un lado, pasó su brazo sobre los hombros de la joven—. Esta noche es solo para nosotras, Wren. Garth estará esperándote cuando hayamos acabado. Pero necesito hablar a solas contigo.

Wren vaciló durante un breve instante. Recordó que el Búho le había dicho que no debía hablar de las piedras élficas con nadie, excepto con la reina. Le dirigió una inquisitiva mirada, pero Aurino Estriado estaba distraído y no reparó en ella. La mujer pelirroja, por otra parte, miraba a Gavilán con una expresión indescifrable.

«Haz lo que te pide», la exhortó Garth por señas.

Wren seguía sin responder. Estaba a punto de enterarse de la verdad sobre su madre y sobre su pasado, de descubrir las respuestas que tanto ansiaba a las inquietantes dudas sobre sus orígenes, y no quería estar sola en ese momento.

Todos estaban esperando su respuesta.

«Hazlo», insistió Garth por señas.

Ese era el consejo del duro e independiente Garth, que tantos secretos guardaba.

—Hablaremos a solas —dijo por fin Wren, esbozando una sonrisa forzada.

Salieron del vestíbulo, recorrieron el pasillo y subieron por una escalera de caracol hasta la segunda planta del palacio. Garth iba detrás, acompañado de Aurino Estriado y Triss. Al parecer al gigante nómada no le preocupaba separarse de su joven amiga, aunque sabía que a ella le inquietaba. Wren captó la mirada de Gavilán, quien le dedicó una sonrisa y un guiño antes de seguir su propio camino. Le gustaban tanto él como el Búho, pero de un modo distinto. No estaba segura de en qué consistía la diferencia, pues se sentía todavía demasiado confusa por los últimos acontecimientos para establecer distinciones. Le agradaba porque hacía que se sintiera bien y, de momento, eso era suficiente.

A pesar de que la reina había dicho que quería hablar con Wren a solas, la mujer pelirroja las siguió, dibujada contra las sombras como un fantasma de semblante pálido. Wren se volvió hacia ella en un par de ocasiones y vio la enigmática pasión de su distante rostro, sus enormes ojos verdes, que parecían perdidos en otros mundos, y el revuelo de sus frágiles manos contra las ondas de la túnica. Ellenroh parecía ignorar su presencia, y caminaba por los oscuros corredores del palacio en dirección al destino que tenía en mente, sin necesitar otra iluminación que no fuese la de la luz de la luna, que entraba por los grandes ventanales en rayos plateados. Llegaron al final de un corredor y doblaron por otro, todavía en la segunda planta. Por último, llegaron ante unas puertas dobles al final del pasillo. Wren se sobresaltó al detectar señales de movimiento en las sombras en uno de los lados; algo que hubiese pasado inadvertido para un observador menos atento. Aminoró el paso de forma deliberada para dar tiempo a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Amparado en las sombras de la noche, había un elfo pegado a la pared, quieto y vigilante.

—Es Cort, miembro de la Guardia Real —dijo la reina en voz baja, acariciando a Wren en una mejilla—. Tienes ojos de elfa, niña.

Las puertas daban acceso al dormitorio de la reina, una espaciosa estancia abovedada. En la pared de enfrente se abrían una serie de ventanas protegidas con rejas y terminadas en arco. Había una cama con dosel, cuyas sábanas estaban desordenadas, sillas, sofás y mesas agrupadas, un escritorio y una puerta que comunicaba con el cuarto de aseo.

—Siéntate aquí, Wren —dijo la reina Ellenroh, conduciéndola a un pequeño sofá—. Eowen te lavará y vendará las heridas.

Miró a la mujer pelirroja, que ya estaba vertiendo agua de una jarra en una palangana, y después salió en busca de ropa limpia. Regresó enseguida, se arrodilló al lado de Wren y, con manos increíblemente fuertes, le desabrochó

la ropa y empezó a lavarla. Trabajó en silencio mientras la reina observaba, y terminó poniendo los vendajes necesarios y proporcionándole un holgado camisón de dormir, que la muchacha le agradeció. Era la primera ropa limpia que se ponía en varias semanas. La mujer pelirroja cruzó la estancia y regresó con una taza de un líquido templado y sedante. Wren lo olfateó de forma precavida, y detectó olor a cerveza, té y algo más. Después se lo bebió sin hacer ningún comentario.

Ellenroh Elesedil se acomodó en el sofá junto a ella y le cogió una mano.

—Ahora, Wren, ya podemos hablar. ¿Tienes hambre? ¿Te gustaría comer algo antes? —Wren negó con la cabeza. Estaba demasiado cansada para comer y demasiado ansiosa por descubrir lo que la reina quería decirle—. De acuerdo, entonces —dijo la reina, con un suspiro—. ¿Por dónde empezamos?

Wren advirtió que la dama pelirroja iba a sentarse frente a ellas, y la miró, vacilante. Había supuesto que Eowen, como la llamaba la reina, era su camarera personal y que había ido allí con el único propósito de atenderla a ella, para luego retirarse, como los demás. Pero la reina no le indicó que se marchara, ni parecía consciente de su presencia. Por su parte, Eowen no parecía tener ninguna intención de abandonar la sala. Cuanto más la observaba, menos creía Wren que se tratase de una simple camarera. Había algo especial en su forma de comportarse, en la manera en que reaccionaba ante las palabras y acciones de la reina. Aunque era solícita, no mostraba hacia Ellenroh Elesedil la misma deferencia que los demás.

—Me temo que he vuelto a actuar de forma precipitada, hasta el punto de olvidarme de las más elementales normas de cortesía —dijo la reina, esbozando una sonrisa, al advertir la mirada preocupada de la joven—. Wren, te presento a Eowen Cerise. Es mi amiga íntima y mi más valiosa consejera. En realidad, ella es la razón de que tú estés aquí.

—No entiendo lo que quieres decir —respondió Wren, con el ceño fruncido—. Si estoy aquí es porque he venido en busca de los elfos por encargo del espíritu del druida Allanon. ¿Qué tiene que ver Eowen con eso?

—Allanon... —repitió en voz baja la reina de los elfos, momentáneamente abstraída—. Vela por nuestra seguridad incluso después de muerto. —Soltó la mano de la joven, desconcertada—. Permíteme que te haga una pregunta. ¿Cómo has conseguido encontrarnos? ¿Puedes contarnos cómo te las has arreglado para llegar hasta Morrowindl y después hasta Arborlon?

Wren estaba impaciente por conocer detalles sobre su madre, pero era consciente de que no podía andar con exigencias. Disimuló su ansiedad y se

dispuso a satisfacer la petición de la reina. Le habló de los sueños que le había enviado Allanon; de la aparición de Cogline y el consiguiente viaje al Cuerno del Hades; de las misiones que el espíritu del druida había encomendado a los Ohmsford; de su regreso con Garth a la Tierra del Oeste; de sus indagaciones sobre la suerte que hubieran podido correr los elfos, que la habían llevado hasta Grimpen Ward y a su encuentro con la Víbora; de su viaje a las ruinas de Ala Desplegada; de la llegada de Tigre Ty con Espíritu; del vuelo a Morrowindl y el peregrinaje a través de la isla. Solo omitió dos cosas: el ataque del umbrío y que tenía en su poder las piedras élficas. El Búho le había advertido que no debía mencionar la existencia de las piedras élficas mientras no se encontrase a solas con la reina y, sin mencionarlas, no podía explicar lo que había ocurrido con el umbrío.

Cuando concluyó su relato, esperó a que la reina hiciera algún comentario. Ellenroh Elesedil la observó durante un breve instante, e inmediatamente después esbozó una amplia y cariñosa sonrisa.

—Eres precavida, Wren, y así es como se debe ser en este mundo. Me has contado exactamente lo que debías... y nada más. —Se inclinó hacia delante, y su enérgica cara mostraba una mezcla de sentimientos demasiado complicada para que Wren pudiera identificarlos—. Voy a confesarte algo a cambio, y cuando lo haya hecho habrán desaparecido los secretos entre nosotras.

Tomó de nuevo las manos de Wren.

—Tu madre se llamaba Alleyne, como te ha dicho Gavilán. Era mi hija.

Wren permanecía inmóvil, con las manos apretadas entre las de la reina, sorprendida, asombrada e incapaz de encontrar una respuesta.

—Por tanto, Wren, tú eres mi nieta. Hay algo más. Yo di a Alleyne, y ella tendría que habértela dado a ti, una bolsa de cuero con tres piedras pintadas. ¿Las tienes?

Wren vaciló un instante, atrapada ahora, sin saber qué debía responder. Pero no podía mentir.

—Sí —admitió.

Los ojos azules de la reina sondearon el rostro de la joven, y sus labios esbozaron una amplia sonrisa.

—Pero tú ya conoces la verdad sobre ellas, ¿no es cierto? Debes conocerla, Wren, o nunca hubieras conseguido llegar hasta aquí con vida.

—Sí —repitió con voz serena Wren, pero tuvo que realizar un gran esfuerzo para no dejar traslucir sus emociones.

—Eowen conoce todo lo referente a las piedras élficas, niña, y también algunos de los otros que llevan tantos años a mi lado... —dijo Ellenroh, dando unas afectuosas palmadas en las manos de Wren y soltándolas a continuación—. Aurino Estriado, por ejemplo, es uno de ellos. Te pidió que no dijeras nada, ¿verdad? No importa. Son pocos los que conocen el secreto de las piedras élficas, y ni uno solo las ha visto en acción... ni siquiera yo. Solo tú has tenido esa experiencia y, por lo que veo, no te sientes muy satisfecha.

Wren asintió con la cabeza, admirada por la perspicacia de la reina y su capacidad para llegar a descubrir sus sentimientos, que ella creía mantener bien ocultos. ¿Se debería a su parentesco, que las hacía tan afines como para que cada una penetrara en el corazón de la otra? ¿Podría ella también conocer los sentimientos de Ellenroh Elesedil cuando lo deseara?

«Familia».

Pronunció la palabra en su mente. «La familia que he venido a buscar. ¿Es posible? ¿Soy de verdad la nieta de esta reina, una auténtica Elesedil?».

—Cuéntame el resto de tu viaje a Arborlon —pidió la reina en voz baja—, y yo te diré lo que tanto deseas saber. No te preocupes por Eowen. Ella está al corriente de todo.

Wren relató las partes del viaje que había omitido, refiriendo con todo lujo de detalles el encuentro con aquella especie de lobo que resultó ser un umbrío y cómo había descubierto la verdad sobre las piedras pintadas que le había entregado su madre cuando era una niña. Cuando terminó, cruzó los brazos sobre el pecho en actitud defensiva, levemente estremecida por el significado de sus propias palabras y por los recuerdos que estas evocaban. Luego se levantó de forma impulsiva y se dirigió donde estaba la ropa que se había quitado un poco antes. Buscó entre las andrajosas prendas hasta que encontró las piedras élficas, que seguían donde las había guardado al entrar en la ciudad. Se acercó a la reina y extendió la mano.

—Aquí las tienes —le dijo—. Cógelas.

—No, Wren —respondió Ellenroh Elesedil, negando con la cabeza. Después cerró los dedos de la joven sobre las piedras élficas y guio su mano hasta un bolsillo del camisón—. Guárdalas por mí.

—Has sido muy valiente, Wren —dijo Eowen Cerise con voz grave y apremiante, hablando por primera vez—. Muy pocos habrían sido capaces de salvar los obstáculos que tú has superado. Eres digna hija de tu madre.

—Veo en ella muchos rasgos de Alleyne —dijo la reina, con ojos distantes. Luego se irguió, volviendo a fijarlos en Wren—. Has dado sobradas

muestras de valor. Allanon tomó la decisión correcta al elegirte. Pero estaba predeterminado que vinieras, así que supongo que él se limitó a cumplir la promesa de Eowen.

»Lo sé, pequeña, no entiendes mis palabras —prosiguió la reina, esbozando una sonrisa al ver la confusión reflejada en los ojos de Wren—. Has tenido mucha paciencia conmigo, y no te ha resultado fácil. Estás deseando oír algo de tu madre y descubrir a qué se debe el que estés aquí. Muy bien.

»Tres generaciones antes de mi nacimiento —continuó la reina, suavizando la sonrisa—, cuando los elfos todavía poblaban la Tierra del Oeste, varios miembros de la familia Ohmsford, descendientes directos de Jair Ohmsford, decidieron emigrar a Arborlon. En mi opinión, tomaron esa decisión forzados por los desmanes de la Federación en los pueblos de la Tierra de Sur, como Valle Sombrío, y por la persecución de la magia que empezaban a llevar a cabo. Estos Ohmsford, que eran tres, llevaron consigo las piedras élficas. Uno de ellos decidió mantenerse célibe. Los otros dos contrajeron matrimonio, pero solo uno acompañó a los elfos cuando estos decidieron desaparecer. El otro, que según mis informes era humano, regresó a Valle Sombrío con su esposa. Ellos podrían ser los bisabuelos de Par y Coll Ohmsford. El miembro de la familia Ohmsford que acompañó a los elfos era una mujer, y trajo consigo las piedras élficas.

»Como ya sabes, Wren, estas piedras fueron creadas en tiempos remotos por la magia élfica y solo podían utilizarlas personas por cuyas venas corriera sangre élfica —prosiguió Ellenroh tras hacer una breve pausa—. Los Ohmsford perdieron su sangre élfica, y carecieron de ella durante años tras la muerte de Brin y Jair, por lo que las piedras que guardaban no tenían ninguna utilidad. Por ello, decidieron que debían volver a manos de quienes las habían creado... o de sus descendientes, para ser más precisos. Por tanto, cuando los dos Ohmsford que procedían de Valle Sombrío contrajeron matrimonio y empezaron su nueva vida, consideraron que era lógico que las piedras élficas que Allanon había encomendado a la familia Ohmsford en tiempos de su antepasado Shea permanecieran con los elfos allá donde fueran.

»En cualquier caso, las piedras élficas desaparecieron al mismo tiempo que los elfos, y creo que tengo que explicarte algunas cosas al respecto. —Hizo un gesto de resignación, al recordar—. Durante años, nuestro pueblo había ido internándose más y más en los bosques de la Tierra del Oeste. Se aislaba de las otras razas a medida que la Federación extendía sus dominios hacia el norte. Actuaban de esta forma por voluntad propia, pero también a

causa de la creencia, cada vez más extendida y fomentada por el Consejo de la Coalición de la Federación, de que los elfos eran diferentes de todos los demás y que ser diferente no era bueno. Los elfos, después de todo, descendían de las criaturas fantásticas, y no eran auténticos humanos. Además, eran los hacedores de la magia que había dado forma al mundo desde el Primer Consejo de Paranor, y nadie confiaba demasiado en la magia ni en quienes la utilizaban. Cuando empezaron a aparecer los seres que tú llamas umbríos y que entonces carecían de nombre, la Federación se apresuró a responsabilizar a los elfos del deterioro de la tierra. Después de todo, ¿dónde se había originado la magia? ¿No era esta la causa de todos los problemas? Si no era así, ¿por qué sus tierras no se veían afectadas? Tales infundios se propagaron, como suele ocurrir, y llegó el momento en que nuestra gente no pudo resistir más. Tenían dos opciones: enfrentarse a la Federación, lo cual significaba darle el motivo para declarar la guerra que estaba buscando, o encontrar la manera de apartarse definitivamente de ella. La guerra no era una perspectiva muy halagüeña. Los elfos se quedarían solos en su lucha contra el ejército más poderoso de las Cuatro Tierras. Callahorn ya había sido conquistada y las Legiones Libres se habían disuelto; los troles llevaban su vida tribal de siempre y los enanos no querían comprometerse.

»Por todo ello —continuó Ellenroh Elesedil—, los elfos tomaron la decisión de marcharse, de emigrar para establecerse en un nuevo territorio y esperar a que la Federación se desintegrara. No fue una decisión fácil; muchos elfos eran partidarios de quedarse y luchar, y un número igual prefería quedarse a la espera de acontecimientos. A fin de cuentas, se les pedía que abandonasen su tierra, la cuna de la comunidad élfica después del cataclismo de las Grandes Guerras. Pero, por fin, después de largas deliberaciones, se llegó a la conclusión de que lo mejor era marcharse. Los elfos habían logrado sobrevivir en todas las migraciones que se habían visto obligados a realizar. Habían establecido nuevos asentamientos. Habían perfeccionado el arte de pasar inadvertidos.

»Esto sucedió hace mucho tiempo, Wren —prosiguió la reina de los elfos con un suspiro—, y yo no estaba presente. No puedo estar segura de cuáles eran sus motivaciones. El traslado que planeaban provocó una paulatina concentración de elfos procedentes de todos los rincones de la Tierra del Oeste, por lo que sus aldeas dejaron de existir. Entretanto, los jinetes alados descubrieron esta isla, Morrowindl, que satisfacía las necesidades de los elfos terrestres. Una vez se hubo tomado la decisión de que este sería su lugar de

destino, eligieron el momento adecuado para emprender la marcha y se fueron.

Se quedó pensativa durante un momento, como si dudara sobre si debía continuar o no con la exposición de los hechos; después sacudió la cabeza enérgicamente.

—Con eso basta para entender los motivos que nos trajeron hasta aquí. Como antes te decía, atrás quedó un miembro de la familia Ohmsford. Pasadas dos generaciones, mi madre se desposó con el rey, emparentando así a las familias Ohmsford y Elesedil. Nací yo y luego mi hermano Asheron. Él era el heredero de la corona, pero fue asesinado por los demonios. Entonces fue cuando yo accedí al trono. Me casé y nació Alleyne, tu madre. No tuve más hijos. Los demonios también acabaron con la vida de mi marido. Alleyne era todo lo que me quedaba.

—Mi madre —repitió Wren—. ¿Cómo era?

—No había nadie que pudiera compararse a ella —respondió la reina, esbozando una sonrisa—. Era inteligente, voluntariosa y muy bella. Se creía capacitada para emprender cualquier empresa... o al menos había en ella algo que la empujaba a intentarlo. —Entrelazó las manos y su sonrisa se desvaneció—. Eligió como esposo a un jinete alado. No me pareció una elección afortunada, porque los elfos aéreos nunca han estado muy unidos a nosotros, pero mi opinión no contaba demasiado. Esto sucedió hace casi treinta años, en una época de conflictos. Los demonios se habían extendido por todas partes y estaban acrecentando su poder. Nos estaban obligando a recluirnos en la ciudad. El contacto con el mundo exterior era cada vez más difícil.

»Poco después de casarse, quedó encinta de ti —prosiguió Ellenroh Elesedil—. Fue entonces cuando Eowen me contó su visión. —Miró a su amiga, que las contemplaba, impasible, con sus ojos verdes, enormes e insondables—. Eowen es vidente, Wren, quizá la mejor en toda la historia del pueblo elfo. Fue mi compañera de juegos y mi confidente durante la niñez, cuando aún desconocía el poder del que estaba dotada. Desde entonces ha permanecido a mi lado, aconsejándome y guiándome. Te he dicho que ella era la razón de que tú estuvieras aquí. Cuando Alleyne quedó embarazada, Eowen me advirtió que, según le había sido revelado en una visión, si no abandonaba Morrowindl antes de que nacieras, moriríais las dos. También me dijo que Alleyne no regresaría jamás, pero que tú sí, y que tu venida salvaría a los elfos.

»Comprendo tus sentimientos —continuó la reina tras suspirar profundamente—. Yo me sentí entonces como debes de sentirte tú ahora. Me negaba a aceptarlo. No podía permitir que Alleyne se marchara. Pero también sabía que las visiones de Eowen siempre se cumplían. Así que llamé a Alleyne e hice que Eowen le repitiera lo que me había dicho. Alleyne no dudó, aunque sé que no le gustaba la idea de dejar Morrowindl. Dijo que se iría, que pondría los medios para que el ser que llevaba en sus entrañas se mantuviera a salvo, pero en ningún momento habló de su propia seguridad. Así era tu madre. Yo seguía teniendo en mi poder las piedras élficas, que habían pasado a mi poder gracias al enlace matrimonial de mis padres. Se las di a Alleyne para que la protegieran, aunque las disfracé con mi propia magia para que no fuesen fácilmente reconocibles ni mostraran su valor.

»Así pues, Alleyne regresó con su esposo a la Tierra del Oeste. Tenía que viajar desde allí a Valle Sombrío para restablecer el contacto con los descendientes de los Ohmsford que habían regresado al poblado cuando los elfos emigraron a Morrowindl. Nunca supe si lo hizo. Desapareció de mi vida durante casi tres años. Lo único que Eowen podía decirme era que ella y tú estabais a salvo.

»Hace unos quince años, Alleyne decidió volver a Morrowindl. Ignoro el motivo; solo sé que volvió. Te había entregado la bolsa de cuero con las piedras élficas, te había confiado al cuidado de los Ohmsford de Valle Sombrío y había regresado a la isla con su marido.

»Para entonces, los demonios ya habían invadido Morrowindl, y la ciudad era todo lo que nos quedaba —prosiguió, haciendo un gesto de resignación, como si aún no hubiera podido asimilar la idea del regreso de su hija—. Habíamos levantado la Quilla con nuestra magia para protegernos; pero, fuera de sus murallas, los demonios estaban en todas partes. Los jinetes alados venían a la isla cada vez menos. El roc en el que Alleyne y su marido viajaban descendió entre la niebla y fue golpeado por algún proyectil. Tomó tierra cerca de las puertas de la ciudad. Los demonios...

Se detuvo, incapaz de continuar, con los ojos inundados de lágrimas.

—No pudimos salvarlos —concluyó.

Wren sintió un inmenso vacío interior. En su mente, vio cómo moría su madre. Se inclinó hacia delante y abrazó a su abuela, el último miembro de su familia, el único lazo que la unía a sus padres, y la estrechó contra sí. Sintió que la cabeza de la reina se apoyaba en su hombro, y que los delgados brazos correspondían a su abrazo. Guardaron un largo silencio, sin separarse. Wren intentó en vano recordar la cara de su madre. Lo único que se dibujaba en su

mente era el rostro de su abuela. Fue consciente de que, por muy dolorosa que hubiera sido la pérdida para ella, no podía compararse con la de la reina.

Al fin se separaron, y Ellenroh Elesedil esbozó una radiante sonrisa. Sentía que había recuperado las fuerzas.

—¡Me alegro tanto de que hayas venido, Wren...! —repitió—. He esperado durante mucho tiempo este momento.

—Abuela —dijo Wren, y la palabra le resultó extraña en la boca—, aún no entiendo por qué me han enviado aquí. Allanon me dijo que debía encontrar a los elfos porque las Cuatro Tierras no podían curarse hasta que ellos no regresaran. Y tú me dices que, según las predicciones de Eowen, mi llegada salvará a los elfos. Pero ¿en qué cambia las cosas el que yo esté aquí? Supongo que habríais regresado hace tiempo si hubieseis tenido la oportunidad de hacerlo.

—Creo que la situación es más complicada de lo que crees —respondió la reina, y su sonrisa se desvaneció.

—¿Más complicada todavía? ¿No podéis marcharos aunque queráis?

—Sí, mi querida pequeña, podemos marcharnos.

—En ese caso, ¿por qué no lo hacéis? ¿Qué es lo que os retiene aquí? ¿Es que tenéis la obligación de quedaros? ¿Han conseguido escapar esos demonios de la Prohibición? ¿Ha vuelto a debilitarse Ellcrys?

—No, Ellcrys está bien —respondió la reina, indecisa.

—Entonces, ¿de dónde proceden esos demonios?

—No estamos seguros, Wren —respondió la reina, reflejando en su rostro una tensión apenas perceptible.

Wren supo instintivamente que estaba mintiendo. Lo percibió en la voz de su abuela y en los ojos verdes de Eowen, que de repente estaban fijos en el suelo. Sorprendida, dolida y también furiosa, miró a la reina con incredulidad. «¿No habrá más secretos entre nosotras? —pensó, repitiendo las palabras de su abuela—. ¿Qué me ocultas?».

Ellenroh Elesedil pareció no advertir la aflicción de su nieta. Volvió a abrazarla. Wren no la rechazó, pese a estar tentada a hacerlo, pues pensaba que tenía que haber alguna razón para aquella mentira y que se explicaría a su debido tiempo. Consideró también que había recorrido demasiada distancia para descubrir la verdad sobre su familia como para rechazar al único miembro vivo que quedaba porque se la ocultara en parte. Se sobrepuso a sus sentimientos. Ella era nómada, y Garth había sido un magnífico maestro. Tendría paciencia. Esperaría.

—Tendremos tiempo para hablar de esto mañana —le dijo la reina—. Ahora tú necesitas descansar, y yo, reflexionar.

Se retiró con una sonrisa tan triste que Wren estuvo a punto de echarse a llorar.

—Eowen te mostrará tu cuarto —dijo la reina—. Tu amigo Garth dormirá en la habitación contigua, por si lo necesitaras. Descansa, niña. Hemos tenido que esperar mucho para que llegara el momento de vernos, y no debemos precipitarnos en el primer encuentro.

Se puso de pie, y Wren se levantó también. Frente a ellas, Eowen Cerise las imitó. La reina dio a su nieta un último abrazo. Wren se lo devolvió, disimulando las dudas que albergaba en su interior. Estaba cansada, le pesaban los párpados y le flaqueaban las fuerzas. Se sentía querida y reconfortada, pero necesitaba descansar.

—Me alegro de estar aquí, abuela —dijo con ternura.

«Pero descubriré la verdad —añadió para sus adentros—. Lo sabré todo».

Salió a la penumbra del corredor, precedida por Eowen Cerise.

Cuando a la mañana siguiente Wren abrió los ojos, se encontró en una habitación de paredes blancas, acostada en un lecho con sábanas de algodón ribeteadas de florecillas bordadas. En los muros había tapices de lana de colores suaves que destacaban a la luz que se filtraba por las cortinas de encaje que cubrían la gran ventana.

Se maravilló de que hubiera luz solar en una tierra donde, más allá de las murallas de la ciudad y del poder de la magia élfica, solo había tinieblas.

Permaneció acostada un rato más, todavía somnolienta, concediéndose tiempo para coordinar sus pensamientos. La noche anterior apenas había visto la alcoba, pues estaba a oscuras, y Eowen la había ayudado a acostarse a la escasa luz de una vela. Había caído desplomada en el lecho de plumón y se había quedado dormida casi al instante.

Cerró los ojos durante un momento, intentado conectar lo que en ese momento estaba viendo con sus recuerdos: aquel luminoso presente de ensueño con el duro e inexorable pasado. ¿Había sido real la búsqueda de los elfos, el vuelo a Morrowindl, el viaje a través del In Ju, la escalada de la Cornisa Negra, la marcha hasta el río Rowen y la llegada a Arborlon? Reposando allí, envuelta por la luz del sol y la caricia de las sábanas, le costaba creerlo. Sus recuerdos de lo que había al otro lado de las murallas (la oscuridad, el fuego y la neblina, los monstruos que salían de todas partes y solo sabían destruir) parecía borroso y lejano.

Parpadeó con fuerza y se impuso la obligación de recordar. Los acontecimientos desfilaron ante ella, vívidos y violentos. Vio a Garth a su lado, enfrentándose al umbrío en el borde de los acantilados que dominaban el Confín Azul. Revivió la noche que pasaron en la playa de la isla donde los habían dejado Tigre Ty y *Espíritu*. Pensó en Stresa y en Fauno, esforzándose por recordar su aspecto, su forma de hablar y de comportarse, y lo que habían

soportado para ayudarles a cruzar aquel mundo de pesadilla. Eran amigos que la habían ayudado, y ella a cambio los había abandonado.

El recuerdo del gatoespino y el jacarino acabó de despertarla. Se sentó en la cama y miró a su alrededor. Estaba en Arborlon, en el palacio de la reina de los elfos, el hogar de Ellenroh Elessedil, su abuela. Aspiró profundamente, luchando con esa idea, esforzándose en hacerla real. Lo era, desde luego... pero al mismo tiempo no lo parecía. Era algo demasiado nuevo, pensó. Había ido allí para descubrir la verdad sobre sus padres, sin imaginar que esa verdad pudiera ser tan asombrosa.

Recordó lo que había pensado cuando Cogline fue en su busca para hablarle de los sueños que les había enviado el druida: que, si viajaba al Cuerno del Hades para hablar con Allanon, podía cambiar su vida.

Pero nunca hubiera podido imaginar hasta qué punto.

Precisamente era este cambio lo que la intrigaba y atemorizaba. Después de vivir tantas aventuras para llegar a Morrowindl y encontrar a los elfos, ahora se enfrentaba a un mundo y a unas gentes a las que en realidad no conocía ni comprendía. La pasada noche había descubierto las innumerables dificultades a las que debía enfrentarse. Si su propia abuela era capaz de mentirle, ¿cómo iba a confiar en los demás? Le dolía que le ocultara cosas a ella. Había sido enviada al hogar de los elfos con un objetivo concreto, pero aún lo desconocía. Si Ellenroh lo sabía, se lo guardaba para sí... al menos por ahora. Y tampoco había sido muy explícita sobre los demonios; solo le había asegurado que no habían escapado de la Prohibición, y que Ellcrys no se había debilitado. Pero procedían de alguna parte, y Wren estaba segura de que la reina conocía su origen. Su abuela guardaba muchos secretos.

Secretos... De nuevo la odiosa palabra.

Secretos.

Apartó el asunto de su mente sacudiendo la cabeza con energía. La reina era su abuela, el último miembro de su familia, la persona que había traído al mundo a su madre, y una mujer dotada de talento, belleza, amor y sentido de la responsabilidad. Volvió a negar con la cabeza. No podía permitirse el lujo de pensar mal de Ellenroh Elessedil. No podía menospreciar sus valores. Tal vez se parecía demasiado a ella, tanto física como emocionalmente, en palabras, pensamientos y acciones. Había podido comprobarlo la noche anterior, lo había percibido en la conversación que habían mantenido, en las miradas que habían intercambiado y en sus respectivas reacciones.

La joven nómada soltó un suspiro. Era mejor concentrarse en el objetivo que se había marcado al principio y esperar pacientemente.

Poco después se levantó y se dirigió a la puerta que comunicaba con la alcoba contigua. La abrió y se encontró con Garth, que no llevaba camisa. Tenía los musculosos brazos y el atlético torso cubierto de vendas, y su oscuro y barbudo rostro estaba lleno de cicatrices y cardenales. Sin embargo, el gigante nómada parecía descansado y en plena forma. Cuando Wren le invitó a entrar con un gesto, se giró en busca de una túnica y se la puso apresuradamente. La ropa que le habían proporcionado le estaba pequeña y acentuaba su corpulencia. Ella disimuló una sonrisa mientras se dirigían a un banco situado junto a la ventana de cortinas de encaje, feliz solo de verlo de nuevo, reconfortada con su presencia familiar.

«¿Qué has averiguado?», le preguntó Garth por señas.

Ella le mostró entonces su sonrisa. El bueno, entrañable y leal Garth... siempre directo al meollo de la cuestión. Le repitió la conversación que había mantenido con la reina la noche anterior, y le contó la historia de sus padres y de las familias Elesedil y Ohmsford. Pero se calló sus sospechas de que Ellenroh le ocultaba la verdad sobre los demonios. Quería reservarse ese dato por ahora, con la esperanza de que su abuela no tardara en confiárselo.

No obstante, quiso conocer la opinión de Garth sobre la reina.

—¿Has notado en mi abuela algo que a mí se me haya pasado por alto?

Garth esbozó una ligera sonrisa ante la tácita afirmación de que había algo que a ella se le había pasado por alto. No dudó antes de responder.

«Está asustada».

—¿Asustada? —En efecto, Wren no se había dado cuenta—. ¿De qué?

«No sabría decírtelo. Supongo que de algo que ella sabe y nosotros no. Mide mucho sus palabras y también la forma de decirlas, como ya habrás notado. —Hizo una pausa—. Tal vez su miedo sea por ti, Wren».

—¿Porque mi madre fue asesinada cuando regresó a Morrowindl y teme que yo pueda correr la misma suerte? Pero, según la visión de Eowen, yo tenía que regresar. Estaban esperando mi llegada. Garth, ¿qué opinas de esa visión? ¿Cómo voy yo a salvar a los elfos? ¿No te parece absurdo? Después de todo, nos ha costado mucho trabajo llegar a la ciudad. No veo cómo podría cambiar algo mi presencia.

«Mantén los ojos y los oídos bien abiertos como buena nómada —respondió Garth, encogiéndose de hombros—. Así es como se descubren las cosas».

El gigante esbozó una amplia sonrisa, y Wren le correspondió con otra.

La dejó a solas para que se vistiera. Ella lo siguió con la mirada hasta que cerró la puerta que comunicaba sus dormitorios. De pronto se dio cuenta de

las numerosas e importantes contradicciones entre la historia sobre sus padres que le había contado su abuela y la que le había contado Garth. Sin embargo, debía tener en cuenta el hecho de que la versión de Garth procedía de fuentes indirectas, mientras que la de la reina se basaba en sucesos acaecidos antes de que sus padres salieran de Arborlon; tal vez eso hiciera inevitables las incoherencias. En cualquier caso, ninguno de los dos había hecho el menor comentario sobre lo que tendrían que haberles parecido evidentes errores del otro. Garth nunca había mencionado a los jinetes alados y la reina, por su parte, no había hecho alusión alguna a los nómadas. Ninguno de los dos le había dicho por qué sus padres habían acudido a la Tierra del Oeste antes que a Valle Sombrío para encontrarse con los Ohmsford.

Se preguntó si debía comentar estas contradicciones con Garth. Dada la magnitud de las otras preocupaciones que la abrumaban, ¿podía considerar que aquello era realmente importante?

Encontró la ropa que le habían llevado, unas prendas que le sentaban mejor que a Garth las suyas... Pantalones, una túnica, medias, un cinturón y un par de botines de cuero finamente repujado. Mientras se vestía, repasó las revelaciones de la noche anterior, considerando de nuevo lo que había averiguado. La reina parecía convencida de la importancia de su llegada a Arborlon y segura de que la visión de Eowen se cumpliría. Aurino Estriado también le había dicho que esperaban su llegada. Sin embargo, nadie le había explicado por qué, si es que lo sabían. En el sueño no se especificaba la naturaleza de su cometido. Tal vez fuera necesaria una segunda visión para descubrirlo.

Esbozó una sonrisa ante su propia vanidad, y estaba poniéndose los botines cuando la sonrisa se desvaneció de repente.

¿Y si la importancia de su regreso se debía a que tenía en su poder las piedras élficas? ¿Y si esperaban que utilizara las piedras como arma contra los demonios?

Se estremeció solo con pensarlo y recordó cómo se había visto obligada a utilizarlas dos veces en contra de su voluntad, reviviendo la sensación de poder que había experimentado cuando la magia corría a través de su cuerpo como un fuego líquido que quemaba y estimulaba al mismo tiempo. Era consciente del efecto adictivo que ejercían sobre ella, de la unión que se producía cuando las utilizaba y de cómo parecían formar parte de ella. Después de repetirse una vez más que no volvería a utilizarlas, se había visto obligada a hacerlo... o tal vez no obligada, sino persuadida. Hizo un gesto de disgusto. El empleo de una palabra u otra carecía de importancia; los

resultados seguían siendo los mismos. Cada vez que utilizaba la magia, se alejaba un poco de sí misma y estaba más cerca de convertirse en alguien a quien no conocía. El poder de la magia la enajenaba.

Acabó de calzarse los botines y se puso de pie. Estaba confundida. Las piedras élficas no podían ser tan importantes. De lo contrario, ¿por qué Ellenroh no las había conservado en lugar de dárselas a Alleyne? Si de verdad podían cambiar el curso de los acontecimientos, ¿por qué no las habían utilizado contra los demonios hace ya mucho tiempo?

Dudó durante un breve instante. Después cogió su camisón y sacó las piedras élficas del bolsillo donde las había guardado la noche anterior. Relucieron en su mano, con la magia dormida, inofensiva e invisible. Las examinó con atención, preguntándose por las circunstancias que las habían puesto en sus manos, y lamentó de nuevo que Ellenroh no las hubiera aceptado cuando intentó devolvérselas.

Luego apartó de su mente los sombríos sentimientos sobre las piedras élficas y las enterró en las profundidades del bolsillo de su túnica. Tras ceñirse un cuchillo largo al cinturón, se irguió con la confianza en sí misma reconstruida y salió de la habitación.

Había un centinela haciendo guardia ante su puerta. Después de detenerse para llamar con una seña a Garth, este los escoltó escaleras abajo hasta el comedor. Desayunaron solos, sentados a una larga y pulida mesa de roble cubierta de blancos manteles y adornada con flores, en un enorme salón de techo en arco y ventanas con cristaleras emplomadas que filtraban la luz solar y la descomponían en los colores del arco iris. Los atendía una doncella, lo que hizo que la autosuficiente Wren Ohmsford se sintiera incómoda. La joven nómada desayunaba en silencio, sentada frente a Garth, preguntándose qué debía hacer una vez hubiese terminado el desayuno.

No había señales de la reina.

Sin embargo, cuando estaban a punto de acabar se presentó el Búho. Aurino Estriado parecía tan escuálido y macilento como cuando se encontraba sumergido en las densas sombras de los campos de lava, y movía su anguloso cuerpo de un modo tan singular que daba la impresión de tener los miembros desencajados. Su ropa estaba limpia y había desaparecido el extraño gorro que llevaba el día anterior, pero seguía conservando su apariencia ajada y descuidada, que parecía formar parte de su ser. Se acercó a la mesa del desayuno y se sentó, inclinándose hacia delante con un movimiento desgarbado.

—Tenéis mucho mejor aspecto que anoche —dijo, esbozando una media sonrisa—. Una ropa limpia y un baño te han convertido en una muchacha bonita, Wren. ¿Has descansado bien?

—Bastante bien, gracias —respondió la joven nómada, devolviéndole la sonrisa. Le agradaba el Búho—. Y gracias otra vez por habernos traído aquí sanos y salvos. No lo habiéramos conseguido sin tu ayuda.

—Quizá sí —respondió el Búho, frunciendo los labios. Tras dirigir una significativa mirada a Garth, se encogió de hombros—. Pero los dos sabemos muy bien que fuiste tú quien nos salvó. —Hizo una pausa, conteniéndose cuando estaba a punto de mencionar las piedras élficas, y se arrellanó en la silla. Sus envejecidas facciones élficas se contrajeron, lo que le daba un aire de duende travieso—. ¿Os apetece visitar los alrededores cuando terminéis, y dar un paseo por la ciudad? Tu abuela me ha ordenado que, por ahora, esté a vuestra disposición.

Poco después abandonaron los jardines del palacio, esta vez por la puerta principal, y se dirigieron a la ciudad. El palacio se levantaba sobre un montículo situado en el centro de Arborlon, protegido por los bosques y rodeado de casitas y tiendas de la ciudad. Durante el día había una gran actividad en todas las calles de la ciudad, con los elfos ocupados en realizar sus tareas cotidianas. Todas las miradas recaían sobre los tres paseantes. En realidad no iban dirigidas al Búho ni a Wren, sino a Garth, que era mucho más corpulento que los elfos y muy distinto a ellos. Wren estiraba el cuello para poder verlo todo. La luz del sol intensificaba el verdor de los árboles y de la hierba, y avivaba los colores de los edificios y de las flores que crecían al borde de los senderos. Daba la impresión de que no existían las brumas ni el fuego en el interior de las murallas. Había pequeñas partículas de ceniza y azufre en el aire, y la sombra del Killeshan se proyectaba como una borrosa mancha en el cielo en dirección este, donde la ciudad se adentraba en la montaña, pero la magia resguardaba y protegía todo el espacio interior de las murallas. Los elfos se dirigían a sus trabajos como si no ocurriera nada anormal, como si sobre ellos no pesara ninguna amenaza y toda la isla de Morrowindl estuviera en las mismas condiciones que la ciudad.

Un rato después, atravesaron el bosque y la muralla exterior se hizo visible. Parecía diferente a la luz del día. El resplandor de la magia había quedado reducido a una trémula aureola que tornaba el mundo exterior en una imprecisa y nebulosa acuarela. Morrowindl con sus montañas, el cráter del Killeshan, la mezcla de roca volcánica y bosque calcinado, las fisuras de la tierra y los géiseres de vapor y cenizas... todo ello estaba tan envuelto en la

neblina que casi era invisible. Había soldados elfos patrullando en las murallas, pero no estaban librando ningún combate, porque los demonios se habían retirado a dormir hasta el anochecer. El mundo que los rodeaba se había convertido en un tétrico desierto, y los únicos sonidos procedían de las voces y movimientos de los habitantes de la ciudad.

—¿Por qué hay un foso en el interior de la muralla? —preguntó Wren al Búho, girándose hacia él cuando se aproximaban al extremo del puente más próximo.

—Para separar la ciudad de la Quilla —respondió el Búho, mirando a lo lejos—. ¿Sabes algo de la Quilla?

Señaló la muralla. Wren recordó entonces el nombre. Stresa había sido el primero en pronunciarlo, cuando le había dicho que la situación delicada de los elfos se debía a que su magia se estaba debilitando.

—Se erigió por medios mágicos en tiempos del padre de Ellenroh, cuando surgieron los demonios. Protege a la ciudad de esos seres monstruosos y la mantiene como fue en sus orígenes. Todo es como era cuando Arborlon fue trasladada a Morrowindl, hace ya más de cien años.

Wren aún estaba pensando en lo que Stresa había dicho sobre el supuesto desgaste de la magia. Iba a preguntarle a Aurino Estriado sobre ese desgaste cuando cayó en la cuenta de lo que el elfo acababa de decir.

—Búho, ¿has dicho «cuando Arborlon fue trasladada a Morrowindl»? Supongo que querías decir «cuando Arborlon se construyó en Morrowindl», ¿no es así?

—Quiero decir exactamente lo que he dicho.

—¿Que se trasladaron los edificios? ¿O te referías a Ellcrys? A propósito, Ellcrys está en la ciudad, ¿no es cierto?

—Allí detrás —respondió el elfo, haciendo un gesto vago, y su expresión pareció nublarse—. Detrás del palacio.

—Así que te referías a...

—A la ciudad, Wren —la interrumpió el Búho, con gesto impaciente—. A toda la ciudad, junto con los elfos que la habitan. A eso me refería.

—Pero... —dijo Wren, mirando al Búho con asombro—. Eso significa que fue reconstruida con los materiales transportados por los elfos...

—Wren, ¿nadie te ha hablado de la Loden? ¿No te explicó anoche la reina cómo habían llegado los elfos a Morrowindl? —preguntó el Búho, y sacudió la cabeza.

Se había inclinado hacia la joven y la atravesaba con sus penetrantes ojos.

—Me dijo que los elfos habían tomado la decisión de emigrar de la Tierra del Oeste porque la Federación... —respondió Wren, tras vacilar durante un breve instante.

—No —la interrumpió el Búho de forma tajante—. No me estoy refiriendo a eso.

Apartó la mirada por un instante; luego la cogió del brazo y la llevó hasta un saliente de piedra al pie del puente, donde se sentaron. Garth los siguió, con su oscuro semblante inexpresivo, y se puso frente a ellos para poder ver el movimiento de sus labios.

—No pensé que tendría que contarte esto, muchacha —empezó a decir el Búho después de que se hubieran sentado—. Otros podrían hacerlo mucho mejor que yo. Pero no podremos hablar mucho si no te lo explico antes. Además, si eres la nieta de Ellenroh Elessedil y la persona que ella ha estado esperando, la de la visión de Eowen Cerise, tienes que saberlo. —Cruzó los brazos en actitud relajada—. Pero no vas a creerlo. Estoy seguro de que no te lo vas a creer.

—Dímelo de todas maneras —respondió Wren, esbozando una sonrisa, un poco incómoda ante la perspectiva.

—Quiero que tengas en cuenta que lo que voy a decirte es lo que a mí me han contado, por lo que no puedo asegurarte que sea cierto —respondió Aurino Estriado, asintiendo con la cabeza—. Los elfos recuperaron parte de su magia ancestral hace más de cien años, antes de que vinieran a Morrowindl, cuando todavía vivían en la Tierra del Oeste. No sé cómo lo consiguieron, y la verdad es que tampoco me importa. La cuestión es que, cuando tomaron la decisión de emigrar, concentraron su magia en una piedra élfica llamada Loden. Según tengo entendido, la piedra existía desde tiempos inmemoriales, escondida, guardada en un lugar secreto a la espera del momento en que fuese necesaria. Habían transcurrido cientos de años, incluyendo el período posterior a las Grandes Guerras, sin que llegara ese momento. Pero los Elessedil la tenían oculta, o a lo mejor la encontraron. El caso es que la utilizaron cuando se tomó la decisión de emigrar.

»Según me han dicho —prosiguió el Búho, tensando los labios, después de hacer una pequeña pausa—, esa piedra élfica, como todas las demás, extrae su fuerza del portador. En este caso, el portador no fue una sola persona, sino toda la raza élfica. Toda la fuerza de la nación élfica se utilizó para invocar la magia de la Loden. —Carraspeó—. Cuando lo hicieron, la ciudad de Arborlon se levantó igual... igual que una palada de tierra; quedó reducida a la nada y se introdujo en la piedra élfica. Esto es lo que quiero decir con que

Arborlon fue trasladada a Morrowindl. Quedó atrapada dentro de la Loden junto con la mayor parte de sus habitantes, y una pequeña escolta la trasladó a la isla. Una vez elegido el emplazamiento de la ciudad, se invirtió el proceso, y Arborlon resurgió en todo su esplendor, junto con todos sus habitantes: hombres, mujeres, niños, perros, gatos y demás especies animales; casas y tiendas, árboles, flores, hierba... todo. Y, por supuesto, Ellcrys también. Todo.

»¿Qué dices ahora, muchacha? —le preguntó el Búho, echándose hacia atrás y entrecerrando sus penetrantes ojos.

—Tenías razón, Búho. No me lo creo —respondió Wren, sin poder salir de su asombro—. No puedo comprender cómo los elfos pudieron recuperar con tanta rapidez algo que había estado perdido durante miles de años. ¿De dónde les llegó? Habían perdido por completo la magia en la época de Brin y Jair Ohmsford... ¡Solo contaban con sus dotes curativas!

—Eso está más allá de lo que sé, Wren —respondió el Búho, encogiéndose de hombros—. Sucedió mucho antes de que yo naciera. Tal vez lo sepa la reina, pero nunca me ha dicho ni una palabra al respecto. La ciudad y sus habitantes fueron transportados aquí en la Loden. Esa es la historia. Y así se erigió también la Quilla... Bueno, no exactamente así. En realidad se construyó con piedra, siguiendo el procedimiento normal; pero la magia que la protege procede de la Loden. Yo era entonces un niño, pero recuerdo que el antiguo rey utilizó el báculo Ruhk, que sostiene la Loden y canaliza su magia.

—¿Lo has visto? —preguntó Wren en tono de duda.

—He visto muchas veces el báculo y su piedra —respondió el Búho—. Pero solo en una ocasión he podido presenciar cómo se usa.

—¿Qué me dices de los demonios? —prosiguió Wren, ávida de información, intentando encontrar algún sentido a lo que estaba oyendo—. ¿Qué ocurre con ellos? ¿No podéis combatirlos con la Loden y el báculo Ruhk?

—No —respondió el Búho. El rostro se le ensombreció y su expresión cambió con tal rapidez que cogió a Wren por sorpresa—. La magia es inútil contra los demonios.

—Pero ¿por qué? —apremió ella—. La magia de las piedras élficas que yo poseo puede destruirlos. ¿Por qué no puede hacerlo la magia de la Loden?

—Supongo que será una clase diferente de magia —respondió el Búho con poca convicción, encogiéndose de hombros.

—¿Puedes decirme de dónde han salido los demonios, Búho? —preguntó Wren.

—¿Por qué me lo preguntas, Wren Elessedil? —inquirió Aurino Estriado, claramente incómodo.

—Ohmsford —le corrigió la joven.

—No lo creo.

Se produjo un tenso silencio mientras se miraban.

—También proceden de la magia, ¿no es así? —dijo Wren, incapaz de guardarse sus sospechas.

—Pregúntaselo a la reina, Wren. Habla con ella —respondió el Búho, manteniendo firme su penetrante mirada. Después se levantó de repente—. Ahora que ya sabes cómo llegó aquí la ciudad, al menos según la leyenda, acabemos nuestro paseo. Hay tres portones en la Quilla: el principal y dos secundarios. Mira allí...

Empezó a caminar, sin dejar de hablar, explicándole lo que estaban viendo y haciendo caso omiso de las preguntas que nadie parecía querer contestar. Wren lo escuchaba medio distraída, más interesada en la historia de la llegada de los elfos a Morrowindl. Se requería una magia de un poder inconcebible para levantar una ciudad entera, reducirla al tamaño de una piedra élfica y encerrarla en su interior para trasladarla a través del océano. Aún no podía comprenderlo. La magia élfica recuperada del mundo fantástico, de una época vagamente recordada... Era increíble. Y con todo ese poder no había manera de librarse de los demonios, no había manera de destruirlos. Cerró la boca para impedir que salieran por ella una docena de preguntas. En realidad, no sabía muy bien qué creer y qué no.

Pasaron la mañana y las primeras horas de la tarde paseando por la ciudad. Subieron a las murallas y contemplaron el panorama que se divisaba desde ellas, un paisaje sombrío y cubierto de niebla, carente de movimiento salvo donde el Killeshan lanzaba sus chorros de vapor y la bruma cenicienta se arremolinaba. Vieron de nuevo a Faetón, que se dirigía a la Quilla desde la ciudad, sin reparar en su presencia. Sus duras facciones, cubiertas de cicatrices y enmarcadas por una cabellera descolorida por el sol, tenían una expresión adusta. El Búho lo miró con desagrado y se dispuso a continuar el paseo. Entonces Wren le pidió que le hablase de Faetón. Aurino Estriado le explicó que era el comandante de campo de la reina, solo inferior en rango a Barsimmon Oridio, a quien ansiaba suceder.

—¿Por qué le tienes tanta antipatía? —preguntó Wren sin rodeos.

—Es difícil de explicar —respondió el Búho, con el ceño fruncido—. Supongo que porque existe una diferencia fundamental entre nosotros. Yo paso la mayor parte de mi tiempo fuera de las murallas, rondando de noche

entre los demonios, observando dónde se encuentran y lo que se traen entre manos. Vivo en su mismo entorno, y así es como se puede llegar a conocerlos. Conozco las diferentes especies y sus hábitos. Estoy mejor informado que ninguna otra persona. Pero Faetón no da ningún valor a estos conocimientos. Para él, los demonios solo son enemigos a los que es necesario destruir. Quiere sacar el ejército élfico fuera de las murallas y lanzar un ataque sorpresa contra ellos. Hace varios meses que está buscando la autorización de Barsimmon Oridio y de la reina. Sus hombres lo admiran; piensan que tiene razón porque quieren creer que sabe más que ellos. Llevamos encerrados tras la Quilla cerca de diez años. La vida sigue su curso normal, pero, aunque nadie lo diría al ver a los habitantes de la ciudad, o incluso al charlar con ellos, todos sienten una profunda desazón. Recuerdan cómo vivían antes y desean volver a su vida de antaño.

Wren se planteó durante un momento volver a sacar el tema del origen de los demonios y por qué no podían acabar con ellos, pero decidió no desviar la conversación.

—Por lo que veo, piensas que el ejército no tiene esperanzas de salir vencedor fuera de las murallas.

—Tú has estado ahí fuera conmigo, Wren... —respondió el Búho, fulminándola con la mirada—, algo de lo que no puede presumir Faetón. Has viajado desde la playa hasta aquí. Te has enfrentado a los demonios en más de una ocasión. ¿A qué conclusión has llegado? Es evidente que no son como nosotros. Existen centenares de especies, y cada una supone un peligro diferente. A algunos se les puede matar con espadas, pero no a todos. A lo largo del río Rowen, siguiendo su curso, se encuentran, en primer lugar, los aparecidos, todo dientes y garras. Sobre la Cornisa Negra se asientan los dráculs, fantasmas que pueden absorber nuestra fuerza vital, semejantes al humo, sin cuerpo con el que luchar ni donde poder clavar una espada. Y estas son solo dos de las especies, Wren. —Hizo un gesto de impotencia—. No, no creo que podamos vencerlos fuera de las murallas. Creo que debemos considerarnos dichosos si logramos sobrevivir en el interior.

—Pero el gatoespino me dijo que la magia que protege a la ciudad se está debilitando —objetó Wren, que escuchaba con atención, tras caminar algunos pasos más.

Pronunció estas palabras en tono de afirmación, y esperó la respuesta del Búho. Pero el elfo guardó un largo silencio, con los ojos fijos en el suelo.

—El gatoespino tiene razón —respondió por fin el Búho, levantando la vista.

Entraron por primera vez en la ciudad propiamente dicha. Curiosearon por las tiendas y los carromatos que llenaban la plaza del mercado, examinaron las mercancías y observaron a los compradores y vendedores. Arborlon era una ciudad como cualquier otra en todos los aspectos, salvo en uno. Al mirar las caras que tenían a su alrededor, Wren veía reflejados sus propios rasgos élficos. La experiencia era nueva y gratificante, y le complacía la idea de ser la primera persona procedente del mundo exterior que veía a los elfos desde hacía más de cien años. Estaban vivos; existían de verdad. Era un descubrimiento maravilloso, y se emocionaba al pensar que solo ella lo sabía.

Tomaron un frugal almuerzo en el mercado, compuesto por un emparedado de pan poco cocido y carne asada con verdura, una fruta parecida a una pera y un vaso de cerveza. Después, el Búho los llevó a los Jardines de la Vida, situados detrás del palacio. Recorrieron sus senderos en silencio, dejándose embargar por la fragancia de los parterres y los aromas de los centenares de flores que alegraban los árboles y arbustos con sus llamativos colores. Pasaron ante un elegido vestido de blanco, consagrado al cuidado de Ellcrys, que los saludó con un gesto amable. De pronto, Wren se dio cuenta de que estaba pensando en la historia que Par Ohmsford le había contado sobre Amberle, la joven elfa que llegó a ser la más famosa entre los elegidos. Subieron a lo alto de la colina sobre la que se asentaban los jardines y se detuvieron ante Ellcrys. Las hojas escarlatas y las ramas plateadas del árbol destellaban a la luz del sol con tal viveza que no parecían reales. Wren quiso tocarla, susurrarle algo, decirle que comprendía los muchos sinsabores que había tenido que soportar. Pero no lo hizo; se limitó a quedarse ante el árbol en silencio. Ellcrys nunca hablaba, pero había captado los sentimientos de la joven. Por consiguiente, Wren se limitó a contemplarla en mudo éxtasis, pensando cuán terrible sería que la Quilla sucumbiera y que los demonios invadieran la ciudad de los elfos. Ellcrys sería destruida, sin duda, y cuando eso sucediera, todos los monstruos apresados tras las murallas de la Prohibición, los seres que habían permanecido encerrados durante todos aquellos años, invadirían de nuevo el mundo de los hombres mortales. Entonces, pensó Wren con angustia, se haría realidad la visión de Allanon.

Regresaron al palacio para descansar hasta la cena. El Búho los dejó en la entrada principal, diciendo que tenía algunos asuntos urgentes que atender.

—Sé que aún te quedan muchas preguntas pendientes, Wren —dijo al despedirse con gesto solemne—. Procura ser paciente. Me temo que las respuestas no tardarán en llegar.

Se alejó por el sendero y traspasó la entrada de la verja. Wren, junto a Garth, lo siguió con la mirada mientras se alejaba. El gigante nómada se volvió hacia ella enseguida, indicándole que volvía a tener hambre y que quería ir a la cocina en busca de algo de comer. Wren respondió asintiendo con la cabeza, abstraída, pensando todavía en los elfos y en su magia, dándose cuenta de que el Búho no había contestado a su pregunta de por qué había un foso dentro de la Quilla. Garth desapareció por el corredor, rompiendo el silencio con el ruido de sus pisadas, y ella se dirigió a la alcoba. No estaba segura de lo que haría allí, aparte de reflexionar sobre la situación, aunque esa tarea era más que suficiente. Subió por la escalera principal, escuchando el silencio, atrapada en el torbellino de sus pensamientos. Cuando empezaba a recorrer el pasillo que arrancaba del último rellano, apareció Gavilán Elessedil.

—¡Hola, prima Wren! —saludó alegremente, flamante con su túnica a rayas amarillas y azules ceñida con una cadena de plata—. Has estado paseando por la ciudad, según tengo entendido. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Muy bien, gracias —respondió Wren, aminorando el paso hasta detenerse mientras él se acercaba.

—Dime, ¿te alegras de haber venido o preferirías haberte quedado en tu tierra? —preguntó Gavilán, cogiéndole la mano para llevársela a los labios y besarla con delicadeza.

—Supongo que un poco de las dos cosas —respondió Wren, esbozando una sonrisa al tiempo que retiraba la mano y se ruborizaba, aunque se esforzó por evitarlo.

—Es normal —dijo Gavilán con los ojos brillantes—. No todo son rosas, pero tampoco espinas. Has recorrido un largo camino para poder encontrarnos, ¿verdad? Debiste de tomarte muy en serio nuestra búsqueda, ¿no es así, Wren? ¿Has averiguado lo que querías?

—Solo en parte.

—Te hubieras sentido muy orgullosa de Alleyne, tu madre —dijo Gavilán. Su hermoso rostro adquirió una expresión seria—. Sé que la reina ya te ha hablado de ella, pero quiero contarte algo. Cuidó de mí como una hermana mayor cuando yo era niño. Estábamos muy unidos. Era una muchacha fuerte y decidida... y veo que tú eres igual.

—Gracias, Gavilán —respondió Wren, esbozando una nueva sonrisa.

—Es la verdad. —Guardó silencio durante un breve instante—. Espero que veas en mí más a un amigo que a un simple primo. Quiero que sepas que,

si alguna vez necesitas algo o tienes preguntas, puedes contar conmigo. Me sentiré muy satisfecho de ayudarte si está en mi mano hacerlo.

—Gavilán, ¿puedes decirme cómo era mi madre físicamente? —preguntó Wren, vacilante—. ¿Puedes decirme qué aspecto tenía?

—Eso es fácil —respondió Gavilán, encogiéndose de hombros—. Alleyne era pequeña, como tú, tenía el pelo del mismo color, y su voz... —Se le quebró la voz—. Es difícil de describir. Era musical. Alleyne era ingeniosa y muy risueña. Pero, sin duda, lo que mejor recuerdo de ella son sus ojos. Eran idénticos a los tuyos. Cuando te miraba, hacía que te sintieras como si no hubiera nada ni nadie más importante en el mundo.

Wren recordó entonces el sueño en que su madre, con un aspecto muy parecido al que había descrito Gavilán, se inclinaba sobre ella y le decía una y otra vez: «Recuérdame». Ahora ya no le parecía un sueño. Tenía la sensación de que alguna vez, hacía mucho tiempo, había sucedido de verdad.

—¿Wren?

La joven se dio cuenta de que tenía la mirada perdida en el vacío. Volvió a mirar a Gavilán y se preguntó de pronto si debía hacerle algunas preguntas sobre las piedras élficas y los demonios. Parecía que estaba ansioso por seguir hablando con ella, y ella se sentía atraída por él de una forma que la sorprendía. Pero todavía no lo conocía bien, y las enseñanzas que había recibido de los nómadas la impelían a actuar con cautela.

—Los elfos atraviesan momentos difíciles —comentó Gavilán de repente, inclinándose hacia ella. Wren sintió el contacto de sus manos, que se levantaron hasta cogerla por los hombros—. La magia tiene secretos que...

—Buenas tardes, Wren —saludó Eowen Cerise, que acababa de aparecer en el rellano de la escalera, a sus espaldas. Gavilán se interrumpió de golpe por la sorpresa—. ¿Lo has pasado bien en la ciudad?

Wren se dio la vuelta, y advirtió que las manos de Gavilán se retiraban de sus hombros.

—¿Qué te parece tu prima, Gavilán?

—Encantadora, decidida... un vivo reflejo de su madre —respondió el elfo, esbozando una sonrisa y mirando a Wren—. Tengo que irme. He de resolver un montón de asuntos antes de la cena. Hablaremos más tarde.

Saludó con una leve inclinación de cabeza y se alejó con paso seguro, confiado y no exento de elegancia.

Wren lo siguió con la mirada, pensando que escondía muchas cosas tras su amistosa actitud, pero que en el fondo era sincero.

—Gavilán hace que todas nos sintamos de nuevo como unas jovencitas —dijo Eowen. Su mirada se cruzó con la de Wren cuando la joven nómada se giró hacia ella. Llevaba el ardiente cabello rojo recogido en una redecilla, y vestía una holgada túnica con flores bordadas. Su sonrisa era cálida, pero los ojos, como siempre, parecían fríos y distantes—. Creo que todas estamos enamoradas de él.

—¡Pero si yo casi no lo conozco...! —exclamó Wren, sonrojándose.

—Bien, háblame ahora de tu paseo —dijo Eowen, con un leve asentimiento—. ¿Qué has visto de la ciudad, Wren? ¿Qué es lo que te ha contado Aurino Estriado sobre ella?

Mientras recorrían el pasillo hacia la alcoba de Wren, la joven repitió a Eowen las palabras del Búho, con la secreta esperanza de que la vidente ampliara la información. Pero Eowen se limitó a escuchar en silencio, alentándola con gestos de aprobación a que siguiera hablando. Parecía estar preocupada por otras cosas, aunque le prestaba la atención necesaria para no perder el hilo de la conversación. La joven había completado su relato cuando llegaron a la puerta de su dormitorio, y se volvió hacia su interlocutora.

—Te has enterado de muchas cosas para llevar menos de un día en la ciudad, Wren —dijo Eowen, esbozando una leve sonrisa.

«Muchas menos de las que me gustaría saber», pensó la muchacha.

—Eowen, ¿por qué nadie me dice de dónde proceden los demonios? —preguntó Wren abiertamente.

—A los elfos no les gusta pensar en los demonios, y mucho menos hablar de ellos —respondió Eowen. La sonrisa se había esfumado de su solemne rostro: la había reemplazado una evidente pesadumbre—. Los demonios surgieron de la magia, Wren... del mal entendimiento y del mal uso. Constituyen, a la vez, una amenaza, una ignominia y una promesa. —Hizo una pausa y, al ver el desencanto y la frustración reflejados en los ojos de Wren, le cogió las manos—. La reina me ha prohibido hablar de ellos, Wren —dijo en voz baja—. Y es probable que tenga motivos para ello. Pero te prometo que algún día, si todavía sientes necesidad de saberlo, te lo contaré todo.

—Te lo recordaré, Eowen —respondió Wren, asintiendo con la cabeza y viendo reflejada la honestidad en los ojos de la amiga de la reina—. Pero me gustaría que mi abuela no me obligara a tener que recurrir a ti.

—Sí, Wren. A mí también me gustaría. —Eowen dudó durante un momento—. Hace mucho tiempo que estamos muy unidas. Juntas hemos conocido la infancia, nuestro primer amor, y a nuestros esposos y nuestros

hijos. De todo eso ya no nos queda nada. Alleyne fue nuestra peor experiencia. Nunca se lo he dicho a tu abuela, aunque creo que lo sospecha, pero la visión me reveló que Alleyne intentaría regresar a Arborlon, y que no podríamos impedirselo. Las visiones son una bendición y una maldición. Me permiten conocer lo que ha de suceder, pero no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Magia, Eowen —respondió Wren, haciendo un comprensivo gesto de asentimiento—. Como la de las piedras élficas. Me gustaría librarme de ella. Me asustan los efectos que pueda producir en mí. ¿No te pasa a ti algo parecido?

—Nuestro destino en esta vida lo marca algo que no podemos comprender ni controlar, y nos liga a nuestro futuro con una fuerza mayor que la de cualquier magia —contestó Eowen, reforzando su apretón y fijando sus ojos verdes en el rostro de Wren.

»Mientras nosotras hablamos, la reina decide el destino de los elfos, Wren —prosiguió Eowen, soltándole las manos y retirándose unos pasos—. Ha sido tu llegada lo que la ha impulsado a hacerlo. ¿Deseas saber qué desencadenará tu presencia aquí? Creo que esta noche lo sabrás.

—Has tenido una visión, ¿verdad, Eowen? —preguntó la joven, estremeciéndose al comprender el significado que encerraban aquellas palabras—. Has visto lo que ha de suceder.

—Siempre ha sido así, niña —respondió en voz baja la vidente, haciendo un gesto de resignación—. Siempre. —Su rostro reflejaba una gran angustia—. Las visiones nunca cesan.

Después se dio media vuelta y desapareció por el corredor. Wren la siguió con la mirada. Los dos eran profetas que se encaminaban hacia un destino incierto, visiones del destino de los elfos.

Aquella noche la cena transcurrió con exasperante lentitud, en un embarazoso clima regido por largos paréntesis de silencio. Llamaron a Wren y Garth al anochecer, y ellos bajaron al comedor, donde ya los estaban esperando Eowen y el Búho. Gavilán se unió al grupo un poco después. Ocupaban asientos contiguos en un extremo de la larga mesa de roble, sobre la que habían depositado muchos alimentos. Varios criados ocupaban sus puestos, preparados para servirlos, y el comedor estaba profusamente iluminado. Hablaban poco y, cuando lo hacían, se esforzaban en no entrar en terrenos resbaladizos. Incluso Gavilán, que llevaba el peso de la conversación, elegía con cuidado los temas. Wren no conseguía adivinar si su primo se sentía intimidado por la presencia de Eowen y el Búho o estaba preocupado

por otra cosa. Se mostraba tan brillante y alegre como siempre, pero no prestaba atención a la comida y parecía un poco ausente. Cuando hablaban, era para comentar la infancia de Wren con los nómadas y los recuerdos que él conservaba de Alleyne. La cena fue tediosa, y se produjo una inconfundible sensación de alivio cuando terminó.

Aunque todos esperaban la llegada de la reina, Ellenroh Elesedil no se presentó.

Cuando los cinco comensales ya se habían levantado de la mesa y se disponían a despedirse, un nervioso mensajero irrumpió en la estancia y habló precipitadamente con el Búho.

—Los demonios han atacado por la parte norte de la muralla y, al parecer, han conseguido abrir una brecha —dijo Aurino Estriado, con la preocupación reflejada en su curtido rostro, volviéndose hacia los comensales tras despedir al mensajero.

Todos salieron precipitadamente del comedor, Eowen para buscar a la reina, Gavilán para empuñar las armas; el Búho, Wren y Garth, para comprobar con sus propios ojos lo que estaba sucediendo. Los dos nómadas, precedidos por el Búho, corrieron por el palacio hasta atravesar la puerta principal, y después atravesaron la ciudad. Wren veía que el suelo volaba bajo sus pies mientras corría. El crepúsculo había dejado paso a la oscuridad, y la luz de la Quilla fulguraba intensamente entre los árboles. Recorrieron varias calles secundarias. Los elfos corrían en todas direcciones, profiriendo gritos de alarma. Toda la ciudad se había movilizado al conocer la noticia del asalto. Aurino Estriado esquivó a las multitudes rodeando el centro urbano y se dirigió al este por la parte trasera de la ciudad, hasta donde los árboles se espaciaban y permitían observar la Quilla. La muralla era un inmenso hormiguero de soldados elfos, mientras otros varios centenares cruzaban los puentes para unirse a ellos, corriendo todos hacia un lugar donde el resplandor había quedado reducido prácticamente a la nada y una masiva aglomeración de combatientes luchaban con ardor en la oscuridad.

Wren y sus compañeros siguieron adelante hasta llegar a menos de doscientos metros de la muralla. Allí les cortaron el paso las oleadas de soldados.

Wren, impresionada, se agarró del brazo de Garth. La magia parecía haber fallado por completo en la brecha que se había abierto en la Quilla, y las piedras habían quedado reducidas a escombros. Centenares de oscuros cuerpos sin rostro se apiñaban en la brecha, intentando atravesarla por todos los medios, mientras los elfos se esforzaban por evitarlo. La situación era

caótica: los cuerpos se retorcían y contorsionaban de forma agónica al ser aplastados por los que empujaban desde atrás, los gritos y alaridos llenaban el aire, y no había nada que amortiguara los ruidos de la batalla que aquella noche estaban librando los elfos y los demonios. Las espadas de los elfos cortaban y las zarpas de los demonios desgarraban, y un gran número de muertos y heridos yacían alrededor de la brecha. Parecía que los demonios acabarían triunfando: eran tan numerosos que podía considerarse que su vanguardia ya estaba dentro de la ciudad. Pero un feroz contraataque de los elfos los obligó a retroceder. La batalla se libraba en oleadas que fluctuaban en torno a la brecha, sin acabar de decidirse a favor de ninguno de los dos bandos.

Después se oyó el grito de «¡Faetón, Faetón!», y la albina cabeza del comandante elfo apareció al frente de una nueva compañía de soldados. Espada en alto, el comandante se dirigió hacia la muralla. Los demonios fueron repelidos, entre chillidos y aullidos, por una avalancha de elfos. Faetón, al frente de la misma, se mantenía milagrosamente ileso, mientras muchos de sus hombres caían a su alrededor. Los elfos de los baluartes se sumaron al contraataque, actuando desde arriba, y cayó un diluvio de lanzas y flechas sobre la horda de demonios. El resplandor de la Quilla se intensificó, cerrando durante un breve instante la brecha de la muralla.

Pero los demonios, en masa, reanudaron su asalto, trepando por doquier. Los elfos resistieron un momento, pero enseguida empezaron a retroceder. Faetón se situó delante de ellos de un salto, enarbolando la espada. La batalla se equilibró mientras los combatientes de ambos bandos luchaban por ganar el control. Wren contemplaba horrorizada el desarrollo de la matanza; los muertos, moribundos y heridos yacían por todas partes, pero la lucha era tan intensa que resultaba imposible llegar hasta ellos. En torno a Wren y sus compañeros se habían reunido muchos elfos: ancianos, mujeres y niños; todos los que no formaban parte del ejército. Un extraño silencio se cernía sobre ellos, mientras presenciaban con ansiedad e impotencia la sangrienta escena.

«¿Qué ocurrirá si los demonios logran traspasar la muralla? —pensó Wren de repente—. Nadie tendrá la más mínima oportunidad de salvarse. No hay ningún lugar donde toda esta gente pueda refugiarse. Todos morirán».

Miró a su alrededor con los nervios a flor de piel. ¿Dónde estaba la reina?

En ese preciso instante apareció, escoltada por una docena de guardias reales, y la multitud se abrió para dejarle paso. Wren vio a Triss, que encabezaba a los guardias con expresión dura y tétrica. La reina avanzaba entre ellos en línea recta y con la cabeza erguida, inconsciente, al parecer, del

tumulto que la rodeaba, con su terso rostro sereno y la mirada al frente. Dejó atrás a la multitud para dirigirse al puente más cercano que salvaba el foso. Sostenía en una mano el báculo Ruhk, en cuyo extremo relucía la Loden como un ascua encendida.

«¿Qué va a hacer?», se preguntó Wren, y de pronto temió por su vida.

La reina llegó al centro del puente, donde se arqueaba sobre el foso, y se situó de modo que todos pudieran verla. Se elevaron vítores, y los soldados de la muralla empezaron a corear su nombre, recobrando los ánimos. Los elfos que luchaban con Faetón en la brecha renovaron sus bríos. La defensa, haciendo acopio de todas sus fuerzas, avanzó en una impetuosa oleada. Los demonios volvieron a retroceder. Se multiplicaron los golpes y chirridos de las armas de hierro, y con ellos, los alaridos de los moribundos.

De pronto, Faetón cayó. Fue imposible saber lo que había sucedido: estaba allí, liderando la defensa, y unos segundos después había desaparecido. Los elfos gritaron y embistieron en un intento de protegerlo. Los demonios cedieron terreno, empujados por el aluvión que se les venía encima. La oleada de combatientes entró en la brecha una vez más, y la atravesó, empujando los demonios al otro lado, más allá de luz. El halo que protegía la Quilla se soldó al entretejerse las líneas de su magia.

Los demonios reanudaron su asalto por tercera vez, y los elfos, extenuados, se retiraron tambaleándose.

Ellenroh Elesedil levantó el báculo Ruhk, apuntando hacia la brecha. La Loden refulgió bruscamente. Se oyeron gritos de alarma, y los elfos retrocedieron en tropel por la brecha. De la Loden brotó un estallido de luz que se proyectó hacia la Quilla al concentrarse la energía de la piedra élfica. Alcanzó la muralla en el preciso instante en que se retiraba el último de los soldados elfos. Los escombros de piedra se fueron levantando, fragmento a fragmento, entre chirridos y roces, y la muralla empezó a reconstruirse. Los demonios quedaron atrapados y sepultados en el remolino. Las piedras se recompusieron en capas sucesivas y los resquicios se rellenaron de mortero. La magia trabajaba y la Loden proyectaba su poder. Wren retenía el aliento, presa de la incredulidad. La muralla se reedificó, rellenando el negro boquete, y quedó completamente restaurada.

La magia había hecho su trabajo en unos pocos segundos, y los demonios habían sido expulsados tras las murallas una vez más.

La reina permaneció inmóvil en el centro del puente mientras nuevas compañías de soldados elfos pasaban corriendo junto a ella para proteger las almenas. Esperó hasta que el mensajero que había enviado regresara del

escenario de la matanza. Este, tras arrodillarse un momento, se levantó para hablar. Wren vio cómo la reina asentía con la cabeza, giraba sobre sus talones y emprendía el camino de regreso. La Guardia Real despejó de nuevo el camino, pero ahora la soberana buscó con su mirada a Wren y logró encontrarla de una forma misteriosa en medio de la creciente multitud. La joven nómada sintió miedo al ver la expresión del rostro de su abuela.

Ellenroh Elesedil se acercó a la joven, con la ropa ondeando al viento como una bandera junto al báculo Ruhk que presionaba contra su cuerpo. La Loden todavía destellaba con su aterradora luz blanca.

—Aurino Estriado —dijo la reina cuando estuvo cerca, con los ojos fijos en el Búho—. Si no tienes inconveniente, adelántate a nosotros y haz salir a Bar y Eton de sus aposentos... si es que aún siguen en ellos. Diles... — Pareció que se le hacía un nudo en la garganta, y su mano se crispó en torno al báculo Ruhk—. Diles que Faetón ha muerto en el ataque, víctima de una flecha disparada por sus propios arqueros. Diles también que deseo celebrar inmediatamente una reunión en la sala del Consejo Supremo. Vete ya, deprisa.

El Búho se mezcló con la multitud y desapareció de su vista. La reina se volvió hacia Wren, rodeó con un brazo los finos hombros de la joven y con el otro señaló con el báculo hacia la ciudad. Reemprendieron la marcha, con Garth pisándoles los talones, rodeados por la Guardia Real.

—Wren —dijo en voz baja la reina de los elfos, inclinándose hacia la muchacha—. Estamos atravesando nuestro momento más crítico. Ahora vamos a determinar si podemos salvarnos. Quédate junto a mí, por favor. Debes ser mis ojos, mis oídos y mi mano derecha. Para eso has venido aquí.

Sin decir nada más, cogió a Wren por el brazo y aceleró el paso en medio de la noche.

Las salas del Consejo Supremo de los Elfos, habilitadas en un edificio que se levantaba en mitad de un viejo bosquecillo de robles blancos, no estaban lejos del palacio. El edificio estaba construido con enormes troncos de madera y paredes de piedra. La sala del Consejo propiamente dicha, que constituía la parte principal de la estructura, era una amplia cámara hexagonal, con el techo reforzado de vigas que se alzaban de la junta entre las paredes y convergían en el centro, igual que una estrella protectora. En una pared se abrían pesadas puertas de madera, frente a un estrado con tres escalones sobre el que descansaba el trono de los reyes de los elfos. El trono estaba flanqueado por estandartes con el emblema de las casas reales. A ambos lados, dispuestas a lo largo de las paredes restantes, varias hileras de bancos formaban una galería que acogía a quienes participaban de forma activa en las sesiones públicas y también a los que asistían en calidad de espectadores. En el centro de la sala destacaba un amplio entarimado, coronado por una mesa redonda rodeada por veintiuna sillas. Cuando el Consejo Supremo celebraba una sesión ocupaba esa mesa, con el monarca a la cabeza.

Ellenroh Elesedil entró en la cámara con actitud ceremoniosa y sosteniendo ante sí el báculo Ruhk, seguida de Wren, Garth, Triss y algunos miembros de la Guardia Real. Gavilán Elesedil, que ya estaba sentado a la mesa del Consejo, se levantó en el mismo momento en que la reina hizo acto de presencia. Vestía una cota de malla y su espadón colgaba del respaldo de la silla. La reina llegó hasta él, lo abrazó con cariño y después continuó hasta la cabecera de la mesa.

—Wren —dijo, volviéndose hacia la joven elfa—, siéntate a mi lado.

Wren hizo lo que le pedía la reina. Por su parte, Garth se dirigió a la galería y se sentó en uno de los bancos destinados a los espectadores. Las

puertas de la cámara se cerraron, y dos miembros de la Guardia Real montaron guardia a ambos lados de la entrada. Triss, cuyo enjuto y acerado rostro tenía una expresión distante, se adelantó hasta la mesa para tomar asiento junto a Gavilán. Este se enderezó en su silla, dedicó a Wren una sonrisa insegura, se alisó con nerviosismo las mangas de la túnica y apartó la mirada. Ellenroh cruzó las manos ante sí y guardó silencio, dando tiempo a que pudieran llegar a la reunión los miembros que faltaban. Wren se dedicó a inspeccionar la cámara, deteniéndose en los oscuros rincones a los que no llegaba la luz de las lámparas. La madera pulida brillaba débilmente en la penumbra de detrás de Garth, y las llamas de la lámpara proyectaban imágenes que danzaban en los límites de la luz. Detrás de la muchacha, los estandartes colgaban flácidos e inmóviles, con el emblema oculto entre sus profundos pliegues. En la cámara reinaba un absoluto silencio, solo levemente turbado por el roce de las botas y el frufú de las ropas.

Entonces vio a Eowen sentada en la galería frente a la que se encontraba Garth, muy lejos, casi invisible entre las sombras.

Los ojos de Wren buscaron los de la reina, pero Ellenroh, que tenía su mirada puesta en las puertas de la cámara, no daba muestras de advertir la presencia de la vidente. La joven se volvió de nuevo hacia Eowen, y luego desvió la mirada hacia las sombras. Podía percibir la tensión que flotaba en el ambiente. Todos los presentes presentían que iba a suceder algo, pero solo la reina sabía qué era. Wren respiró profundamente. Según le había confesado la reina, ella había ido a Arborlon por lo que estaba a punto de ocurrir.

«Sé mis ojos, mis oídos y mi brazo derecho».

¿Por qué?

Las puertas de la cámara del Consejo se abrieron para dejar paso a Aurino Estriado y a otros dos elfos. El primero de los desconocidos era viejo y corpulento, con el pelo y la barba grises y movimientos modulados que sugerían que no era una persona que se achantase ante los obstáculos. El segundo era de estatura mediana e iba afeitado; tenía los ojos hundidos pero vivaces, y se movía con ligereza y soltura. Esbozó una sonrisa al entrar. El primero adoptó una expresión ceñuda.

—Barsimmon Oridio —dijo la reina, presentándolo, y a continuación hizo lo mismo con el segundo— y Eton Shart. Os doy las gracias a ambos por venir. Aurino Estriado, quédate, por favor.

Los tres hombres tomaron asiento sin apartar la mirada de la reina. Ahora todos la observaban, expectantes.

—Cort, Dal —dijo, dirigiéndose a los guardias apostados a la entrada—. Esperad fuera, por favor.

Los guardias reales abrieron las puertas, salieron y las cerraron tras ellos.

—Amigos míos —dijo Ellenroh Elesedil, recostándose en el respaldo de la silla, y su voz sonó con claridad en el silencio—. No podemos seguir fingiendo. No podemos seguir disimulando durante más tiempo. No podemos seguir engañándonos. Lo que durante más de diez años hemos tratado de evitar se cierne ya sobre nosotros.

—Mi señora... —empezó a decir Barsimmon Oridio, pero la reina lo obligó a callar con una mirada.

—Esta noche, los demonios han conseguido romper la Quilla. La magia se está debilitando desde hace meses, o quizás años, y los seres oscuros del exterior han estado utilizando su fuerza en su propio beneficio. Esta noche la balanza se ha inclinado a su favor lo suficiente para permitirles abrir una brecha. Nuestros soldados lucharon con valor para evitarlo, haciendo todo cuanto estaba en sus manos para rechazar el asalto. Pero fracasaron. Por desgracia, Faetón ha muerto. Al final, me he visto obligada a utilizar el báculo Ruhk. Si no lo hubiera hecho, la ciudad habría caído en manos del enemigo.

—¡Mi señora, eso no es cierto! —exclamó Barsimmon Oridio, incapaz de permanecer callado más tiempo—. El ejército se habría reorganizado. ¡Faetón seguiría con vida si no hubiera corrido tantos riesgos!

—Corrió esos riesgos para salvarnos —respondió Ellenroh, con el semblante duro como una piedra—. No lo critiques, comandante. Te lo prohíbo, Bar.

El corpulento individuo se vio obligado a morderse la lengua, lo que acentuaba su expresión ceñuda.

—Yo estuve allí y pude ver lo que sucedió —dijo la reina con voz serena y suave, dejando traslucir un cálido afecto. Esperó a que el comandante bajara sus feroces ojos, y a continuación dirigió su mirada a toda la mesa—. La Quilla no podrá protegernos durante mucho tiempo. He utilizado el báculo Ruhk para fortalecerla, pero si vuelvo a hacerlo, correremos el riesgo de perder su poder. Y eso, amigos míos, no puedo permitirlo. Os he reunido para deciros que he decidido seguir otro camino.

»Esta es mi nieta, Wren, la hija de Alleyne, que nos ha sido enviada desde el mundo antiguo, como profetizó Eowen —prosiguió la reina, volviéndose hacia su nieta—. Su llegada, según la profecía, tiene el objetivo de salvar a los elfos. La he esperado durante muchos años, sin acabar de creer que llegara a presentarse o que, en caso de que lo hiciera, pudiera hacer algo por nosotros.

Si he de ser sincera con vosotros, no deseaba que viniese, porque temía perderla igual que perdí a Alleyne.

»Todavía lo temo —continuó Ellenroh Elesedil, alargando la mano y acariciando la mejilla de Wren—. Pero ya se encuentra entre nosotros, a pesar de mis temores, después de haber cruzado la inmensa extensión del Confín Azul y haberse enfrentado a la terrible amenaza de los demonios. Ya no cabe la menor duda de que ha sido enviada para salvarnos, como predijo Eowen Cerise. —Hizo una pausa—. Wren todavía no acaba de creerlo ni de entenderlo. —Intercambió una cálida mirada con su nieta—. Ha venido a Arborlon por sus propios motivos. El espíritu de Allanon la llamó y le encargó que nos buscara. Las Cuatro Tierras, según parece, sufren el acoso de sus propios demonios, unas horribles criaturas llamadas umbríos. El espíritu de Allanon asegura que nuestra presencia es necesaria para que no sucumban las Cuatro Tierras.

—Lo que suceda en las Cuatro Tierras no es problema nuestro, mi señora —puntualizó Eton Shart con voz serena.

—En efecto, primer ministro, eso es exactamente lo que llevamos repitiendo una y otra vez desde hace más de cien años, ¿verdad? —respondió la reina, volviéndose hacia él—. Pero ¿no podemos estar equivocados? ¿Qué ocurrirá si nuestro problema es también el suyo? ¿Qué ocurrirá si, en contra de lo que siempre hemos creído, los destinos de todos estuviesen vinculados entre sí y la supervivencia de todos dependiera de que podamos forjar un lazo común? Wren, di a los reunidos cómo has llegado a encontrarme. Cuéntales todo lo que te dijeron el anciano y el espíritu del druida. Háblales también de las piedras élficas. Este es un buen momento para hacerlo. Ya es hora de que lo sepan.

Wren relató una vez más cómo Garth y ella habían llegado a Arborlon, empezando por los sueños enviados por el espíritu del druida y terminando con el descubrimiento de su propia identidad. Habló con voz insegura de las piedras élficas, dudosa de que fuera adecuado revelar su existencia. Pero la reina la alentó con gestos aprobadores cuando empezó, por lo que no omitió ningún detalle. Terminó, y todos siguieron en silencio, intercambiando miradas vacilantes. Gavilán la miraba como si la viera por primera vez.

—¿Comprendéis ahora por qué pienso que es imposible seguir ignorando lo que ocurre fuera de Morrowindl? —inquirió la reina con voz serena.

—Mi señora, creo que lo comprendemos —dijo el Búho—, pero ahora necesitamos oír la solución que propones.

—Sí, Aurino Estriado, así es —respondió la reina, con un asentimiento y una breve pausa, durante la cual un profundo silencio sobrevoló la sala del Consejo—. No nos queda nada que hacer en Morrowindl. Por tanto, ha llegado el momento de que nos marchemos, de que emprendamos el retorno al viejo mundo para volver a establecernos en él. Nuestros días de desaparición y aislamiento han terminado. Es hora de volver a utilizar la Loden.

—¡Tía Ell, no! —exclamó Gavilán, poniéndose de pie como movido por un resorte—. ¡No podemos abandonarlo todo! ¿Cómo podemos saber que la Loden conserva su poder después de tanto tiempo? ¡Es solo una leyenda! ¿Y la magia de la Quilla? ¡Si nos marchamos, se perderá! ¡No podemos hacer eso!

Wren oyó que Barsimmon Oridio manifestaba su acuerdo con la opinión de Gavilán por medio de un gruñido.

—¡Gavilán! —repuso Ellenroh, furiosa—. Estamos celebrando un consejo. ¡Has de dirigirte a mí como corresponde!

—Perdón, mi señora —se excusó Gavilán, sonrojándose.

—¡Ahora siéntate! —le ordenó la reina, y Gavilán obedeció—. Me parece que nuestra crisis actual se debe a la indecisión. Hemos permanecido inactivos durante demasiado tiempo. Hemos dejado que el destino decida por nosotros. Hemos estado utilizando la magia para luchar, incluso después de que fuera evidente que no podíamos seguir dependiendo de ella.

—¡Mi señora! —se apresuró a advertirle Eton Shart, con el rostro demacrado.

—Sí, lo sé —respondió Ellenroh.

No miró directamente a Wren, pero la muchacha pudo leer claramente en sus ojos que la advertencia que le habían hecho se refería a ella.

—Mi señora, ¿nos estás pidiendo que renunciemos por completo a la magia?

—Ya no nos es útil seguir conservándola, ¿no es verdad, primer ministro? —respondió la reina con un gesto cortante.

—Pero, como dice Gavilán, no podemos saber si la Loden actuará como esperamos cuando llegue el momento.

—Nada perderemos si falla, salvo, quizá, la oportunidad de escapar.

—Pero escapar, mi señora, no es necesariamente la respuesta que estamos buscando. Tal vez podamos recurrir a otra fuente...

—Eton —lo interrumpió la reina—, piensa en lo que estás sugiriendo. ¿Qué otra fuente existe? ¿Propones que invoquemos más magia aún? ¿O tal

vez que usemos de otro modo la que ya tenemos y la convirtamos en algún nuevo horror? ¿O acaso hemos de buscar la ayuda en las mismas personas que abandonamos a merced de la Federación hace años?

—Seguimos contando con el ejército, mi señora —dijo Barsimmon con la cara enrojecida por la indignación.

—Sí, Bar, tenemos el ejército. Por el momento. Pero no podemos devolverles la vida a quienes la han perdido. Carecemos de esa magia. Cada nuevo asalto acaba con la vida de numerosos soldados. Los demonios parecen materializarse del aire. Si seguimos aquí, no nos durará mucho el ejército.

»Sé lo que os estoy pidiendo —prosiguió la reina, esbozando una irónica sonrisa—. Si devolvemos Arborlon y a los elfos al mundo de los hombres, de las Cuatro Tierras y de sus razas, perderemos la magia. Volveremos a ser lo que éramos en los viejos tiempos. Pero quizás eso sea suficiente. Quizá sea así como tiene que ser.

Los que estaban sentados en torno a la mesa miraron a su reina en silencio, reflejando en sus rostros una mezcla de ira, duda y admiración.

—Yo no entiendo nada de magia —intervino Wren, incapaz de seguir callada mientras las preguntas se acumulaban en su interior—. ¿Qué queréis decir con eso de que la magia se perderá si abandonáis Morrowindl?

—Se me olvida, Wren, que no te han educado en la sabiduría élfica y que tus conocimientos sobre los orígenes de la magia son aún muy pobres —respondió la reina, volviéndose hacia ella—. Haré todo lo posible por exponértelo de forma sencilla. Si yo invoco a la Loden, como tengo intención de hacer, Arborlon y los elfos quedarán concentrados en el interior de la piedra élfica para realizar el viaje de regreso a la Tierra del Oeste. Cuando eso suceda, la magia que protege a la ciudad desaparecerá. La única que quedará entonces será la que emana de la Loden, que protegerá lo que transporte en su interior. Cuando Arborlon sea restablecida, esa magia desaparecerá también. La Loden, compréndelo, solo puede utilizarse de una manera. Si no es así, su magia se extingue.

—Pero, si es así, ¿cómo pudo reparar la brecha que abrieron en la Quilla los demonios? ¿Puedes explicármelo? —preguntó Wren, con un gesto de incompreensión.

—Desde luego. Me apropié de parte de la misma magia que la Loden necesita para transportar la ciudad y sus habitantes. En resumen, robé parte de su poder. Pero usar ese poder para reforzar la Quilla ha supuesto un desgaste de la energía que se necesita para el verdadero uso de la piedra. —Ellenroh se detuvo—. Wren, ahora ya sabes que los elfos recuperaron una parte de la

magia que utilizaban en la época fantástica. Lo hicieron así después de descubrir que las fuentes de la magia eran la tierra y sus elementos. Ya antes de que llegáramos a Morrowindl, hace años, mucho antes de que yo naciera, se tomó la decisión de intentar recuperarla. —Hizo una breve pausa—. Ese esfuerzo no obtuvo los resultados deseados, por lo que el proyecto acabó por abandonarse por completo, y la magia sobrante se empleó para fortalecer la Quilla. Pero la magia solo perdura mientras es realmente necesaria. Cuando desaparezca la ciudad, la magia de la Quilla será innecesaria y, por tanto, desaparecerá.

—¿Y no puede recuperarse cuando hayamos regresado a la Tierra del Oeste?

—No, Wren. Nunca más —respondió Ellenroh con una dura expresión reflejada en su rostro.

—Das por hecho... —intervino Gavilán.

—¡Nunca! —lo interrumpió Ellenroh, y el joven guardó silencio.

—Mi señora —dijo Eton Shart para atraer la atención de la reina con gentileza—. Aun suponiendo que hagamos lo que nos propone e invoquemos el poder de la Loden, ¿qué probabilidades tenemos de llegar a la Tierra del Oeste? Hay demonios por todas partes. Como muy bien has dicho, apenas hemos sido capaces de defendernos dentro de las murallas de la ciudad. ¿Qué sucederá cuando esas murallas desaparezcan? ¿Será nuestro ejército lo bastante fuerte para llevarnos con vida hasta las playas? ¿Y qué será de nosotros entonces, sin embarcaciones ni guías?

—El ejército no podrá defender las playas durante mucho tiempo, mi señora —subrayó Barsimmon Oridio.

—Es cierto, Bar, no podrá —admitió la reina—. Pero no propongo que utilicemos el ejército para ello. Creo que nuestra mejor alternativa es salir de Morrowindl de la misma forma que entramos, es decir, cobijados todos en la Loden, excepto el pequeño grupo que se encargará de transportarla.

Entonces se produjo un opresivo silencio.

—¿Un pequeño grupo, mi señora? —preguntó Barsimmon Oridio, que no podía salir de su asombro—. ¡No tendrá ninguna posibilidad de éxito!

—Tal vez sí —dijo en voz baja Aurino Estriado.

—En efecto, Aurino —respondió la reina, esbozando una sonrisa—. Después de todo, mi nieta es prueba irrefutable de que es posible. Pasó entre los demonios sin contar con otra ayuda que la de su amigo Garth. La verdad es que un pequeño grupo tiene más posibilidades de conseguirlo que todo un ejército. Puede viajar sin ser visto; un viaje accidentado y peligroso, pero

factible. En cuanto a lo que pueda suceder una vez que ese pequeño grupo alcance las playas, Wren ya ha tomado las precauciones oportunas. El jinete alado Tigre Ty estará allí con su roc para llevar al menos a uno de nosotros con la Loden a un lugar seguro. Otros jinetes alados pueden transportar al resto. Después de meditar a fondo, creo que esta es la mejor solución a nuestro problema. Pienso, amigos míos, que no nos queda otra opción.

Gavilán negó con la cabeza. Ahora estaba calmado, y su hermoso rostro reflejaba una gran tranquilidad.

—Mi señora, soy consciente de lo desesperada que es la situación. Pero si fracasa esa arriesgada travesía que propone, desaparecerá para siempre el pueblo elfo. Si sucumbe el equipo que transporte la Loden, el poder de la piedra élfica nunca podrá ser invocado, y la ciudad y sus habitantes quedarán sepultados en su interior. Creo que no podemos correr ese riesgo.

—¿Por qué no, Gavilán? —preguntó la reina en voz baja.

—Sería menos arriesgado invocar magia nueva de la tierra —respondió él, levantando las manos para contener la áspera protesta de la reina—. Soy consciente de los peligros que implica. Pero quizá tengamos éxito esta vez. Es posible que ahora la magia sea lo bastante fuerte para conservarnos a salvo dentro de la Quilla y mantener bloqueados en el exterior a los seres oscuros.

—¿Durante cuánto tiempo, Gavilán? ¿Puede que un año más? ¿Quizá dos? ¿Y nuestro pueblo seguirá prisionero en la ciudad?

—Es preferible que esté prisionero a extinto. En el plazo de un año tal vez seamos capaces de encontrar una forma de controlar la magia de la tierra. Debe de haber un medio para hacerlo, mi señora. Solo necesitamos descubrirlo.

—Hace más de un siglo que nos estamos engañando con esas falsas esperanzas —respondió la reina, sacudiendo la cabeza con pesadumbre—, pero nadie ha encontrado la solución. Mira en lo que nos hemos convertido. ¿Es que nunca vamos a aprender la lección?

Wren no acababa de comprender lo que estaban diciendo, aunque sí lo suficiente para darse cuenta de que, en algún momento de su dilatada trayectoria, los elfos habían tenido graves problemas con la magia que habían invocado. Ellenroh afirmaba que debían renunciar a su uso, mientras que Gavilán creía que era conveniente volver a intentar dominarla. Aunque nadie se lo había dicho, Wren estaba segura de que los demonios eran el eje de la disputa.

—Búho —dijo la reina, dirigiéndose de repente a Aurino Estriado—. ¿Qué opinión te merece mi plan?

—Creo que es factible, mi señora —respondió el Búho, encogiéndose de hombros—. He pasado muchos años fuera de las murallas de la ciudad y sé que un hombre solo puede viajar por las tierras de los demonios sin que lo descubran. Creo que un grupo reducido también podría conseguirlo. Como muy bien has dicho, Wren y Garth han llegado sanos y salvos desde la playa. Estoy convencido de que también pueden regresar a ella sin sufrir ningún daño.

—¿Está insinuando que debemos entregar la Loden a esta muchacha y a su amigo? —preguntó Barsimmon Oridio con incredulidad.

—Parece una decisión razonable, ¿no crees? —respondió Ellenroh con la mayor naturalidad. Después miró a Wren, quien se consideraba la persona menos adecuada—. Pero, desde luego, antes tendría que aceptar ella la misión —prosiguió Ellenroh como si leyera el pensamiento de la joven—. En cualquier caso, creo que el grupo debe estar integrado por más de dos personas.

—¿Cuántas? —inquirió el comandante de los elfos.

—Sí, ¿cuántas? —insistió Eton Shart.

La reina esbozó una sonrisa, y Wren supo lo que estaba pensando. Había conseguido que consideraran su propuesta, en lugar de que se limitaran a refutarla. No habían estado de acuerdo con nada de lo que la reina había dicho, pero al fin discutían las menudencias.

—Nueve —respondió la reina—. El número élfico de la suerte. La cantidad idónea para garantizar el éxito de la misión.

—¿Quiénes integrarían el grupo? —preguntó Barsimmon Oridio con voz serena.

—Tú no, Bar —contestó la reina—. Ni tampoco tú, Eton. Este es un viaje para personas jóvenes. Deseo que permanezcáis en la ciudad con sus habitantes. Todo será nuevo para ellos. Al fin y al cabo, la Loden solo es una leyenda para el pueblo. Alguien debe mantener el orden durante mi ausencia, y vosotros sois los más indicados.

—¿Es que piensa formar parte del grupo, mi señora? —preguntó Eton Shart—. ¿Está dispuesta a emprender ese viaje que solo es adecuado para jóvenes?

—No seas tan crítico, primer ministro —dijo Ellenroh con voz amable—. Es evidente que debo hacerlo. El báculo Ruhk está a mi cargo y soy yo quien puede invocar el poder de la Loden. Además, yo soy la reina, y como tal es mi obligación asegurarme de que mis súbditos y mi ciudad sean devueltos sanos

y salvos a la Tierra del Oeste. Por otra parte, el plan es mío, por lo que no puedo defenderlo y después dejar que sean otros los que lo lleven a cabo.

—Mi señora, no creo que... —empezó a objetar Aurino Estriado.

—Búho, por favor, no sigas —lo interrumpió Ellenroh Elesedil con expresión severa—. Estoy segura de poder expresar, palabra por palabra, cada una de las objeciones que estás a punto de exponer, así que no te molestes en hacerlo. Si lo juzgas necesario, puedes explicármelas durante el camino, ya que espero que tú también me acompañes en el viaje.

—No sé si yo... —respondió el Búho, con su arrugada cara nublada por la duda.

—No hay nadie que esté mejor preparado que tú, Aurino Estriado, para sobrevivir fuera de las murallas. Tú serás nuestros ojos y nuestros oídos en el exterior, estimado amigo.

El Búho respondió con un asentimiento.

—Triss, os necesito a ti, a Cort y a Dal para que custodiéis la Loden y nos protegáis —dijo la reina, mirando a su alrededor—. Ya somos, por tanto, cinco personas. Eowen también estará en el grupo. Quizá necesitemos contar con sus visiones para sobrevivir. Gavilán —miró a su sobrino—, me gustaría que tú también vinieras.

—A mí también me gustaría, mi señora —respondió Gavilán, sorprendiendo a todos los presentes con una radiante sonrisa.

—Gavilán, puedes volver a llamarme tía Ell a partir de esta noche —dijo Ellenroh, rebotando de satisfacción—. Y tú, niña, ¿vendrás también con nosotros, junto con tu amigo Garth? —preguntó la reina a su nieta, volviéndose hacia ella—. Necesitamos vuestra ayuda. Habéis logrado sobrevivir a vuestro viaje desde la playa, por lo que habéis adquirido algunos conocimientos muy valiosos sobre el mundo exterior, y esa experiencia es crucial. Además, es a ti a quien el jinete alado prometió volver a buscar. ¿Te estoy pidiendo demasiado?

Wren guardó silencio durante un breve instante. No se molestó en mirar a Garth. Sabía que él aceptaría la decisión que tomara, fuera cual fuese. Sabía también que ella no había recorrido el largo camino hasta Arborlon para acabar sus días encerrada allí, que Allanon no la había enviado para que se escondiera y que no había tomado posesión de las piedras élficas para no volver a utilizarlas en el futuro. La vida real era muy dura y exigente. No había sido enviada como una simple mensajera, ni para que se limitara a averiguar sus orígenes. Su papel en el asunto, fuera de su agrado o no, acababa de empezar.

—Puedes contar con Garth y conmigo —respondió Wren.

Creyó advertir en su abuela un fuerte impulso de abrazarla, pero la reina permaneció erguida en su silla y se limitó a esbozar una sonrisa. Sin embargo, lo que Wren pudo ver en sus ojos fue más gratificante que cualquier abrazo.

—¿Estamos todos de acuerdo con el proyecto? —preguntó de repente Eton Shart desde el otro extremo de la mesa.

La sala estaba en silencio cuando Ellenroh Elessedil se levantó. Se quedó de pie ante ellos, con el orgullo y la confianza en sí misma reflejados en sus bellas facciones, en su actitud y en el destello de sus ojos. En aquellos momentos, Wren pensó que su abuela era hermosa, con esos rizos dorados que le caían como una cascada sobre los hombros, las vestiduras que le colgaban hasta los pies y las arrugas del rostro atenuadas y suavizadas por la combinación de luces y sombras.

—Lo estamos, Eton —respondió la reina sin levantar la voz—. Os he pedido que os reunierais conmigo para escuchar mi decisión. Me había propuesto renunciar al plan si no conseguía convencerlos. Sin embargo, ahora creo que hubiera seguido adelante aunque no lo hubiera conseguido; no por arrogancia ni por crearme infalible, sino por amor a mi pueblo y temor a que pudiera perecer por mi culpa. Tenemos una oportunidad de salvarnos, como le fue revelado a Eowen en su visión. Con su venida, Wren nos ha anunciado la llegada del momento crítico. Todo lo que somos, e incluso lo que podríamos ser, corre un gran riesgo sea cual fuere la decisión que tomáramos, pero prefiero afrontarlo actuando que permaneciendo pasiva. Amigos míos, estoy segura de que el pueblo de los elfos sobrevivirá. La nación élfica no sucumbirá jamás.

»¿Aceptáis mi propuesta? —preguntó Ellenroh Elessedil, mirando uno por uno a todos los asistentes al Consejo, con una radiante sonrisa dibujada en el rostro.

Se fueron levantando uno tras otro para manifestar su acuerdo. El primero en hacerlo fue Aurino Estriado, y a continuación lo siguieron Triss, Gavilán, Eton Shart y Barsimmon Oridio, después de una breve vacilación y con evidente recelo. Wren fue la última, porque estaba tan absorta en la escena que olvidó por un momento que también formaba parte de ella.

—No podría desear mejores amigos —dijo la reina, haciendo un gesto de aprobación—. Os amo a todos. —Mantuvo el báculo Ruhk frente a ella—. No podemos perder ni un minuto. Disponemos de un día para avisar a nuestro pueblo, prepararnos y tomar las medidas oportunas para el futuro que nos espera. Ahora podéis retiraros a descansar, porque la noche ya toca a su fin.

Dio la espalda a sus súbditos, y se dirigió a la salida de la sala. En silencio, todos siguieron su paso con la mirada.

Wren se quedó rezagada a la salida del Consejo Supremo, con la mirada perdida en el brillante firmamento cuajado de estrellas y pensando que apenas lograba recordar su vida anterior a la búsqueda de los elfos, cuando Gavilán se acercó a ella. Todos los asistentes a la reunión se habían marchado ya, excepto Garth, que estaba apoyado contra un árbol un poco apartado, mirando a la ciudad. Wren había buscado a Eowen con la intención de hablar con ella, pero la vidente no se veía por ninguna parte. Se volvió hacia Gavilán, dispuesta a hablar con él, a formularle las preguntas para las que tanto ansiaba encontrar una respuesta.

—Pequeña Wren —saludó Gavilán con una ironía no exenta de ansiedad, esbozando su sonrisa fácil—, ¿también tú ves nuestro futuro con las mismas esperanzas que Eowen?

—No estoy segura de querer verlo precisamente ahora —respondió la joven encogiéndose de hombros.

—¡Hummm...! Sí, quizá tengas razón. No promete ser tan plácido y benigno como esta noche, ¿verdad? —Se cruzó de brazos y la miró a los ojos—. ¿Qué vamos a encontrarnos cuando estemos fuera de estas murallas? Nunca he estado al otro lado, ¿sabes?

—Demonios —respondió Wren, con el ceño fruncido—. Bruma, fuego, ceniza y roca volcánica hasta que llegemos a los acantilados; a continuación, pantanos y selvas; y después lo que más abunda es la niebla de ceniza. Gavilán, no deberías haberte ofrecido para acompañarnos.

—¿Y tú sí? —inquirió el joven, riéndose alegremente—. No, Wren, quiero morir como un hombre, sabiendo lo que ha sucedido, no preguntándomelo al amparo de la magia protectora de la Loden, suponiendo que llegue a funcionar. Estoy deseando verlo. Nadie está seguro de que funcione, ni siquiera la reina. Tal vez no pase nada cuando la invoque.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad?

—No. La magia actúa siempre que la invoca Ellenroh, o, al menos, casi siempre.

—Háblame de la magia, Gavilán —le pidió Wren—. ¿Qué inconvenientes tiene? ¿Por qué nadie quiere hablar de ella?

—¿Puedes imaginarte lo que supondrá para los elfos que tía Ell invoque la magia de la Loden? —preguntó a su vez Gavilán, metiéndose las manos en los bolsillos de la túnica; daba la impresión de que se encogía al hacerlo—. Ninguno de ellos vivía cuando se transportó Arborlon desde la Tierra del

Oeste. Ninguno ha visto jamás las Cuatro Tierras. Solo unos pocos recuerdan cómo era Morrowindl cuando estaba libre de toda contaminación y de demonios. La ciudad es todo lo que conocen. Imagínate cómo se sentirán cuando los saquen de la isla y los instalen de nuevo en la Tierra del Oeste. Imagínatelo. Se sentirán aterrorizados.

—Tal vez no —dijo Wren.

—Perderemos todo lo que conocemos cuando eso suceda —prosiguió Gavilán, ignorando el comentario de su prima—. La magia nos ha mantenido durante toda nuestra vida. Lo hace todo por nosotros. Purifica el aire, nos protege contra las inclemencias del tiempo, mantiene la fertilidad de los campos, alimenta las plantas y los animales del bosque y además nos abastece de agua. Todo. ¿Qué será de nosotros cuando todo eso se pierda?

Wren comprendió entonces la verdad. Estaba aterrorizado. No podía concebir la vida fuera de la Quilla, la existencia de un mundo sin demonios, donde la naturaleza proporcionase todo aquello que ahora obligaba a los elfos a depender de la magia.

—Gavilán, todo saldrá bien —dijo voz serena—. Las cosas de las que ahora disfrutáis existían antes. La magia solo os proporciona aquello de lo que podréis disfrutar de nuevo si se restaura el equilibrio de la naturaleza. Ellenroh tiene razón. Los elfos no podrán sobrevivir si permanecen en Morrowindl. Tarde o temprano, la Quilla fallará. Y es posible que las Cuatro Tierras tampoco puedan sobrevivir sin los elfos. Quizá los destinos de las razas estén interrelacionados, como sugirió Eowen. Quizá fue eso lo que vio Allanon cuando me encomendó la misión de buscaros.

—Yo comprendo la magia, Wren —respondió Gavilán, con los ojos fijos en los de la joven. El miedo había desaparecido, pero reflejaban una gran preocupación—. Tía Ell piensa que la magia es muy peligrosa e imprevisible. Pero yo la comprendo, y creo que podría encontrar la forma de controlarla.

—Dime por qué la asusta —insistió Wren—. ¿Por qué piensa que es peligrosa?

—No, Wren. No puedo decírtelo —respondió Gavilán, negando con la cabeza tras dudar durante un breve instante—. He jurado no hacerlo. Eres una elfa, pero... es mejor para ti que no lo sepas nunca, puedes creerme. La magia no es lo que parece. Es demasiado...

Levantó las manos como si quisiera olvidarse del tema, frustrado e impaciente. Luego, de pronto, su estado de ánimo cambió y se mostró optimista.

—Pregúntame sobre cualquier otra cosa y te responderé abiertamente. Sobre cualquier cosa.

—No quiero preguntarte sobre ninguna otra cosa —respondió Wren visiblemente enfadada, cruzándose de brazos—. Quiero que contestes a la pregunta que te he formulado.

—Wren, eres como tu madre, Alleyne —dijo Gavilán, acercándose tanto a la muchacha que casi se rozaron, mientras una chispa de humor danzaba en sus oscuros ojos—. No me cabe la menor duda. Decidida hasta el fin.

—Entonces, respóndeme.

—No te das por vencida, ¿verdad?

—¡Gavilán!

—Si tanto te empeñas en conseguir una respuesta, no podrás ver lo que tienes ante tus mismas narices.

Wren titubeó, confusa.

—Mírame —dijo Gavilán.

Se miraron en silencio, sondeándose de un modo que trascendía las palabras. Wren sintió el calor de su aliento y vio cómo se expandía y contraía su pecho.

—Dímelo —insistió la muchacha.

Sintió el suave y firme contacto de sus manos cuando la cogió por los brazos. Luego su rostro se inclinó sobre ella y la besó.

—No —dijo el joven en voz baja, dirigiéndole una sonrisa fugaz y vacilante, y desapareció en la noche.

Al mediodía siguiente, todos los habitantes de Arborlon conocían la decisión que había tomado Ellenroh Elesedil de invocar el poder de la Loden y transportar a los elfos y su ciudad natal a la Tierra del Oeste. La reina había transmitido la noticia al despuntar el alba, enviando mensajeros hasta los rincones más alejados de su asediado reino. Barsimmon Oridio había comunicado la noticia personalmente a los oficiales y soldados de su ejército; Triss, a los miembros de la Guardia Real; Eton Shart, al resto de los miembros del Consejo Supremo y, a través de estos, a los funcionarios que prestaban sus servicios en las dependencias administrativas del gobierno. Gavilán, por su parte, se había encargado de comunicársela al sector mercantil, en una reunión que convocó con los dirigentes financieros y las comunidades de campesinos. Cuando después de desayunar Wren salió a pasear por las calles de la ciudad, ese era el tema de conversación en todos los grupos y corrillos.

La reacción de los elfos le pareció admirable. No daban muestras de pánico ni de desesperación, ni siquiera oyó una sola amenaza o reproche contra la reina por haber tomado aquella decisión. Por supuesto, en el ambiente flotaba cierta inquietud y una razonable dosis de duda. Ninguno de aquellos elfos vivía cuando Arborlon fue transportada de la Tierra del Oeste y, aunque todos habían oído contar en innumerables ocasiones la historia del éxodo a Morrowindl, pocos se habían planteado la posibilidad de volver a emigrar, en esta ocasión deshaciendo el camino que un día recorrieron. Aunque la ciudad estaba asediada por los demonios y la vida había sufrido cambios drásticos desde el reinado del padre de Ellenroh, entre las preocupaciones por el futuro no se encontraba volver a utilizar la magia de la Loden. Por tanto, los ciudadanos hablaban de marcharse como si la idea fuera completamente nueva, un proyecto recién concebido. La mayoría de las

conversaciones que Wren pudo escuchar durante su paseo admitían que, si Ellenroh Elesedil pensaba que aquello era lo mejor, así debía de ser. Era una muestra de la confianza que los elfos habían depositado en su reina el que aceptaran su propuesta con tanta docilidad, sobre todo teniendo en cuenta lo drástico de la misma.

—Será una experiencia agradable poder salir de la ciudad —decían muchos—. Llevamos demasiado tiempo encerrados tras estas murallas.

—Así tendremos la oportunidad de viajar y ver mundo —afirmaban otros—. Siento mucho cariño hacia mi tierra, pero me gustaría conocer otros lugares.

Pudo escuchar más de una alusión a cómo sería la vida sin la constante amenaza de los demonios, en un mundo donde los seres oscuros no fueran más que un recuerdo y los jóvenes pudieran crecer sin tener que aprender que la Quilla era imprescindible para sobrevivir y que nunca podrían traspasar sus murallas. Algunos expresaban su preocupación sobre qué pasaría cuando se activara la magia, o incluso ponían en duda el que llegase a funcionar, pero la mayoría parecían sentirse satisfechos con la promesa de la reina de que la vida en la ciudad no sufriría ningún cambio durante el viaje, de que la magia los protegería y aislaría contra cualquier peligro exterior y todo permanecería igual, aparte de que en lugar de la Quilla habría una oscuridad que nadie podría atravesar hasta que la magia de la Loden volviera a ser invocada.

Vio a Aurino Estriado en el mercado, y corrió tras él. El Búho estaba levantado desde el amanecer, reuniendo las provisiones que necesitarían los nueve viajeros para realizar su viaje a través de las laderas del Killeshan hasta llegar a la playa. Su tarea no era fácil, porque la reina había ordenado que solo llevaran lo que pudieran transportar sobre la espalda, afirmando que la rapidez y la agilidad serían sus mejores aliados para esquivar a los demonios.

—La magia, tal como yo la entiendo, funciona de esta forma —le dijo el Búho durante el trayecto de regreso al palacio—. Cuando se invoca, se produce una envoltura y un traslado. Una vez que acude, protege contra las intrusiones del exterior como una concha. No solo transporta la ciudad con todos sus componentes, sino que la retiene en su interior hasta que se retira el hechizo. Se produce una especie de congelación del tiempo. De esa forma no se siente nada de lo que sucede durante el viaje; se pierde toda sensación de movimiento.

—Entonces, ¿la vida en la ciudad continuará desarrollándose como antes? —preguntó Wren, intentando imaginar lo que sucedería.

—En gran medida, así es. No habrá noches ni días, solo penumbra, como si el cielo estuviese nublado. Eso es lo que me ha asegurado la reina. Hay aire, agua y todo lo necesario para vivir, todo protegido cuidadosamente por una especie de capullo.

—¿Qué sucederá cuando llegue a su destino?

—La reina retirará el hechizo de la Loden y la ciudad se restablecerá.

—Suponiendo que la información de Ellenroh sobre la magia sea cierta —dijo Wren, mirando al Búho.

—Eres demasiado joven para ser tan escéptica —respondió el Búho, con un suspiro y un gesto de resignación—. Por otra parte, Wren, ¿qué más da si la reina está equivocada? Estamos atrapados en Morrowindl sin esperanza, ¿no es cierto? Una minoría podría salvarse escabullándose entre los seres oscuros, pero todos los demás perecerían. Necesitamos creer en la magia, muchacha, porque no tenemos otra posibilidad de salvación.

Wren se separó del Búho cuando se acercaron a las puertas del palacio. El elfo prosiguió su camino con los ojos cansados y los hombros caídos; su sombra, estrecha y desgarrada, se proyectaba en la tierra como un reflejo de sí mismo. Le caía bien Aurino Estriado. Era de trato fácil y cómodo como la ropa vieja. Confiaba en él. Si alguien podía ayudarles a salvar los obstáculos del viaje que planeaban, ese era el Búho.

Se alejó del palacio y se dirigió hacia los Jardines de la Vida, distraída. Cuando se levantó no había avisado a Garth, sino que había salido del dormitorio en busca de la reina. Pero como Ellenroh Elesedil estaba ilocalizable, decidió dar un paseo por las calles de la ciudad. Ahora, tras concluir el paseo, se dio cuenta de que deseaba y necesitaba estar sola. Dejó que su mente vagara mientras se adentraba en los jardines desiertos y subía la suave pendiente que conducía a Ellcrys. Sus pensamientos, como le había pasado desde el mismo momento en que se había despertado, volvieron a centrarse en Gavilán Elesedil. Se detuvo un momento, dibujándolo en su mente. Al cerrar los ojos sintió como si la besara de nuevo. Respiró profundamente y después dejó salir poco a poco el aire de los pulmones. Solo la habían besado un par de veces en su vida; siempre había estado demasiado ocupada con su entrenamiento, aislada y sumida en sus quehaceres, para preocuparse por asuntos amorosos. No había tenido tiempo para cultivar amistades, y la verdad era que tampoco le habían interesado demasiado. «¿Por qué?», se preguntó de repente. Pero también sabía que eso era como preguntarse por qué el cielo era azul.

Abrió los ojos y siguió caminando.

Cuando llegó ante Ellcrys, la observó durante un rato antes de sentarse a su sombra. Le gustaba Gavilán Elessedil; tal vez le gustara demasiado. El sentimiento parecía instintivo, y desconfió de su inesperada intensidad. Sin apenas conocerlo, pensaba en él más de lo debido. La había besado, y ella había aceptado el beso. Pero se sentía enojada, porque le ocultaba lo que sabía sobre la magia y los demonios, se negaba a compartir aquella información con ella, un secreto que tantos elfos guardaban: Ellenroh, Eowen y el Búho entre ellos. Pero la reticencia de Gavilán la afectaba mucho más porque había sido él quien le había ofrecido su amistad, quien le había prometido responder a sus preguntas, quien la había besado con su consentimiento, pero también quien había faltado a su palabra. Interiormente se rebelaba ante la traición y, sin embargo, deseaba perdonarlo, excusarlo y darle la oportunidad de contarle la verdad cuando lo juzgase oportuno.

Pero ¿qué diferencia había entre la actitud de Gavilán y la de su abuela?, se preguntó de repente. ¿No había utilizado el mismo razonamiento con los dos?

Tal vez los sentimientos que le inspiraban no fuesen tan diferentes.

La idea la turbaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, y se apresuró a apartarla de su mente.

Había silencio y calma en los jardines, frescos y acogedores bajo la sedosa cobertura de Ellcrys, cercados de árboles y macizos de flores. Dejó que sus ojos vagaran por el manto de colores que formaban los jardines, observó cómo se extendían por la tierra a pinceladas, algunas anchas y cortas, otras finas y curvadas, llena de arriates que reverberaban a la luz del día. El sol resplandecía en un cielo despejado y azul, y el aire era cálido y fragante. Wren lo aspiraba lenta y cuidadosamente, saboreándolo, consciente de que todo aquello desaparecería aquella noche, de que cuando se invocase la magia de la Loden ella se vería sumida en la salvaje oscuridad de Morrowindl. Había conseguido olvidar durante un tiempo el horror que existía al otro lado de la Quilla, había ahuyentado de sus recuerdos el hedor a azufre, las fisuras humeantes de la costra de lava, el sofocante calor que el Killeshan irradiaba a través de la tierra, las tinieblas, la bruma cenicienta y los gruñidos y carraspeos de los demonios al acecho. Se encogió al sentir que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. No quería regresar a ese mundo. Sentía que la esperaba como un ser vivo, agazapado con paciencia y decidido a atraparla, seguro de que acabaría por salir.

Volvió a cerrar los ojos y esperó a que se apaciguaran esos sentimientos negativos. Reconstruyó gradualmente su decisión, calmándose y diciéndose

que no estaría sola, que se protegerían unos a otros, que el descenso por las montañas sería breve y después estarían a salvo de cualquier peligro. ¿No había conseguido llegar hasta Arborlon sin sufrir ningún daño? ¿Por qué no iba a conseguir regresar hasta la playa del mismo modo?

Sin embargo, persistían las dudas, insistentes murmullos que repetían una y otra vez la advertencia que la Víbora le había hecho en Grimpen Ward. «¡Cuidado, elfa! Veo que el peligro se cierne sobre tu cabeza, tiempos difíciles y traiciones inimaginables».

«No confíes en nadie».

Pero si actuaba según la advertencia de la Víbora, si seguía su consejo y no confiaba en nadie, no podría dar ni un solo paso. Quedaría aislada de todo el mundo, y no creía que pudiera soportarlo.

¿Hasta dónde alcanzaba la visión que había tenido la Víbora sobre su futuro?, se preguntó con angustia. ¿Qué parte le había ocultado a Wren y se había guardado para sí?

Se puso de pie, dirigió una última mirada a Ellcrys y emprendió el camino de regreso. Descendió muy despacio por los Jardines de la Vida, guardando en su espíritu débiles sensaciones de su atmósfera apacible y reconfortante, luminosa y acogedora, y reservándolas para cuando las necesitase, para cuando se encontrara perdida en las tinieblas. Quería creer que no llegaría ese momento. Albergaba la esperanza de que la Víbora estuviese equivocada.

Pero no podía estar segura.

Poco después se encontró con Garth, y estuvo a su lado el resto del día. Hablaron largo y tendido de los próximos acontecimientos, rememoraron los peligros que conocían y debatieron qué necesitarían para el viaje de regreso a través de la locura del exterior. Garth parecía relajado y seguro de sí mismo, pero lo cierto era que siempre se mostraba así. Se comprometieron a estar siempre juntos, sucediera lo que sucediese.

A Gavilán solo lo vio una vez, y durante un momento. La tarde estaba ya muy avanzada, y el joven salía del palacio para ocuparse de otro de sus quehaceres cuando vio que Wren se acercaba por el prado. La saludó con una amplia sonrisa y un movimiento de la mano, como si todo se desarrollara con normalidad y no existiese el mal en el mundo. A pesar de la irritación que le producían a la joven sus desenfadados modales, le devolvió la sonrisa y el saludo. Sintió un fuerte deseo de hablar con él, pero la presencia de Garth y de los acompañantes de Gavilán le hizo cambiar de idea. Intentó volver a verlo, pero no lo consiguió. Cuando empezaba a anochecer, se encontró de nuevo sola en su alcoba, contemplando el avance de las sombras a través de la

amplia ventana y pensando que debería estar haciendo algo; se sentía atrapada y se preguntaba si debía luchar para liberarse. Garth se encontraba en la habitación contigua, y estaba a punto de pasar a verlo cuando se abrió la puerta y apareció la reina.

—Abuela —saludó Wren con alegría, sin conseguir disimular por completo el alivio que le proporcionaba su visita.

Ellenroh cruzó la estancia con paso majestuoso, sin decir palabra, y la estrechó entre sus brazos.

—Wren —dijo en voz baja, apretando su abrazo como si temiera que se escapara.

Después retrocedió unos pasos, sonrió para ocultar su tristeza, cogió a Wren de la mano y la condujo hasta la cama, donde se sentaron.

—Te he tenido muy abandonada durante todo el día. Te pido que me disculpes. Cada vez que me disponía a buscarte recordaba que tenía algo que hacer, alguna pequeña tarea que debía realizar antes de que anoheciera. —Hizo una breve pausa—. Wren, lamento haberte mezclado en este asunto. No está bien que carguemos sobre tus hombros nuestros problemas. Pero no tengo otra alternativa. Te necesito, niña. ¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar, abuela —respondió Wren, presa de una gran confusión, asintiendo con la cabeza—. Me comprometí yo misma cuando acepté traeros el mensaje que Allanon me había dado para vosotros. Sabía que, si lo escuchabais, tendría que acompañaros. Nunca se me ha ocurrido pensar otra cosa.

—Wren, me das tantas esperanzas... Me gustaría que Alleyne estuviera aquí para verte. Se habría sentido muy orgullosa. Posees su misma fortaleza y su determinación. —Frunció el ceño—. La añoro mucho. Hace años que desapareció y todavía me parece que solo ha salido un momento. A pesar del tiempo transcurrido, a veces me sorprende buscándola.

—Abuela —dijo Wren con voz serena, esperando que los ojos de la reina miraran directamente a los suyos—. Háblame de la magia. ¿Qué es lo que Gavilán, Eowen, el Búho, tú y todos los demás sabéis y yo no? ¿Por qué os asusta tanto?

Ellenroh Elesedil se tomó su tiempo para responder. Sus ojos adoptaron una dura expresión y todo su cuerpo se puso en tensión. Wren observó en ese momento la férrea voluntad que su abuela podía manifestar cuando la situación así lo requería, una actitud que contrastaba con su semblante juvenil y su delicada figura. Un incómodo silencio se asentó entre ellas. Wren

mantuvo la mirada firme, esforzándose por no apartarla, decidida a acabar de una vez por todas con los secretos que las separaban.

—Como decía, te pareces a Alleyne —respondió por fin la reina, esbozando una inesperada y amarga sonrisa. Soltó las manos de Wren como si quisiera fijar una frontera entre ambas—. Hay ciertas cosas que me gustaría decirte, pero no puedo. Al menos, todavía no. Tengo mis razones, y tendrás que aceptar mi palabra de que son poderosas. Por tanto, te diré lo que pueda y así debemos dar por zanjado el asunto.

»La magia es imprevisible, Wren —prosiguió la reina con un suspiro, dejando que se disolviera la amargura de su sonrisa—. Así era al principio y así es ahora. Tú sabes, por las leyendas de la espada de Shannara y de las piedras élficas, que la magia no es una constante ni actúa siempre de la forma prevista, sino que se manifiesta de las maneras más sorprendentes y evoluciona con el uso y el paso del tiempo. Es una verdad que parece eludirnos continuamente, que tenemos que recordar una y otra vez. Cuando los elfos vinieron a Morrowindl, decidieron recuperar la magia, redescubrir las tradiciones y seguir el modo de vida de sus antepasados. El problema, por supuesto, residía en que ese modo de vida se había perdido hacía mucho tiempo y nadie conocía los métodos. Recuperar la magia fue una misión más fácil de lo que se esperaba, pero controlarla después sería una cuestión diferente. Se hicieron diversos intentos, y muchos de ellos fracasaron. En uno de esos fracasados experimentos aparecieron los demonios. Todo se debió a una desafortunada negligencia, pero no por eso el hecho era menos grave. Una vez presentes, no hubo manera de expulsarlos. Crecieron, se multiplicaron y lograron sobrevivir pese a todos los esfuerzos para exterminarlos.

Hizo una mueca de resignación, como si viera desfilar ante sus ojos todos esos esfuerzos.

—Te preguntarás por qué no podemos devolverlos al lugar del que salieron, ¿verdad? La magia no actúa de ese modo, no ofrece una solución tan fácil. Gavilán, entre otros, cree que pueden obtenerse mejores resultados si se hacen nuevos experimentos, que el ensayo y error acabará proporcionándonos un medio para derrotar a esas horribles criaturas. Pero yo no estoy de acuerdo. Yo comprendo la magia, Wren, pues la he utilizado y conozco hasta dónde llega su poder. Me asusta porque, en realidad, no tiene límites. Nos empequeñece como criaturas mortales; carece de las limitaciones de nuestra humanidad. Es más fuerte que nosotros y sobrevivirá mucho después de que todos hayamos muerto. No confío en ella más allá de lo que ya sé por

experiencia y de lo que debo hacer por necesidad. Creo que, si seguimos explorándola, si seguimos creyendo que encierra la solución a todos nuestros problemas, un nuevo horror caerá sobre nuestras vidas y hará que añoremos el tiempo en que solo teníamos que luchar contra los demonios.

—¿Qué puedes decirme de las piedras élficas? —preguntó Wren con voz serena.

—Sí, niña, ¿qué pasa con las piedras élficas? ¿Qué ocurre con su magia? —Ellenroh asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa y apartó la mirada de su nieta—. Sabemos lo que puede hacer, hemos visto sus resultados. Cuando la sangre élfica se debilita, cuando no es lo bastante fuerte, como ocurrió en el caso de Wil Ohmsford, produce resultados inesperados. La Canción. Buena y mala a la vez. —Volvió a mirar a la joven—. Pero la magia de las piedras élficas es conocida y está controlada. Nadie cree ni sugiere que pueda tener otro uso. Ni la Loden. Conocemos bastante bien esa clase de magia y la empleamos para sobrevivir. Pero existe una magia mucho más poderosa que espera ser descubierta, niña... una magia que mora bajo la tierra, que puede encontrarse en el aire, y que pide a gritos ser reconocida. Esa es la magia que tu primo Gavilán quería invocar. Es la misma que el druida Brona intentó dominar hace más de mil años, la misma magia que lo persuadió para que se convirtiera en el Señor de los Brujos y luego lo aniquiló.

Wren comprendía el temor que la magia inspiraba a su abuela, podía reconocer sus peligros con la misma claridad que ella, y compartía con ella más que ninguna otra persona los sentimientos que su poder, al invocarlo mediante las piedras élficas o la Loden, provocaba: un poder que podía arrollar, anular y devorar.

—Dijiste que querías que los elfos volvieran a ser como antes de recuperar la magia —afirmó, retrotrayéndose con el pensamiento a la noche anterior, cuando Ellenroh había presidido el Consejo Supremo—. Pero ¿es eso posible? ¿No cabe la posibilidad de que alguno de los elfos haga resurgir la magia de nuevo, de que quizá la descubra de algún otro modo?

—No —respondió Ellenroh, mirándola de repente con una expresión fría—. No a partir de ahora. Nunca más.

Estaba ocultando algo. Wren lo advirtió enseguida, y también tuvo la sensación de que su abuela estaba decidida a no hablar de ello.

—¿Qué me dices de la magia que tú ya has invocado, la que protege a la ciudad?

—Desaparecerá tan pronto como nos marchemos, a excepción de la que sea necesaria para utilizar la Loden y trasladar a los elfos y Arborlon a la

Tierra del Oeste. Solo quedará esa parte.

—¿Y las piedras élficas?

—No existe la verdad absoluta, Wren —respondió la reina, esbozando una sonrisa—. Las piedras élficas llevan mucho tiempo con nosotros.

—Podría tirarlas cuando estemos a salvo.

—Sí, niña, podrías hacerlo... si eso es lo que quieres.

Wren sintió que algo inexplicable pasaba entre ellas, pero no consiguió descubrir su significado.

—¿Actuará la magia de la Loden de la forma que tú crees, abuela? ¿Sacará a los elfos de Morrowindl sin que sufran daño alguno?

—Su magia está ahí, eso es innegable —respondió la reina, inclinando su suave rostro ensombrecido por la duda y por algo más—. La he sentido al utilizar el báculo. Me ha sido revelado su secreto, sin dejar lugar a dudas. —Levantó el rostro de forma brusca—. Pero somos nosotros, Wren, quienes debemos hacer el traslado. Somos nosotros los que tenemos que encargarnos de que los protegidos por el hechizo de la Loden, nuestros hermanos, se reintegren en el mundo y tengan la oportunidad de iniciar una nueva vida. La magia por sí sola no es suficiente. Nunca es suficiente. Nuestras vidas y, en última instancia, las vidas de quienes dependen de nosotros están siempre bajo nuestra responsabilidad. La magia no es más que un instrumento. ¿Comprendes lo que te digo?

—Ayudaré en todo lo que pueda —dijo Wren con voz suave, asintiendo con la cabeza—. Pero te aseguro que me gustaría que la magia desapareciera de una vez por todas, por completo, hasta el último rastro, desde los umbríos hasta los demonios, pasando por la Loden y las piedras élficas. Me gustaría ser testigo de su extinción total.

—Y si así sucediese, Wren, ¿qué podría reemplazarla? —le preguntó la reina, poniéndose de pie—. ¿Las ciencias del viejo mundo, renacidas de sus cenizas? ¿Un poder aún mayor? Ha de ser reemplazada por algo. Siempre tiene que haber algo.

»Llama ahora a Garth y venid los dos a cenar conmigo —prosiguió la reina, estirando los brazos para abrazar a Wren—. Y sonrío. Sean cuales sean las consecuencias de lo que nos proponemos hacer, nosotras nos hemos encontrado. Me alegro mucho de que estés aquí.

Estrechó a Wren otra vez, prolongando el abrazo.

—Yo también me alegro, abuela —respondió Wren, correspondiendo al abrazo de la reina.

Aquella noche asistieron a la cena todos los miembros de la cúpula del Consejo Supremo: Eton Shart, Barsimmon Oridio, Aurino Estriado, Triss, Gavilán y la reina, además de Wren, Garth y Eowen Cerise. Todos los que habían asistido a la reunión en que se había tomado la decisión de invocar el poder de la Loden y abandonar Morrowindl. Incluso Cort y Dal estaban allí, montando guardia en los corredores para impedir el paso a cualquier posible intruso, incluido el personal de servicio después de que dejaran la comida sobre la mesa. Una vez solos, los reunidos discutieron los pormenores del viaje que iban a emprender al día siguiente. La conversación fue animada y directa, y versó sobre el equipamiento, las provisiones y las rutas más convenientes. Ellenroh, tras consultar con el Búho, determinó que el momento ideal para intentar la huida era justo antes del amanecer, cuando los demonios estaban cansados de sus correrías nocturnas y preocupados solo por dormir. Así aprovecharían al máximo la luz del día para viajar. La noche era peligrosa, pues los demonios aprovechaban las horas de oscuridad para merodear. Por estos motivos, el grupo de nueve viajeros necesitaría algo más de una semana para llegar a la playa, en el caso de que no tuvieran ningún contratiempo. Si alguno tuvo dudas sobre si los acontecimientos se desarrollarían como los habían planeado, se las guardó para sí.

Gavilán, sentado frente a Wren, dedicaba a la joven unas afables y frecuentes sonrisas. La muchacha, consciente de sus atenciones, le correspondía de vez en cuando, pero dirigía sus palabras a su abuela, al Búho y a Garth. Comió algo que después no pudo recordar, escuchó lo que decían los demás y miró con frecuencia a Gavilán, como si al observarlo pudiera descubrir de algún modo el misterio de su atractivo, y pensó en lo que la reina le había dicho antes.

O, mejor dicho, en lo que se había callado.

Las revelaciones de la reina, si se analizaban, pocas dudas le aclaraban. Era verdad que le había hablado de recuperar la magia; pero ¿de dónde? Era más que probable al recuperarla hubiesen provocado de algún modo la liberación de los demonios que los asediaban; pero ¿de qué los había liberado la magia? ¿Y de dónde? Wren aún no había oído una palabra sobre la clase de error que se había cometido al usar la magia ni sobre la carencia de recursos mágicos para reparar dicho error. Lo que su abuela le había ofrecido era un bosquejo carente de sombras, colores y relieve. Y, por supuesto, eso no era bastante para ella.

Y, sin embargo, Ellenroh había insistido en que eso debía bastarle por ahora.

Wren permanecía sentada a la mesa, con los pensamientos zumbando en su interior como mosquitos. Las conversaciones fluían, acaloradas, a su alrededor, mientras las caras se volvían hacia un lado u otro; la luz del exterior disminuía, la oscuridad se intensificaba y el tiempo avanzaba con paso silencioso, huyendo del pasado y acercándose a un futuro que podría cambiar sus vidas para siempre. Se sentía desconectada de su entorno, como si hubiese ocupado su sitio en la mesa sin haber sido invitada: una espectadora de las vidas de quienes estaban sentados a su alrededor. Ni siquiera la familiar presencia de Garth conseguía sosegarla, y habló poco con él.

Cuando acabó la cena, se retiró a descansar sin demora; se desnudó, se metió en la cama y esperó en la oscuridad el desarrollo de los acontecimientos. Su respiración se hizo más lenta, sus pensamientos se dispersaron y por fin cayó en un profundo y reparador sueño.

Pero ya estaba despierta y vestida antes de que sonaran en la puerta los golpes que debían despertarla. Se encontró ante Gavilán, que vestía ropa gruesa de cazador con armas colgadas en torno al cinturón. Su habitual sonrisa había desaparecido y parecía otra persona.

—He pensado que te gustaría acompañarme a la muralla —se limitó a decir, intentando corresponder a la sonrisa que la joven nómada le dedicaba.

—Sí, por supuesto —respondió Wren.

Con Garth tras ella, salieron del palacio y se adentraron en las oscuras y desiertas calles de la ciudad. Wren había creído que sus habitantes estarían despiertos y vigilantes, ansiosos por ver lo que ocurriría cuando la reina invocase la magia de la Loden. Pero sus viviendas estaban oscuras y silenciosas; si había alguien observando, lo hacía desde las sombras. Pensó que quizás Ellenroh no les había dicho cuándo se produciría la transformación. Se dio cuenta de que alguien los seguía, miró hacia atrás y vio a Cort a cierta distancia. Debía de haberlo enviado Triss para asegurarse de que llegaban a tiempo al punto de reunión convenido. Triss, o quizá Dal, estaría con la reina, Eowen Cerise y Aurino Estriado. Todos se dirigían a la Quilla, a la puerta que se abría a la desolación, al duro y yermo vacío que debían atravesar para sobrevivir.

Llegaron al lugar de reunión sin sufrir ningún contratiempo, en medio de la noche cerrada, mientras la luz del amanecer aún seguía escondida tras el horizonte. Todos estaban reunidos: la reina, Eowen, el Búho, Triss, Dal y, ahora, ellos cuatro. «Solo nueve», pensó Wren, consciente de pronto de lo pocos que eran y de lo mucho que dependía de ellos. Intercambiaron abrazos,

apretones de manos y furtivas palabras de aliento; un puñado de sombras que hablaban en voz baja en la noche. Todos llevaban atuendo de cazador, holgado y resistente, para protegerse de las inclemencias del tiempo y, en cierta medida, de los peligros que los esperaban. Todos iban armados, excepto Eowen y la reina. Ellenroh llevaba el báculo Ruhk, cuya oscura madera brillaba débilmente. La Loden era un prisma multicolor que desprendía destellos y relucía incluso en aquella oscuridad. Sobre la Quilla, la magia era un resplandor estable que iluminaba las almenas y se elevaba hacia el cielo. Los guardias reales patrullaban las murallas en grupos de seis, y había centinelas apostados en el interior de las torres. Los gruñidos y aullidos que llegaban del exterior eran esporádicos y distantes, como si los seres que los emitían estuvieran cansados y se dispusieran a dormir.

—Vamos a darles una sorpresa antes de que acabe la noche, ¿verdad? —dijo Gavilán en voz baja al oído de la joven nómada, intentando esbozar una sonrisa.

—Ojalá sean ellos los únicos sorprendidos —respondió Wren en el mismo tono de voz.

Vio a Aurino Estriado junto a la puerta que llevaba a los túneles, y se dirigió hacia él para quedarse a su lado. Su desgarrado cuerpo se volvió en la penumbra.

—¿Ojos y oídos aguzados, Wren? —preguntó a la joven, mirándola y haciendo un gesto de reconocimiento.

—Supongo que sí.

—¿Tienes las piedras élficas a mano?

Tensó la boca y en sus labios se dibujó un rictus. Las piedras élficas estaban en una nueva bolsa de cuero que llevaba colgada del cuello; podía sentir su peso contra el pecho. Había conseguido olvidarse de ellas hasta aquel momento.

—¿Crees que las necesitaré?

—Las necesitaste cuando viniste —respondió el Búho, encogiéndose de hombros.

La joven guardó silencio durante un breve instante, pensando en esa posibilidad. Por alguna razón, había creído que podría salir de Morrowindl sin tener que recurrir de nuevo a la magia.

—Parece que todo está tranquilo ahí fuera —dijo la joven, con cierta esperanza.

—No nos esperan. Será nuestra oportunidad —dijo el Búho asintiendo con la cabeza y apoyando su delgada figura contra la piedra.

—¿Una buena oportunidad, Búho? —inquirió Wren, inclinándose hacia el elfo, hasta que sus hombros se tocaron.

—¿Qué más da? Es la única que tenemos —respondió el Búho, esbozando una sonrisa.

La figura de Barsimmon Oridio se materializó en la oscuridad, se dirigió a la reina, habló con ella en voz baja durante unos minutos y volvió a desaparecer. Parecía maltrecho y agotado, pero su paso era firme y decidido.

—¿Cuánto tiempo hace que sales por ahí fuera? —preguntó Wren al Búho de repente y sin mirarlo—. Por ahí fuera, donde están ellos.

—Ya he perdido la cuenta —respondió el Búho, tras un instante de duda. Sabía lo que Wren quería decir.

—Lo que quiero saber, supongo, es de dónde sacas el valor para hacerlo —dijo la muchacha, sintiendo que el elfo la miraba fijamente—. Yo apenas me siento capaz de salir esta vez, sabiendo lo que nos espera ahí fuera. —Tragó saliva por el esfuerzo que le había costado hacer esa confesión—. Quiero decir... que lo haré porque no tengo alternativa, y porque sé que no tendré que volver a repetirlo. Tú, en cambio, podías elegir quedarte cada vez que salías, excepto ahora. Podrías haber decidido no hacerlo.

—Wren —ella levantó la vista cuando lo oyó pronunciar su nombre—, permíteme que te diga algo que todavía no sabes, algo que solo se aprende con el tiempo. A medida que uno se va haciendo viejo, la vida lo va desgastando. Sucede siempre, da igual quiénes seamos o lo que hagamos. La experiencia, el tiempo, los acontecimientos... todo conspira contra nosotros para robarnos la energía, corroer nuestra seguridad, hacer que nos preguntemos cosas a las que no hubiéramos dedicado ni un segundo cuando éramos jóvenes. Ocurre de una forma gradual, e incluso al principio pasa inadvertido, pero un buen día, de improviso, salta a la vista. Nos despertamos y nos encontramos privados del fuego de la juventud.

»Entonces tenemos que elegir —prosiguió el Búho, esbozando una leve sonrisa—. Podemos doblegarnos a ese sentimiento y decir: “De acuerdo, hasta aquí he llegado” y dejar las cosas como están, o luchar contra ellas. Podemos aceptar que cada día que vivimos vamos a tener que enfrentarnos a esta decadencia, que vamos a tener que decirnos que no nos preocupa, que no nos importa lo que nos ocurra porque acabará sucediendo tarde o temprano, que vamos a hacer lo que debemos porque, si actuáramos de otra manera, estaríamos derrotados y la vida carecería de sentido. Cuando logramos eso, pequeña Wren, cuando somos capaces de aceptar la decadencia y el desgaste, podemos hacer cualquier cosa. ¿Cómo me las arreglaba para continuar

saliendo noche tras noche? Simplemente me decía que yo no era importante... que quienes realmente importaban eran los que estaban aquí dentro. ¿Y sabes una cosa? La verdad es que no es tan difícil. Basta con dejar atrás el miedo.

—Creo que le restas importancia y haces ver que es más fácil de lo que realmente es —respondió la joven tras reflexionar durante un minuto, asintiendo con la cabeza.

—¿Eso crees? —dijo el Búho, separándose de la pared. Después volvió a esbozar una sonrisa y se alejó.

Wren se acercó a Garth. El gigante nómada señaló hacia los baluartes de la Quilla. Los guardias reales estaban bajando. Eran como furtivas y silenciosas criaturas que huían de la luz para reunirse en las sombras. Wren miró hacia el este y vio la primera claridad del alba.

—Ha llegado el momento —dijo Ellenroh.

Todos se apresuraron, precedidos por Aurino Estriado, hacia la puerta que conducía a los túneles. Se detuvieron ante ella, se dieron la vuelta y miraron a la reina. Ellenroh, que ya se había alejado de la muralla, se dirigía al extremo del puente y se detuvo justo antes de llegar a la rampa para clavar el extremo del Ruhk en la tierra. Una campana sonó en Arborlon, una señal, y los pocos guardias reales que quedaban sobre la Quilla bajaron sin perder un momento. En unos segundos, la muralla estuvo desierta.

Ellenroh Elesedil miró a los ocho que la esperaban. Después se volvió de cara a la ciudad, apretando entre sus manos el pulido báculo Ruhk, e inclinó la cabeza.

Inmediatamente, la Loden empezó a brillar, y su resplandor aumentó con gran rapidez hasta convertirse en un fulgor blanco que envolvió a la reina. La luz continuó extendiéndose, elevándose contra la oscuridad, inundando el espacio interior de las murallas hasta que todo Arborlon quedó iluminado como si fuera de día. Wren intentó ver lo que ocurría, pero la luz fue aumentando de intensidad hasta cegarla y tuvo que apartar la vista. El fuego blanco inundó las almenas de la Quilla y empezó a revolverse. Wren podía sentirlo más que verlo, pues mantenía los ojos cerrados para protegerlos. Fuera, los demonios empezaron a proferir terribles chillidos. Se produjo una ráfaga de viento de procedencia incierta que creció hasta convertirse en un aullido. Wren cayó de rodillas, sintió que el fuerte brazo de Garth rodeaba sus hombros y oyó la voz de Gavilán llamándola. En su mente se formaron imágenes provocadas por la invocación de Ellenroh: visiones salvajes y grotescas de un mundo envuelto en el caos. La magia la recorría como un roce de dedos que susurraba y cantaba.

Se escuchó un grito, un sonido que ninguna voz humana hubiera podido proferir, y a continuación la luz, expulsada por las tinieblas, desapareció como si la hubiera succionado un remolino. Wren abrió los ojos, siguiendo el movimiento con la mirada, intentando distinguir algo. Fue lo bastante rápida para captar el último resplandor cuando este se fundía con la esfera de la Loden. Desapareció en menos tiempo del que dura un parpadeo.

También había desaparecido la ciudad de Arborlon con todo lo que encerraba: sus habitantes, sus edificios, sus calles y caminos, sus jardines y campos de césped, sus árboles; todo lo que protegía la Quilla. Solo quedó un cráter poco profundo, como si una mano gigantesca hubiera arrancado de cuajo la ciudad de Arborlon de la tierra.

Ellenroh Elesedil estaba sola, de pie junto a lo que había sido el foso y ahora era el borde del cráter y se apoyaba en el Ruhk, fatigada y desprovista de su energía. Sobre ella, la Loden era un prisma de fuego multicolor. La reina se sacudió e intentó andar, pero le fallaron las piernas, se tambaleó y cayó de rodillas. Triss corrió hacia ella, la cogió en brazos como si se tratara de una niña y regresó. Fue entonces cuando Wren advirtió que la magia que había protegido la Quilla también se había evaporado, y que las previsiones de su abuela se habían cumplido. El cielo estaba cubierto de una niebla cenicienta, y la aurora había quedado reducida a un tétrico resplandor que apenas lograba penetrar en las tinieblas de la noche. Wren respiró profundamente y descubrió que el aire volvía a estar impregnado de olor a azufre. Todo cuanto había estado bajo la absoluta protección de Arborlon se había desvanecido.

El silencio del momento anterior dio paso a una cacofonía de aullidos y alaridos de los demonios, que habían comprendido lo sucedido. De todas partes llegaban sonidos de cuerpos que trepaban por las murallas y de garras que escarbaban.

Triss ya había llegado, sosteniendo a la reina y también el báculo Ruhk.

—¡Adentro todos, rápido! —gritó el Búho, corriendo hacia el túnel.

Los demás componentes del pequeño grupo encargado de salvar Arborlon y a sus habitantes lo siguieron, traspasaron la puerta abierta y se sumieron en la oscuridad.

En un mundo de luces y sombras, de vacíos nebulosos en los que la verdad solo era un destello de incongruencia, de vida despojada de materia y transmutada en vaporosas transparencias, Walker Boh se encontró cara a cara con lo imposible.

—He estado esperando mucho tiempo tu llegada, Walker —dijo el fantasma que tenía ante sí.

Era Cogleine, que había muerto hacía varias semanas en la Chimenea Rocosa, asesinado por los umbríos que lideraba Rimmer Dall, acompañado de *Susurro*. Walker había presenciado la terrible lucha, y él mismo había estado a punto de morir a causa del veneno inyectado por el Áspid en su brazo, postrado e indefenso en su dormitorio mientras el anciano y el gato del páramo libraban su último combate. Lo había visto todo: el ataque final de los monstruos creados por poderes oscuros, el fuego de la magia del anciano refulgiendo como contraataque y la explosión que había consumido a todos los que se encontraban en su radio de acción. Cogleine y *Susurro* habían desaparecido junto a varias docenas de sus atacantes. Nadie había logrado sobrevivir, excepto Rimmer Dall y unos cuantos espectros que salieron despedidos por la onda expansiva de la explosión.

Sin embargo, Cogleine y el gran gato del páramo estaban allí. No sabía cómo, pero habían encontrado la manera de llegar a Paranor. Sombras surgidas de la muerte.

Pero Walker Boh los encontraba tan reales como él, un reflejo de sí mismo en aquel mundo crepuscular al que lo había trasladado la piedra élfica negra. Parecían espectros, pero, en contra de toda lógica, estaban vivos. Walker se sentía abrumado por tantas contradicciones. Sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar. ¿Quién estaba vivo y quién no?

—Walker. —El anciano pronunció su nombre, y el sonido de esa palabra lo sacó del abismo en que estaba sumido.

Cogline se aproximó con lentitud y cautela, consciente al parecer del miedo y la confusión que su presencia había provocado en su discípulo. Le habló en voz baja a *Susurro*, y el gato del páramo se sentó obedientemente sobre las patas traseras, fijando con interés sus luminosos ojos en Walker. El cuerpo de Cogline seguía siendo tan frágil y huesudo como siempre bajo los pliegues de sus raídas vestiduras, y la luz grisácea y neblinosa lo atravesaba en finos rayos. Walker se sobrecogió cuando el anciano alargó las manos para tocarle el hombro. Los esqueléticos dedos bajaron hasta cogerlo del brazo.

—Estoy vivo, Walker. Y *Susurro* también. Ambos estamos vivos —dijo el anciano, estrechándolo con cariño y firmeza—. Nos ha salvado la magia.

Walker Boh permaneció callado, mirando a los ojos a su interlocutor sin comprender, intentando encontrarle la lógica a sus palabras. ¿Vivos? ¿Cómo era posible? Por fin, ante la necesidad de dar una respuesta, de sobreponerse al miedo y a la confusión, asintió con la cabeza.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó con voz vacilante.

—Ven a sentarte conmigo —respondió Cogline.

Lo llevó hasta un banco de piedra adosado a la pared: ambos eran un trémulo destello de alivio que se recortaba contra las sombras, envueltos en niebla y fulgor. Los sonidos estaban amortiguados dentro de la Fortaleza, como si algún huésped indeseado obligara a sus ocupantes a moverse con sigilo para no llamar su atención. Walker miró a su alrededor, incrédulo aún, escudriñando el laberinto de senderos que se perdían por detrás y por delante de él, captando imágenes fugaces de murallas, almenas y torres de piedra que se elevaban a su alrededor, tan carentes de vida como las tumbas sepultadas en la tierra. Se sentó junto al anciano y, cuando lo hizo, sintió el contacto de *Susurro*, que se frotaba contra él.

—¿Qué nos ha sucedido? —preguntó, recobrando parte de su firmeza y determinación, en un intento de descubrir la verdad y sobreponerse a la incertidumbre—. Mira qué aspecto tenemos. Parecemos fantasmas.

—Estamos en un universo de existencia intermedia, Walker —respondió Cogline con voz serena—, situado en algún lugar a medio camino entre el mundo de los hombres mortales y el de los muertos. El lugar en el que Paranor reposa ahora, rescatado de la nada por la magia de la piedra élfica negra. La encontraste, ¿no es así? La recuperaste de donde estuviera escondida y la has traído. La has utilizado, como sabías que debías hacer, y has llegado hasta nosotros.

»Espera, no respondas todavía —prosiguió el anciano, interrumpiendo el intento de Walker de hablar—. Me he adelantado a lo que quería decir. Primero debes saber exactamente qué me sucedió. Después hablaremos de ti. *Susurro* y yo hemos vivido nuestra propia aventura, la cual nos ha traído hasta aquí.

»Hace algunas semanas, cuando hablé con el espíritu de Allanon, me advirtió que mi tiempo en el mundo de los mortales estaba a punto de expirar, y que la muerte iría a buscarme cuando volviera a ver la cara de Rimmer Dall. Cuando eso sucediera, debía coger la *Historia de los druidas* y no soltarla. Eso fue todo lo que me dijo. Cuando el Primer Buscador y sus umbríos llegaron a la Chimenea Rocosa, recordé las palabras de Allanon. Logré entretenerlos el tiempo suficiente para sacar el libro de su escondrijo. Lo aferré contra mi pecho en el porche de la casita y *Susurro* retrocedió hasta apretarse contra mí mientras los umbríos intentaban despedazarme.

»Tú creíste que era mi magia la que me envolvía, pero no era así. Cuando me acosaron los umbríos, acudió en mi defensa la magia contenida en la *Historia de los druidas*. Liberó un fuego blanco que consumió cuanto lo rodeaba y destruyó todo lo que no formaba parte de mí, excepto a *Susurro*, que intentaba protegerme. No nos causó ningún daño, sino que nos sacó de allí en un abrir y cerrar de ojos. Perdimos el conocimiento y caímos en un profundo sopor que nunca antes había experimentado. Cuando nos despertamos, estábamos en Paranor, dentro de la Fortaleza de los Druidas.

»No puedo saber con certeza lo que sucedió mientras la magia actuaba —prosiguió, inclinándose hacia Walker—, pero puedo imaginarlo. Los druidas nunca dejarían desprotegida su obra. No permitirían que ninguna de sus creaciones fuese utilizada sin el debido derecho y un motivo justificado. Eso sucedía, estoy seguro, con los tomos de la *Historia*. La magia que los protegía era tal que cualquier amenaza los hacía volver a la cripta de la Fortaleza que los había albergado durante tantos años. Eso fue lo que sucedió a la *Historia* que yo sujetaba. He buscado en la cripta y he encontrado el tomo de la *Historia* entre los demás, sin el menor daño. Allanon debía de saber que sucedería así, y que quien sujetara la *Historia* también sería transportado... de vuelta a Paranor, al santuario de los druidas, pero no al mundo de los mortales.

—Porque la Fortaleza está en otro lugar desde hace trescientos años —repuso Walker, empezando a comprender.

—Sí, Walker, porque Allanon había arrancado la Fortaleza de las Cuatro Tierras, y permanecería fuera de ellas hasta que los druidas la hicieran volver.

Así que el libro volvió a su lugar, y *Susurro* y yo viajamos con él. —Hizo una breve pausa—. Parece que los druidas aún me necesitan.

—¿Te tienen aquí prisionero? —preguntó Walker.

—Eso me temo —respondió el anciano, esbozando una tensa sonrisa—. Carezco de la magia necesaria para liberarnos. Ahora formamos parte de Paranor, como los libros de la *Historia*. Aunque estamos sanos y salvos, no somos más que fantasmas en un castillo espectral, atrapados en un momento y un lugar crepusculares hasta que una magia más poderosa que la mía nos libere. Y esa es la razón de que haya estado esperándote. —Sus huesudos dedos apretaron el brazo de Walker—. Dime. ¿Has traído la piedra élfica negra? ¿Puedes enseñármela?

Walker Boh recordó de pronto que todavía conservaba la piedra: apretaba el talismán con tanta fuerza que las aristas se le clavaban en la palma. Tendió la mano de forma vacilante y sus dedos se abrieron de uno en uno. Estaba receloso, asustado ante la posibilidad de que la magia lo arrollara. La piedra élfica negra lanzó un destello opaco en la superficie de su mano, pero la magia permanecía dormida, la no-luz estaba ausente.

Cogline contempló la piedra en silencio durante largo rato, con la duda y la admiración reflejadas en su enjuto y arrugado rostro.

—¿Cómo la encontraste, Walker? —preguntó el anciano, levantando la mirada—. ¿Qué ocurrió después de que *Susurro* y yo desapareciéramos?

Walker le habló entonces de la llegada de Aurora, la hija del rey del Río de Plata, y de cómo le había curado el brazo. Le contó todo lo que había sucedido en el viaje a Eldwist, la lucha de Aurora y sus compañeros para sobrevivir en aquella región de piedra, la búsqueda de Uhl Belk, los encuentros con el Cepo y Fauces Ávidas y la destrucción final de la ciudad y de quienes la preservaban.

—Llegué aquí solo —concluyó Walker con la mirada perdida mientras revivía las penurias del pasado—. Yo sabía lo que se esperaba de mí. Acepté ser el depositario de la confianza de Allanon, como antes lo fue Brin Ohmsford. —Miró a su alrededor—. Tú siempre me has dicho que tenía que aceptar para comprender, y creo que he seguido tu consejo. También he cumplido la misión que me encomendó Allanon. He utilizado la piedra élfica negra para restablecer la Fortaleza de los Druidas. Pero mírame, Cogline, parezco un fantasma, igual que tú. Si la magia ha logrado su propósito, ¿por qué...?

—Piensa, Walker —lo interrumpió el anciano con una mirada llena de pesar en sus cansados ojos—. ¿Qué fue lo que te encargó Allanon?

Repítemelo.

—Que restaurara Paranor y propiciara el regreso de los druidas —respondió Walker con un suspiro, reflejando una profunda turbación en su pálido rostro.

—Sí, Paranor y los druidas... ¿Comprendes qué significa?

—Sí, Cogline —respondió Walker entre dientes, frunciendo el ceño con frustración y rechazo—. Debo convertirme en druida si Paranor vuelve a las Cuatro Tierras. Y lo he aceptado, aunque será a mi manera y no como pretende el espíritu de alguien que murió hace trescientos años. —Hablaba con furia y precipitación—. No estoy dispuesto a ser como eran ellos, aquellos viejos que...

—¡Walker! —exclamó Cogline, con un enojo tan intenso como el suyo, y eso lo aplacó—. Escúchame. No proclames lo que vas a hacer ni cómo lo harás hasta que hayas comprendido lo que se te pide. No se trata solo de aceptar un encargo y cumplirlo. Nunca se ha tratado de eso. Aceptar lo que eres y lo que debes hacer es el primero de los numerosos pasos que has de dar. Sí, has recuperado la piedra élfica negra y has invocado su magia. Sí, también has conseguido entrar en el desaparecido Paranor. Pero eso solo es el principio de lo que tienes que hacer.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué más hay? —preguntó Walker, sin poder salir de su asombro.

—Mucho, me temo —respondió el anciano, esbozando una melancólica sonrisa en sus arrugadas facciones, que parecían talladas en madera resquebrajada por el tiempo—. Has llegado a Paranor de una manera muy parecida a como hemos llegado *Susurro* y yo. Te ha traído la magia. Pero la magia solo concede la entrada en sus propios términos. Estamos aquí con su consentimiento, conservamos la vida bajo las condiciones que ella dicta. Ya has podido darte cuenta del aspecto que tienes: casi el de un fantasma, sin vida o solidez suficientes para ser como el resto de los humanos. Eso debería indicarte algo, Walker. Mira a tu alrededor. Paranor tiene la misma apariencia... Está y no está aquí; sus formas son ambiguas, y a su vida le falta plenitud.

»¿Lo ves? —prosiguió el anciano, tensando los músculos de su fina boca—. Ni *Susurro*, ni tú, ni yo, ni Paranor, hemos retornado todavía al mundo de los humanos. Nuestra existencia se desarrolla en una especie de limbo, en algún lugar intermedio entre el ser y el no ser, y permanecemos a la espera. Estamos esperando, Walker, a que la magia nos restaure por completo.

Porque aún no lo ha hecho, aunque hayas utilizado la piedra élfica negra y entrado en la Fortaleza. Porque aún no has dominado la magia.

Se inclinó y cerró los dedos de Walker sobre la piedra élfica negra. Después se apoyó en el respaldo del asiento, lentamente, perfilándose contra las sombras como un frágil manojito de ramas secas.

—Para que Paranor sea devuelto al mundo de los hombres es necesario que regresen los druidas. Mejor dicho, un druida. Tú, Walker. Pero aceptar lo que eso significa no basta para convertirte en druida. Tienes que hacer algo más para que la magia llegue a ser tuya, para que llegue a pertenecerte. Debes llegar a ser lo que se te ha encargado que seas. Debes transformarte.

—¿Transformarme? —Walker estaba aterrorizado—. ¡Me parece que ya lo he hecho! ¿Qué más transformación se me exige? ¿Debo desaparecer por completo? No, no me contestes. Dame un momento para que intente averiguarlo por mi cuenta. He aceptado el encargo de Allanon, he tomado posesión de la piedra élfica negra... ¡y todavía tengo que hacer más cosas para que esto sirva de algo! ¿Transformarme, dices? ¿Cómo?

—Lo desconozco —respondió Cogle, negando con la cabeza—. Solo sé que, si no lo haces, no te convertirás en druida ni Paranor volverá al mundo de los hombres.

—¿Me quedará atrapado aquí si no lo consigo? —inquirió Walker, sin poder contener su furia.

—No. Puedes marcharte cuando lo desees. La piedra élfica negra puede sacarte de aquí.

Se produjo un angustioso silencio mientras se miraban. Eran como dos vagas sombras sentadas en el banco de piedra al pie de las murallas del castillo.

—¿Y tú? —preguntó Walker al fin—. ¿Y *Susurro*? ¿Podréis venir conmigo?

—Hemos podido conservar la vida a cambio de un precio, Walker —respondió Cogle, esbozando una débil sonrisa—. Estamos ligados de forma irrevocable a la magia de la *Historia de los druidas*. Debemos permanecer junto a ella. Si no son devueltas al mundo de los hombres, tampoco nosotros podremos volver a él.

—Por todas las sombras —dijo Walker, pronunciando esta palabra como si fuera una maldición, y sintió sobre sí el peso de las piedras de Paranor—. Por tanto, puedo obtener mi propia libertad, pero no la vuestra. Yo puedo marcharme, pero vosotros tenéis que quedaros aquí. —Esbozó una dura e irónica sonrisa—. No puedo abandonaros, porque vosotros habéis entregado

vuestras vidas para salvar la mía. Eso lo sabéis, ¿verdad? Lo sabíais desde el principio y, por supuesto, también lo sabía Allanon. Estoy atrapado por todos los lados, ¿no es así? Puedo presumir de lo que seré y de lo que haré, puedo alardear de controlar mi propio destino, pero mis palabras están vacías.

—Walker, no hay nada que te ate a nosotros —respondió Cogleine—. *Susurro* y yo luchamos para salvarte de forma desinteresada, sin esperar nada a cambio.

—Cogleine, sé sincero; luchasteis porque era necesario para que yo pudiera cumplir el encargo de Allanon. No cabe duda de que os debo la vida. Y si ahora me niego a cumplir esa misión, o si fracaso en el intento, ¡todo lo que ha pasado sería en vano! —Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su voz, que amenazaba con convertirse en grito—. ¡Mirad lo que ha sido de mí!

—¿De verdad es tan mala tu situación, Walker? ¿Tan mal te han tratado? —respondió Cogleine con voz serena, tras guardar un breve silencio.

—¿Es que no puedo opinar sobre mi propio futuro? —inquirió Walker, fulminando al anciano con la mirada—. ¿He de resignarme a mi destino de convertirme en algo que detesto? ¿A que se me obligue a obrar de una forma que rechazo? Anciano, me asombra.

—Pero no lo bastante para provocar tu respuesta...

—Las respuestas son inútiles —contestó Walker con un gesto de desdén—. Cualquier respuesta que yo pudiera dar solo serviría para atormentarme después. Me siento traicionado por mis propios pensamientos en este respecto. Es mejor tratar con lo que es que con lo que podría ser, ¿verdad? —Exhaló un suspiro, sintiendo por primera vez que el frío de la piedra lo invadía—. Estoy tan atrapado en el castillo como vosotros.

—Escapa, entonces —le dijo Cogleine, que se había apoyado en la muralla de la Fortaleza, dando la momentánea impresión de que iba a desaparecer en ella—. Pero no huyendo de tu destino, sino abrazándolo. Desde el principio has insistido en que no estabas dispuesto a dejarte manipular por los druidas. ¿Crees que yo no siento lo mismo? Ambos somos víctimas de unas circunstancias de hace trescientos años, y ninguno lo seríamos si hubiéramos tenido otra opción. Pero no la hemos tenido. Sin embargo, de nada sirve que nos lamentemos de nuestro destino. Por eso, Walker, haz algo que cambie las cosas en tu beneficio. Acepta tu destino, transfórmate en lo que debes ser, y después actúa de la manera que te parezca mejor.

—Así que he de transformarme, ¿eh? —inquirió Walker, esbozando una irónica sonrisa—. ¿Cómo lo hago, Cogleine? Aún no me lo has dicho.

—Lo primero que debes hacer es leer la *Historia de los druidas*. Se dice que sus tomos contienen todos los secretos de la magia. —El anciano lo agarró del brazo impulsivamente—. Sube a la Fortaleza y saca la *Historia* de su cripta, libro a libro, y descubre sus enseñanzas. Podrás encontrar en ellas las respuestas que necesitas, o al menos te servirán como punto de partida.

—Sí —admitió Walker, reflexionando. Era posible que Cogleine tuviera razón cuando decía que podría alcanzar sus objetivos si, en lugar de rechazar su destino, le daba la vuelta y lo usaba en su propio beneficio—. Sí, pueden ser un punto de partida. Lamento lo que te ha sucedido —se disculpó Walker, poniéndose de pie, y Cogleine lo imitó. Después miró al anciano durante un breve instante y puso sobre sus hombros el brazo sano con afecto—. Repito lo que te dije en la Chimenea Rocosa antes de que llegara Rimmer Dall: que me equivoqué al responsabilizarte de lo sucedido, y que te agradezco todo lo que has hecho por mí. Encontraremos la forma de liberarnos, Cogleine. Te lo prometo.

Retrocedió un paso, y Cogleine le respondió esbozando una sonrisa, como un momentáneo rayo de sol que rompía la nebulosa penumbra.

Así pues, Walker entró en la Fortaleza precedido de Cogleine y *Susurro*; tres espectros que deambulaban en un mundo crepuscular. La Fortaleza de los Druidas, oscura y lúgubre, rielaba como una imagen reflejada en las aguas de un estanque, en cuya superficie se proyectaban las sombras. La piedra de las paredes, del suelo y de las torres estaba fría y desprovista de vida, y los corredores serpenteaban como túneles bajo la tierra, negros y húmedos. Había huesos esparcidos sobre las alfombras de los salones con paredes revestidas de tapices: los restos de los gnomos que encontraron la muerte en el momento en que Allanon invocó la magia que sacó la Fortaleza de las Cuatro Tierras hacía trescientos años. Montones de polvo indicaban cómo habían acabado los mordíferos atrapados en la Fortaleza: todo lo que quedaba de ellos era un remoto recuerdo encerrado entre aquellos muros.

Había pasillos en todas direcciones, escaleras rectas y curvadas, un laberinto enterrado en la roca. El silencio era penetrante, denso y profundo como la hojarasca del bosque a finales de otoño, inexorable y enraizado en las paredes del castillo. Ellos no lo desafiaron, no hablaron mientras pasaban a través de la cortina de quietud, atentos a lo que había más allá, en el camino que seguían y el que los esperaba. Había puertas y salas vacías por doquier, desoladas, inhóspitas y sumidas en la penumbra. Las ventanas se abrían a un mundo gris, una peculiar neblina que cubría todo lo que rodeaba la Fortaleza y la aislaba. Walker intentó descubrir algún vestigio del bosque que cercaba la

colina yerma sobre la que se asentaba Paranor, pero los árboles habían desaparecido; o quizás él no pudiera verlos al haber quedado reducido a la nada al salir de las Cuatro Tierras. Las alfombras, los tapices y los cuadros habían perdido todo su color: hasta la piedra y el cielo se había descolorido. Solo quedaba la penumbra, una especie de vacío gris y muerto.

Sin embargo, había algo más. Era la magia que aislaba Paranor. Estaba presente a cada paso, invisible pero perceptible en una especie de remolino de bruma verdosa. Flotaba en las sombras y en los límites de su visión, perversa y segura, susurrando palabras de muerte. No podía tocarlos porque estaban protegidos por otra magia y formaban un todo con la Fortaleza, pero los vigilaba, atormentaba, provocaba y amenazaba. Podía asustarlos insinuando lo que les sucedería cuando su magia los abandonara y quedaran desprotegidos.

Era extraño que la presencia de la magia fuera tan obvia; Walker Boh la percibió enseguida. Era como si la magia fuese un ser vivo, un perro guardián que tenía encomendada la misión de rondar por la Fortaleza para descubrir a los intrusos y acabar con ellos. Su presencia le recordó al Cepo de Eldwist, un escalador que recorría los dominios de su amo para acabar con cualquier vestigio de vida. La magia carecía de la corporeidad del Cepo, pero producía la misma sensación. Walker la presentía como un enemigo al que tarde o temprano tendría que enfrentarse.

Ya en la biblioteca de los druidas, pasaron a la cripta que estaba oculta tras las estanterías. Allí, en una oquedad que se abría en los muros de la Fortaleza, encontraron los libros de la *Historia*, voluminosos tomos encuadernados en cuero y dispuestos en hileras. La magia que en otro tiempo los había ocultado a los ojos mortales se había debilitado cuando la Fortaleza desapareció del mundo de los hombres. Walker miró los volúmenes durante un rato, pensando por cuál decidirse; por fin cogió uno al azar, se sentó y empezó a leer. Cogleine y *Susurro* se quedaron con él, quietos y en silencio. El tiempo pasaba, pero la luz no cambió. En Paranor no había días ni noches. No existían el pasado ni el futuro, solo el aquí y ahora.

Walker, absorto en la lectura, perdió la noción del tiempo. No sentía fatiga ni sueño, ni tenía hambre ni sed. Cogleine le había dicho en cierta ocasión que en el mundo al que Paranor había sido enviado las necesidades de los mortales no existían. Walker y sus acompañantes eran ahora fantasmas, sin dejar de ser dos hombres y un gato del páramo. No formuló ninguna pregunta porque no era necesario.

Leyó durante varias horas, tal vez durante varios días o quizá durante varias semanas; nunca llegó a saberlo. Al principio leía sin comprender, limitándose a dejar que las palabras fluyeran ante sus ojos. El texto le resultaba lejano, desconectado de la vida que él había conocido antes de que Allanon le enviara los sueños. Trataba sobre los druidas y sus estudios, sobre el mundo que habían intentado construir tras el cataclismo de las Grandes Guerras, del Primer Consejo de Paranor y la reunión de las razas después del holocausto. ¿Qué consecuencias debía extraer de todo aquello?, se preguntó. ¿Qué repercusión podría tener en la actualidad?

Terminó un libro, cogió otro y luego otro, avanzando con seguridad a través de los volúmenes, buscando lo que necesitaba saber. Había explicaciones sobre hechizos y conjuros, sobre ensalmos destinados a ofrecer una pequeña ayuda, sobre el arte de curar mediante el tacto y el pensamiento, sobre métodos para sanar a las criaturas vivientes y devolver a la tierra su fertilidad. Pero nada de lo que había leído hasta entonces resolvía su problema. ¿Cómo podía pasar de lo que ahora era a lo que tenía que ser? ¿Dónde se explicaba el procedimiento? Pasaba las páginas, las palabras se sucedían y las respuestas seguían ocultas.

No terminó la lectura de una sola sentada, a pesar de que estaba libre de sus necesidades físicas y no dormía, ni comía, ni bebía. Salía a pasear de vez en cuando para pensar en otras cosas y permitir que su mente asimilara lo que había leído en la *Historia*. En unas ocasiones Cogline lo seguía como una sombra, y en otras lo acompañaba *Susurro*. Parecía como si hubiesen regresado a la Chimenea Rocosa, recorriendo sus senderos y disfrutando de su mutua compañía. Pero la Chimenea Rocosa había desaparecido, destruida por los umbríos, Paranor estaba vacío de luz y de vida, y ningún deseo podía cambiar los acontecimientos del pasado. «No es posible retroceder», se dijo Walker en más de una ocasión. Todo estaba perdido.

Después de un cierto tiempo empezó a desesperarse. Casi había terminado de leer la *Historia de los druidas* y no había conseguido descubrir nada. Sabía todo lo referente a los druidas, sus enseñanzas y sus creencias, su modo de vida y los fines que perseguían, pero nada sobre cómo adquirirían sus habilidades. No se indicaba de dónde procedía Allanon, ni cómo había aprendido a convertirse en druida o quién se lo había enseñado, ni cuál era la naturaleza de ese aprendizaje. Los libros no tenían ni la más mínima referencia al conjuro que había aislado la Fortaleza ni a lo que se necesitaba para invertir el hechizo.

—No logro descubrirlo, Cogline —confesó Walker Boh al anciano, con todas sus esperanzas rotas, mientras el último volumen yacía abierto en su regazo—. Lo he leído todo y no me ha servido de nada. ¿Es posible que falte algún tomo? ¿Hay alguna otra cosa que pueda intentar?

Cogline negó con la cabeza. Las respuestas, si se habían recogido por escrito, tenían que estar allí. No había más libros ni otras fuentes de información. Todo el saber estaba recogido en la *Historia*. Allí empezaba y terminaba toda la ciencia de los druidas.

Walker salió de la biblioteca y paseó solo durante un rato, recorriendo las dependencias del castillo, sintiéndose traicionado y burlado por el capricho y la vanidad de los druidas. Pensó con amargura en lo que le habían hecho por ser quien era, en todo lo que había tenido que soportar. Su hogar había sido destruido. Había perdido un brazo y había estado a punto de morir. Lo habían engañado y embaucado en varias ocasiones. Le habían hecho sentirse responsable del destino del mundo. Por un momento se sintió invadido por la autocompasión, pero después se le tensó la boca. «¡Basta! —se dijo a sí mismo—. ¿Acaso no estás vivo? Otros no han tenido tanta suerte». Todavía estaba obsesionado por el rostro de Aurora; no podía olvidar su expresión cuando la dejó caer. «Recuérdame —le había pedido a Morgan Leah, pero esa súplica iba dirigida también a él—. Recuérdame...». ¡Como si alguien que la hubiese conocido pudiera olvidarla...!

Ensimismado, dobló por un corredor que llevaba al centro de la Fortaleza y a la boca del oscuro pozo donde se había originado la magia que selló Paranor. Su mente aún estaba ocupada por imágenes de Aurora, y revivió una vez más la visión del destino que le había mostrado el Oráculo del Lago. Se sintió invadido por una gran amargura. La visión se había cumplido. Las visiones del Oráculo del Lago siempre se cumplían. Primero había perdido el brazo, luego a Aurora, luego...

Se detuvo de repente en el centro del oscuro corredor, petrificado por el sobresalto, con la mirada perdida en el vacío. Lo había olvidado. Había una tercera visión. Respiró profundamente, reproduciendo en su mente esa imagen. Se encontraba en el interior de un castillo vacío y sin vida, y sobre él se cernía una muerte ineludible que lo perseguía sin descanso...

Expulsó bruscamente el aire de sus pulmones. ¿Era aquel el castillo? Cerró los ojos, intentado recordar. Sí, podía ser Paranor.

Sintió que se le aceleraba el pulso. En la visión se sentía impulsado a correr, pero no podía. Estaba paralizado mientras la muerte se acercaba. Una

figura vestida de negro surgía a sus espaldas y lo retenía con rapidez para impedirle huir.

Allanon.

Sintió que el silencio se volvía más opresivo. ¿Qué significaba aquella tercera visión? ¿Cuándo se suponía que había de cumplirse? ¿Tendría lugar allí?

De repente lo supo, y la certeza lo golpeó con fuerza, pero no cabía la menor duda. La visión se cumpliría igual que las demás, y los hechos tendrían lugar allí mismo. Paranor era el castillo, y la muerte que lo acechaba era la tenebrosa magia invocada para sellar la Fortaleza de los Druidas. Allanon estaba detrás de él, sujetándolo; no físicamente, sino de una forma mucho más eficaz.

Pero había más, algunas cosas que aún no había adivinado. No estaba predestinado a morir. Ese era el significado más obvio de la visión del Oráculo del Lago, lo que el Oráculo quería que Walker creyera, pero las visiones eran siempre ambiguas. Revelaba las imágenes con habilidad, y estas se prestaban a más de una interpretación. Era preciso encajarlas como las piezas de un rompecabezas para descubrir su contenido.

Walker dejó que su mirada vagara por las oscuras y acechantes sombras que lo invadían todo. ¿Sería capaz de encontrar la manera de utilizar el ingenio del Oráculo del Lago en beneficio propio? ¿Lograría descifrar en esta ocasión la predicción del vengativo espíritu y adelantarse al momento en que se cumpliera? Si conseguía descifrarla ¿le daría la clave para comprender su destino dentro de la Fortaleza de los Druidas?

Sintió que en su interior empezaba a brotar un fuego, una ardiente determinación. Aún no tenía las respuestas que necesitaba, pero contaba con algo igual de valioso. Disponía de los medios para descubrirlas.

Retrocedió con el pensamiento al momento de su entrada en Paranor y a su encuentro con Cogline y *Susurro*. Las piezas que faltaban estaban allí, en alguna parte. Releyó la *Historia de los druidas*, vio una vez más las palabras encerradas en sus páginas, sintió de nuevo el peso de los libros, la textura de las encuadernaciones. Sin duda, allí había algo que había pasado por alto. Cerró los ojos, visualizando su propia imagen, reproduciendo todo lo que le había ocurrido. Mientras realizaba esta revisión mental, permanecía inmóvil en aquel pasillo solitario, envuelto en sombras y silencio, sintiendo que su confusión empezaba a ceder, y percibió susurros nuevos y acogedores. Buceó en su interior, sondeando los recovecos de su mente en los que se ocultaban los secretos más recónditos. Su magia salió a recibirlo. Se dijo que podía ver

cualquier cosa si indagaba con tesón y paciencia. Se sumergió en la parte más tranquila de su ser, permitiendo que todo se disolviera.

¿Qué había pasado por alto?

«Quien tenga motivos y derecho para hacerlo, deberá utilizarla para alcanzar su fin adecuado».

Sus ojos se abrieron de repente. Levantó la mano muy despacio, palpando. Sus dedos encontraron lo que buscaban, cuidadosamente guardado entre los pliegues de la ropa, y se cerraron a su alrededor.

La piedra élfica negra.

Se alejó de prisa de allí, asiendo el talismán con fuerza. Su mente rebosaba nuevas posibilidades.

Wren Ohmsford se acurrucó junto a sus compañeros en los oscuros túneles que se abrían por debajo de la Quilla, mientras el Búho trabajaba en silencio en algún lugar un poco más adelante, restregando un trozo de pedernal contra una piedra para encender la antorcha empapada de brea que tenía encima de las rodillas. La magia que iluminaba el pasadizo cuando Wren llegó a la ciudad había desaparecido, absorbida por la Loden al mismo tiempo que la ciudad de Arborlon y los elfos. Triss, que desde el puente transportaba en sus brazos a Ellenroh, fue el último en entrar, y cerró y aseguró la puerta tras de sí para ponerlos a salvo de la locura que se había desatado en el exterior, pero también los dejó atrapados en aquella atmósfera, sofocante y maloliente por las erupciones de fuego del Killeshan.

Se produjo una chispa en la oscuridad, y una débil llama anaranjada comenzó a cobrar vida, proyectando sombras por doquier. Todas las cabezas se volvieron hacia el Búho, que ya empezaba a alejarse.

—¡Deprisa! —dijo con voz dura y apremiante—. Los seres oscuros no tardarán mucho tiempo en encontrar la entrada.

Eowen, Dal, Gavilán, Wren, Garth, Triss (que llevaba en brazos a Ellenroh) y Colt lo siguieron. Desde el exterior, horadando la tierra con la tenacidad de los topos, los aullidos y gritos de los demonios seguían sus pasos. A causa del intenso y sofocante calor que hacía en los túneles, Wren tenía todo el cuerpo cubierto de sudor. Se frotó los ojos y parpadeó para librarlos de la picante humedad, intentando por todos los medios mantener el paso. Dejó vagar sus pensamientos mientras se esforzaba en ello, y recordó a Ellenroh, erguida en el extremo del puente, invocando la magia de Loden, llamando a la luz para que acogiera bajo su manto protector la ciudad de Arborlon con todo lo que en ella había para guardarlo en las brillantes profundidades de la piedra. Vio cómo desaparecía la ciudad, desvaneciéndose

como si nunca hubiera existido: edificios, gente, animales, árboles, hierba... todo. Ahora eran ellos los responsables de Arborlon, sus protectores, puesto que la magia que la preservaba no tenía otra fuerza que la de las nueve personas a las que había sido confiada.

Se veía obligada a apartar raíces colgantes y telarañas, y ese trabajo era una pesada carga para ella. Era plenamente consciente de que no era más que un miembro más del grupo, y no el más fuerte. Pero, a pesar de ello, no podía quitarse la sensación de que la responsabilidad solo era suya, una consecuencia directa del encargo que había recibido del espíritu de Allanon, la razón de que se hubiera decidido a emprender la búsqueda de los elfos.

Apartó este pensamiento de su mente, y tropezó con Gavilán al apretar el paso inconscientemente para seguir avanzando.

En aquel preciso instante, de repente, la tierra tembló.

La fila se detuvo, y los elfos bajaron la cabeza para protegerse de la lluvia de polvo que caía del techo del túnel. La tierra volvió a estremecerse, y los temblores se sucedieron con regularidad, sacudiéndolo todo como si un gigante hubiera cogido la isla con las manos e intentara arrancarla de cuajo.

—¿Qué está pasando? —Wren oyó preguntar a Gavilán.

Se dejó caer de rodillas para no perder el equilibrio, y sintió la firme mano de Garth apoyada en su hombro.

—¡Seguid adelante! —ordenó el Búho—. ¡Deprisa!

Corrieron, agachados para protegerse de la nube de polvo que se revolvía en el aire. Los temblores continuaban, un retumbo que llegaba desde abajo. El ruido tan pronto aumentaba como disminuía de intensidad, un retumbo que los lanzaba contra las paredes del túnel, y les obligaba a realizar un titánico esfuerzo para conseguir mantenerse en pie. Los segundos pasaban con la misma velocidad con la que ellos huían del horror que los perseguía. Una parte del túnel se hundió inmediatamente a sus espaldas y los cubrió de tierra. Oyeron un crujido de piedra, la roca volcánica quebrándose, como si la corteza terrestre se estuviera resquebrajando, e inmediatamente después se oyó un golpe fuerte producido por un gran pedrusco que se abrió paso por una grieta y fue a chocar contra el suelo del túnel.

—¡Búho, sácanos de aquí enseguida! —gritó Gavilán perdiendo los nervios.

Poco después corrían en pos de la libertad, y salieron a gatas, a través de una grieta, a la débil luz de la mañana. Pocos segundos después, el túnel se hundió por completo a sus espaldas, produciendo una ráfaga de aire y lanzando innumerables cascotes por la abertura que acababan de traspasar.

Los temblores continuaron extendiéndose a través de los montes de Morrowindl, desgarrando su corteza, haciendo rechinar las rocas a medida que se desmoronaban. Wren y sus compañeros lograron ponerse de pie y dirigirse a un bosquecillo de acacias moribundas, mirando hacia atrás.

La Quilla era un hervidero de demonios que intentaban escalar aquella barrera que tanto odiaban. La magia había desaparecido, pero los temblores que la habían reemplazado eran un obstáculo aún mayor para ellos. Los siniestros seres caían desde lo alto entre terribles alaridos, desprendiéndose como las hojas de un árbol en otoño bajo la fuerza de un vendaval. La Quilla se resquebrajaba y rompía mientras la ladera que la sujetaba se estremecía bajo su peso. Se desprendían trozos de piedra, y la muralla amenazaba con derrumbarse de un momento a otro. Lenguas de fuego brotaban de la tierra: el cráter que se había abierto cuando la magia había arrancado Arborlon de la isla se había convertido en una caldera de llamas. El vapor silbaba y estallaba hacia arriba en forma de surtidores. En las alturas del Killeshan, la corteza se agrietaba y empezaba a rezumar roca fundida.

—El Killeshan está despertándose —dijo Eowen en voz baja, haciendo que todos volvieran la vista hacia el volcán—. La desaparición de Arborlon ha alterado el equilibrio de Morrowindl por el vacío que ha dejado la magia, y ha trastocado el mismo corazón de la isla. El volcán no volverá a estar inactivo. El fuego de sus entrañas arderá aún con mayor violencia, y los gases y el calor aumentarán mucho más de lo que nunca hubiéramos podido imaginar.

—¿Cuánto tiempo falta para que eso ocurra? —preguntó el Búho.

—Aquí en las laderas, algunas horas; más abajo, varios días —respondió Eowen, con los ojos brillantes—. Es el principio del fin.

Siguió un instante de preocupado silencio.

—Quizás lo sea para los demonios, pero no para nosotros.

Fue Ellenroh Elessedil quien pronunció estas palabras, de nuevo en pie, recuperada del esfuerzo que había realizado para invocar la magia de la Loden. Se liberó de los brazos de Triss y avanzó entre ellos, sus miradas fijas en ella hasta que se giró para encararlos. Parecía serena, segura de sí misma y no dejaba traslucir el menor indicio de miedo.

—Ahora no podemos flaquear —les dijo—. Nos dirigiremos con rapidez, pero también con precaución, hacia la costa del Confín Azul, y dejaremos la isla para regresar a nuestro país de origen. Manteneos unidos y con los ojos bien abiertos. Búho, sácanos de aquí.

Aurino Estriado reemprendió la marcha sin más dilación, y los demás lo imitaron. Nadie hizo preguntas: la presencia de Ellenroh Elesedil lo impedía. Wren volvió la cabeza una vez, y vio que su abuela se acercaba a Eowen, que parecía haber entrado en trance, y la agarraba suavemente para sostenerla. Detrás, el fulgor del volcán teñía la Quilla del color de la sangre. Parecía que todo se había disuelto en un baño de rojo.

Como sombras contra la luz neblinosa, el grupo descendía por la ladera del Killeshan entre la escabrosa mezcla de lava solidificada, madera seca y maleza. Todos los sonidos habían quedado atrás, en el lugar donde los demonios centraban su atención en un supuesto enemigo que, según estaban empezando a descubrir, ya no estaba allí. Delante solo se oía el rumor de las aguas aceradas del Rowen en su imperturbable transcurso hacia el mar. Los temblores continuaban siguiéndolos, estremecimientos que recorrían la roca volcánica y sacudían los árboles y arbustos, pero su impacto disminuía a medida que se alejaban. La bruma cenicienta ensuciaba el aire y les impedía distinguir el halo del amanecer de los contornos de la tierra. La respiración de Wren se normalizó y su cuerpo se relajó. Ya no se sentía atrapada como en el túnel, y el sofocante calor había disminuido notablemente de intensidad. Empezó a tranquilizarse, a sentirse en sintonía con la tierra, y sus sentidos se extendieron como antenas invisibles, dispuestas a captar lo que estaba oculto para los demás.

Sin embargo, no consiguió detectar la presencia de los demonios que les tendían una emboscada. No eran más que una docena, pequeños y nudosos, resecos como leños. Arremetieron contra ellos, armados con ramas espinosas y palos. Eowen cayó, y el Búho desapareció entre una maraña de brazos y piernas. Todos los demás se agruparon y defendieron de sus atacantes con lo primero que encontraron a mano, rodeando a Eowen para protegerla. Los miembros de la Guardia Real lucharon con una ferocidad implacable, matando a todos los demonios que se acercaban a ellos. La lucha concluyó casi antes de que hubiera empezado. Solo una de aquellas negras criaturas consiguió escapar con vida; todas las demás estaban tiradas en tierra, sin vida.

El Búho salió de detrás de una roca con una manga hecha jirones y su delgado rostro lleno de arañazos. Tras hacerles una seña, se apartó del sendero que habían seguido hasta entonces y los condujo rápidamente desde la cima de una pendiente hasta una estrecha hondonada que serpenteaba en la niebla. Ahora mantenían los ojos bien abiertos para descubrir a tiempo cualquier posible ataque, conscientes de que los demonios podrían encontrarse en el lugar más inesperado, ya que no todos habían ido a la

Quilla. El cielo adquirió un peculiar tono amarillo por encima de sus cabezas cuando ascendió el sol, que trataba en vano de atravesar la bruma cenicienta. Wren avanzaba con el sigilo de un reptil, armada con un cuchillo en cada mano y escudriñando las sombras atentamente en busca del más leve indicio de movimiento.

Estaban cerca del río Rowen cuando Aurino Estriado, de repente, les ordenó que se detuvieran. Se puso en cuclillas y les indicó por señas que lo imitasen; luego se volvió, gesticuló para ordenarles que se quedaran donde estaban y desapareció ante ellos en medio de la niebla. Apenas estuvo ausente cinco minutos. Con un movimiento de cabeza, señaló hacia la izquierda. Agachados, se deslizaron por una hilera de peñascos hasta donde una larga cresta ocultaba el río Rowen. A partir de este punto recorrieron más de un kilómetro paralelos al río, y después subieron, con cautela, a una colina. Wren oteó la apacible y grisácea superficie del río, ancha y vacía, que se perdía en la distancia.

No se advertía ningún movimiento.

—Los bajíos están llenos de criaturas con las que no nos conviene cruzarnos —dijo el Búho, que acababa de unirse a ellos, con una expresión ceñuda dibujada en su curtido rostro—. Cruzaremos el río por aquí, pero es demasiado ancho para hacerlo a nado. Tenemos que construir una balsa lo bastante grande para que quepamos todos.

Hizo que lo acompañaran los guardias reales para cortar la madera que necesitaban y dejó a Gavilán y a Garth con las mujeres. Ellenroh se acercó a Wren y le dio un corto y cariñoso abrazo, al tiempo que esbozaba una sonrisa tranquilizadora. Le dijo que todo iba bien, pero las arrugas de su frente delataban claramente su inquietud. Luego se retiró de su lado.

—Toca la tierra con las manos, Wren —dijo en voz baja Eowen de repente, agachándose junto a la muchacha. La joven puso las manos abiertas en el suelo y dejó que los temblores ascendieran por su cuerpo—. La magia está demoliendo cuanto nos rodea, todo lo que los elfos intentaron construir. El edificio de nuestra arrogancia y de nuestro miedo comienza a derrumbarse. —Sus cabellos rojizos se agitaban violentamente en torno a sus abstraídos ojos verdes. Parecía que acababa de despertar de una pesadilla—. Ella tendrá que revelártelo alguna vez, Wren. Tendrá que decírtelo.

Luego se alejó y fue a reunirse con la reina. Wren no acababa de comprender el significado de sus palabras, pero supuso que se referían a Ellenroh, a que aún se reservaba para sí algunos secretos.

La niebla se arremolinaba, ocultando el río Rowen, serpenteando a través de las grietas y hendiduras de la tierra, cambiando la forma de todo y dando un aspecto irreal a las cosas. Colt y Dal llegaron arrastrando unos troncos, los dejaron y volvieron a irse. El Búho atravesó la bruma en dirección al río, delgado como un palo y agazapado como un cazador. Todo se movían como si carecieran de materia, como retazos de recuerdos medio olvidados que hacían creer en lo que nunca había existido.

Una convulsión repentina sacudió la tierra bajo sus pies e hizo que a Wren se le cortara la respiración y tuviera que extender las manos para no perder el equilibrio. Las aguas del río Rowen se encresparon, acumulando su ímpetu en una ola que rompió contra la orilla y retrocedió, perdiéndose en la distancia.

«La isla entera está resquebrajándose», le dijo Garth por señas después de tocarle el hombro.

La joven asintió con la cabeza, recordando las palabras de Eowen, que atribuía el inminente cataclismo a un desequilibrio de la magia. Entonces había pensado que la vidente se refería al uso que Ellenroh había hecho de la Loden, pero ahora comprendía que sus palabras encerraban algo más. El desequilibrio de la magia no había sido provocado solo por el traslado de Arborlon, sino que, en tiempos pasados, los elfos habían intentado hacer algo que había fallado de forma estrepitosa, y lo que estaba ocurriendo era una consecuencia directa de aquello. Almacenó esta información en su cerebro para utilizarla en el momento adecuado.

Garth se fue donde estaban los guardias reales para ayudarlos con el trabajo de unir los troncos para construir la balsa. Gavilán hablaba en voz baja con Ellenroh, y sus ojos reflejaban inquietud e ira. Wren lo observó durante un breve instante, comparando lo que ahora veía con lo que había visto antes, la crispada tensión del presente con la despreocupada indiferencia del pasado: dos imágenes opuestas. Le intrigaba Gavilán. Había en él una compleja mezcla de posibilidades y atractivos. Le gustaba y quería tenerlo cerca, pero ocultaba algo que la preocupaba, algo que aún no era capaz de definir.

—Solo faltan unos minutos —dijo el Búho, pasando junto a ella como un fantasma y desvaneciéndose entre la niebla.

Empezó a ponerse de pie, y algo pequeño y veloz surgió de la maleza y se abalanzó sobre ella. Se tambaleó y cayó manoteando con desesperación, pero entonces se dio cuenta, con sorpresa, que la criatura que se aferraba a ella era Fauno. No pudo evitar una carcajada mientras abrazaba al jacarino.

—Fauno —dijo en voz baja, arrullando a la pequeña criatura—. Temía que te hubiera ocurrido alguna desgracia. Pero estás bien, ¿verdad? Sí, ya veo

que estás bien.

Advirtió que Ellenroh y Gavilán observaban la escena con expresión desconcertada y se levantó rápidamente, tranquilizándolos con un gesto, sonriendo muy a su pesar.

—Grrr. ¿Has olvidado tu promesa?

Wren se volvió y vio a Stresa, que la miraba con las púas erizadas.

—¡Así que tú también estás bien, señor gatoespino! —exclamó la joven, arrodillándose junto a él apresuradamente—. Estaba preocupada por vosotros dos. No pude salir para comprobar si estabais a salvo, pero tenía la esperanza de que así fuera. ¿Os encontrasteis después de mi marcha?

—Sí, Wren de los Elfos —respondió el gatoespino con palabras frías y mesuradas—. Pfff. El jacarino volvió corriendo al amanecer, con los pelos revueltos, hablando de ti. Así que ahora cumple lo que prometiste. No te habrás olvidado de tu promesa, ¿verdad?

—No me he olvidado, Stresa —respondió Wren, haciendo un solemne gesto de asentimiento—. Prometí que, cuando saliera de la ciudad, te llevaría conmigo a la Tierra del Oeste, y cumpliré mi promesa. ¿Creías que iba a faltar a mi palabra?

—¡Jssst! —El gatoespino replegó las púas—. Esperaba que fueras persona de palabra. No como... —Se interrumpió en seco.

—Abuela —llamó Wren a la reina, y Ellenroh se acercó, con sus rizados cabellos movidos por el viento cubriéndole la cara como un velo—. Abuela, estos son mis amigos Stresa y Fauno. Nos ayudaron a Garth y a mí a encontrar el camino a la ciudad.

—Entonces también son amigos míos —dijo Ellenroh.

—Señora —contestó Stresa con torpeza, al parecer no muy satisfecho.

—¿Qué es esto? —Gavilán apareció junto a ellos, con una expresión divertida en sus ojos—. ¿Un gatoespino? Creía que habían desaparecido todos.

—Quedamos unos cuantos... pero no gracias a vosotros, desde luego —respondió Stresa en tono distante y frío.

—Eres descarado, ¿eh? —dijo Gavilán sin poder disimular su desaprobación.

—Abuela —intervino Wren—, prometí a Stresa que me lo llevaría conmigo cuando abandonara la isla, y debo cumplir mi promesa. Y también Fauno tiene que venir con nosotros. —Abrazó al peludo jacarino, que seguía con la cara enterrada en su hombro, aferrándose a ella como si fuera su segunda piel.

Ellenroh Elessedil parecía dudar, como si el llevar aquellas criaturas con ellos entrañara alguna dificultad que Wren no podía comprender.

—No lo sé —respondió, pensativa. El viento silbó detrás, arreciando. Miró hacia donde estaban los guardias reales, ocupados ahora en cargar los morrales y pertrechos en la balsa—. Pero si has dado tu palabra...

—¡Tía Ell! —exclamó Gavilán con acritud.

—Cállate, Gavilán —respondió la reina, dirigiéndole una mirada gélida.

—Pero si ya conoces las reglas...

—¡Cállate!

—Eso sería un grave error —dijo Gavilán, dirigiendo su mirada a Stresa, esquivando la de la reina y la de Wren. Su furia era evidente—. Tú deberías saberlo mejor que nadie, gatoespino. ¿Recuerdas quién te creó? ¿Recuerdas por qué?

—¡Gavilán! —La reina estaba lívida.

Los guardias reales interrumpieron su trabajo y lo miraron. El Búho volvió a surgir de la neblina y Eowen se puso al lado de la reina.

Gavilán permaneció inmóvil unos segundos más; después giró sobre sus talones y se dirigió a la balsa con paso arrogante. Durante un momento, nadie más se movió: parecían estatuas envueltas por la niebla.

—Lo siento —dijo por fin Ellenroh, sin dirigirse a nadie en particular, con voz débil y desalentada.

Después se alejó también, seguida de Eowen. Sus juveniles facciones reflejaban tal aflicción que Wren decidió no acompañarla.

En cambio, miró a Stresa, y vio que la risa del gatoespino destilaba amargura.

—Ella no quiere que salgamos de la isla. Fffttt. Ninguno de ellos quiere.

—Stresa, ¿qué ocurre? —preguntó Wren, también enojada ahora, desconcertada por la animosidad que la aparición de Stresa había generado.

—Grrr. Wren Ohmsford. ¿No lo sabes? Jsst. Así que sigues sin saberlo, pese a ser nieta de Ellenroh Elessedil. ¡Qué extraño!

—Vamos, Wren —dijo el Búho, pasando junto a ella una vez más y tocándole ligeramente el hombro—. Ya es hora de que nos marchemos... ¡Rápido, ahora mismo!

Los guardias reales llevaban la balsa hacia las aguas de la orilla, y los demás componentes del grupo los seguían de cerca.

—¡Explicame lo que ocurre, Stresa! —exigió.

—Viajar por el Ro... Rowen no es precisamente mi pasatiempo favorito —dijo el gatoespino, ignorando la orden de Wren—. Yo me sentaré en el

centro, si no os importa. Jssttt. Y si os importa, también.

Nuevos temblores sacudieron la isla y, a sus espaldas, el Killeshan escupió un torrente de fuego carmesí. La ceniza y el humo invadieron la atmósfera, y un retumbo surgió de las profundidades de la tierra.

Todos estaban llamando a Wren, que corrió hacia ellos precedida por Stresa y con Fauno colgado del cuello. Se sentía furiosa por la desconfianza que mostraban con ella al negarse a hablar en su presencia de ciertos temas, al ocultarle cosas de forma totalmente deliberada. Aborrecía el trato que recibía, y cada vez estaba más convencida de que, si no forzaba la situación, ninguno le diría nada sobre los elfos y Morrowindl.

Llegó a la balsa cuando ya la empujaban hacia el interior del Rowen y se encontró con la mirada abiertamente hostil de Gavilán, lo que la impulsó, inconscientemente, a ponerse al lado de Garth. Los guardias reales ya estaban metidos en el agua hasta las rodillas, equilibrando la balsa. Stresa saltó a bordo sin pedir permiso y se instaló con matemática precisión en el centro de los morrales y pertrechos, tal como había dicho que haría. Nadie puso ninguna objeción ni hizo comentario alguno. Triss llevó hasta su lugar a Eowen y a la reina, que aferraba el báculo Ruhk con ambas manos. A continuación, subieron Wren y Garth. Los miembros del pequeño grupo se coordinaron para apartar la balsa de la orilla, inclinándose hacia delante con el fin de repartir su peso sobre los troncos de la improvisada embarcación, y con las manos agarradas a las agarraderas de cuerda que los guardias habían hecho para que pudieran sujetarse.

La corriente los arrastró casi al instante. Los que estaban más cerca de la orilla patearon para esquivar los márgenes del río, las rocas y las raíces de los árboles. El Killeshan continuaba vomitando fuego y cenizas, retumbando con furia. Los cielos se tizaron con una nueva capa de humo, lo que dificultaba aún más el paso de la luz. La balsa alcanzó el centro del cauce, mecida por el movimiento del agua, y ganó velocidad. El Búho daba órdenes a gritos a sus compañeros, que intentaban en vano dirigir la balsa hacia la otra orilla. Brotaron surtidores en la roca volcánica de la ribera que habían dejado atrás, que agrietaron la costra de lava de las tierras altas al escupir vapor y gas hacia el cielo. El Rowen se estremeció por la fuerza del movimiento sísmico y empezó a agitarse. Las aguas se alborotaron, y se formaron pequeños remolinos. Pasaban detritos arrastrados por la corriente. La balsa sufría violentas sacudidas y bandazos, y sus ocupantes se veían obligados a aferrarse a ella con todas sus fuerzas para no salir despedidos.

—¡Encoged las piernas! —les ordenó el Búho—. ¡Agarraos bien!

Fueron arrastrados por la fuerza de la corriente. La orilla desfilaba ante sus ojos como una borrosa sucesión de árboles y arbustos chamuscados, de abruptos campos de lava y de masas de niebla y calina. El volcán desapareció a sus espaldas, oculto tras un recodo del río y por el principio del valle en que se adentraba el cauce. Wren sentía pinchazos y golpes producidos por cosas que chocaban contra ella y se apartaban girando como si las moviera un hilo invisible. Empezaban a dolerle las manos y los dedos por llevar tanto tiempo crispados en torno a las agarraderas de cuerda, y su cuerpo estaba helado por la gelidez de las aguas montañosas. El ruido del río ahogaba el rugido del volcán, pero la joven seguía sintiendo su temblor, sus convulsiones. Delante aparecieron unos acantilados que se alzaban como si fueran murallas infranqueables, pero pronto se hallaron en mitad de la formación rocosa, porque la roca se dividía para permitir que el Rowen discurriera por un estrecho desfiladero. Durante algunos minutos, los rápidos fueron tan violentos que temieron que la balsa se estrellara contra las rocas. Luego el cauce volvió a ensancharse, y los acantilados se separaron. Giraron siguiendo una serie de amplias y perezosas olas y salieron a un lago que se adentraba en el nebuloso verdor de la selva.

El río aminoró su ímpetu y sus aguas se amansaron. La balsa dejó de dar vueltas y empezó a flotar lánguidamente hacia el centro del lago. Sobre la brillante superficie de las aguas flotaba una densa bruma que ocultaba ambas orillas y las transformaba en una verde máscara de silencio. Procedente de algún lugar perdido en la distancia, se oía el furioso estruendo del Killeshan.

En el centro de la balsa, Stresa levantó la cabeza y miró a su alrededor. Los penetrantes ojos del gatoespino se movieron rápidamente hasta encontrar los de Wren.

—¡Sss! ¡Debemos alejarnos de aquí! —dijo—. ¡Este... sss... no es buen sitio para quedarse! ¡Estamos cerca de las Tinieblas del Paraíso!

—¿Qué murmuras, gatoespino? —le preguntó Gavilán irritado.

Ellenroh puso la mano sobre el báculo Ruhk, que descansaba atravesado en la balsa.

—Búho, ¿sabes dónde estamos?

—Si el gatoespino dice que es peligroso... —respondió Aurino Estriado, negando con la cabeza.

Las aguas se agitaron con violencia a sus espaldas con un desgarrador rugido, y una descomunal cabeza negra emergió de la bruma con perezosa lentitud, encajada sobre un grueso y sinuoso cuerpo cubierto de escamas y protuberancias, que se ondulaba y flexionaba a la media luz del crepúsculo.

De sus mandíbulas colgaban tentáculos que se retorcían como si tratara de buscar alimento. Abrió la verdosa boca, revelando una doble hilera de dientes curvados. Empezó a dar coletazos hasta que consiguió alzarse sobre ellos a menos de quince metros de distancia, y siseó como un reptil a la que hubieran pisado.

—¡Una serpiente! —exclamó Eowen en voz baja.

Los guardias reales habían tomado posiciones, formando una barrera entre el monstruo y las personas que habían sido confiadas a su protección. Tras desenvainar las armas, empezaron a remar hacia la orilla opuesta. Fue inútil. La serpiente nadó en silencio hacia ellos y los alcanzó sin apenas esfuerzo. Sumergió en las aguas sus fauces abiertas en ademán amenazador. Wren, que estaba situada junto a Garth, ayudaba a impulsar la balsa, pero la orilla parecía cada vez más lejana. En el centro de la embarcación, Stresa había desplegado sus púas en todas direcciones, ocultando la cabeza.

Cuando se encontraban a unos cien metros de la orilla, la serpiente asestó un coletazo a la balsa por debajo, la levantó del agua junto con sus nueve ocupantes y la balsa giró por los aires. A continuación cayó sobre el lecho del río, dando un golpe que los dejó sin aliento. Los asideros se escurrieron de entre los dedos, y salieron despedidos junto con los bultos. Eowen chapoteó con desesperación y, cuando estaba a punto de hundirse, Gavilán la sacó a la superficie. La balsa había empezado a deshacerse por la fuerza del golpe; las ataduras se aflojaron y se soltaron los troncos. El Búho les gritó que patalearan, y lo hicieron con furioso frenesí porque no les quedaba otra opción.

La serpiente volvió de nuevo hacia ellos, emergiendo del Rowen con un resoplido que salpicó agua por todas partes. Emitió un terrorífico grito, parecido a una profunda y retumbante tos, y se abalanzó sobre ellos agitando y flexionando su enorme y monstruoso cuerpo. Wren y Garth salieron despedidos de la balsa cuando la bestia la alcanzó, arrastrando consigo a Ellenroh y a Fauno. Wren vio que Gavilán se sumergía y que los demás se dispersaban. Entonces la serpiente asestó un nuevo coletazo y todo desapareció en una explosión de agua. La balsa saltó por los aires hecha pedazos. Wren se hundió, con Fauno fuertemente aferrado a ella. Volvió a salir a la superficie, jadeando en busca de aire. Las cabezas se agitaban en el agua contra las olas que había provocado el ataque. La serpiente volvió a levantar la cabeza en la neblina, pero esta vez Triss y Colt habían acertado a la bestia, asestándole fuertes tajos y profundas estocadas con sus espadas. El aire quedó salpicado de sangre oscura y escamas, y el monstruo emitió un

aullido desgarrador. Su cuerpo se sacudía para librarse de sus atacantes. Después se sumergió. En ese mismo momento, Triss hundió su afilada espada en la escamosa cabeza y se apartó de un salto. Colt seguía atacando, y su semblante juvenil mostraba una expresión torva.

El cuerpo de la serpiente se contorsionó y los empujó en todas direcciones, haciendo girar a la vez los troncos sueltos de la destrozada balsa.

Uno de ellos golpeó de refilón a Wren en la cabeza. La joven percibió una fugaz visión de la serpiente que se hundía, de Garth llevando a Eowen hacia la orilla y de Ellenroh y el Búho aferrados a los restos de la balsa, y después todo quedó sumergido en unas profundas tinieblas.

Fue arrastrada por las aguas, insensible, sin control, entumecida hasta los huesos. Era consciente de que se estaba hundiendo, pero no se sentía con fuerzas para evitarlo. Contuvo la respiración cuando la cubrieron las aguas del río; después, sin poder resistir más, exhaló el aire y sintió que el agua inundaba sus pulmones. Gritó sin producir ningún sonido. Sintió el peso de las piedras élficas que colgaban de su cuello, y notó que empezaban a quemarle en el pecho.

Entonces algo la agarró y empezó a tirar de ella, algo que al principio se cerró sobre su túnica y luego se deslizó en torno a su cuerpo. Una mano primero, luego un brazo; alguien la había cogido. Ascendió lentamente a la superficie.

Por fin pudo sacar la cabeza fuera del agua, jadeante y sofocada, esforzándose por respirar mientras tosía para expulsar el agua de sus pulmones. Su salvador estaba a sus espaldas, tirando de ella hacia un lugar seguro. Se dejó llevar sin oponer resistencia, todavía aturdida por el golpe y casi ahogándose. Pestañeó para quitarse el agua de los ojos, y volvió la mirada para ver la superficie del Rowen. Las aguas brillaban como una lámina de plata ondulante, vacía salvo por los detritos. La serpiente había desaparecido. Oyó las voces de Eowen, el Búho y alguna más. Oyó su propio nombre. Fauno ya no estaba agarrado a ella. ¿Qué le habría pasado a Fauno?

Por fin llegaron cerca de la orilla; su salvador dejó de nadar y se puso de pie, levantándola y dándole la vuelta al mismo tiempo. Entonces se encontró cara a cara con Gavilán.

—¿Te encuentras bien, Wren? —preguntó sin aliento, agotado por el esfuerzo de arrastrarla—. Mírame.

La joven lo miró, y el resentimiento que guardaba contra él se desvaneció al ver la expresión de su rostro. En él podían verse reflejados preocupación y una sombra de miedo, auténticos y sinceros.

—Me encuentro muy bien —respondió Wren, apretándole la mano, y aspiró con avidez una profunda bocanada de aire—. Gracias, Gavilán.

—Dije que podías contar con mi ayuda cuando la necesitases, pero no esperaba que aceptaras tan pronto mi oferta —dijo Gavilán, sin poder ocultar un sorprendente rubor.

La ayudó a salir del agua y la condujo hasta donde estaba Ellenroh, que la abrazó con ansiedad y susurró a su oído algo apenas audible, unas palabras que no era necesario oír para entenderlas. Garth también estaba allí, y el Búho, empapado y afligido, pero ileso. Vio la mayor parte de las provisiones del grupo amontonadas junto a la orilla, mojadas pero en buen estado. Eowen estaba sentada bajo un árbol, desgredada y maltrecha, atendida por Dal.

—¡Fauno! —llamó Wren, e inmediatamente oyó un fuerte chillido.

Miró hacia el río Rowen y vio al jacarino agarrado a un trozo de madera, a muchos metros de distancia. Volvió corriendo al río y se metió en el agua hasta que le llegó al cuello. Entonces su peludo compañero abandonó su salvavidas y nadó hacia ella a toda velocidad. Se subió a su hombro, y la joven lo llevó a la orilla.

—¡Vaya, vaya, pequeño...! Tú también estás a salvo, ¿no es verdad?

Poco después, Triss salía del agua tambaleándose. Una parte de su bronceado rostro presentaba profundos arañazos, y tenía la ropa ensangrentada y hecha jirones. Se sentó un momento para que el Búho examinara sus heridas, y después fue a reunirse con los demás. Todos miraron las desiertas aguas.

No había señales de Colt ni de Stresa.

—La última vez que vi al gatoespino fue cuando la serpiente terminó de destrozarse la balsa —dijo Gavilán en voz baja, en tono de disculpa—. Lo siento, Wren. Lo lamento de verdad.

Ella respondió con un asentimiento de cabeza, incapaz de hablar a causa de la pena. Rígida e inexpresiva, buscó con la mirada al gatoespino.

«Ya lo he abandonado dos veces», pensó.

Triss se agachó para coger una espada de entre los pertrechos salvados.

—Colt se hundió con la serpiente. No creo que pudiera liberarse.

Wren apenas oía sus palabras, ensimismada en sus sombríos pensamientos. «Tendría que haberlo buscado cuando se hundió la balsa. Tendría que haber intentado ayudarlo».

Sin embargo, al mismo tiempo pensaba que no hubiera podido hacer nada.

—Tenemos que continuar la marcha —dijo el Búho—. No podemos quedarnos aquí.

Como si quisiera confirmar sus palabras, el Killeshan retumbó y la neblina se arremolinó lentamente. Dudaron un momento más, agrupados en la orilla, con la ropa goteando, en silencio e inmóviles. Luego se dieron la vuelta uno tras otro, cargaron a sus espaldas los morrales y pertrechos y, tras asegurarse de que las armas estaban en su lugar, se internaron entre los árboles.

A sus espaldas, el río Rowen se extendía como un sudario plateado.

Cuando apenas se habían alejado un centenar de metros de la orilla del río Rowen, los árboles desaparecieron y su hueco lo ocupó una horrible pesadilla. Ante ellos se extendía un inmenso pantano, una serie de ciénagas plagadas de juncias y maleza entrelazadas con grupos de viejos cedros y acacias, cuyas ramas habían crecido muy juntas, como si hicieran un último y desesperado esfuerzo para evitar ser engullidos por el cieno. Muchos estaban medio caídos, con las raíces corroídas y los enormes troncos inclinados como gigantes heridos. El pantano se extendía más allá de donde alcanzaba la vista, entre la maraña de árboles moribundos y arbustos atrofiados: un vasto e impenetrable lodazal amortajado por la calina y el silencio.

El Búho, presa de la indecisión, les ordenó que se detuvieran. Miraron a derecha e izquierda, detrás y de frente, intentando descubrir algún sendero. Pero no había ninguno. El pantano estaba cubierto por un espeso manto de niebla y parecía un ominoso laberinto.

—Las Tinieblas del Paraíso —dijo el Búho con una expresión indescifrable.

Tenían pocas alternativas entre las que elegir. Podían retroceder hasta el río Rowen y remontarlo, seguir su curso hasta que encontraran una ruta más transitable, o podían arriesgarse a atravesar el pantano. En uno y otro caso, tendrían que escalar la Cornisa Negra, porque habían llegado demasiado lejos río abajo para regresar al valle y a los pasos que facilitaban el descenso. No disponían de tiempo para recorrer un trayecto tan largo y, por otra parte, los demonios debían de encontrarse ya por todas partes. El Búho temía que estuvieran buscándolos a lo largo del río, por lo que les aconsejó seguir adelante sin demora. El viaje sería traicionero, pero estaba casi seguro de que,

de momento, los demonios no los buscarían en aquella zona. En uno o dos días conseguirían llegar a las montañas.

Tras una breve discusión, el grupo aceptó la propuesta de Aurino Estriado. Ninguno de ellos, salvo Wren, Garth y el Búho, había salido de la ciudad desde hacía casi diez años, y la joven nómada y su protector solo habían atravesado la región una vez, así que sabían muy poco de cómo se podían sortear sus peligros. El Búho, en cambio, poseía varios años de experiencia, por lo que no había nadie más preparado que él para hacer de guía.

Iniciaron la caminata a través de las Tinieblas del Paraíso. El Búho iba delante, seguido de Triss, Ellenroh, Eowen, Gavilán, Wren, Garth y Dal. Avanzaban en fila india tras los pasos de Aurino Estriado, que procuraba buscar franjas de terreno sólido a través del pantano, y normalmente lo conseguía, porque aún había algunas zonas donde no había acabado de cerrarse. Pero, a pesar de ello, no faltaban ocasiones en que tenían que meter los pies en la húmeda mezcla de agua y barro y desplazarse con precaución por zonas de hierba alta y arbustos, agarrándose a ellos para no perder el equilibrio, mientras percibían la avidez con la que el cieno trataba de succionarlos. Avanzaban con lentitud y cautela en la penumbra, siguiendo las indicaciones del Búho de que se mantuvieran lo más cerca posible de la persona que iba delante de ellos, y escudriñaban con temor la neblina cada vez que el agua y el cieno burbujaban.

Las Tinieblas del Paraíso, a pesar del manto de silencio que se cernía sobre ellas, constituían el refugio de algunos animales. La mayoría no se dejaban ver nunca, y apenas se oían. Unas criaturas aladas surcaban el espacio aéreo cubierto por la bruma, silenciosas, veloces y furtivas. Algunos insectos zumbaban; unos eran iridiscentes y tan grandes como la mano de un niño. Una especie de ratas o musarañas correteaban entre los pocos árboles que habían conseguido sobrevivir, y se ocultaban con felina agilidad tan pronto como detectaban su presencia. Había también otras criaturas, algunas enormes. Chapoteaban y gruñían en el silencio reinante, al amparo de la penumbra; eran cazadores que merodeaban por las aguas más profundas. Ninguno de los viajeros consiguió verlas, aunque lo intentaron.

El día seguía su curso en un lento y agonizante camino hacia la oscuridad. Solo se detuvieron una vez para reparar las fuerzas, apiñados sobre un tronco medio hundido en el lodazal, espalda con espalda con el resto de los compañeros mientras sus ojos escrutaban la pantalla de niebla. El aire tan pronto era frío como caliente, como si las Tinieblas del Paraíso estuvieran formadas de cámaras separadas por paredes invisibles. El agua del pantano, al

igual que el aire, unas veces era gélida y otras tibia, profunda en unos lugares y escasa en otros, con una variada mezcla de colores y olores, pero ninguno de ellos agradable, y todos drenaban y absorbían la vida de la superficie. En ocasiones la tierra temblaba y les recordaba que, en alguna parte, el Killeshan continuaba profiriendo sus terribles amenazas, acumulando gases y calor en sus entrañas y vomitando por las fauces torrentes de lava que abrasaban la falda de la montaña. Wren lo vio con los ojos de su mente mientras se esforzaba en seguir el paso de sus compañeros: el aire impregnado de humo y la tierra cubierta de fuego, bajo capas de vapor y cenizas que se incrementaban a medida que pasaba el tiempo. Era probable que la Quilla ya hubiera desaparecido. Pero ¿qué había sido de los demonios? ¿Habrían huido también, o eran demasiado insensatos para temer la lava? Si habían huido, ¿adónde?

Ya conocía la respuesta a su última pregunta. Solo podían dirigirse a un lugar.

«Se verán obligados a retroceder por el río Rowen —respondió Garth con expresión lúgubre cuando la joven nómada le pidió su opinión. Caminaron juntos a través de una franja de tierra que todavía no había sido invadida por el pantano—. Retrocederán hacia los acantilados, igual que hemos hecho nosotros. Si no nos damos prisa, conseguirán rodearnos antes de que podamos huir».

—Quizá no lleguen tan lejos —había dicho ella, esperanzada, moviendo los dedos con rapidez para transmitirle sus palabras—. Quizá prefieran seguir la ruta del valle por considerarla más segura.

Garth no se molestó en responder. De nada le hubiera servido hacerlo, porque ella sabía tan bien como él que, si los demonios seguían la ruta del valle en su descenso por la Cornisa Negra, alcanzarían las regiones bajas de la isla antes que ellos y los estarían esperando en las playas.

Wren pensaba con frecuencia en Stresa, intentando recordar cuándo lo había visto por última vez después del ataque de la serpiente, buscando en su memoria algún detalle que le permitiera mantener la esperanza, por remota que fuera, de que el gatoespino había conseguido salir con vida. Pero fracasó en el intento. Había desaparecido junto con todo lo demás cuando se encontraba agazapado entre los fardos. Sufrió en silencio, incapaz de sobreponerse, porque se había encariñado con el animal mucho más de lo que debía. Abrazó a Fauno mientras se asombraba de los cambios que, sin que ella se diera cuenta, se habían producido en su carácter, y que hacían que se sintiera muy lejos de la muchacha que antes había sido. Había perdido la

confianza en sus habilidades y su destreza. Ya no estaba tan segura de ser una nómada por encima de todo y de que nada más tuviera importancia.

Con más frecuencia de la que estaba dispuesta a admitir, sus dedos buscaban bajo la túnica las piedras élficas. Las Tinieblas del Paraíso eran inmensas e implacables, y amenazaban con erosionar su valor y fortaleza. Las piedras élficas, en cambio, la reconfortaban: la magia élfica era sinónimo de poder. Se odiaba por sentirse de esta manera, por necesitar contar con ellas. Un solo día fuera de Arborlon y ya empezaba a desesperarse. Y no era solo ella. Veía la angustia y la inquietud reflejadas en los ojos de sus ocho compañeros de viaje, incluso en los de Garth. Morrowindl ejercía sobre ellos un efecto que trascendía toda lógica y sepultaba el raciocinio bajo una montaña de temor y duda. Estaba en el aire, en la tierra y en la vida que los rodeaba. Era una especie de locura que susurraba avisos insidiosos y robaba la vitalidad con una despreocupación inmisericorde. Intentó imaginar de nuevo cómo había sido la isla en otra época, y una vez más fracasó en el intento. No podía ver más allá de lo que era, de lo que había llegado a ser. De aquello en lo que los elfos y su magia la habían convertido.

Y pensó una vez más en los secretos que le ocultaban el Búho, Gavilán y todos los demás. Stresa también los conocía, y estaba segura de que se los hubiera revelado. Pero ahora tendría que hacerlo otro.

—¿Puedes ver algo de lo que nos espera? ¿Has tenido alguna nueva visión? —preguntó Wren a Eowen en voz baja, tocándole suavemente en el hombro, en la primera ocasión que se le presentó.

—No, Wren; la visión está nublada por la magia que recorre el corazón de la isla —respondió la mujer de rostro pálido y ojos esmeralda, esbozando una sonrisa triste—. Antes podía ver gracias a la protección de Arborlon. Pero aquí solo hay lugar para la locura. Si logramos cruzar los acantilados y alcanzar la región donde llegan la luz del sol y las fragancias del mar, quizá pueda...

El crepúsculo descendió en una lenta superposición de velos grises y fue ocultando poco a poco la luz. Aunque habían emprendido la marcha media mañana, aún no había señales de la Cornisa Negra ni indicios de que estuvieran llegando a los límites del pantano. El Búho empezó a buscar un lugar para pasar la noche, advirtiéndoles que debían extremar las precauciones, porque las sombras se alargaban sobre la tierra y podían producir ilusiones ópticas. El silencio del día fue cediendo el paso a una creciente marea de sonidos nocturnos, una áspera y aguda mezcolanza que se elevaba desde las manchas oscuras y resonaba a través de la penumbra.

Algunas partes del follaje empezaban a brillar con una fosforescencia plateada, y los insectos voladores centelleaban y desaparecían en el cenagal entre revoloteos.

La desgarrada figura de Aurino Estriado, en cuclillas, avanzaba con seguridad a través de la maleza. Wren vio que Ellenroh adelantaba a Triss para decirle algo al Búho. El grupo estaba atravesando una extensión de altos hierbajos que les llegaban a la cintura, y la decadente luz rielaba tenuemente en la superficie del pantano, que estaba situado a su izquierda.

De repente, el agua se elevó entre chorros cuando una criatura enorme emergió a la superficie para capturar alguna presa distraída. Después, las mandíbulas se cerraron de golpe y la criatura volvió a sumergirse en las oscuras aguas. Todos se sobresaltaron, y se quedaron aturridos durante un breve instante. Wren vio que el Búho se giraba a medias, haciéndoles señas de advertencia con las manos. Vio algo más, algo semioculto en la penumbra. Se produjo un leve movimiento.

Un segundo más tarde, oyó un siseo que le era familiar.

Garth no pudo oírlo, por supuesto; pero algo le advirtió del peligro, y se abalanzó sobre Wren y Eowen, tirándolas al suelo. Detrás de ellas, Dal se agachó instintivamente. Delante, el Búho cubrió con su cuerpo a Ellenroh Elessedil y la empujó hacia Triss y Gavilán. Percibieron un sonido desgarrador al tiempo que una lluvia de agujas traspasaba las hierbas y las hojas. Wren oyó un gruñido de sorpresa. Todos estaban aplastados contra el suelo, hundidos en la hierba, respirando pesadamente en la repentina quietud.

«¡Un lanzaflechas!».

El nombre la arañó como una corteza áspera contra su piel desnuda cuando lo gritó en su mente. Recordó lo cerca que había estado de que la matara una de aquellas plantas durante el viaje de ida. El brazo de Garth la cogió por la cintura, y ella le hizo rápidas señas cuando el duro y barbudo rostro surgió junto al suyo.

Oyó los sollozos de su abuela.

Presas de un gran nerviosismo, olvidando todo lo demás, se dirigió a gatas hacia ella entre las altas hierbas, seguida de los demás. Adelantó a Gavilán, que todavía intentaba comprender lo que estaba ocurriendo, y tropezó con Triss cuando este alcanzaba a la reina.

Ellenroh estaba inclinada sobre el Búho y lo sostenía con uno de sus brazos flexionado mientras enjugaba el sudor de su rostro. Parecía como si hubieran quitado todos los palos del armazón del espantapájaros del Búho y

solo quedara la ropa que colgaba de ellos. Sus ojos estaban abiertos y fijos, y su boca intentaba tragar saliva desesperadamente.

Docenas de las venenosas agujas del lanzaflechas sobresalían de su cuerpo. Había recibido la mayor parte de los proyectiles.

—Aurino —susurró la reina, y los ojos del Búho la buscaron con ansiedad—. Todo va a salir bien. Estamos todos aquí.

Levantó los ojos para encontrarse con los de Wren y la mirada de ambas traslucía desesperanza.

—Búho —dijo Wren en voz baja, alargando la mano para tocarle el rostro.

—No puedo... sentir nada —jadeó Aurino Estriado, mientras su respiración se aceleraba notablemente.

Unos segundos después, su respiración se detuvo, y entonces murió.

Wren no consiguió conciliar el sueño en toda la noche. No sabía si a los demás también les ocurría, porque se mantenía apartada de ellos. Estaba sentada, con Fauno enroscado en su regazo, bajo un cedro con el tronco cubierto de musgo y enredaderas, y tenía la mirada fija en el pantano. Estaban a menos de cien metros del lugar donde se había producido el ataque, agazapados entre la niebla y la oscuridad, envueltos por los sonidos de unos seres que no podían ver, demasiado impresionados por lo ocurrido para preocuparse por reemprender la marcha antes del amanecer.

Seguía viendo la cara del Búho mientras agonizaba.

Había sido un accidente, lo sabía, una racha de mala suerte. Ninguno de ellos hubiera podido preverlo ni evitarlo. Hasta entonces, ella solo se había topado con un lanzaflechas en su recorrido por Morrowindl. ¿Qué probabilidades había de que pudiera encontrarse con otro? ¿Cuál podía ser el motivo de que la mortífera planta hubiese escogido, entre todos ellos, a Aurino Estriado?

La inverosimilitud del asunto la obsesionaba.

¿Habría podido el Búho salvar la vida si Stresa hubiese estado allí para avisarles?

No había terreno sólido para enterrar al Búho, solo tierra pantanosa de donde las bestias de las Tinieblas del Paraíso acabarían por excavar sus restos y devorarlos, por lo que buscaron una zona de arenas movedizas y lo sepultaron allí, para que nada ni nadie pudiera tocarlo jamás.

Después cenaron lo poco que consiguieron tragar, hablando de cosas intrascendentes, sin ser todavía plenamente conscientes de lo que para ellos significaba la pérdida del Búho. Bebieron más cerveza de lo acostumbrado, y

se dispersaron en la oscuridad. Los soldados elfos montaron guardia; Triss hasta medianoche y Dal hasta el amanecer, y el silencio se asentó sobre el grupo.

Solo había sido un accidente, puro azar, se repetía una y otra vez Wren, desconsolada.

Tenía muy buenos recuerdos del Búho, aunque lo había tratado poco tiempo, y se aferraba a ellos para escudarse contra el dolor. El Búho le había profesado una sincera amistad. También había sido honesto, tan honesto como le permitía su lealtad a la reina. Le había dado de sí mismo cuanto había podido. Aquella misma mañana le había dicho que había logrado sobrevivir fuera de las murallas de Arborlon todos aquellos años porque había aceptado que la muerte era algo inevitable, y eso lo había fortalecido contra el temor que esta infunde. Era necesario aceptarla, le había asegurado. «Si estás siempre preocupado por lo que pueda ocurrir, nunca podrás actuar, y la vida pierde todo su sentido. Basta con convencerse de ello; cuando lo consigues, todo lo demás carece de importancia».

Pero el Búho había sido mucho más importante que la mayoría. En la intimidad de sus pensamientos, mientras los demás dormían o fingían dormir, reconoció lo mucho que había significado para los elfos. Recordó cómo lloraba Ellenroh cuando Aurino Estriado murió en sus brazos, como una niña pequeña, sin avergonzarse de manifestar su pena, sollozando por alguien que había sido mucho más que un fiel defensor del trono, más que un compañero de toda la vida y más que un amigo. Hasta entonces no había advertido la profundidad de los sentimientos que su abuela albergaba por el Búho, y eso también la hizo llorar. Gavilán, que por primera vez se había quedado sin palabras, había sujetado las manos de Ellenroh y abrazado a Wren impulsivamente cuando la joven nómada más lo necesitaba. Garth y los guardias reales se mantenían inexpresivos, pero sus ojos reflejaban lo que ocultaban detrás de la máscara. Todos echarían en falta la presencia de Aurino Estriado.

La profundidad de ese sentimiento se puso de manifiesto al rayar el alba y superaba por mucho el aspecto emocional. Porque el Búho era el único que conocía la manera de sobrevivir a los peligros de Morrowindl fuera de las murallas de Arborlon. Ningún otro podía servir de guía. Tendrían que recurrir a su instinto y a sus habilidades si querían salvarse a sí mismos y a todos los elfos confinados en la Loden. Eso suponía encontrar un camino para salir de las Tinieblas del Paraíso, descender por la Cornisa Negra, atravesar el In Ju y llegar a las playas a tiempo de encontrarse con Tigre Ty. Y todo eso tenían

que hacerlo sin conocer la ruta que debían seguir ni los peligros que tendrían que sortear.

Cuanto más lo pensaba, más imposible le parecía. Salvo Garth y ella misma, ningún otro miembro del grupo tenía experiencia sobre el modo de sobrevivir en plena naturaleza salvaje; pero aquel era un país desconocido para los nómadas, una tierra por la que solo habían pasado una vez, y contando con ayuda; una tierra tan llena de trampas y peligros que jamás habían visto nada igual. ¿Cómo podrían ayudarse entre sí? ¿Qué posibilidades tenían de sobrevivir sin el Búho?

Su reflexión la hizo sentirse vacía y amarga. Era mucho lo que había en juego, y todo ello dependía de que vivieran o murieran, pero ahora la misión estaba en peligro a causa de un triste accidente.

Garth fue quien durmió más cerca de ella, una negra sombra que sobresalía de la tierra, tan quieta como si perteneciera a un muerto. Hacía unos días que le intrigaba el gigante nómada... Había empezado a sentir esa inquietud desde que llegaron a Morrowindl. Era algo indefinible, pero muy real. Garth, siempre enigmático, había empezado a aumentar la distancia que los separaba, a reducir la comunicación con ella, como si creyera que ya no lo necesitaba, que su relación de maestro y discípula había llegado a su fin. No, no era nada concreto, sino una actitud que se manifestaba en una retirada gradual y discreta. Todavía estaba allí para prestarle su ayuda en cualquier emergencia, tan protector como siempre, y velaba por ella y le ofrecía sus sabios consejos. Pero al mismo tiempo se iba retirando y le concedía un espacio y una soledad que nunca antes había sentido, y que le producía un gran desconcierto. Era lo bastante fuerte para ser independiente, lo sabía; lo era desde hacía varios años. Pero nunca había pensado que un día tendría que decir adiós a Garth.

Tal vez la pérdida del Búho llamó su atención sobre este aspecto con más dramatismo del que hubiese tenido en otras circunstancias. No estaba segura. Era difícil pensar con claridad en aquellos momentos, pero sabía que debía hacerlo. Las emociones solo podían distraer y confundir, incluso llevarla a la muerte. Hasta que no salieran de Morrowindl y se encontraran a salvo en la Tierra del Oeste, tendrían poco tiempo para dedicarlo a satisfacer sus deseos y añoranzas, a lo que sería y a lo que podría haber sido, a lo que había sido y nunca volvería a ser.

Sintió un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos. A pesar de tener a Fauno dormido en su regazo y a Garth un poco más allá, y de haber encontrado a su abuela y descubierto su propia identidad, se sentía muy sola.

Pasada la medianoche, después de que Dal relevara a Triss, Gavilán fue a sentarse junto a ella. No habló, sino que se limitó a tapparla con la manta que llevaba y ponerse a su lado. Ella sintió el calor de su cuerpo a través de la humedad y la frialdad de la noche del pantano, y se sintió reconfortada. Poco después se apoyó en él, porque necesitaba sentir su contacto. Entonces él la tomó en sus brazos, la recostó sobre su pecho y la mantuvo en esta posición hasta el amanecer.

Con las primeras luces del alba reanudaron el viaje a través de las Tinieblas del Paraíso. Garth abría la marcha, por ser el más experimentado en métodos de supervivencia. Fue Wren quien lo propuso como guía, y Ellenroh lo aprobó sin dudar. Nadie igualaba a Garth como rastreador, y se necesitaba la habilidad de un rastreador para salir del pantano.

Pero ni siquiera Garth podía desvelar el misterio de las Tinieblas del Paraíso. La bruma flotaba por doquier, ocultando el cielo, y lo envolvía todo hasta el punto de que nada era visible a más de cinco metros de distancia. La luz era grisácea y débil, diluida por la neblina y reflejada por la humedad, y se esparcía de manera que parecía provenir de todas partes. Nada servía como punto de referencia, ni siquiera los líquenes y musgos que crecían en el pantano, que parecían apiñarse como si huyeran ante la llegada del día, tan desconcertados y perdidos como los componentes del grupo que pretendían recurrir a ellos. Garth fijó un rumbo y se atuvo a él, pero Wren se dio cuenta de que no conseguía encontrar las señales precisas para orientarse. Viajaban sin saber en qué dirección avanzaban, sin posibilidad de poder orientarse. Garth se reservaba sus pensamientos, pero Wren podía leer la verdad en sus ojos.

La marcha era firme, pero lenta, en parte porque el pantano era casi intransitable y en parte porque Ellenroh Elessedil estaba enferma. La reina había contraído la fiebre durante la noche, y su estado se había agravado con tal rapidez que, en unas pocas horas, había pasado de los mareos y jaquecas a los escalofríos y la tos. Al mediodía, cuando el grupo se detuvo para tomar una comida rápida, había perdido gran parte de sus fuerzas. Todavía podía caminar, aunque con ayuda. Triss y Dal compartieron la tarea de sostenerla de pie, cogiéndola por la cintura. Eowen y Wren la examinaron en busca de heridas, temiendo que alguna de las espinas venenosas del lanzaflechas la hubiera rozado. Pero no encontraron nada. No era fácil explicar la enfermedad de la reina y, aunque le prestaban toda la atención que podían, nadie tenía la menor idea de cuál podría ser el remedio adecuado para combatirla.

—Me siento ridícula —le confesó a Wren en una ocasión; sus lívidas facciones estaban bañadas por una brillante capa de sudor. Estaban sentadas sobre un tronco, tomando la frugal ración de pan y queso que constituía su comida, envueltas en sus amplias capas—. Me encontraba perfectamente cuando me acosté, pero una sensación extraña me hizo despertar durante la noche. —Esbozó una sonrisa—. No sé describirlo de otro modo. Solo puedo decir que no me sentía bien.

—Lo que te hace falta es una noche de sueño reparador —contestó Wren—. Todos estamos agotados.

Pero la dolencia de Ellenroh era algo más que un simple agotamiento y su estado empeoró a medida que avanzaba el día. Al anochecer se había caído tantas veces que los guardias reales optaron por llevarla en brazos. El grupo había pasado la tarde enfangado en una hondonada. Un aire gélido llegaba de alguna parte a la gran extensión de calor volcánico del pantano y enfriaba el agua. Ellenroh, ya al borde de la extenuación, continuaba debilitándose. Las escasas fuerzas que le quedaban parecían abandonarla. Cuando al fin hicieron un alto para pasar la noche, estaba inconsciente.

Wren observó cómo Eowen Cerise le lavaba la cara mientras Gavilán y los guardias reales hacían todos los preparativos para acampar. Garth estaba junto a ella: su moreno rostro estaba impasible, pero tenía los ojos nublados por la duda. Cuando lo miró, el gigante nómada hizo un movimiento de cabeza casi imperceptible, y luego le dijo con los dedos: «No consigo interpretar las señales. Ni siquiera puedo encontrarlas».

Era una amarga confesión. Garth era orgulloso y no aceptaba la derrota fácilmente. Ella lo miró a los ojos y le dio una palmadita como respuesta. «Encontrarás una solución», le dijo para consolarlo.

Volvieron a comer, sobre todo porque necesitaban reponer fuerzas, reunidos en un pequeño terreno mojado, aunque era el más seco de los alrededores. Ellenroh dormía envuelta en dos mantas, temblando de frío y fiebre, murmurando de vez en cuando y estremeciéndose en sueños. Wren se maravillaba ante la fuerza de voluntad de su abuela. Ni en una sola ocasión mientras luchaba contra la enfermedad aflojó las manos del báculo Ruhk. Lo seguía agarrando como si pudiera proteger con su cuerpo la ciudad y a las personas recluidas en la magia de la Loden. En más de una ocasión, Gavilán se había ofrecido a relevarla de la tarea de transportar el báculo, pero ella se había negado a entregárselo. Era una carga que se había echado sobre los hombros y no estaba dispuesta a que otra persona cargara con ella. Wren pensó en lo mucho que debía de haberle costado conseguir tanta fortaleza: la

pérdida de sus padres, de su marido, de su hija, de sus amigos, de casi todos sus allegados. Su vida entera había cambiado cuando aparecieron los demonios y se amuralló la ciudad de Arborlon. Todo lo que recordaba de Morrowindl tal y como lo había conocido en su infancia había desaparecido. Nada quedaba de las esperanzas que debió de albergar para el futuro, salvo la posibilidad de que los elfos y su ciudad pudieran renacer, gracias a su fe y decisión, en un mundo mejor.

Un mundo oprimido por la Federación y atemorizado por los umbríos, donde el uso de la magia había tenido consecuencias nefastas, como en Morrowindl.

Wren esbozó una desganada, amarga e irónica sonrisa.

De pronto pudo ver con claridad las semejanzas entre ambos mundos, la isla y el continente, Morrowindl y las Cuatro Tierras. Pese a sus diferencias, estaban afectados por la misma clase de locura. Los dos estaban infestados de criaturas que se alimentaban de la destrucción; a los dos los acosaba una enfermedad que trastornaba la tierra y a los seres que vivían en ella. ¿Qué era Morrowindl sino las Cuatro Tierras en un estado avanzado de descomposición? Se preguntó de pronto si no estarían conectados de algún modo, si los demonios y los umbríos tendrían un origen común. Volvió a pensar en los secretos que los elfos le ocultaban sobre el pasado de Morrowindl.

Y siguió formulándose nuevas preguntas: «¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Por qué me envió Allanon para conseguir que los elfos regresaran a las Cuatro Tierras? ¿Cómo van a remediar ellos la situación, y cómo van a descubrir la forma de hacerlo?».

Cuando terminó de comer, se quedó un rato sentada junto a su abuela, observando su cara bajo la luz del ocaso, intentado descubrir en las devastadas facciones un nuevo vestigio de su madre, de la visión que había tenido en aquel sueño ya lejano, cuando le rogaba: «Recuérdame. Recuérdame». Aquel frágil recuerdo era todo lo que tenía de sus padres, todo lo que le quedaba de su infancia. Allí sentada, con la cabeza de su abuela apoyada en el regazo, decidió pedir a Garth más información sobre su pasado, aunque ya no tenía esperanzas de que quedase mucho por contar; solo sabía que se sentía vacía y desolada, y que necesitaba algo a lo que agarrarse. Pero Garth estaba haciendo guardia, demasiado lejos para llamarlo sin molestar a los demás, y demasiado distanciado de ella para proporcionarle consuelo. Entonces recurrió al contacto familiar de las piedras élficas guardadas en su bolsa de cuero; pasó la punta de los dedos por su dura y suave superficie y les

dio vueltas bajo la tela de su túnica. Eran la herencia de su madre y una prueba de la confianza de su abuela y, a pesar de sus recelos sobre el papel que pudieran jugar en su vida, no podía desprenderse de ellas. No allí, no en aquel momento, no hasta que se librara de la pesadilla en la que con tanto empeño se había embarcado.

«Yo elegí esto —se dijo a sí misma con amargura y dureza—. He venido aquí por voluntad propia».

Para averiguar la verdad, para descubrir quién era y qué era realmente, para unir el pasado con el futuro de una vez y para siempre.

«¿Qué sé de todo esto? ¿Qué se me escapa?».

Eowen fue a sentarse a su lado, y Wren se dio entonces cuenta de lo cansada que estaba. Dejó a su abuela al cuidado de la vidente pelirroja y se dirigió a su propio lecho sin hacer ruido. Envuelta en sus mantas, permaneció con la mirada perdida en la impenetrable noche. El pantano era un laberinto que acabaría engulléndolos a todos sin el menor remordimiento y el mundo, un manto de indiferencia y engaño, de peligros tan innumerables como las sombras que la rodeaban, de muerte repentina y de fantasmas que parodiaban con sarcasmo lo que podía haber sido. Se encontró pensando en los años de su adiestramiento con Garth, en lo que este le había enseñado y lo que ella había aprendido. Sabía que necesitaría todos esos conocimientos para sobrevivir. Necesitaría toda la fuerza que pudiera reunir, toda su experiencia, adiestramiento y decisión, y una buena dosis de suerte.

«Y algo más».

Sus dedos acariciaron de nuevo las piedras élficas y se retiraron como si su contacto los quemara. Podía invocar y controlar su poder siempre que lo deseara. Ya había recurrido dos veces a él para salvarse. En ambas ocasiones lo había hecho por ignorancia o desesperación. Pero presentía que, si volvía a utilizarlas, si las empleaba por tercera vez ahora que conocía la magia que contenían y comprendía lo que su uso implicaba, se arriesgaba a renunciar a todo lo que era para transformarse en algo completamente distinto. Nada volvería a ser igual para ella, se dijo. Nada.

Sin embargo, si consideraba que la fuerza, la experiencia, el adiestramiento y la decisión no le servían de ayuda, si lamentaba la aparente mala suerte que la perseguía, parecía que el poder de las piedras era todo lo que le quedaba, lo único a lo que podía recurrir.

Metió la cabeza bajo las mantas y se quedó dormida, atrapada en una telaraña de dudas.

Wren soñó y, en sus sueños, los Ohmsford iban y venían en un alud de imágenes caleidoscópico y fragmentado que explotó en su memoria. Las escenas se volcaron en su interior como una avalancha, arrastrándola, sacudiéndola y arrojándola por un abismo sin fin. Muda espectadora, contempló cómo la historia de sus antepasados adquiría forma en fugaces retazos de tiempo, presenció acontecimientos que solo conocía de oídas, leyendas del pasado tal y como las narraban Par y Coll Ohmsford.

Luego se despertó y se sentó con un movimiento brusco, sacada de su sueño súbitamente. Fauno, que estaba enroscado en su cuello, salió huyendo. Wren miró hacia las sombras, sintiendo los latidos de su corazón en la garganta y la respiración acelerada. Los demás miembros del grupo dormían a su alrededor, salvo el que estuviese de guardia, una figura borrosa y sin rostro apostada en el límite del campamento.

«¿Qué ha sido eso? —se preguntó sin poder dominar su nerviosismo—. ¿Qué he visto?».

Algo de lo que había visto en sueños la había despertado, algo tan desconcertante, tan inesperado, que le había impedido seguir durmiendo.

¿Qué había sido?

El recuerdo, cuando llegó, fue brusco y sorprendente. Su mano voló al instante hasta la bolsita de cuero que llevaba bajo la túnica.

¡Las piedras élficas!

En los sueños con sus antepasados Ohmsford había captado una única visión de Shea y Flick, una fugaz imagen entre muchas otras, una de las numerosas historias que se contaban sobre la búsqueda de la espada de Shannara. En esa imagen, los hermanos estaban perdidos con Menion Leah en las Tierras Bajas de Clete, al comienzo de su viaje a Culhaven. La destreza y

sus conocimientos sobre el bosque no parecían servirles de gran ayuda, y hubieran perecido en aquel lugar si Shea no hubiera descubierto a tiempo que podía invocar el poder de las piedras élficas que el druida Allanon le había entregado, las mismas piedras élficas que ella poseía ahora. En aquella imagen, que durante sus sueños había resurgido de un almacén de relatos apenas recordados, había descubierto una verdad que había olvidado hacía tiempo: la magia, además de proteger, también podía buscar. Podía mostrar a su portador el camino de salida del laberinto más intrincado, podía ayudarle a encontrar aquello que estaba perdido.

Se mordió el labio con fuerza. Lo había sabido antes, por supuesto... todos lo sabían, todos los descendientes de los Ohmsford. Par le había cantado la historia cuando era pequeña. Pero hacía ya mucho tiempo de eso.

Las piedras élficas.

Estaba inmovilizada bajo las mantas, anonadada por aquella inesperada revelación. Siempre había poseído la capacidad de librarlos de los peligros que encerraban las Tinieblas del Paraíso. Si decidía invocar su magia, las piedras élficas les mostrarían el camino de salida. ¿Lo había olvidado? ¿O había bloqueado deliberadamente la verdad, decidida a no depender de la magia, a no dejarse transformar por su poder?

¿Y qué debía hacer ahora?

Durante un momento no hizo nada. Estaba tan paralizada por los temores y las dudas sobre el uso de las piedras élficas que lo único que podía hacer era quedarse allí sentada, agarrada a las mantas como si fueran un escudo, esbozando en su mente las opciones que de repente se le presentaban y esforzándose por comprenderlas.

Luego se levantó, retirando las mantas con un gesto brusco y apartando con decisión los temores y las dudas mientras se dirigía sigilosa como un gato hasta donde su abuela dormía. La respiración de Ellenroh Elesedil era superficial y rápida, y sus manos y su cara estaban frías. Tenía los cabellos rizados húmedos y la piel tensa sobre los huesos. Estaba tumbada boca arriba y las mantas la envolvían como una mortaja.

«Se está muriendo», se dijo Wren, afligida.

Las distintas alternativas se mostraron inútiles y en ese instante comprendió lo que debía hacer. Se deslizó hasta donde estaba Garth y dudó; luego pasó ante Triss para acercarse al lugar donde descansaba Gavilán.

—Despierta —le dijo en voz baja, tocándole suavemente el hombro e intentando que no le temblara la voz. «Díselo a él primero», pensaba,

recordando su afectuosa actitud de la noche anterior. «Él podrá ayudarte»—. Gavilán, despierta. Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo.

Él abrió los ojos, parpadeando.

—Wren, espera, ¿qué estás...? —empezó a decir Gavilán, en vano, porque ella ya iba a informar a los demás, para evitar en lo posible los retrasos, tan preocupada y aturdida que no advirtió el terrible miedo que se reflejaba en los ojos de Gavilán—. ¡Wren! —le gritó, levantándose de un salto, y todos se despertaron al oír su voz.

La joven nómada se puso rígida y observó cómo sus compañeros de viaje aparecían uno tras otro con cautela: Triss y Eowen, seguidos de Dal, que había abandonado su puesto de guardia en el límite del campamento, y Garth, cuya voluminosa silueta se recortaba contra las sombras. La reina no se movió.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Gavilán, alterado. Sus palabras estaban cargadas de ira y acusación, y causaron en la joven el mismo efecto que una bofetada—. ¿Qué significa eso de que vamos a salir de aquí? ¿Desde cuándo tienes derecho a decidir lo que tenemos que hacer?

El grupo se reunió a su alrededor mientras ellos se enfrentaban. Gavilán estaba sofocado y sus ojos traslucían suspicacia, pero Wren se mantuvo firme, con una mirada tan decidida que él se lo pensó mejor y se guardó las palabras que había estado a punto de pronunciar.

—Mírala, Gavilán —imploró Wren, cogiéndolo del brazo y haciendo que se girara hacia Ellenroh. ¿Por qué era incapaz de comprenderlo? ¿Por qué se empeñaba en complicar tanto las cosas?—. Si seguimos aquí más tiempo, la perderemos. No tenemos otra alternativa. Si la tuviésemos, te aseguro que yo sería la primera en aprovecharla.

Se hizo un silencio tenso. Eowen se volvió hacia la reina y se arrodilló con ansiedad junto a ella.

—Wren tiene razón —dijo en voz baja—. La reina está muy enferma.

Wren mantuvo los ojos fijos en Gavilán, intentando leer qué pensaba en la expresión de su rostro, hacerle comprender.

—Tenemos que sacarla de aquí.

—¿Sabes cómo hacerlo? —le preguntó Triss, avanzando hacia ella, con la preocupación reflejada en su expresión.

—Sí —respondió Wren. Tras mirar un instante al capitán de la Guardia Real, volvió a clavar sus ojos en Gavilán—. No tengo tiempo para discutirlo, ni para dar explicaciones. Tenéis que confiar en mí. Necesito que lo hagáis.

—Pides demasiado —respondió Gavilán, que no estaba dispuesto a aceptar órdenes—. ¿Y si estás equivocada? Si la trasladamos y muere...

—Nosotros ya hemos tomado nuestra decisión —dijo Triss con voz serena, mientras recogía los pertrechos e indicaba a Dal que lo ayudara—. La reina no tendrá ninguna oportunidad si no la sacamos de este pantano. Haz lo que puedas, Wren.

Acabaron de recoger lo que quedaba de las provisiones y el equipo, improvisaron una camilla con mantas y palos e instalaron en ella a la reina. Cuando terminaron, se volvieron en actitud expectante hacia Wren. Ella los miró como si estuvieran condenándola a muerte; pensó que no tenía alternativa, que debía olvidar sus dudas y temores, las promesas que se había hecho a sí misma sobre la magia y las piedras élficas, y actuar sin demora para salvar la vida de su abuela.

Introdujo la mano bajo la túnica y sacó la bolsa de cuero. Desató con rapidez las cuerdas que la cerraban, y las piedras élficas cayeron en su mano desprendiendo un intenso resplandor azul.

Sintiéndose pequeña y vulnerable, caminó hasta el límite del campamento y permaneció allí durante un breve instante, tratando de descubrir lo que ocultaba la oscuridad y la niebla. Fauno intentó trepar por su pierna, pero la joven se agachó y, con delicadeza, obligó al jacarino a que se retirara. La bruma se arremolinaba por todas partes y un pestilente olor a azufre y cenizas le empapó la túnica. Una mezcla de neblina y vapor se levantaba de las fétidas aguas del pantano. Sintió que se hallaba en la encrucijada de su vida, empujada por las circunstancias y el destino, y que, sucediera lo que sucediese a continuación, nunca más volvería a ser la misma. Anheló volver a lo que había sido y lo que podría haber llegado a ser, y hallar un camino que, en el fondo, no confiaba en encontrar.

Temiendo cambiar de opinión si seguía dándole vueltas al asunto, extendió el brazo hacia delante con las piedras élficas en la palma de la mano y deseó con todas sus fuerzas que adquirieran vida.

Pero no pasó nada, y sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo de arriba abajo.

Lo intentó de nuevo, concentrándose, pronunciando las palabras en su mente, ordenándolas una tras otra, imaginando que el poder que yacía en las piedras se agitaba y aumentaba. ¡Ella tenía sangre élfica!, pensó con desesperación. Había invocado antes el poder...

Y entonces, de repente, el fuego azul flameó, explotando de las piedras como si hubiera quitado un tapón. Se concentró alrededor de su mano,

brillante y sobrecogedor, iluminando el pantano como si la luz del día hubiese irrumpido al fin en el cenagal. Los demás miembros del grupo se retiraron, echándose al suelo en un gesto instintivo de protección y tapándose los ojos. Wren permanecía erguida, sintiendo el poder de las piedras fluir por todo su cuerpo, buscando, investigando para saber si aquello era lo adecuado. Entonces la envolvió un agradable y reconfortante calor y la luz se proyectó hacia su derecha, segando la bruma y la neblina, los árboles moribundos, los arbustos y las enredaderas, y continuó a través de las desiertas aguas durante centenares de metros, a más velocidad de la que puede captar el ojo humano, hasta fijarse en un muro de roca que se levantaba en medio de la oscuridad.

¡La Cornisa Negra!

Con la misma rapidez con que había surgido, la luz se desvaneció, el poder de las piedras élficas se extinguió y regresó al lugar del que había salido. Wren cerró los dedos en torno a las piedras, sintiendo un gran agotamiento y, al mismo tiempo, un gran regocijo, traspasada de algún modo por la magia, vigorizada y debilitada a la vez. Temblando a pesar de su resolución, guardó las piedras en la bolsa. Los demás se pusieron de pie, todavía asustados, intentando mirarla a los ojos.

—Allí —dijo ella en voz baja, señalando en la dirección que había seguido la luz.

Durante un breve instante, todos guardaron silencio. La mente de Wren estaba inundada por lo que había hecho y el flujo de la magia todavía perduraba en su cuerpo. Ahora luchaba contra la culpabilidad que sentía por haber incumplido su promesa. «Pero no tenía otra elección», se dijo a sí misma; solo había hecho lo que era necesario. No podía permitir que muriera su abuela. Era lo único que tenía. No volvería a recurrir a la magia; en adelante no sería necesario.

—Apresúrate, Wren, mientras aún haya tiempo —dijo Eowen con su armoniosa voz, disipando las dudas de la joven nómada.

Iniciaron la marcha con Wren a la cabeza hasta que Garth le dio alcance y ella le cedió el puesto, satisfecha de que alguien estuviera dispuesto a compartir la responsabilidad. Fauno regresó a su lado, lo cogió y se lo puso sobre el hombro. Triss y Dal transportaban a la reina en la camilla, y ella se rezagó hasta quedar a su altura. Extendió la mano, cogió la de su abuela y la sostuvo un instante, apretándola con ternura. No obtuvo respuesta. Dejó la mano delicadamente en su sitio y volvió a adelantarse. Pasó junto a Eowen, cuyo blanco rostro parecía perdido y asustado entre las sombras, con el pelo rojo fulgurando en contraste con las sombras de la noche. Eowen sabía lo

enferma que estaba Ellenroh, ¿habría previsto en sus visiones el destino de la reina? Wren negó con la cabeza, rechazando esa posibilidad. Caminó sola durante un rato, hasta que Gavilán se acercó.

—Perdóname Wren —le dijo en voz baja, pero le resultaba difícil pronunciar esas palabras—. Tendría que haberme dado cuenta de que tú no actúas sin razón. Debería haber tenido más confianza en tu criterio. —Esperó su respuesta, pero no la recibió—. Este pantano me nubla el juicio. Es como si no pudiera pensar como debiera... —Se le apagó la voz.

—No te preocupes —respondió Wren con un suspiro—. Nadie puede pensar con claridad en este lugar. —Deseaba encontrar excusas para él—. Esta isla parece engendrar locura. Contraje una fiebre en mi viaje de llegada; durante un tiempo fui un ser incoherente. Quizás a ti también te haya afectado, aunque no tanto como a mí en aquel momento.

—Al menos ahora puedes ver la verdad —dijo Gavilán asintiendo con la cabeza de forma distraída, como si no la hubiera oído—. La magia ha creado a los demonios y envenenado Morrowindl, y la magia nos salvará de ellos. Tus piedras élficas y el báculo Ruhk. Ten paciencia, pronto lo comprenderás.

Y se volvió hacia atrás. Se marchó de una forma tan brusca que a Wren no le dio tiempo a formular las preguntas que le habían creado sus palabras: preguntas sobre la creación de los demonios, el papel de la magia en ella y la razón de que las cosas hubieran llegado hasta ese punto. Se volvió a medias para seguirlo, pero pensó que era mejor dejarlo. Estaba demasiado cansada para hacer preguntas y demasiado agotada para oír las respuestas en el caso de que se las diera, lo cual era poco probable. Se tragó su sentimiento de frustración y se obligó a continuar.

Necesitaron toda la noche para salir de las Tinieblas del Paraíso. Wren se vio obligada a invocar el poder de las piedras élficas otras dos veces. Dividida por los impulsos contradictorios de rehuir su influjo y recibirlo con satisfacción, sentía fluir la magia a través de ella como un elixir. La luz azul había cauterizado la oscuridad y cortado la niebla, mostrándoles la ruta hacia la Cornisa Negra. Al amanecer salieron por fin del cenagal y volvieron a pisar tierra seca y firme. Ante ellos, la Cornisa Negra se elevaba en medio de la bruma, una impresionante mole de piedra que se alzaba hacia el cielo. Eligieron un claro al pie de las montañas y colocaron en el centro la camilla de Ellenroh. Eowen lavó el rostro y las manos de la reina y le dio agua para beber.

Ellenroh se estremeció y sus ojos parpadearon y se abrieron. Observó las caras que la rodeaban y detuvo la mirada en el báculo Ruhk: sus dedos

todavía lo agarraban con fuerza.

—Incorporadme, por favor.

Eowen la obedeció, levantándola hasta sentarla con delicadeza, y le tendió la taza. Ellenroh bebió su contenido poco a poco, deteniéndose con frecuencia para respirar. Su pecho resonaba de forma estentórea, y tenía el rostro enrojecido por la fiebre.

—Wren —dijo en tono suave—, has utilizado las piedras élficas.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió la muchacha, arrodillándose intrigada a su lado, y los demás se acercaron también.

—Puedo verlo en tus ojos —dijo Ellenroh Elesedil, esbozando una débil sonrisa—. La magia siempre deja su huella. Lo sé por experiencia propia.

—Las hubiera utilizado antes, abuela, pero había olvidado lo que eran capaces de hacer. Lo siento.

—No es necesario que te disculpes, niña. —Sus ojos azules eran amables y cálidos—. Te he querido mucho, Wren... incluso antes de que vinieras a buscarme, desde el mismo momento en que supe por Eowen que habías nacido.

—Necesitas dormir, Ellenroh —le dijo la vidente.

—No, Eowen —respondió la reina, cerrando los ojos durante un breve instante y negando con la cabeza—. Lo que necesito es hablar contigo... con todos vosotros.

»Me estoy muriendo —prosiguió la reina abriendo los ojos, fatigados y distantes—. No, no digáis nada. Escuchadme hasta el final. —Los paralizó con la mirada—. Wren, lamento no poder seguir acompañándote. Me gustaría hacerlo. Hemos estado juntas muy poco tiempo. Eowen, esto es más duro para ti. Has sido mi amiga durante toda la vida, y me quedaría para protegerte si pudiera. Sé lo que significa para ti mi muerte. Gavilán, Triss, Dal... habéis hecho por mí todo lo que habéis podido. Pero ha llegado mi hora. La fiebre es más fuerte que yo y, aunque he intentado librarme de ella, mis esfuerzos han sido inútiles. Aurino Estriado me espera y voy a reunirme con él.

—No, abuela, no digas eso. ¡No lo digas! —exclamó Wren, negando con la cabeza.

—No podemos huir de la verdad, Wren —respondió la reina, buscando su mano y apretándola—. Y tú deberías saberlo mejor que nadie. Estoy muy débil. La fiebre me ha destrozado por dentro y no hay nada que pueda remediarlo. Dudo que ni siquiera la magia pudiera salvarme... y ninguno de nosotros posee la magia que se necesitaría ahora. Sé fuerte, Wren. Recuerda

que tenemos la misma sangre. Recuerda cuánto tenemos en común... y cuánto nos parecemos las dos a Alleyne.

—¡Abuela! —exclamó Wren, llorando.

—¡Una medicina! —susurró Gavilán con apremio—. Tiene que haber alguna medicina que podamos darte. ¡Dínoslo!

—No la hay. —Los ojos de la reina vagaron de rostro en rostro una y otra vez, buscando algo que no encontraba en ellos. Tosió y se tensó durante un momento—. ¿Todavía soy vuestra reina? —preguntó.

Todos hicieron un gesto de asentimiento sin demasiado convencimiento.

—Entonces he de daros una última orden. Si me amáis, si os preocupa el futuro del pueblo élfico, la aceptaréis sin reparos. Prometedme que la obedeceréis.

Lo prometieron, pero intercambiaron miradas furtivas, preguntándose qué estaban a punto de oír.

—Wren. —Ellenroh esperó a que su nieta se acercara a ella lo suficiente para verla con claridad—. Esto es ahora tuyo. Tómallo.

Le tendió el báculo Ruhk y la Loden. Wren la miraba con incredulidad, incapaz de mover un músculo.

—¡Tómallo! —insistió la reina, y Wren obedeció esta vez—. Ahora, niña, escúchame. Confío la magia a tu custodia. Saca de Morrowindl el báculo con su piedra y llévalos a la Tierra del Oeste. Restablece a los elfos y también su ciudad. Haz que nuestro pueblo vuelva de nuevo a la vida. Haz lo que sea necesario para cumplir la promesa que hiciste al espíritu del druida, pero recuerda también la promesa que me haces ahora a mí. Pon todos los medios necesarios para que los elfos no sufran ningún daño. Dales la oportunidad de volver a empezar.

A Wren le era imposible hablar, anonadada por lo que estaba ocurriendo mientras se esforzaba por aceptar lo que oía. Sentía el peso del báculo Ruhk en sus manos, su mango liso, frío y pulido. «No —pensó—. ¡No, no lo quiero!».

—Gavilán, Triss, Dal. —La reina susurró sus nombres con voz quebrada—. Protegedla de todo peligro. Ayudadla a llevar a cabo la misión que le ha sido encomendada. Eowen, usa tu visión para guardarla de los demonios. Garth...

Cuando iba a dirigirse al gigantesco nómada, se detuvo de repente, como si se hubiera encontrado ante algo a lo que no se podía enfrentar. Wren volvió la mirada hacia su amigo, desconcertada, pero el moreno rostro de Garth parecía cincelado en piedra.

—Abuela, yo no debería ser la única responsable de llevar esto —objetó Wren, pero la mano de la reina la asió en un violento reproche.

—Tú eres la única. Siempre lo has sido. Alleyne era mi hija y me hubiera sucedido en el trono, pero las circunstancias hicieron que nos separáramos y me la arrebataron. Ella te dejó para que la sustituyeras. No olvides nunca quién eres, niña. Eres una Elessedil. Así naciste y así has crecido, quieras o no aceptarlo. Cuando yo muera, tú serás la reina de los elfos.

Wren se sintió invadida por un fuerte sentimiento de terror. «Esto no es real —se dijo una y otra vez—. ¡No soy lo que crees! ¡Solo soy una nómada! ¡Esto no tiene sentido!».

—Concédete tiempo, Wren —dijo Ellenroh, volviendo a hablar de nuevo, y la muchacha volvió a prestarle atención—. Cada cosa llegará en su momento. Ahora solo debes preocuparte de salvaguardar el báculo y su piedra. Solo necesitas encontrar la manera de salir de esta isla antes del cataclismo final. El resto llegará por sí mismo.

—No, abuela —gritó Wren—. Llevaré el báculo hasta que te recuperes, pero solo hasta entonces, ni un segundo más. No vas a morir. ¡Abuela, no puedes morir!

—Déjame descansar, por favor —respondió la reina, aspirando una larga y lenta bocanada de aire—. Ayúdame a acostarme, Eowen.

La vidente hizo lo que la reina le pedía. Sus ojos verdes reflejaban temor y desamparo mientras miraba la cara de la reina. Todos permanecieron inmóviles durante un momento, contemplando en silencio a Ellenroh. Después Triss y Dal se alejaron para instalar el campamento e iniciar la guardia, hablando en voz baja entre sí. Gavilán se apartó también y Garth lo siguió. Wren se quedó contemplando el báculo Ruhk, sujeto entre sus propias manos.

—No creo que deba... —No pudo concluir la frase.

Sus ojos se levantaron para encontrarse con los de Eowen, pero la vidente de cabellos rojos se dio la vuelta y se alejó. A solas con su abuela, le palpó una mano y percibió el ardor de la fiebre que la abrasaba. La reina dormía, ajena a su contacto. ¿Cómo podía estar muriéndose? ¿Cómo podía ser? ¡Era inconcebible! Notó que las lágrimas le humedecían los ojos al recordar lo mucho que había tardado en encontrar a su abuela, el último miembro de su familia, cuánto le había costado y el poco tiempo que había podido disfrutar de su compañía.

«No te mueras —imploró con el pensamiento—. Por favor».

Sintió que algo le arañaba las piernas y, al bajar la vista, descubrió a Fauno, que la miraba con ojos muy abiertos y expresión asustada. Soltó la mano de Ellenroh el tiempo suficiente para coger en sus brazos a la pequeña criatura, revolverle el pelaje y colocarla sobre su hombro. El báculo Ruhk descansaba en equilibrio sobre su regazo, como una línea trazada en la luz grisácea entre Wren y la reina enferma.

—No soy quien crees que soy —le dijo en voz baja a su abuela—. No deberías encomendarme a mí esta pesada carga.

Se levantó, llevando consigo el báculo y al jacarino, y se volvió para buscar a Garth. El gigante nómada estaba a una docena de pasos, apoyado en la pared rocosa. Se irguió al ver que Wren se acercaba. La dura mirada que le dirigió la muchacha le obligó a parpadear.

—Dime la verdad ahora —le ordenó por señas—. ¿Qué hay entre mi abuela y tú?

«Nada», respondió Garth, con rostro inexpresivo.

—Pero la forma de mirarte... ¡quería decir algo, sintió mucho miedo!

«Tú eras una niña cuando su hija te confió a mi cuidado. Quería asegurarse de que yo no lo había olvidado. Eso era lo que pensaba decirme. Pero vio que no era necesario».

Wren le sostuvo la mirada durante un momento más. Quizá fuera cierto, pensó. «Pero aquí hay secretos...».

«No confíes en nadie», le había aconsejado la Víbora.

Pero no podía hacer eso.

Renunció a seguir interrogando al gigante nómada y se alejó, todavía aturrida por el torbellino de sucesos que la rodeaban, la forma en que la arrastraban sin que tuviera la más mínima posibilidad de controlar nada. Miró de nuevo a su abuela, sintiéndose atormentada ante la perspectiva de perderla y, al mismo tiempo, furiosa por las responsabilidades que la obligaba a asumir. ¿Wren Ohmsford, reina de los elfos? Era increíble. No le importaba quién era o lo que su familia pudiera ser, toda su vida había estado regida por lo que percibía en sí misma, y solo se veía como nómada. No se resignaba a dejar de serlo, a olvidar todos los años que había pasado entrenándose, a aceptar lo ocurrido en las últimas semanas como si fuera un mandato que estaba obligada a acatar. ¿Cómo podía decir su abuela que había crecido como una Elesedil? Y, por otra parte, ¿por qué los elfos iban a aceptarla como reina? Ella no era una verdadera elfa, a pesar de sus derechos de nacimiento.

Casi sin pensarlo, se dirigió donde se encontraba Gavilán, que estaba recostado sobre los musgosos restos de un árbol, y se acomodó junto a él.

—¿Qué hago con esto? —le preguntó casi con acritud, esgrimiendo el báculo Ruhk ante su rostro.

—Lo que se te ha pedido que hagas, espero —respondió él, haciendo un gesto de indiferencia, con los ojos distantes y vacíos.

—¡Pero esto no es mío! ¡No me pertenece! Para empezar, ni siquiera deberían habérmelo entregado.

—En eso estoy de acuerdo contigo —respondió él, rezumando amargura en su voz—. Pero tu opinión y la mía no cuentan mucho, ¿verdad?

—Eso no es cierto. Ellenroh nunca habría hecho esto si no estuviera tan enferma. Cuando se recupere... —Se interrumpió cuando él apartó significativamente la mirada—. Cuando mejore —continuó, y cada una de sus palabras sonaba como el chasquido de un palo al quebrarse— comprenderá que ha cometido un error.

—No va a mejorar —repuso él, con mirada inexpresiva.

—No digas eso, Gavilán. ¡No lo digas!

—¿Prefieres que mienta?

Wren lo miró, incapaz de pronunciar una palabra.

—Está bien —prosiguió Gavilán, con una expresión dura en su rostro—. Me doy cuenta de que esta situación no entraba en tus planes, que los elfos no son tu pueblo, que en realidad nada de esto te atañe y que lo único que pretendías era encontrar a Ellenroh y entregarle tu mensaje. ¿No quieres ser reina de los elfos? Muy bien. No tienes por qué serlo. Dame el báculo.

A continuación se produjo un silencio largo y vacío, durante el cual se observaron.

—La sangre de los Elesedil también fluye por mis venas —puntualizó él con rabia—. Este es mi pueblo, y Arborlon, mi ciudad. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. Comprendo las cosas mejor que tú. Y no me asusta utilizar la magia.

De repente, Wren comprendió lo que sucedía. Gavilán había confiado en recibir el báculo Ruhk: creía que Ellenroh lo nombraría su sucesor. Si ella no hubiese aparecido, probablemente así hubiera sucedido. De hecho, su llegada a Arborlon había cambiado el destino de Gavilán. Sintió una momentánea punzada de desaliento, que enseguida cedió paso a la cautela. Recordó cómo Ellenroh y Gavilán habían disentido a causa de la Loden. Él era partidario de utilizar la magia para devolver las cosas a su estado anterior y restablecer el orden. Ellenroh, por el contrario, creía que había llegado la hora de renunciar

a la magia, de regresar a la Tierra del Oeste y vivir como los elfos de la antigüedad. Ese conflicto debió de influir en la decisión final de Ellenroh de entregarle a ella el báculo.

—Piénsalo bien, Wren —dijo Gavilán, que parecía haber advertido su incertidumbre—. Si la reina muere, no es necesario que su responsabilidad recaiga sobre ti. Si no hubieras venido a Morrowindl, nunca hubiese sucedido. —Se cruzó de brazos en actitud defensiva—. En cualquier caso, todo depende de ti. Si lo deseas, te ayudaré. Te lo dije cuando nos conocimos y mi oferta sigue en pie. Estoy a tu entera disposición.

—Gracias, Gavilán —logró articular Wren, incapaz de encontrar otra respuesta.

Se alejó de él, anonadada por la sugerencia. Aunque deseaba librarse de la responsabilidad del báculo, no estaba segura de que fuera buena idea entregárselo. La magia era un legado al que no era conveniente renunciar con ligereza, sobre todo cuando las consecuencias de su uso eran tan importantes. Ellenroh podía haberle entregado el báculo a Gavilán, pero había preferido no hacerlo. Wren no estaba preparada para cuestionar la decisión de la reina sin antes reflexionar.

Pero sentía afecto por Gavilán; confiaba en su amistad y en su apoyo, y eso complicaba las cosas. Comprendía su desilusión, y sabía que tenía razón al decir que los elfos eran su pueblo y Arborlon, su ciudad, y que ella era una intrusa. Estaba convencida de que Gavilán albergaba las mejores intenciones con todos, al igual que ella.

Una violenta y desesperada determinación arraigó en su interior. «¡Nada de esto importa, porque mi abuela se recuperará! ¡Va a recuperarse, no puede morir! ¡No va a morir!». Estas palabras eran una letanía en su mente. Su respiración era desacompasada y angustiosa y le temblaban las manos.

Hizo una mueca de desesperación, intentando contener las lágrimas.

Al final, volvió a sentarse junto a su abuela. Aturdida por la pena, bajó la vista hacia el demacrado rostro. «Cúrate, por favor. Tienes que curarte».

El cansancio cayó sobre ella como un ladrón y le robó las pocas fuerzas que le quedaban.

Permanecieron acampados todo aquel día junto a la pared de roca para que Ellenroh pudiera descansar, con la esperanza de que se recuperara. Mientras Wren y Eowen se turnaban para cuidar a la reina, los hombres montaban guardia. El tiempo pasaba y Wren lo veía huir con aterradora rapidez. Hacía solo tres días que habían salido de Arborlon, pero parecía que habían sido semanas. En torno a ellos, Morrowindl era un mundo gris

cubierto por la niebla, un desolado paisaje de sombras y penumbra. Debajo, la tierra retumbaba, manifestando la disconformidad del Killeshan. ¿Cuándo se cumpliría el plazo? ¿Cuánto faltaba para que estallara el volcán y la isla saltara en mil pedazos? ¿Cuánto tardarían los demonios en encontrarlos? ¿Cuánto esperarían Tigre Ty y Espíritu hasta darlos por perdidos y decidir que no tenía sentido seguir esperándolos?

Lavó el rostro de Ellenroh, le susurró y le cantó, intentando hacerle bajar la fiebre, atenta al menor síntoma de mejoría. Se mantenía apartada de los demás, salvo de Eowen, pero incluso cuando estaban juntas hablaba poco. Sin embargo, su mente no descansaba, estaba llena de dudas que no podía expresar con palabras. El báculo Ruhk era un recordatorio constante de lo mucho que había en juego. La invadían pensamientos sobre los elfos; podía ver sus caras, oír sus voces e imaginar lo que debían de estar pensando, más atrapados que ella, más impotentes. Le aterrorizaba estar tan atada a ellos. No lograba desprenderse de la sensación de que era todo cuanto tenían los elfos, que dependían solo de ella y de ningún otro componente del grupo. Ella era la única responsable de sus vidas y, por mucho que lo deseara, no podía cambiarlo.

Cayó la noche, y el grave estado de salud de Ellenroh empeoró.

Wren se sentó a solas durante un momento y lloró sin poder contener las lágrimas, hundida por las pérdidas que se cernían sobre ella y la aplastaban con su peso. En muchas ocasiones se había dicho a sí misma que no tenía importancia, que el hecho de no tener padres ni familia, de no tener una historia y una vida que trascendiera a la que estaba viviendo en ese momento, no tenía ninguna importancia. Su viaje a Morrowindl y su encuentro con Arborlon y los elfos la habían cambiado para siempre. Lo que en otro tiempo parecía insignificante se había convertido, de una manera inexplicable, en su único objetivo. Aunque consiguiera sobrevivir, nunca volvería a ser la misma. La conciencia de lo que le habían hecho la había dejado aturdida. Nunca se había sentido tan sola.

Durmió durante un rato, demasiado exhausta para permanecer despierta, con las emociones embotadas, y despertó al sentir la mano de Garth sobre su hombro. Se incorporó al instante, asustada por lo que pudiera tener que decirle, pero él movió la cabeza sin comunicarle nada, limitándose a señalar.

A menos de dos metros, una abultada y espinosa forma la miraba con ojos que destellaban como los de un gato. Fauno daba vueltas a su alrededor, parloteando alocadamente.

—¿Stresa? —murmuró Wren con incredulidad. Se levantó enseguida, arrojando la manta a un lado, con la voz temblorosa—. Stresa, ¿de verdad eres tú?

—Regreso de la muerte, Wren de los Elfos —respondió el gatoespino.

Wren hubiera abrazado al gatoespino si hubiera encontrado la manera de hacerlo, pero en lugar de ello carraspeó y se echó a reír.

—¡Estás vivo! ¡No puedo creerlo! —Batió palmas y se abrazó a sí misma—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Estaba segura de que habías muerto! ¿Qué te sucedió? ¿Cómo conseguiste escapar?

—La... ser... serpiente estuvo a punto de atraparme cuando destruyó la balsa —respondió el gatoespino, avanzando unos pasos. Después se sentó e ignoró a Fauno, que no dejaba de corretear—. Me llevó bajo el agua y la corriente me arrastró, retrocediendo sin parar... sss... por el río Rowen. Tardé varias horas en salir. Cuando lo conseguí, vosotros ya habíais entrado en las Tinieblas del Paraíso.

Fauno pasó demasiado cerca, y el gatoespino erizó las púas en un gesto amenazador.

—Estúpido jacarino. ¡Jsss!

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Wren.

Garth se había sentado junto a ellos, y la joven iba traduciéndole por señas la conversación.

—¡Ja! ¡Ssspptt! No ha sido fácil, te lo aseguro. Os he seguido el rastro, naturalmente... jsssstt... pero habíais deambulado en todas direcciones desde que entrasteis. Supongo que os perdisteis. Me pregunto cómo pudisteis arreglároselas para encontrar los acantilados.

—Utilicé la magia —dijo Wren, después de exhalar un profundo suspiro.

El gatoespino silbó.

—No tuve más remedio. La reina está muy enferma.

—Sssttt. Entonces ¿ahora tú tienes el báculo Ruhk?

—Solo hasta que Ellenroh se recupere —respondió inmediatamente la joven nómada—. Solo hasta entonces.

Stresa no hizo ningún comentario. Sus ojos amarillos centelleaban.

—Me alegro de que hayas vuelto —repitió Wren.

—Pjjfft. Ya hemos tenido bastante charla por esta noche —respondió el gatoespino con indiferencia—. Es hora de rruuol-l... descansar.

Se dio la vuelta perezosamente y se alejó en busca de un lugar para dormir, mirando a todo el mundo como si nada hubiera ocurrido, como si aquella noche no se diferenciara en nada de las demás. Wren lo siguió con la

vista, y luego intercambió una larga mirada con Garth. El corpulento nómada hizo un gesto de resignación y se alejó.

Wren volvió a taparse con la manta y meció a Fauno en sus brazos. Unos segundos después, se dio cuenta de que estaba sonriendo.

E llenroh Elesedil murió al amanecer. Wren estaba a su lado cuando se despertó por última vez. Empezaban a disiparse las sombras de la noche y un pálido tinte violeta coloreaba la niebla cuando la reina abrió los ojos. Fijó en Wren una mirada firme y serena, viendo algo que estaba más allá del ansioso semblante de su nieta. Wren le cogió la mano, estrechándola con ardiente determinación, y durante un breve instante se dibujó una fugaz sonrisa en la cara de la reina. Después exhaló un profundo suspiro, cerró los ojos y murió.

Wren se extrañó de no poder llorar. Era como si no le quedaran lágrimas, como si el temor a que ocurriera lo imposible las hubiera absorbido, y ahora que lo imposible ya había ocurrido no le quedara ninguna. Curiosamente, aunque estaba completamente vacía de emociones, también se sentía desprotegida y, dado que no había ninguna persona a quien quisiera recurrir ni tenía lugar adonde ir, se refugió en la armadura de responsabilidad sobre el destino de los elfos que su abuela le había traspasado.

Fue una buena decisión. Nadie más sabía qué hacer. Eowen estaba inconsolable, convertida en una frágil y acobardada figura mientras se acurrucaba junto a la mujer que había sido su mejor amiga. Sus cabellos rojos le cubrían los hombros y parte del rostro, el cuerpo le temblaba y era incapaz de hablar. Triss y Dal parecían indefensos, anonadados. Ni siquiera Gavilán daba la impresión de poder reunir la energía suficiente para asumir el control de la situación, como habría hecho en otras circunstancias. Su hermoso rostro estaba demudado, con la mirada fija en el cadáver de la reina. Eran muchos los acontecimientos que minaban la confianza en sí mismos, que destruían la esperanza de alcanzar la salvación de los elfos que les había sido encomendada. Aurino Estriado y la reina ya no estaban entre ellos, precisamente las personas que dejaban un hueco mayor. Atrapados en las

tierras bajas de las Tinieblas del Paraíso, junto a la ladera de la Cornisa Negra, que aún tenían que escalar, estaban consumidos por la sensación cada vez mayor de que el desastre pendía sobre sus cabezas.

Pero aquella mañana Wren descubrió en su interior una fuerza que no sabía que tenía. Un componente de su antiguo ser, integrado en la joven educada como nómada y en la sangre de Elesedil y Shannara con que había nacido, se inflamó en ella y la impulsó a no desesperarse.

Se levantó, apartándose del cuerpo sin vida de la reina, y miró de frente a sus compañeros de viaje, asiendo el báculo Ruhk con ambas manos, enarbolándolo ante sí como un estandarte, como un testigo de los vínculos que les unían.

—Se ha ido —dijo con serenidad, atrayendo sus miradas y correspondiendo con la suya propia—. Ahora debemos dejarla marchar. Tenemos que seguir adelante para cumplir con nuestro juramento y con sus deseos. Se nos ha encomendado una misión cuya dificultad es cada vez mayor, un cometido que no hemos elegido, pero ya no tiene sentido dudar. Todos y cada uno de nosotros nos hemos comprometido a cumplir esta misión. No me considero capaz de llenar el vacío que ha dejado mi abuela, pero haré cuanto esté en mi mano. Este báculo debería estar en otro mundo, y hemos de hacer todo lo posible por llevarlo hasta él.

Se alejó unos pasos de la reina.

—He tratado a mi abuela durante poco tiempo, pero la he amado como hubiera amado a mi madre si hubiese tenido la oportunidad de conocerla. Era el único familiar con vida que me quedaba. Nos dio a todos lo mejor de sí misma. Merece seguir viviendo en nosotros. Intentaré no defraudarla. ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—No necesitas preguntarlo, señora —respondió Triss sin vacilar—. Ella te entregó el báculo Ruhk y, mientras vivas, la Guardia Real se compromete bajo juramento a protegerte y obedecerte.

—Gracias, Triss —dijo Wren, asintiendo con la cabeza—. ¿Y tú, Gavilán?

—Tú mandas, Wren —respondió Gavilán, y sus ojos azules se nublaron.

Miró a Eowen, y esta se limitó a asentir, todavía enajenada por el dolor.

—Llevad a la reina a las Tinieblas del Paraíso —ordenó Wren a Triss y Dal—. Buscad una zona de arenas movedizas y devolvedla a la isla para que repose en su seno. —Las palabras luchaban por abrirse camino, claras, graves y cortantes—. Lleváosla.

Transportaron a la reina de los elfos al pantano y la depositaron con cuidado en una ciénaga situada a unos treinta metros. Desapareció rápidamente, para siempre.

Volvieron sobre sus pasos en silencio. Eowen reprimía los sollozos, apoyada en el brazo de Wren. Los hombres eran espectros sin voz, teñidos de plata y gris por las sombras y la bruma.

Cuando llegaron a la base de la Cornisa Negra, Wren se puso frente a ellos.

—Escuchadme. Nuestro grupo ha perdido a una tercera parte de sus miembros, y apenas si hemos logrado alejarnos de las laderas del Killeshan. El tiempo apremia. Si no nos damos prisa, ninguno de nosotros conseguirá salir de la isla. Garth y yo tenemos alguna experiencia en sobrevivir en la selva; pero aquí, en Morrowindl, estamos casi tan desorientados como todos vosotros. Entre todos los que quedamos con vida, solo hay uno que cuenta con posibilidades de encontrar el camino.

»Tú nos condujiste sanos y salvos a Arborlon —dijo, girándose hacia Stresa, y el gatoespino pestañeó—. ¿Puedes hacer ahora lo mismo en el viaje de regreso?

—Jrrul-l-l, Wren de los Elfos, portadora del báculo Ruhk, lo intentaré por ti, aunque no tenga muchos motivos para ayudar a los elfos —respondió Stresa, tras mirar a la joven durante un largo rato, con la curiosidad reflejada en sus ojos—. Pero tú has prometido que me llevarás contigo, y confío en que cumplas tu promesa. Sí, os indicaré el camino.

—¿Conoces la ruta, gatoespino? —preguntó Gavilán, dudando de sus verdaderas intenciones—. ¿O estás jugando con nosotros?

Wren le dirigió una dura mirada de reproche.

—Ssss. ¿Por qué no intentas encontrarlo tú? —respondió Stresa. Después se dirigió a Wren—. No he viajado mucho por esta región. Por aquí la Cornisa Negra es infranqueable. Ssss. Debemos... dirigirnos hacia el sur para encontrar un sitio por donde podamos escalarla. Vamos.

Recogieron lo que quedaba del equipo, se lo cargaron a la espalda y emprendieron la marcha. Caminaron en medio de la penumbra matinal, acosados por el calor y la neblina impregnada de ceniza, siguiendo la línea del despeñadero a lo largo de los límites de las Tinieblas del Paraíso. Al mediodía hicieron un alto en el camino para descansar y comer. Eran un grupo de hombres y mujeres taciturnos, de expresión dura, cuyos furtivos e inquietos ojos escrutaban la ciénaga sin cesar. Aquel día, la tierra estaba silenciosa y el volcán descansaba, pero desde el pantano llegaba el sonido de unos seres

dedicados a la caza, gritos y aullidos lejanos, el chapoteo del agua y el gruñido de las criaturas enzarzadas en la lucha. Los ruidos los persiguieron cuando continuaron el penoso avance, como un ominoso aviso de que se estaba tendiendo una red a su alrededor.

Hacia media tarde encontraron el paso del que hablaba Stresa, un sendero empinado y tortuoso que desaparecía entre las rocas como la lengua en las fauces de una serpiente. Iniciaron el ascenso sin demora, deseando distanciarse cuanto antes de los sonidos que los perseguían, con la esperanza de alcanzar la cima antes del anochecer.

Pero no lo lograron. La oscuridad cayó sobre ellos cuando se encontraban a media escalada, y Stresa los llevó a un estrecho reborde parcialmente protegido por un saliente para pasar la noche, un lugar que les hubiera ofrecido una amplia vista de las Tinieblas del Paraíso si no lo hubieran impedido las brumas que cubrían todo el terreno con un sudario gris e infinito.

Consumieron la cena sin apetito y de forma apresurada. Después uno se quedó de guardia mientras los demás hacían los preparativos para pasar la noche. La combinación de niebla y oscuridad era tan impenetrable que solo podían ver lo que tenían muy cerca, con la inquietante sensación de que la isla entera se había derrumbado bajo sus pies y los había dejado suspendidos en el aire. De la neblina surgían sonidos guturales y amenazadores, una cacofonía incorpórea y de procedencia indefinida. La escuchaban en silencio, sintiendo que los acosaba, que se estrechaba a su alrededor.

Wren intentaba pensar en otras cosas, envuelta en su manta, helada a pesar del calor que se desprendía del pantano. Pero sus pensamientos eran inconexos, dispersos por una creciente indiferencia ante todo lo que fuera real. La habían despojado de su convicción de quién y qué era, y solo le quedaba una vaga impresión de lo que podía llegar a ser; pero esto, evidentemente, estaba fuera de su comprensión y control. Su vida se había desviado de su sendero seguro y se había asentado en un llano vacío, donde podrían zarandearla como una hoja movida por el viento. El espíritu de Allanon y su abuela le habían encomendado sendas misiones, y no sabía lo suficiente sobre ellas como para saber cómo llevarlas a cabo. Recordó las razones que la habían impulsado a aceptar la propuesta de Cogleine de ir al Cuerno del Hades, hacía ya muchas semanas. Había ido, según creyó entonces, para saber más de sí misma, para descubrir la verdad. ¡Qué extraño parecía ahora! Su identidad y su misión cambiaban con tanta rapidez como la noche que da paso al día. La verdad era un huidizo trocito de seda que era

imposible agarrar. Se alejaba revoloteando cada vez que ella se acercaba, desgastado y deshilachado; un destello de color y luz. Pero había tomado la decisión de seguir el rastro de las hebras que dejaba tras de sí, finos trozos brillantes que un día la conducirían al tapiz del que se habían desprendido.

«Encuentra a los elfos y devuélvelos al mundo de los hombres».

Lo intentaría.

«Salva a mi pueblo y dale una oportunidad de que rehaga su vida».

También lo intentaría.

Y, al intentarlo, tal vez encontrara la forma de sobrevivir.

Dormitó durante un rato, recostada contra la pared rocosa, con las piernas dobladas contra el pecho y rodeando con los brazos el pulido báculo Ruhk. Fauno dormía a sus pies, entre los pliegues de la manta, y Stresa era una bola entre las sombras de un nicho de piedra. Percibió movimientos a su alrededor cuando realizaron el cambio de guardia. Pensó en pedir un turno, pero no lo hizo. Había dormido poco las dos últimas noches y necesitaba recuperar fuerzas. Ya tendría tiempo de hacer guardia. Apoyó la cara en las rodillas y se perdió en la oscuridad de su mundo interior.

Avanzada la noche, nunca estuvo segura de cuándo, la despertó el áspero roce de una bota sobre la roca, producido por alguien que se aproximaba. Levantó un poco la cabeza, escudriñando la oscuridad bajo el cobijo de su manta. La noche era negra y densa a causa de la ceniza; la niebla reptaba hacia abajo por la ladera de la montaña y se posaba sobre el reborde como una serpiente al acecho. De la penumbra surgió una figura que avanzaba agachada, con movimientos rápidos y furtivos.

Wren alargó la mano lentamente en busca del mango de su cuchillo.

—Wren —susurró la figura.

Era Eowen. La joven levantó la cabeza en señal de reconocimiento y observó a la vidente mientras se acercaba y se acomodaba a su lado. Eowen iba envuelta en su capa y tenía el pelo revuelto y enmarañado, la cara arrebolada y sus ojos reflejaban un gran espanto, como si acabara de ver algo terrorífico. Su boca se tensó cuando empezó a hablar, y después rompió a llorar. Wren la atrajo hacia sí, sorprendida de su vulnerabilidad, de una debilidad que no había mostrado hasta que murió la reina.

Eowen se enderezó, se enjugó los ojos y aspiró profundamente el aire nocturno, realizando un gran esfuerzo para recobrar la compostura.

—No puedo evitarlo —dijo—. Cada vez que pienso en ella, cada vez que la recuerdo, vuelvo a angustiarme.

—Ella te quería mucho —afirmó Wren, intentado consolarla y recordando su propio cariño por la difunta reina.

—He venido a revelarte la verdad sobre los elfos, Wren —dijo la vidente, asintiendo con la cabeza.

Wren esperó, muda e inmóvil, sintiendo que se abría en su interior un pozo frío y sin fondo.

Eowen fijó la mirada en la brumosa noche, en el vacío que las rodeaba, y dio un largo y profundo suspiro.

—Hace mucho tiempo tuve una visión en la que me vi junto a Ellenroh. Ella estaba alegre y rebosante de vitalidad, radiante contra un pálido fondo que parecía un crepúsculo invernal. Yo era su sombra, vinculada a ella, atada a ella. Lo que ella hiciese, también yo lo hacía... Me movía cuando ella se movía, hablaba cuando ella hablaba, sentía su felicidad y su dolor. Estábamos fundidas en una sola. Pero entonces Ellenroh empezaba a desvanecerse, a desaparecer; su color fue aclarándose, sus contornos se desdibujaban. Se esfumó. Sin embargo, yo me quedaba, todavía como una sombra sola, en busca de un cuerpo al que adherirme, y aparecías tú... Yo no te conocía aún, pero sabía que eras la hija de Alleyne, la nieta de Ellenroh. Te girabas hacia mí y yo me acercaba. El entorno se volvía oscuro y ominoso. Una cortina de niebla caía ante mis ojos y solo me permitía ver una especie de calina brillante de color escarlata. El helor me calaba hasta los huesos y sentía que la vida huía de mí.

»La visión terminó, pero comprendí su significado —prosiguió, con un gesto de resignación—. La reina moriría y, cuando lo hiciera, yo moriría también. Tú estarías allí para presenciarlo... quizá para participar en ello.

—Eowen. —Wren pronunció su nombre en voz muy baja, asustada.

—No tengo miedo, Wren —dijo la vidente con la vista puesta en ella. Sus ojos verdes se nublaron—. Ser vidente es, a la vez, un don y una maldición, pero siempre rige la vida de la persona que posee esa facultad. He aprendido a no temer ni tampoco a negar lo que se me muestra, a limitarme a aceptarlo. Ahora acepto que mi tiempo en este mundo está a punto de acabar, y no me gustaría morir sin contarte la verdad que tanto deseas conocer.

»La reina no podía hacerlo, ya lo sabes —prosiguió Eowen, ciñéndose la capa a los hombros—. Le resultaba muy difícil, aunque quería decírtelo. Quizá con el tiempo se hubiera decidido a hacerlo. Pero la mayor pesadilla de su vida era el daño que había provocado la magia de los elfos, el mal que había causado. Yo fui leal a Ellenroh durante toda su vida, pero ahora que ha muerto mi lealtad está en otra parte... respecto a esto, al menos. Debes

saberlo, Wren. Debes saber y juzgar por ti misma, porque eres hija de tu madre y eso significa ser reina de los elfos. La sangre de los Elesedil se manifiesta en ti, no lo dudes más. Lo he visto en mis visiones: eres la esperanza de los elfos, en el presente y también en el futuro. Has venido para salvarlos, si es que su destino es la salvación. Puesto que has aceptado el báculo Ruhk y la Loden, y puesto que las piedras élficas te protegen, creo que lo único que te falta saber es lo que hasta ahora se te ha ocultado: el secreto del renacimiento de la magia de los elfos y de la corrupción de Morrowindl.

—Eowen, aún no he decidido asumir la responsabilidad... —dijo la joven, negando con la cabeza.

—La mayor parte de nuestras decisiones nos vienen impuestas, Wren Elesedil —la interrumpió Eowen—. Créeme, yo entiendo eso mucho mejor que tú, y creo que también lo entendía mejor que la reina. Ella era una gran persona, Wren. Hacía todo el bien que podía, y no debes culparla por lo que voy a decirte. Debes reflexionar sobre lo que voy a contarte; si lo haces, comprenderás que Ellenroh estuvo prisionera desde el principio, y que todas las decisiones que parecían tuyas en realidad le fueron impuestas. Si ella te ocultó la verdad era porque te quería demasiado. No podía soportar la idea de perderte. Eras todo lo que le quedaba.

Su pálido rostro se reflejaba en la neblina como un fantasma, y su voz volvía a ser un susurro.

—Sí, Eowen —dijo Wren—. Y ella era todo lo que me quedaba a mí.

Las delgadas manos de la vidente, frías como el hielo, se extendieron para coger las de Wren, que no pudo evitar un estremecimiento al sentir su contacto.

—Entonces escucha mis palabras, hija de Alleyne, esperanza de los elfos. Escucha atentamente. —Los ojos esmeralda relucieron igual que las hojas cubiertas de escarcha a la luz del amanecer.

»Cuando los elfos llegaron a Morrowindl, la isla era virgen y fértil, un paraíso inimaginable donde todo era limpio y seguro. Los elfos recordaban lo que habían dejado atrás, un mundo que ya empezaba a dar evidentes muestras de deterioro, a enfermar allí donde los umbríos habían pululado para reproducirse y alimentarse: un mundo que se doblegaba bajo el peso de la tiranía de la Federación y el avance de unos ejércitos que solo sabían obedecer sin hacerse ninguna pregunta. Era una situación que ya duraba mucho tiempo, Wren, y los elfos la soportaron durante innumerables generaciones.

»No querían que aquello se repitiera, y empezaron a pensar en la forma de protegerse a sí mismos y el lugar que acababan de descubrir. Podría llegar un día en que la Federación tomara la decisión de extenderse más allá de las fronteras de las Cuatro Tierras, y era muy probable que también lo hicieran los umbríos. Creyeron que solo la magia podía protegerlos, y la magia con la que contaban entonces no procedía de la sabiduría de los druidas ni de las enseñanzas del mundo moderno, sino del poder redescubierto de sus orígenes. Esa magia era inmensa e incontrolable, y todavía inmadura. Olvidaron las lecciones de los druidas, del Señor de los Brujos, de los mordíferos y de todos aquellos que habían sido sus víctimas en el pasado. Ellos no sucumbirían, se dijeron a sí mismos. Ellos serían más listos, más cuidadosos y más diestros al utilizarla.

»Algunos de ellos tenían... experiencia en crear nuevos seres con la magia —prosiguió la vidente, tras respirar profundamente y soltar las manos de Wren para echarse hacia atrás el enmarañado cabello—. Criaturas vivientes, Wren... especies nuevas que podían satisfacer sus necesidades. Habían descubierto un método para extraer la esencia de criaturas de la naturaleza y, mediante el uso de la magia, nutrirla de manera que, al desarrollarse, se convirtiera en una variedad del ser sobre la que había sido modelada. Solo podían obtener perros a partir de otros perros, y gatos a partir de gatos, pero más corpulentos, fuertes, ágiles y listos. Pero eso fue solo el principio. Progresaron con rapidez en la mezcla de diferentes formas de vida, creando animales que reunían las mejores cualidades de las combinadas. Ese fue el origen de los gatoespinos... y de docenas de otras especies. Eran los primeros experimentos del nuevo uso de la magia: bestias que podían pensar y hablar tan bien como los humanos, bestias que podían pastar, cazar y vigilar a cualquier enemigo mientras los elfos permanecían a salvo.

»Al principio, todo funcionaba a las mil maravillas. Las criaturas se desarrollaban y servían para los fines previstos. Pero, con el paso del tiempo, algunos de los artífices empezaron a aportar nuevas ideas para el uso de la magia. Si habían tenido éxito en lo primero, decían, ¿por qué no habrían de tenerlo de nuevo? Si podían formarse animales mediante la magia, ¿por qué no algo más complicado? ¿Por qué no duplicarse a sí mismos? ¿Por qué no formar un ejército de seres humanos que lucharan en su lugar, en caso de que se produjera un ataque, mientras ellos permanecían tras las murallas de Arborlon?

Eowen movió la cabeza lentamente, torciendo sus delicadas facciones ante alguna imagen horrible en su cabeza.

—Entonces crearon los demonios... o los seres que acabarían convirtiéndose en demonios. Tomaron algunas partes de sí mismos, carne y sangre, para empezar, pero después agregaron recuerdos, emociones y todos los componentes incorpóreos de sus espíritus, y los dotaron de vida. Estos nuevos elfos, porque entonces eran elfos, fueron creados para convertirse en soldados, cazadores y guardianes del reino, y no sabían otra cosa ni tenían otras necesidades o deseos que los de servir. Parecían ideales. Sus creadores los enviaron a vigilar las costas de la isla. Eran autosuficientes; no había necesidad de preocuparse por ellos.

»Según me han dicho —prosiguió, bajando la voz hasta que se convirtió en un murmullo—, estuvieron casi olvidados durante un tiempo, como si su existencia no fuera a tener consecuencias.

»Entonces empezaron los cambios —continuó. Cogió las manos de Wren y las apretó entre las suyas—. Poco a poco, los nuevos elfos empezaron a alterarse, a cambiar de aspecto y de personalidad. Esto sucedía lejos de la ciudad, fuera de la vista de la gente y, por lo tanto, nadie pudo detener el proceso o tomar medidas contra él. Algunas de las primeras criaturas creadas por la magia, como los gatoespinos, hablaron con los elfos y les contaron lo que estaba sucediendo, pero nadie les prestó atención. A fin de cuentas, solo eran animales, a pesar de sus capacidades, y no concedieron ninguna importancia a sus advertencias.

»Los nuevos elfos, ya casi transformados en demonios, empezaron a desertar de sus puestos, a desaparecer en las selvas, a cazar y matar cuanto les salía al paso. Los gatoespinos y demás animales fueron sus primeras víctimas, y los elfos de Arborlon serían las siguientes. Se hicieron enormes esfuerzos para acabar con aquellos monstruos, pero fueron dispersos y estuvieron mal dirigidos, y, por otra parte, los elfos se negaban a aceptar que el problema no radicaba en algunas de sus creaciones, sino en todas ellas. Cuando por fin se dieron cuenta de que habían sido incapaces de prever los desastrosos efectos de la magia, la situación era incontrolable.

»En aquellos días ya reinaba Ellenroh. Su padre había infundido en la Quilla la magia de la Loden para lograr un escudo tras el que pudieran refugiarse los elfos, que de verdad parecían bien protegidos. Pero Ellenroh no estaba tan segura. Decidida a eliminar los demonios, llevó a sus guardias reales a las junglas para descubrirlos. Pero la magia había actuado con demasiada eficacia en este caso concreto: había hecho que los demonios fueran muy fuertes. Una y otra vez, abatían a los elfos. La guerra se prolongó durante años, en una terrible e interminable lucha por la supremacía de la isla

que asoló Morrowindl y convirtió la vida en esta tierra en una pesadilla que trascendía la razón.

»Al final, presionada por la ingobernabilidad de la magia y la ferocidad de los demonios, Ellenroh ordenó que los elfos se encerraran en la ciudad. —Sus manos se crisparon, duras y rígidas—. Eso ocurrió hace diez años, y puso fin al más mínimo contacto con el mundo exterior.

—Pero ¿por qué no eliminaron a esas criaturas con la misma magia que las había creado? —preguntó Wren.

—¡Oh, Wren, era demasiado tarde para eso! —Eowen se balanceó como si estuviera meciendo a un niño—. ¡La magia se había agotado! —Sus ojos tenían una mirada distante y extraviada—. Toda magia procede de una fuente. La magia de los elfos no es una excepción. En su mayor parte procede de la tierra; es un entresijo de la vida que en ella reside. La isla fue la fuente de la magia utilizada para crear a los demonios y a todos los seres que los precedieron: su tierra, su aire, su agua y los restantes elementos de la vida. Pero la magia es costosa y tiene sus propios límites. El tiempo se encarga de reponer la que se consume, pero lo hace muy despacio. Lo que los elfos no advirtieron era que los demonios, a medida que cambiaban, empezaban a su vez a necesitar la magia. Creados a partir de ella, descubrieron que la necesitaban para sobrevivir. Empezaron a extraerla de forma sistemática de la tierra y de los seres que vivían en ella, matando todo aquello de lo que se nutrían. La devoraban con más rapidez de la que podía regenerarse. La isla empezó a cambiar, a agostarse, a enfermar y morir. Era como si no pudiera protegerse de las criaturas que la asolaban; demonios y falsos elfos. Cuando los elfos admitieron la verdad, no quedaba magia suficiente para cambiar la situación. Los demonios ya eran demasiado numerosos para ser destruidos. Todo lo que se encontraba fuera de la ciudad quedó a su merced. Morrowindl sobrevivió, aunque a duras penas, pero había sido subvertida, transformada en un erial o en una sanguinaria jungla, y casi todo lo que vivía en ella mataba con tanta rapidez y seguridad como los demonios. La naturaleza había perdido su equilibrio. El Killeshan despertó de su sueño e hirvió dentro de su caldera. Al final, la magia de la isla empezó a agotarse por completo, y eso impulsó a los demonios a sitiar Arborlon. Los efluvios de la magia de la Quilla les resultaban irresistibles. Les atraían con la fuerza con la que el imán atrae al hierro, y se propusieron nutrirse de ella.

—Y ahora vendrán también por nosotros, ¿verdad? —inquirió Wren, palideciendo—. Tenemos la magia de la Quilla, toda la magia de Arborlon y de los elfos almacenada en la Loden, y no renunciarán a apoderarse de ella.

—Sí, Wren. Es de esperar. —La voz de Eowen se había reducido a un siseo—. Pero eso no es lo peor de lo que tengo que decirte. Hay otras cosas. Escúchame. Ya es bastante malo que los elfos crearan a los demonios que los destruirían, que corrompieran Morrowindl hasta hacer imposible su salvación, que tal vez se aniquilaran a sí mismos como pueblo. Ellenroh apenas podía soportar pensar en eso, en el papel que había desempeñado en la extracción de la magia de la isla, o en su fracaso cuando intentó restablecer el orden de las cosas. Pero lo que más la desolaba era la razón que había impulsado a los elfos a trasladarse a Morrowindl. Lo hicieron para liberarse de la Federación y de los umbríos, y de todo lo que ambos representaban, para apartarse de la locura, para volver a empezar en un mundo nuevo. ¡Pero fueron los elfos quienes arruinaron el mundo antiguo!

—¿Los elfos? ¿Cómo es posible? ¿Qué estás diciendo, Eowen? —preguntó Wren, con los ojos desencajados por el asombro y la incredulidad.

Aspiró una bocanada de aire, como si intentara reunir la energía necesaria para lograr que la vidente de cabellos rojos continuara.

—Después de que los demonios se adueñaran de casi toda Morrowindl, cuando ya no tuvieron la más mínima duda de que la isla estaba perdida y de que los elfos era prisioneros de su propia insensatez, la reina descubrió e hizo que se presentaran ante ella todos aquellos que todavía intentaban jugar con el poder: hombres y mujeres estúpidos que parecían incapaces de aprender de sus propios errores, que continuaban creyendo que podían controlar la magia. Entre ellos estaban los que habían creado a los demonios. Los expulsó de la ciudad, no por lo que habían hecho, sino por lo que intentaban hacer. Intentaban utilizar la magia de otra forma, de la forma que se había empleado unos trescientos años antes, en los días que siguieron a la muerte de Allanon y la desaparición de los druidas de las Cuatro Tierras.

»No todos los que reivindicaban los antiguos métodos vinieron a Morrowindl, ni todos los elfos procedían de las Cuatro Tierras —prosiguió, tras una breve pausa—. Atrás quedó un puñado de practicantes de la magia, repudiados por su pueblo, expulsados por los sucesores de Elesedil. —Su voz se hizo casi inaudible—. Ese puñado, Wren, creó otra clase de monstruos.

Siguió un silencio largo y sobrecogedor mientras la vidente y la joven nómada se miraban. Un frío concentrado en el estómago de Wren empezó a serpentear hacia sus miembros.

—¡Maldita sea! —exclamó, horrorizada por la verdad que ahora se le revelaba, una verdad que les habían ocultado a quienes fueron convocados al

Cuerno del Hades por el espíritu de Allanon—. ¡Estás diciendo que los elfos crearon a los umbríos!

—No, Wren. —La voz de Eowen era ronca—. Los elfos no crearon a los umbríos. Los elfos son los umbríos.

La respiración se le quedó atascada en la garganta, formando un nudo que amenazaba con estrangularla. Recordó al umbrío del Ala Desplegada, el que había seguido su rastro durante tanto tiempo, el que habría acabado con su vida si no hubiese utilizado las piedras élficas. Intentó imaginarlo como un elfo, pero no lo consiguió.

—Elfos, Wren. —La voz de Eowen volvió a captar su atención—. Mi pueblo, el de Ellenroh. El tuyo. Solo unos pocos, compréndelo, pero elfos, al fin y al cabo. Supongo que ahora hay otros, pero al principio eran solo elfos. Buscaban ser algo mejor, creo, algo distinto. Pero se equivocaron y se convirtieron en... lo que ahora son. Incluso entonces, se negaron a cambiar, a buscar ayuda. Ellenroh lo sabía. Todos los elfos lo sabían, al menos durante un tiempo. Por eso abandonaron su país natal. Estaban horrorizados por lo que habían hecho sus hermanos. Estaban consternados por el mal uso que habían hecho de la magia, porque la magia que practicaban era impredecible y mutable en el mejor de los casos, y lo que creaban no siempre respondía a sus deseos.

»¿Comprendes por qué la reina no podía revelarte la verdad? —prosiguió, esbozando una amarga sonrisa—. ¿Comprendes el peso que soportaba? ¡Era una Elesedil y sus antepasados habían permitido que eso ocurriera! Ella misma había contribuido al mal uso de la magia, aunque solo porque era lo único que podía hacer si quería salvar a su pueblo. Esa era la razón de que te lo ocultara. Incluso ahora me pregunto si no habré cometido un error...

—¡Eowen! —Wren le apretó las manos, decidida a no soltarlas—. Has hecho bien en decírmelo. Mi abuela debería haberlo hecho desde un principio. Es una verdad espantosa, atroz, pero...

En su voz se traslucía la desesperanza, mientras fijaba sus ojos en los de la vidente. «No confíes en nadie», le había advertido la Víbora. Ahora comprendía por qué. Los secretos que venían de hacía trescientos años yacían esparcidos a sus pies, y solo la muerte los había expuesto.

—Te he contado suficiente por esta noche —dijo Eowen, apartando sus manos de las de la joven y levantándose—. Hubiera preferido no tener que hacerlo.

—No, Eowen...

—Sé generosa, Wren Elesedil. Perdona a la reina. Y a mí. Y a los elfos, si es que puedes hacerlo. Recuerda la importancia de la misión que se te ha encomendado. Lleva la Loden a las Cuatro Tierras. Deja que los elfos empiecen de nuevo. Deja que ayuden a enderezar las cosas.

Se dio media vuelta, ignorando el ruego de Wren para que se quedara, y se alejó.

Wren permaneció despierta, contemplando cómo la bruma se arremolinaba, intentando atravesar con la mirada las oscuras e impenetrables sombras de la noche. Escuchaba los movimientos de los que estaban haciendo guardia, la respiración de los que dormían, el mudo susurro de sus pensamientos, que luchaban abiertamente con la verdad que le había revelado Eowen.

«Los umbríos son elfos».

Las palabras se repetían como un susurro de advertencia. Ella era la única que lo sabía, la única que podía prevenir a los demás. Pero para poder hacerlo tenía que salir de Morrowindl. Tenía que sobrevivir.

La noche parecía cerrarse a su alrededor. Ella había querido conocer la verdad y ahora ya la sabía. Era un triunfo amargo, doloroso, y aún no era consciente del todo de lo grande que había el precio por conseguirlo.

«¡Oh, abuela!».

Sus manos se aferraban al báculo Ruhk mientras una frustración, ira y tristeza insoportables inundaban todo su ser. Había descubierto su derecho de herencia, su identidad y la historia de su vida, y ahora deseaba que todo aquello desapareciera para siempre. Era vil y corrupto, marcado por la traición y la locura. Lo aborrecía.

En aquellos amargos instantes, cuando su ánimo alcanzó su punto más bajo, cuando parecía que nada peor podría suceder, un pensamiento aún más lúgubre se impuso a todos los demás.

«Los umbríos son elfos... y tú llevas a toda la nación élfica de regreso a las Cuatro Tierras».

¿Por qué?

La pregunta quedó suspendida como una acusación en el silencio de su mente.

Cuando los supervivientes del grupo despertaron al amanecer, Wren todavía luchaba por esclarecer la misión que le había encomendado su abuela Ellenroh.

Por una parte, miles de vidas dependían de que trasladara la Loden y el báculo Ruhk de la isla de Morrowindl a la Tierra del Oeste. Toda la nación élfica, salvo los jinetes alados que residían en las islas costeras y no habían emigrado con los elfos terrestres a Morrowindl, estaba encerrada por la magia, y así permanecería hasta que Wren u otro miembro de la expedición, en caso de que ella muriese, la liberara. Si fallaba, los elfos perecerían; la más antigua de las razas, la única superviviente del mundo fantástico, cuya historia se remontaba a la creación del mundo.

Aunque tal vez eso fuera lo mejor que podía pasar.

Se estremecía cada vez que repetía las palabras de Eowen: «Los elfos son los umbríos». Los elfos, con su magia y su empeño en restablecer el pasado a toda costa, se habían transformado en monstruos. Habían creado a los demonios. Habían devastado Morrowindl e iniciado la destrucción de las Cuatro Tierras. Se les podían achacar prácticamente todos los peligros que los amenazaban. Considerando este hecho, tal vez fuese preferible que la raza se extinguiera por completo.

No creía que sus preocupaciones fueran exageradas. Una vez que los elfos se hubieran restablecido en la Tierra del Oeste nada les impediría reiniciar la práctica de la magia con resultados terribles y destructivos. No podía asegurar que Ellenroh hubiera conseguido deshacerse de todos aquellos que deseaban jugar con el poder de la magia, que algunos de ellos no hubieran sobrevivido. Si realmente habían logrado sobrevivir, les sería muy fácil reanudar los experimentos y crear nuevas clases de monstruos, nuevos horrores que Wren

ni siquiera se atrevía a imaginar. ¿No habían demostrado ya los elfos que eran capaces de cualquier cosa?

Igual que los druidas, pensó con tristeza, víctimas de unos retorcidos deseos de saber, de una temeraria confianza en sus capacidades, de la insensata creencia de que podían dominar algo que, por su propia naturaleza, era poco fiable.

¿Cómo habían podido llegar a tales extremos unas gentes con tantos años de experiencia en el uso de la magia, un pueblo introducido en el nuevo mundo por la devastación del mundo fantástico, que ahora recordaba unas lecciones que nunca debieron olvidar? Era muy probable que previeran algunos de los peligros con los que se tropezarían cuando empezaran a transferir a la naturaleza su propia concepción de aquella imagen enfermiza y, casi con toda seguridad, que se dieran cuenta de que había un elemento que fallaba. Sin embargo, el paso del tiempo había hecho a los elfos tan humanos como las otras razas, los había transformado de criaturas fantásticas a mortales y había alterado su percepción y sus conocimientos. ¿Por qué no iban a ser tan propensos a equivocarse como los demás seres, desde los druidas hasta los hombres?

Los elfos. Ella era una elfa y, además, una Elesedil. Aunque deseara lo contrario, estaba carcomida por las consecuencias de los errores de su pueblo y por el alto coste que habían pagado: una tierra, una nación, innumerables vidas, la salud y la paz del mundo. Ellos habían dado lugar a los acontecimientos que llevarían a su destrucción. Su pueblo. Podía decir que era nómada, que solo compartía con los elfos su ascendencia y sus rasgos físicos, pero era un argumento vano e inconsistente. Garth le había enseñado que la responsabilidad no se limitaba al ámbito personal. Ella formaba parte de todo lo que la rodeaba, y no solo la supervivencia, sino todos los aspectos de su vida, estaban directamente relacionados con este hecho. No podía huir de los sinsabores del mundo ni ser ajena a su dolor. En otra época, los elfos habían sido los sanadores más notables y tenían encomendado el cuidado de la tierra, y se habían formado en los demás ámbitos de conocimiento para conseguirlo. ¿Qué había sucedido con aquella misión? ¿Cómo habían podido llegar los elfos a desviarse tanto de su camino?

Comió en silencio, sin saborear los alimentos, abstraída en sus reflexiones. Eowen se sentó frente a ella, con la mirada baja. Garth y los demás hombres pasaron a su lado sin verlas, concentrados en las dificultades del viaje que les esperaba. Stresa ya había salido a explorar, en busca de una ruta segura, y Fauno era una bola de pelo en su regazo.

«¿Qué debo hacer? —se preguntaba con desesperación—. ¿Cuál es la mejor decisión?».

Cuando reanudaron la escalada de la Cornisa Negra, aún no había encontrado la respuesta. El día era tan oscuro y neblinoso como los anteriores: el sol quedaba oculto por la bruma cenicienta y el aire era denso, caliente y olía a azufre. A sus espaldas se elevaban los sonidos de las Tinieblas del Paraíso: una confusa mezcla de gritos y aullidos esparcidos en la bruma, inconexos y distantes. Abajo, las criaturas cazaban, pastaban y luchaban por vivir un día más. Arriba solo había silencio, como si únicamente las nubes esperaran su llegada. El sendero era empinado y tortuoso, y con frecuencia retrocedía sobre sí mismo en una laberíntica masa de salientes, precipicios y desfiladeros. De vez en cuando caían breves pero fuertes aguaceros, que mojaban la tierra y la roca y las volvían resbaladizas, pero pronto se secaban a causa del calor.

Los pensamientos más dispares vagaban por la mente de Wren. Se encontró añorando cosas pasadas a las que nunca había prestado atención. Aunque era todavía muy joven, apenas adulta, consideró la posibilidad de vivir siempre sola, sin marido ni hijos. En su mente aparecieron caras, voces y escenas de una vida imaginada y, sin motivo aparente, lamentó su pérdida. Llegó a la conclusión de que esos sentimientos se debían a haber descubierto su propia identidad. La misión que realizaba y las responsabilidades inherentes eran la causa de aquella sensación de soledad y aislamiento. Su vida solo podía tener un sentido: huir de Morrowindl, restablecer al pueblo élfico y acabar con el horror de aquello que había descubierto. Desde luego, su vida no sería sencilla, y los proyectos normales, como el matrimonio y los hijos, estaban tan lejos como el hogar que había dejado atrás.

Puesto que necesitaba encontrar la verdad de lo que estaba ocurriendo, se obligó a considerar la posibilidad de que lo que realmente le habían encomendado, tanto el espíritu de Allanon como Ellenroh, fuera que desempeñara el papel de madre y esposa de su pueblo: aceptarlo como su familia, guiarlo, protegerlo y velar por sus vidas mientras durase la suya propia.

Su mente había perdido la capacidad de precisar y sus conceptos se habían diluido, porque llevaba tres días casi sin dormir y estaba exhausta física y emocionalmente. Podía alegar que ya no era quien había sido, pero quizá se había encontrado a sí misma. Cada cosa tenía una finalidad, y también la tenía lo que le estaba ocurriendo. Había vuelto con su pueblo, se había cargado sobre los hombros la responsabilidad de que este viviera o muriera y se había

convertido en su reina. Había descubierto la magia de las piedras élficas y asumido el control de su poder. Le había sido revelado lo que nadie más sabía: el origen de los umbríos. ¿Por qué? Hizo un gesto de resignación para sus adentros. ¿Por qué, si no era para cambiar la situación? No tanto en lo que a los umbríos se refería, aunque no podían separarse los problemas de las soluciones, como les había dicho Allanon cuando encomendó sus respectivas misiones a los descendientes de la casa Shannara. No tanto en lo que concernía al futuro de las razas, porque era una misión demasiado grande para que pudiera llevarla a cabo una sola persona, y requería el esfuerzo de muchos y el que la suerte los acompañara. Pero en lo que respectaba a los elfos, a su futuro como pueblo y a subsanar sus muchos errores... en eso ella podría encontrar el propósito de su vida.

Este era un posible planteamiento, y lo meditó mientras ascendía por la Cornisa Negra, concentrándose especialmente en considerar lo que una empresa de tal magnitud requeriría. Ella sentía que era lo bastante fuerte; eran pocas las cosas que no había logrado cuando se las había propuesto. Tenía una idea clara sobre el bien y el mal, y eso le había sido muy útil. Era consciente de que había contraído una deuda con su madre, que lo había sacrificado todo para darle a su hija la oportunidad de crecer sin contratiempos; con su abuela, que le había confiado el futuro de una ciudad con todos sus habitantes; con aquellos que habían entregado su vida por ella; con todos los que estaban dispuestos a sacrificarla, con quienes confiaban y creían en ella.

Sin embargo, ni siquiera todo eso tenía la fuerza suficiente para persuadirla. Había algo más, lo presentía, algo que superaba sus expectativas y su conciencia, algo aún mucho mayor. Era la necesidad. Ella ya tenía el pleno convencimiento de que el genocidio era abominable y que debía encontrar otra solución para resolver el dilema del futuro de los elfos y su magia. Pero si vivían, si lograba instalarlos de nuevo en la Tierra del Oeste, ¿qué sería de ellos si los abandonaba? ¿Quién los dirigiría en la lucha que les esperaba? ¿Quién los orientaría y aconsejaría? ¿Podía confiar el asunto al azar, o incluso a los dictados del Consejo Supremo? La necesidad del pueblo élfico era grande y ella no podía ignorarla, aunque eso supusiera un cambio radical en su vida.

Sin embargo, seguía sumida en un mar de dudas. Estaba desgarrada por la batalla que se estaba librando en su interior, una guerra entre alternativas que se negaban a definirse como buenas o malas. Sabía también que no podía elegir porque, aunque Ellenroh le había otorgado el liderazgo, eran los elfos,

en última instancia, quienes tenían que aceptarla o rechazarla. ¿Por qué iban a aceptar como líder a una nómada, una extranjera que acababa de salir de la adolescencia? Aún había muchas preguntas sin respuesta.

Sus razonamientos se dispersaron como trozos de papel esparcidos por el viento y sus planes de futuro se derrumbaron ante el envite de las necesidades presentes. Contempló la roca y la maleza que los rodeaban, la pantalla de bruma y ceniza, las oscuras y encorvadas siluetas de sus compañeros de viaje. Ahora solo había que preocuparse por sobrevivir.

Continuaron el ascenso durante toda la mañana, y ya era cerca del mediodía cuando Stresa ordenó que se detuvieran, presa de la indecisión. Wren se adelantó, dejando atrás a Garth, para saber lo que ocurría. El gatoespino se había detenido en la boca de una caverna que se adentraba en la roca. A la derecha, el sendero que seguían continuaba su ascenso por el acantilado y desaparecía entre una impenetrable vegetación.

—Mira, Wren de los Elfos —dijo el gatoespino con sus brillantes ojos fijos en ella—. Es el momento de elegir. ¡Grrr! El sendero serpentea hacia la cima, pero seguirlo resultará lento y difícil a partir de aquí... Ssss... El túnel abierto en la roca se ramifica en una serie de conductos de lava formados por el... fuego del volcán hace años. Yo los he recorrido. También conducen a la cima.

—¿Cuál elegirías tú? —le preguntó Wren, arrodillándose a su lado.

—Grrr. Los dos son peligrosos.

—El peligro acecha en todas partes —repuso la joven, ignorando la objeción. A su alrededor, la neblina se arremolinaba y retorció contra la densa vegetación de la isla como si buscara su propio camino—. Eres tú quien nos guía, Stresa —le recordó—. Por tanto, eres tú quien debe elegir el camino.

—Los túneles, entonces, ¡Pjjfftt! —respondió el gatoespino, siseando su descontento, mientras su rechoncho cuerpo se balanceaba y sus púas se erizaban y relajaban—. Pero necesitaremos luz.

Mientras Triss se alejaba en busca de un palo adecuado para hacer una antorcha, el resto del grupo revolvió en los morrales y bolsillos en busca de yesca y trapos. Gavilán encontró la yesca y Eowen los trapos. Los dejaron a la entrada del túnel y se sentaron a comer mientras esperaban el regreso de Triss.

—¿Has dormido? —preguntó Eowen en voz baja, sentándose junto a Wren.

—No —respondió Wren con sinceridad, manteniendo su mirada deliberadamente apartada—. No pude conciliar el sueño.

—Ni yo. Creo que tan difícil fue pronunciar las palabras como escucharlas.

—Lo sé.

—He tenido una visión... —dijo la vidente, y su pelo tembló al levantar su pálido rostro—. La primera desde que salimos de Arborlon.

—Cuéntamela —dijo Wren, mirándola a los ojos, y lo que vio en ellos la asustó.

—Lo haré porque tengo que prevenirte —respondió Eowen en voz baja, haciendo un imperceptible gesto de asentimiento. Se inclinó hacia ella para que nadie más pudiera oírla—. En mi visión, tú estabas sola, de pie en lo alto de una colina, y no me cabe ninguna duda de que te encontrabas en Morrowindl. Agarrabas el báculo Ruhk y las piedras élficas, pero no podías utilizarlos. Los demás, los que estamos aquí contigo, éramos sombras negras proyectadas sobre la tierra. Algo enorme y peligroso se acercó a ti, pero no te asustaste. Fue como si lo recibieras con agrado. Quizá no eras consciente de la amenaza que suponía. Se produjo un vivo destello plateado y abrazaste a aquel ser sin pensarlo.

Hizo una pausa. Parecía que las palabras se negaban a salir de su boca.

—No debes hacer eso, Wren. Recuérdalo cuando llegue el momento.

—Lo recordaré —respondió Wren, sintiendo un helado vacío en su interior.

—Lo siento —murmuró Eowen.

Dudó un momento, como una criatura acorralada que no tiene adónde huir; luego se puso de pie y se fue.

«Pobre Eowen», pensó Wren. Durante unos instantes se quedó mirando cómo se alejaba, y después llamó a Garth con una seña. El gigante nómada se acercó donde ella estaba, interrogándola con los ojos, consciente de su preocupación. Wren se dio media vuelta para que solo él pudiera verla.

—Eowen ha tenido una visión de su propia muerte —le comunicó, sin atreverse a pronunciar las palabras esta vez. Garth no exteriorizó emoción alguna—. Cuida de ella, por favor. ¿Me prometes que vas a protegerla?

Los dedos de Garth se movieron.

«No me gusta lo que veo en sus ojos».

Wren soltó un suspiro y asintió con la cabeza.

—A *mí* tampoco. Haz lo que puedas.

Triss regresó poco después con dos palos secos que había encontrado en algún lugar de las laderas empapadas por la lluvia. Mientras se aproximaba, miraba hacia atrás de vez en cuando.

—Algo se mueve ahí abajo —les advirtió, entregando uno de los palos a Dal—. Algo nos está siguiendo los pasos.

Por primera vez desde que salieron del pantano, experimentaron una sensación de inquietud. Hasta entonces, casi habían podido olvidar los seres que los acechaban. Wren pensó al instante en la magia de la Loden, preguntándose si los demonios podrían olfatearla, si el olor de la magia extraída de la Quilla sería lo bastante intenso para atraerlos, aunque estuviera inactiva.

Envolvieron un extremo de los palos con las tiras de tela y los encendieron con la yesca. Cuando las antorchas empezaron a arder, entraron en los túneles. Stresa iba delante, una criatura de la noche que se sentía cómoda en la oscuridad, impulsando con suavidad su robusto cuerpo. Triss lo seguía de cerca con una antorcha y Dal cerraba la marcha del grupo con la otra. Entre ambos caminaban Wren, Gavilán, Eowen y Garth. El aire era frío y estaba viciado, y goteaba agua del techo. Un estrecho arroyuelo serpenteaba por el escabroso suelo. No había protuberancias ni obstrucciones; el paso de la lava candente las había eliminado años atrás. Stresa le había dicho a Wren mientras esperaban a Triss que la presión del calor y de los gases del núcleo volcánico había abierto respiraderos en la tierra, excavando túneles en la roca subterránea hasta alcanzar la superficie. La lava ardiente había alisado los conductos, que recorrían muchos kilómetros, ondeando como madrigueras de gusanos gigantes y creando al final orificios en la corteza de Morrowindl, por donde se liberaba la presión y la lava fluía libremente hasta el mar. Al enfriarse el volcán, el flujo de lava se había interrumpido y los conductos se habían vuelto accesibles. El que estaban siguiendo era uno de los muchos que perforaban la Cornisa Negra a lo largo de varios kilómetros, desde la cima hasta la base.

—Si no nos perdemos, alcanzaremos la cresta de la cordillera al anochecer —había dicho Stresa.

Wren hubiera deseado preguntarle dónde había obtenido la información sobre los túneles, pero luego pensó que el conocimiento del gatoespino debía de proceder de los elfos, y que se enfadaría si le hablaba del tema. En cualquier caso, parecía saber adónde iba, con el hocico levantado, avanzando en el límite de la luz de la antorcha como si intentara arrastrarlos en su estela. Nunca dudaba, ni siquiera cuando tenía que elegir ante una bifurcación. Giraban y serpenteaban a través de la fría roca, siempre hacia arriba, acarreado en la penumbra sus propios pesos y los de sus fardos y enjugando las gotas de agua que les caían sobre la cara y las manos, heladas y punzantes.

Sus pies, calzados con botas, producían un sonido hueco en la profunda quietud, y sus respiraciones eran un arrítmico siseo. Se mantenían alerta, esperando captar en cualquier momento sonidos de persecución, pero no oían nada.

Hubo un momento en que se vieron obligados a bajar una pronunciada pendiente para cruzar un respiradero, donde la lava descendía por una hondonada del interior de la montaña y dejaba un profundo agujero cuyo fondo se perdía en la oscuridad. Más adelante había una caverna en la que la lava se había ido acumulando hasta formar varios pasadizos que se entrecruzaban como serpientes. En todos los casos, Stresa supo qué tenía hacer, qué túnel seguir y dónde se encontraba el paso que los llevaría a la seguridad.

Pasaban las horas y continuaban su peregrinaje a través de los túneles. Wren dejó que Fauno se encaramase a su hombro. Los brillantes ojos del jacarino miraban a derecha e izquierda y su voz era un murmullo en el oído de Wren. Ella olvidó sus reflexiones para concentrarse en poner un pie delante del otro, observar el hipnótico balanceo de las sombras que proyectaban en las paredes con la luz de las antorchas y una docena de otras menudencias, distracciones intrascendentes que servían para proporcionar a su fatigada mente y a sus emociones el descanso que tanto necesitaban.

Caía la noche cuando salieron de los túneles a la neblinosa oscuridad, y se encontraron en un bosquecillo de fresnos raquíticos y arbustos que se agarraban a la pared rocosa. Ante ellos, una cornisa se alzaba hasta perderse en la bruma; detrás, la montaña ascendía hasta una cumbre agrietada y vacía. Sobre sus cabezas, el cielo estaba lóbrego y nublado y desprendía una fina llovizna.

Se dirigieron a un grupo de acacias que crecía junto al borde de la Cornisa Negra, y allí se acomodaron para pasar la noche. Desempaquetaron sus pertrechos y como cena tomaron unos alimentos ligeros. Después se envolvieron en sus capas y mantas para dormir. Hacía frío a aquella altura y el viento soplaba con fuertes ráfagas. Wren oía el lejano retumbo del Killeshan y veía el rojo resplandor de su fuego a través de la neblina. La tierra había reanudado sus temblores y producía una lenta y siniestra vibración que desprendía los peñascos, desmoronaba la tierra, mecía los árboles y hacía susurrar a las hojas como niños asustados.

Apoyó la espalda en una acacia medio caída, cuyas raíces al descubierto aún se agarraban a la roca. El báculo Ruhk descansaba en su regazo, olvidado por el momento. Fauno se acurrucó en su hombro durante un rato mientras los

temblores continuaban y después se escondió bajo su manta. Wren vio la pequeña y fuerte figura de Dal, que se disponía a hacer la primera guardia. Le pesaban los ojos, pero aún no tenía ganas de dormir. Primero debía dedicar un rato a reflexionar.

Hacía solo un momento que se había sentado cuando apareció Gavilán. Surgió de la oscuridad de repente, y ella no pudo evitar un estremecimiento.

—Lo siento —se disculpó Gavilán, consciente de su malestar—. ¿Puedo sentarme a tu lado?

Wren asintió con la cabeza y él se sentó. Llevaba la manta echada sobre los hombros y el pelo revuelto y húmedo. Su hermoso rostro estaba marcado por la fatiga, pero esbozó su habitual y fácil sonrisa.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien.

—Pareces muy cansada.

Ella se limitó a esbozar una sonrisa.

—Hubiera sido mejor que lo supiéramos —dijo él.

—¿Saber qué? —preguntó la joven con una mirada de asombro.

—Todo. ¡Cualquier cosa! Algo que nos hubiera preparado mejor para lo que estamos pasando. —Su voz sonaba extraña, casi frenética—. Es como si nos hubieran dejado en un océano sin una carta de navegación y nos pidieran que llegáramos a buen puerto y, a la vez, tuviéramos prohibido utilizar la poca agua potable que tenemos la suerte de llevar con nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo, Wren —respondió Gavilán, mirándola a los ojos—. Contamos con la Loden y las piedras élficas... magia suficiente para conseguir cualquier cosa. Sin embargo, parece que tememos invocarla, casi como si nos estuviera prohibido hacerlo. Pero eso no es así, ¿verdad? Quiero decir, ¿qué nos lo impide? Mira cómo mejoraron las cosas cuando utilizaste las piedras élficas para encontrar una salida de las Tinieblas del Paraíso. ¡Deberíamos utilizar esa magia a cada paso! Si lo hubiéramos hecho, ya estaríamos en la playa.

—No Gavilán, no es así como funciona. No hace nada...

—Peor aún es la forma en que ignoramos la magia de la Loden —la interrumpió Gavilán, sin escucharla—. Sí, ya sé que es necesaria para preservar a los elfos y Arborlon durante el viaje de regreso. Pero ¿crees que es necesario preservarla entera? ¡Estoy seguro de que no! —Dejó que su mano se posara un instante sobre el báculo Ruhk—. ¿Por qué no utilizamos la magia contra los seres que nos acosan? ¿Por qué no les lanzamos una ráfaga de fuego? Mejor aún, ¿por qué no hacemos algo para destruirlos?

—Gavilán —dijo Wren con voz serena, mirándolo con expresión de asombro, incapaz de creer lo que estaba oyendo—. Ya sé de dónde vienen los demonios. Me lo ha contado Eowen.

—Ya era hora, supongo —respondió él con un gesto de indiferencia—. Nadie te lo había dicho antes porque Ellenroh nos lo había prohibido.

—Fuera cual fuese la causa —continuó Wren, bajando la voz pero aumentando su firmeza—, ¿cómo es posible que propongas que volvamos a utilizar la magia?

—¿Por qué? —La expresión de Gavilán se endureció—. ¿Porque algo salió mal cuando se utilizó en otro tiempo? ¿Porque quienes la usaron carecían de la habilidad, la fortaleza o la comprensión necesarias para darle un buen uso?

La joven nómada negó con la cabeza.

—¡Wren! ¡Tenemos que utilizar la magia! ¡Tenemos que usarla! Para eso existe. Si no lo hacemos, lo harán otros. ¿Qué ocurrirá entonces? Esto no es un juego. Tú lo sabes bien. Nos rodean seres tan peligrosos...

—¡Seres que crearon los elfos! —lo cortó de forma tajante, sin poder contener su indignación.

—¡Sí! ¡Admito que fue un error! Pero, si no los hubiésemos creado nosotros, los hubieran creado otros.

—¡Eso no puedes saberlo!

—No importa. ¡Lo que de verdad importa es que lo hicimos por una buena causa! ¡Hemos aprendido mucho! ¡El resultado depende del espíritu con que se utilice el poder! Se requiere un propósito firme, encontrar la manera de satisfacer tus necesidades. ¡Esta vez lo haremos bien!

Se interrumpió, esperando una respuesta, y se miraron en silencio.

—Creo que sería mejor que no dijeras ni una palabra más —dijo Wren, aspirando una bocanada de aire e inclinándose para retirar la mano de Gavilán del báculo.

—En una ocasión te enfadaste porque me callé cosas —respondió él, esbozando una amarga e irónica sonrisa.

—¡Gavilán, por favor! —suplicó ella.

—¿Crees que todo saldrá bien si no hablamos de ello, que las cosas se arreglarán solas?

Wren negó con la cabeza: en su expresión se reflejaba una infinita tristeza.

Gavilán se inclinó hacia ella y le cogió las manos con fuerza. La joven no opuso ninguna resistencia, fascinada y horrorizada al mismo tiempo por lo

que veía en sus ojos. Sintió una especie de congoja en lo más profundo de su ser.

—Escúchame, Wren —prosiguió Gavilán, rechazando con una sacudida de la cabeza algo que la joven nómada no podía ver—. Hay un vínculo especial entre nosotros. Lo sentí la primera vez que te vi, la noche en que llegaste a Arborlon, sin saber aún por qué habías venido. Me di cuenta. Me di cuenta incluso entonces, pero era demasiado pronto para mencionarlo. Eres la hija de Alleyne, y por tus venas corre la sangre de los Elesedil. Tienes valor y fuerza. Ya has hecho más de lo que nadie tendría derecho a esperar que hicieras.

»Pero nada de esto te concierne. Los elfos no son tu pueblo ni Arborlon tu ciudad. Yo lo sé. Sé cuán ajena te sientes a todo esto. Y Ellenroh nunca entendió que no se puede pedir a la gente que se responsabilice de cosas que no le atañen. Nunca entendió que no volverías a ser la misma si aceptabas su misión. ¡Así fue como perdió a Alleyne! Ahora, escúchame. Ella te ha entregado el báculo Ruhk y la Loden, Arborlon y a los elfos, todo el futuro de una nación, y te ha pedido que seas su reina. Pero la verdad es que tú no deseas tomar parte en esto, ¿no es así?

—Antes no lo deseaba —admitió la joven.

—¡Entonces déjalo! ¡Acaba con ello de una vez! —le apremió Gavilán, pasando por alto su subterfugio—. Deja que sea yo quien tome el báculo y la piedra y los utilice como deben utilizarse... para luchar contra los monstruos que nos persiguen, para destruir a los que han convertido Morrowindl en esta pesadilla.

—¿A qué monstruos te refieres? —preguntó Wren con voz suave.

—¿Qué?

—¿A quiénes te refieres? ¿A los demonios o a los elfos?

Él la miró fijamente, sin comprender su pregunta, y ella sintió que se le rompía el corazón. Los ojos de Gavilán destellaban de ira y su rostro se había crispado. Sin duda creía que estaba en posesión de la verdad.

—Fueron los elfos —dijo la joven— quienes destruyeron Morrowindl.

—No —respondió Gavilán sin la menor vacilación.

—Fueron los elfos quienes crearon los demonios.

—Los antiguos elfos los crearon en otra época —repuso él, negando enérgicamente con la cabeza—. Ahora no volvería a repetirse semejante error. Yo no lo permitiría. La magia puede utilizarse mejor, Wren. Tú sabes que es verdad. ¿Acaso los Ohmsford no han encontrado la manera de utilizarla? ¿Y los druidas? ¡Déjame que lo intente! Yo puedo enfrentarme a esos seres.

¡Puedo hacer lo que sea necesario! Tú no quieres el báculo; tú misma lo dijiste. ¡Entrégamelo!

—No puedo —respondió la joven, negando con la cabeza.

—¿Por qué no, Wren? Dímelo —exigió Gavilán, soltando las manos de la joven.

Ella no podía decírselo, desde luego. No encontraba las palabras adecuadas y, aunque las hubiera encontrado, no hubiera podido pronunciarlas.

—Lo he prometido —dijo en cambio, deseando que así dejara de hablar del asunto, que viera que su petición no era bien recibida.

—¿Prometido? —insistió Gavilán—. ¿A quién?

—A la reina —respondió Wren.

—¿A la reina? ¡Maldita sea, Wren! ¿Qué importa eso ahora? ¡La reina está muerta!

Entonces ella lo golpeó: le dio una bofetada tan fuerte que le echó la cabeza hacia atrás. Él permaneció así durante un breve un instante y luego se irguió.

—Si eso hace que te sientas mejor, puedes golpearme otra vez, Wren.

—Hace que me sienta muy mal —respondió la joven, encogida, notando frío por todo su cuerpo—. Pero eso no cambia el hecho de que estés equivocado.

Él la miró con amargura durante un momento y Wren deseó poder transformarlo en el que había sido cuando estaban en Arborlon, cuando era atractivo y amable, el amigo que necesitaba, cuando la besó a la salida del Consejo Supremo, cuando se preocupaba por ella...

—Tienes que dejarme utilizar la magia de la Loden, Wren —insistió Gavilán, reflejando una decidida resolución en su hermoso rostro varonil.

—No —respondió Wren, negando una vez más con la cabeza.

Él se echó hacia delante en actitud agresiva, como si pensara atacarla.

—Si te niegas, no podremos sobrevivir. No tienes el...

—¡Basta, Gavilán! —lo interrumpió Wren, levantando la mano para taparle la boca—. ¡No digas eso! ¡No digas ni una palabra más!

El repentino gesto de la joven hizo que los dos se quedaran paralizados durante un momento. Una repentina ráfaga de viento que pasó entre ellos provocó un escalofrío en Wren, que retiró la mano lentamente.

—Vete a dormir —le ordenó, luchando para que su voz no se quebrara—. Estás cansado.

Él retrocedió, apartándose solo unos centímetros, pero Wren sintió que se rompían los lazos que hasta entonces los habían mantenido unidos, como

cuerdas cortadas por un cuchillo.

—Me iré —dijo, sin que la ira desapareciera de su voz. Se levantó y la miró desde arriba—. Yo era amigo tuyo. Lo seguiría siendo si me dejaras.

—Lo sé —respondió la joven.

Gavilán se quedó quieto un instante, sin moverse, como si no supiera qué hacer, si quedarse o marcharse, hablar o guardar silencio.

—No voy a morir aquí —dijo, desviando la mirada hacia la tenebrosa oscuridad.

Tras pronunciar estas palabras, giró sobre sus talones y se alejó con paso arrogante. Wren continuó sentada, siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las enjugó enseguida. Gavilán la había herido, y odiaba que lo hubiera hecho. Había cuestionado todas sus decisiones, la había obligado a preguntarse si sus ideas sobre lo que estaba haciendo eran suficientemente claras. Había conseguido que se sintiera estúpida, egoísta e ingenua. Deseó no haber acudido a la cita con el espíritu de Allanon, no haber ido nunca a Morrowindl, no haber descubierto el paradero de los elfos y su ciudad, ni el horror de su existencia...

Desearía no haber conocido a su abuela.

«¡No! —se reprendió a sí misma con dureza—. ¡No pienses eso!».

Pero en lo más profundo de su ser sabía que era cierto.

20

Llegó el alba, una furtiva aparición vestida con una capa gris acero entre las sombras de una noche que ya se retiraba, mientras salía del ayer para ir en busca del mañana. El pequeño grupo se levantó para recibirla, cansado y desalentado; el paso del tiempo y sus posibilidades de supervivencia, cada vez más escasas, lo encadenaban como un lastre que amenazaba con llevárselo hasta lo más profundo del abismo. Se pusieron las capas sobre los hombros, se colocaron los morrales a la espalda, se ciñeron las armas y emprendieron la marcha una vez más, envueltos en sus propios pensamientos, con el ceño fruncido ante el muro de dudas y temores, cada vez más sólido y alto.

«Si al menos pudiera dormir una noche... —pensaba Wren mientras parpadeaba para deshacerse de su agotamiento—. Solo una».

Tampoco durante la última noche había descansado, porque también la había pasado despierta, asediada por demonios de todas las formas y especies, demonios con las caras de quienes habían sido o todavía eran sus más allegados amigos y familiares. Le susurraban, se burlaban de ella y la provocaban, le hablaban de secretos que ella no podía conocer, le daban las pistas que debía seguir y las cargas que tenía que llevar sobre sus hombros y después se desvanecían como la niebla de la montaña.

Sus manos agarraban con firmeza y resolución el báculo Ruhk, y se apoyaba en él mientras escalaba. «No confíes en nadie», seguía susurrándole la Víbora desde el recuerdo.

La subida fue corta porque el día anterior habían salido de los túneles de lava cerca de la cima, con las cumbres a la vista. Tardaron muy poco en alcanzarlas, y llegaron al final del accidentado sendero hasta situarse sobre el muro rocoso, donde se detuvieron para mirar hacia la encapotada región que habían atravesado, como si esperaran encontrar algo en ella que los estuviera

esperando. Pero no consiguieron descubrir nada. Todo aquello estaba amortajado por nubes y brumas, un mundo y una vida perdidos ya en el pasado. Aún podían verlo en su mente, dibujado ante ellos en el aire. Recordaban lo que les había costado pasar por allí, lo que les había sido arrebatado y lo poco que se les había dado a cambio. Continuaron mirando un momento más y luego le dieron la espalda.

Caminaron por estrechos tramos de rocas separados por árboles que se extendían desde el borde de la Cornisa Negra como si fueran dedos, hasta que todo terminaba de repente en un complicado laberinto de barrancos y riscos que se hendían y plegaban sobre sí mismos, formando enormes arrugas en la piel de la tierra. Años atrás, un río de lava procedente del cráter del Killeshan había arrasado la cresta de la Cornisa Negra. A su paso, todo había quedado calcinado, excepto algunos troncos de árboles plateados que permanecían desnudos y esqueléticos, unos inclinados formando extraños ángulos y otros apoyándose entre sí con desesperación. De la lava crecían matorrales en masas enmarañadas, y el musgo oscurecía las zonas sombreadas de las grietas.

Stresa los llevó hasta el límite de aquel inhóspito mundo, bamboleándose hasta detenerse en lo alto de un pequeño risco con las púas erizadas en actitud preventiva. Los viajeros contemplaron con desaliento lo que había delante de ellos, escuchando sin oír nada, mirando sin ver nada, pero sintiendo la presencia de la muerte en cada recodo. Ante sus ojos se perdía en la distancia un vasto y desértico paisaje envuelto en un silencio gris.

Fauno estaba sentado sobre el hombro de Wren, tenso e inclinado hacia delante, en actitud de alerta. La joven podía sentir el temblor del jacarino.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Gavilán.

Un pesado retumbo llamó su atención y los hizo mirar hacia el norte, por donde asomaba la siniestra figura del Killeshan, que parecía tan cercana como cuando abandonaron Arborlon. El retumbo decreció y cesó.

—Esto es la Grada —dijo Stresa, girándose lentamente—. ¡Grrr! Aquí es donde viven los dráculs.

Wren recordó que eran una especie de demonios o umbríos. Stresa ya los había mencionado en otra ocasión, y les había advertido que eran muy peligrosos.

—Dráculs —repitió Gavilán con un tono de reconocimiento desalentado.

El Killeshan retumbó con nuevos bríos, como si quisiera recordarles su presencia, su furia por la magia que se llevaban y por desencadenar el desequilibrio de los elementos. Morrowindl entera se estremeció en respuesta.

—Háblame de los dráculs —dijo Wren al gatoespino en voz baja.

—Son demonios como los otros. ¡Pjfflt! —respondió Stresa, fijando en Wren sus oscuros ojos—. Duermen de día y salen de noche en busca de alimento. Extraen la vida de los seres que cazan... la sangre y los fluidos corporales. A algunos los convierten... jssst... en criaturas semejantes a ellos. —Torció el hocico—. Acechan a sus presas como fantasmas, pero adquieren forma para devorarlas. Como fantasmas no se les puede causar ningún daño. —Escupió para manifestar su repugnancia.

—Daremos un rodeo —dijo Triss inmediatamente.

—¡Un rodeo! ¡Pfff...! —respondió Stresa, escupiendo de nuevo, como si no hubiera logrado liberarse de la repugnancia que tales criaturas le producían—. ¡No hay rodeos que valgan! Al norte, la Grada retrocede hacia el Killeshan durante kilómetros y kilómetros, camino del valle, y acabaríamos por toparnos con los demonios que nos persiguen. Grrr. Al sur, se extiende hasta los acantilados. Los dráculs merodean también en ese extremo. En cualquier caso, no conseguiríamos... grrr... rodearla antes del anochecer, lo cual es absolutamente imprescindible si queremos vivir. Nuestra única oportunidad de salvación es cruzarla a la luz del día.

—¿Mientras duermen los dráculs? —preguntó Wren.

—Sí, Wren de los Elfos —respondió el gatoespino—. Mientras duermen. Y aun así... Ssss... no estaremos libres de peligro. Los dráculs están presentes incluso a esas horas, en forma de voces que flotan en el aire, de caras surgidas de la niebla, de sensaciones y presentimientos, de temores y dudas. Pfff. Intentarán entretenernos en la Grada hasta que anochezca.

Wren contempló el lóbrego paisaje y la neblina suspendida entre el cielo y la tierra. «Otra vez atrapados —pensó—. Toda la isla es una trampa».

—¿No hay ningún otro camino?

Stresa no respondió. No era necesario.

—¿Qué hay al otro lado de la Grada?

—Está el In Ju. Y más allá, las playas.

—Aurino Estriado solía hablar de los dráculs —dijo en voz baja Triss, que se había acercado a Wren, mirándola fijamente. Su enjuto rostro reflejaba una gran tensión—. Decía que no había ninguna defensa contra ellos.

—Pero ahora están durmiendo —señaló Wren en el mismo tono.

—¿Estás segura? —preguntó Triss, desviando la mirada.

Un nuevo retumbo, profundo y terrible, sacudió la isla, levantándose como un gigante furioso al despertar, atronando el aire y redoblando los temblores. El terreno se agrietó a su alrededor y se desprendieron rocas y

tierra. Vapores y cenizas brotaron del Killeshan, elevándose hacia el cielo en altísimos surtidores. De los labios del cráter manaba un siniestro reguero de fuego, apenas distinguible en la neblina.

Garth llamó la atención de Wren con un simple movimiento de los hombros y movió los dedos.

«Date prisa, Wren. La isla empieza a desintegrarse».

Ella los miró de uno en uno: a Garth, tan enigmático e impasible como siempre; al equilibrado Triss, ahora su protector, entregado sin reservas a su nuevo cometido; a Dal, que observaba sin descanso la neblina y a quien aún no había oído pronunciar una sola palabra; a Eowen, una sombra blanca contra el día gris que parecía estar a punto de desvanecerse; y a Gavilán, inquieto, imprevisible, atormentado, perdido.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en cruzar la Grada? —preguntó a Stresa.

Fauno bajó de su hombro y se apartó para escarbar en la tierra.

—Medio día, o quizás un poco más —respondió el gatoespino, con poca convicción.

—Toda la vida si te equivocas, gatoespino —dijo Gavilán con semblante sombrío.

—Entonces no es necesario que nos apresuremos —dijo Wren, y llamó a Fauno para que volviera a subirse a su hombro. Después puso el báculo Ruhk ante sí como advertencia—. No tenemos elección. Emprendamos la marcha. Permaneced cerca unos de otros y estad atentos.

Avanzaron a través de las llanuras, serpenteando por el laberinto de depresiones entre una maraña de árboles muertos y escrutando con cautela la tierra yerma que los rodeaba. Stresa caminaba con la mayor rapidez posible, pero el viaje era lento. La forma del terreno, quebrado y desigual, lleno de recodos y curvas, les impedía avanzar en línea recta. La Grada los engulló poco después, envolviéndolos por completo como por arte de magia hasta que no hubo nada más que ver en ninguna dirección. La niebla se arremolinaba y giraba a merced de las corrientes de viento; las grietas, que llegaban hasta el mismo corazón del Killeshan, desprendían vapor; las nubes de ceniza caían perezosamente desde donde las vomitaba el volcán. Nada se movía en la tierra; todo estaba quieto y vacío. Las sombras se marcaban en negras líneas que los árboles esqueléticos proyectaban sobre el suelo, barrotes de hierro contra la luz. El retumbo siniestro persistía, y se notaba que se estaba activando algo peligroso.

Empezaron a oír las voces en la primera hora. Surgían de la nada, susurros en el aire cuyo origen y lugar de procedencia era imposible determinar. Su

tono era apremiante, y cada miembro del pequeño grupo escuchaba palabras distintas. Cada uno miraba a los demás, pensando que todos debían de oír lo mismo, que las voces eran inequívocas. Preguntaban, ansiosos, tensos: «¿Habéis oído eso? ¿Lo habéis oído?», pero solo lo había oído el que preguntaba, a quien había atraído individual e intencionadamente por medio de una imagen de sí mismo, de un reflejo de sus sensaciones y sentimientos.

Después llegaron las imágenes, rostros dibujados en el aire, figuras que se formaban y se desvanecían con rapidez en la neblina cambiante: visiones significativas para su destinatario, personificaciones de sus deseos, necesidades y esperanzas. Para Wren representaban a sus padres; para Triss y Eowen, a la reina; para los demás, a otros seres. Las imágenes actuaban en los límites de su conciencia, intentando desviarlos del sendero elegido, luchando por atravesar las barreras que habían erigido para mantenerlas a raya.

Todo proseguía sin cambios. Las voces nunca se elevaban, las imágenes nunca eran claras y, en conjunto, no se podía decir que la experiencia fuera desagradable, amenazadora o real: solo un falso recuerdo de lo que nunca había existido. Stresa, que estaba familiarizado con el peligro, les aconsejó que hablaran entre sí para rechazar el ataque, pues sin duda se trataba de eso. Los dráculs los acechaban incluso durmiendo; alguna parte de ellos se había levantado para seguirlos, procurando demorarlos o retenerlos, desviarlos o descarriarlos, para mantenerlos dentro de los confines de la Grada hasta el anochecer.

El tiempo transcurría lentamente, tan sigiloso y medurado como la neblina que los envolvía, tan desolado como el paisaje que se extendía ante ellos. Las depresiones cada vez eran más profundas y, en algunos lugares, los árboles muertos formaban una barrera que era imposible atravesar, lo que les obligaba a dar un rodeo. Wren hablaba a sus compañeros mientras estos ponían todo su empeño en avanzar, en imponerse a las voces, en pasar a través de las caras y en intentar mantenerse juntos y en movimiento.

Era ya cerca del mediodía cuando el cielo se oscureció, cubierto por negros nubarrones cargados de agua. Enseguida empezó a lloviznar, y poco después, a diluviar. El viento arreció, y sufrieron el azote de las ráfagas de lluvia, que lo cubría con su densa cortina. Por fin amainó hasta quedar reducida a unas gotas dispersas. Pero volvió a repetirse el ciclo varias veces durante algún tiempo y, por fin, también cesó. El calor regresó a la tierra y la niebla empezó a espesarse. Se cerró en torno a ellos y redujo su campo de visión a unos cuatro metros. Se habían apiñado tanto que tropezaban unos con otros, como si se hubieran quedado ciegos al caminar entre la bruma.

—¡Stresa! ¿Cuánto queda? —gritó Wren entre la horrible cacofonía de voces que se agolpaba en sus oídos.

—¡Ssss! Poco —respondió el gatoespino—. Ya estamos cerca.

De pronto se encontraron ante un barranco muy profundo, un dentado corte de cuchillo en la superficie de lava solidificada, lleno de sombras y brumas cambiantes. Wren supo que era peligroso y estuvo a punto de ordenar que retrocedieran, pero vio que era el único camino de salida. Bajó sosteniendo ante sí el báculo Ruhk como un escudo. Fauno parlotaba nervioso en su hombro, un nuevo sonido que se mezclaba con los otros, con las voces que zumbaban, sermoneaban y creaban en su subconsciente la acuciante necesidad de gritar. Veía a Triss a un paso por delante, la oscura mancha de Stresa más allá, oía a sus espaldas las pisadas de los demás.

Entonces la agarraron unas manos ásperas, ansiosas, duras como el hierro. Salieron de la nada, materializándose en la niebla, se cerraron alrededor de sus piernas y tobillos y la sacaron del sendero de un tirón. Ella gritó, furiosa, y golpeó hacia abajo con el extremo inferior del báculo Ruhk. Un fuego blanco explotó en la tierra, flameando en todas direcciones: era la respuesta de la magia del talismán. Se quedó asombrada de que se activara con tanta facilidad. Sus compañeros de viaje gritaron. Wren se dio la vuelta rápidamente y las manos que la habían sujetado se soltaron y ella pudo escapar. Algo se movió en la bruma... docenas de seres sin rostro ni forma, pero estaban allí. Comprendió que eran los dráculs, despiertos cuando debían estar dormidos. Tal vez la intensa oscuridad del barranco les hiciera pensar que era de noche. Gritó para llamar la atención de sus compañeros y los condujo hacia la pendiente opuesta. Las figuras se arremolinaron a su alrededor, cortándoles el paso, agarrándolos, tocándolos; eran inmateriales, pero, de alguna forma, también reales. Wren vio rostros muertos, pálidas imágenes de sí misma, ojos vacíos y ciegos, dientes que parecían colmillos de animales, mejillas y sienes hundidas y cuerpos flacos y consumidos. Se debatió, porque parecía que todos se concentraban en ella, que tiraban de ella como si fuera el único miembro del grupo que les interesara. Comprendió que era a causa de la magia. Como cualquier umbrío, se sentían atraídos por la magia.

Los fantasmas de los dráculs se materializaban ante ella y Garth los apartaba esgrimiendo su espada corta. Las imágenes se diluían y volvían a formarse sin haber sufrido daños. Wren se giró al llegar al fondo del barranco. «Uno, dos...». Contó frenéticamente. Los seis componentes del grupo estaban allí. Stresa ya trepaba para salir del barranco y ella lo siguió. Subieron la

pendiente lo más deprisa que pudieron, arañando la resbaladiza roca volcánica mojada por la lluvia, agarrándose a la maleza y a los árboles caídos. Los perseguían las imágenes, las voces, los fantasmas salidos del sueño, los monstruos pavorosos. Wren los rechazó con cólera y repulsión, todos sus movimientos destilando furia, consciente de que Fauno colgaba de su cuello como si formara parte de ella, y consciente también del calor del báculo Ruhk en sus manos, como si su magia fuera a liberarse. Se lamentó de que la magia pudiera crear seres como aquellos. Se espantó ante esa posibilidad, ante el horror de unos hechos que nunca debieron producirse, que temía que la obsesionaran si mantenía la promesa de salvar a los elfos que le había hecho a su abuela.

Los miembros del grupo alcanzaron el borde del barranco y echaron a correr a trompicones. La penumbra era densa y ondeaba ante ellos como si estuviera formada por capas de gasa, pero no por eso redujeron el ritmo de la marcha, sino que siguieron corriendo, dirigiéndose palabras de ánimo unos a otros e intentando apartar del grupo a sus perseguidores. Los dráculs siseaban y bufaban como gatos, abrasándolos con el veneno de sus pensamientos. Sin embargo, todavía eran solo voces e imágenes sin solidez, porque no podían abandonar la oscuridad de sus refugios para aventurarse en la Grada mientras hubiese luz diurna. Su presencia fue desvaneciéndose, retirándose como las aguas de un océano durante la bajamar. El grupo empezó a ralentizar la marcha, y en el súbito silencio pudieron oír sus respiraciones aceleradas y el ruido de las botas al arrastrarse por el suelo cuando al fin se detuvieron.

Wren miró hacia atrás, pero solo se veía la niebla y las leves sombras de la maleza y los esqueléticos árboles. Fauno levantó la cabeza con miedo. Stresa se unió a ellos, con la lengua fuera, y profirió un bufido.

—¡Grrr! ¡Estúpidos fantasmas!

Wren asintió con la cabeza para mostrar su acuerdo. El calor del báculo Ruhk disminuyó y se desvaneció en sus manos. Sintió que su cuerpo también se enfriaba y la embargó un profundo alivio.

De repente, Garth se adelantó, sobresaltado por algo que ella no había advertido, ansioso al escrutar la bruma. Wren lo siguió con la mirada, asustada aunque no conociera la causa. Vio que los demás intercambiaban miradas de inquietud.

El corazón le dio un vuelco. ¿Qué ocurría?

Entonces lo comprendió. Solo quedaban cinco. Faltaba Eowen.

Al principio pensó que era imposible, que tenía que estar equivocada. Había contado seis cuando estaban escalando el barranco y Eowen estaba

entre ellos, recordaba su rostro... Interrumpió su pensamiento. Eowen. Vio a la dama pelirroja con los ojos de su mente, rezagada tras el resto del grupo, demasiado pálida y frágil. Su presencia no parecía real... ni lo era. Wren sintió una especie de vacío en el estómago, un dolor que amenazaba con consumirla. Lo que había visto era otra de las imágenes, más precisa y calculada que las demás: una imagen diseñada para hacerles creer que estaban todos juntos cuando en realidad no era así.

Los dráculs habían capturado a Eowen.

Garth hizo unos signos rápidos.

«Estuve vigilándola como te prometí. Estaba detrás de nosotros cuando escalábamos la ladera del barranco. ¿Cómo he podido perderla?».

—No las has perdido —respondió Wren, y sintió que una extraña calma la invadía, una especie de resignación ante la inevitabilidad del azar y del destino—. No importa, Garth —murmuró.

Le pareció que la tierra se abría bajo sus pies: una grieta en la que iba a caer. Esperó a que desapareciera esa sensación, a recuperar la estabilidad. Sabía lo que tenía que hacer. Ocurriera lo que ocurriese, no podía abandonar a Eowen. Para salvarla, tendría que volver a la Grada con los dráculs. Podía enviar a uno cualquiera, desde luego, e iría si se lo pidiese. Pero no lo iba a pedir, ni siquiera iba a planteárselo. La destreza de rastreo, la experiencia de los nómadas, el entrenamiento de los elfos... eran inútiles contra los dráculs. Solo existía un medio de cambiar la situación.

Dio unos pasos inseguros y se detuvo. La razón le gritaba que reconsiderase su decisión. Advirtió que sus compañeros avanzaban para llegar a su lado, que seguían su mirada.

—¡No! —exclamó Stresa—. ¡Pfff! ¡Ya está oscureciendo!

Wren ignoró su advertencia, se volvió hacia Gavilán, lo miró en silencio y le dio el báculo Ruhk.

—Ha llegado el momento de que vuelvas a ser amigo mío, Gavilán —le dijo con voz serena—. Eres el responsable del báculo hasta que yo regrese. Cuida de él.

Él la miró con ojos incrédulos y extendió las manos con cautela hacia el talismán. Lo agarró con firmeza. Ella no quiso mirarlo a los ojos, temiendo lo que pudiera ver en ellos. Era el único familiar que le quedaba y debía confiar en él.

Triss y Dal habían dejado caer sus fardos y estaban ciñéndose las correas de las armas. Garth ya había desenvainado su espada corta.

—No —dijo—. Voy a ir sola.

Empezaron a protestar con palabras apasionadas y rápidas, pero ella los interrumpió.

—¡No! —repitió, y se puso delante de ellos—. Solo yo tengo alguna posibilidad de encontrar a Eowen y rescatarla. Solo yo. —Del interior de su túnica extrajo la bolsa de las piedras élficas—. Magia para encontrarla y protegerme. Si venís conmigo, tendré que preocuparme de protegeros a vosotros también. Esos seres son inmunes a vuestras armas, por lo que, al menos en esta ocasión, no podéis ayudarme.

»Te has comprometido a velar por mí, lo sé —prosiguió, y puso una mano, suave pero firme, sobre el hombro de Triss—. Te ordeno que veles por la Loden... que Dal y tú permanezcáis al lado de Gavilán para garantizar la seguridad de los elfos.

—Te ruego que no lo hagas, mi señora —respondió Triss, con los ojos duros y grises entrecerrados—. La Guardia Real ha de servir, ante todo, a la reina.

—Y la reina, si en verdad lo es, cree que la serviréis mejor quedándoos aquí. Te lo ordeno, Triss.

Garth hacía furiosas señas.

«Haz lo que quieras con ellos, pero yo no estoy dispuesto a quedarme aquí. Voy a acompañarte».

—No, Garth —respondió Wren, sacudiendo la cabeza. Sus dedos se movían mientras hablaba—. Si desaparezco, necesitarán tu ayuda para llegar a las playas y al encuentro con Tigre Ty. Necesitan tu experiencia. Te aprecio mucho, Garth, pero ahora no puedes hacer nada para ayudarme. Tienes que quedarte.

El gigante la miró como si le hubiese dado una bofetada.

—Sabíamos que este momento tenía que llegar —prosiguió Wren sin perder la serenidad—, el momento para el que me has adiestrado. Ahora ya es demasiado tarde para que me des nuevas lecciones. Tengo que confiar en lo que sé.

»Quédate aquí, pequeño —le dijo a Fauno, bajándoselo del hombro y poniéndolo en el suelo junto a Stresa.

—¡Grrr! ¡Wren de los Elfos, llévame contigo! —suplicó Stresa, erizando las púas—. ¡Puedo guiarte... mejor que los demás!

—Las piedras élficas pueden hacerlo mucho mejor que tú —respondió Wren, negando con la cabeza una vez más—. Stresa, si yo no vuelvo, Garth te llevará sano y salvo a la Tierra del Oeste. Sabe que te he hecho una promesa y la cumplirá por mí.

Dejó en el suelo el morral y se deshizo de las armas; de todas, excepto del largo cuchillo que llevaba a la cintura. Los cuatro hombres, el gatoespino y el jacarino la observaban en silencio. Extrajo con cuidado las piedras élficas de la bolsa, las sostuvo en la palma de la mano y cerró los dedos en torno a ellas.

Después, sin darse la oportunidad de pensárselo mejor, les dio la espalda y se alejó.

Avanzó en línea recta durante un rato, preocupándose únicamente de alejarse, de aumentar la distancia entre ella y quienes podían protegerla. Cruzó la desnuda extensión rocosa como una cazadora solitaria, sintiendo frío en su interior, aturdida por la intensidad de su determinación. Eowen le hablaba desde sus recuerdos, refiriéndole la visión que había tenido hacía mucho tiempo, la visión de su propia muerte. «No —se dijo Wren—. Todavía no. ¡No si yo puedo evitarlo!».

Los dráculs empezaron a susurrarle, a presionarla, a llamarla. Pero ella luchó con resolución contra su miedo. «De acuerdo, ya voy... ¡pero no como vosotros queréis!».

Atravesó una hilera de troncos plateados, estacas de madera seca y ominosa que señalaban el comienzo de los dominios de la muerte. Entonces vio caras, macilentas y vacías, calaveras en la niebla. Levantó las piedras élficas, estiró el brazo hacia delante e invocó su poder. Acudió al instante, sometiéndose a su voluntad, y se manifestó con un resplandeciente fuego azul que penetró en la neblina. Se extendió por la izquierda de Wren, a lo largo de un llano donde nada crecía. Delante, a lo lejos, vio un grupo de formas blancas, cuerpos que se volvían como si quisieran saludarla. A sus oídos llegaron voces, gritos y susurros que llamaban a la muerte.

El fuego azul se desvaneció y ella continuó su camino a ciegas.

—Wren —la llamó la voz de Eowen.

Se sobrepuso a la sensación de urgencia y se obligó a moverse con cautela, atenta a cuanto la rodeaba, al desplazamiento de las sombras y las brumas, al despertar de cualquier indicio de vida. Stresa tenía razón. Estaba oscureciendo: la tarde se deslizaba hacia el crepúsculo y la luz empezaba a desvanecerse. Sabía que no encontraría a Eowen antes de que anoheciera, y eso era precisamente lo que los dráculs intentaban, lo que habían planeado desde el principio. La magia de Eowen los atraía tanto como la suya propia, pero preferían la suya porque era más poderosa, porque los nutriría mejor. Eowen solo era el anzuelo que habían preparado para atraparla.

Cerró los ojos un momento ante la fatalidad. Debería habérselo imaginado.

Las voces cobraron más fuerza, se hicieron más insistentes y pudo observar cómo se formaban figuras, leves y etéreas, en los límites de su visión. Ante ella se abría un barranco... ¿el mismo donde se había quedado Eowen? No lo sabía, pero tampoco le importaba. Bajó por él sin aminorar el paso, guiada por la magia, abrasada por el calor que desprendía al fundirse en la fragua de su alma. Ignoraba cuánto tiempo había pasado... ¿Una hora? ¿Quizá más? Había perdido la noción del tiempo, se había olvidado de todo, excepto de lo que iba a hacer. Reina de los elfos, portadora del báculo Ruhk y de la Loden, depositaria de la magia de los druidas y heredera de los Elesedil y los Ohmsford. Era todas esas cosas y ninguna. Se había transformado en algo distinto, algo que no sabía definir.

Se dijo a sí misma que nada podría interponerse en su camino.

La oscuridad se cerró en torno a ella cuando llegó al fondo del barranco, cuando la tenue luz de arriba se disolvió en las nieblas y las sombras. Los dráculs aparecieron ya con más audacia, revelando lentamente sus esqueléticas formas, demacradas y desprovistas de vida, salvo la que les daba su naturaleza de umbríos. Vacilaban, temerosos de la magia y, al mismo tiempo, ávidos de ella. Miraban a Wren con ojos hambrientos, ansiosos por saborearla, por adueñarse de ella. La joven sintió que las piedras élficas ardían en la palma de su mano como un aviso, pero pensó que aún era pronto para invocar su magia. Avanzó con valentía, la única viva entre los muertos.

—Wren —la llamó de nuevo Eowen.

Un muro de cuerpos blancuzcos le cerró el paso. En cierto modo eran seres humanos, con forma humana, pero distorsionados, solo malas imitaciones de lo que habían sido en vida. Se dirigieron a su encuentro, no como apariciones que reclaman y amenazan con disiparse con un soplo de viento, sino como seres sólidos y materiales.

—¡Eowen! —gritó Wren.

Uno a uno, los dráculs se giraron para mostrar a Eowen. Esta yacía en sus brazos, tan blanca como ellos a excepción de su cabello rojo fuego y sus ojos verde esmeralda, que centellearon al buscar los de Wren, llenos de horror. Tenía la boca abierta como si intentara respirar... o gritar.

Las bocas de los dráculs se cebaban en su cuerpo, alimentándose de ella.

Durante un momento, Wren no pudo moverse, petrificada por la escena y atrapada en una red de indecisiones.

Entonces, de repente, la cabeza de Eowen se levantó y sus labios se separaron para proferir un terrible gruñido, revelando unos relucientes colmillos.

Wren dio un grito de espanto, y los dráculs se abalanzaron sobre ella. Entonces levantó las piedras élficas, invocó su poder con determinación y proyectó su fuego mágico sobre todo cuanto veía. Este arrasó a sus atacantes, incinerándolos. Los que habían tomado forma corporal y se nutrían de Eowen quedaron desintegrados junto con ella. Los que aún se mantenían como fantasmas se desvanecieron. Las llamas lo devoraron todo. Wren esparció fuego en todas direcciones, sintiendo fluir la magia, viva y abrasadora, a través de todo su cuerpo. Dio un grito de júbilo mientras el fuego quemaba el barranco de extremo a extremo. Se abandonó a su ardor, dispuesta a cualquier cosa para borrar de su mente la imagen de Eowen, y lo abrazó como a un amante. El tiempo y el espacio desaparecieron en la avalancha de sensaciones.

Entonces empezó a perder control.

En aquel preciso instante, apenas un segundo antes de que el poder de la magia la absorbiera por completo, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, recordó quién era e hizo un último y desesperado esfuerzo por recuperar el control. Cerró los dedos sobre las piedras, pero el fuego continuó atravesándolos, y tensó la mano y su cuerpo se convulsionó. Doblegada por el esfuerzo, cayó de rodillas. La magia se replegó por fin, tras inundarla por última vez con el convencimiento de que era invencible.

Ella se acurrucó en la niebla, luchando por recuperar el autocontrol, viendo una vez más con el ojo de su mente el instante en que los dráculs y Eowen desaparecían entre las llamas, consumidos por la magia de las piedras élficas.

¡Poder! ¡Qué gran poder! ¡Cómo deseaba dominarlo!

Sintió vergüenza y después desesperación.

Levantó los ojos despacio, sabiendo lo que iba a encontrar, ya consciente de lo que había hecho. Ante ella, el barranco estaba vacío. En el aire flotaban humo y cenizas. Se le hizo un nudo en la garganta cuando quiso respirar. No había tenido otra opción, lo sabía; pero el que lo supiera no la ayudaba. Eowen había sido una de ellos, y había muerto ante los ojos de Wren, cumpliéndose así su profecía. Aunque lo intentó, la joven no había podido cambiar lo que había pasado. Eowen le había dicho una vez que su vida se había desarrollado alrededor de sus visiones y que había aprendido a aceptarlas, incluso la que predecía su muerte.

Wren sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y las sintió correr por sus mejillas.

«¡Oh, Eowen!».

En la Atalaya del Sur, el tiempo se arrastraba como una nube en el cielo estival mientras Coll Ohmsford contemplaba su paso, lleno de desesperación. Su encarcelamiento continuaba en las mismas condiciones y su vida seguía siendo un inquietante compendio de aburrimiento y tensión. Su pensamiento aún volaba libre, pero eso no lo llevaba a ninguna parte. Soñaba con el pasado, con la vida de la que había disfrutado en Valle Sombrío y con el mundo que había al otro lado de los negros muros de su cárcel, pero sus sueños se habían marchitado y desmoronado. Nadie había ido a rescatarlo, y empezó a aceptar que nadie lo haría.

Pasaba los días en el patio de armas, entrenándose con Ulfkingroh, el individuo huesudo, taciturno y lleno de cicatrices bajo cuya custodia lo había dejado Rimmer Dall. Ulfkingroh era tan duro como el hierro y lo obligaba a entrenarse hasta la extenuación. Con garrotes acolchados, pesados bastones, espadas romas y también con las manos desnudas, se ejercitaban y entrenaban, como luchadores que se preparasen para una batalla; a veces, durante todo el día y, con frecuencia, hasta que el sudor era tan abundante que el polvo que levantaban les cubría el cuerpo con franjas negras. Ulfkingroh era un umbrío, por supuesto, pero no lo parecía. Su aspecto era el de un hombre normal, aunque rudo y hosco. En algunas ocasiones, a Coll casi le agradaba su forma de ser. Era parco en palabras y dejaba que su destreza con las armas hablase por él. Era un luchador hábil y experimentado y se enorgullecía de transmitir sus conocimientos al joven del valle. Coll, por su parte, sacaba el mayor partido posible de la situación, disfrutando de la diversión que se le ofrecía, asimilando al máximo las enseñanzas que el otro estaba deseoso de impartir, jugando a las batallas como si tuviese alguna

utilidad y manteniéndose en forma para el momento en que realmente la tuviera.

Porque, como se prometía una y otra vez, tarde o temprano se le presentaría la oportunidad de escapar y tendría que aprovecharla.

Pensaba continuamente en ello. Si nadie sabía que estaba allí, si nadie iba a salvarlo, era evidente que tenía que liberarse él mismo. Coll, como todos los habitantes del valle, era ingenioso y confiaba en encontrar la manera de resolver la situación. Además, era paciente, y la paciencia quizás era su cualidad más notable. Estaba sometido a una estrecha vigilancia siempre que se encontraba fuera de su celda, siempre que bajaba al patio de armas por las oscuras escaleras del monolito y cuando volvía a subirlos. Se le permitía entrenarse con Ulfkingroh todo el tiempo que quisiera, así como conversar con el rudo individuo si lograba entablar conversación, pero siempre estaba vigilado. No podía arriesgarse a cometer el más mínimo error.

A pesar de ello, en ningún momento había perdido la esperanza.

Solo había visto a Rimmer Dall en dos ocasiones después de la visita que el Primer Buscador le había hecho en su celda. En las dos había sido a distancia y solo durante un momento, y de ellas no le quedó otro recuerdo que el de sus fríos ojos. Al principio, Coll lo buscaba por todas partes, hasta que comprendió que se convertiría en una obsesión y que tenía que ponerle fin. Pero en ningún momento olvidó lo que le había dicho: que Par también era un umbrío, que la magia lo consumiría si no aceptaba la verdad de su identidad y que su loca actitud suponía un peligro para su hermano. Coll no creía lo que Rimmer Dall le había dicho... pero tampoco se atrevía a negarlo. Llegó a la conclusión de que, probablemente, la verdad se hallaba en algún punto intermedio, en la nebulosa frontera que separa las especulaciones de las mentiras. Pero la verdad era difícil de descifrar y allí nunca podría hacerlo. Rimmer Dall actuaba movido por sus propios motivos, que no estaba dispuesto a revelar ante Coll. Fueran estos cuales fuesen, y fuera cual fuese la verdad respecto a los umbríos y su magia, Coll estaba convencido de que era absolutamente necesario que pudiera hablar con su hermano.

Por consiguiente, durante el día se entrenaba en el patio de armas y por la noche yacía despierto, analizando las diversas opciones y las posibilidades que se le ofrecían, siempre luchando contra la insidiosa posibilidad de que no pudiera llevar a la práctica sus planes.

Un día, varias semanas después de que se le permitiese salir de su celda, mientras se entrenaba con Ulfkingroh en el patio, vio pasar a Rimmer Dall entre dos arcos. Al principio le pareció que le faltaba una parte del cuerpo,

pero enseguida se dio cuenta de que el Primer Buscador llevaba colgado del brazo algo que al principio no había podido distinguir porque era tan negro como el cielo en una noche de luna nueva. Coll se detuvo y retrocedió sin dejar de mirarlo. El gesto de Ulfkingroh expresó su irritación, y después miró hacia atrás para ver qué era lo que llamaba la atención del joven del valle tan poderosamente.

—¡Eh! —gritó—. Ahí no hay nada que sea de tu incumbencia. Ponte en guardia.

—¿Qué es lo que lleva? —le preguntó Coll.

Ulfkingroh fijó su bastón en el suelo y se apoyó en él con exagerada paciencia.

—Una capa, joven del valle. Se llama sudario-espejo. ¿Ves lo negro que es? ¿Ves cómo absorbe la luz igual que una mancha de tinta negra? Es la magia de los umbríos, amiguito. —La ruda cara se estiró, forzando una media sonrisa—. ¿Sabes lo que hace? —Coll negó con la cabeza—. ¿No? ¡Bien! ¡Porque no tienes ninguna necesidad de saberlo! ¡Ahora levanta las manos!

Reanudaron el entrenamiento. Coll, que era casi tan corpulento y fuerte como Ulfkingroh, se desquitó golpeándolo con tal violencia que lo derribó y lo dejó aturdido durante varios minutos.

Pasó la noche en vela, pensando en el sudario-espejo y preguntándose para qué serviría. Era el primer elemento tangible que veía de la magia de los umbríos. Había otros, por supuesto, pero estaban ocultos para él. El mayor y más importante era algo que yacía en las profundidades de la torre, que zumbaba y latía y a veces parecía gritar; algo enorme y aterrador. Se lo imaginaba como un dragón que los umbríos hubiesen logrado encadenar, pero sabía que su imaginación era demasiado simplista. Tenía que ser algo más impresionante y terrible. Había también otros seres escondidos tras las puertas que nunca le permitían abrir, ocultos en las catacumbas, pero le estaba prohibido acceder a ellas. Podía sentir su presencia, su roce en la piel, su murmullo en la mente. Todo aquello era magia, conjuros y talismanes de los umbríos, cosas oscuras y malignas.

O no, si confiaba en Rimmer Dall. Pero él no confiaba, desde luego. Nunca se había creído sus palabras.

Dos días después, mientras descansaba en el patio, con el sudor reluciendo aún sobre su cuerpo igual que una capa de aceite, el Primer Buscador surgió de las sombras de una puerta y se dirigió adonde él estaba. Llevaba sobre un brazo el sudario-espejo, como un pliegue robado al negro tejido de la noche. Ulfkingroh empezó a levantarse, pero Rimmer Dall lo excusó con un gesto de

su mano enguantada e indicó a Coll que lo siguiera. Se dirigieron a un lugar en penumbra, donde la temperatura era más fresca, apartados del deslumbrante fulgor del sol del mediodía. Coll parpadeó mientras sus ojos se adaptaban. El rostro de Rimmer Dall era una combinación de ángulos y líneas rectas visto a la tenue luz grisácea; su piel parecía muerta y fría, pero los penetrantes ojos reflejaban seguridad.

—Te estás entrenando duramente, Coll Ohmsford —dijo con aquella voz susurrante tan peculiar—. Ulfkingroh cada día pierde más terreno ante ti.

Coll se limitó a asentir con la cabeza, esperando a oír lo que en realidad había ido a decirle el Primer Buscador.

—Esta capa —continuó Rimmer Dall—. Es hora de que sepas para qué sirve.

—¿Por qué? —inquirió Coll, sin poder ocultar su sorpresa.

Rimmer Dall apartó la mirada como si meditara la respuesta. La mano enguantada se levantó y cayó como una negra guadaña.

—Te dije que tu hermano estaba en peligro, y que tú también lo estabas, a causa de la magia y sus efectos. Había planeado utilizarte para atraerlo hasta mí y le hice saber que estabas aquí. Pero tu hermano continúa en Tyrsis. No quiere venir a por ti.

Hizo una pausa, a la espera de una respuesta, pero Coll mantuvo el rostro tan inexpresivo como una máscara.

—La magia que oculta dentro de sí —prosiguió el Primer Buscador—, la magia que subyace en la Canción, empieza a consumirlo. Tal vez no lo haya advertido aún. Tal vez no lo comprenda. Tú has percibido esa magia en él, ¿verdad? ¿Sabes que la posee?

»Había pensado razonar con él cuando lo encontrara —prosiguió, haciendo un gesto de indiferencia—. Pero ahora temo que se niegue a escucharme. Creí que podría cambiar la situación reteniéndote en la Atalaya del Sur. Al parecer, no es así.

—Eres un necio si crees que Par va a venir aquí —respondió Coll, aspirando una bocanada de aire—. Y más necio aún si piensas que puedes utilizarme para atraparlo.

—Aún no me crees, ¿verdad? —dijo Rimmer Dall con un gesto de resignación—. Solo quiero protegerte, no utilizarte. Quiero salvar a tu hermano antes de que sea demasiado tarde. Él es un umbrío, Coll. Es igual que yo, y su magia es un don que puede tanto salvarlo como destruirlo.

Un don. «Par utilizaba esa palabra con frecuencia cuando hablaba de la magia», recordó Coll.

—Déjame entonces que vaya con él. Libérame —dijo.

—Es lo que intento hacer —respondió el corpulento individuo esbozando una sonrisa, curvando solo la comisura de los labios—. Pero no antes de haberme enfrentado a tu hermano una vez más. Espero conseguirlo con la ayuda del sudario-espejo. Este forma parte de la magia de los umbríos, joven del valle, y es muy poderosa. Invertí mucho tiempo en tejerlo. Cualquiera que se lo ponga aparecerá a los ojos de aquellos con quienes se encuentre como alguien conocido y de confianza. Enmascara su identidad. Lo llevaré puesto cuando vaya a ver a tu hermano. —Se detuvo un instante—. Tú podrías ayudarme. Tú podrías indicarme dónde se encuentra. Sé que está en Tyrsis, pero no sé el lugar exacto. ¿Estás dispuesto a colaborar conmigo?

Coll no podía dar crédito a sus oídos. ¿Cómo se le había ocurrido a Rimmer Dall pedirle tal cosa? Pero parecía tan seguro de sí mismo, tan imbuido de razón, que daba la impresión de conocer la verdad mucho mejor que él.

—No sé dónde está Par —respondió Coll, negando con la cabeza—. Podría estar en cualquier parte.

Rimmer Dall permaneció un largo rato en silencio, limitándose a mirar al joven del valle, estudiándolo, con sus duros ojos clavados en él como si pudiera leer la mentira en su cara.

—Volveré a pedírtelo en otro momento —dijo al fin, frotando la suela de sus pesadas botas contra el suelo—. Sigue entrenándote. Lo encontraré por mis propios medios, de una forma u otra. Cuando lo consiga, te pondré en libertad.

Dio media vuelta y se alejó. Coll lo siguió con la mirada, no fija en el hombre sino en la capa que llevaba, pensando: «Si pudiera poner mis manos en esa capa solo durante cinco segundos...».

Aún tenía esa idea en la cabeza cuando se despertó al día siguiente. Una capa que podía ocultar la identidad de quien se la ponía a ojos de aquellos con quienes se encontraba y le daba la apariencia de alguien de su confianza... ¡Ya contaba con un medio para salir de la Atalaya del Sur! Rimmer Dall podía considerar el sudario-espejo como un subterfugio para capturar a Par, pero Coll tenía un mejor uso que darle. Si lograba hacerse con la capa el tiempo suficiente para ponérsela... Su excitación ante el plan no le permitió completar el pensamiento. ¿Cómo se las arreglaría? Su mente trabajaba mientras se vestía y empezaba a pasear por la celda a la espera de la hora del desayuno.

Durante un momento pensó que Rimmer Dall había actuado con excesiva ligereza al mostrarle una magia semejante cuando los umbríos ponían tanto empeño en ocultar sus poderes mágicos. Pero, teniendo en cuenta que el Primer Buscador estaba obsesionado por conseguir su ayuda para localizar a Par y que no iba a utilizar la capa hasta que lo localizara, ¿qué le impedía enseñársela? Tal vez esperara que, al darle esa prueba de confianza, Coll le ayudara.

Rechazó la primera posibilidad. ¿No sería la capa una estratagema del Primer Buscador? ¿Cómo podía estar seguro de que el sudario-espejo actuaba como le había dicho? ¿Qué pruebas tenía? Se sobresaltó cuando la bandeja metálica de la comida se deslizó a través de la ranura abierta en la parte inferior de la puerta de su celda. La miró un instante, debatiéndose en un mar de dudas. Pero ¿qué razones podía tener el Primer Buscador para mentir? ¿Qué ganaba con eso?

Tantas preguntas acabaron por agobiarlo y decidió olvidarlas mientras tomaba el desayuno. Cuando terminó, bajó al patio de armas para entrenarse con Ulfkingroh. Necesitaba volver a hablar con Rimmer Dall, conocer más detalles sobre la capa y descubrir el auténtico alcance de su magia. Sin embargo, no debía mostrarse muy interesado; no debía permitir que el Primer Buscador sospechara de sus intenciones. Por tanto, debía esperar a que fuese Rimmer Dall quien se dirigiera a él.

Pero el Primer Buscador no dio señales de vida aquel día ni tampoco el siguiente. Fue al anochecer del tercer día cuando se materializó entre las sombras, en el momento en que Coll regresaba a su celda con paso cansado.

—¿Has reconsiderado la posibilidad de ayudarme a encontrar a tu hermano? —le preguntó en tono indiferente, manteniendo el rostro inclinado y cubierto por la capucha de su negra capa.

—En parte —admitió Coll.

—El tiempo pasa muy deprisa, joven del valle.

—Me cuesta creer lo que me dices —respondió Coll, con un gesto de indiferencia—. No es normal, ni tampoco habitual, persuadir a un prisionero para que confíe en su carcelero.

—¿No? —Coll casi podía sentir la siniestra sonrisa de su interlocutor—. Yo creo todo lo contrario.

Dieron algunos pasos en silencio. La cara de Coll estaba roja de ira. Deseó golpear a su acompañante, ahora que lo tenía tan cerca y estaban a solas en aquellos oscuros corredores, pero se resistió a la tentación, pues entendía que sería una estupidez dejarse arrastrar por sus instintos.

—Creo que Par sería capaz de ver a través de la magia del sudario-espejo —respondió al fin el joven del valle.

—¿Cómo? —pregunto Rimmer Dall, levantando la mirada.

—Lo prevendría su propia magia —respondió Coll, respirando profundamente.

—¿Crees que no conseguiría acercarme lo suficiente para hablarle? —La susurrante voz de Rimmer Dall sonaba ronca y grave.

—Lo dudo —respondió el joven del valle.

—¿Qué te parece si pruebo su magia contigo? —inquirió Rimmer Dall, deteniéndose y poniéndose frente a Coll—. Entonces podrías juzgar con conocimiento de causa.

—No sé —respondió el joven del valle, frunciendo el ceño e intentando ocultar el inmenso júbilo que le produjo esa proposición—. Tal vez eso no demuestre nada.

—¿Por qué no me dejas intentarlo? ¿Qué daño puede hacerte? —insistió el Primer Buscador mientras levantaba la mano enguantada, una forma negra que robaba la luz al aire.

Recorrieron el pasillo y subieron una docena de tramos de escaleras hasta llegar a una planta próxima a la celda de Coll. Se detuvieron ante una puerta marcada con una cabeza de lobo y un rótulo rojo que Coll no consiguió descifrar. Rimmer Dall sacó una llave, la introdujo en una pesada cerradura y empujó la puerta. Una estrecha franja de luz entraba por la única ventana de la estancia y se posaba en un alto armario de madera. Rimmer Dall se dirigió a él, abrió su puerta doble y luego sacó el sudario-espejo.

—No me mires durante un momento —ordenó.

Coll volvió la cabeza y esperó.

—Coll —lo llamó una voz.

Se volvió. Ante él estaba su padre, Jaralan, alto y encorvado, ancho de hombros; llevaba puesto su delantal de cuero favorito, el único que usaba para su trabajo de carpintero. Coll parpadeó sin poder dar crédito a sus ojos, diciéndose a sí mismo que no era su padre sino Rimmer Dall, pero siguió mirándolo.

Entonces su padre levantó la mano y se irguió para quitarse el delantal, que inmediatamente se convirtió en el sudario-espejo, y Rimmer Dall apareció ante él.

—¿A quién has visto? —preguntó el Primer Buscador.

—A pesar de todo, creo que Par te reconocería —respondió Coll, negando con la cabeza.

Rimmer Dall lo estudió un momento. Su rostro grande y esquelético carecía de vida y expresión, y sus extraños ojos tenían la dureza de la piedra.

—Quiero que pienses en esto —dijo por fin—. ¿Recuerdas aquellas desgraciadas criaturas del Pozo de Tyrsis, las que enloquecieron cuando la Federación las encerró y acabaron consumidas por su propia magia? Eso es lo que le ocurrirá a tu hermano. Es posible que no sea hoy ni mañana, ni siquiera el mes que viene, pero puedes estar seguro de que le ocurrirá, y entonces nadie podrá ayudarlo.

Coll luchó por hacer desaparecer el miedo que sentía y que, sin duda, se reflejaba en sus ojos.

—Quiero que también consideres otra cosa. Todos los umbríos tienen el poder de invadir y consumir a otras criaturas. Pueden habitar en sus cuerpos y usurpar su identidad durante el tiempo que sea necesario. —Hizo una pausa—. Yo podría convertirme en ti, Coll. Podría deslizarme bajo tu piel con la misma facilidad que la hoja de un cuchillo y adueñarme de tu persona. —Su áspero susurro cortaba el silencio—. Pero no voy a hacerlo porque no quiero hacerte daño. Te decía la verdad cuando te expliqué que quería ayudar a tu hermano. Tú tendrás que decidir si me crees o no, pero acuérdate de lo que te dije cuando tomes la decisión.

Se volvió, guardó el sudario-espejo en el armario y cerró la puerta. Era difícil apreciar si se sentía enojado, frustrado o satisfecho, pero su paso era decidido cuando condujo a Coll fuera de la estancia y la puerta se cerró tras ellos. El joven del valle esperó instintivamente que se produjera el chasquido de la cerradura, pero no lo oyó. Rimmer Dall ya se estaba alejando, así que lo siguió.

—Por aquí se va a tu habitación —dijo el Primer Buscador, señalando hacia arriba cuando llegaron a una escalera—. Piensa, joven del valle —le advirtió—. Estás jugando con dos vidas.

Coll se volvió sin pronunciar una sola palabra y empezó a subir las escaleras. Cuando tras subir una docena de peldaños miró hacia atrás, Rimmer Dall había desaparecido.

Aún había luz, aunque escasa, cuando volvió a salir. Siguió el corredor hasta las escaleras y las bajó para dirigirse al patio de armas, porque se había olvidado de coger su túnica. No la necesitaba, desde luego, pero era una buena excusa para averiguar si la puerta de la habitación donde se guardaba el sudario-espejo estaba cerrada con llave o no.

Su respiración se aceleró durante el descenso. Iba a hacer algo arriesgado, pero su desesperación aumentaba cada día. Si no conseguía pronto la libertad,

a Par podía ocurrirle alguna desgracia. Esta convicción se basaba principalmente en suposiciones y temores, pero no por ello era menos probable. Sabía que su mente estaba ofuscada; si no, no se hubiera expuesto a correr aquel riesgo. Pero si la llave no estaba echada y el sudario-espejo seguía guardado en el armario...

Le llegaron sonidos de pisadas desde abajo y se quedó inmóvil, pegado a la pared de la escalera. El sonido aumentó durante un momento, pero luego se fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo. Se limpió el sudor de las manos en los pantalones e intentó pensar. ¿En qué planta estaba la habitación? Recordaba que había contado cuatro... Continuó bajando hasta el cuarto rellano y, con el cuerpo pegado a la pared, sacó con precaución la cabeza por la esquina para mirar.

El corredor que se abría ante él estaba desierto.

Respiró profundamente para calmarse y salió del escondrijo. Se deslizó por el pasillo, con rapidez y en silencio, dirigiendo ansiosas miradas adelante y atrás. Los umbríos estaban siempre vigilándolo. Siempre. Pero ahora no había ninguno; al menos, ninguno a la vista. Siguió adelante, examinando las puertas al pasar. Una cabeza de lobo con un rótulo rojo debajo... ¿Dónde estaba?

Si lo descubrían...

Por fin llegó ante la puerta que buscaba. Los ojos del lobo se clavaron en los suyos. Se acercó y pegó el oído. Silencio. Extendió la mano sigilosamente y giró el picaporte, que no opuso resistencia. Abrió la puerta y traspasó su umbral. La estancia estaba vacía, a excepción del armario de madera: un ataúd alto y mortuorio apoyado en la pared de enfrente. Apenas podía creerse que tuviera tan buena suerte. Se apresuró hacia el armario, lo abrió y buscó en su interior. Sus manos se cerraron sobre el sudario-espejo. Lo sacó con cuidado y lo levantó para estudiarlo a la luz grisácea. El tejido era suave y grueso y la capa, tan ligera como el polvo. Su negrura era desconcertante: una oscuridad que parecía capaz de engullirlo por completo. Sostuvo la capa ante sí un instante más, estudiándola, sopesando por última vez lo que estaba a punto de hacer.

Después se la echó sobre los hombros y dejó que lo envolviera. Apenas podía sentirla, tan etérea como la sombra que proyectaba a la lánguida luz del atardecer. Se anudó los cordones al cuello y se cubrió con la capucha. Esperó a ver si notaba algún cambio, pero todo seguía igual, nada parecía diferente. De pronto pensó en mirarse en un espejo, pero allí no había ninguno.

Después de cerrar el armario, cruzó la habitación y salió al corredor.

No había dado más de una docena de pasos cuando un umbrío apareció en las escaleras.

El corazón le dio un vuelco. No tenía armas, ni forma de defenderse, ni tiempo ni lugar para esconderse. Caminó hacia el umbrío, incapaz de pensar en otra cosa.

El umbrío se cruzó con él sin cambiar el paso. Lo saludó con un movimiento de cabeza casi imperceptible y prosiguió su camino como si no ocurriera nada extraño.

Coll se sintió invadido por un inmenso júbilo y un gran alivio. ¡El umbrío no lo había reconocido! Casi no podía creerlo. Pero no había tiempo para recrearse en su buena suerte. Si quería huir de la Atalaya del Sur y de Rimmer Dall, debía hacerlo ahora.

Recorrió los pasillos y bajó las escaleras del monolito, al amparo de las sombras y evitando los lugares bien iluminados. Solo conocía un camino de salida, pero estaba decidido a pasar lo más inadvertido posible, con capa o sin ella. Sus manos agarraban los oscuros pliegues, como si al hacer eso pudiera protegerse, y sus ojos taladraban las sombras mientras el día daba paso al crepúsculo. Llegó al patio de armas sin que nadie se interpusiera en su camino.

Las armas y armaduras estaban colocadas en fila y colgadas en ganchos. No se veía a Ulfkingroh por ninguna parte. Coll cogió un par de cuchillos largos y se los guardó bajo la capa. Rodeó la zona despejada para dirigirse a las puertas que conducían a los patios exteriores. Una pareja de umbríos se cruzó con él igual que la anterior, sin el menor recelo. Coll tenía los músculos crispados por la tensión, pero su confianza en el sudario-espejo se iba afianzando.

Durante un momento consideró la posibilidad de bajar a las profundidades de la Atalaya del Sur para descubrir lo que los umbríos ocultaban en ellas. Pero le pareció que el riesgo era excesivo. Era preferible huir lo antes posible. Lo primordial era conseguir la libertad.

Se dirigió deprisa hacia los patios exteriores, como si fuera una de las sombras del atardecer. Llegó sin sufrir ningún contratiempo, los cruzó y, casi antes de que se diera cuenta, se encontró ante una puerta que daba al exterior. Miró a su alrededor, pero no había nadie a la vista.

Descorrió el cerrojo, empujó la puerta y salió.

Se encontró en un pórtico. Más allá se extendía el lago del Arco Iris con un centelleo de plata. Los bosques circundantes eran una masa oscura e

irregular donde la vida zumbaba y canturreaba. El aire veraniego estaba embalsamado con los olores de las hojas, la tierra y las hierbas.

Coll Ohmsford respiró profundamente y esbozó una sonrisa. Ya era libre.

Hubiera preferido esperar hasta que la oscuridad fuera completa, pero no podía correr el riesgo de entretenerse. Pronto descubrirían su ausencia. Agachándose entre las juncias, corrió hacia los árboles.

Desde la alta ventana de una habitación oscura, Rimmer Dall lo observaba mientras se alejaba.

Coll Ohmsford no se preguntó adónde debía ir. Caminó entre los árboles que separaban la Atalaya del Sur del río Mermidon y se detuvo cuando llegó a un estrecho donde la corriente estaba en calma. Cruzó el río a nado y emprendió la marcha hacia Tyrsis, en busca de su hermano. No sabía cómo conseguiría encontrar a Par cuando llegara a la ciudad, pero ya se ocuparía de eso cuando llegara el momento. Su preocupación más inmediata era que los umbríos ya estarían buscándolo. Parecieron materializarse poco después de su huida, como negras siluetas que se deslizaban a través de la noche igual que fantasmas al acecho. Pero si lo veían, y estaba seguro de que así era, el sudario-espejo lo disfrazaba. Pasaban ante él sin acortar el paso ni manifestar interés y desaparecían con la misma rapidez con la que habían llegado.

¡Pero eran tantos...!

La capa parecía otorgarle una percepción precisa de quiénes eran y dónde estaban. Podía advertir su presencia antes de verlos, conocer la dirección por donde se aproximarían e intuir su número con antelación. No intentaba esconderse de ellos porque, si fallaba la magia de la capa, lo descubrirían. Por el contrario, intentaba comportarse como un viajero normal, atravesando praderas despejadas, escogiendo los caminos que frecuentaban, caminando con tranquilidad y despreocupación y procurando no dar la impresión de estar huyendo.

No sabía cómo, pero aquello funcionó. Aunque había umbríos por todas partes y era obvio que lo buscaban, no conseguían reconocerlo.

Durmió algunas horas antes del amanecer y reanudó su marcha al despuntar el alba. En más de una ocasión pensó en quitarse la capa, pero la presencia de tantos seres oscuros se lo impedía. Era mejor no correr riesgos. Después de todo, no podrían descubrirlo mientras la llevase puesta.

Se cruzaba con otros viajeros en el camino, pero no se extrañaban de su apariencia. Algunos lo saludaban al pasar, pero la mayoría se abstenía de hacerlo.

Se preguntó cómo lo verían. No debía de parecerles alguien conocido, porque en ese caso le hubiesen hablado. Esto le hizo preguntarse por qué Rimmer Dall había adquirido la apariencia de su padre al ponerse la capa, y también por qué la magia actuaba de una forma distinta con él.

El primer día transcurrió con rapidez, y se dispuso a descansar en un bosquecillo de fresnos, a la vista aún de las montañas Runne. El sol se hundió tras los bosques de la Tierra del Oeste, tiñendo el cielo de oro rojizo, y el cálido aire nocturno estaba perfumado por las flores de los prados. Encendió una hoguera y comió verduras y frutas silvestres. Le hubiese gustado tomar algo más sustancioso, pero no tenía forma de conseguirlo. El cielo se pobló de estrellas y cesaron los sonidos nocturnos.

De nuevo aparecieron los umbríos, buscándolo. Algunos pasaron cerca, y se sintió reacio a quitarse la capa. Lo hizo el tiempo necesario para lavarse, teniendo cuidado de mantenerse oculto entre los árboles, pero volvió a ponérsela enseguida. Ahora la encontraba más cómoda, menos opresiva y extraña. Empezaba a gustarle la sensación de invisibilidad que le proporcionaba.

Reemprendió la marcha con las primeras luces, atravesando los prados con paso decidido, con la mirada fija en los oscuros contornos de los Dientes del Dragón, donde rompían la línea azul del horizonte. Precisamente en aquel lado de las montañas estaba la ciudad de Tyrsis... y Par estaba allí. El calor del nuevo día parecía más intenso y le incomodaba la excesiva luz. Tal vez debería viajar de noche, pensó. Tenía la impresión de que la oscuridad era menos peligrosa. A mediodía se refugió en una agrupación de rocas, agazapándose en sus sombras para esconderse. Su mente vagaba, con pensamientos dispersos sobre cosas que olvidaba casi tan pronto como las recordaba. Metió la cabeza entre las rodillas y se durmió.

Al caer el crepúsculo salió de su refugio. Cazó una especie de conejo tras espiarlo en la oscuridad y seguirlo hasta su madriguera como un gato. Escarbó con las manos hasta que lo cogió, le dio un golpe en la nuca, lo llevó hasta las rocas donde había pasado el día y se lo comió antes de que acabara de asarse sobre la pequeña hoguera. Después contempló los huesos, preguntándose a qué clase de animal habían pertenecido.

Las estrellas y la luna brillaban en el cielo oscuro. En algún lugar distante ululó un búho. Coll Ohmsford dejó de buscar con la mirada a los umbríos que lo perseguían. Hasta cierto punto, habían dejado de preocuparle.

Cuando la noche se cerró en torno a él, se levantó, apagó la fogata con el pie y salió de su escondite deslizándose como un reptil. Lejos todavía, pero

cada vez más próxima, estaba la ciudad. Podía olfatear sus olores en el viento.

En su interior había una cólera que no conseguía explicar. También había inquietud. De alguna manera, aunque no podía precisarlo, estaba relacionada con Par.

Se dirigió al norte, hacia las montañas. A la luz de la luna, sus ojos fulguraban con el color de la sangre.

A noecía cuando Wren Ohmsford, en la creciente penumbra, regresaba por la Grada al encuentro de sus compañeros de viaje, vacía de sentimientos. Las sombras se extendían sobre la roca volcánica, proyectadas por los restos de los árboles devastados y las brumas que se desplazaban. La luz del día se había reducido a unas pinceladas brillantes en el oeste. La Grada era una llanura silenciosa y sin vida, un espejo de su propio estado de ánimo. La magia de las piedras élficas la había arrasado por dentro. La muerte de Eowen le había dado la dureza del hierro.

«¿Quién soy?», se preguntaba.

Caminaba sin pensar en la ruta, desandando el camino que había recorrido poco antes solo porque no conocía otro. Miraba al frente sin ver y escuchaba sin oír.

«¿Quién soy yo?».

Durante toda su vida había conocido la respuesta a esa pregunta. De hecho, había sido lo único sobre lo que no había albergado la más mínima duda. Era una nómada, libre de las limitaciones del pasado, de las ataduras y obligaciones familiares y de la necesidad de vivir de acuerdo con otras expectativas que no fueran las suyas propias. Garth le había transmitido las enseñanzas que necesitaba para sobrevivir y podía hacer con su persona lo que le placiera. Su futuro era una hoja en blanco en la que podía escribir su vida con las palabras que deseara.

Pero esa seguridad, esa certeza, había desaparecido, borrando al mismo tiempo y por completo sus erróneas ideas juveniles sobre su identidad y su futuro. Nunca sería como había sido o como había creído que era. Nunca. Lo había perdido todo. ¿Y qué había ganado? Estuvo a punto de echarse a reír. Se había convertido en un camaleón. Podía ser cualquier cosa. Ni siquiera estaba segura de su nombre. Era una Ohmsford y una Elesedil a la vez. Podía

elegir. Era elfa y humana. Perteneía a diversas familias, a una por nacimiento y a otras dos más por educación.

«¿Quién soy?».

Era una criatura de la magia, heredera de las piedras élficas, depositaria del báculo Ruhk y la Loden. Era la destinataria de todos esos legados, la heredera de todas esas responsabilidades. La magia le pertenecía, y odiaba hasta pensar en eso. Nunca la había buscado, nunca la había deseado y, sin embargo, ahora no podía librarse de ella. La magia era una sombra en su interior, un oscuro reflejo de sí misma que emergía a una orden suya para cumplir su mandato, una embaucadora que la hacía sentirse distinta de los demás seres, que le robaba la razón y la cordura y amenazaba con apoderarse de ella por completo. La magia incluso mataba por ella: a los enemigos para protegerla, pero también a los amigos. Eowen. ¿No había matado la magia a Eowen? Se mordió el labio inferior, desesperada. Destruía, lo cual estaba bien porque eso era lo que esperaba que hiciera, pero a la vez estaba mal porque su acción era indiscriminada, e incluso cuando actuaba con acierto le iba arrebatando sentimientos tan importantes como la compasión, la ternura, el remordimiento y el amor. Destruía con su fuego la complejidad de su visión y la despojaba de la capacidad de elegir.

Eso era lo que le ocurría ahora.

Se había levantado un viento, débil y errático al principio, que azotaba las planicies en rápidas y violentas ráfagas, zarandeaba los esqueléticos troncos de los árboles y producía un quejumbroso zumbido en los barrancos. Le golpeaba en los hombros, empujándola hacia un lado como si una persona desconsiderada hubiera tropezado con ella al caminar entre una muchedumbre. Bajó la cabeza para protegerse; otra perturbación que tenía que soportar, otro obstáculo que debía superar. La luz había desaparecido en el oeste y quedó sumida en la oscuridad. Ya no le quedaba mucho camino por recorrer, se dijo, cansada. Sus compañeros de viaje estaban un poco más adelante, en el límite de la Grada, esperándola.

Un poco más adelante.

Esbozó una sonrisa. ¿Qué importaba si la esperaban o no? ¿Qué importaba todo aquello? Su destino haría con ella lo que se le antojase, como había hecho desde el momento en que decidió salir en busca de sí misma. No, se corrigió, desde mucho antes. Quizá desde siempre. Volvió a sonreír. ¡Salir en busca de sí misma, de su familia, de los elfos, de la verdad...! Qué estupidez. Oía el tono burlón de su propia voz mientras sus pensamientos se sucedían uno tras otro.

Una voz resonó en el viento.

«¿Qué importa? —le dijo—. ¿Qué más da?».

Sus pensamientos volvieron a Eowen, amable y gentil, condenada a pesar de sus dotes de visión, predestinada a ser engullida por esas premoniciones. ¿Qué bien le había hecho conocer su futuro? ¿Qué bien podía hacerle a todos los demás? ¿Qué utilidad podía tener ese conocimiento? Ninguna, se dijo con ira, porque el destino acabaría haciendo con cada uno lo que se le antojara. Haría con ella lo que quisiera, la llevaría donde deseara y la abandonaría cuando le pareciera bien.

«¡Abandona!», gritaba el viento a su alrededor.

Ella lo oyó, asintió con la cabeza y no pudo contener las lágrimas. La palabra la acariciaba como las manos de una madre y ella aceptó esa caricia. Todo parecía desvanecerse. Seguía caminando... ¿hacia dónde? No se paró, no se detuvo para cerciorarse; continuó moviéndose porque avanzar la ayudaba a sentirse mejor, la alejaba del dolor, de la angustia. Tenía que hacer algo, pero... ¿qué? Hizo un gesto de resignación, incapaz de tomar una decisión, y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

La mano que asía las piedras élficas.

Bajó la mirada hacia esa mano y se sorprendió al ver que las piedras seguían en ella. La magia aún palpitaba en su puño, y su resplandor azul se filtraba entre los dedos, esparciéndose en la oscuridad. ¿Por qué? Se quedó observándolo con la impresión de que algo iba mal. ¿Por qué quemaba de aquel modo?

«Abandona», insistía el viento.

«¡Eso quiero!», gritó ella en el silencio de su mente.

Aflojó el paso y levantó los ojos del camino que seguía. La Grada había adquirido un aspecto diferente, un aspecto luminoso y cálido. Había caras por todas partes, extrañamente vívidas, dibujadas en la niebla, y parecía que comprendían sus preocupaciones. Eran rostros conocidos, de amigos y familiares, de todos aquellos que la habían amado y apoyado, vivos o difuntos, conjurados por su imaginación. Se sorprendió cuando aparecieron, pero también se alegró. Les dirigió algunas palabras, vacilante, curiosa, y ellos le respondieron en susurros.

«Abandona».

«Abandona».

La palabra se repetía con insistencia en su mente, como un destello de esperanza. Ralentizó aún más el paso hasta detenerse, sin saber dónde estaba y sin que le importase. Se sentía cansada. Su vida era un mar de confusión. Ni

siquiera podía intentar controlarla. Al revés, la vida la dirigía como un jinete a su montura, sin pausa ni descanso, sin destino, en una noche sin fin.

«Abandona».

Luego esbozó una sonrisa, y comprendió. Era tan simple. Abandona la magia. Abandona. La debilidad, la confusión y el sentimiento de pérdida se esfumarían. Abandonaría, y tendría una oportunidad de empezar de nuevo, de recuperar su vida, de volver a ser quien había sido. ¿Por qué no lo había entendido antes?

Algo la hizo ponerse en guardia, alguna parte de su interior que el sonido de la voz del viento había empezado a enterrar. Movida por la curiosidad, intentó descubrirlo, pero unos roces en su piel la distrajeron. Las piedras élficas ardían en su mano, pero no prestó atención. Los roces eran más fascinantes, más atractivos. Levantó la cabeza para descubrir su procedencia. Las caras la rodeaban ahora y se dibujaban en la frontera entre la oscuridad y la niebla, tomando forma. Le resultaban familiares. ¿Por qué no las reconocía?

«Abandona».

Reaccionó levantando la mano en la que tenía las piedras élficas, apenas consciente de su acción, y unos finos rayos azules salieron por los resquicios de sus dedos y se proyectaron en la oscuridad. Las caras desaparecieron al instante. Wren parpadeó, confusa. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué se había detenido? Miró alarmada a su alrededor y, al ver la negrura y la niebla de la Grada, se dio cuenta de que estaba perdida. Los dráculs estaban al acecho. Podía sentir su presencia. Tragó saliva. ¿En qué había estado pensando?

Empezó a caminar de nuevo, intentando aclarar lo que había sucedido. Era vagamente consciente de que, durante un rato, había perdido la noción de la realidad, y que debía de hacer rato que vagaba sin rumbo. Recordaba retazos de sus pensamientos, igual que fragmentos de sueños al despertar. Había estado a punto de hacer algo, pero ¿qué era?

Los minutos pasaban. Mucho más adelante, casi inaudibles a causa del rugido del viento, le llegaron voces que gritaban su nombre. Se dirigió hacia ellas, preguntándose si caminaba en la dirección correcta. Si no conseguía asegurarse pronto por sus propios medios tendría que recurrir de nuevo a las piedras élficas, y solo pensarlo le resultaba odioso. No quería volver a utilizarlas. Todo lo que podía ver en su mente era su fuego explotando en el monstruo que una vez había sido Eowen y reduciéndolo a cenizas.

Volvió a llorar, pero contuvo rápidamente las lágrimas. Llorar no tenía ningún sentido, ni ninguna utilidad. Los árboles sin hojas y la roca volcánica

se extendían ante ella en una monótona extensión sin fin. La Grada parecía no acabar nunca. Admitió que se había perdido, que se había desviado de su rumbo por alguna causa que no lograba precisar. Se detuvo y miró a su alrededor con desaliento. Estaba exhausta y cerró los ojos con angustia y desesperación.

«Abandona», gritó el viento.

«Eso es lo que quiero», respondió la joven sin hablar.

El hechizo de las palabras la envolvió como un cálido manto y se ciñó en torno a su cuerpo. Ella opuso resistencia un instante, pero enseguida sucumbió. Cuando abrió los ojos, las caras habían regresado y la habían encerrado en un círculo de tenue luz y roces suaves. Se vio al borde de un precipicio y el lugar le parecía familiar. Una vez más, todo empezó a desvanecerse. Olvidó que su objetivo era salir cuanto antes de la Grada, que los rostros que la rodeaban no eran lo que parecían. La neblina reptó hasta introducirse en su mente y se asentó en ella, densa y oscura. El hielo que paralizaba sus pensamientos se derritió y corrió por su cuerpo. Pudo sentir su frío. ¡Estaba tan fatigada, tan cansada de todo...!

«Abandona».

La mano que agarraba las piedras élficas bajó, y los rostros apiñados en torno a ella empezaron a adquirir forma y tamaño. Unos labios rozaron su cuello.

«Abandona».

Permitió que sus ojos se cerraran de nuevo y sus dedos se aflojaron. ¡Todo sería tan fácil! Si dejaba caer las piedras élficas, se libraría para siempre del yugo de la magia.

—¡Mi señora Wren!

El grito era un lamento lleno de angustia y, por un momento, no lo percibió. Después sus ojos se abrieron y su cuerpo se tensó. El extraño sueño que había estado a punto de atraparla la rondaba de cerca, convertido en un murmullo insistente. A través de su neblina, más allá de su lóbrego manto, vio dos figuras agachadas en el límite de la luz. Llevaban espadas en las manos; su metal brillaba levemente.

—¡Pfff! ¡No te muevas, Wren de los Elfos! —oyó que le gritaban.

Era Stresa.

—Quédate dónde estás, mi señora Wren —le pidió otro con ansiedad.

Triss.

El capitán de la Guardia Real avanzaba centímetro a centímetro, blandiendo el arma ante sí. Ella pudo ver su cara, enjuta, dura, llena de

resolución. Detrás de él estaba Garth, una figura más corpulenta y oscura, inescrutable. El gatoespino, con las púas erizadas, los precedía.

Su corazón dio un vuelco. ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Qué los había atraído? Se sintió inundada por una oleada de miedo, por la sensación de que algo iba a ocurrir, pero que ella no podía intuirlo.

Se obligó a salir de la lasitud, la calma y el susurro del viento y recobró la percepción de la realidad. El frío se convirtió en hielo. La luz que la rodeaba emanaba de los seres que se apiñaban junto a ella. Dráculs. Estaban tan cerca que podía percibir su aliento... o, al menos, eso le parecía. Vio sus ojos muertos, sus caras macilentas, casi sin facciones, y sus colmillos de marfil. Había docenas en un apretado círculo que solo se abría en el punto por donde Triss, Garth y Stresa intentaban aproximarse, una ventana en la oscuridad de la Grada. Sus manos y dedos la agarraron, la sacudieron y la sujetaron con avidez. La habían atraído con engaños, arrullándola hasta adormecerla como debían de haber hecho con Eowen. Transformados de fantasmas en seres corpóreos, se disponían a saciar su apetito.

Durante un instante, Wren estuvo suspendida entre el ser y el no ser, entre la vida y la muerte. Sintió el tirón de ambas opciones. Una la impulsaba a librarse de los dulces y mortíferos lazos que la ataban, a rebelarse y luchar por su vida, a obedecer a su instinto de supervivencia, mientras que la otra la invitaba a hacer lo que la voz del viento le había susurrado: abandonar, dejarse llevar, porque era la única manera de librarse de la magia. El tiempo se detuvo. Wren sopesó ambas alternativas como si no la afectaran, haciendo una valoración que parecía abarcar su vida pasada, presente y futura. Vio que sus rescatadores se acercaban con cautela. Sintió los dráculs una fracción de centímetro más cerca. Ni lo uno ni lo otro parecía importarle. Eran realidades remotas y lentas, que podían cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Unos colmillos rozaron su garganta... un siseo de avidez y necesidad.

Dráculs.

Umbríos.

Elfos.

Una evolución horrible que solo ella conocía.

«Si no consigo salir de Morrowindl y regresar a las Cuatro Tierras, ¿cómo van a saberlo?».

—¡Mi señora Wren! —llamó Triss.

Su voz era suplicante, desesperada y furiosa; todo a la vez.

Ella se apartó del precipicio y respiró larga y profundamente. Sintió que su cuerpo recuperaba las fuerzas, que salía del letargo. Pero todavía se

encontraba demasiado entumecida. Flexionó el cuerpo de una forma casi imperceptible para descubrir cuáles eran sus límites de movimiento. No podía moverse. Las manos que la agarraban la inmovilizaban como si estuviera encadenada a la tierra.

Su mente se concentró con todas sus fuerzas en buscar su oportunidad, una esperanza, y sus dedos se abrieron poco a poco.

«Ahora».

El fuego azul explotó en la noche, ascendiendo por su cuerpo hasta envolverla en llamas. Los colmillos se retiraron al instante, las manos cayeron, los dráculs aullaron, furiosos, y Wren quedó libre. Se vio rodeada por un cilindro de fuego, envuelta en el fluido abrasador de la magia, y esperó sentir el dolor, anticipó lo que sufriría hasta quedar reducida a cenizas. «Prefiero esto a convertirme en uno de ellos». Ese pensamiento destelló en su mente, superando el dilema más crucial de su vida y adquiriendo una certeza que nunca más se volvería a cuestionar. «¡Cuanto antes acabe, mejor!».

El fuego se elevó sobre ella, desafiando la oscuridad, chamuscando la cortina de niebla. Los dráculs se precipitaron a las llamas, intentando alcanzarla desesperadamente, como mariposas incapaces de pensar. Morían en súbitos estallidos de luz, incinerados a la velocidad del pensamiento. Wren observó que se dirigían a ella, que se esforzaban en alcanzarla, que quedaban atrapados en el fuego y después desaparecían. Sus ojos buscaron las piedras élficas y las encontró en la palma de su mano, blanqueadas por la magia, tan brillantes como soles.

Pero ella no se quemaba. El fuego arrasaba a su alrededor, devoraba a sus atacantes, pero ella permanecía ilesa.

«¡Oh, sí!».

Entonces empezó a sentir un gran regocijo, a tener la sensación de poder que siempre le daba la magia. Se sintió invencible, indestructible. El fuego no podía dañarla... y ella debería haberlo sabido. Abrió las manos, proyectándolo contra el torbellino de dráculs que la rodeaban. Las llamas los engulleron y consumieron mientras proferían aullidos desesperados. «¡Por ti, Eowen!». Observó cómo perecían y solo sintió el júbilo que el uso de la magia le daba. Los dráculs se habían reducido a cosas sin importancia, tan insignificantes para ella como el polvo. Se abrazó al poder de la magia y se dejó llevar más allá de la razón, más allá del pensamiento. «Úsala —se decía—. Es lo único que importa».

Estuvo completamente perdida durante un instante. Olvidó a Triss y a Garth, la necesidad de salir de Morrowindl y regresar a las Cuatro Tierras, las

verdades que había descubierto y pensaba transmitir, la historia de quién y qué era y las vidas que le habían sido confiadas... todo. Olvidó cualquier objetivo que no fuese el uso de las piedras élficas.

Entonces, algún pequeño y molesto rincón de su conciencia la despertó una vez más, un susurro de cordura que atravesó la mezcla de temor, agotamiento y desesperación que amenazaba con transformar su determinación en demencia. Vio a Triss, Garth y Stresa luchando con los dráculs, que ahora se habían vuelto contra ellos, espalda con espalda mientras el círculo se estrechaba a su alrededor. Oyó los gritos que le dirigían y la voz de su interior que los repetía. Sintió que la isla de egoísmo en la que se había recluido empezaba a hundirse en el fuego.

Bajó la mano con las piedras élficas y el pilar de llamas se redujo a una llamarada de luz que envolvió sus dedos, sometido de nuevo a su control. Otra vez pudo ver la oscuridad y la neblina, las escarpadas pendientes del barranco, la roca volcánica, mellada y negra. Percibió los olores de la noche, la ceniza, el fuego, el calor. Se volvió hacia los dráculs, silbó igual que una serpiente y huyeron despavoridos. Se dirigió hacia sus amigos y los atacantes que los rodeaban desaparecieron. Llevaba la muerte en la mano, la aniquilación segura para unos seres que comprendían demasiado bien lo que eso significaba. Los dráculs centellearon, perdieron consistencia. Wren avanzó con arrogancia y se metió entre ellos sin miedo, balanceando la luz de su magia de acá para allá, amenazando, intimidando, rebosante de presagios de muerte. Los dráculs no respondieron al desafío; en un instante se difuminaron y desaparecieron.

Entonces llegó donde estaban Garth y Triss agazapados, con las armas empuñadas y la incertidumbre reflejada en los ojos. Se detuvo ante Stresa, que la miraba como si fuese un ser incomprensible. Ella cerró los dedos con fuerza sobre las piedras élficas y el fuego desapareció tras un último parpadeo.

—Ayudadme a salir del barranco —pidió.

Estaba tan agotada que corría peligro de desmayarse, pero sabía que no podía hacerlo, que los dráculs seguían acechando.

—Señora, creíamos que la habíamos perdido —dijo Triss, rodeándola con el brazo.

—Y estabais en lo cierto —respondió Wren, esbozando una sonrisa crispada.

Muy despacio, paso a paso, escudriñando las tinieblas nocturnas, empezaron a subir.

Era medianoche cuando consiguieron salir de la Grada. Los dráculs habían llevado a Wren a lo más profundo de su guarida, lejos del camino que pensaba seguir, confundiéndola hasta tal punto después de encontrar a Eowen que había acabado vagando por las planicies en la dirección equivocada. Stresa había conseguido encontrar sus huellas, pero no le había resultado fácil. Aunque les había ordenado que no salieran en su ayuda, iniciaron su búsqueda al anochecer, preocupados por lo mucho que tardaba en volver y decididos a asegurarse de que estaba a salvo, aun a riesgo de sus propias vidas. Sabían que no disponían de una protección eficaz contra los dráculs, pero eso ya no importaba. Garth y Triss fueron los elegidos. Dal se quedó para proteger a Gavilán y el báculo Ruhk. Stresa se había sumado a la búsqueda porque era el único que podía seguir el rastro de Wren en la oscuridad. Ni siquiera con su ayuda la habrían encontrado si los dráculs no hubiesen estado tan ocupados con su presa. Un puñado de espectros hubiera bastado para poner fin a la partida de rescate. Pero Wren, poseedora de la magia de las piedras élficas, tenía un atractivo tal para los dráculs que todos se habían sumado a la cacería, sin poder reprimir sus ansias de participar en el festín. Al parecer, los rescatadores la habían encontrado en el momento justo.

Wren les habló del triste final de Eowen, de cómo los dráculs la habían corrompido, de cómo la habían convertido en uno de ellos. Describió la muerte de la vidente con todo lujo de detalles porque necesitaba oír sus propias palabras, dar voz a su aflicción. Tenía la sensación de estar hablando desde algún hueco de su interior, envuelta en un halo de vacío y agotamiento. ¡Estaba tan cansada...! Pero, a pesar de eso, no quería demorarse ni descansar. Rechazó la ayuda una vez estuvo fuera del barranco. Caminó porque no deseaba que la transportaran, porque habría sido otra muestra de debilidad y ya había dado bastantes aquella noche. Estaba desalentada por lo que le había sucedido, horrorizada por la facilidad con la que la voz del viento había conseguido que se extraviara, por lo cerca que había estado de la muerte y por la complacencia con la que la había aceptado... ¡Ella, Wren Elesedil, conocida como la reina de los elfos, depositaria de la esperanza de un pueblo, heredera de una magia tan poderosa...! Aún recordaba lo seductora que la voz del viento le había presentado la muerte. ¡Había aceptado de tan buen grado la paz que esperaba encontrar! Siempre había sido fuerte al enfrentarse con la muerte; nunca le había concedido la posibilidad de atraparla, dispuesta a luchar hasta su último aliento. Lo que había ocurrido en la Grada había minado su confianza más de lo que estaba dispuesta a admitir. No había combatido. Había consentido que el agotamiento y la desesperación la

corroyeran como la carcoma a la madera. Había notado cómo la magia la empujaba primero por un camino y después por otro: el de los dráculs y el suyo propio. Como Eowen había sido prisionera de sus visiones, ella se estaba convirtiendo en una prisionera de la magia élfica y se odiaba por ello. Despreciaba lo que había llegado a ser.

«No soy lo que creía —pensó con desesperación—. Soy el producto de una mentira».

Para alejar estos pensamientos, habló de lo que había visto en su vagabundeo por la Grada, de cómo la voz del viento de los dráculs la había subyugado, de cómo Eowen, tan vulnerable a las visiones y las imágenes, debió de ser capturada. A veces divagaba, pero el sonido de su voz la ayudaba a evadirse de sus negros pensamientos, la mantenía despierta y activa. Pensó en los que habían encontrado la muerte durante aquel viaje de pesadilla, sobre todo en Ellenroh y Eowen. Estaba destrozada por su pérdida, angustiada por la impotencia que le había impedido salvarlas, por el sentimiento de inutilidad en el desempeño de su misión. Se aferraba a las piedras élficas, incapaz de desprenderse de ellas, asustada por la posibilidad de que regresaran los dráculs, pero no lo hicieron. Ni siquiera el viento susurraba ahora; había regresado al interior de la tierra y la había dejado en paz. Escudriñó la oscuridad y la sintió como un reflejo de su vacío. Estaba abatida por lo que había llegado a ser y por el miedo a una posible transformación en el futuro. Ya no comprendía el mundo. No se atrevía a juzgar cuál era el mal mayor: los monstruos o los creadores de monstruos. Los umbríos o los elfos. ¿Quiénes deberían cargar con la culpa? ¿Dónde estaba el equilibrio vital que había aprendido y experimentado? ¿Dónde estaba la sensación de que la locura pasaría, de que todo lo que estaba sucediendo tenía una finalidad que iría revelándose? No tenía respuestas. La magia los había atrapado en un torbellino que los dejaría caer donde se le antojase.

Aquella noche había cavado un pozo más oscuro de lo que Wren jamás hubiera podido imaginar. Salieron de la Grada cansados y entumecidos, aliviados por irse y ansiosos por poner distancia entre ellos y aquel lugar infecto. Descansarían hasta el amanecer y luego proseguirían el viaje. La mayor parte de la Cornisa Negra ya quedaba a sus espaldas, a la sombra de la niebla cenicienta del Killeshan. Delante, entre ellos y las playas, solo quedaba el In Ju. Si se daban prisa, podían atravesar la selva en dos días y llegar a las costas del Confín Azul en otros dos. «Rapidez, eso es lo que necesitamos —se decían—. Rapidez, y alcanzaremos la libertad».

Llegaron al lugar donde se habían quedado sus compañeros, un claro en el interior de un grupo de rocas volcánicas, a la sombra de una franja de enredaderas marchitas y arbustos famélicos. Fauno salió corriendo en la oscuridad, abandonando su escondrijo y chillando de alegría como un loco. Saltó al hombro de Wren y se acurrucó allí como si no existiera ningún otro refugio. La joven levantó las manos para acariciarlo. El jacarino temblaba de miedo.

Después encontraron a Dal, tirado en el extremo opuesto del claro, sin vida, con el cráneo abierto. Triss se inclinó sobre el Guardia Real y le dio la vuelta.

Levantó la mirada, aturdido. Las armas de Dal estaban envainadas.

Wren apartó la mirada, desesperada. Un oscuro presentimiento se iba haciendo más y más sólido. No necesitaba buscar más para saber que Gavilán Elesedil y el báculo Ruhk habían desaparecido.

Par Ohmsford se escondió en la sombra de la muralla del edificio, tan oscuro como la noche que lo envolvía entre los pliegues de su capa, y escuchó los sonidos de la ciudad de Tyrsis, que se agitaba sin descanso bajo una sábana de calor estival a la espera del día. El aire estaba quieto e impregnado de los olores de la ciudad, dulzones, persistentes y empalagosos. Par lo respiraba con desagrado, observando desde su refugio las zonas iluminadas por las farolas, atento a unos seres que no deberían estar allí, que reptaban y acechaban, que buscaban sin descanso.

La Federación.

Los umbríos.

Tanto una como los otros estaban cerca; cazadores que nunca dormían, que nunca renunciaban a su presa. Damson y él llevaban huyendo de ellos desde que abandonaron el refugio subterráneo del Topo y recorrieron las alcantarillas para salir a las calles. Una semana. Apenas si podía ordenar el torbellino de percances que habían sufrido: recuerdos fragmentados, una mezcla de edificios y habitaciones, de reducidas estancias y angostas galerías, un continuo vagar de un escondite a otro. En ningún lugar habían podido descansar más que unas pocas horas, pues siempre los descubrían de alguna forma cuando se creían seguros y se veían obligados a correr de nuevo, a huir de los seres siniestros que los perseguían.

¿Cómo podían encontrarlos tan deprisa?, se había preguntado Par más de mil veces.

Al principio lo había atribuido al azar. Pero el azar tenía sus límites, y la continuidad de lo rápido que les localizaban pronto descartó esa posibilidad. Luego pensó en que se debía a su magia, que Rimmer Dall podía detectarla de alguna forma, pues eran los buscadores quienes los seguían con más frecuencia; a veces adoptaban la apariencia de miembros de la Federación,

pero por lo general se presentaban como los monstruos que eran, negras figuras encapuchadas. Pero, puesto que él no había vuelto a utilizar la magia desde que salieron huyendo de las alcantarillas, ¿cómo podían detectarla?

—Se han infiltrado en el Movimiento —había dicho Damson, con los labios crispados y el semblante macilento hacía solo unas horas, antes de separarse de él para buscar algún nuevo escondrijo que sus perseguidores no conocieran—. O han capturado a alguno de los nuestros y lo han obligado a hablar. Esa es la única explicación posible.

Pero la muchacha se había visto obligada a reconocer que nadie, excepto Padishar Cesta, conocía todos los escondrijos que utilizaba. Por tanto, solo él habría podido traicionarlos.

Lo que les llevaba a considerar la inquietante posibilidad de que, a pesar de sus esperanzas, la caída del Saliente hubiera proporcionado a la Federación la presa que tanto ansiaba.

Par apoyó la cabeza contra el áspero y caliente muro de piedra, cerrando los ojos con desesperación. Coll, muerto. Padishar y Morgan, desaparecidos. Wren y Walker Boh. Steff y Teel. Todo el grupo. Hasta el Topo. No tenían noticias de él desde que abandonaron los túneles que discurrían bajo la ciudad, nada que les diera información de lo que le hubiese podido ocurrir. La situación era demencial. Todos aquellos con quienes se había puesto en camino varias semanas antes (su hermano, su prima, su tío y sus amigos) habían desaparecido. Tenía la desagradable impresión de que las personas con las que establecía contacto estaban condenadas a desaparecer de la faz de la tierra, a ser engullidas por algún tenebroso submundo para no regresar nunca más a la superficie.

Incluso Damson...

No. Sus ojos se abrieron de golpe, con la ira destellando a la luz de las farolas. Damson no. A ella no la perdería. No volvería a ocurrir.

Pero ¿cuánto tiempo podrían continuar huyendo? ¿Cuánto tardarían sus enemigos en capturarlos?

Se produjo un repentino movimiento en la esquina de la pared de delante, donde el edificio hacía un ángulo para abrirse la calle oeste, hacia el acantilado, y apareció Damson. La muchacha se deslizó agachada entre las sombras y se reunió con él, jadeante y sofocada.

—Nuestros perseguidores han descubierto otros dos refugios —le dijo—. Puedo percibir su hedor sin necesidad de verlos. —Su larga melena rojiza estaba enmarañada y húmeda, echada hacia atrás mediante una cinta de tela

colocada sobre la frente. Esbozó una sonrisa cuando Par menos se lo esperaba—. Pero he encontrado uno que les ha pasado por alto.

»Pareces muy cansado, Par —prosiguió la muchacha, alargando la mano para acariciarle la mejilla—. Esta noche dormirás bien. Recuerdo ese lugar. Es una bodega situada bajo un viejo molino de harina que en otro tiempo fue otra cosa, no recuerdo qué. Nadie lo utiliza desde hace más de un año. Una vez, Padishar y yo... —Se interrumpió por el profundo dolor que le produjo ese recuerdo, totalmente visible en sus ojos—. Este no lo descubrirán. Acompáñame, joven del valle. Lo intentaremos una vez más.

Corrieron en la noche, dos sombras gemelas que aparecían y desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. Par sentía el peso de la espada de Shannara a su espalda. Su presencia era un recuerdo de la farsa en que se había convertido la búsqueda y de las confusiones que lo atormentaban. ¿Era de verdad el antiguo talismán cuya búsqueda le había sido encomendada o, por el contrario, era un truco de Rimmer Dall para llevarlo a la perdición? Si era la auténtica espada de Shannara, ¿por qué no había conseguido que actuara cuando se encontraba frente al Primer Buscador? Si era una falsificación, ¿qué había ocurrido con la verdadera espada?

Pero las preguntas, una vez más, carecían de respuesta; solo llevaban a formularse nuevas preguntas y, como siempre, las apartó de su mente. Por el momento, la supervivencia era lo único que importaba: librarse de los seres oscuros y salir de la ciudad. Porque su fuga había sido igual que la de una rata en un laberinto, atrapada entre unos muros de los que no podía salir. Todos sus esfuerzos por escapar de Tyrsis y llegar a campo abierto acababan frustrándose. Las puertas de la ciudad estaban muy bien vigiladas, con todas las salidas bien controladas y, al no contar con la ayuda del Topo, Damson carecía de la habilidad necesaria para desplazarse por las alcantarillas, la única vía de escape posible. Así que no tenían otra opción que seguir corriendo y escondiéndose, escabulléndose de un agujero a otro, y esperar a que se presentase la oportunidad que les permitiera alcanzar la libertad.

Se metieron en un callejón salpicado de rayos de luz que se filtraban por los resquicios de los postigos cerrados de las ventanas en lo alto de un muro trasero. Oían risas y el tintineo de las jarras de la cervecería que albergaba. La calle estaba llena de basura húmeda y pestilente. En aquel barrio, donde los ocupantes de la ciudad habían aislado a los pobres y los sintecho, Tyrsis usaba su perfume más barato y el olor de su cuerpo era fétido e insolente. La que en otros tiempos había sido una altiva dama estaba ahora avejentada y

humillada, convertida en una esclava a la que la Federación podía tratar como quisiera, en el botín de una guerra que estaba ganada antes de empezar.

Damson observó con atención un cruce desierto e iluminado, escuchó atentamente durante un momento para captar cualquier sonido extraño, cogió del brazo a Par y corrieron hacia delante. Entraron en otro callejón tan silencioso y mohoso como un armario cerrado; después atravesaron un pórtico y una especie de pasadizo que comunicaba con otra calle. Par estaba pensando de nuevo en la espada de Shannara y se preguntaba cómo podría descubrir si era auténtica, a qué prueba podría someterla para confirmarlo.

—Aquí —dijo en voz baja Damson, y tiró de él para que pasara por el agujero de una vieja pared de madera.

Se encontraron en una especie de granero donde la penumbra era densa. Los tablones que conformaban el techo apenas eran visibles a la débil luz procedente de otros edificios, que se filtraba por los agrietados y resecos muros. Había máquinas acurrucadas como animales dispuestos a saltar, e hileras de cajones que parecían bostezar, vacíos y negros. Damson lo condujo a través de la estancia; sus botas resonaron en el profundo silencio al caminar sobre la piedra y la paja. Cerca de la pared de enfrente, la muchacha se detuvo, tanteó el suelo, asió una anilla de hierro encajada en el mismo y levantó una trampilla. Una luz tenue y vacilante mostró unas escaleras que bajaban a la oscuridad.

—Tú primero —le dijo ella, haciéndole una indicación con la mano—. Párate al entrar.

Así lo hizo. Oyó que las pisadas de Damson lo seguían y el sonido de la trampilla al cerrarse. Se quedaron escuchando un momento; después la muchacha se adelantó con cautela y buscó en la oscuridad. Brilló una chispa, brotó una llama y una antorcha empapada en brea empezó a arder. La luz inundó la cámara donde se encontraban, débil y espectral, revelando un sótano de techo bajo lleno de viejos toneles y canastas rotas. La muchacha le indicó que la siguiese y avanzaron entre los desechos. El sótano era alargado y terminaba en un pasadizo. Damson se inclinó hacia delante, acercó la antorcha y entró. El pasadizo los llevó a través de varios corredores que se cruzaban hasta una habitación que en otro tiempo parecía haber sido un dormitorio. Pegada a una pared había una cama desvencijada y, junto a otra, una mesa y varias sillas. Un segundo pasadizo se abría en el lado opuesto y se perdía en la oscuridad. Donde acababa el área iluminada por la antorcha, Par vio el principio de un tramo de escaleras.

—Aquí deberíamos estar a salvo esta noche, o incluso más tiempo —dijo Damson, girándose para que la luz revelase sus facciones, el vivo destello de sus ojos verdes y la amabilidad de su sonrisa—. No es gran cosa, ¿verdad?

—Si aquí estamos seguros, es suficiente —respondió Par, con una sonrisa—. ¿Adónde conducen las escaleras?

—A la calle. Pero la puerta está cerrada por fuera. Tendríamos que forzarla si nos viésemos obligados a huir por ahí, si es que no pudiéramos salir por donde hemos entrado. Al menos es una vía de escape. Y a nadie se le ocurrirá mirar tras una puerta cuya cerradura está oxidada e intacta.

El joven del valle asintió con la cabeza, tomó la antorcha de su mano, miró un instante a su alrededor, la llevó a un soporte que había en el muro y la introdujo en el hueco.

—Hogar, dulce hogar —dijo, quitándose de la espalda la espada de Shannara y apoyándola en la cama. Sus ojos se detuvieron durante unos instantes en el grabado de su empuñadura, que representaba una mano levantada con una antorcha llameante. Luego se volvió—. ¿Hay algo de comer en la alacena?

—Poco —respondió la muchacha, riendo abiertamente. Se acercó a él de forma impulsiva, lo rodeó por la cintura con los brazos y depositó un beso en su mejilla—. Par Ohmsford. —Pronunció su nombre en voz baja.

—Lo sé —respondió el joven del valle, estrechándola entre sus brazos y acariciándole el cabello, sintiendo que su calor lo inundaba.

—Será suficiente para ti y para mí.

Par se limitó a asentir sin hablar, decidido a que así fuera y convencido de que así debía ser.

—Tengo queso fresco y pan en el morral —dijo Damson, apartándose—. Y cerveza. Buena comida para unos fugitivos como nosotros.

Comieron en silencio, escuchando el leve sonido de los clavos de las paredes, que se contraían a causa del frío de la noche. Una o dos veces oyeron voces, tan lejanas que era imposible entender las palabras, procedentes de la calle a través de la puerta cerrada y de las viejas escaleras. Cuando terminaron la cena guardaron lo que había quedado, apagaron la antorcha, se envolvieron en sus mantas, se tumbaron juntos en la estrecha cama y se durmieron de inmediato.

La trémula luz del amanecer se deslizó por las resquicios y grietas, fría y nebulosa, y los sonidos de la ciudad crecieron en volumen y nitidez a medida que la gente salía de sus casas para empezar su jornada laboral. Por primera vez desde hacía una semana, Par se despertó tras un sueño reparador. Le

hubiese gustado tener agua para lavarse, pero se sentía satisfecho con haberse librado del cansancio. Damson estaba animada y tenía los ojos brillantes, despeinada y al mismo tiempo impecable, y Par tuvo la sensación de que ya habían pasado lo peor.

—Nuestro objetivo principal es encontrar la manera de salir de la ciudad —dijo Damson durante el desayuno. Estaba sentada frente a él en la pequeña mesa y su cara mostraba decisión—. No podemos seguir así.

—Me gustaría saber algo del Topo.

—Lo busqué mientras estuve fuera —respondió la muchacha, asintiendo con la cabeza y desviando la mirada del joven del valle—. Al Topo no le faltan recursos. Ha logrado sobrevivir sin ayuda durante mucho tiempo.

«Pero no con los umbríos pisándole los talones», estuvo a punto de decir Par, pero se contuvo. En cualquier caso, Damson debía de estar pensando lo mismo.

—¿Qué tengo que hacer hoy?

—Lo de siempre —respondió la muchacha, mirándolo fijamente—. No moverte. Todavía no saben nada de mí. Solo te buscan a ti.

—Eso es lo que tú crees.

—Eso es lo que yo creo —respondió ella, dando un suspiro—. Además, tengo que encontrar la manera de atravesar las murallas, salir de Tyrsis y descubrir qué ha sido de Padishar y los otros.

El joven del valle se cruzó de brazos y se reclinó.

—Me siento un inútil quedándome aquí sentado.

—A veces es necesario esperar, Par.

—Y no me gusta dejarte salir sola.

—Tampoco a mí me gusta dejarte aquí —respondió la muchacha, esbozando una sonrisa—. Pero no queda más remedio. Tenemos que ser prudentes.

Se puso su traje de maga, porque seguía apareciendo con regularidad en el mercado para hacer trucos ante los niños, para así mantener la apariencia de que todo era como siempre. Un pálido rayo de luz traspasaba la penumbra de los pasadizos por donde habían llegado y, tras decirle adiós con la mano, se encaminó hacia ellos.

Par pasó nervioso toda la mañana, deambulando por los estrechos confines de su refugio. Una vez llegó al rellano superior de las escaleras que conducían a la calle y comprobó la resistencia de la cerradura que aseguraba la pesada puerta de madera. Después paseó por los pasadizos que se ramificaban a partir del sótano del granero y descubrió que todos

desembocaban en bodegas o almacenes vacíos o abandonados desde hacía mucho tiempo. Al mediodía comió parte de lo que había quedado de la cena. Luego se echó en la cama y cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó, la luz había adquirido un tono plateado y el día se estaba disolviendo para dar paso al crepúsculo. Permaneció en la cama, pestañeando somnoliento durante un momento, y después se dio cuenta de que Damson no había regresado. Llevaba fuera casi diez horas. Se levantó, alarmado por su larga ausencia. Era posible que hubiera llegado y vuelto a salir, pero no parecía probable. Lo habría despertado, o se habría despertado él. Frunció el ceño, inquieto. Se desperezó para estirar los músculos y se preguntó qué debía hacer.

A pesar de la preocupación también estaba hambriento, por lo que decidió comer algo y acabó con el pan y el queso que quedaban. Aún había cerveza en la bota, pero estaba desbravada y caliente.

¿Dónde estaba Damson?

Par Ohmsford conocía los riesgos desde el principio, los peligros a los que Damson Rhee se enfrentaba cada vez que lo dejaba y salía a la ciudad. Si capturaban al Topo, lo obligarían a hablar. Si podían descubrir los escondrijos, también podían descubrirla a ella. Si apresaban a Padishar, no quedaría ningún secreto sin revelar. Conocía los riesgos, incluso creía que los había aceptado, pero se sentía incapaz de afrontarlos después de huir de las alcantarillas y suponer que lo peor había pasado. Entonces se dio cuenta de que estaba aterrado.

Damson. Si le había sucedido algo...

Un sonido chirriante atrajo su atención e interrumpió el hilo de sus pensamientos. Se giró y trató de identificar su origen. Procedía de la parte de atrás, de lo alto de las escaleras, de la puerta que daba a la calle.

Alguien estaba manipulando el candado.

Al principio pensó que sería Damson, obligada por algún motivo a entrar por la parte de atrás. Pero Damson no tenía llave. Y aquel sonido era el de una llave que arañaba el interior de la cerradura. El ruido continuó y terminó en un agudo chasquido cuando el candado se abrió.

Par cogió la espada de Shannara y se la colgó rápidamente a la espalda. Quienquiera que estuviese allí arriba, no era Damson. Cogió el morral, con la idea de eliminar cualquier indicio de su presencia, pero había huellas de botas por todas partes, la cama estaba deshecha y la mesa, llena de migajas de pan. Además, no disponía de tiempo. El intruso había descorrido el cerrojo y estaba abriendo la puerta.

La luz del atardecer penetró por la abertura y proyectó un haz oblicuo de rayos cenicientos. Par se dirigió corriendo a los túneles. Dejó la antorcha. Ya no la necesitaba para encontrar el camino. Las exploraciones de la mañana le habían proporcionado una clara visión de la ruta que debía seguir, incluso en la más absoluta oscuridad. Unas botas pisaron los peldaños de madera, demasiado pesadas y rudas para que pudiera tratarse de Damson.

Par recorrió el túnel sin hacer ruido. El que había entrado se daría cuenta de que alguien había estado allí, pero no podría saber cuándo. Esperaría su regreso con el propósito de cogerlo por sorpresa. O a Damson. Pero podía esperarla en alguna parte cerca de la entrada del viejo molino y prevenirla. Estaba seguro de que Damson no utilizaría la entrada trasera al verla abierta. Sus pensamientos se precipitaban uno tras otro y lo impulsaban a avanzar en la oscuridad, silencioso y veloz. Todo lo que tenía que hacer era regresar al granero y salir a la calle sin ser visto.

Ya no oía las pisadas. El intruso se habría detenido a examinar la habitación y estaría preguntándose quiénes habían estado allí, cuántos eran y por qué se habían ido. Esto le daba más tiempo para huir.

Pero cuando llegó al granero fue demasiado deprisa hacia la escalera, tropezó con un cajón vacío y cayó al suelo. La madera carcomida crujió y se astilló bajo el peso de su cuerpo. El ruido que hizo resonó con fuerza en el silencio.

Mientras se levantaba, furioso y jadeante, oyó que las pisadas se aproximaban.

Corrió, intentando llegar a la escalera, sin preocuparse ya por ocultar su huida. Las pisadas lo siguieron. No eran umbríos, pensó, porque ellos se movían con cautela. La Federación, entonces. Pero solo uno de sus miembros. ¿Por qué solo uno?

Llegó a la escalera y subió los escalones. La trampilla era una vaga silueta sobre él. Se preguntó si habría otros esperando tras ella, si lo estarían llevando a una emboscada. ¿Debía quedarse en su terreno y enfrentarse a uno, o bien permitir que lo empujaran hacia los otros? No había tiempo para especulaciones, tenía que tomar una decisión. Ya estaba ante la trampilla.

La empujó hacia arriba, pero no cedió.

Rayos de luz crepuscular se filtraban por las grietas de los pesados tablones. Danzaron sobre su rostro sudoroso y lo cegaron momentáneamente. Bajó la cabeza y empujó por segunda vez. La trampilla continuó firme. Entrecerró los ojos para protegerse de la luz, intentando ver qué estaba pasando.

Algo grande y pesado estaba apoyado en la parte superior de la trampilla.

Desesperado, se lanzó contra ella, pero fue inútil. Retrocedió a la vez que dirigía una rápida mirada hacia atrás. Su corazón latía tan ruidosamente en sus oídos que apenas pudo percibir la apagada voz que pronunció su nombre.

—¿Par? ¿Par Ohmsford?

Era un hombre. Al parecer, alguien que lo conocía. La voz le resultaba familiar y extraña al mismo tiempo. Su dueño estaba todavía en los pasadizos, perdido en la oscuridad. El granero del molino se estrechaba y bajaba hacia la tenebrosa abertura, donde flotaban motas de polvo en la penumbra que formaban una neblina que lo ensombrecía todo. Par miró la trampilla; luego de nuevo el sótano.

Estaba atrapado.

La línea de su boca se tensó. El sudor corría por todo su cuerpo, a consecuencia del esfuerzo y el miedo, y sentía un hormigueo en la piel.

¿Quién estaba detrás?

¿Quién conocía su nombre?

Volvió a pensar en Damson y se preguntó dónde estaría, qué habría sido de ella y si se encontraría a salvo. En caso de que la hubiesen apresado, él era su única esperanza de salvación. No podía dejar que lo capturaran porque, en ese caso, ella no tendría a nadie que pudiera ayudarla. Damson. Vio sus flamantes cabellos rojos, la curva de su boca cuando le sonreía y el brillo de sus ojos verdes. Oyó su voz, su risa. Sintió su contacto. Recordó todos los esfuerzos que había hecho para salvarle la vida, para apartarlo de la locura que pretendía adueñarse de él tras la muerte de Coll.

Los sentimientos que lo embargaban en aquel instante eran abrumadores, tan intensos que casi le hicieron gritar.

La ira y la resolución reemplazaron al miedo. Se llevó la mano entre los hombros y empezó a desenvainar la espada de Shannara, pero después la volvió a dejar en su sitio. La espada estaba destinada a otros menesteres. Utilizaría su magia; la utilizaría, aunque ahora lo asustara, como un viejo amigo que se hubiera tornado taciturno y reservado de forma inesperada. La magia era imprevisible, extraña y peligrosa.

Y de dudosa utilidad, comprendió de pronto, si su oponente era humano.

Sus pensamientos se dispersaron y le arrebataron la esperanza. Se llevó la mano a la espalda por segunda vez y desenvainó la espada. Después de todo, era su única arma.

Apareció una figura en la boca del pasadizo y en el repentino silencio se oyó el suave silbido de su respiración. Se trataba de una figura encapuchada,

oscura y sin facciones en la luz mortecina. Parecía un hombre más alto y corpulento que Par.

El desconocido salió de la oscuridad y se irguió. Empezó a avanzar, pero se detuvo de repente al ver a Par agazapado en las escaleras del granero con un arma en la mano. El largo cuchillo que esgrimía el hombre destelló débilmente. Durante un momento se miraron sin moverse, intentando identificarse.

Luego las manos del intruso se levantaron para echar hacia atrás la capucha de su polvorienta capa negra.

Triss se enderezó con movimientos rígidos y pesados. Wren, Garth y él se miraron en silencio, sin conseguir ver los rasgos del rostro de los otros en la noche brumosa y cenicienta de Morrowindl. Parecían estatuas alrededor de la figura inerte de Dal, o centinelas congelados en el tiempo. Eran los únicos supervivientes del grupo de nueve que había salido de la falda del Killeshan para sacar a los elfos y Arborlon de su tumba volcánica y llevarlos a una nueva vida en los bosques de la Tierra del Oeste. Tres, subrayó Wren llena de angustia, porque consideraba a Gavilán tan perdido como su propia inocencia.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Triss se movió bruscamente, rompiendo su parálisis. Se alejó unos pasos y se inclinó para examinar el terreno. Volvió a erguirse e hizo un gesto de confusión.

—¿Quién pudo hacer esto? Tendría que haber huellas... —Le falló la voz.

Wren y Garth intercambiaron una significativa mirada; Triss aún no había comprendido.

—Fue Gavilán —dijo en voz baja.

—¿Gavilán? —El capitán de la Guardia Real la miró con ojos vacíos.

—Gavilán Elesedil —repitió la muchacha, pronunciando el nombre completo con la esperanza de que así fuera capaz de aceptar la realidad. Fauno seguía temblando sobre su hombro—. Ha matado a Dal y se ha llevado el báculo Ruhk.

—No —respondió inmediatamente Triss sin moverse—. Mi señora Wren, eso no es posible. Está equivocada. Gavilán es un elfo y ningún elfo dañaría a otro. ¡Además, es un príncipe de la sangre de Elesedil! ¡Ha jurado servir a su pueblo!

Wren hizo un gesto desesperado. Tendría que haberlo visto venir, haberlo leído en su mirada, haberlo advertido en su voz, en su conducta belicosa. Había tenido la verdad ante sus ojos y se había negado a admitirla.

—Stresa —llamó al gatoespino.

—¡Jsssttt! ¡Ya te previne contra él! —respondió el gatoespino, saliendo de la oscuridad. Se bamboleaba con las espinas erizadas en actitud beligerante.

—Gracias por recordármelo. Pero ahora dime lo que revelan las huellas. Tu vista es más penetrante que la nuestra, y tu olfato, más fino. Estúdialas, por favor.

Hablaba con voz suave, impregnada de dolor. El gatoespino aguzó la vista y avanzó con cautela. Todos lo observaron mientras rodeaba el claro, olfateando, explorando con la mirada, deteniéndose con frecuencia.

—Él no pudo hacer esto —volvió a decir Triss, negándose a admitir la evidencia.

Wren no contestó. Tenía la mirada perdida en el vacío. La Grada era una pantalla gris a sus espaldas; el In Ju, un agujero negro delante; el Killeshan, un lejano retumbo. Morrowindl se cernía sobre ellos como una hiena sobre la carroña.

—Nadie salvo nosotros... Pfff... ha pasado por este lugar durante las últimas horas —dijo Stresa, tras realizar su inspección—. Sssttt. Nuestras huellas salen de la Grada, entran y vuelven a salir... por allí. Solo nosotros... ningún monstruo, ningún intruso; nada en absoluto. —Hizo una pausa y giró en redondo—. Allí arrancan las huellas más recientes, que se dirigen hacia el oeste, hacia el In Ju. Son tuyas. Lo siento, Wren Elesedil.

Ella inclinó la cabeza, despojada del último vestigio de esperanza. Después miró a Triss.

—¿Por qué? —preguntó el capitán de la Guardia Real con desaliento.

Porque estaba aterrado, pensó Wren. Porque estaba habituado al orden y a la comodidad, a vivir al amparo de unas murallas y bajo un cielo seguro, y las nuevas circunstancias habían sido abrumadoras para él. Porque había creído que todos estaban muertos y temía que le ocurriera lo mismo si no huía. O porque estaba ansioso y desesperado y deseaba poseer a toda costa el báculo Ruhk y su magia.

—No lo sé —respondió en voz baja.

—Pero Dal...

—¿Y eso qué cambia? —lo interrumpió, bastante más furiosa de lo que hubiera deseado. Se arrepintió inmediatamente de su brusquedad. Aspiró una bocanada de aire—. Lo importante es que se ha llevado el báculo Ruhk y la

Loden, y que tenemos que recuperarlos. Tenemos que encontrarlo cuanto antes. Stresa, ¿tú qué opinas? —preguntó al gatoespino, volviéndose hacia él.

—No —respondió el gatoespino—. Jssstt. Rastrear de noche es demasiado peligroso. Espera a que amanezca.

—No disponemos de tanto tiempo —respondió la joven, negando con la cabeza.

—Grrr... Wren Elessedil. ¡Pues tendremos que esperar si queremos seguir con vida! —La ronca voz de Stresa se convirtió en un gruñido gutural—. Solo un necio se aventuraría a descender por la Cornisa Negra y entrar en el In Ju en plena noche.

Wren se sintió dominada por un arrebató de ira. Para ella, el peligro no tenía ninguna importancia en aquellos momentos. No podía permitirlo.

—¡Tengo las piedras élficas, Stresa! —dijo—. ¡La magia élfica nos protegerá!

—¿La magia élfica que... jssstt... tanto miedo te da utilizar? —El tono de Stresa era sarcástico—. Pjfffft. Ya sé que te preocupas por él, pero...

—¿Stresa? —gritó Wren.

—... la magia no puede protegernos contra lo que no se ve —prosiguió el gatoespino sin alterarse—. ¡Sssttpp! Debemos esperar hasta mañana.

Se produjo un profundo y opresivo silencio. Wren se oyó gritar en su interior. Levantó la mirada cuando Garth se puso frente a ella.

«El gatoespino tiene razón. Recuerda las lecciones que aprendiste. Recuerda quién eres».

Lo único que podía recordar en aquel momento era la expresión que había visto en los ojos de Gavilán Elessedil cuando le entregó el báculo Ruhk. Sostuvo la mirada de Garth y lo que vio en ella enardeció su ira. Asintió con la cabeza contra su voluntad.

—Esperaremos hasta mañana.

Hizo guardia mientras los demás dormían, olvidándose de su propia fatiga, consumida por la cólera y la desesperación que le provocaba Gavilán. No podría dormir hasta que sus sentimientos se apaciguaran. Estaba sentada con la espalda contra una pila de rocas mientras sus compañeros dormían a unos metros de distancia y Stresa estaba acurrucado en el límite del claro, quizá dormido, quizá no. Miraba la oscuridad, acariciando a Fauno distraídamente, pensando en cosas más negras que la noche.

Gavilán. Había sido tan amable cuando lo conoció y era tan atractivo... A ella le había gustado, mucho. Incluso había abrigado una esperanza al respecto que ni siquiera ahora se atrevía a admitir. Él le había prometido

amistad y protección, dar respuestas a las preguntas que le hiciera siempre que le fuera posible, proporcionarle lo que necesitara. Había prometido muchas cosas, y tal vez las hubiera cumplido si no se hubieran visto obligados a abandonar la protección de la Quilla. Pero ella no se había equivocado al intuir la debilidad de Gavilán: no era lo bastante fuerte para afrontar lo que les esperaba más allá de las murallas de Arborlon. Los cambios se manifestaron casi de inmediato en él. Su atractivo se disolvió en la preocupación, la inquietud y el miedo. Había perdido el único mundo que conocía y se había quedado indefenso y desamparado en una pesadilla real. Intentó comportarse con toda la valentía que logró reunir, pero todo lo que conocía, todo aquello que le había hecho sentirse seguro, había desaparecido. Con la muerte de la reina y la entrega del báculo a Wren, la situación se le hizo insoportable. Se consideraba el sucesor de la reina y seguía creyendo que con el poder de la magia élfica podía alcanzar cualquier objetivo. Estaba destinado a eso, lo consideraba la meta de su vida. Estaba convencido de que podía salvar a los elfos y de que la magia le proporcionaría los medios para lograrlo.

Aún resonaba su ruego en los oídos de Wren: «Entrégame el báculo».

Y ella había cometido la imprudencia de confiárselo.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Seguro que Gavilán había sido víctima del pánico, pensó. Seguro que creía que ella había muerto, que todos habían muerto, y que estaba solo. Intentó marcharse y Dal lo detuvo, diciéndole que esperase, subestimando la intensidad de su pánico, de su locura. Debió de oír los susurros y arrullos de los dráculs y le afectaron profundamente. Entonces mató a Dal porque...

«¡No!». Estaba gritando, incapaz de contenerse, dando rienda suelta a la ira que sentía contra sí misma por intentar buscarle excusas. Pero era tan doloroso admitir la verdad... admitir que él había sido débil, que había sido codicioso, que había reaccionado en lugar de razonar y que había matado a un hombre que estaba con él para protegerlo. ¡Qué necio! ¡Qué loco! Pero la necedad y la locura estaban en todas partes, les rodeaban, formaban un lodazal tan vasto e impenetrable como las Tinieblas del Paraíso. Morrowindl las fomentaba, las insuflaba en su interior, y cada uno disponía de un umbral de resistencia que, una vez lo cruzado, ponía fin a su lucidez. Gavilán había cruzado ese umbral, tal vez incapaz de contenerse, y se había desvanecido en la niebla. Aunque consiguieran encontrarlo, ¿qué quedaría de él?

Se mordió la muñeca hasta que le dolió. Debían encontrarlo, por supuesto... aunque él ya no importase. Debían recuperar el báculo Ruhk y la Loden o todas las penalidades que habían sufrido para salir de Morrowindl y

todas las vidas sacrificadas (la de su abuela, la del Búho, la de Eowen y la de los guardias reales) habrían sido inútiles. Esta posibilidad la quemaba. No podía permitirlo. Se lo había prometido a su abuela, y también se lo había prometido a sí misma. Esa era la razón de que estuviese allí: hacer que los elfos regresaran a la Tierra del Oeste y encontrar la manera de acabar con los umbríos. El propósito de Allanon, y ahora también el suyo, admitió con furia. Se había encontrado a sí misma y descubierto la verdad. Demasiado de ambas. Su vida estaba al descubierto, la pasada, la presente y la futura, y no permitiría que se la arrebatasen sin su consentimiento.

«No me importa el precio que tenga que pagar —se dijo—. ¡No me importa!».

—Mi señora Wren —la despertó Triss con amabilidad, tocándole el hombro—. Acuéstese. Descanse.

—Dentro de un momento —respondió la joven, pestañeando y aceptando la manta que le ofrecía el capitán de la Guardia Real—. Siéntate conmigo un rato.

Triss así lo hizo, acompañándola en silencio, con su enjuto y bronceado rostro extrañamente sereno y la mirada distante. Ella recordó la expresión de su cara cuando le reveló la traición de Gavilán. Traición... ¿acaso no lo era? Esa expresión había desaparecido, eliminada por el sueño o por la aceptación. Había encontrado la manera de convivir con ella. Triss, el único superviviente de los que habían abandonado la antigua vida de Arborlon... ¡qué solo debía de sentirse!

—Hace ocho años que soy capitán de la Guardia Real —dijo Triss, mirándola como si hubiera leído sus pensamientos—. Un largo tiempo, mi señora Wren. Yo amaba a su abuela, la reina. Hubiera hecho cualquier cosa por ella. —Hizo un gesto de resignación—. He pasado toda mi vida al servicio de los Elesedil y del trono élfico. Conocí a Gavilán cuando era un niño, crecimos juntos y juntos nos hicimos hombres. Éramos compañeros de juegos. Mi familia y la suya todavía esperan dentro de la Loden, y nuestros amigos... —Respiró profundamente, buscando las palabras adecuadas—. Yo lo conocía bien. Él no hubiera matado a Dal a menos que... ¿Podría haber ocurrido algo que lo hubiera transformado? ¿Podría haberlo hecho perder la razón alguno de los demonios?

Ella no había considerado aquella posibilidad. Sí, era posible. Tal vez hubiera ocurrido. Tal vez la causa había sido distinta: un veneno, por ejemplo, o una enfermedad como la que había acabado con la vida de Ellenroh. Pero su

corazón le decía que no se debía a ninguna de esas causas, sino solo a su debilidad de espíritu, a una voluntad quebrada.

—Podría haber sido un demonio —mintió a pesar de todo.

—Era una buena persona —dijo Triss con voz serena, levantando su enérgico rostro—. Se preocupaba por los demás... los ayudaba. Quería a la reina. Ella quizá lo hubiera nombrado rey.

—Si no hubiera sido por mí.

—No he debido decir eso —respondió el capitán de la Guardia Real, incómodo, apartando la vista—. La reina es usted. —Volvió a mirarla—. Su abuela no le hubiera entregado el báculo si no hubiese estado plenamente convencida de que era lo mejor. Podría habérselo dado a Gavilán. Quizá vio algo en él que a los demás nos pasó inadvertido. Usted tiene la fortaleza que necesita el pueblo élfico.

—Yo no deseaba ser parte de esto, Triss —respondió Wren, clavando sus ojos en él—. De nada de esto.

—¿No? ¿Por qué? —inquirió el capitán, asintiendo y esbozando una leve sonrisa.

—Yo solo quería saber de dónde vengo.

Wren vio un destello de desesperación en los oscuros ojos de Triss.

—No pretendo averiguar lo que la traído hasta nosotros —dijo el capitán de la Guardia Real—. Solo sé que está aquí y que es la reina de los elfos. No nos abandone... ¡La necesitamos! —le rogó, manteniendo la mirada fija en ella.

—No te preocupes, Triss —respondió Wren, que se había quedado asombrada por la intensidad de su súplica, poniendo una mano en su brazo para tranquilizarlo—. Te prometo que no os abandonaré. Nunca.

Se separó del capitán de la Guardia Real, fue hasta donde Garth dormía y se acurrucó junto a su amigo, porque necesitaba su calor y su corpulencia para pasar aquella noche, porque deseaba retrotraerse al pasado para recuperar la protección y la seguridad que le había ofrecido, para recuperar lo que estaba irremediablemente perdido. Pero tuvo que conformarse con lo único que había allí y, por fin, se durmió.

Se despertó al amanecer, más descansada de lo que esperaba. La luz que se filtraba entre la neblina era escasa y gris, y el mundo que los rodeaba, tranquilo y vacío, olía a podredumbre. El retumbo del Killeshan sonaba débil y lejano, pero estable por primera vez desde que iniciaron el viaje. Eran unos lentos y continuos temblores que anunciaban sucesos mayores. Wren sabía que se estaba acabando el tiempo, que el final se precipitaba a pasos

agigantados. El fuego del volcán empezaba a acumularse en las entrañas de la isla, preparándose para la última conflagración. Cuando estallara, arrasaría todo lo que se interpusiera en su avance.

Se pusieron en camino inmediatamente, con *Stresa* abriendo la marcha y seguido de cerca por Garth. Wren iba detrás con *Fauno* y Triss, que cerraba la marcha. Ella estaba ahora más serena, menos trastornada. Gavilán, pensó, no tenía adónde ir. Podía correr hacia las playas en busca de Tigre Ty y *Espíritu*, pero ¿cómo encontraría el camino a través del In Ju? No era rastreador y carecía de la experiencia necesaria para sobrevivir en la jungla. Estaba medio enloquecido por el miedo y la desesperación. ¿Hasta dónde conseguiría llegar? Lo más probable era que caminara en círculos, por lo que no tardarían en encontrarlo.

Sin embargo, en el fondo de su mente se escondía un temor: que Gavilán consiguiera salir de la jungla, llegara hasta la playa, convenciera a Tigre Ty de que todos habían muerto y lograra que lo transportara junto con el báculo Ruhk, dejando abandonado al resto del grupo. Esta hipótesis la irritaba, sobre todo al considerar la posibilidad de que Gavilán no la creyera muerta y hubiera decidido dejarla atrás, convencido de la rectitud de su causa y de la inevitabilidad de su reinado.

Incapaz de pensar más en el asunto, lo apartó de su mente con brusquedad.

La Cornisa Negra empezaba a descender casi desde el final de la Grada, pero por allí no era tan escarpada como por donde Garth y ella la habían escalado durante el viaje de ida. La vertiente era escabrosa y estaba cubierta por una densa vegetación, pero no les resultó muy difícil encontrar un sendero descendente. Bajaron con rapidez, con *Stresa* a la cabeza, que seguía el rastro de Gavilán. Las ramas tronchadas y las hojas aplastadas revelaban el paso del príncipe de los elfos; era tan obvio que Wren hubiera podido seguirlo sin ayuda. De vez en cuando descubrían el lugar donde el fugitivo había caído, sin preocuparse por su seguridad, al parecer ansioso solo por escapar. Debía de estar muy nervioso, pensó Wren. Debía de estar aterrorizado.

Al mediodía llegaron a las fronteras del In Ju y se detuvieron para comer. *Stresa* se mostraba confiado. Solo les faltaban unas horas para alcanzar a Gavilán, les dijo. El príncipe de los elfos se bamboleaba al andar, lo cual era una clara muestra de extenuación. A menos que ocurriera algo que hiciera variar el curso natural de los acontecimientos, lo alcanzarían antes del anochecer.

La predicción de Stresa se cumplió, pero no de la forma que esperaban. Poco después de que reemprendieran el rastreo de los vanos esfuerzos de Gavilán por rodear el In Ju, empezó a llover. El calor del aire había aumentado a medida que descendían la montaña, un bochorno que adquiría consistencia lentamente y no disminuía. Antes de que empezara a llover, había una humedad que impregnaba la atmósfera, un denso vaho que se les pegaba a la piel como seda mojada y llenaba de gotas sus ropas de cuero. Un rato más tarde, la humedad se convirtió en niebla, luego en llovizna y, por último, en un torrente que cayó sobre ellos con ímpetu feroz. Los cegó y se vieron obligados a refugiarse bajo un gigantesco baniano. El aguacero pasó rápidamente y se llevó consigo el rastro de Gavilán. Stresa lo buscó con cuidado, pero todas las huellas habían desaparecido.

Garth observó la verde y húmeda maraña de la jungla y le dijo a Wren por señas: «Las marcas de su paso todavía son muy claras. Puedo seguir su pista».

Ella dejó que Garth encabezara la marcha, con Stresa pegado a sus talones. El primero buscaba señales del paso de su presa; el segundo estaba atento para detectar los lanzaflechas y otros peligros. «Su presa», pensaba Wren, repitiendo las palabras. Gavilán había quedado reducido a eso. Lo compadeció muy a su pesar. Hubiese sido preferible que se hubiera quedado dentro de la ciudad, Y ella debería haberse esforzado más para mantenerlo a salvo... Aún deseaba lo que nunca podría ser.

Ahora su avance era más lento. Gavilán había renunciado a rodear el In Ju y se había metido en él. Los indicios que encontraban (ramitas tronchadas, vegetación desordenada, alguna pisada ocasional) sugerían que había renunciado a adoptar la más mínima precaución de ocultar sus huellas y que solo trataba de llegar a las playas por la ruta más corta posible. Decantarse por la velocidad en detrimento de la cautela era una elección equivocada, pensó Wren. Siguieron el rastro sin dificultad. Ella esperaba encontrarlo a cada paso, que concluyera la persecución y se confirmara lo inevitable. Pero, del modo que fuese, él lograba proseguir su viaje, sorteando los peligros que acechaban por todas partes: las ciénagas y los pozos, los lanzaflechas, los seres que cazaban a los incautos, las trampas y los monstruos creados por la magia élfica que él tan ilusamente pensaba poder controlar. Wren no comprendía cómo se las arreglaba para continuar con vida. Debería haber muerto una docena de veces. Se sorprendió deseando que sucediera, que cometiera un error y la locura cesara. Odiaba lo que estaban haciendo, cazándolo como a un animal, persiguiéndolo como a una presa. Quería que aquello terminara.

Al mismo tiempo, le horrorizaba lo que tendría que pasar para eso.

Cuando divisaron las telarañas del wisteron, se desesperó. «Así no — imploró—. Que por lo menos tenga un final *rápido*». Por todas partes había fibras que accionaban trampas, colgadas de los árboles, extendidas a lo largo de las enredaderas y tejidas en mortíferas redes. Stresa volvió a ponerse a la cabeza del grupo, en lugar de Garth, para guiarlos a través de la peligrosa zona, y se detenía con frecuencia para escuchar, olfatear el aire y ponderar la seguridad del terreno que se extendía delante. La selva se espesaba en un laberinto de verdes frondas y oscuros troncos que se entrecruzaban. Unas siluetas se movían lenta y pesadamente a su alrededor, pero los sonidos que producían eran ansiosos y ávidos. El crepúsculo se acercaba y empezó a oscurecer. Lejos, oculto por la montaña que habían descendido, el Killeshan retumbó. Los temblores sacudieron la isla y la verde maraña de la selva se estremeció con la vibración. Empezaron las explosiones, todavía amortiguadas, pero creciendo en intensidad a medida que pasaba el tiempo. Todos los árboles vibraron a causa de las reverberaciones y de las charcas del pantano se elevaron surtidores de vapor, silbando por la presión liberada. A medida que la luz disminuía, Wren vio, a través de la omnipresente niebla cenicienta, que el cielo se enrojecía sobre el Killeshan.

«Ya ha empezado», pensó cuando los preocupados ojos de Garth se encontraron con los suyos.

Se preguntó de cuánto tiempo dispondrían. Aunque recuperasen el báculo, aún necesitarían otros dos días para llegar a la playa. ¿Estaría Tigre Ty esperándolos? ¿Con qué frecuencia les había prometido ir? Una vez a la semana, ¿verdad? ¿Y si acababa de irse cuando llegaran? ¿Vería el fulgor del volcán y se daría cuenta del peligro que los amenazaba?

¿O tal vez hacía ya mucho tiempo que se había olvidado de ellos, convencido de que ella había fracasado, de que había muerto como todos los demás y que no tenía sentido seguir esperando?

Negó con la cabeza, rechazando esa posibilidad. No, eso no era propio de Tigre Ty. Tenía mucho mejor concepto de él. No los abandonaría, se dijo. No mientras quedara la más mínima esperanza.

—¡Pfff! Tendremos que detenernos pronto —dijo Stresa—. Jsstt. Tenemos que encontrar un refugio antes de que oscurezca más, antes de que el wisteron salga de caza.

—Un poco más adelante —propuso Wren, esperanzada.

Prosiguieron la marcha, pero Gavilán Elessedil seguía sin aparecer. Las imprecisas huellas de su paso se extendían ante ellos, internándose en el In Ju,

en una alineación de tallos y hojas inclinados y tronchados que desaparecía entre las sombras.

Por fin, desistieron. Stresa encontró un refugio en el tocón hueco de un baniano derribado por el tiempo y la erosión, un enorme tronco con aberturas en la base y una estrecha grieta más arriba. Taparon las primeras y esperaron, con los ojos fijos en la segunda. No salió nada. No había peligro. Dentro de aquella especie de ataúd, la atmósfera era oscura y sofocante, tan seca como un desierto. Cayó la noche, y oyeron el despertar de los depredadores de la selva: rugidos guturales, pasos cautelosos y lastimeros quejidos de agonía y muerte. Permanecían apiñados espalda con espalda, con Stresa agazapado delante de ellos, que mantenía las púas erizadas hacia la tenue luz. Establecieron turnos de guardia, y dormitaron porque estaban demasiado cansados para mantenerse despiertos y demasiado ansiosos para dormir. Fauno yacía en los brazos de Wren, tan quieto como si estuviese muerto. Ella lo acariciaba con cariño, preguntándose cómo habría logrado sobrevivir en un mundo como aquel. Pensó en lo mucho que odiaba Morrowindl. Era un ladrón que le había robado todo... las vidas de su abuela y sus amigos, las cosas que creía saber sobre los elfos y su historia, el amor y el afecto que sentía por Gavilán y la fuerza de voluntad que creyó que nunca perdería. Esta última pérdida era la que más le preocupaba: la confianza en quién y qué era, la certeza de que podía marcar su propio destino. Pero Morrowindl se lo había arrebatado todo: el antiguo paraíso convertido en una pesadilla propia de los umbríos. Wren intentó recordar cómo era la vida fuera de la isla, pero no pudo. Solo podía pensar en huir, porque todavía no era seguro que lo consiguieran, porque su destino era incierto. Recordó que antes de iniciar el viaje para ir al encuentro del espíritu de Allanon pensó que aquello podría ser el principio de una gran aventura. El recuerdo le produjo náuseas.

Durmió durante un rato, soñó con seres tenebrosos y horribles y se despertó sudorosa y acalorada. Durante su turno de guardia, sus pensamientos derivaron de nuevo hacia Gavilán, hacia detalles de su relación: su forma de acariciarla, el contacto de su boca cuando la besó y la admiración que provocaba en ella con cualquier comentario casual o mirada pasajera. Esbozó una sonrisa. ¡Le gustaban tantas cosas de él! Le dolía su pérdida. Deseó que regresara junto a ella y que volviera a ser la persona que había sido. Incluso deseó encontrar la manera de que la magia hiciera lo que la naturaleza no podía: cambiar el pasado. Era un pensamiento absurdo, pero la atormentaba de forma despiadada. Había perdido a Gavilán. Él había caído en las garras de la locura de Morrowindl. Había asesinado a Dal y robado el báculo Ruhk. Se

había convertido en un ser abominable. Gavilán Elessedil, que tanto la había atraído y cuidado, había dejado de existir.

Al rayar el alba reanudaron la marcha. No tuvieron que entretenerse con el desayuno porque no tenían nada que comer. Habían agotado todas las provisiones. Solo les quedaba un poco de agua, la suficiente para un día. En el In Ju no podían obtener alimentos, por lo que debían salir de allí cuanto antes.

Su búsqueda terminó aquel día casi antes de que empezara. Aún no llevaban ni una hora de camino cuando perdieron el rastro de Gavilán. Al llegar junto al borde del barranco, Stresa siseó para que se detuvieran. Abajo, entre los restos de pequeñas plantas y hierbas pisoteadas en lo que debía de haber sido una lucha frenética, yacían las hebras de una telaraña del wisteron.

Stresa bajó al fondo del barranco, lo olfateó con cautela y volvió a subir. Sus oscuros y brillantes ojos se fijaron en Wren.

—Jsssttt. Ha estado ahí, Wren Elessedil.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó la joven, cerrando los ojos para liberarse de la espantosa visión que las palabras del gatoespino evocaban.

—Jsssttt. No mucho. Quizá seis horas. Justo después de medianoche, supongo. La red atrapó al príncipe de los elfos y lo retuvo hasta que llegó el wisteron. Ruul-l-l. La bestia se lo llevó.

—¿Adónde, Stresa?

—A su guarida, imagino —respondió el gatoespino, aguzando los oídos—. Tiene una en una cavidad profunda situada en el centro del In Ju.

Wren se sintió invadida por un inesperado cansancio. Por supuesto, una guarida. Tenía que haberla.

—¿Algún indicio del báculo Ruhk?

—Ninguno —respondió el gatoespino, negando con la cabeza.

Por consiguiente, a menos que Gavilán lo hubiera abandonado, algo que nunca haría, seguía con él. A pesar de su determinación, se estremeció al recordar su breve encuentro con el wisteron durante el viaje de ida y la horrible impresión que le había producido contemplar su simple paso.

Pobre y necio Gavilán. Ya no había esperanza para él.

Miró a sus compañeros de uno en uno.

—Tenemos que recuperar el báculo Ruhk. No podemos marcharnos sin él.

—No, mi señora Wren, no podemos —convino Triss con una expresión dura en los ojos.

Garth estaba de pie, con las grandes manos a los costados.

—Grrr, Wren de los Elfos, no esperaba menos de ti —dijo Stresa, sacudiendo las púas y levantando su cara picuda hacia ella—. Jssttt. Pero tendrás que... ssppppptt... usar la magia élfica si quieres que salgamos con vida de esta aventura. Tendrás que utilizarla contra el wisteron.

—Lo sé —respondió ella en voz baja, y sintió que dejaba atrás el último vestigio de su antigua vida.

—En cualquier caso, no creo que sirva de mucho. Pfff. El wisteron es...

—Stresa —lo interrumpió la joven con voz suave—. No tienes que venir con nosotros.

Se produjo un profundo silencio que flotó sobre la selva. El gatoespino soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Pjjffl. Hemos llegado juntos hasta aquí, ¿verdad? Pues no se hable más. Yo os guiaré.

En el largo y profundo silencio de la noche sin fin de Paranor, en el limbo de su grisácea e inmutable penumbra, Walker Boh permanecía sentado, mirando al vacío. Su mano cerrada descansaba sobre la mesa que tenía ante sí, y sus dedos rodeaban como abrazaderas de hierro la piedra élfica negra. No le quedaba ninguna otra cosa que hacer, ninguna otra opción que considerar, ninguna alternativa que descubrir. Había analizado la situación de la forma más minuciosa que había sido capaz y lo único que faltaba era probar la solidez de sus conclusiones.

—Tal vez deberías esperar un poco más —dijo Cogleine.

El anciano estaba sentado frente a él, un frágil y esquelético fantasma, casi transparente a contraluz. Y eso iba en aumento, pensó Walker con desesperación. Su blanco y fino pelo rodeaba su cara arrugada como un aura polvorienta; las prendas le colgaban igual que ropa en un tendedero; sus ojos destellaban tenuemente en las oscuras cuencas. Cogleine se estaba diluyendo, se fundía con el pasado y regresaba junto a Paranor al lugar donde se encontraba la Fortaleza antes de ser invocada. Porque Paranor no permanecería en el mundo de los hombres a menos que hubiese un druida dispuesto a atenderla, y Walker Boh, señalado por las circunstancias y el destino como el siguiente en vestirse con los hábitos negros, aún no se los había puesto.

Sus ojos buscaron a *Susurro*. El gato del páramo estaba tumbado junto a la pared opuesta del estudio donde se hallaban. Su cuerpo negro era tan lánguido y etéreo como el del anciano. Walker se miró y se dio cuenta de que también estaba desvaneciéndose, aunque no tan deprisa. En última instancia, él podía decidir, podía marcharse cuando quisiera, pero no Cogleine ni *Susurro*, que quedarían vinculados a la Fortaleza por toda la eternidad si Walker no encontraba la forma de devolverla al mundo de los hombres.

Por extraño que pareciese, creía que había encontrado la forma. Pero su descubrimiento le aterrorizaba tanto que no se decidía a ponerlo en práctica.

—Nada se pierde por volver a leer los libros —insistió Cogline, moviéndose, y sus secos huesos rechinaron.

—Cuando acabase no quedaría nada de ti, ni de *Susurro*, ni de la Fortaleza, ni de mí —respondió Walker, esbozando una irónica sonrisa—. Paranor está desapareciendo, Cogline. No podemos ignorarlo. Además, no hay ni un solo libro que no haya leído y, por tanto, tampoco hay nada nuevo que pueda descubrir.

—¿Estás seguro de que no te estás equivocando, Walker?

¿Seguro? De lo único que estaba seguro era de su absoluta inseguridad. La piedra élfica era un enigma mortal. Si la utilizaba de forma equivocada, podía acabar como el Rey de Piedra, arrollado por su propia magia, destruido por aquello en lo que más confiaba. Uhl Belk creyó que dominaba la magia de la piedra élfica negra y por eso lo perdió todo.

—Solo lo supongo —respondió Walker—. Nada más.

Abrió la mano, y la piedra élfica quedó expuesta a la luz. Yacía en el cuenco de la palma de su mano, pulida, afilada, opaca e impenetrable; era un poder en sí misma, un poder que superaba a todos los que él conocía. Recordó cómo la había sentido cuando la utilizó para restablecer la Fortaleza con el pleno convencimiento de que su cometido terminaba allí, que sacarla del limbo adonde Allanon la había enviado era todo lo que se requería. Recordó la ola de energía que lo había unido a la Fortaleza, la carne y la sangre entrelazadas con la piedra y la argamasa, y la refundición de su cuerpo hasta que él llegó a ser tanto fantasma como hombre, transformado para que pudiera entrar en Paranor, para que pudiera descubrir el resto de su misión.

Una metamorfosis del ser.

Dentro había encontrado a Cogline y a *Susurro* y escuchado el relato de cómo habían sobrevivido al ataque de los umbríos gracias a la magia protectora de la *Historia de los druidas*, que los atrapó y los trasladó a Paranor. Aunque Walker había sacado la Fortaleza del limbo adonde la había enviado Allanon, no volvería a anclarse a su lugar hasta que él encontrase la manera de completar su transformación, de convertirse en el druida que estaba destinado a ser. Mientras tanto, Paranor sería una prisión que solo él podía abandonar, una prisión que retrocedía hacia el espacio de donde él la había sacado.

—Solo lo supongo —repitió, casi para sí.

Había leído y releído la *Historia de los druidas* para descubrir lo que debía hacer, pero no había encontrado nada. En ningún pasaje de la *Historia* se describía lo que debía hacer para convertirse en druida. Ya consideraba la causa perdida cuando recordó las visiones del Oráculo del Lago, dos de las cuales ya se habían cumplido, y comprendió que la tercera se cumpliría allí.

—Me encuentro en una fortaleza vacía de vida y ennegrecida por el abandono —dijo Walker, girándose hacia el anciano—. Me acecha una muerte de la que no puedo escapar. Me persigue sin descanso. Sé que debo huir de aquí, pero no puedo hacerlo. Permito que se aproxime y ella intenta agarrarme. Un frío se instala en mi interior y siento que mi vida se acaba. Detrás de mí se levanta una oscura sombra que me agarra y me impide huir. La sombra es Allanon.

Esas palabras se habían convertido en una letanía.

—Hablas de tu visión, de la última de las tres —dijo Cogleine, con un gesto de asentimiento cargado de paciencia.

—Dos ya se han cumplido, pero ninguna como yo esperaba. Al Oráculo del Lago le encanta jugar a los acertijos, pero esta vez usaré su malicia en mi propio beneficio. Conozco los detalles de la visión. Sé que se cumplirá aquí, dentro de la Fortaleza. Solo necesito descifrar su significado, separar la verdad de la mentira.

—Pero si tus suposiciones están equivocadas...

—No lo están —lo interrumpió Walker Boh, negando con la cabeza.

Estaban pisando terreno conocido. Walker ya se lo había explicado todo al anciano, para así someterlo al criterio de alguien que descubriría al instante los fallos que a él le hubiesen pasado inadvertidos y que se los diría, pero también para juzgar lo acertado de su suposición al escuchar su razonamiento puesto en palabras.

La piedra élfica negra era la clave.

Repitió de memoria aquel breve y único párrafo de la *Historia de los druidas*:

«Una vez desaparecido, Paranor se perderá para el mundo de los hombres, sellado e invisible dentro de sus límites. Solo una magia tiene el poder de hacerlo regresar, esa singular piedra élfica de color negro, concebida por la gente feérica del viejo mundo de la misma manera y forma que todas las piedras élficas, pero combinando en una sola todas las propiedades necesarias del corazón, la mente y el cuerpo. Quien tenga motivos y derecho para hacerlo, deberá utilizarla para alcanzar su fin adecuado».

Había asumido que la piedra élfica negra estaba destinada a proporcionar a Paranor su actual estado de semiexistencia y conseguir que él accediera a su interior. Pero el texto no especificaba hasta dónde llegaba el uso de la piedra élfica. Una sola magia, decía, tenía poder para restaurar Paranor: la piedra élfica negra. En ninguna parte se mencionaba otra magia. No había nada más sobre el retorno de Paranor al mundo de los hombres en las páginas de la *Historia de los druidas*.

Por tanto, era lógico suponer que la piedra élfica negra era lo único que se requería, pero no que debiera utilizarse una vez, dos o tres para que el proceso de restauración se completara.

Pero ¿cuál era su función?

La respuesta parecía obvia. La magia que Allanon había liberado dentro de Paranor trescientos años antes era una especie de perro guardián con una doble misión: aniquilar a los enemigos de la Fortaleza y mantenerla recluida en aquel limbo hasta que fuese debidamente invocada. La magia era un ser vivo. Podía percibirse en las paredes del castillo, se la oía latir en sus entrañas. Vigilaba y escuchaba. Respiraba. Estaba allí, esperando. Para devolver la Fortaleza a las Cuatro Tierras era necesario someter la magia que había liberado Allanon. Parecía razonable suponer que solo otra forma de magia lo lograría, y la única magia disponible, la única que mencionaba la *Historia de los druidas* con relación a Paranor, era la piedra élfica negra.

Hasta aquí todo parecía normal. Magia druídica para anular magia druídica. Tenía sentido. El poder de la piedra élfica negra era el de anular otras magias. «Solo una magia», se leía en el texto. Y Walker debía utilizarla, desde luego. Ya lo había hecho una vez, lo que probaba que podía hacerlo. «Quien tenga motivos y derecho para hacerlo». Él utilizaría la piedra élfica negra contra la magia que hacía de perro guardián, y la anularía. Utilizaría la magia de la piedra élfica negra y lograría restablecer totalmente la Fortaleza de los druidas.

Pero aún le faltaba algo. No había encontrado ninguna explicación sobre el funcionamiento de la piedra élfica negra. Era mucho más complicado que limitarse a invocar la magia y dejarla actuar. La piedra élfica negra anulaba otras magias, las absorbía... y también las introducía en su portador. Walker Boh ya había cambiado cuando la utilizó para restablecer la Fortaleza y entrar en ella, pasando de ser un hombre normal a ser un hombre incorpóreo. ¿Qué otros daños podría infligirse a sí mismo si utilizaba la piedra élfica contra el perro guardián? ¿Qué otras transformaciones podrían producirse en él?

Entonces, de repente, fue consciente de dos cosas.

La primera, que todavía no era un druida y que no lo sería hasta que estableciera su derecho, el cual no procedía del estudio, la erudición o la sabiduría adquiridas con la lectura de la *Historia de los druidas*, ni estaba fijado por el legado que Allanon había otorgado a Brin Ohmsford hacía trescientos años, sino que lo tendría en el momento en que encontrara la manera de someter al perro guardián de la Fortaleza y devolviera Paranor al mundo de los hombres. Esa era la prueba que Allanon le había impuesto.

La segunda, que la tercera visión que el Oráculo del Lago le había mostrado, la que debía cumplirse en Paranor, la única en la que se enfrentaba con una muerte de la que no podía escapar porque el espíritu de Allanon lo sujetaba, era un fragmento de aquel momento.

Sus argumentos eran convincentes. Los druidas no hubieran dejado por escrito un proceso como ese cuando contaban con un camino mejor. Solo Walker Boh podía utilizar la piedra élfica negra. Solo él tenía derecho a hacerlo. De alguna manera, por algún procedimiento, ese uso provocaría la transformación necesaria. Cuando tuviera que saberlo, Walker descubriría lo que necesitara saber. Gran parte de la magia drúidica dependía de la aceptación, como sucedía con el uso de las piedras élficas, de la espada de Shannara e, incluso, de la Canción. Era bastante razonable pensar que sucedería lo mismo en este caso.

Y la visión del Oráculo del Lago reforzaba su argumentación. Habría una confrontación de la clase que mostraba. Una lectura literal de la visión sugería que esa confrontación sería la causa de la muerte de Walker, que Allanon lo había enviado allí con ese fin y que cualquier esfuerzo para liberarse sería inútil. Pero todo aquello era demasiado simplista y no tenía sentido. ¿Por qué motivo iba a enviarlo Allanon a una muerte segura? Debía de haber otra interpretación. Por ejemplo, la de acabar una vida y empezar otra, convertido en druida para siempre.

Cogline no estaba tan seguro. Las interpretaciones que Walker había hecho de las dos primeras visiones del Oráculo del Lago habían sido erróneas. ¿Por qué estaba tan convencido de que ahora no se equivocaba? Las visiones no eran nunca lo que parecían, sino tortuosos y retorcidos retazos de medias verdades entrelazadas con mentiras. Estaba asumiendo un gran riesgo. La primera visión le había costado un brazo; la segunda, la pérdida de Aurora. ¿Por qué la tercera no iba a costarle nada? Parecía más lógico pensar que la visión estaba abierta a una serie de interpretaciones, cualquiera de las cuales podía cumplirse si se producían las circunstancias adecuadas, incluida la muerte de Walker. Es más, a Cogline le preocupaba que Walker no tuviese

una idea clara de cómo le había transformado la piedra élfica negra, de cómo tenía que someter al perro guardián, de cómo el propio Paranor había de ser restaurado por completo, de cómo se podía conseguir todo eso. No podía ser tan fácil como decía Walker; nada que implicara el uso de la magia élfica lo era. Aquella empresa implicaba dolor, unos enormes esfuerzos y grandes probabilidades de que acabara en fracaso.

Por esa razón argumentaron en pro y en contra durante más tiempo del que Walker hubiera estado dispuesto a admitir, hasta que, horas después, estuvieron demasiado cansados para hacer otra cosa que intercambiar una serie de frases intrascendentes. Walker había tomado su decisión y los dos lo sabían. Iba a probar su teoría, a descubrir y enfrentarse a aquello que Allanon había desatado dentro de Paranor y a utilizar la magia de la piedra élfica negra para dominarla. Iba a descubrir la verdad sobre la piedra élfica y a poner fin a la última de las odiosas visiones del Oráculo del Lago.

Si tenía valor para levantarse de aquella mesa, coger el talismán y empezar...

Aunque había intentado ocultárselo a Cogline con miradas duras y palabras confiadas, se sentía dominado por el terror. Era tanta la incertidumbre, tantas las suposiciones... Obligó a sus dedos a cerrarse sobre la piedra élfica negra, agarrándola con tal fuerza que se hizo daño.

—*Susurro* y yo te acompañaremos —dijo Cogline.

—No.

—Tal vez podamos ayudarte de alguna forma.

—No —repitió Walker, levantando la mirada y negando con la cabeza—. Ojalá pudierais ayudarme, pero tengo que hacer esto solo. Nadie puede ayudarme.

Sentía un fuerte dolor en el lugar que debía ocupar el brazo perdido, como si continuara en su sitio y él no pudiese verlo. Cambió de postura, nervioso, intentando relajar los músculos que se habían crispado y entumecido durante su discusión con el anciano. El movimiento lo estimuló y logró ponerse de pie. Cogline lo imitó. Se miraron a la media luz, en la evanescente transparencia de la Fortaleza.

—Walker. —El anciano pronunció su nombre muy despacio—. Los druidas nos han convertido en sus instrumentos. Nos han zarandeado de acá para allá, nos han obligado a hacer cosas que no queríamos y a involucrarnos en asuntos ajenos a nuestros intereses. No creo que sea oportuno discutir contigo su manipulación a estas alturas.

»Pero quisiera decirte, recordarte, que siempre eligen bien a sus paladines —prosiguió Cogline, inclinándose hacia delante y esbozando una triste y apagada sonrisa—. Te deseo suerte.

Walker dio la vuelta a la mesa, rodeó con su único brazo al anciano y lo estrechó contra su cuerpo.

—Gracias —dijo Walker Boh, tras mantener su abrazo durante unos instantes. Después soltó al anciano y se alejó.

No había nada más que decir. Respiró profundamente, se acercó a *Susurro* para rascarle entre las orejas, miró fijamente sus luminosos ojos, se dio media vuelta y desapareció por la puerta.

Con pasos lentos y cautelosos, moviéndose por los espaciosos y vacíos corredores como si las paredes pudieran oírlo, como si pudieran adivinar sus intenciones, se dirigió al centro de la Fortaleza. Los incoloros pliegues de las sombras flotaban a su alrededor y envolvían sus pensamientos en una mortaja de sueño. Se recluyó en el santuario de su mente, recubriéndose con capas protectoras de determinación y fuerza de voluntad, e invocó desde su interior la resolución, que era su mejor baza para seguir con vida.

La verdad era que no tenía ni idea de lo que ocurriría cuando se enfrentase al perro guardián de los druidas e invocara el poder de la piedra élfica negra para someterlo. Cogline tenía razón: habría sufrimiento y el proceso sería más complejo y difícil de lo que él estaba dispuesto a admitir. Habría una dura y terrible lucha y tal vez él no saliera vencedor. Deseó tener una idea más clara de aquello a lo que iba a enfrentarse. Pero no tenía sentido desear lo que nunca podría ser, lo que nunca había sido. Los caminos de los druidas siempre habían sido secretos.

Entró en el corredor principal y se dirigió a las puertas que daban acceso al interior de la Fortaleza... al pozo donde dormitaba, o quizás habitaba, el perro guardián, porque el Tío Oscuro tenía la sensación de que la magia estaba despierta y vigilante y lo seguía con los ojos mientras se movía por el castillo, deslizándose en la onda de un cambio de luz, presente e invisible. El espíritu de Allanon también estaba allí, en forma de una tensión en su espalda, un calambre en los músculos de sus hombros donde las grandes manos se aferraban a él. Lo estaban empujando, pensó. Lo estaban arrastrando a la confrontación como si fuera un trozo de madera sobre un río crecido.

«Háblame, Allanon —imploró sin hablar—. Dime qué tengo que hacer».

Pero no recibió respuesta.

Se sucedían las puertas de habitaciones vacías y los oscuros pasadizos y corredores. Sintió de nuevo un fuerte dolor en el brazo perdido y deseó

recuperarlo, aunque solo fuera mientras durase la lucha a la que se dirigía. Agarraba con fuerza la piedra élfica negra con su única mano, sintiendo la presión de sus pulidas facetas y afiladas aristas en la palma. Podía invocar el poder que encerraba, pero no podía prever los efectos que produciría. «Te destruirá». Las palabras lo golpearon con fuerza. Respiró lenta y profundamente para calmarse. Intentó recordar el párrafo de la *Historia de los druidas* sobre el uso de la piedra élfica, pero le falló la memoria. Intentó recordar lo que había leído en aquellos libros, pero no pudo. Todo se esfumaba en su interior, perdido en el torrente de miedo y dudas que lo inundaba, ansioso y amenazador. «Ciérrale el paso —se dijo—. Recuerda quién eres, lo que se te ha prometido, lo que te has dicho a ti mismo que sucederá».

Las palabras eran hojas caídas, arrastradas por un fuerte viento.

Delante, un amplio pórtico se abría en la piedra de un muro, arqueado y tan negro como la noche. Dentro había unas altas puertas de hierro cerradas.

La entrada al pozo de la Fortaleza de los Druidas.

Walker Boh llegó ante las puertas y se detuvo. Oyó un rumor de voces a su alrededor, provocativas, burlonas como las del Oráculo del Lago, que le decían que se marchara a la vez que le incitaban a continuar; un enloquecedor remolino de consejos contradictorios. Los recuerdos se avivaron en algún lugar de su interior... pero no eran suyos. Sintió un movimiento a lo largo de su espina dorsal, unos dedos que serpenteaban y se tensaban. Vio ante sí un trazo de maligna luz verde que observaba por las grietas y fisuras del marco de las puertas. Más allá, captó actividad.

En aquel instante estuvo a punto de echar a correr. Si hubiese sido capaz, hubiera tirado la piedra élfica negra y huido, abandonando su resolución y su propósito. Su miedo era manifiesto, tan evidente que parecía que se podía palpar. Aquello no era lo que esperaba. No temía la confrontación que la visión prometía, ni siquiera a la muerte. Temía a algo distinto, a algo tan intangible que era imposible definirlo, aunque estaba seguro de su presencia.

Pero el espíritu de Allanon lo sujetaba como en la visión; una mezcla de fatalidad, circunstancia y manipulación de siglos, combinada para asegurar que Walker Boh cumplía la misión que los druidas le habían encomendado.

Avanzó con el puño cerrado, mirándolo como si perteneciera a otra persona, y lo vio empujar las puertas de hierro.

Se abrieron sin hacer ningún ruido.

Walker las atravesó con el cuerpo entumecido y la cabeza en blanco, pero en ella resonaban gritos de advertencia, gritos impregnados de terror. «No. No

sigas».

Se detuvo porque estaba sin aliento. Se encontraba en un estrecho rellano de piedra, en el pozo de la Fortaleza. Las escaleras ascendían en espiral por el muro como una serpiente con el dorso cubierto de púas. Una débil luz grisácea se filtraba a través de unas ranuras abiertas en la piedra y perforaba las sombras. No había nada debajo de donde él estaba, excepto el vacío... Un enorme y profundo abismo del cual se elevó el resonante eco de las puertas de hierro al cerrarse a su espalda. El corazón le latía con fuerza. Escuchó el silencio de más allá.

Algo se agitó en el abismo: el aliento expelido por los pulmones de un gigante, acelerado y colérico. Una luz verdosa destelló y perdió brillantez, se convirtió en neblina y empezó a arremolinarse lentamente.

Walker Boh se sintió oprimido por la inmensidad del lugar; un peso enorme del que no podía liberarse. Toneladas de piedras lo cercaban, y la negra oscuridad que encerraban era un sudario de muerte. La neblina se elevó, una magia siniestra y antigua. El perro guardián de los druidas se animaba y empezaba a husmear. Se dirigió hacia Walker con un impulso amplio y ascendente, enroscándose a lo largo de la piedra y devorando la oscuridad; un pantano que lo engulliría sin dejar el menor rastro.

Habría huido si no hubiese estado seguro de que ya era tarde, de que había empezado algo que tenía que terminar, de que el tiempo y los acontecimientos por fin lo habían atrapado y de que allí, en la más absoluta soledad, tendría que resolver el enigma de su destino como druida. Se obligó a acercarse al borde del rellano, sintiéndose igual que una gota de agua contra el océano de poder que se extendía a sus pies. Este siseó como si lo viera, como si lo reconociera. Después dio la impresión de que se concentraba, de que se ponía en tensión.

Walker levantó la mano con la piedra élfica negra.

—Espera.

La voz procedía de la neblina. Walker se quedó petrificado, porque la voz pertenecía al Oráculo del Lago.

—¿Me conoces?

¿El Oráculo del Lago? ¿Cómo podía ser el Oráculo del Lago? Walker pestañeó con rapidez. El centro de la neblina había empezado a adquirir forma, la de un remolino verde que subía hacia la luz, que se elevaba entre las sombras, estable y seguro, hasta quedar a su nivel, suspendido en el aire y el silencio.

—Mira.

La neblina se transformó en una figura humana cubierta con una capa, encapuchada y sin rostro. Enseguida le crecieron los brazos y las manos, que se extendieron para abrazar a Walker. Los dedos estaban torcidos y doblados.

—¿Quién soy?

Entonces apareció una cara, las sombras y la luz oscilaron en la neblina. Walker sintió que su alma se desgarraba.

La cara que veía era la suya.

En la oscura cámara que guardaba la *Historia de los druidas*, Cogline se puso de pie, tambaleándose. Algo estaba ocurriendo en aquel preciso instante. Podía sentirlo en el aire, una vibración que agitaba las sombras. Su arrugado rostro se tensó en un gesto concentrado; sus viejos ojos escrutaron el espacio. El silencio era absoluto, intenso y constante, el tiempo se había detenido. Y, sin embargo...

Frente a él, en el lado opuesto de la estancia, *Susurro* levantó la cabeza de repente y emitió un profundo, grave e irritado gruñido. Se agazapó y se volvió de aquí para allá, como si buscara a un enemigo invisible. También el gigantesco gato del páramo percibía algo. Cogline miró a derecha e izquierda. Sobre la mesa que tenía ante él, las páginas del libro abierto empezaron a temblar.

«Ya empieza», pensó.

Se ciñó la ropa con un movimiento inconsciente, pensando en todo lo que le había conducido a aquella época y aquel lugar, en todo lo que había pasado antes. Después de tantos años, ¿y esa era la recompensa? Pero no sería él quien la recibiera, sino Walker Boh.

«Debo hacer todo cuanto pueda», se dijo.

Se concentró en lo más profundo de su ser, una de las pocas habilidades que conservaba de su pasado de druida. Se retrajo hasta ser lo bastante libre para evadirse del cuerpo. Así podía recorrer distancias cortas, ver dentro de pequeños mundos. Se apresuró por los corredores del castillo, todavía sumergido en su mente, viéndolo y oyéndolo todo. Atravesó la oscuridad y la grisácea penumbra y llegó a la torre de la Fortaleza.

Allí encontró a Walker Boh cara a cara con la inmortalidad y la muerte, paralizado por la indecisión. Comprendió lo que sucedía.

—Walker, utiliza la piedra —le dijo con voz sorprendentemente tranquila.

Walker Boh oyó la voz del anciano, un susurro en su mente, y sintió que su cuerpo respondía. Se irguió y extendió el brazo.

El ser que tenía ante sí soltó una carcajada.

—¿Todavía no me reconoces?

Lo conocía... y no lo conocía. Era muchas cosas a la vez, y unas las reconocía y otras no. Aunque la voz... sobre ella no tenía ninguna duda. Era la del Oráculo del Lago, provocativa y burlona, la que lo llamaba por su nombre.

—Has encontrado tu tercera visión, ¿verdad, Tío Oscuro?

Walker estaba asombrado. ¿Cómo podía pasar esto? ¿Cómo podía ser el Oráculo del Lago la criatura que él había ido a someter y, a la vez, el espíritu apresado en la Cuenca Oscura? ¿Cómo podía estar en dos lugares al mismo tiempo? ¡No tenía sentido! Los druidas no habían creado al Oráculo del Lago. Sus magias eran diferentes y opuestas. Pero la voz, el movimiento y la presencia de aquel ser...

La sombra que tenía delante de él estaba agrandándose y aproximándose.

—Soy tu muerte, Walker Boh. ¿Estás preparado para abrazarme?

De repente, la visión resurgió en la mente de Walker, tan clara como cuando se le apareció por primera vez: la figura de Allanon detrás de él, sujetándolo; la oscura sombra ante él, el presagio de su muerte; la Fortaleza de los Druidas a su alrededor.

—¿Por qué no huyes? ¡Huye de mí!

Era lo único que podía hacer para no gritar. Se alejó a tientas de aquello, suplicando ayuda en todas direcciones. La voz de Cogline se había extinguido, sepultada por oscuros temores. Su resolución y su propósito se habían quebrado. Walker Boh estaba desintegrándose en vida.

Pero una pequeña parte de él no cedía, fortalecida por el recuerdo de lo que se proponía hacer, por la promesa que se había hecho a sí mismo de no dejarse morir en la ignorancia. El rostro de Cogline aún estaba allí, con la mirada nerviosa y los labios en movimiento, intentando hablar. Walker buscó en su interior lo que lo había mantenido en pie a lo largo de los años, aquel núcleo de ira que ardía cuando pensaba en lo que los druidas le habían hecho. Lo avivó hasta que prendieron las llamas. Se lo acercó a la cara y dejó que lo chamuscara. Lo aspiró hasta que el miedo se vio forzado a huir, hasta que solo quedó la cólera.

Entonces sucedió algo extraño. La voz del ser que tenía ante sí cambió y se convirtió en su propia voz, nerviosa y desesperada.

—¡Huye, Walker Boh!

La voz ya no provenía de la neblina, sino de sí mismo. ¡Estaba gritando su propio nombre, incitándose a huir de allí!

¿Qué ocurría?

De pronto, comprendió. No estaba escuchando al ser que tenía delante, se estaba escuchando a sí mismo. Era su propia voz la que había oído durante todo el tiempo, una trampa de su subconsciente, una artimaña del Oráculo del Lago. El fantasma había implantado en la mente de Walker, con aquella tercera visión, una muerte sugerida, una voz para convencerlo de que ese era su destino y la convicción de que era el Oráculo del Lago quien se presentaba para acabar con él. Venganza sobre los descendientes de Brin Ohmsford... ese era el objetivo del Oráculo. Si Walker escuchaba la voz, si flaqueaba en su decisión y abandonaba el objetivo que lo había llevado...

—¡No!

Sus dedos se abrieron y la piedra élfica negra resucitó entre destellos.

La no-luz se proyectó hacia delante, extendiéndose igual que tinta a través del sombrío pozo de la torre hasta abrazar a la neblina.

—¡Basta de juegos! —El grito de Walker era eufórico y silencioso dentro de su mente. El Oráculo del Lago, tan insidioso, tan taimado, casi lo había destruido—. Nunca más. Nunca...

Entonces todo se precipitó.

La no-luz y la neblina se entrelazaron y se fundieron. Retrocedieron por el túnel que había abierto la magia negra en la neblina verdosa, temblando furiosamente. Walker solo tuvo un instante para contener la respiración, para preguntarse qué había salido mal, si no había logrado burlar al Oráculo del Lago después de todo... Y entonces la magia de los druidas lo invadió. Le estalló dentro y él gritó con desesperación. El dolor era indescriptible, una abrasadora incandescencia. Fue como si otro ser hubiese entrado en él, transportado por la magia, extraído de su escondrijo en la neblina. Una presencia física que se introdujo en sus huesos y músculos, su carne y su sangre, hasta que Walker no pudo soportarlo más. Se expandió y él tuvo la sensación de que iba a hacerlo estallar en mil pedazos. Entonces la sensación cambió, sustituida por otro tipo distinto de dolor. Los recuerdos fluyeron a través de él en una corriente que parecía interminable. Con los recuerdos llegaron los sentimientos que los acompañaban, emociones cargadas de miedo, horror, duda, arrepentimiento y una docena de otras sensaciones que sumergieron a Walker Boh en un torrente incontenible. Se tambaleó hacia atrás, intentando por todos los medios resistir y repelerlas. Su mano trató de cerrarse sobre la piedra élfica negra, en un intento de detener el ataque, pero el cuerpo ya no le obedecía. Estaba atrapado entre dos magias, la de la piedra élfica y la de la neblina, y las dos lo sujetaban con fuerza.

¡Igual que Allanon y el espectro de la muerte de la tercera visión!

¿Tendría razón el Oráculo del Lago?

Estaba viendo otros lugares y épocas, rostros de hombres, mujeres y niños que no conocía, presenciando sucesos que se revelaban y se esfumaban, y sobre todo eso se imponía un remolino de emociones emanadas del ser de su interior. Perdió la noción de dónde estaba. Se transportó a la mente del invasor. ¿Un hombre? Sí, era un hombre, un hombre que había vivido incontables vidas, siglos, mucho más que cualquier ser humano normal, alguien tan distinto...

Las imágenes cambiaron de repente. Vio un grupo de lúgubres figuras vestidas de negro escondidas tras los muros de la Fortaleza, encerradas en cámaras adonde apenas llegaba la luz, encorvadas sobre antiguos libros de ciencia, escribiendo, leyendo, estudiando, discutiendo...

¡Druidas!

En aquel momento comprendió la verdad, y su terrible reconocimiento cortó la locura como la hoja de un cuchillo.

El ser que la neblina había introducido en él era Allanon; sus recuerdos, sus experiencias, sus sentimientos y sus pensamientos; todo excepto la carne y los huesos que había perdido al morir.

¿Cómo había conseguido Allanon aquello?, se preguntó Walker con incredulidad, luchando por respirar contra el alud de recuerdos, contra la sofocante manta de los pensamientos del otro. Pero ya conocía la respuesta. La magia hacía que casi todo fuera posible. Él había plantado las semillas trescientos años antes. ¿Por qué, entonces? Y esa respuesta también le llegó enseguida, como un destello de certeza. Así era como se le transmitía la sabiduría de los druidas. Todo lo que Allanon había sabido y sentido estaba almacenado en la neblina; sus conocimientos llevaban guardados trescientos años a la espera de que llegara su sucesor.

Pero Walker presintió que había algo más. También era una prueba para él. Era la forma de determinar si se convertiría en druida.

Su especulación terminó mientras las imágenes aún fluían, reconocibles ahora como lo que eran: toda la experiencia del druida, todo lo que Allanon había recogido de sus predecesores, de sus estudios, de su propia vida. Como pisadas sobre tierra blanda, así se incrustaron en la mente de Walker. Su contacto era ardiente y áspero; cada uno, un ascua contra su piel. Las palabras, las impresiones y los sentimientos descendieron en forma de avalancha. Demasiados y también demasiado rápido.

—¡No quiero esto! —gritó, aterrorizado, pero el diluvio continuó, sin descanso, con tenacidad, transfiriéndole la personalidad de Allanon. Luchó

contra todo eso, escudriñando entre las imágenes en busca de algo consistente. Pero la luz negra de la piedra élfica era un embudo imposible de cerrar que envolvía la neblina verdosa, la absorbía y la canalizaba al interior de Walker. Voces que pronunciaban palabras, caras que se volvían para mirarlo, las escenas cambiaban y el tiempo corría... una composición de todos los años que Allanon había vivido y luchado para proteger a las razas, para que no se perdiera la sabiduría druídica, para que las esperanzas y aspiraciones que el Primer Consejo había concebido hacía siglos se mantuvieran y preservaran. Walker Boh tomó conciencia de todo, enterándose de lo que había significado para Allanon y para aquellos en cuyas vidas había influido, y experimentó por sí mismo el impacto de casi diez siglos de existencia.

Entonces, de pronto, las imágenes cesaron, así como las voces, las caras, las escenas desligadas del tiempo... todo lo que lo había asaltado. Se desvanecieron en un instante y se volvió a quedar solo en la torre; una triste figura desplomada contra el muro de bloques de piedra.

«Todavía conservo la vida».

Se irguió con dificultad, mirándose, asegurándose de que no había sufrido ningún daño. Sintió en su interior un escozor semejante al que produce en la piel el exceso de sol, el injerto de todo aquel conocimiento de los druidas, de todo lo que Allanon había intentado legarle. Tenía el espíritu impregnado y la mente llena. Sin embargo, no dominaba ese conocimiento; era como si no pudiera aplicar, ni extraer. Algo fallaba. No podía concentrarse.

Ante él, la piedra élfica negra palpitaba, la no-luz era un puente que se arqueaba en las sombras, todavía unida a los restos de neblina; una masa arremolinada y agitada de maligna luz verde que siseaba, chispeaba y se encogía como un gato dispuesto a saltar.

Walker se enderezó, extenuado y vacilante, asustado de nuevo, sintiendo que algo iba a ocurrir y que lo peor aún estaba por llegar. Su mente se aceleró. ¿Qué podía hacer para estar preparado? No disponía de tiempo...

La neblina se abalanzó sobre la no-luz. Se dirigió hacia Walker y lo envolvió en un abrir y cerrar de ojos. Él vio su cólera, oyó su rabia y sintió su furia. Explotó a través de la nueva piel de sus conocimientos y le causó dolor. Walker gritó y se dobló. Su cuerpo se convulsionó y cambió bajo la cobertura de la ropa. Sintió la distorsión de sus huesos. Cerró los ojos y se puso rígido. La neblina estaba dentro de él, enroscándose, asentándose, consumiéndolo...

Se horrorizó.

Durante toda su vida había luchado para escapar de lo que los druidas habían predeterminado para él, decidido a trazar su propia ruta. Al final había fallado. Por eso fue en busca de la piedra élfica negra y de Paranor, sabiendo que, si los encontraba, tendría que convertirse en el siguiente druida, aceptando su destino, pero prometiéndose que conservaría su personalidad por encima de lo establecido. Ahora, en un instante, mientras era destruido por la furia de lo que se escondía en la neblina, lo poco que le quedaba de sus esperanzas de mantener el poder de decisión le había sido arrebatado y había dejado a cambio la parte más oscura del alma de Allanon. Era lo más cruel del druida, un compendio de todas aquellas ocasiones en las que se había visto obligado por la razón y las circunstancias a hacer lo que aborrecía; de todas aquellas situaciones en las que había tenido que sacrificar vidas, fe, confianza y esperanzas, de todos aquellos años que había dedicado a endurecer y templar su espíritu y su corazón, hasta que llegaron a ser tan indestructibles como el metal mejor forjado. Aquello era una exposición de los confines de la vida de Allanon, confines a los que le habían obligado a viajar. Revelaba el peso de la responsabilidad que conllevaba el poder. Definían la comprensión que otorgaba la experiencia. Era cruel, áspera y terrible, una acumulación de diez vidas mortales, e inundó a Walker como las aguas de un embalse desbordado.

El Tío Oscuro se hundió en aquella espiral negra, oyéndose gritar, oyendo también las carcajadas del Oráculo del Lago, imaginarias o reales. Sus pensamientos se dispersaron ante la corrosión de su espíritu, de sus esperanzas, de sus creencias. No había nada que hacer; la fuerza de la magia era demasiado poderosa. Cedió ante ella, ante su enormidad, y creyó que moriría.

Sin embargo, de algún modo, se aferraba a la vida. Mientras comprobaba que su capacidad de resistencia era mayor de lo que creía, descubrió que el torrente de oscuras revelaciones no había logrado destruirlo. No podía pensar, el dolor era demasiado intenso. No intentó ver, perdido en un pozo sin fondo. De nada le serviría escuchar, pues el eco de su grito reverberaba a su alrededor. Parecía flotar dentro de sí mismo, luchando por respirar, por sobrevivir. Aquella era la prueba que había supuesto, el rito de tránsito de los druidas. Lo vapuleó de acá para allá, lo inundó de dolor, lo dejó roto por dentro. Todo lo abandonó, creencias y convicciones, todo cuanto lo había mantenido en pie durante tantos años. ¿Podría sobrevivir a esa pérdida? ¿Qué sería de él, en caso de que así fuera?

Nadó a través de olas de angustia, sumido en sí mismo y en la fuerza de la magia oscura, al límite de su resistencia, a punto de ahogarse. Sintió que podía perder la vida en cualquier momento y se dio cuenta de que estaban midiendo quién era, lo que era y lo que podría ser. Era imposible detenerlo. Ni siquiera estaba seguro de que le importase. Se dejó llevar, impotente.

«Impotente».

Incluso para volver a ser lo que una vez creyó que sería. Para cumplir cualquiera de las promesas que se había hecho a sí mismo. Para ejercer algún control sobre su vida. Para determinar si viviría o moriría.

«Impotente».

«Walker Boh».

Apenas consciente de lo que estaba haciendo, desprovisto de su conciencia racional, impulsado por emociones demasiado primarias para poder identificarlas, el Tío Oscuro se liberó de su letargo y se lanzó a través de las olas de dolor, a través de la no-luz y la magia oscura, a través del tiempo y el espacio, como una brillante partícula de ardiente furia.

Dentro, sintió que el equilibrio se alteraba, que la balanza que basculaba entre la vida y la muerte se inclinaba.

Y cuando por fin rompió la superficie del negro mar que amenazaba con ahogarlo, el único sonido que oyó, como si estallara de sus pulmones, fue un grito interminable.

La mañana estaba ya avanzada mientras los tres supervivientes del grupo caminaban con cautela a través de la maraña del In Ju tras la voluminosa y espinosa figura de Stresa, que se adentraba en la penumbra.

Wren respiraba el fétido aire húmedo y escuchaba el silencio.

En la distancia, muy lejos de donde ellos se encontraban, el retumbo del Killeshan era un trasfondo de sonido que se transmitía por la tierra y el cielo, profundo y ominoso. Los temblores sacudían Morrowindl, advirtiéndole a quien quisiera escuchar de que se estaba gestando la gran erupción. Pero en la jungla todo estaba tranquilo. Una sábana de humedad cubría el In Ju por completo, empapando los árboles y arbustos, las hierbas y enredaderas, amortiguando el ruido y disimulando el movimiento. La jungla era una cripta de asombroso verdor, de muros que formaban incontables cámaras que se comunicaban, de tortuosos pasadizos que serpeaban formando un laberinto agobiante. Las ramas se entrelazaban por encima de sus cabezas hasta formar un techo que impedía el paso de la luz y cubría un mosaico de pantanos, arenas movedizas y fango. Zumbaban insectos invisibles y chillaban criaturas en la niebla. Pero nada se movía, nada parecía tener vida.

Ahora se veían hebras del wisteron por todas partes, enormes redes que envolvían los árboles como tiras de gasa. De ellas colgaban seres muertos, los restos que había dejado el monstruo tras alimentarse; pequeños en su mayoría, puesto que el wisteron llevaba las presas grandes a su guarida, que se encontraba un poco más adelante.

Wren observaba las sombras de alrededor, más nerviosa por la quietud que por el silencio. Caminaba por un lugar muerto, un lugar donde los seres vivos estaban de más, un infierno colmado de peligros. Aún pensaba que podría captar un destello de color, una ondulación en el agua o un centelleo en

las hojas y las hierbas. Pero el In Ju estaba tan inmóvil que parecía sepultado en hielo. Se habían adentrado mucho en el territorio del wisteron y nadie se aventuraba a acercarse tanto.

Nadie, excepto ellos.

Llevaba las piedras élficas en la mano, fuera de la bolsa de cuero donde las guardaba, listas para ser utilizadas. No se hacía ilusiones acerca de lo que se vería obligada a hacer. No albergaba ninguna falsa esperanza de que pudiera evitar utilizar las piedras élficas, de que pudiera salvarlos valiéndose solo de sus habilidades de nómada. Ya no se planteaba si era conveniente recurrir a la magia, aunque era consciente de cómo le afectaba su poder. La posibilidad de elegir había quedado atrás. El wisteron era un monstruo que solo podía vencerse con las piedras élficas. Utilizaría la magia porque era la única arma eficaz con que contaban para librar la batalla que se avecinaba. Si se permitía dudar, si caía presa de la indecisión, todos morirían.

Tragó saliva para aliviar la sequedad de su garganta. Era extraño que la tuviese tan reseca y, sin embargo, tuviese tan húmedo el resto del cuerpo. Hasta las palmas de las manos le sudaban. Estaban muy lejos los días en que vagaba de un lado para otro con Garth por el Tirfing en lo que ahora le parecía otra vida, libre de preocupaciones y responsabilidades, respondiendo solo ante sí misma, limitada solo por las circunstancias.

Se preguntó si volvería a ver la Tierra del Oeste.

Delante, la penumbra formaba bolsas de densa sombra que parecían madrigueras. Jirones de niebla se enroscaban y desenroscaban en los árboles y las enredaderas como si fueran serpientes. Las hebras colgaban de las ramas altas y rellenaban los huecos entre ellas; cintas gruesas y traslúcidas que brillaban por la humedad. Stresa aminoró la marcha y se volvió para mirarla. No habló. No era necesario. Wren era consciente de que Garth y Triss estaban junto a ella, uno a cada lado, en silencio y expectantes. Ordenó a Stresa con un gesto que continuara.

De pronto pensó en su abuela y se preguntó qué hubiera sentido ella si hubiese estado allí, cómo habría reaccionado. Vio su rostro, los ardientes ojos azules contrastando con su casi perenne sonrisa, la sensación de calma que emanaba y que alejaba toda duda y temor. Ellenroh Elesedil, reina de los elfos. Su abuela siempre daba la impresión de ejercer un gran control sobre las circunstancias, pero eso no fue suficiente para salvarla. Entonces, ¿en qué podía confiar?, se preguntó con angustia. En la magia, por supuesto, pero la magia era tan fuerte como su portador, no más, y Wren deseó poseer la indómita fuerza de su abuela. Carecía de la confianza en sí misma de

Ellenroh; carecía de su seguridad. Incluso a pesar de su firme e irrevocable decisión de recuperar el báculo Ruhk y la Loden, de llevar a los elfos sanos y salvos a la Tierra del Oeste y de cumplir la misión que se le había encomendado, se veía a sí misma como un ser de carne y hueso, no de hierro. Podía fallar, podía morir y el terror estaba latente en esos pensamientos.

Triss chocó con ella por detrás, lo que la sobresaltó. Murmuró una apresurada disculpa y retrocedió a su anterior posición. Wren escuchó el pulso de su sangre, un latido en los oídos y el pecho, un recuento del breve espacio entre su vida y su muerte.

Había estado siempre tan segura de sí misma...

Algo se escabulló delante de ellos, un destello de oscuro movimiento entre el frondoso verdor. Stresa levantó las púas, pero no se detuvo. El bosque comunicaba, a través de un mar de hierbas pantanosas, con un bosquecillo de viejas acacias que se inclinaban unas sobre otras en un suelo erosionado y cenagoso. El grupo siguió al gatoespino a lo largo de una estrecha elevación. El movimiento se repitió, rápido e imprevisto, más de uno a la vez. Wren intentó seguirlo con la mirada. Alguna especie de insecto, pensó, alargado y estrecho, con muchas patas.

Stresa descubrió una faja de tierra poco más ancha que su cuerpo y se volvió hacia ellos.

—Pfff. ¿Habéis visto? —dijo con voz áspera. Ellos hicieron un gesto de asentimiento—. ¡Carroñeros! Plañideros, los llaman. ¡Jsst! Se lo comen todo. ¡Puaj...! Viven de las sobras del wisteron. Veréis muchos más. No os asustéis.

—¿Cuánto falta? —pregunto en voz baja Wren, inclinándose hacia él.

—Está ahí mismo —respondió el gatoespino, irguiendo la cabeza—. ¿No hueles a muerto?

—¿Qué hay detrás?

—¡Ssssttt! ¿Cómo quieres que lo sepa, Wren de los Elfos? ¡Todavía estoy vivo!

—Echaremos un vistazo —dijo Wren, ignorando su mirada—. Si podemos hablar, hablaremos. De lo contrario, nos retiraremos y decidiremos qué hacer a continuación.

Miró a Garth y luego a Triss para asegurarse de que habían comprendido lo que deseaba. Después se irguió. Fauno se aferraba a ella como si formara parte de su cuerpo y tuvo que dejarlo en el suelo antes de volver a emprender la marcha.

Avanzaron ocultándose entre las hierbas y los árboles caídos. Ahora aparecían plañideros por todas partes, que se dispersaban ante su proximidad. Parecían lepidos gigantes, rápidas y silenciosas que desaparecían penetrando en la tierra y la madera. Wren procuró no prestarles atención, pero era difícil. El agua de la superficie del pantano burbujeaba y salpicaba en torno a ellos; era el primer sonido que les llegaba desde hacía mucho rato. La acción del Killeshan se estaba extendiendo. Salieron de las hierbas y se internaron entre los árboles, con lo que quedaron envueltos en la penumbra. Volvió la quietud, el aire vacío y muerto. Wren respiraba lenta y profundamente, y su mano estaba crispada sobre las piedras élficas.

Atravesaron el bosquecillo de acacias y empezaron a cruzar una llanura fangosa hacia un grupo de gigantes abetos, cuyas ramas se entrelazaban entre sí en un estrecho abrazo. Colgaban por doquier hilos de telaraña y, cuando se acercaban al lado opuesto del lodazal, Wren vio huesos esparcidos en los límites de la arboleda. Varios plañideros huyeron a izquierda y derecha, rozando apenas la superficie de los llanos, y desaparecieron en la espesura que crecía enfrente. Stresa había reducido notablemente el ritmo de la marcha.

Llegaron al final del llano, cruzaron a gatas una abertura entre los árboles y se quedaron paralizados.

Un poco más allá había un barranco profundo, una isleta de roca dentro del pantano. Los abetos se alzaban en el fondo en un revoltijo de troncos oscuros que parecían encadenados por centenares de telarañas. Seres muertos colgaban de ellos, y el fondo del barranco estaba cubierto de huesos. Los plañideros reptaban sobre todo aquello como una centelleante alfombra en movimiento. La luz era gris y difusa, tamizada por la ceniza en suspensión y la niebla. El olor a muerte lo impregnaba todo. Había quietud en la guarida del wisteron. Exceptuando los plañideros, nada se movía.

Wren sintió la mano de Garth en el hombro. Lo miró y vio que señalaba algo con la mano.

Gavilán Elesedil colgaba con los brazos y piernas extendidos en una hamaca de telaraña, frente a ellos, con los ojos azules fijos y sin vida, la boca abierta en un grito silencioso. Lo habían destripado, rasgado desde el pecho hasta el estómago. Dentro de la cavidad vacía, sus costillas destellaban tenuemente. Habían extraído todos los fluidos de su cuerpo. Lo que quedaba era poco más que una cáscara, una grotesca y aterradora parodia del hombre que había sido.

Wren había visto muchos muertos en su corta vida, pero no estaba preparada para ver aquello. «¡No mires! —se ordenó a sí misma—. ¡No lo

recuerdes así!». Pero miró, y en ese instante supo que nunca podría olvidarlo.

Garth la tocó por segunda vez, señalando al fondo del barranco. Ella dirigió la mirada hacia allí, sin ver nada al principio, pero después descubrió el báculo Ruhk, con la Loden fijada en su extremo, debajo de los restos sin vida del príncipe de los elfos, sobre la alfombra de viejos huesos. Los plañideros se arrastraban sobre él con absoluta indiferencia.

Wren le respondió con un gesto de asentimiento, preguntándose al mismo tiempo cómo conseguirían alcanzar el talismán. Sus ojos se movieron en busca de algo.

¿Dónde estaba el wisteron?

Entonces lo vio en las ramas altas de los árboles de un lado del barranco, suspendido en una de sus propias redes, inmóvil en la niebla. Estaba hecho una bola, con las patas encogidas bajo el cuerpo, y tenía la curiosa apariencia de una nube sucia. En erizado pelaje que lo cubría lo camuflaba con la bruma. Al parecer, dormía.

Wren dominó el acceso de pánico que el descubrimiento le provocó. Miró a sus compañeros, que lo estaban contemplando. De repente, el wisteron se movió, enderezando un cuerpo sorprendentemente delgado, y estiró varias patas. Se produjo un destello de garras y apareció una repulsiva cara de insecto provista de unas extrañas fauces succionadoras. Volvió a encogerse y se quedó quieto.

Las piedras élficas habían empezado a quemar en la mano de la joven nómada.

Dirigió una última mirada a Gavilán; a continuación, hizo una señal a los otros y todos retrocedieron hasta salir de los árboles. Sin hablar, volvieron sobre sus pasos a través de los llanos hasta las acacias, donde se arrodillaron formando un estrecho círculo.

—¿Cómo vamos a recuperar el báculo? —preguntó Wren en voz baja, mirándolos a los ojos.

La imagen de Gavilán estaba fija en su mente y apenas podía pensar en otra cosa.

«Uno de nosotros tendrá que bajar al barranco», dijo Garth por señas, con las manos alzadas.

—Pero el wisteron lo oirá. Los huesos del fondo sonarán como cáscaras de huevo cuando los pise. —Dejó a Fauno en el suelo, a su lado. Los oscuros ojos del jacarino se levantaron buscando los de Wren.

—¿No podríamos descolgar a alguien? —preguntó Triss.

—¡Pfff! No sin que el ruido o el movimiento nos delatara —respondió Stresa—. El wisteron no está... ssstt... dormido. Solo lo finge.

—Entonces podemos esperar a que se duerma —dijo Triss—. O a que salga de caza o a revisar sus numerosas redes.

—No sé si tenemos tiempo para eso... —empezó a contestarle Wren.

—¡Jsstt! Da lo mismo si disponemos de tiempo o no —la interrumpió Stresa acaloradamente—. Si sale de caza o a revisar las redes, captará nuestro olor. ¡Sabrá que estamos aquí!

—Calma —dijo Wren.

Observó que la espinosa criatura retrocedía un poco.

—Tiene que haber una manera de poder recuperarlo —dijo en voz baja Triss—. Solo necesitamos un par de minutos para llegar allí abajo y volver a salir. Quizás una maniobra de distracción funcione.

—Quizá —convino Wren, intentando en vano pensar en alguna.

Fauno cuchicheaba algo a Stresa.

—¡Sí, jacarino, el báculo! —replicó el gatoespino en tono irritado—. ¿Qué te creías? ¡Pjfftt! ¡Ahora estate quieto y déjame pensar!

«Utiliza las piedras élficas», dijo Garth por medio de gestos de repente.

—¿Como distracción? —preguntó Wren, respirando profundamente. Habían llegado a donde ella sabía que tenían que llegar—. De acuerdo. Pero no quiero que nos separemos, porque entonces nunca volveríamos a encontrarnos.

Garth negó con la cabeza.

«No como distracción, sino como arma», dijo Garth por medio de los dedos.

Wren lo miró fijamente.

«Mátalo antes de que pueda matarnos. Atácalo por sorpresa».

Triss vio incertidumbre en los ojos de Wren.

—¿Qué está proponiendo Garth? —preguntó.

Un ataque por sorpresa. El gigante nómada tenía razón, desde luego. No podrían recuperar el báculo Ruhk sin luchar; era ridículo suponer lo contrario. ¿Por qué no sacar ventaja de la rapidez? Golpear al wisteron antes de que él los golpeará. Matarlo o, al menos, incapacitarlo antes de que tuviera oportunidad de herirlos.

Wren exhaló un profundo suspiro. Podía hacerlo si era necesario, por supuesto. Ya se había preparado para eso. El problema era que no estaba segura de que la magia de las piedras élficas fuera suficientemente poderosa para dominar a un ser tan grande y sanguinario como el wisteron. Y la magia

dependía directamente de ella. Si carecía de la fuerza necesaria, si la del wisteron superaba la suya, los condenaría a todos.

Pero, por otra parte, ¿qué otra opción tenía? No contaba con nada mejor para recuperar el báculo.

Se agachó distraídamente para acariciar a Fauno y no lo encontró.

—¿Fauno?

Apartó los ojos de Garth, todavía absorta en el problema. Los plañideros huyeron cuando ella hizo un movimiento brusco.

El agua se acumulaba en las depresiones que habían dejado sus botas.

Por entre los árboles que los resguardaban, más allá de los fangosos llanos, vio al jacarino cuando entraba en el barranco. «¡Fauno!».

Stresa también lo vio. El gatoespino se dio media vuelta, erizando las púas.

—¡Insensato... sssttt... jacarino! ¡Te oyó, Wren de los Elfos! Preguntó qué querías. No le presté atención... pjfftt... pero...

—¿El báculo? —Wren se levantó, tambaleándose, con los ojos nublados por el horror—. ¿Quieres decir que ha ido a buscar el báculo?

Echó a correr hacia los llanos, procurando no hacer ruido. Había olvidado que Fauno podía comunicarse con ellos. Hacía ya mucho tiempo que el jacarino ni siquiera lo intentaba. Su pecho se contrajo. Conocía la profunda devoción que la pequeña criatura le profesaba. Haría cualquier cosa por ella.

Y estaba a punto de demostrarlo.

«¡Fauno! ¡No!».

Se le aceleró la respiración. Deseaba gritar, pedirle al jacarino que volviera. Pero no podía hacerlo porque los gritos despertarían al wisteron. Llegó al final de los llanos, haciendo huir a los plañideros en todas direcciones como oscuros destellos sobre el cenagal. Oyó que Garth y Triss iban tras ella. Sus respiraciones eran fatigosas. Stresa había conseguido adelantarla, demostrando una vez más que era más rápido de lo que se podía esperar de él. Ya estaba internándose entre los árboles. Ella lo siguió, serpenteando apresuradamente. Se le quedó el aire atravesado en la garganta cuando salió a campo abierto.

Fauno estaba a media pendiente del barranco, deslizándose suave y silenciosamente entre las rocas. Había hebras de telaraña por todas partes, pero las eludía con suma facilidad. Arriba, el wisteron colgaba inmóvil en su red. Los restos de Gavilán colgaban allí también, pero Wren no quiso mirarlos. Concentró su atención en Fauno, en el angustioso e inquietante descenso que estaba efectuando el jacarino. Advirtió la presencia de Stresa a

una docena de pasos, aplastado contra el borde de rocas. Garth y Triss se habían unido a ella, cada uno a un lado, muy cerca. Triss la agarró con ademán protector, intentando hacerla retroceder. Ella liberó el brazo de un tirón. Levantó la mano que guardaba las piedras élficas.

Fauno llegó al fondo del barranco y empezó a cruzarlo. Ligerero como una pluma, el jacarino danzó a través de la alfombra de huesos secos, eligiendo el camino con cuidado, cauteloso como un gato. No hacía ningún ruido y era tan insignificante como los plañideros que se dispersaban a su paso. Arriba, el wisteron continuaba dormitando, ajeno a lo que ocurría bajo sus pies. La niebla cenicienta pasaba entre ellos en gruesas cortinas que ocultaban al jacarino en sus pliegues. «¿Por qué se me ocurriría soltarlo?». La sangre de Wren latía en sus oídos, marcando el transcurso de los segundos. Fauno desapareció entre la bruma. Después volvió a aparecer de nuevo, inclinado sobre el báculo.

«Pesa demasiado —pensó Wren, desanimada—. No podrá levantarlo».

Pero, de algún modo, Fauno consiguió apartarlo de la alfombra de huesos humanos, de aquellos palos que en el pasado tuvieron vida. Fauno levantó con sus diminutas manos el báculo, que era tres veces más largo que él, e inició el regreso como si caminara por una cuerda floja y lo utilizara para mantener el equilibrio. Wren cayó de rodillas, sin apenas aliento.

Triss le tocó el hombro para llamar su atención y señaló. El wisteron se había movido en su hamaca, estirando las patas. Se estaba despertando. Wren empezó a levantarse, pero Garth se lo impidió. El wisteron volvió a enroscarse y a encoger las patas. Fauno continuó el camino hacia ellos. Su diminuto semblante estaba tenso y su nervudo cuerpo, crispado. Al llegar al final del fondo del barranco, se detuvo.

Wren se quedó helada. ¡Fauno no sabía cómo trepar para salir!

Entonces, de pronto, el Killeshan tosió y vomitó fuego, a kilómetros de distancia, tan lejos que el sonido apenas fue un murmullo en el silencio. Pero la erupción provocó violentas oleadas en las profundidades de la tierra, ondas que se extendían desde el horno de la montaña como los anillos que se forman en un estanque cuando cae una piedra. Los temblores llegaron hasta el In Ju y el islote que servía de guarida al wisteron, y pronto empezó una reacción en cadena. Las vibraciones ganaron fuerza y se convirtieron en calor, y este explotó en una fuente de vapor en las llanuras que Wren había dejado atrás.

El wisteron despertó al instante. Sus patas se movieron en la telaraña y giró la cabeza sobre el grueso cuello sin huesos, mientras sus negros y brillantes ojos exploraban los alrededores. Fauno, a quien cogieron

desprevenido los temblores y la explosión, se apresuró a escalar la pendiente del barranco, pero perdió el equilibrio y cayó. Los huesos produjeron un ruido estrepitoso cuando el báculo Ruhk los golpeó. El silbido del wisteron competía con el de los surtidores. Saltó de su red a una velocidad de vértigo, mitad araña, mitad mono, y monstruoso en su conjunto.

Pero Garth fue más rápido. Corrió por el borde del barranco con la ligereza de una sombra proyectada por el paso de una nube, bajó por la pendiente rocosa con la agilidad de la luz y, sin frenar ni contener el impulso, aterrizó con un estrépito de huesos rotos, alargó la mano hasta el báculo Ruhk y lo cogió. Fauno ya estaba trepando por su ancha espalda en busca de seguridad. Garth se giró para empezar a subir, y la sombra del wisteron se cernió sobre él cuando el monstruo saltó de su tela para aplastarlo.

Wren se puso de pie, abrió la mano, estiró el brazo e invocó el poder de las piedras élficas. Acudió tan rápido como el pensamiento y se proyectó hacia delante como una cegadora cuerda de fuego. Atrapó al wisteron todavía en el aire, golpeándolo como un puño gigantesco, y lo lanzó hacia atrás dando vueltas. Wren sintió que todas sus fuerzas la abandonaban al producirse el impacto. En su urgencia por salvar a Garth, no había racionado la energía que utilizaba. El júbilo la invadió y desapareció en un instante. Jadeó, conmocionada, empezó a desmayarse y Triss la cogió por la cintura. Stresa les ordenó a gritos que corrieran.

Garth se esforzó en salir del barranco. Su cara estaba ceñuda y surcada de sudor. Llevaba el báculo Ruhk en una mano y a Fauno en la otra. El jacarino se abalanzó sobre Wren, temblando. Cruzaron a gatas los árboles, se levantaron y empezaron a correr por los llanos.

Wren miró hacia atrás.

¿Dónde estaba el wisteron?

Apareció un instante después. No llegó a través de los árboles como ella esperaba, sino por encima de ellos. Apartando las ramas de las copas, apareció igual que una nube grisácea y cayó sobre ellos como una piedra. Triss apartó a Wren de un empujón para evitar que fuese aplastada. Stresa se hizo una bola de agujas, pero salió despedido por los aires. El wisteron silbó al recibir en una pata una rociada de púas del gatoespino y aterrizó encogido. Garth dejó caer el báculo y se volvió para hacerle frente con el espadón desenvainado. Usando ambas manos, el corpulento nómada dirigió un tajo a la cara del wisteron, pero la bestia lo esquivó. Escupió hacia Garth un chorro de vapor que fulguraba como el fuego.

—¡Veneno! —gritó Stresa desde lo que parecía el fondo de un pozo, y Garth cayó de bruces en el barro.

El wisteron embistió inmediatamente después.

Wren se levantó, tambaleándose, con los brazos extendidos. Las piedras élficas refulgieron y la magia respondió a su llamada. El fuego estalló en el wisteron desde detrás y lo derribó en medio de una nube de humo y vapor. Profiriendo un grito de triunfo, Wren lo persiguió, con la vista empañada por una niebla roja y el poder de la magia inundándola por completo. Era incapaz de pensar; solo podía reaccionar. Con la magia concentrada en su interior, atacó de nuevo. El fuego golpeó al wisteron una y otra vez, hiriéndolo, quemándolo. El monstruo silbó y chilló, se apartó retorciéndose y luchó por incorporarse. De reojo, Wren pudo ver que Garth volvía a ponerse de pie. Con una mano recogió el báculo Ruhk y con la otra el espadón. Estaba cubierto de barro. Wren lo vio, pero al instante lo olvidó. La magia era un velo que la envolvía y la enajenaba. La magia era un elixir que la llenaba de maravilla, embriaguez y frenesí. Ella era invencible, ¡suprema!

Pero, de repente, sus fuerzas se agotaron una vez más, drenadas en un instante, y el fuego azul murió en su mano. Cerró los dedos para proteger las piedras élficas y cayó sobre una rodilla. Garth y Triss llegaron al mismo tiempo para apartarla de allí y la arrastraron como si fuera una niña, corriendo a través de los llanos. Fauno salió de algún lugar para trepar por la pierna de Wren y subir hasta su hombro. Stresa seguía advirtiéndoles a gritos de nuevos peligros con palabras ininteligibles que les llegaban de atrás.

El wisteron salió disparado de la neblina, chamuscado y humeando, con el nervudo cuerpo estirado como un lobo dispuesto a atacar. Embistió contra ellos y todos cayeron al suelo. Wren se tambaleó sobre las manos y rodillas a la sombra del monstruo, medio aturdida, todavía débil, con barro en los ojos y la boca. Sus protectores luchaban desesperadamente para salvarla. Garth se situó a horcajadas sobre ella y describió con el espadón un arco mortal. Volaron pedazos del wisteron. Apareció Triss, asestando furiosas estocadas, y cortó una pata del monstruo desde debajo, con un enorme crujido de huesos. Gritos y aullidos llenaron la fétida atmósfera.

Pero el wisteron era el demonio más grande y poderoso de todos los que vivían en Morrowindl, de los umbríos nacidos en el tiempo en que los elfos utilizaron la magia, y equivalía a la suma de todos ellos. Golpeó a Triss con la cola y lo lanzó a unos diez metros de distancia como si fuera un fardo. Garth falló en un rápido tajo dirigido a su cabeza y la bestia rajó su ropa y su carne con una de las negras garras, además de arrebatarse el espadón. El gigante

nómada desenvainó inmediatamente su espada corta, pero un segundo golpe lo tiró hacia atrás, y el nómada cayó de espaldas sobre Wren, vulnerable. Habrían estado perdidos si Fauno no hubiera intervenido. Horrorizado por la situación en que se encontraba Wren, que yacía a merced del wisteron, el jacarino saltó a la cara del monstruo como una chillona bola de piel, arañando y desgarrando con sus diminutas manos. El wisteron, cogido por sorpresa, retrocedió de forma instintiva. Intentó alcanzar al jacarino, ansioso por aplastar aquella insignificante amenaza, pero Fauno era demasiado rápido y ya se había puesto en la espalda del monstruo. El wisteron se esforzaba por atraparlo y se contorsionaba, enfurecido.

«¡Levántate!», se dijo Wren, mientras hacía un gran esfuerzo por incorporarse. Las piedras élficas eran fuego en su mano crispada.

Entonces Garth volvió, maltrecho y ensangrentado, con el espadón destellando. Una fuerte estocada propinada por el gigante nómada había hecho que el wisteron se tambaleara sobre dos patas, y la segunda casi le seccionó una extremidad. La bestia silbó y se retorció, enroscándose. Fauno saltó y emprendió una veloz huida. Garth blandió el espadón en un arco, hendiendo y rasgando el aire con la hoja.

Wren, ya de pie, se tambaleó casi exhausta. El calor de las piedras élficas había pasado de su mano a su pecho, y le había llegado hasta el corazón.

Ante ella yacía el báculo Ruhk, que Garth se había visto obligado a soltar.

De pronto, el wisteron se volvió y lanzó un chorro de veneno líquido sobre el gigante nómada. Esta vez, Garth no fue tan rápido y el chorro lo golpeó en el pecho, ardiente como el ácido. Cayó al fango, impactado, y rodó por el suelo, intentando recuperar el control.

El wisteron cayó sobre él inmediatamente después. Lo mantuvo en el suelo con una pata y empezó a presionar.

Con las piedras élficas en el cuenco de sus manos, Wren invocó el fuego por última vez. Surgió de ella con tal fuerza que la tiró hacia atrás, como si hubiera recibido un puñetazo. El wisteron recibió el golpe de lleno y salió despedido, dando vueltas por los aires como una pluma. El fuego lo envolvió, sumiéndolo en un infierno. Wren avanzó, con el calor blanco de la magia reflejado en sus ojos. El wisteron todavía intentaba liberarse y trataba de alcanzar a la joven nómada. Entre ellos, Garth se levantó apoyándose en las manos y las rodillas, cubierto de sangre y empuñando el espadón roto. Para Wren, la realidad desapareció y todo quedó reducido a un sueño que solo ocurría en su mente. Triss era una vaga silueta que salía de la niebla con paso vacilante; Stresa, una voz sin cuerpo; Fauno, un recuerdo; y el mundo, una

niebla oscilante sin fin. Los oscuros ojos de Garth se levantaron hacia ella desde su cuerpo herido. A los pies de Wren yacían el báculo Ruhk y la Loden, la última esperanza del pueblo élfico, su nave protectora, su oportunidad de una nueva vida. Apartó de sí todo aquello y se enterró en el poder de las piedras élficas, en la magia de su linaje; le dio forma, la dirigió y supo, en algún oscuro y reservado lugar de su mente, que su propio futuro había quedado reducido a eso.

El wisteron apareció de nuevo ante ella.

«¡Ayúdame!», gritó en silencio.

Entonces enfocó el fuego contra el lodo sobre el que estaba el wisteron y lo fundió hasta convertirlo en una ciénaga tan líquida e inconsistente como las arenas movedizas. El wisteron avanzó y se hundió hasta las rodillas. El lodo borboteó y salpicó como la lava del Killeshan, succionando al ser que forcejeaba por librarse de él. El wisteron silbaba, escupía y luchaba por salir. Pero su peso era considerable y actuaba en su contra. Perdió pie. El fuego de las piedras élficas ardía a su alrededor, penetrando más y más en el barro, sumergiéndolo en un pozo sin fondo. El wisteron manoteaba incesantemente mientras se hundía. Gritó, y su grito congeló el aire, sumido en el silencio.

Después de esto, el fango se cerró sobre su cabeza y la ondeante superficie brilló con los tonos naranjas y amarillos del fuego.

Los dedos de Wren se cerraron sobre las piedras élficas como apéndices mecánicos que pertenecieran a otra persona. El fuego llameó como respuesta y después se extinguió. La joven se quedó petrificada un momento, incapaz de encontrar fuerzas para moverse, aturdida, flotando a medio paso fuera del presente. La magia salpicaba y silbaba en su interior, emitiendo pequeñas descargas por sus brazos y piernas que la hacían jadear y temblar. Respiraba con dificultad; tenía el pecho oprimido y la garganta seca e irritada.

Ante ella, las llamas que abrasaban la superficie de los borrosos llanos se redujeron a pequeñas lenguas azules y se convirtieron en humo. Garth todavía estaba a gatas, con la cabeza agachada y el pecho contraído. A su alrededor, el In Ju se extendía, cavernoso y quieto.

Fauno apareció de repente, trepó por el brazo de Wren y restregó el hocico contra su hombro y cuello, chillando suavemente. La joven nómada cerró los ojos contra el cálido pelaje, y recordó cómo la pequeña criatura la había salvado, pensando que era un milagro que continuaran con vida.

Por fin, su preocupación por el estado de Garth y toda aquella sangre que lo cubría la obligaron a moverse. Se esforzó en dar un paso tras otro y apartó de sí los últimos restos de excitación que había dejado la magia en su interior. Se sobrepuso a sus deseos de saborear el poder de nuevo, deslizó las piedras élficas en su bolsillo y se arrodilló junto a su amigo. Garth levantó la cabeza para mirarla. Su cara estaba completamente cubierta de barro, pero los oscuros ojos chispeaban y traslucían una firme determinación.

—Garth —dijo en voz baja Wren.

En el lado izquierdo tenía una profunda herida que se extendía desde el hombro hasta las costillas en el lado izquierdo, y el pecho chamuscado por el

veneno. El barro reseco había contribuido a frenar la hemorragia, pero era necesario limpiar las heridas inmediatamente para evitar la infección.

Wren dejó a Fauno en el suelo con cuidado, después rodeó con los brazos a Garth e intentó ayudarlo a incorporarse. Apenas si podía moverlo.

—Espera —dijo una voz—. Te echaré una mano.

Era Triss, que había surgido de la niebla tropezando, con un aspecto casi tan lamentable como el de Garth. Estaba cubierto de barro y agua cenagosa. El brazo izquierdo le colgaba, inerte, y en la mano derecha empuñaba su espadín. Un lado de su cara estaba manchado de sangre.

Pero el capitán de la Guardia Real pareció ignorar sus propias lesiones. Colocó el brazo de Garth en torno a sus hombros y levantó al corpulento nómada con gran esfuerzo. Wren lo sostuvo por el otro costado y volvieron a cruzar los llanos en dirección a las viejas acacias.

—¡Por aquí! ¡Pfff! ¡Aquí dentro! ¡A la sombra! —dijo Stresa, con las púas desplegadas en todas direcciones.

Llevaron a Garth a un terreno seco, protegido por una maraña de raíces, y lo tumbaron de nuevo. Wren cortó en tiras su túnica. Le quedaba poca agua potable, pero empleó casi toda en lavar las heridas del gigante nómada. El resto se lo dio a Triss para que se limpiase la cara. Utilizó hilo de coser y una aguja para cerrar la herida, y la vendó con las tiras de tela arrancadas de la última ropa limpia que le quedaba. Garth observaba su labor, silencioso e inmóvil, como si intentara memorizar su rostro. La joven nómada le habló por señas en dos o tres ocasiones, pero él se limitó a responder con un asentimiento de la cabeza. A Wren no le gustó lo que vio.

A continuación, se ocupó de Triss. La herida de su rostro era superficial, no más que una abrasión profunda. Pero tenía roto el brazo izquierdo. Wren lo encajó, cortó unas tablillas y las sujetó con el cinturón del soldado. Este se encogió un par de veces mientras ella trabajaba, pero no se quejó. Le dio las gracias cuando terminó, solemne y turbado. Wren le correspondió esbozando una sonrisa.

Solo entonces se acordó del báculo Ruhk, que seguía en algún lugar del barrizal. Fue a buscarlo, abandonando la protección de las acacias para cruzar de nuevo los llanos. Los plañideros huían a su paso, despidiendo leves destellos plateados. El aire estaba vacío y sereno, pero el retumbo del Killeshan llegaba, amenazador, desde detrás del muro de niebla, y la tierra temblaba en respuesta. Encontró el báculo Ruhk donde había caído y lo recogió. La Loden centelleaba igual que un cúmulo de estrellas. Cuánto se había sacrificado en su nombre, pensó, en nombre del pueblo élfico atrapado

en su interior. Por su mente cruzó una sombra de arrepentimiento, un súbito impulso de arrojarlo lejos, de enterrarlo en el lodo como al wisteron. Tal vez fuera mejor que los elfos, que tanto daño habían hecho con su magia, que habían creado a los umbríos por ambición, que habían abandonado las Cuatro Tierras a una salvaje devastación de la que eran responsables, desaparecieran de la faz de la tierra. Pero ya había tomado una decisión sobre los elfos. Además, sabía que la culpa no era de los elfos de aquella generación y, en cualquier caso, era injusto pedir cuentas de los actos de unos pocos a todo un pueblo. Allanon debía de haber contado con que ella pensaría así. Debía de haber previsto que descubriría la verdad y juzgaría por sí misma la sabiduría de su misión. «Busca a los elfos y devuélvelos a las Cuatro Tierras». Muchas veces se había preguntado para qué. Ahora creía que conocía la respuesta. ¿Quién podría enmendar los errores de los elfos mejor que ellos mismos? ¿Quién podría dirigir mejor la lucha contra los umbríos?

Regresó. El cansado se iba adueñando de ella a medida que se esfumaban los restos de la euforia de la magia. Se sentía agotada, triste y extrañamente perdida. Pero sabía que no podía doblegarse a esos sentimientos. Había recuperado el báculo Ruhk, tenían que ir a las playas en busca de Tigre Ty y todavía tendrían que enfrentarse a los demonios.

—Jsst. Su estado es muy grave, Wren de los Elfos —dijo Stresa, que estaba esperándola en el borde del pequeño bosque, con un tono especial en su áspera voz, que sonó como un aviso en los oídos de la joven nómada—. Tu amigo grande. Has de estar preparada para lo que pueda ocurrir. El veneno es una mala cosa. Pffft. Tal vez no pueda venir con nosotros.

—Sí podrá —respondió con brusquedad, pasando visiblemente irritada delante del gatoespino.

Con la ayuda de Triss, consiguió que Garth se pusiera de pie y emprendieron el camino. Había pasado el mediodía, la luz era débil y neblinosa a través de la ceniza en suspensión y el calor, húmedo y sofocante. Stresa abría la marcha, atravesando con dificultad el laberinto de la jungla, escogiendo un camino que permitiese a sus seguidores maniobrar con Garth. El In Ju parecía desierto, como si la muerte del wisteron hubiese exterminado a todos los que vivían allí. Pero Wren pensó que el silencio se debía a los temblores de la tierra. Las criaturas de Morrowindl, al sentir que las cosas no iban bien, habían suspendido sus actividades normales, al menos por el momento, y se habían escondido a la espera de ver lo que sucedía.

Observaba el rostro de Garth mientras caminaban, veía la intensidad de sus ojos y la máscara de dolor que le tensaba la piel sobre los huesos. Él no la

miraba, sino que fijaba la vista de forma deliberada en el sendero. Se mantenía en pie solo por su fuerza de voluntad.

Se iniciaba el crepúsculo cuando salieron del In Ju y pasaron al boscoso montículo colindante. Encontraron un claro con un manantial y Wren lavó de nuevo las heridas de su amigo. No tenían nada que comer, habían agotado todas las provisiones que no habían perdido en los distintos contratiempos que habían sufrido por el camino y no estaban seguros de que las raíces y la fruta de los árboles fuesen comestibles. Tuvieron que conformarse con el agua del manantial. Triss encontró leña suficiente para hacer una hoguera, pero empezó a llover y en pocos segundos todo quedó empapado. Se refugiaron bajo las ramas de un koa, muy juntos, rodeados por la creciente oscuridad. Poco después, Stresa se apartó para hacer guardia, murmurando entre dientes algo que sonaba a que, en aquellos momentos, él era el único miembro del grupo que estaba capacitado para realizar aquella tarea. Wren no puso objeción; en parte estaba de acuerdo. La luz fue cambiando del plata al gris y del gris al negro. El bosque se había transformado, avivado de repente por el movimiento cuando el hambre obligó a las criaturas a salir de caza, pero ninguna intentó acercarse a su refugio. La niebla se colaba entre los árboles y la hierba en perezosas volutas. El agua goteaba lentamente de las hojas. Fauno no dejaba de moverse en los brazos de Wren, apretándose contra su hombro.

A medianoche, el Killeshan entró en erupción. El fuego brotó en un diluvio de chispas y detritos llameantes, junto con cenizas y humo. El ruido que produjo fue aterrador, un trueno que destrozó la tranquilidad de la noche y despertó con un sobresalto a todos los seres vivos que en aquel momento dormían. La explosión inicial pronto se convirtió en una serie de retumbos continuos que hicieron temblar toda la isla. Incluso desde el lugar tan alejado en el que ellos se hallaban podía verse la erupción; un intenso resplandor rojo que contrastaba con la negrura, se elevaba hacia el cielo y parecía detenerse allí. Al alcance de la mano, la tierra se agrietó y el vapor salió en surtidores, silbando y quemando. En las sombras del otro lado, las criaturas de la isla corrían enloquecidas sin rumbo, espantadas por la intensidad de los temblores, el ruido y el fulgor. El pequeño grupo se apiñó contra el koa, conteniendo el impulso de imitarlas. Wren sabía que huir en aquella impenetrable oscuridad era peligroso, pero Stresa, por si acaso, se apresuró a recordarle que no debían moverse de allí hasta que amaneciera.

Las erupciones continuaron durante toda la noche, una tras otra: una serie de toses atronadoras y agudas convulsiones que amenazaban con rasgar

Morrowindl de parte a parte. Ardían fuegos en las laderas del Killeshan a medida que la lava descendía por las pendientes en dirección al mar. Las rocas se desprendían con un estrépito de piedra rota, avalanchas que destrozaban faldas montañosas enteras. Enormes árboles crujían y caían abatidos.

Wren cerró los ojos en un vano intento de dormir.

Al amanecer, Stresa se levantó para explorar la ruta que debían seguir y Triss lo relevó en la guardia. La joven nómada se quedó sola con Garth, que dormía a intervalos, con la cara bañada en sudor y el cuerpo agitado por las convulsiones. Estaba ardiendo de fiebre. Mientras observaba cómo su amigo se removía y se giraba, Wren pensó en todo lo que los dos habían compartido. Se había preocupado por él antes, pero nunca tanto como ahora. En parte, su preocupación estaba agigantada por la sensación de desamparo. Morrowindl seguía siendo un mundo extraño para ella y sus conocimientos sobre él, escasos. Le era imposible dejar de pensar que había algo más que ella podía hacer por su amigo, pero no sabía qué. Recordó a Ellenroh, atacada por una fiebre similar a la de Garth, una fiebre desconocida para todos ellos. Había perdido a su abuela y no se resignaba a perder también a su mejor amigo. Se repetía una y otra vez que Garth era fuerte, que poseía una gran resistencia. Conseguiría sobrevivir, como siempre.

La luz estaba aumentando, y ella acababa de cerrar los ojos, vencida por la fatiga y la tristeza, cuando el gigante nómada la sorprendió tocándole suavemente el brazo. Levantó la cabeza para mirarlo.

«Quiero pedirte un favor», le dijo Garth por señas.

—¿Qué favor? —preguntó Wren, asintiendo y reproduciendo con los dedos sus palabras.

«Será difícil para ti, pero es necesario».

Ella intentó leerlo en sus ojos, pero no pudo. Se había apartado y sumido en las sombras.

«Quiero que me perdones».

—¿Qué es lo que tengo que perdonarte?

«Te he mentido acerca de algo. Una y otra vez. Desde que te conozco».

—¿En qué me has mentido? —preguntó la joven, sacudiendo la cabeza, confusa, ansiosa, cansada...

Garth no vaciló.

«Acerca de tus padres. Los conocí. Sabía quiénes eran y de dónde procedían. Lo sabía todo».

Ella lo miraba fijamente, sin acabar de dar crédito a lo que estaba oyendo.

«Escúchame, Wren. Tu madre comprendió las consecuencias de la profecía de Eowen mejor que la reina. La profecía decía que era preciso sacarte de Morrowindl para evitar que murieras, pero también que un día regresarías para salvar a los elfos. Tu madre supuso, con acierto, que cualquiera que fuese la salvación que pudieras proporcionar a tu pueblo estaría ligada de algún modo a una batalla contra el mal que algunos de sus miembros habían creado. Yo no sabía eso entonces, aunque sí lo intuía. Solo sabía que tu madre estaba decidida a que fueses entrenada para enfrentarte a cualquier peligro, enemigo o adversidad que pudiera presentarse. Por eso te confié a mi cuidado».

Wren estaba aturdida.

—¿A ti? ¿Directamente a ti?

Garth se movió y se incorporó hasta quedar sentado para dar mayor libertad a sus manos. Se quejó a causa del esfuerzo. Wren vio que la sangre empapaba las vendas.

«Llegó con su marido al encuentro de los nómadas, enviada por los jinetes alados. Le habían dicho que éramos el pueblo más fuerte de todos los pueblos libres, que adiestrábamos a nuestros hijos desde el nacimiento para que pudieran sobrevivir, porque la supervivencia era la parte más dura de la vida del nómada. Siempre hemos sido vagabundos y, como tales, estamos obligados a ser más fuertes que ningún otro pueblo. Así que tus padres acudieron a nosotros, a mi familia, una tribu que llevaba varios siglos viviendo en las llanuras cercanas al lago Myriam, y preguntaron si había alguien entre nosotros a quien pudieran confiar la educación de su hija. Deseaban que fuese adiestrada al modo nómada, que empezara a aprender tan pronto como tuviese edad suficiente para desenvolverse en un mundo donde todo era un enemigo potencial. Me recomendaron para que me encargara de tu educación. Hablamos y accedí a ser tu maestro».

Tosió, un profundo y doloroso sonido que brotó de las profundidades de su pecho. Bajó la cabeza un momento mientras carraspeaba para respirar.

—Garth —dijo Wren, alarmada—. Dejemos esto para luego, para cuando hayas descansado.

«No —respondió el gigante nómada, negando con la cabeza—. Quiero decírtelo. Lo he arrastrado demasiado tiempo».

—Pero apenas puedes respirar, apenas...

«Soy más fuerte de lo que crees. —Apretó un instante la mano de Wren—. ¿Temes que me esté muriendo?».

—Sí —respondió la joven, esforzándose por contener las lágrimas.

«¿Y tanto te asusta eso? ¿Después de todo lo que te he enseñado?».

—Sí.

«Entonces no moriré hasta que estés preparada para afrontarlo», dijo el gigante, pestañeando y dirigiéndole una extraña mirada.

Wren asintió con la cabeza, sin comprender lo que quería decir, deseando solo que viviera, costara lo que costase.

Garth respiraba estentóreamente.

«Bien. Hablemos de tu madre. Era como te han dicho: fuerte, amable, valerosa... Te adoraba. Pero había decidido regresar con su pueblo. Creo que había tomado esa decisión antes de abandonar Morrowindl. Tu padre estaba de acuerdo. Desconozco el motivo de tal decisión. Solo sé que entre tu madre, la suya y su pueblo había unos lazos irrompibles y que tu padre estaba muy enamorado de ella. En cualquier caso, se acordó que te enviarían a vivir con los Ohmsford de Valle Sombrío hasta que cumplieras los cinco años, la edad a la que se inicia el adiestramiento de los niños nómadas, y que después quedarías bajo mi custodia. Debíamos decirte que tu madre era nómada y tu padre un Ohmsford y, además, que tus antepasados eran elfos. No tenías que saber nada más».

—¿Por qué, Garth? ¿Por qué tanto secreto? —inquirió Wren, haciendo un gesto de incredulidad.

«Porque tu madre comprendía los peligros que entrañaba tratar de influir en el cumplimiento de una profecía. Podría haber intentado mantenerte a salvo y prevenirte para que no fueras a Morrowindl. Pero ¿qué daño podría haber causado al interferir así? Sabía lo suficiente sobre profecías para reconocer la amenaza. Pensaba que era mejor que te hicieras mujer sin conocer la predicción de Eowen, que encontraras por ti misma tu destino, fuera cual fuese. Recibí el encargo de prepararte».

—¿Así que lo sabías todo? ¿Absolutamente todo? ¿Sabías lo de las piedras élficas?

«No. Lo de las piedras élficas, no. Como tú, creía que eran unos guijarros pintados. Se me dijo que me asegurara de que sabías de dónde venían, de que sabías que eran la herencia de tus padres. Debía cuidarme de que no las perdieras. Supongo que tu madre estaba convencida de que, al igual que tu destino, el poder de las piedras élficas se revelaría cuando llegase el momento».

—Pero sabías todo lo demás desde que yo era una niña. Y cuando fui al Cuerno del Hades, cuando me enviaron en busca de los elfos...

«Lo sabía».

—Y no me lo dijiste. —Se advertía un leve indicio de ira en su voz por primera vez. El impacto de lo que le estaba contando empezaba a hacerse patente—. Ni una palabra, aunque te pregunté una y otra vez.

«No podía».

—¿Qué significa eso de que no podías? —Estaba furiosa—. ¿Por qué?

«Porque se lo prometí a tu madre. Me hizo jurar que guardaría el secreto. Tú no debías saber nada de tu verdadera ascendencia, nada de los Elesedil, Arborlon y Morrowindl, nada de la profecía. Lo descubrirías por ti misma o no lo descubrirías, como el destino decretara. Yo no debía ayudarte en eso. Podía acompañarte cuando llegase el momento, si así lo decidía. Debía protegerte lo mejor que pudiera, pero no podía contarte la verdad».

—¿Nunca?

La respiración de Garth resonaba en su pecho, y sus dedos perdían precisión.

«Pronuncié un juramento. Juré no decirte nada hasta que la profecía se cumpliera, si es que se cumplía; nada hasta que fueras a Arborlon, hasta que descubrieras la verdad por ti misma, hasta que hubieras hecho lo que tenías que hacer para ayudar a tu pueblo. Eso es lo que prometí».

Ella hundió los talones en la tierra, invadida por la desesperación. «No confíes en nadie», le había dicho la Víbora. En nadie. Entonces creyó haber captado el alcance de aquellas palabras. Creyó que lo comprendía.

Pero esto...

—Oh, Garth —susurró—. ¡Yo confiaba en ti!

«Nada perdiste por hacerlo, Wren».

—¿No?

Se miraron en silencio, inmóviles. Todo lo que había sucedido desde que Cogleine se presentó ante ella por primera vez, hacía muchas semanas, pareció reunirse y asentarse sobre sus hombros como una pesada carga. Tantas huidas angustiosas, tantas muertes, tantas pérdidas... Sintió todo eso, todo junto en un solo momento, concentrado en aquella verdad terrible e inesperada.

«Si lo hubieras sabido antes de venir, tal vez las cosas hubieran sido distintas. Tu madre lo comprendía, y también tu padre. Quizás yo te lo hubiese dicho si hubiera podido, pero mi promesa me lo impedía. —El enorme cuerpo del gigante se removió, y Wren levantó su anguloso semblante hacia la luz—. Dime, si puedes, que debería haber obrado de otro modo. Dime, Wren, que debería haber roto mi promesa».

—Deberías haberlo hecho —respondió la muchacha. Su boca era una línea tensa y amarga.

Él le sostuvo su mirada con ojos inexpresivos.

—No —admitió ella después, casi llorando—. Hiciste lo que debías. —Miró a otra parte, vacía y desorientada—. Pero eso no me sirve. Todos me han mentado. Todos. Incluso tú. La Víbora tenía razón, Garth, y eso es lo que me duele. Había demasiadas mentiras, demasiados secretos, y yo no estaba enterada de ninguno de ellos.

Lloró en silencio con la cabeza baja.

—Alguien debería haber confiado en mí. Mi vida ha sufrido un cambio radical sin que se me haya dado la oportunidad de decir algo al respecto. Mira lo que ha pasado.

Una mano grande rozó la suya.

«Piensa, Wren. Todas las decisiones las has tomado tú. Nadie las ha tomado por ti; nadie te ha señalado el camino. Si hubieras conocido la verdad desde el principio, si hubieras comprendido las esperanzas que había puestas en ti, ¿habría sido distinto? ¿Podrías decir que las decisiones eran tuyas en ese caso?».

Volvió a mirarlo, dudosa.

«¿Habría sido mejor saber que eras la nieta de Ellenroh Elesedil, que las piedras élficas que tú creías guijarros pintados eran auténticas, que se esperaba que un día, cuando te hicieras mujer, viajaras a Morrowindl y salvaras a los elfos para cumplir una profecía pronunciada antes de tu nacimiento? ¿Con qué libertad hubieras actuado entonces? ¿Hasta qué punto habrías desarrollado tus facultades? ¿Qué hubieras llegado a ser?».

La joven respiró profundamente.

—No lo sé. Pero al menos debería de haberseme dado la oportunidad de descubrirlo.

El amanecer rompía ahora más allá del sudario de la niebla y los árboles, y la luz era más intensa. Fauno levantó la cabeza en el regazo de Wren, donde yacía inmóvil. Triss había regresado del límite de la oscuridad y los observaba en silencio. Los sonidos nocturnos habían cesado, y también la frenética agitación. En la lejanía, los ruidos de la erupción del Killeshan continuaban, estables y ominosos. La tierra temblaba débilmente y el fuego de la lava se elevaba hacia el cielo entre el gris del humo y las cenizas.

«Wren —dijo Garth, moviendo las manos y agitándose—. Hice lo que se me pidió, lo que prometí. Obré lo mejor que pude. Hubiera preferido no tener que mentirte. Hubiera deseado poder darte la oportunidad que pides».

—Lo sé —respondió la muchacha, tras mirarlo durante largo rato, asintiendo con la cabeza.

«No te enfades con tus padres —continuó Garth. Su morena cara estaba rígida por la concentración—. Hicieron lo que creían que debían hacer, lo que creían correcto».

La muchacha, incapaz de hablar, respondió asintiendo con la cabeza otra vez.

«Tendrás que encontrar la manera de perdonarnos».

—Desearía... desearía que no me hiciera sufrir tanto —respondió Wren, y tragó saliva con dificultad.

«Wren, mírame».

Lo hizo, con reluctancia y recelo.

«Eso no es todo. Hay algo más».

Ella sintió que se le helaba la boca del estómago, un dolor presentido, pero aún no real. Vio a Stresa aparecer por un lado de la arboleda, bamboleándose pesadamente, jadeante y mojado. Aminoró el paso al acercarse a ellos, consciente de que algo estaba ocurriendo, tal vez una pelea o una revelación; en cualquier caso, algo íntimo y personal.

—Stresa —lo llamó Wren enseguida, deseando interrumpir la conversación con Garth.

—Podemos irnos ahora mismo —dijo el gatoespino, pasando la mirada a Wren a Garth—. De hecho, deberíamos hacerlo. La montaña se está desplomando. No tardará en llegar.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Wren, poniéndose de pie. Cogió el báculo Ruhk y bajó la mirada hacia su amigo herido—. ¿Garth?

«Antes tenemos que hablar a solas».

—¿Por qué? —preguntó Wren con un nudo en la garganta.

«Pide a los demás que se adelanten un poco y nos esperen. Diles que enseguida iremos».

—Necesito hablar con Garth un momento —dijo la joven tras un breve instante de vacilación, mirando a Triss y Stresa—. Esperadnos más adelante, por favor.

La miraron y después asintieron de mala gana, Triss primero, inexpresivo, y después Stresa, con evidente suspicacia.

—Llevaos a Fauno —les dijo, recordando que estaba con ella. Bajó al jacarino de su hombro y lo dejó en el suelo. Stresa silbó y la pequeña criatura corrió hacia los árboles.

—Llámanos, grrr, Wren de los Elfos, si nos necesitas —dijo Stresa, mirándola con ojos tristes y comprensivos.

Cuando se fueron y el sonido de sus pisadas se alejó, se encaró de nuevo con Garth.

—¿De qué se trata? —preguntó, aferrada al báculo Ruhk con las dos manos.

«No temas —dijo Garth, indicándole que se acercara—. Siéntate aquí, a mi lado, y escucha un momento sin interrumpirme».

Ella hizo lo que le pedía, arrodillándose tan cerca que lo rozó con una pierna. Sintió el calor de su fiebre. La niebla y la pálida luz lo sumían en una sombra gris, y el mundo circundante era turbio y bochornoso.

Después dejó el báculo Ruhk en el suelo.

«Algo me está sucediendo —dijo Garth, gesticulando con sus grandes manos—. Dentro. El veneno del wisteron, creo. Repta por mi cuerpo como un ser vivo, fuego que abrasa y embota. Lo siento actuar por todas partes, noto cómo me transforma. Es una mala sensación».

—Lavaré tus heridas de nuevo y volveré a vendarlas.

«No, Wren. Lo que me está sucediendo ahora es más profundo. El veneno está invadiendo mi organismo».

—Si estás demasiado débil, te transportaremos —respondió Wren, con la respiración acelerada.

«Estaba débil al principio, pero la debilidad no es tan fuerte ahora. Estoy recuperando fuerzas. Pero no son mías».

Ella lo miró sin acabar de comprender lo que quería decirle, pero aun así asustada.

—¿Qué dices? —preguntó Wren, haciendo un gesto de incredulidad.

El gigante nómada fijó sus oscuros ojos en la joven nómada con determinación. Su gesto se había endurecido y su rostro era un conjunto de ángulos y líneas rectas cincelados en piedra.

«El wisteron era un umbrío. Como los dráculs. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a Eowen?».

Wren se estremeció, se echó hacia atrás e intentó levantarse. Él la retuvo en su sitio, paralizándola con la mirada.

«Mírame».

Wren lo intentó, pero no pudo. Lo veía y no lo veía: percibía las líneas que lo enmarcaban, pero era incapaz de ver los colores y sombras intermedios, como si al hacerlo pudiera revelar la verdad que tanto temía.

—¡Suéltame!

Todo se rompió dentro de ella, y empezó a llorar. Lo hizo sin ruido, solo la traicionaban las convulsiones de los hombros. Cerró los ojos contra los

sentimientos de cólera, el horror del mundo que la rodeaba, el terrible precio que le exigía una y otra vez. Vio a Garth incluso así, grabado en su mente, la misteriosa confianza y la fortaleza que irradiaba su rostro, la sonrisa que reservaba en exclusiva para ella, la sabiduría, la amistad y el amor.

—No puedo perderte —susurró, sin preocuparse de transmitirlo por señas, y sus palabras se diluyeron en un murmullo—. ¡No puedo!

Las manos la soltaron y Wren abrió los ojos.

«Mírame».

Wren una bocanada de aire y lo miró.

«Mírame a los ojos».

Obedeció. Miró en el alma del más antiguo y leal de sus amigos. Un resplandor rojo y maligno le devolvió la mirada.

«Ya ha empezado», dijo el gigante nómada.

La muchacha negó furiosamente con la cabeza.

«No puedo dejar que suceda, Wren. Pero yo solo no puedo, te lo aseguro. Tienes que ayudarme».

—No.

Garth deslizó una mano hasta su cinturón y extrajo el cuchillo largo; su afilada hoja destellaba en la media luz. Wren se estremeció y se apartó, pero él la sujetó por la cintura y la obligó a coger el arma.

«No nos queda tiempo —dijo, moviendo sus dedos con rapidez y seguridad—. Lo que hemos compartido ha sido bueno. No me arrepiento ni por un momento. Me siento orgulloso de ti, Wren. Tú eres mi fuerza, mi sabiduría, mi habilidad, mi experiencia, mi vida, todo cuanto yo soy, lo mejor de mí. Y también tú misma, distinta en todos los sentidos. Eres lo que estabas destinada a ser, una muchacha nómada convertida en reina de los elfos. No puedo darte nada más. Es hora de decirnos adiós».

—¡No puedes pedirme eso! —exclamó Wren sin poder respirar. Su visión estaba nublada.

«Tengo que pedírtelo. No hay nadie más. Nadie en quien confíe».

—¡No! —gritó, dejando caer el cuchillo como si le hubiera quemado la piel—. ¡Preferiría estar muerta! —estalló entre sollozos.

Garth alcanzó el puñal y volvió a ponérselo en la mano. Wren se negaba y sacudía la cabeza una y otra vez. Él la tocó para atraer de nuevo su mirada. El gigante nómada estaba temblando ahora, tal vez de frío, pero quizá de algo más. El resplandor rojo era más notable, más intenso.

«Estoy perdido, Wren. Me están sacando de mí mismo. Tienes que darte prisa. Hazlo ya. No dejes que me convierta... —No pudo terminar: sus

grandes y fuertes manos habían empezado a temblar también—. Puedes hacerlo. Tienes práctica más que suficiente. No puedo confiar en mí mismo. Debería...».

Wren tenía los músculos tan crispados que apenas lograba moverse. Miró hacia atrás, pensando en llamar a Stresa o a Triss, ansiosa por recurrir a quien fuese. Pero sabía que nadie podía ayudarla. Nadie podía cambiar la situación.

—Tiene que existir un antídoto capaz de contrarrestar el veneno —dijo con nerviosismo, volviéndose hacia Garth—. ¡Le preguntaré a Stresa! ¡Él lo sabrá! ¡Le pediré que vuelva!

«Stresa sabe la verdad —dijo Garth, y sus grandes manos la cortaron en seco—. Lo has visto en sus ojos. No hay nada que hacer. Nunca lo ha habido. No lo llares. Ayúdame. Coge el puñal y úsalo».

—¡No!

«Tienes que hacerlo».

—¡No!

Garth levantó la mano bruscamente, como si fuera a golpearla, y ella reaccionó por instinto y atacó con el arma; se detuvo cuando la punta estaba a escasos centímetros del pecho de Garth. Sus ojos se encontraron. Por un instante, todo desapareció dentro de Wren, excepto el terrible reconocimiento de lo que tenía que hacerlo. La verdad la anonadaba. Contuvo la respiración.

«Deprisa, Wren...».

La muchacha no se movió. Garth le cogió la mano y la bajó suavemente hasta que la hoja del puñal descansó encima de su túnica, sobre su pecho.

«Hazlo».

Ella negó con la cabeza con tanta lentitud que apenas fue perceptible.

«Wren. Ayúdame».

Ella lo miró a los ojos, al rojo resplandor que lo estaba consumiendo, que emanaba del horror que crecía dentro de su cuerpo. Se vio de pie a su lado cuando era una niña, cuando fue a vivir con los nómadas y apenas le llegaba a las rodillas. Se vio a los diez años, delgada como un látigo, resistente como el cuero, corriendo por el bosque para alcanzarlo. Recordó sus juegos constantes, interminables, todos dirigidos a adiestrarla.

Sintió su respiración en la cara. Sintió su proximidad y recordó el bienestar que le había proporcionado cuando era niña.

—Garth —dijo en voz baja con desesperación, y sintió que las grandes manos de su amigo se levantaban para apretar la suya.

Hundió el largo cuchillo hasta la empuñadura.

Huyó. Salió corriendo y se internó entre los árboles, obnubilada por la pena, medio cegada por las lágrimas, sujetando el báculo Ruhk con las dos manos y poniéndolo ante sí como si fuera un escudo. Corrió a través de las sombras y la penumbra del amanecer de la isla, inconsciente del lejano retumbo del Killeshan, de los temblores con los que respondía Morrowindl, indiferente a todo lo que no fuera la necesidad de huir del momento y el lugar de la muerte de Garth, aunque sabía que jamás lograría librarse de su recuerdo. Atravesó matorrales y ramas sin prestarles atención, hierbas altas y zarzas, colinas incrustadas de roca volcánica, zonas cubiertas de madera seca y detritus esparcidos, sin darse cuenta de nada. No era su cuerpo el que huía, era su mente.

«¡Garth!».

Lo llamaba sin cesar, zambullida en los recuerdos que de él tenía como si recordarlos pudiera devolverlo a la vida. Lo vio correr, espectral, fantasmagórico. Retazos del gigante nómada aparecieron y se esfumaron en el aire, borrosas y lejanas imágenes de tiempos pasados. Se vio a sí misma persiguiéndolo como había hecho tantas veces cuando jugaban a ser rastreador y presa. Se vio en aquel último día en el Tirfing antes de que llegara Cogline y todo cambiara para siempre, rodeando las orillas del lago Myriam en busca de huellas. Lo vio descolgándose de los árboles, enorme, silencioso y rápido. Sintió cómo intentaba agarrarla y cómo ella se escabullía, su cuchillo largo levantarse y descender. Oyó su propia risa. «Estás muerto, Garth».

Y ahora lo estaba de verdad.

Sin saber cómo (nunca le quedó completamente claro) encontró a los otros miembros del grupo, a los pocos que quedaban vivos: Triss, el último elfo, el último aparte de ella, Stresa y Fauno. Irrumpió ante ellos, tambaleándose, los

apartó de su camino con furia como si fueran obstáculos y continuó adelante. La siguieron, por supuesto, corriendo para alcanzarla, llamándola, preguntándole qué problema había, qué sucedía, dónde estaba Garth.

Ella, negando con la cabeza, respondió que se había ido, que no los acompañaría.

Pero no había ningún problema. Todo estaba bien. Ahora él estaba a salvo.

Sin dejar de correr, oyó que Triss volvía a preguntar:

—¿Qué ha pasado?

Y Stresa replicaba:

—Jsssstt, ¿no lo ves? —Intercambiaron palabras y susurros furtivos entre ellos, pero Wren no captó su significado, ni le preocuparon lo más mínimo. Fauno saltó sobre su brazo desde el suelo, agarrándose posesivamente, pero ella se desembarazó del jacarino con un gesto brusco. No podía soportar que la tocasen. Apenas podía resistir estar dentro de su propia piel.

Salió de entre los árboles.

—¡Mi señora Wren! —oyó que la llamaba Triss.

Entonces empezó a trepar por un tobogán de lava, arañando y excavando la áspera roca, notando cómo se le cortaban las manos y las rodillas. La respiración le irritaba la garganta: tosía, ahogada por palabras que no llegaban. El báculo Ruhk cayó de sus manos y ella lo abandonó. Renegó de todo, de quién y de qué era, asqueada. Solo deseaba huir, escapar, correr hasta que no quedara ningún sitio adonde ir.

Cuando por fin se desplomó en el tobogán, exhausta y sollozando de forma incontrolada, fue Triss quien llegó antes a su lado, quien la acunó como a una niña, quien la tranquilizó con palabras y leves caricias y le proporcionó parte del alivio que necesitaba. La ayudó a ponerse de pie, hizo que se diera la vuelta y la llevó de regreso al bosque de abajo. Con el báculo Ruhk en una mano y sujetándola con la otra, la llevó durante toda la mañana igual que un pastor a una oveja descarriada, pidiéndole solo que pusiera un pie delante del otro y que continuara a su lado. Stresa abría la marcha. Su voluminosa figura se convirtió en el punto de referencia de Wren, el objeto en cambio constante hacia el que se movía paso a paso. Fauno regresó para intentar una nueva escalada por su pierna y su brazo, y esta vez Wren aceptó su compañía y apretó al jacarino contra su cuerpo, frotando la nariz contra la calidez y suavidad de la criatura.

Así anduvieron todo el día, compañeros en un viaje que no necesitaba palabras. Las pocas veces que se detuvieron para descansar, Wren aceptó el

agua que Triss le dio a beber, la fruta que le puso en la palma de la mano; no se molestó en preguntar de dónde las había sacado ni si se podrían tomar sin peligro. La luz disminuyó cuando las nubes se acumularon de horizonte a horizonte y la neblina se espesó debajo. El Killeshan tronó a sus espaldas. Sus erupciones, ahora incontroladas, lanzaban hacia el cielo grandes surtidores de fuego, ceniza y humo. El olor a azufre llenaba el aire y la isla temblaba y vibraba.

Cuando por fin descendió la oscuridad, la cresta de la montaña estaba ceñida por una corona de color rojo sangre, que aumentaba su brillo con cada nueva erupción y enviaba regueros de fuego por las lejanas laderas hacia el mar. Las piedras rechinaban y crujían cuando la roca fundida las arrancaba y los árboles ardían con aguda y crepitante desesperación. El viento se redujo a la nada, una bruma se asentó sobre todo y la isla se convirtió en una prisión cercada por el fuego, cuyos habitantes tropezaban entre sí en una asustada y colérica confusión.

Stresa eligió para pasar la noche una hendidura rocosa resguardada por tres lados, en un bosquecillo de delgados tamarindos, fuertes pero desprovistos de hojas. Se apiñaron en la oscuridad, con las espaldas apoyadas en la pared de roca, y observaron el holocausto a medida que su brillo aumentaba. Aún estaban a un día de camino de las playas, un día para tal vez encontrarse con Tigre Ty, y la destrucción de la isla era inminente. Wren volvió a la realidad lo bastante para percibir el peligro que corrían. Mientras bebía de la taza de agua que Triss le había dado y escuchaba el sonido de su voz, que le hablaba de forma serena y tranquilizadora, recordó lo que se suponía que debía hacer, y que solo Tigre Ty podía ayudarles.

—Triss —dijo al fin, viéndolo por primera vez, pronunciando su nombre con agradecimiento y haciéndole esbozar una sonrisa de alivio.

Poco después aparecieron los demonios. Los umbríos de Morrowindl, los primeros que habían conseguido escapar del ardiente flujo del Killeshan, huían de las colinas hacia las playas, perdidos y confusos, dispuestos a matar a quien se interpusiera en su camino. Salieron de la rojiza penumbra, tambaleándose, una andrajosa colección de horrores deformes, y atacaron impulsados por el instinto y su peculiar demencia. Stresa los oyó antes de que llegaran; sus finos oídos recogieron el sonido a medida que se aproximaban y avisó a sus compañeros unos segundos antes de que se produjera el ataque. Espada en mano, Triss salió al encuentro de la avalancha, la contuvo y estuvo a punto de desviarla, un digno rival para aquellos seres incluso con un solo brazo útil. Pero los demonios estaban enloquecidos más allá del miedo o la

razón, expulsados de su hogar de las tierras altas por algo que no entendían. Aquellos humanos eran una amenaza menor. Se reorganizaron y atacaron de nuevo, decididos a tomarse la revancha con lo que tenían más a mano.

Pero esta vez fue Wren quien se enfrentó a ellos, inmersa en su propia locura, fría y calculadora, y envió la magia de las piedras élficas a segarlos como guadañas. Cuando los umbríos advirtieron el peligro, ya era demasiado tarde. La magia los atrapó y los hizo desvanecerse entre estallidos de fuego y súbitos alaridos. Unos segundos después, solo quedaba humo y ceniza.

Otros llegaron durante la noche en pequeños grupos y se abalanzaron desde la oscuridad en frenéticas embestidas que los condujeron a una muerte rápida y certera. Wren los destruía con indiferencia, sin remordimientos, y quemaba el bosque de alrededor hasta que llameaba tanto como las laderas al paso de los ríos de lava. Cuando se acercaba la mañana, su refugio había quedado yermo y humeante en un radio de cincuenta metros, convertido en una sepultura de cadáveres ennegrecidos e irreconocibles, un cementerio donde solo ellos estaban vivos. No pudieron dormir ni descansar, ya que las pausas entre los asaltos fueron pocas y breves. El amanecer los encontró ojerosos y agotados, figuras demacradas y maltrechas en la luz naciente. Triss había recibido media docena de heridas y tenía la ropa rasgada. Todas sus armas estaban perdidas o rotas a excepción de la espada corta. La cara de Wren estaba teñida de gris por la ceniza y sus manos temblaban por el flujo del poder de las piedras élficas. Las púas de Stresa se abrían en abanico y parecía que nunca se replegarían a su lugar, y Fauno estaba enroscado junto a Wren.

Cuando la luz ascendía por el este, plateada por la niebla y el humo, Wren les dijo por fin lo que había ocurrido con Garth. Necesitaba hablar, compartir la carga que llevaba, la amarga verdad de que estaba sola. Les habló con voz serena y suave en el silencio que siguió al último ataque. Volvió a llorar, pensando en que quizá no pudiera parar nunca. Pero esta vez las lágrimas eran purificadoras, como si se llevaran parte de su dolor. El capitán de la Guardia Real, el gatoespino y el jacarino la escuchaban desde muy cerca para no perderse detalle, incluido Fauno, que, comprendiese o no las palabras de la joven, se apretaba contra su hombro. Las frases fluían de su garganta sin dificultad y abrían el dique de su desesperación y su vergüenza. Una especie de paz se instaló en su interior.

—Ruuu, Wren, hiciste lo que debías —dijo Stresa con tono solemne cuando la joven nómada concluyó su relato.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —preguntó Wren.

—Jssstt. Sí. Comprendí los efectos que produciría el veneno. Pero no podía explicártelo, Wren de los Elfos, porque no hubieses querido creerme. Debía decírtelo él.

Sin duda, el gatoespino tenía razón, aunque ya no importaba. Hablaron un poco más mientras la luz se filtraba lentamente en la penumbra e iluminaba el mundo que los rodeaba: un mundo de negra ruina donde el humo aún se elevaba hacia el cielo en finas espirales y la tierra temblaba con la furia del Killeshan.

—Dio su vida por usted, mi señora Wren —dijo Triss en tono solemne—. La cubrió con su cuerpo para impedir que el wisteron la atacara y luchó para salvarla. Ninguno de nosotros lo hubiera hecho de un modo tan eficaz. Lo intentamos, pero solo Garth tenía la fuerza suficiente. Recuerde eso de él.

Pero ella aún recordaba el esfuerzo que había tenido que hacer para que el cuchillo largo llegara hasta su corazón: sentía sus manos cerradas sobre las de ella, como si la absolviera de responsabilidad. Nunca lo olvidaría, pensó. Siempre vería lo que sus ojos reflejaron.

Volvieron a ponerse en camino poco después, cruzando el carbonizado campo de batalla de la noche anterior hacia el verde paisaje del día que nacía, hacia la última tierra que los separaba de la playa. Los temblores continuaban bajo sus pies y los incandescentes ríos de lava se acercaban en su descenso por la montaña. A su alrededor, las criaturas huían en todas direcciones; ni siquiera los demonios se detenían para atacar. Todos corrían hacia las costas del Confín Azul para librarse del calor asfixiante de la furia del Killeshan. Morrowindl se estaba convirtiendo lentamente en una caldera de fuego que se consumía a sí misma desde el interior. Por todas partes empezaban a aparecer grietas, enormes hendiduras que se abrían a la oscuridad, que silbaban y escupían vapor y calor. El mundo que había florecido como consecuencia del uso de la magia élfica estaba desapareciendo, y en pocos días solo quedarían las rocas y las cenizas de los muertos. Un mundo nuevo se estaba gestando en torno al pequeño grupo que huía y, cuando se completara, nada del viejo permanecería sobre él.

Se adentraron en los prados de hierba alta que limitaban con las últimas extensiones de selva próximas al litoral. La hierba había empezado a curvarse y a morir, ahumada y sofocada por el calor y los gases. La maleza se deshacía bajo sus botas, reseca y sin vida. Ardían hogueras en innumerables puntos de su entorno, y a su derecha, al otro lado de una profunda hondonada, un delgado reguero de fuego rojo se abría paso a través de unas plantas de flores silvestres hacia un bosquecillo de acacias que esperaba con desvalida y

petrificada resignación. Nubarrones de hollín descendían del In Ju, donde la jungla ardía lentamente, hacia la orilla del agua. El pantano ya empezaba a hervir. Rocas y cenizas caían de alguna parte fuera de su campo visual, como si fuera granizo de las nubes, arrojadas por las continuas explosiones del volcán. El viento cambió y dificultó aún más la visibilidad. Era mediodía y el cielo estaba tan desapacible, gris y neblinoso como en un crepúsculo de otoño.

Wren sentía la cabeza ligera e inmaterial, como parte del aire que respiraba. Sus huesos estaban desligados dentro de su cuerpo y el fuego de la magia de las piedras élficas aún brillaba y chispeaba como ascuas que se estuvieran apagando. Observó el terreno circundante, pero no consiguió concentrarse. Todo estaba a la deriva, igual que las nubes.

—Stresa, ¿falta mucho? —preguntó.

—Sí, todavía falta —respondió el gatoespino sin volverse—. Pfff. Sigue andando, Wren de los Elfos.

Wren continuó caminando, consciente de que las fuerzas la estaban abandonando, y se preguntó si sería por el uso excesivo de la magia o por simple agotamiento. Sintió la proximidad de Triss y un brazo en torno a los hombros.

—Apóyese en mí —le dijo el capitán de la Guardia Real mientras la sujetaba.

Dejaron atrás los prados cuando el sol se desplazaba hacia el oeste y llegaron a la selva. Ya ardía por el sur, las ramas más altas llameaban y humeaban. Aceleraron el paso, tropezando y resbalando sobre el musgo, las hojas y las rocas sueltas. Los árboles estaban silenciosos e inmóviles, como las columnas de un salón que tenía por techo las nubes y la bruma. Gruñidos y refunfuños surgían de la niebla, lejanos, pero por todas partes.

Prosiguieron el viaje. En una ocasión, algo gigantesco se movió en las sombras, a un lado, y Stresa se volvió para mirarlo con las púas erizadas. Pero nada apareció, y unos segundos después reemprendieron la marcha. Oyeron delante de ellos el ruido del agua al golpear las rocas, las idas y venidas del océano. Wren esbozó una sonrisa y apretó el báculo Ruhk contra su pecho. Todavía tenían una oportunidad, pensó. Todavía tenían esperanzas de salir con vida de aquella aventura.

Por fin, mientras la luz del día se difuminaba a sus espaldas y el crepúsculo se teñía de plata y rojo ante ellos, salieron de entre los árboles y se encontraron en un alto farallón sobre la inmensidad del Confín Azul. El humo y la ceniza enturbiaban el aire que los rodeaba, pero más allá el horizonte

estaba radiante de color. El grupo avanzó con paso inseguro y, después, se detuvo. El farallón descendía en una pronunciada pendiente hasta una costa rocosa. No se veían playas por ninguna parte ni el menor rastro de Tigre Ty.

Wren se apoyó pesadamente en el báculo y levantó sus ojos al cielo, una bóveda enorme y vacía.

—¡Tigre Ty! —exclamó con desesperación.

—Allí abajo —dijo poco después el capitán de la Guardia Real, que se había apartado de ella para explorar, regresando a su lado y señalando hacia el norte—. Allí está la playa. No sé si podremos llegar a ella.

—¡Ssssstt! Tendremos que ir por los bosques, regresar al humo y a los seres que esconde —respondió Stresa, sacudiendo la cabeza—. No es buena idea con la oscuridad tan cerca. ¡Pfff!

Wren contempló con impotencia el descenso del sol hacia el océano, donde empezaba a desaparecer. En unos minutos las tinieblas se adueñarían del mundo. Habían ido demasiado lejos, pensó, y murmuró un «No» que solo ella pudo oír.

Dejó a un lado el báculo Ruhk y sacó las piedras élficas. Sosteniéndolas frente a ella, proyectó su blanca magia a través del cielo de extremo a extremo, un estallido luminoso contra el tono grisáceo del atardecer. Destelló como el fuego y desapareció. Todos la siguieron con la mirada, observaron cómo descendía la oscuridad y el sol coloreaba el horizonte antes de desaparecer.

Detrás de ellos, sus perseguidores empezaron a reunirse, los demonios llegados de las tierras altas, seres oscuros que los seguían o se acercaban atraídos por la magia. Sus siluetas se recortaban en la penumbra y gruñían y rezongaban mientras se acercaban. Wren y sus compañeros estaban atrapados en el farallón, acorralados contra el abismo del océano. Wren sintió el temblor de sus huesos, de su respiración, de su exigua fuerza. No era lógico que Tigre Ty estuviese allí después de tanto tiempo. Sin embargo, no quiso renunciar a la única esperanza que les quedaba. Volvería a utilizar la magia si era necesario. Solo una vez más, como medida de seguridad, porque ni a ella ni a sus compañeros les quedaban fuerzas suficientes para sobrevivir otra noche a los peligros de la isla.

Triss se alejó unos pasos para enfrentarse a las sombras que había entre los árboles, delgado y duro, con el brazo roto colgando inerte y la espada en la mano del otro.

—Quedaos detrás de mí —ordenó.

Los segundos pasaban rápidamente. Los colores del cielo se disolvieron hasta convertirse en un tono gris y la penumbra se intensificó, convirtiéndose en una pálida pantalla cenicienta.

—¡Allí! —dijo Stresa.

Algo enorme se abalanzó sobre ellos desde la oscuridad y cayó sobre Triss, derribándolo. Otra figura se lanzó sobre ellos y Stresa la acribilló con sus púas. Wren levantó las piedras élficas y proyectó su magia al frente, quemando a los seres más cercanos, que retrocedieron profiriendo terribles gritos de dolor. Triss yacía tendido en el suelo, inconsciente.

Wren cayó de rodillas, exhausta.

—¡Ssssttt! ¡Levántate! —exclamó Stresa, desesperado.

Un nuevo grupo de formas contrahechas se recortó en la oscuridad y empezó a avanzar lentamente.

—¡Levántate!

Entonces un grito rasgó el silencio, como el de un ser humano a quien le arrancan la vida, y una enorme sombra se extendió sobre el farallón. Unas garras arañaron los umbrales del bosque y obligaron a los asaltantes a dispersarse en la oscuridad. Wren levantó la mirada, muda de asombro. ¿Había visto...? La sombra se meció para apartarse, y unas alas negras que parecían cuchillos se proyectaron contra el cielo. Se oyó otro grito.

—¡Espíritu! —exclamó Wren al reconocerlo.

El roc viró otra vez y se lanzó en picado sobre el borde del farallón, donde se posó con un furioso batir de alas. Una pequeña y delgada figura saltó a tierra, vociferando con nerviosismo.

—¡Eh, venid aquí, rápido! ¡El susto no les durará mucho!

¡Tigre Ty!

Y cuando Wren levantó a Triss y avanzó con esfuerzo hacia el hombrecillo, encontró a Tigre Ty tal como lo recordaba de semanas atrás, sonriente, con la bronceada piel llena de arrugas, semejante a un espantapájaros de huesos y cuero, con las callosas manos dispuestas para la acción y los ojos brillantes y agudos. La miró, miró a sus compañeros y el báculo Ruhk que llevaba y se echó a reír.

—Wren Elessedil —saludó—. ¡Eres una persona de palabra, muchacha! Regresas de la muerte para escupirme a la cara, para probar que podías hacerlo después de todo. ¡Demonios, debes de ser dura como un clavo!

Ella estaba demasiado contenta de verlo para discutir.

Tras decirle a Stresa que debía esconder las púas, Tigre Ty les apremió para que subieran con la mayor rapidez posible a lomos de *Espíritu*. Hablando

entre dientes sobre los peculiares compañeros de viaje que Wren elegía, envolvió al gatoespino en un cobertor de cuero y lo subió. Aunque por fuera Stresa parecía tranquilo y sumiso, sus ojos revelaban una profunda ansiedad. Wren se ató a Fauno a la espalda, montó sobre *Espíritu* y levantó al casi inconsciente Triss hasta ponerlo frente a ella para mantenerlo sujeto. Para poder tener libres las manos, introdujo el báculo Ruhk en los arneses, bajo sus piernas. Tigre Ty y ella trabajaban con rapidez, hostigados por los gruñidos y refunfuños que salían de las tinieblas del bosque, acuciados por el miedo a los seres que se ocultaban en él. Dos veces, las negras formas se aventuraron a salir de las sombras, dispuestas a atacar, pero en ambas ocasiones el colérico graznido de *Espíritu* las hizo retroceder.

Parecía que nunca iban a acabar de instalarse, pero al fin lo hicieron. Tras hacer una rápida revisión de los correajes, Tigre Ty saltó sobre el roc.

—¡Arriba ya, viejo pájaro! —gritó con apremio.

Con un graznido, *Espíritu* desplegó sus grandes alas y se elevó en el aire. Un puñado de demonios salió de su refugio corriendo, en un desesperado intento de atraparlos. Algunos consiguieron agarrarse a las plumas del roc y tiraron hacia el suelo del gigantesco pájaro. Pero *Espíritu* se sacudió, se contorsionó y los arañó ferozmente con sus garras, y los atacantes se precipitaron al abismo. Mientras el roc volaba sobre el Confín Azul y ganaba altura, Wren miró hacia atrás por última vez. Morrowindl era un horno que fulguraba en la oscuridad de la noche entre humo, vapor y ceniza. La boca del Killeshan seguía vomitando chorros de roca fundida, ríos de fuego que fluían hacia el mar.

Cerró los ojos y no volvió a mirar.

Nunca estuvo segura de cuánto tiempo duró el vuelo. Quizá fueron horas, quizá solo minutos. Se agarraba a Triss y a las correas de sujeción mientras hacía terribles esfuerzos por mantenerse despierta, exhausta hasta la insensibilidad. Los brazos de Fauno rodeaban su cuello, cálidos y peludos, y notaba su respiración ansiosa. En algún lugar a sus espaldas, Stresa viajaba en silencio. Oyó que Tigre Ty le hablaba en dos o tres ocasiones, pero sus palabras se perdieron en el viento y no se molestó en responder. Ante sus ojos flotaba la visión espectral de Morrowindl, terrible y fija; una pesadilla que nunca se limitaría al sueño.

Cuando aterrizaron, fuera cual fuese el tiempo que había transcurrido, todavía era de noche, pero el cielo estaba despejado y brillante. *Espíritu* se posó sobre un pequeño atolón cubierto de vegetación. El aire estaba impregnado del olor de las flores. Wren aspiró los perfumes con satisfacción

mientras se bajaba del ancho lomo del roc, y se estiró con torpeza para ayudar a Triss y Stresa. «Imagínate —pensó todavía aturdida—, la luna y las estrellas, una noche bajo su luz, sin bruma, ni niebla, ni fuego».

—Por aquí, muchacha —le dijo Tigre Ty con gentileza, cogiéndola del brazo.

La condujo a un mullido herbazal, donde la joven se tumbó y se quedó dormida inmediatamente.

El sol estaba rojo en el horizonte cuando despertó, una esfera escarlata que emergía de las rojizas aguas del océano hacia un firmamento ennegrecido por una masa de nubes. La tormenta y su fuego parecían mantenerse en una zona determinada de tierra y cielo. Wren se incorporó sobre un codo y contempló el extraño fenómeno, preguntándose cómo era posible.

—Vuelve a dormirte, Wren —dijo Tigre Ty, que hacía guardia a su lado—. Todavía es de noche. Eso es Morrowindl, envuelto en llamas, ardiendo de dentro afuera. El Killeshan está arrasando con todo; supongo que pronto no quedará nada.

Wren volvió a dormirse y cuando despertó de nuevo era ya mediodía. El sol estaba alto en un cielo azul y sin nubes, el aire era cálido y fragante, y el canto de los pájaros componía un alegre gorjeo entre el rumor del océano sobre las rocas. Fauno parloteaba en algún lugar cercano. Se levantó para mirar y encontró al jacarino sentado en una roca y tirando de una enredadera para poder mordisquear sus hojas. Triss seguía durmiendo y no se veía a Stresa por ningún sitio. *Espíritu* estaba posado en el borde del acantilado, con sus feroces ojos fijos en las desiertas aguas.

Tigre Ty salió de detrás del pájaro y se acercó despacio. Le dio un saquito con pan y frutas y le indicó con un gesto que se apartara del dormido Triss. La joven lo obedeció, y fueron a sentarse a la sombra de una palmera.

—¿Has descansado? —le preguntó. Wren respondió con asentimiento de la cabeza—. Come. Debes de estar hambrienta. Da la impresión de que llevas varios días sin probar bocado.

Comió con fruición. También aceptó la jarra de cerveza que le ofreció y bebió hasta que se sintió a punto de estallar. Fauno se volvió para mirarla con ojos brillantes y curiosos.

—Parece que has hecho nuevos amigos —comentó Tigre Ty cuando Wren hubo terminado—. Conozco los nombres del elfo y el gatoespino, pero ¿cómo se llama ese?

—Fauno. Es un jacarino. —Su mirada se encontró con la del pequeño animal—. Gracias por no dejarnos abandonados, Tigre Ty. Contaba contigo.

—¡Bah! —exclamó el jinete alado—. No podía perderme la oportunidad de enterarme de qué pasaba al final. Sin embargo, debo admitir que tenía mis dudas, muchacha. Temía que tu insensatez se impusiera a tu coraje. Y parece que casi estuvo a punto de ocurrir.

—Casi —admitió la joven, asintiendo a su pesar.

—Fui a buscaros todos los días desde que el volcán entró en erupción. Pude ver la explosión a más de treinta kilómetros de distancia. Entonces pensé: «Ella tiene algo que ver». Y así fue, ¿verdad? —Esbozó una amplia sonrisa y su cara se arrugó igual que el cuero viejo—. En cualquier caso, *Espíritu* y yo dábamos vueltas una vez al día para intentar localizarte. Anoche estábamos a punto de acabar nuestra ronda cuando vimos tu luz. Si no hubiera sido por ella, nos hubiésemos marchado. ¿Cómo lo hiciste? —Fruunció los labios y se encogió de hombros—. No, espera, no me lo digas. Si mis suposiciones no están equivocadas, así es como actúa la magia de los elfos terrestres. Prefiero no saberlo. —Hizo una breve pausa—. Sea como fuere, me alegro mucho de que estés aquí, a salvo.

Wren esbozó una sonrisa para confirmar su suposición, y los dos guardaron silencio durante un momento, mirando al suelo. Las aves pescadoras se lanzaban y zambullían en las despejadas aguas del océano como flechas blancas, con las alas echadas hacia atrás y el largo cuello estirado. Fauno bajó de la roca para trepar por el brazo de Wren y cobijarse en su hombro.

—Supongo que tu gigantesco amigo no tuvo suerte —dijo Tigre Ty, rompiendo el silencio.

Garth. El dolor que le provocaba el recuerdo llenó de lágrimas los ojos de la joven nómada.

—No. No la tuvo —respondió Wren, negando con la cabeza.

—Lo siento. Creo que sentirás su pérdida durante mucho tiempo, ¿verdad? —Sus sagaces ojos se apartaron—. Algunas heridas no se curan fácilmente.

La joven permaneció en silencio. Estaba pensando en su abuela y en Eowen, en el Búho y en Gavilán Elessedil, en Colt y en Dal. Todos habían perdido la vida en un intento de escapar de Morrowindl, todos formaban parte del dolor que sentía. Miró a la lejanía a través de las aguas del océano y encontró lo que buscaba: una oscura mancha en el horizonte donde Morrowindl ardía lentamente hasta convertirse en roca y cenizas.

—¿Qué ha sido de los elfos? —preguntó Tigre Ty—. Supongo que los encontraste, puesto que te acompaña uno de ellos.

Volvió a mirarlo, sorprendida por la pregunta, pues había olvidado durante un breve instante que Tigre Ty no había compartido su aventura.

—Sí, los encontré.

—¿Y Arborlon?

—Arborlon también, Tigre Ty.

—No te escucharon, ¿verdad? —le preguntó, después de observarla un rato, haciendo un gesto de resignación—. No querían marcharse. —Hizo esta afirmación sin disimular la amargura de su voz—. Ahora están muertos. Todos. ¡Qué insensatos!

«Insensatos, sí —pensó la joven—, pero no muertos». Aún no. Intentó contarle a Tigre Ty lo que sabía de la Loden, intentó buscar las palabras adecuadas, pero no las encontró. Era demasiado duro entrar en explicaciones. Aún estaba demasiado cerca la pesadilla que acababa de dejar atrás, todavía forcejeaba con las violentas emociones que le provocaba el más leve recuerdo. Siempre que se despertaban en su mente, se sentía como si le arrancasen la piel del cuerpo a tiras, como si el fuego quemara hasta la médula de sus huesos. Los elfos, víctimas de su equivocada fe en el poder de la magia... ¿Cuánta de esa fe había heredado ella? Se estremeció al pensarlo. Había verdades que era necesario sopesar y medir, motivos que analizar y vidas que encauzar.

Pero ninguna de esas cosas caía bajo su responsabilidad.

—Tigre Ty —dijo en voz baja—. Los elfos están aquí, conmigo. Yo los transporto... —Dudó, ante su mirada de asombro—. Los llevo en el corazón. —La confusión arrugó la frente del jinete alado. Ella bajó los ojos y contempló sus manos vacías—. El problema está en decidir si debo llevarlos.

—Lo que dices no tiene sentido. Al menos no lo tiene para mí —respondió Tigre Ty, haciendo un gesto de incompreensión y frunciendo el ceño.

—Solo lo tiene para mí —dijo Wren, esbozando una sonrisa—. Sé paciente conmigo por ahora, por favor. No me hagas más preguntas. Pero cuando lleguemos a donde vamos, descubriremos juntos si a los elfos les han servido de algo las lecciones de Morrowindl.

Triss despertó entonces, estirándose perezosamente, y se levantaron para atenderlo. Mientras caminaban, los pensamientos de Wren alzaron el vuelo. Como una consumada malabarista, se encontró equilibrando las exigencias del presente con las necesidades del pasado, las vidas de los elfos con los peligros de su magia, las creencias que había perdido con las verdades que había encontrado. Silenciosa en su deliberación, concentrada por completo, se

movía entre sus compañeros como si estuviera allí con ellos, cuando, de hecho, había regresado a Morrowind; observaba el horror de su evolución inducida por la magia, descubría los oscuros secretos de sus creadores, ajustaba los fragmentos de los frenéticos y angustiosos días que había pasado luchando por cumplir las misiones que le habían encomendado. El tiempo se congeló y, mientras se erguía ante ella como una estatua tallada en una espeluznante y silenciosa introspección, logró despojarse de la última de las andrajosas vestiduras que habían constituido su vida anterior, aquella inocente existencia anterior a sus encuentros con Cogline y Allanon y al viaje a su pasado, y pudo ponerse por fin el manto de quien, según comprendía ahora, siempre había estado destinada a ser.

«Adiós, Wren del pasado».

Fauno se retorció contra su hombro para llamar su atención y ella le dedicó la poca que pudo.

Una hora más tarde, el gatoespino, el jacarino, el capitán de la Guardia Real, el jinete alado y la muchacha que se había convertido en reina de los elfos volaban en dirección este, hacia las Cuatro Tierras, a lomos de *Espíritu*.

El viaje al continente se prolongó durante todo el día. El sol era una difusa mancha de plata en el oeste cuando por fin consiguieron divisar la costa, una dentada muralla negra que se recortaba contra la noche incipiente. Se había extendido la oscuridad, y la luna y las estrellas aparecieron mientras descendían al farallón que precedía a la abandonada Ala Desplegada. Tenían el cuerpo anquilosado, los ojos pesados y se sentían desfallecer. Los olores veraniegos de las hojas y la tierra llegaban de un bosque cercano, y los cinco viajeros se prepararon para dormir.

—¡Pfff! Es posible que llegue a gustarme este país tuyo, Wren de los Elfos —dijo Stresa justo antes de que la joven se durmiera.

Reanudaron el vuelo al amanecer para seguir la línea de la costa en dirección norte. Tigre Ty iba inclinado contra la brillante cabeza de *Espíritu*, con la vista dirigida hacia delante, sin hablar con nadie. Le había dedicado a Wren una larga y dura mirada cuando ella le dijo adónde quería que la llevara y desde entonces no había vuelto a mirarla. Se dejaron llevar por las corrientes de aire a través de las montañas Irrybis y las Espuelas de Piedra para, a continuación, adentrarse en el Sarandanon. La tierra fulguraba a sus pies; bosques verdes, terrenos negros, lagos azules, ríos plateados y campos de flores silvestres de todos los colores. El mundo parecía perfecto; desde aquella altura no podía apreciarse la enfermedad que los umbríos habían propagado. Las horas transcurrían, lentas y perezosas, cargadas con los recuerdos de los que montaban a lomos del roc. En sus corazones había dolor y un deseo de prolongar aquel maravilloso día, de que nunca acabase, porque sabían que el siguiente podía ser distinto, que en la vida pocas esperanzas se convertían en algo más.

A media mañana aterrizaron en un prado del extremo sur del Sarandanon y repusieron las fuerzas con el succulento almuerzo que les ofreció Tigre Ty,

compuesto de fruta, queso y leche de cabra. Los pájaros revoloteaban entre los árboles, y los animalillos corrían por las ramas y se metían en sus madrigueras. Fauno lo observaba todo como si lo viera por primera vez. Stresa olfateaba el aire, con su cara de gato arrugada y torcida. Triss había mejorado lo suficiente para sentarse y mantenerse sin ayuda en esa posición, aunque vendado y entablillado todavía y con el rostro lleno de cicatrices y contusiones. Con frecuencia dedicaba una afable sonrisa a Wren, pero sus ojos permanecían tristes y distantes. Tigre Ty continuaba sumido en sus pensamientos. Wren sabía que estaba reflexionando sobre lo que ella se proponía hacer y que deseaba preguntárselo, pero no se atrevía a hacerlo. Sin duda, el jinete alado era un hombre peculiar.

Prosiguieron el viaje cuando acabaron de comer y bajaron por el valle en dirección al arroyo Cantarín. Por la tarde ya seguían el cauce norte del río en un planeo lento y uniforme.

Se acercaba el crepúsculo cuando llegaron al Carolan. El muro rocoso se alzaba desde la orilla este del río hasta un enorme y desolado risco que sobresalía de una muralla protectora de árboles gigantescos y peñascos aún más altos. En el risco, pedregoso y yermo, solo crecían matas aisladas de maleza.

Era allí, en la cumbre del Carolan, donde había estado asentada la ciudad de Arborlon, y desde allí se había trasladado a la isla de Morrowindl hacía ya un centenar de años.

Tigre Ty dirigió a *Espíritu* hacia abajo y el roc descendió con suavidad hasta posarse en el centro del risco. Los jinetes desmontaron uno tras otro. Wren y Tigre Ty trabajaron juntos y en silencio para desenvolver a Stresa y dejarlo en el suelo. Permanecieron agrupados durante un momento, contemplando a través de la meseta vacía la oscuridad del bosque al este y el borde del precipicio al oeste. El campo que se extendía más allá estaba difuminado por las sombras, y el cielo estaba teñido tenuemente de púrpura y oro.

—¡Ssssttt! ¿Qué lugar es este? —preguntó Stresa con desasosiego, mirando a su alrededor.

—Nuestro hogar —respondió Wren, abstraída, perdida en algún lugar profundo de su interior.

—¡Nuestro hogar! ¡Ssssttt! —El gatoespino estaba asustado.

—¿Qué vamos a hacer aquí, si no te importa decírmelo? —preguntó Tigre Ty, sin poder contener su curiosidad ni un segundo más.

—Lo que me pidió el espíritu de Allanon —respondió la muchacha.

Rebuscó entre los arneses de *Espíritu* y sacó el báculo Ruhk. El mango de nogal estaba deteriorado y sucio, y su pulida superficie, desgastada y opaca. Engarzada en uno de los extremos, la Loden brillaba con débil persistencia a la luz mortecina.

Fijó la contera del báculo en la tierra y lo sostuvo ante sí con las dos manos. Fijó los ojos en la piedra y sus pensamientos regresaron a Morrowindl, a los interminables días de niebla y oscuridad, de umbríos demoníacos, de monstruos y trampas y del horror nacido de la magia élfica. El mundo de la isla salió del recuerdo y la rodeó; un frenético amante maldito, demasiado peligroso para mantener una relación. Los rostros de los muertos desfilaron ante ella: Ellenroh Elesedil, a quien se le había encargado la protección de los elfos, que, a su vez, se la había pasado a ella; Eowen, que había visto demasiado de lo que tenía que ser; Aurino Estriado, que había sido su amigo; Gavilán Elesedil, que podría haberlo sido; Colt y Dal, sus protectores; y Garth, que había sido, al final, el compendio de todos. Los saludó en silencio, con reverencia, prometiendo a cada uno que recuperaría una parte de lo que había entregado, que cumpliría la misión que le había sido encomendada y que respetaría lo mucho que había costado.

Cerró los ojos y selló el pasado. Después los abrió para observar las caras de los reunidos. Entonces esbozó una sonrisa que, por un instante, fue la de su abuela.

—Triss, Stresa, Tigre Ty y tú, pequeño Fauno, sois ahora mis mejores amigos, y me gustaría que estuviérais conmigo todo el tiempo que podáis. No os retendré... ni siquiera a ti, Triss. No quiero presionaros de ningún modo. Os ruego que decidáis con absoluta libertad.

Ninguno de ellos habló. En sus ojos se reflejaba una sombra de duda, cierta confusión. Fauno avanzó con cautela hacia ella y tiró de su pierna con ansiedad.

—No, pequeño —dijo Wren, e hizo señas a los otros—. Acompañadme.

Avanzaron todos por el Carolan, arrastrando sus sombras por el polvo: la muchacha, el elfo, el jinete alado, el roc y las dos criaturas de Morrowindl. El canto de las aves surgía de los árboles y los riscos a medida que la oscuridad caía y las aguas del arroyo Cantarín se agitaban debajo.

Cuando llegaron al borde del promontorio, Wren se giró y retrocedió varios pasos, de manera que los otros quedaran a su espalda. Miró a través de la meseta, hacia el bosque y la noche incipiente. Sobre los árboles, las estrellas empezaban a tachonar el cielo, brillantes puntas de alfiler en contraste con la oscuridad en aumento. Sus manos se tensaron en torno al

báculo Ruhk. Había imaginado aquel momento durante muchos días y, ahora que había llegado, no estaba ansiosa ni excitada, sino cansada. Antes se había preguntado si sería capaz de invocar la magia de la Loden cuando llegara el momento, lo que decidiría y sentiría. Se había preocupado sin motivo, pensó. Ahora no albergaba ninguna duda. Quizá nunca las había tenido. O quizá todos los interrogantes se habían resuelto por sí mismos a lo largo del camino. En realidad, no le importaba. Se sentía en paz consigo misma. Incluso sabía cómo actuaba la magia, aunque su abuela nunca se lo hubiera explicado. ¿Porque no era necesario? ¿Porque era algo instintivo? No estaba segura. Le bastaba con saber que podía invocar la magia y que había decidido hacerlo.

Aspiró el cálido aire como si absorbiese la agonizante luz y escuchó los latidos de su corazón.

Entonces apoyó el báculo Ruhk en la tierra, girándolo en sus manos y haciéndolo rechinar contra el suelo. «Magia de la tierra», le había dicho Eowen. Toda la magia élfica era magia de la tierra. Poder extraído de sus elementos. Si de allí provenía, allí tenía que volver.

Fijó sus ojos en las centelleantes facetas de la Loden. El mundo que la rodeaba se quedó inmóvil y sin aliento.

Sus manos se aflojaron sobre el báculo: sus dedos, ligeros y suaves como plumas, acariciaron amorosamente la nudosa madera pulida. Sabía que le bastaba con invocarlos: pensarlo, nada más; deseárselo; abrir la mente a su existencia, a sus vidas encerradas en los confines de la piedra, sin analizarlo ni ponerlo en duda; invocarlos; hacerlos regresar; preguntar por ellos.

Sí.

«Quiero».

La Loden refulgió con fuerza, una fuente de luz blanca en la oscuridad que saltó hacia delante como fuego. Después brilló con cegadora intensidad. Wren sintió el temblor del báculo Ruhk y el calor que empezaba a desprender. Apretó las manos, entornó los ojos para protegerlos del resplandor y después bajó la mirada hacia las sombras. La luz empezó a expandirse. Había formas y movimientos en su interior y, de repente, viento; un viento de procedencia indeterminada que soplaba a través del risco recogía la luz y la arrastraba sobre el terreno yermo hasta los árboles y las rocas, y volvía para extenderla de extremo a extremo. El viento rugía, pero carecía de fuerza e impacto; solo era sonido y resplandor mientras arrastraba la luz.

Wren intentó mirar hacia atrás para asegurarse de que la magia no había producido ningún daño a sus compañeros, pero no pudo girar la cabeza. Sus

manos estaban crispadas alrededor del báculo Ruhk, y ella unida a él, atrapada en la actuación de la magia, entregada a su poder.

La luz llenó la meseta del risco, asentándose en ella, alzándose hasta que los árboles y las rocas que la limitaban desaparecieron por completo, hasta cubrir los cielos. Entonces todo quedó teñido de plata. Se produjo un crujido, un resquebrajamiento de tierra y roca, y el aterrizaje de algo pesado. Con los ojos entrecerrados vio que las formas inmersas en la luz se agrandaban y tomaban el contorno de edificios y árboles, caminos y senderos, prados y parques. Arborlon estaba regresando a la existencia. La vio materializarse como si mirara a través de una ventana manchada por la lluvia, de forma borrosa. En su centro, como un resplandeciente arco de plata y grana entre la niebla, estaba Ellcrys. Sintió que le empezaban a fallar las fuerzas, que el poder de la magia la consumía, y luchó por mantenerse erguida. La luz blanca giró y se arremolinó igual que las nubes antes de una tormenta, acumulando energía hasta que pareció que todo iba a explotar con un estruendo atronador.

Entonces empezó a debilitarse, reduciéndose poco a poco, filtrándose en la oscuridad como el agua en la arena.

Aquello se estaba acabando y Wren lo sabía. Vio Arborlon sumido en la niebla, e incluso a la gente agrupada en los límites del resplandor, que se esforzaba en captar lo que había fuera de él. Había hecho lo que su abuela le había encargado, lo que Allanon le había encomendado; había realizado todo lo que le pidieron otros, pero todavía no había hecho lo que se había pedido a sí misma. Porque nunca se sentiría satisfecha si se limitaba a devolver a los elfos y su ciudad a la Tierra del Oeste. Nunca sería suficiente con llevar de regreso a las Cuatro Tierras a un pueblo que abandonaba el exilio que se había autoimpuesto; no después de Morrowindl; no cuando ella conocía la verdad sobre los umbríos; no mientras viviera con el temor a que la magia pudiera emplearse mal una vez más. Las vidas de los elfos se le habían confiado con otras condiciones, que complementarían con las propias.

Afianzó sus manos sobre el báculo Ruhk y envió lo que quedaba de su magia hacia la luz, quemando toda la restante sobre la tierra. La extrajo en un último arrebato de furia que atravesó el aire ondulante con una explosión de fuego. Fue igual que una sucesión de relámpagos, un destello tras otro. Ella continuó, vaciando el báculo y la piedra, consumiendo el poder hasta que, al final, llameó y se extinguió.

La oscuridad regresó. Una neblina invadió durante un momento la atmósfera nocturna, se concentró en motas de polvo y empezó a posarse. La joven siguió su movimiento y vio hierba bajo sus pies, donde antes no la

había; captó los perfumes de los árboles y las flores, de brea ardiendo, de alimentos cocinados, de madera y hierro, de vida. Vio tras la oscura línea del báculo Ruhk la ciudad, Arborlon reedificada, edificios iluminados por lámparas, calles y senderos arbolados que se extendían a lo largo y a lo ancho de la tierra como cintas oscuras.

Y la gente, los elfos, aparecían ante ella a millares, apiñados en los umbrales de la ciudad, mirando con ojos muy abiertos y asombrados. Los soldados de la Guardia Real estaban al frente, con las armas desenvainadas. Vio que la miraban fijamente, a ella y al báculo que sostenía. Fue consciente de los murmullos incrédulos de Tigre Ty, de cómo se acercaban Triss, Stresa y Fauno. Sintió su calor a su espalda, leves roces sobre su piel.

Barsimmon Oridio y Eton Shart se adelantaron a la multitud y avanzaron lentamente. Se detuvieron a media docena de pasos, pero ninguno de los dos parecía capaz de hablar.

Wren dejó de apoyarse y se irguió. Levantó la vista hacia la Loden por primera vez. Sus brillantes facetas se habían oscurecido. La magia había vuelto a la tierra. La Loden se había convertido en una piedra común.

Se acercó el báculo Ruhk a la cara y vio que estaba deslustrado, quebradizo y muerto. Después lo agarró con las dos manos, lo golpeó contra su rodilla levantada, lo partió en dos y tiró los trozos al suelo.

—Los elfos estamos en casa —dijo a los dos que estaban ante ella con la boca abierta— y no la abandonaremos jamás.

Triss adelantó a Wren, con el brazo entablillado y vendado, pero los ojos le brillaban llenos de orgullo y determinación, y caminó hasta situarse donde todos pudieran verlo.

—¡Guardia Real! —gritó el capitán de la Guardia Real, colocándose junto al comandante de los ejércitos élficos y el primer ministro.

Inmediatamente aparecieron docenas de sus miembros y formaron ante su capitán. Se produjo un murmullo de expectación en la multitud.

Triss se volvió entonces de cara a Wren, clavó una rodilla en tierra y se puso la mano derecha sobre el corazón a modo de saludo. Detrás de él, las lámparas de la ciudad parpadeaban como luciérnagas en la oscuridad.

—¡Wren Elesedil, reina de los elfos! —prosiguió—. ¡La Guardia Real está dispuesta a servirla!

Sus subordinados siguieron su ejemplo como un solo hombre, arrodillándose y repitiendo sus palabras con una precipitación nacida de la confusión. Algunos de entre la multitud los imitaron, y a estos los siguieron otros. Eton Shart también se arrodilló, y Barsimmon Oridio lo secundó tras un

breve instante de vacilación. Si lo hicieron en reconocimiento de la verdad o solo influenciados por Triss, ella jamás lo sabría. Permaneció inmóvil mientras recibía el homenaje de toda la nación élfica, el legado de Ellenroh, su pueblo encontrado.

Había lágrimas en los ojos de la joven cuando avanzó para saludarlo.

La Fortaleza de los Druidas tembló por última vez, como un descomunal gigante de piedra que se estremeciera en sueños, y después se apaciguó.

Cogline esperó, agarrado a la pesada mesa de lectura, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, asegurándose de que su fuerza había regresado. Estaba en la cámara que guardaba la *Historia de los druidas*; había vuelto a sí mismo después de buscar a Walker Boh desde fuera de su cuerpo a la antigua manera druídica. Había logrado encontrarlo y avisarlo, pero había sido incapaz de quedarse con él porque se sentía demasiado débil, demasiado viejo; no era más que un manojo de huesos rígidos y doloridos. Había agotado su vigor al hacer lo que había hecho.

Esperó, pero los temblores no se repitieron.

Entonces se irguió con un gran esfuerzo, se soltó de la mesa, dejó que sus ojos se abrieran y miró a su alrededor. Primero se vio a sí mismo; sus manos y brazos, y luego su cuerpo. Contuvo la respiración, se frotó las manos de forma tentativa y se palpó para asegurarse de que lo que estaba viendo era real. Ya no era transparente, sino de carne y hueso otra vez. *Susurro* se apretó contra él, empujando con la enorme cabeza su cuerpo de espantapájaros con tanta fuerza que amenazaba con derribarlo. El gran gato del páramo también había vuelto a ser el que era, perdido el aspecto incorpóreo y fantasmal.

Y la habitación... las paredes de piedra eran duras, sólidas, de colores nítidos y líneas y superficies definidas por la materia y la luz.

Cogline respiró profunda y lentamente. Walker lo había conseguido. Había devuelto Paranor al mundo de los hombres.

Salió de la pequeña estancia a través del estudio contiguo hacia los corredores de la Fortaleza, seguido de *Susurro*. La luz del sol los llenaba, penetrando por las altas ventanas, y las motas de polvo danzaban en su resplandor. El anciano vislumbró nubes blancas en el cielo azul. La fragancia de los árboles y la hierba empapaba el aire veraniego.

«Otra vez vivo».

Buscó a Walker por las estancias. Sus pisadas arañaban levemente la piedra. Delante oyó el lejano movimiento de algo que se elevaba de las

entrañas del castillo, un sonido retumbante, un resoplido igual que... Entonces comprendió. Era el fuego que alimentaba la Fortaleza desde el corazón de la tierra, el fuego que había estado muerto durante todo aquel tiempo, vivificado de nuevo con el retorno de Paranor.

Entró en el corredor que conducía al pozo situado bajo la Fortaleza.

Algo se movió en las sombras del fondo.

Cogline aminoró el paso y enseguida se detuvo. *Susurro* se agazapó y gruñó. Una figura se materializó en la penumbra, salida de un lugar adonde no llegaba la luz del sol, negra y sin facciones. Se aproximó hacia el anciano y la luz comenzó a definirla. Era un hombre con la cabeza cubierta con una capucha, alto y delgado, que avanzaba con paso lento pero decidido.

—¿Walker? —preguntó Cogline.

El hombre no respondió. Cuando estuvo a menos de una docena de pasos del anciano se detuvo. El gruñido de *Susurro* se había reducido a una respiración pesada. La mano del hombre se levantó y echó hacia atrás la capucha.

—Dime lo que ves —dijo Walker Boh.

Cogline lo observó. Era Walker y, sin embargo, no lo era. Su aspecto no había cambiado, pero parecía que había crecido y, pese a su blanca piel, parecía tan negro como la ceniza húmeda, tan oscuro que parecía absorber la luz. Su cuerpo, incluso bajo las ropas, daba la impresión de estar acorazado. Le seguía faltando el brazo izquierdo y en su mano derecha tenía la piedra élfica negra.

—Dímelo —insistió.

Cogline lo miró a los ojos. Estaban inanimados y eran duros e insondables, y el anciano se sintió como si lo atravesaran.

—Veo a Allanon —respondió el anciano en voz baja.

—Él forma parte de mí ahora, Cogline —respondió Walker Boh, mientras un estremecimiento recorría todo su cuerpo—. Eso fue lo que dejó para guardar la Fortaleza cuando la extrajo de las Cuatro Tierras; eso era lo que me esperaba en la niebla. Estaba todo allí, todos los druidas: Galáfilo, Bremen, Allanon... todos. Así se transmitieron sus conocimientos, de uno al otro, en una especie de conjunción del espíritu con la carne. Bremen los adquirió cuando se convirtió en el último de los druidas. Se los pasó a Allanon, quien, a su vez, me los ha pasado a mí.

Sus ojos brillaban. Había un fuego en ellos que Cogline no consiguió identificar.

—¡A mí! —gritó Walker Boh de repente—. Sus enseñanzas, su saber, su historia, su locura... ¡Todo aquello de lo que he recelado y huido durante tanto tiempo me lo ha transferido a mí!

Estaba temblando, y Cogleine se asustó. Aquel que había conocido tan bien, su discípulo, su amigo, era alguien distinto ahora, un hombre tan diferente del anterior como la noche del día.

La mano de Walker se crispó sobre la piedra élfica negra mientras la levantaba ante sí.

—Ya está hecho, anciano, y no puede deshacerse. Allanon tiene a su druida y su Fortaleza de nuevo en el mundo de los hombres. He realizado la misión que me encomendó. ¡Y me ha insuflado su alma! —La mano bajó como si una fuerza de tracción tirara de ella hacia el suelo—. Piensa perpetuar a los druidas a través de mí. El legado de Brin Ohmsford. Me otorga su poder, su sabiduría, su entendimiento, su historia. Incluso su rostro. Me miras y lo ves a él.

»Pero yo tengo mi propia fuerza, una fuerza que adquirí al sobrevivir al rito de tránsito que él me impuso, a la horrible visión de lo que significa convertirse en un druida —prosiguió Walker Boh, fijando sus oscuros ojos en la lejanía—. No me ha dominado por completo.

Clavó sus ojos en los de Cogleine, avanzó unos pasos y rodeó con el brazo sus esqueléticos hombros.

—Tú y yo, Cogleine —susurró—. El pasado y el futuro; todo lo que queda de los druidas. Será interesante comprobar si podemos cambiar algo.

Hizo que el anciano diera media vuelta lentamente y juntos empezaron a andar por el corredor. *Susurro* los contempló durante un momento, olfateó el suelo que Walker Boh había pisado como si tratara de identificar su olor y los siguió con cautela.



TERRY BROOKS (Sterling, Illinois, EEUU, 1944). Es un célebre y prolífico autor de literatura fantástica, con más de veinticinco *best sellers* en las listas de más vendidos del *New York Times*.

Solo las novelas de la serie «Shannara» cuentan con más de treinta volúmenes, aunque también ha escrito otras sagas, como las de «Landover» o de «Word & Void».

También ha realizado adaptaciones del cine de las películas *Star Wars Episodio I: La Amenaza Fantasma* y *Hook*.